

EL CAZADOR DE INMORTALES

CICLO DEL ORBE MAESTRO



Viktor Lamb

Víktor Lamb

EL CAZADOR DE INMORTALES

Ciclo del Orbe Maestro

© Víktor Lamb

Diseño de cubierta: ImatChus

IBIC: FM 2ADS

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Tabla de contenido

[Preludio](#)

[Parte I Quimeras del tiempo](#)

[Capítulo 1: Dos viejos alquimistas](#)

[Capítulo 2: Presa](#)

[Capítulo 3: El Diario Mentiroso](#)

[Capítulo 4: Vigilia](#)

[Capítulo 5: De nadie a Rea](#)

Capítulo 6: Muerte y Resurrección

Capítulo 7: Interludio de la primera noche; movimientos en las sombras

Capítulo 8: El maestro cazador

Capítulo 9: Sueños y símbolos

Capítulo 10: Una pesadilla, dos vampiros y tres caminos

Capítulo 11: No era él

Parte II El tablero y la piedra carmesí

Capítulo 12: Corta

Capítulo 13: Una jugada audaz

Capítulo 14: La guerra olvidada

Interludio: La sangre del señor del odio

[Capítulo 15: Amigos](#)

[Capítulo 16: Votos Sagrados](#)

[Capítulo 17: El perro \(I\)](#)

[Capítulo 18: Cazador diurno](#)

[Capítulo 19: Cazador de Despojos](#)

[Capítulo 20: El Perro \(II\) Música en el vacío](#)

[Capítulo 21: El Perro \(III\) La bestia invisible](#)

[Capítulo 22: Pasado y futuro](#)

[Capítulo 23: Dos viejos enemigos](#)

[Capítulo 24: El Cuervo de alas múltiples](#)

[Capítulo 25: Golpe de estado](#)

[Capítulo 26: Mentiras en las tinieblas](#)

[Capítulo 27: Soledad](#)

[Capítulo 28: Vínculo de sangre](#)

[Capítulo 29: Grimorio de diez mil portadas](#)

[Capítulo 30: Lerroux](#)

[Capítulo 31: El cazador en el bosque y la sombra maldita](#)

[Capítulo 32: Un consejo inesperado](#)

[Parte III El despertar del mal](#)

[Interludio: Sueños de una pesadilla](#)

[Capítulo 33: Cambio de planes](#)

Capítulo 34: De la vida y la muerte. Una larga noche

Capítulo 35: Preparaciones de batalla

Interludio: Fête des morts

Capítulo 36: Paz temporal

Capítulo 37: Una pausa en el viaje

Capítulo 38: Falsos ancestros y cazadores

Capítulo 39: Klaus

Capítulo 40: El sueño del alquimista

Capítulo 41: Lumen

Capítulo 42: Virtus

[Capítulo 43: Demonios en la noche](#)

[Capítulo 44: Cazadores y vampiros](#)

[Capítulo 45: Contra el caos](#)

[Capítulo 46: Preparación](#)

[Capítulo 47: La hora de las brujas](#)

[Capítulo 48: La cadena maldita](#)

[Capítulo 49: Malfas](#)

[Capítulo 50: La llamada del dragón](#)

[Capítulo 51: Noche diabólica](#)

[Capítulo 52: El regreso del vampiro](#)

[Capítulo 53: Fuerzas Defensoras](#)

[Capítulo 54: Oscuridad y muerte](#)

[Capítulo 55: El bosque maldito](#)

[Capítulo 56: Magia](#)

[Capítulo 57: El tercero](#)

[Capítulo 58: El ancestro y la oscuridad](#)

[Capítulo 59: El bosque del miedo](#)

[Capítulo 60: El crisol](#)

[Capítulo 61: Sólo dos cazadores](#)

[Capítulo 62: La joven ahogada](#)

[Capítulo 63: La fortaleza](#)

[Capítulo 64: El sitio de la Mansión Lerroux](#)

[Capítulo 65: Entrada sangrienta](#)

[Capítulo 66: Pasadizos en la oscuridad](#)

[Capítulo 67: Que la oscuridad se te lleve](#)

[Capítulo 68: Vera sangre](#)

[Capítulo 69: Heridas en el alma](#)

[Capítulo 70: Cazador de la vieja orden](#)

[Capítulo 71: Hilos en la oscuridad infinita](#)

[Capítulo 72: Ojos de sangre](#)

[Capítulo 73: Refuerzos](#)

[Capítulo 74: La Reina Carmesí](#)

Capítulo 75: El precio de la amistad

Epílogo

Personajes

Términos

Preludio

Ésta es una historia de luces y sombras danzantes, que cambian, mueren, chocan, surgen o se desvanecen para volver más tarde. Sea cierta o falsa, es tan irrelevante como la identidad del mundo en el que ésta acontece, pues el pulso cataclísmico del universo continuará para éste y para nosotros, totalmente ignorante a las numerosas tramas que una vez aquí se entrelazaron.

Un cúmulo de casualidades, una profecía jamás contada y un diabólico juego en el que humanos, vampiros y espíritus mueven ficha para lograr aquello que más ansían. Inmortalidad y muerte, redención y condenación... y un premio mucho más ambicioso por el que incontables sabios lo sacrificaron todo.

Todos y cada uno de ellos, atados a sus circunstancias, se enfrentarán en una guerra sin cuartel contra pasado, presente y futuro. Un juego macabro por controlar el destino... bajo la retorcida sonrisa de la luna creciente.

Parte I

Quimeras del tiempo

Capítulo 1: Dos viejos alquimistas

Lyon, quizás en el año 1824. Los vestigios del imperio napoleónico morían en silencio mientras las sangrientas guerras que habían amenazado a Francia durante tanto tiempo ahora volvían a lucharse en el exterior. Era un pequeño respiro para sus ciudadanos, los cuales volvían a sufrir un absolutismo férreo que parecía volverse cada vez más irreconciliable con los modernos pensamientos que habían estallado en la pasada revolución, y la delirante firmeza del nuevo rey a la hora de abrazar de nuevo las antiguas tradiciones, heridas ya de muerte por las últimas sublevaciones, dejaba bastante claro que una nueva gran revuelta popular acabaría ocurriendo eventualmente. Por suerte, esto podía tardar varios años todavía, con lo que a esta etapa de calma que precede a la tempestad se podía llamar, no sin cierto cinismo, “tiempo de paz”. Las ciudades importantes se beneficiaban de los modelos de producción modernos e incluso se formaban otras nuevas para que cientos de miles de trabajadores llevaran sobre sus hombros la dura carga que suponía el progreso.

Entre estas afortunadas ciudades se encontraba Lyon; una muy poblada urbe que disfrutaba de un periodo de relativa bonanza económica. Esto, sumado a la inmigración de la creciente industria, hacía que la entrada y la salida de extranjeros fuera algo casi imposible de controlar, aunque las autoridades estaban especialmente permisivas en ese sentido ya que “eran tiempos de paz” y aparentemente nada había en Lyon que tuviera que ver con los conflictos exteriores. Como ciudad en crecimiento, la modesta Lyon se convertía rápidamente en una gran metrópoli poblada por

completos desconocidos que venían de todas partes. De todas formas, casi todo lo que entraba generaba dinero y esto los de arriba lo sabían muy bien. Con la bolsa y la barriga llenas, todos habían bajado la guardia. Ningún ser humano hubiera imaginado que el último engranaje del mecanismo del fin del mundo empezase a girar ese mismo año, en esa ciudad floreciente y llena de vida; quizás ni siquiera el alquimista. Allí estaba él: envejecido de aspecto y más viejo en su cansada alma. Había aprovechado esa situación única para adentrarse en ese lugar, como un sutil veneno, para encontrar así sus secretos. Aunque su semblante permanecía totalmente inexpresivo, en sus ojos amarillentos y cansados aún quedaba un pequeño punto brillante en donde se reflejaba la ambición de su espíritu. Habían pasado muchas cosas y, como en toda vida que se precie, todo demasiado deprisa.

Su viaje empezó en Praga, la ciudad donde había renunciado a su alma; después cruzó por la inmensa Rusia en busca de las enseñanzas de sus sabios. Luego entró en Asia hasta su mismísimo corazón, donde encontró una pista que le llevó a Grecia. Siempre de un sitio a otro, como persiguiendo un sueño; como si tuviera la esperanza de que el polvo del camino dibujase en su interior la respuesta que buscaba. Siempre acompañado, pero siempre en solitario, atravesó la India y conoció en profundidad las corrientes de pensamiento de sus grandes filósofos, lo cual le hizo avanzar mucho en su incesante y desesperada búsqueda. Finalmente, acabó su viaje en la vieja Alejandría. Allí, en esa ciudad siempre resplandeciente para el que sabe dónde mirar, supo que debía volver a Europa, donde todo acabaría por fin. Por las ciudades del ya decadente reino de España encontró la última fuente que necesitaba. Ya tenía todo lo que hacía falta para llevar a cabo su plan. Había probado sus conocimientos en numerosas ocasiones y había logrado casi el efecto que esperaba. Sin embargo, toda una vida de aprendizaje le había dado unas habilidades que necesitarían aún años para alcanzar el nivel de perfección que su búsqueda requería. Esta vez también le faltaba tiempo y un lugar adecuado, pero ya estaba acostumbrado a ello. Quizás era eso lo que estaba malgastando ahora, pero jamás se permitiría el error de

no verificar antes la existencia de la más legendaria creación de los alquimistas: la piedra filosofal. Podía ganar el tiempo de varias vidas o perder la suya; valía la pena. Si conseguía encontrar ese instrumento, le sería mucho más fácil llevar a cabo la que sería su última gran tarea en el mundo: la Magnum Opus del alquimista Eckhart Solberg; un legado cuyo eco perviviría por la eternidad... o se desvanecería en el negro abismo del fracaso al que tantas otras veces se había precipitado tanto él como muchos otros genios igualmente brillantes.

Desde luego, localizar el paradero de los manuscritos del antiguo alquimista francés, Nicolas Flamel, no era tarea fácil. Había tenido que gastar cuatro años de su vida para aumentar la ya cuantiosa fortuna de la casa Solberg. A pesar de haberla cuadruplicado en un tiempo relativamente corto, en el intervalo que llevaba en búsqueda de esa sabiduría lo había dilapidado ya casi todo. Del genio francés no había encontrado nada lo bastante sólido, salvo tal vez un puñado de habilidades que había adquirido usando su más valiosa moneda de cambio: el tiempo. No se arrepentía de ello, puesto que todas y cada una de ellas serían necesarias para terminar su búsqueda y hoy le habían permitido acercarse lo suficiente a los pasos de Flamel como para sentir cercana su victoria final, mucho más tangible ahora que en el inicio de su frenético viaje, donde era poco más que un loco que trataba de cazar el viento. El tiempo justo, porque el tiempo nunca jugaba a favor de los humanos, y menos aún de los alquimistas como él. Eckhart tenía la apariencia un hombre de unos cincuenta años, aunque tras la impresión inicial se adivinaba que era mucho más viejo. Además, tenía la costumbre de no llevar nunca sombrero, y dejaba caer sobre sus hombros una desaliñada melena plateada, más fruto del paso del tiempo que por el gusto del propio maestro alquimista. Era un aspecto extravagante pero no descuidado en exceso que le había acompañado ya muchos años a fuerza de apenas fijarse en él mismo. Su traje, tan anacrónico como él mismo, iba cubierto por una larga capa de viajero negra, gruesa y pesada

bajo la cual ocultaba varias maletas de iguales características.

De no ser por su altiva forma de moverse, habría parecido un pordiosero que llevara un desgastado disfraz de noble. Sus ropas eran ya como su piel: curtidas por su larga odisea e impregnadas de experiencias, fueran victorias o derrotas; sólo la alta calidad de éstas había permitido a sus respectivos tejidos aguantar las fatigas del viaje sin mostrar demasiado su desgaste. La corta barba del alquimista era lo único que parecía mantenerse cuidado; elegantemente recortada en tres picos, le daba un aspecto aún más noble y disimulaba tanto su ligera ausencia de labio superior como su barbilla un tanto puntiaguda. Caminaba erguido y mirando al vacío del horizonte, como si su sentido de la vista se encontrara completamente inmerso en sus propias ambiciones. Como último de sus rasgos más destacables, se encontraba su nariz alargada y aguileña, que completaba la pintoresca imagen de su rostro sin arrebatarse del todo su humanidad.

Miró a su alrededor por un instante, absorto por el constante movimiento. Las calles de esa ciudad eran como las de cualquier otro lugar del mundo: un patrón similar, pero con un estilo diferente que creaba una fabulosa melodía de esplendor en cada una de ellas. Sin duda Lyon no era una excepción. Había una gran diferencia entre los barrios nuevos y los antiguos; un contrapunto que se acrecentaba incluso más entre los barrios ricos y los pobres. Lo normal. Acalló sus pensamientos con un parpadeo y se acercó a la parte exterior del ruidoso local donde se podía ver a dos hombres de aspecto peligroso y claras intenciones. Eran como había imaginado. Pero el maestro alquimista había aprendido que, a veces, la única forma de escapar del destino es correr hacia él, desafiante. Miró al que parecía el más sobrio de los dos individuos y preguntó con una voz profunda y altiva:

—Busco un rumor.

Los dos hombres levantaron la cabeza y miraron con desgana al tipo que se les había plantado delante. Uno de ellos, que tenía una desagradable cicatriz en el ojo derecho, siguió durmiendo como si nada, pero el otro decidió que podía obtener algo útil de esa conversación.

—Tenemos muchos rumores... para vender. ¿Tienes dinero k'ofrecernos?

—Menos del que quieres, más de lo que mereces. Lo justo.

Y dicho esto, sacó una pepita de oro como una diminuta semilla, y se la puso en la mano al hombre de la barba sucia.

—¡Ah, mon Dieu! ¿Es eso auténtico?

—Pesa como si lo fuera —dijo apaciblemente la imponente figura de negro—. Lo que sea que quieras comprobar, hazlo rápido. Tendrás otra más si haces bien de guía.

El maleante la mordió hasta casi saltarse un diente. Luego, se dirigió a su compañero.

—¡Eh, Jacques! —le gritó zarandeándole con una mano— ¡Va a hacer falta que hagas memoria hoy! ¿Qué le interesa saber al caballero?

Jacques era un hombre de aspecto derrotado y una cicatriz desde la ceja hasta la mejilla que le cegaba un ojo. Por la edad que aparentaba bien podía haber luchado en las guerras napoleónicas... o haber salido mal parado de una pelea callejera. En cualquier caso, lo que importaba era lo que era ahora: un hombre que había bebido hasta casi perder el sentido. Eckhart se dirigió de nuevo al más consciente de los dos:

—Se dice que por estas calles hay una casa... embrujada que perteneció a un alquimista, hace ya muchos años. Era alemán y se le relaciona con los espejos. Eso es todo lo que sé. Quiero que me guiéis hasta allí y me digáis todo lo que sepáis acerca de ella.

—¡Como mande usted! Seguro que habla de *le Maison du Diable*, aunque como usted comprobará, no tiene nada de *Maison*. ¡Jacques! ¡Levántate, perro borracho, hemos de ganarnos un dinero!

Con un gruñido digno de un oso pardo, el hombre de la cicatriz se levantó del suelo. Luego miró a Eckhart y su expresión cambió por un instante para recuperar después el aspecto torpón que la bebida le había otorgado. Aquel individuo tenía la mirada de un animal salvaje; sería mejor no subestimarle. Atendiendo a un gesto del compañero de Jacques, a quien había bautizado secretamente como "el de la barba sucia", se limitó a seguir y a escuchar, o al menos a usar toda la concentración que le quedaba en intentar

mantenerse recto.

—Es una casa en un callejón sin salida donde ya nadie va, ¿sabe? —dijo este último marcando su acento aún más para que sonara correcto— La gente tiene miedo de lo que no se ve... pero se siente. Como si los dedos del diablo t'estrujaran el corazón. Antes, hace casi un siglo, habitaba allí un alemán raro, pero raro, ¿sabe? Alquimista, brujo, nigromante o qué sé yo. ¡Malditos sean los alemanes y todo lo que con ellos se relaciona! Un día desapareció sin dejar rastro, y mire que le digo que bastante poco salía de casa el hombre. A mí esto me lo contaba mi abuela para que nunca fuera allí, y aunque era uno de los criajos más valientes de la ciudad no tenía un pelo de tonto: nunca me atreví a entrar. Jerome el Alto lo hizo y no llegó ni a los veinte con vida. Si no lo sabré yo. —El hombre de la barba sucia se deshizo del miedo con un escalofrío. Después, continuó:

—Todo lo que queda de él en la vieja casa es una presencia siniestra de verdad. Da escalofríos sólo pasar por allí incluso después de tantos años. Me pone la carne de gallina. Mire como tengo el brazo, mire. —El maestro alquimista se apartó con una mirada de desprecio—. Además, mucha gente dice que al pasar, si se presta atención, se pueden oír las carcajadas del diablo que ahora tiene en sus manos el alma de ese pobre desgraciado. Yo creo que lo que habría que hacer es quemar esa casa y quitarse de encima todas esas maldiciones y cucarachas podridas que allí se esconden.

—Dame más información sobre eso —inquirió Eckhart—. Sobre esa... presencia. Necesito saber más sobre lo que me voy a encontrar. O más bien dónde.

—¡¿Ah, pero vas a entrar?! ¿Dentro la casa? ¡Ahí yo no entro ni por otra pepita más como 'ésa!

A pesar de la afirmación, vio los ojos de su guía brillar de codicia, como esperando una oferta superior a lo que había dicho. Pero el alquimista se limitó a decir:

—Estoy seguro de ello. Sólo dame la información que necesito.

—Bien, bien —prosiguió el francés más relajado—. Pues...se dice que hay allí un espectro que vive en los reflejos ¡Si entras

dentro de la casa no t'acérques a los espejos por na'ha del mundo! También hay símbolos satánicos en algunas habitaciones... donde el alemán ejercía sus malas artes. ¡Brujería de la peor, se lo digo yo! ¡Y además en el corazón de nuestra ciudad! ¡Es repugnante! Ahí la tiene: es eso de ahí al lado.

—En una ciudad donde las ratas se devoran entre ellas, un alquimista es casi siempre una bendición —replicó Eckhart sin mirar la impresión que sus palabras habían causado a sus dos guías—. Ya podéis iros, no creo que tarde mucho, pero espero no encontraros cuando salga.

—¡Claro, ha sido un placer, *monsieur*! ¡Jacques, *allez*! ¡Tenemos cosas que hacer!

El maestro alquimista tiró la pepita al aire y se giró hacia el interior de la penumbrosa casa. Fue entonces cuando el viejo Jacques —del cual no habían necesitado demasiada ayuda, después de todo— cogió la pepita en el aire con toda la vitalidad que había parecido faltarle antes y echó a correr tan rápido que las palabras de su compañero apenas le alcanzaron:

—¡Maricón! ¡Hijoputa!

El hombre de la barba sucia salió a todo correr detrás del que había sido su compañero durante un rato. Eckhart intuía sus planes, y de momento no le interesaban. Ya habían servido a su propósito.

A pesar de haber un agujero considerable donde en otro tiempo debía hallarse la puerta, no entraba nada de la iluminación de fuera y apenas se distinguían las formas en la oscuridad. El alquimista sacó dos frascos de sus bolsillos y usó parte de su contenido para encender un farol viejo que encontró en la casa. Serviría por el momento pero, aunque confiaba en sus habilidades, aquella lámpara medio corroída llevaba a sus espaldas más años de los que podría aguantar y no debía fiarse. Tras bajar al sótano, encontró una puerta que daba a una vetusta alcoba con olor a humedad, posiblemente el lugar de trabajo del alemán. La habitación estaba adornada con cientos de delicadas telarañas con las que se podrían tejer unas cortinas de mejor aspecto que las que allí había; sobrecargados e indescifrables apuntes dominaban el suelo, a

juzgar por su estado medio fundido desde hacía ya mucho tiempo; una mesa pequeña con un antiguo candelabro, una silla devorada por un extraño moho ocre y, en el centro de la sala, un enorme espejo de cuerpo entero con un círculo alrededor. “Símbolos satánicos”. Esos idiotas no podían estar más equivocados: se trataba de una serpiente uróboros esculpida directamente en el suelo, con escrituras grabadas a cuchillo formando el nudo sin fin en el interior de ésta. En el exterior de ambos símbolos había un octógono con un inmenso triángulo que encerraba el pentagrama. Un símbolo curioso e inusual, pero brillante. Sin dejar de prestar atención a su alrededor, Eckhart empezó a pronunciar en un correcto alemán:

—¿Sabes? Tengo una curiosa habilidad que me permite conocer los sentimientos de los demás, siempre que mi concentración sea la adecuada. Ya veo que tienes ganas de matarme, pero espero que podamos llegar a un acuerdo. Siempre puedes... intentar lo que creas conveniente después de nuestra pequeña charla.

Lo único que le contestó fue el graznido de un cuervo curioso que se había posado en el soporte de una de las vigas junto a las escaleras. Finalmente, tras una larga pausa, una voz juvenil y burlona resonó en la oscuridad:

—Así que no hay factor sorpresa, ¿eh? Nunca nadie se había dirigido a mí en ese tono. Cortés, pero EX-TRE-MA-MEN-TE insolente. Acércate al espejo.

—¿Te importa que tome asiento?

—Mi casa es tuya —contestó educadamente la voz—, claro que ésta ya no es mi casa. Acércate.

Eckhart levantó la silla tratando de conjeturar si ésta resistiría su peso. Finalmente, la colocó delante del espejo y se sentó. Ante él apareció la figura de un arlequín vestido de morado y rojo, con un poncho negro que le cubría desde el cuello hasta los brazos como las alas de un halcón. La figura del espejo hizo una exagerada reverencia y miró al alquimista con sus ojos amarillos y su sonrisa desenchajada. Esto era diferente.

—Curioso. No esperaba verte en este atuendo, gran sabio.

—Sabio...sabio. ¡Sabio! ¿Sabio? Ah...sabio.

—¿Acaso no eres... Gilbert, el alquimista?

—Gilbert. El joven-viejo Gilbert Mayer. Lo era. ¿Lo soy? Lo sería... **¡denoestarENCERRADOENESTEMALDITOESPEJO!**

El arlequín golpeó con furia lo que parecía una barrera entre dos mundos. Luego, desvió su mirada hacia el alquimista para observar su reacción. Ni se había inmutado.

—¿Tanto llevo en éste endemoniado espejo que hasta me he hecho famoso? Gilbert no. No más, de momento —prosiguió el siniestro personaje—. Mi nombre es *Diable*.

—Tú estudiaste hace mucho tiempo unos documentos —dijo con serenidad— que pertenecían al famoso grimorio de Nicolas Flamel, ¿cierto?

—¡Tan cierto como falsa es la afirmación de falsedad de mis falsas palabras falsas!

Ignorando el estúpido juego de palabras de *Diable*, el maestro alquimista continuó:

—Bien...en ese caso, me podrás contar lo que te ocurrió.

—Ah, ¿pero hay cambio? ¿Trueque? ¿Trato? —canturreó *Diable*— ¡¿En qué libre mercado los tratos con el mundo han acabado!?

—¿Cuál es tu precio?

El arlequín soltó una risotada, sacó de la nada una baraja de cartas y empezó a hacerlas volar de una mano a otra de maneras cada vez más imposibles.

—¿Cuál es mi precio, cuál es mi precio? ¡Cuál es tu oferta! Las cartas de un buen jugador jamás se muestran de prisa, señor...

—Solberg. De nombre Eckhart. Y ahora que nos hemos presentado, será mejor que sepas que mi oferta es liberarte de este espejo.

La expresión de locura del bufón cambió de repente a la de sorpresa y la baraja de póquer francés se desperdigó en el aire de manera que parecieron llover cartas dentro del espejo.

—¿Cómo? ¿Sería posible? ¿¡Podría ocurrir!?! ¿Cuál es el truco? ¿Cuál el secreto? **¡¿Cómo es posible sacarme de aquí!?**

La teatralidad del extraño personaje se volvía tan insoportable como el olor a moho, pero si había algo que Eckhart hubiera

adquirido tras tantos años era la paciencia de un arácnido. Y hoy *Diable* no era sino su escurridiza presa.

—¿Te interesa entonces? —dijo el alquimista.

El diabólico arlequín salió de un salto del espejo chillando:

—¡NO!

Y al ver que su huésped seguía sin mostrarse sobresaltado, añadió con un sobreactuado gesto pensativo:

—¿O sí?

—Eso lo debes decidir tú. Sé que tu existencia no se encuentra limitada del todo al espejo, pero a pesar de eso estás atado por ciertas...reglas. ¿Me equivoco?

—Un tipo inteligente, no está mal. ¿A Gilbert Mayer podrías liberar?

—Para saberlo deberías cumplir con tu parte del trato, porque a diferencia de mí, podrías escapar fácilmente y no tengo tiempo para perseguirte, *doppelgänger*.

La carcajada chillona y frenética del demoníaco burlón contagió la sala entera con su locura, creando un extraño eco por toda la habitación.

—¡Muy mal! ¡No señor! —se quejó *Diable*— Así que no es usted tan perfecto, ¿eh?

—*Doppelgänger* —prosiguió Eckhart— es un ser que supone la copia exacta de un sujeto determinado, como escapado del reverso de un espejo. Pero tú eres un tanto especial, *Diable*. Lo que realmente haces es usar los reflejos de la gente, imitarlos para encarnar tu voluntad en la imagen del reflejado, e incluso cambiar algunos aspectos de éste si te place. Parecido al mito griego de Proteo.

—Más nunca lo olvides: Proteo era feo, y yo era un buen mozo gallardo y apuesto.

—Por supuesto —se percató de que, para su desgracia, la forma de hablar en verso del *doppelgänger* era desagradablemente contagiosa—. ¿Podrías mostrarme tu poder?

—¡A mandar! ¡Un placer! —chilló la figura del espejo cambiando de nuevo su forma de expresarse.

Y dicho esto se transformó en un sonriente Eckhart vestido de

inquisidor y con expresión sombría, que caminó orgulloso hacia el interior del espejo.

—Asombroso —asintió el maestro alquimista, más sin parecer demasiado impresionado—. Entonces, ¿me ayudarás en mi búsqueda hasta el final si te ayudo a ti antes?

—No, te ayudaré en tu búsqueda hasta el final porque se nota que eres un maldito tunante igual que yo —contestó el *doppelgänger* imitando de forma ridícula la voz grave de Eckhart— ¡Y no hay nada que me divierta más que ser un actor en el escenario del mundo! —prosiguió volviendo a su tono infantil— Lo único que no es divertido es que parece que a ti no puedo engañarte, así que si te conviertes en el Shakespeare que escribe los guiones, yo seré tu Thomas Otway particular.

No tenía ni idea de quién diablos era Thomas Otway, pero parecía ser que había mordido el anzuelo. La primera impresión que tuvo fue que *Diable* era, en efecto, un diablo mentiroso, pero al parecer se trataba simplemente de un ente casi infantil al que le gustaba estar envuelto en un ridículo manto de misterio e ilusión; un mago de feria. El engaño era su instrumento para transformarse a sí mismo en cualquier cosa. El alquimista del espejo no era un *daemonio* o un ser inferior, sino un hombre que había logrado transmutar su alma. Sin duda era un loco, pero debía reconocer su genio. Eckhart sonrió y exclamó:

—En ese caso...ya no eres Gilbert Mayer. Tú mismo has tenido la respuesta ante ti todo este tiempo.

—¡¿Qué?!

—Ya lo has oído. Tu alma se convirtió en esto... *Diable*; esto es lo que eres. No puedes salir intentando alterar tu alma como cuando te cambiaste a ti mismo porque la fórmula es distinta a la que empleaste cuando eras Gilbert el alquimista y la transmutación es ahora totalmente diferente. Ya no eres lo mismo. Si lo hubieras intentado de nuevo con tu viejo método habrías muerto, pero no has podido, ¿verdad? ¿Has olvidado detalles de tu vida?

El rostro del Eckhart inquisidor se ensombreció con expresión dolida, para un segundo después proferir una sonora risotada mientras se transformaba de nuevo en arlequín.

—Tantos años encerrado, desesperado, ensimismado enfrascado ENLOQUECIDO! Y el error que tenía era tan simple... ¡Que jamás llegué a pensarlo! ¡Tontotontotonto TONTO DE MÍ! ¡Ah! Proceda, señor Solberg, aquí hay cierto fragmento de cierto diario, con algunos apuntes añadidos más ciertos aún. Pero para ser capaz de transmutar, por así decirlo, mi alma fuera del espejo le hará falta además una buena dosis de ingenio. ¡Te veo en un par de años, pues!

—Con concentración suficiente, un único día me bastará —repuso el maestro alquimista.

Diable le entregó el texto y metió rápidamente su mano en el espejo. Su sonrisa burlona ahora iba dirigida hacia él. No creía que fuera capaz de hacerlo en el tiempo que había dicho.

Examinó el pergamino que el *doppelgänger* le había entregado. Parecía relativamente nuevo comparado con todo lo demás, aunque estaba bastante arrugado y olía tan mal como el resto de la estancia. Ésta era su primera gran pista en aquel lugar.

—Me lo llevaré y en cuanto termine mi... labor volveré y te liberaré de la maldición que tú mismo te causaste. Pero ten presente que si sale mal no quedará de ti ni el espejo en el que estás.

Ignorando estas últimas palabras, los ojos de *Diable* se encendieron mientras gritaba de nuevo con su voz estridente:

—¡No me digas que además sabes por qué estoy encerrado!

Eckhart se dio la vuelta y mientras se alejaba hacia la salida se limitó a responder:

—Porque te salió mal: aunque adquiriste la inmortalidad y quizás algunas...habilidades peculiares, parte de tu alma se transmutó en este espejo y por eso puedes salir de él, pero no alejarte demasiado ya que contiene tu misma esencia. —Y murmuró en voz baja—: Lo que no sé es por qué el espejo.

—¡Absolutamente brillante! —dijo el diablillo burlón, riendo con extática locura desde la lejanía— ¡Eres de lo que no hay! ¡Un mesías! ¡Un visionario! ¡Un auténtico y genuino genio! ¡Un maestro! ¡Te quiero!

Antes de volver a la entrada, el alquimista apoyó sus maletas en

la mugrienta pared. Luego, se acercó caminando a la salida, desenvainando con extraña delicadeza la espada que llevaba oculta bajo la enorme capa negra. Un estoque francés hecho para atravesar las más pesadas corazas, pero modificado y adaptado a la esgrima de los grandes maestros modernos de Italia y España. Había varios hombres con puñales esperando fuera, entre ellos Jacques y el hombre de la barba sucia, que parecían haberse reconciliado. Esperaban que tuviera encima más oro. Tal y como lo había previsto.

—Esta espada se llama *Estoc* —empezó diciendo el alquimista al salir—. La encargué a un humilde pero eficiente herrero en Toledo. Es una espada bastante especial, porque aunque no sirve demasiado para cortar...

Antes de que pudiera terminar la frase, el primer asaltante dirigió su cuchillo hacia él, cerca del cuello, con intención de intimidarle. Con un golpe de hombro, desvió la mano de su adversario sin siquiera rasgar la tela de capa de ébano, y mientras adelantaba el brazo atravesó el corazón de su desafortunado contrincante. Continuó hablando con el mismo tono amable:

—...es excelente para la esgrima, en especial para atravesar enemigos.

—Somos muchos —dijo el hombre de la barba sucia—. ¡Entrégnanos el resto de oro que tengas y te dejaremos marchar! Lo vamos a hacer por las buenas o por las malas.

En efecto, quedaban cinco, pero ninguno de ellos estaba armado con más que una daga larga. Además de Jacques y del hombre de la barba sucia, los demás eran bastante jóvenes y no tenían pinta de saber muy bien lo que se hacían. Estaba claro que la muerte repentina de uno de ellos les había asustado más que enfadado. Sus posibilidades eran más de las que creían.

—¿Así que buscas lo que te di antes? —Eckhart sonrió y metió la mano en el interior de su chaleco, sacó cuatro piedras de color grisáceo y las arrojó al suelo con desdén—. Tómallo.

—¡¿Tátreves a burlarte de nosotros!?

—En absoluto —contestó el sonriente alquimista—. Mira tu bolsillo, si es que es allí donde guardas tu “tesoro”.

El ladrón barba-sucia se metió la mano en un saquillo oculto del interior de su camisa y en vez de la pepita que esperaba sacó otra piedra grisácea como las que el hombre de negro había arrojado al suelo.

—¿Cómo...?!—

—Muy sencillo —dijo Eckhart burlándose de él—. Existe una sustancia, inventada por un timador moscovita, que en contacto con ciertas rocas se disuelve y se mezcla con éstas, dándoles unas propiedades casi exactas a las del oro, al menos durante un tiempo. El mismo zar, cuando consiguió capturarlo, se maravilló tanto del ingenio del timador que prometió perdonarle la vida a cambio de la fórmula de su maravilloso invento. Es una historia mucho más larga e interesante, pero no es el momento ni el lugar para contarla... y no viviréis lo bastante como para disfrutar de la sabiduría que ésta contiene.

—¡T'arrepentirás de esto, maldito brujo! —chilló tirando la piedra al suelo con rabia— ¡Vaya si t'arrepentirás!

—Lo dudo. Sabía vuestras intenciones de robarme desde el principio —dijo esquivando con facilidad el avance de los maleantes—, así que me adelanté, obtuve toda la información que necesité de vosotros y me aseguré de que me tendieseis la emboscada en un lugar donde pudiera mataros sin problemas —y luego añadió con un tono mucho menos amable—: Aquí.

Otros dos hombres cayeron al suelo. Lo habían elegido porque parecía uno de esos extranjeros con demasiado dinero y aprecio a la vida como para oponer resistencia y, sin embargo, parecía bailar elegantemente mientras ellos sufrían una baja tras otra. Era un demonio.

—Soy demasiado viejo como para perseguiros —dijo el alquimista—, huid y recordad esta lección.

Mentía. Ni siquiera estaba jadeando aún. Sus pasos eran rápidos y seguros, dignos de un bailarín que ha repetido una y otra vez los mismos movimientos.

Al final sólo quedaron dos de los seis asaltantes iniciales en pie: el hombre de la barba sucia y Jacques, cuya expresión era muy diferente a la del borrachín que les había acompañado antes; su

mirada irradiaba esa sabiduría del soldado que ha librado ya muchas batallas. Era como si con esos hombres le estuviera probando. No había duda: Jacques era el que había organizado esa cuadrilla de bandidos. Finalmente asumió su papel como el verdadero cabecilla y exclamó:

—*Retraite!*

Mientras los dos supervivientes se alejaban a toda prisa, el maestro alquimista recogió las piedras con una elegante reverencia, limpió su hoja con un pañuelo, volvió a entrar en la casa abandonada y salió de nuevo con su equipaje. No le convenía tener enemigos de momento, así que se aseguró con un vistazo de que todas las heridas fueran mortales y dejó los cuerpos de los bandidos desangrándose en el oscuro callejón. No se molestó en rematarlos; había atacado a los órganos vitales y no vivirían mucho aunque los trataran de inmediato. Uno de ellos había dirigido la vista hacia el hombre de negro, clavando en él su mirada ya sin vida. El cuervo que había dentro de la *Maison du Diable* olió la muerte en el exterior y revoloteó en silencio, como deleitándose ante la visión del festín que había sido preparado para él.

—Me hubierais acabado dando problemas en un futuro cercano —murmuró para sí Eckhart—. Confío que este mensaje sea lo bastante claro para el resto de vosotros.

Una vez fuera, se aseguró de que nadie le había visto y pagó a un muchacho que rondaba cerca de allí para que le condujera a una buena posada. Esta vez con dinero auténtico.

Capítulo 2: Presa

Desde la desaparición del primer zar vampiro y la gran crisis de sucesión, la silenciosa cruzada entre dos grandes grupos de vampiros, el Imperio de la Tormenta y el Reino Carmesí, se había cobrado innumerables vidas en una intermitente guerra por la supremacía que duraba ya ochocientos años. Habían desaparecido ya todos los reinos formados por clanes menores, bien anexionados por conquista o para la supervivencia de sus miembros. Sólo quedaban ya las dos facciones más importantes y organizadas. Tras las épocas de grandes traiciones y revueltas internas, ambos reinos supervivientes habían tomado la vía más cruel y rápida hacia la estabilidad: el genocidio. Era una extraña opción, sin embargo, porque a pesar de alguna que otra diferencia cultural, los dos gobiernos eran bastante similares, y hacían creer a sus súbditos que luchaban por defender el mismo ideal abstracto: la libertad.

Aunque él no había vivido esa sombría época de rebeliones y muerte, comprendía que las medidas tomadas habían sido pasos naturales, casi involuntarios, hacia una sociedad más sólida. De hecho, él mismo había contribuido en ocasiones, haciendo de los ojos, y algunas veces también del cerebro, de su facción. Había tomado parte en las reuniones del consejo imperial, lo más alto a lo que un vampiro de su estatus podía aspirar. Se había hecho un hueco en el mismísimo núcleo del imperio, donde las leyes eran cambiadas y las órdenes redactadas según los intereses de los sabios, aunque avariciosos oligarcas, siempre a las órdenes del supremo zar Borislav II, el Cauto. Había mostrado gran habilidad a la hora de predecir y frustrar los planes del contrario. Muchos de

los miembros del consejo le habían ofrecido un puesto de mesa en contraespionaje o en el vasto mundillo militar.

La verdad es que a él los juegos de guerra de los altos mandos le traían sin cuidado; prefería dedicarse a sus propias tareas, sin tener que salir al salvaje exterior y lidiar con todas las contrariedades por las que los agentes de su facción pasaban. El enemigo, los aliados, las traiciones y pequeñas rencillas entre los miembros del consejo... todo ese complejo juego de avaricia y poder que tan rápidamente despierta pasiones entre la mayoría de los vampiros. Lealtad, victoria y todos aquellos hermosos ideales que disfrazaban los intereses de los poderosos y transformaban a sus súbditos en fanáticos. Él lo sabía porque lo había vivido antes de convertirse: lo único que podía hacer la gente como él era aprovechar las circunstancias y salir adelante. Que los vampiros también lo hicieran era normal.

Cuando rechazó una posición de poder en el consejo, todos los miembros se sorprendieron salvo el que le ofreció esa plaza: el comandante de los ejércitos Sergei. Su supervisor y amigo desde que se convirtió le había guiado por esa sociedad turbulenta hasta lograr una posición mucho mejor que la que tenía en la sociedad humana. Sergei era un hombre muy frío e inteligente, capaz de intimidar a enemigos o aliados cuando era necesario. No estaba furioso ni decepcionado; sin embargo, Vanya se había negado y el comandante vio necesario un pequeño recordatorio de la posición en la que se encontraba. Le dijeron que la misión que se le había encomendado requería alguien como él: discreto, hábil y poco importante. Él lo seguía viendo como una reprimenda por no aceptar un puesto en el que era más útil; una reprimenda que aceptaba de buen grado.

Ahora, se veía en mitad de la noche con los músculos ligeramente entumecidos, a pesar de estar acostumbrado al frío más intenso, en una ciudad extranjera que jamás pensó visitar y buscando a un vulgar criminal. Su presa se llamaba Leon Nycephorus Phyrík. Censado en el clan carmesí como "ilegalmente convertido" hacía menos de unos meses y aun así, ya se había ganado el sobrenombre de "asesino de ojos verdes". Tan temerario

que había matado ya a dos gerentes del clan carmesí y todavía seguía en sus dominios. Tan estúpido que había dejado un claro rastro de muerte que permitió a Vanya calcular el momento y el lugar donde el vampiro al que perseguía intentaría convertir a su causa a otro desafortunado humano. Si en efecto acertaba hoy, habría tenido también algo de suerte, pues los movimientos del criminal eran cambiantes; a veces atacaba a plena luz del día, otras en la oscuridad de la noche sin dejar siquiera el cuerpo de sus víctimas. Encontró su rastro en Nápoles, donde había llegado desde el este de Europa. Su presa siempre parecía llevarle la delantera, ya que se movía veloz por las zonas deshabitadas. A fuerza de esperar a que actuara, el agente imperial había aprendido su patrón de comportamiento y acertado la distancia con aquel vampiro furtivo. A estas horas de la noche, si Leon atacaba en esa área podría perseguirle sin duda alguna y entonces podría terminar con todo por fin.

El gran Padre, el mismísimo Borislav II, quería firmar un tratado de no agresión con el rey Cornelius y la cabeza -en sentido figurado, pues los restos de los vampiros no perduraban mucho- de Leon era el signo de buena voluntad que *le Roy Rouge*, como conocían a Cornelius en su reino, demandaba. Una costumbre antigua y barbárica que por lo visto aún no habían conseguido olvidar. Por eso estaba hoy él aquí; Vanya Vorobiov: hijo adoptivo del comandante de los ejércitos Sergei, poseedor del título de caballero de la sangre, para sorpresa de muchos de los miembros del consejo. Aunque era cierto que sus aptitudes físicas se encontraban ligeramente por debajo de las de un vampiro normal, éstas se veían compensadas por una enorme capacidad de predicción que mucha gente confundía con “asombrosos reflejos.” No. Lo suyo era un verdadero arte. Todo vinculado a las perfectas matemáticas que tanto le maravillaban y a la ayuda del siempre vigente método cartesiano perfeccionado por la renaciente física del siglo del progreso: éste. Calcular trayectorias, predecir el movimiento más útil... todo se reducía a hallar el complejo camino que llevaba a la perfección más simple; todo era lo mismo, de una u otra forma. Aunque lo cierto era que él nunca estuvo interesado en aplicar esos

conocimientos al combate y, de no haber recibido una orden directa del zar, se habría intentado mantener al margen de asuntos como éste.

Salió por unos instantes de sus pensamientos y agudizó la vista. Dos soldados pasaban por la calle desierta. El momento en el que nadie podría oír los gritos de las víctimas de Leon se acercaba. Mejor aún: quizás incluso atacaría a los soldados, los cuales al menos opondrían una mínima resistencia. Cualquier factor que pudiera suponer una ligera ventaja debía de ser tomado en cuenta, aunque fuera improbable. El área donde su presa podía actuar era bastante pequeña, a pesar de ser demasiada grande para que una sola persona la pudiera cubrir por completo. Vanya había estudiado las calles con detenimiento y había llegado a la conclusión de que éste debía ser el punto en el que un ataque sería más inteligente. Era un barrio pobre, por el que casi nunca pasaban fuerzas de autoridad y, cuando lo hacían, no era en gran número. Una calle principal que estaba rodeada por un verdadero laberinto de edificios apelotonados por donde era fácil escabullirse. Claro que, todo había que decirlo, Leon no actuaba como una presa inteligente, sino más bien de una forma caprichosamente voluble. Hacía lo que le venía en gana y como le parecía, como si nadie fuera a intentar detenerlo. Tanto mejor, eso lo volvía un objetivo perfecto.

El frío de la noche acariciaba su rostro después de tanto tiempo. Recluido por él mismo, encerrado para aprender a comprender el mundo. Buscando en el fondo conseguir la aprobación del comandante de los ejércitos Sergei como vampiro, como guerrero y quizá también como "hermano". Era cierto; a pesar de la indiscutible autoridad de Borislav II, la figura más temida y respetada por todos, incluso por él mismo, era sin duda la del comandante. Era el mito viviente del hombre que se hace a sí mismo y, como tal, se había convertido en un hombre de una dureza legendaria cuya mirada glacial hacía estremecerse a la mayoría de aristócratas y mercaderes del consejo, a pesar de no participar a menudo en él. A Sergei no parecían interesarle tampoco las pequeñas discusiones diarias de los políticos; un héroe de guerra como él sólo entraba en la gran sala a petición de Borislav

en persona o cuando una decisión importante debía tomarse. Su firme lealtad con su patria y su despiadada forma de instruir a los soldados también había servido para agrandar su fama como la mano derecha del zar. La guerra había convertido al general Sergei en el Comandante de los Ejércitos imperiales; un título que no lo había hecho menos implacable. El vampiro se maldijo a sí mismo por no haber podido evitar encerrarse en sus pensamientos una vez más. No era un hombre de acción. Prefería superar conflictos con el pensamiento y no con acciones como ésa basadas en tradiciones irrelevantes que deberían haber muerto hacía siglos.

Los guardias ya habían pasado. Quizás Leon era más inteligente de lo que pensaba; después de todo, había dejado un rastro tan claro que parecía lógico pensar que lo estuviesen conduciendo a una trampa. Pero eso no era posible porque sólo los dos señores vampiros, así como Sergei y él mismo conocían su misión. En la carta donde Cornelius pedía la cabeza de Leon, además del anillo con el símbolo real que ahora llevaba, había un potente veneno que acabó con el mensajero en cuanto la abrió. Un método poco ortodoxo, incluso para el rey del clan carmesí. Al parecer, la captura o incluso la existencia de Leon era algo que Cornelius quería mantener en el más absoluto secreto, lo que, incluso para un hombre cuya cautela le había mantenido en el poder muchos siglos ya, era un comportamiento algo paranoico.

Las voces que se oían a lo lejos lo volvieron a sacar de sus reflexiones. Esta vez no eran soldados. Un hombre que graznaba a su mujer, la cual también alzaba la voz. El hombre hizo varias veces ademán de pegarle, pero en lugar de hacerlo rompía a llorar desconsoladamente. El vampiro se fijó sin querer en la conversación. El hombre, de unos cuarenta años, era al parecer alguien que había aspirado a cierto nivel de bienestar para él y para los suyos. Sus ropas limpias a la moda y su intento por conservar una dignidad artificial a pesar de estar desesperado indicaban que lo había logrado, aunque sólo fuera por un tiempo; pero sus ojos, en los que Vanya podía adivinar una capa de lágrimas, indicaban la desesperanza de un hombre ebrio que lo había perdido todo. Era una historia común. La mujer ya no era joven y, aunque la belleza

había empezado a desvanecerse en su cuerpo, seguía conservando algo de hermosura en sus brillantes ojos claros. Cuando estuvieron un poco más cerca, se dio cuenta de que no había reparado en la tercera figura. Una hija, quizás mayor de edad, hermosa y callada como una muñeca de porcelana. La chica ocultaba sus pensamientos tras una mirada brillante y llena de vida, como la de su madre. Quizás tratando de pensar alguna forma de ayudar a sus desesperados progenitores tal y como él hizo en su día. No. Seguro que no era así. Él siempre trataba de identificarse en los demás. De engañarse para que el mundo se pareciese a él, pero sólo conseguía con ello errores de cálculo y amargas decepciones. Sea como fuere, sentía lástima por esa familia humana. En algunos momentos se alegraba de no ser como Sergei a pesar de intentarlo cada día a conciencia. Deseó que esa familia no fuese la elegida por su presa, pero, como ya le había pasado otras veces, la rueda del destino giró en contra de sus deseos.

El vampiro salió de las sombras con un rugido que le sobresaltó incluso a él, que esperaba seguro en su elevado escondite. El grito del padre fue casi simultáneo al de su agresor. Vanya reparó en que el hombre aún después de varios segundos forcejeaba con el vampiro, tratando de escapar de su mortal agarre, lo cual indicaba o que Leon era un rival inferior a él incluso en fuerza, o que éste se encontraba debilitado por algo. Siguió observando impasible la escena. La mujer había abierto los ojos de par en par, mostrando dos hermosos zafiros azules que ahora brillaban de terror. «Está paralizada de miedo», pensó mientras cerraba inconscientemente los puños con rabia. Pero debía esperar; el momento de atacar llegaría. «Son sólo humanos», se dijo.

La hija, que había permanecido inexpresiva durante la discusión, ahora agarraba a su madre y la obligaba a moverse en dirección opuesta al asaltante, pero no lo conseguía. Unos segundos más tarde, Leon se dio la vuelta y sus ojos verdes refulgieron de nuevo en la oscuridad en dirección a las dos mujeres. Al ver a su hija en peligro, la reacción de la madre cambió por completo y cargó contra su atacante con un grito desesperado, impulsada por todo el terror que recorría su cuerpo. Con una carcajada que le erizó la piel, el

vampiro asesino detuvo fácilmente la embestida de la mujer, abrazándola. Murmurando algo, rodeó su cuello con lo que parecía una cadena de metal. Una herramienta ideal para un carnicero como ése. Ahí es cuando Vanya se dio cuenta: no era que su enemigo fuera débil, sino que disfrutaba matando lentamente a sus presas. Usaba la gruesa cadena únicamente para alargar lo que probablemente podría haber terminado con un golpe fuerte ya que, como vampiro, seguro que Leon tenía fuerza más que suficiente para romper el cuello de la mujer sin dificultad si se lo proponía. No; se limitaba a estrangularla lentamente, casi con cuidado de no matarla al instante. Ignorando los impulsos que le impelían a salvar a la única que quedaba ahora con vida, hizo lo que creyó más útil: esperó. Aún no había llegado el momento óptimo para atacar. Ahora la hija retrocedía caminando hacia atrás, como si esperase esquivar el ataque del asesino, sin dejar de mirarle a los ojos y con una serenidad que impresionó una vez más al vampiro. Pero no podía salvarla. No debía.

Un grito ahogado atravesó la noche. A pesar de los esfuerzos de la joven, cuando el vampiro de ojos verdes le mordió, ésta dejó caer dos lágrimas de plata, brillantes y efímeros testigos del ataque de semejante demonio. Su visión, que le permitía ver con precisión a muy largas distancias incluso en la noche, era una bendición y siempre lo había visto de ese modo... pero las lágrimas de la joven se repetían una y otra vez en la cabeza de Vanya acuchillando su lado más humano. Sólo una humana. Un poco más.

Cuando acabó su funesta tarea, Leon se mordió a sí mismo en la muñeca, seguramente como ya había hecho muchas otras veces, y obligó a su última y moribunda víctima a beber la sangre que emanaba de ella, tapándole la nariz para que tragara si no quería morir ahogada. Más le hubiera valido. Vanya lamentó haber acertado de nuevo, pero al parecer su presa llevaba un par de semanas convirtiendo a algunas de sus víctimas. Era un loco. Según la teoría, justo después de una conversión los vampiros se encontraban en estado más débil. Ahora era su momento. De un salto bajó de las alturas y, al tiempo que desenvainaba su sable, se posó a unos metros de su presa que le observaba en silencio con

ojos de cazador.

—Leon Nycephorus Phyrik —empezó a decirle a su enemigo mientras dirigía la punta de su sable hacia éste—, por orden de Borislav Vorobiov II, líder del imperio del clan tormenta y de Cornelius Lafargue, líder del reino del clan del dragón carmesí...

—¡No fastidies! ¿Borislav II? ¡Y yo sin enterarme! El viejo zorro de Alexander, ¿se lo tenía escondido el muy...!

Vanya se limitó a seguir acatando el protocolo, e ignoró las palabras de su enemigo.

—...se te condena a pasar una eternidad en La Torre. O a morir a mis manos, en el caso de que opongas resistencia.

El vampiro no le contestó. Se limitó a mirarle en silencio con media sonrisa. Parecía un falso ancestro sediento de sangre, pero se le notaba en los rasgos que no lo era.

—La decisión de lo que ocurra ahora es tuya —terminó—. Personalmente cuanto antes acabemos con esto mejor.

Leon rio, pero tenía su vista clavada en él, desafiante. No se rendiría. Eso tampoco era malo, así podría acabar con esta absurda cacería de golpe y volver a casa.

—No esperaba que Cornelius tuviera tanto sentido del humor —le dijo andando de un lado a otro como un animal acechante—. Un maldito esqueleto andante para detenerme a mí. ¿Sabes al menos que eres un vampiro, muchacho? —se carcajeó— Con que Borislav también entra en el juego de hincharme las narices hasta que me exploten, ¿eh?

—Así funciona la diplomacia entre los nuestros. Ahora elige.

—Con que sí, ¿eh? No tienes ni idea de dónde te metes. Maldita sea; podrían haberme enviado a un soldado de élite, hace tiempo que no tengo una buena pelea y estoy empezando a...

—Han enviado a un profesional —interrumpió tajantemente Vanya— para acabar con una alimaña como tú. Deberías sentirte halagado, Leon Nycephorus Phyrik. Se te acusa de alta traición y de convertir a humanos sin el consentimiento de tu clan entre otros muchos crímenes, se me ha enviado para asegurarme de que tu rebeldía y tus actos...

—¡Venga ya! Vas a estar repitiendo mi nombre completo hasta

que te dé lo tuyo, ¿no, pichafloja? ¡Pues vamos a ello de una maldita vez!

La larga cadena de metal voló en el aire. Casi no la vio venir, pero los movimientos de ésta eran tan predecibles que, con un rápido bloqueo, obligó a su enemigo a retroceder varios pasos, un poco más cerca de la pared en la que tenía pensado matarle. Su enemigo había perdido una considerable cantidad de sangre al convertir a la joven. Además, la fuerza de aquel vampiro era muy inferior a la suya y, aunque se había alimentado parcialmente de un hombre, su cuerpo no sería capaz de resistir mucho tiempo la lucha con un vampiro entrenado como Vanya. Un arma tan pobremente escogida como una cadena de metal nunca lograría hacerle frente. Al ver que sus latigazos metálicos pasaban sin siquiera rozar al “enviado de Cornelius”, los ojos de Leon adquirieron un brillo flamígero que desconcertó a su rival y, con un gruñido furioso, la cadena golpeó su arma con todas sus fuerzas, obligando al enviado imperial a retroceder y rompiendo su espada en dos pedazos.

—¡Se acabó! —gritó Vanya recuperando el control de la situación.

Se agachó justo a tiempo para evitar que los eslabones metálicos le golpearan y se acercó de un salto. El vampiro intentó atraparle los pies con la larga cadena, pero él lo vio venir y saltó de nuevo, girando sobre sí mismo para así golpearle con una patada giratoria. Eso le aturdió lo suficiente como para poder lanzarle un directo sobre un punto de presión en su hombro izquierdo, que hizo que éste bajase el brazo. Aprovechó ese hueco para realizar un agarre por el cuello. Aquel bruto era muy lento. Leon estaba ahora contra la pared. Tal y como esperaba. De repente, notó un ligero dolor y un hilillo de sangre brotando desde su sien. Acababa de descubrir que la cadena tenía un gancho al final y que éste le había rozado.

—Esa espada —dijo Vanya con furia— perteneció a uno de los cercanos a la reina de Inglaterra. ¿Acaso sabes el valor histórico que tenía semejante obra de arte?

—La próxima vez usa una espada en vez de un clarinete, puede que te resulte más efectiva —y dicho esto añadió con desprecio—: Imbécil.

El cerco sobre el cuello de Leon se estrechó con violencia.

—No habrá próxima vez —replicó con vehemencia—. Ahora dime, ¿algún último mensaje para el Rey Carmesí antes de morir?

—¿Para ése? Te diría que le escupieras, pero tengo malas noticias para ti, colega.

—¿Y bien?

—Si en vez de comportarte como un pretencioso hijo de puta te hubieras limitado a preguntarte la razón por la que me dejo ver tan fácilmente, quizá hubieras sobrevivido un poco más.

Inmediatamente Vanya se dio cuenta de que no estaban solos. Detrás de ellos se oían voces y risas. Había convertido a más gente de la que esperaba. Estaba seguro de que podría haber cambiado a alguien más mientras se movía hacia Lyon, pero aquello era extraño: o bien Leon era lo bastante fuerte como para mantener un vínculo de sangre con sus súbditos o era un líder excelente. Esos rasgos eran peligrosos. Tal vez le hubiera subestimado. Pensó que probablemente se trataba de una pequeña horda de aspirantes a vampiro, de los que buscan la inmortalidad a cualquier precio, incluso al de sus insignificantes almas. Malgastaban su vida y su muerte sólo para acabar siendo esclavos de algún ser manipulador y traicionero, fuera un proscrito o no. Al ver que Leon le sonreía, le devolvió la sonrisa y exclamó:

—El Rey Carmesí nos dio información errónea sobre ti, ¿verdad?

—Vaya, así que te dijo que era un don nadie, ¿eh? ¡Pues sorpresa, flacucho! Ahora bailas al son del vampiro más hijoputa del viejo continente.

Si algo había aprendido él del Rey Carmesí es que éste no subestimaba nunca a un enemigo. No; él lo planeaba todo al detalle. Así que, ¿le había hecho creer que perseguía a un vampiro de clase inferior para quitarse del medio a uno de los “cercanos” de la familia real y continuar la guerra? ¿Para que fracasara y todo continuase como antes? No era eso. Vanya no era nadie tan importante como para tomarse tantas molestias. Había muchos altos cargos por encima de él, muchos de los cuales habían sido convertidos por orden directa de Borislav. Simplemente no tenía sentido. Además, si estaba donde estaba era por Sergei. Si

Cornelius planeaba algo contra Borislav, debería preocuparse más del ejército del gran Padre que de él y, lo que es más importante, de otra gran amenaza: el Comandante de los Ejércitos Sergei y sus tropas de élite, lo cual ni siquiera sería fácil para un ejército grande y bien preparado.

De súbito, el enorme incremento de resistencia en Leon le sacó de sus suposiciones. Cuando se percató de la verdadera fuerza de su enemigo ya estaba rodando por el suelo, arrojado con una potencia que no hubiera imaginado ni en un vampiro como Sergei.

—Bien —gritó Leon sonriendo a lo lejos—. ¡Mi turno!

El tiempo pareció detenerse por un instante. La mente de Vanya trabajó a su máxima capacidad para calcular las posibilidades contra este nuevo enemigo y en esta situación diferente. Si la técnica de éste había aumentado en proporción a su fuerza, entonces sus posibilidades se reducían de forma desesperante. Incluso uno contra uno, las opciones de vencer a este nuevo Leon sin ningún dato extra sobre sus movimientos o artimañas eran escasas. Ya no se trataba simplemente de alguien al que podía esquivar con facilidad, al aumentar su fuerza también lo habría hecho su velocidad y calcular trayectorias se volvería una tarea más ardua que nunca. Quizás seguía siendo igual de lento, pero no debía relajarse ante esa posibilidad, sino prepararse ante el peor caso posible. Al máximo. Tenía que mantener la cabeza fría. Se acercaban. Llevaban palos de madera y algunos tubos de metal. Ni cuchillos, ni ningún otro tipo de armas punzantes. No estaban preparados, eso era algo bueno. La mirada perdida y sin brillo, la conciencia limitada hasta la animalidad... no eran asaltantes ni seguidores de Leon, ni vampiros siquiera; eran personas corrientes que volvían del trabajo, y no estaban allí por voluntad propia. ¿Qué clase de vampiro era Leon?

No había tiempo para pensar en ello ahora. A pesar de estar en desventaja numérica sabía muy bien qué era lo que debía hacer para no verse superado enseguida: no debía dejar que le rodeasen. Vanya se levantó y se preparó para luchar al límite. Con un esfuerzo como ése no podría estar mucho tiempo sin alimentarse, pero era un precio que estaba dispuesto a pagar para otorgar la victoria a su

facción hoy.

Haciendo una asombrosa acrobacia, se puso delante de uno de sus contrincantes humanos y lo usó de escudo para detener el veloz puñetazo de Leon el cual, al sentir como los huesos de la espalda de su esclavo se rompían como ramas secas, se lo arrebató de las manos a Vanya y acabó con la vida del desafortunado sirviente de un rápido mordisco en el cuello. No era tan rápido y se estaba tomando la lucha como un juego. Eso era una gran ventaja. Aprovechando la situación, el agente imperial recuperó del suelo los dos fragmentos de su espada inglesa y los empleó a modo de cuchillos largos. Atravesó el pecho de otro contrincante sin vacilar mientras con el brazo detenía dos ataques más. Parar golpes con los brazos nunca había sido su estilo y le dolía más de lo que recordaba, pero su espada se había roto y sólo esquivando en lugar de bloqueando se exponía demasiado. Debía luchar de una forma diferente esta vez. Se defendió de otro de los ataques con tan mala fortuna que el fragmento de su propia espada se incrustó en el tubo de metal que blandía su enemigo a la par que en su propia mano, privándole así de una de sus armas y provocando un profundo corte en su palma. Debió de haberlo visto venir.

Sin vacilar un instante, usó entonces el canto de su otra mano para golpear a su adversario en el cuello. Si hubiera luchado uno contra uno la victoria estaría decidida, aunque estaba de más decir que no era así. Vanya reaccionó justo a tiempo para poner el cuello en tensión antes de que los eslabones de metal rodeasen su cuello, sin embargo, al recibir un tirón hacia atrás no pudo evitar caer como una marioneta. Al tocar el suelo con la espalda, el gancho de la cadena del vampiro de ojos verdes se le clavó en la espalda. Ya estaba. Lo estaban rodeando, y el enemigo lo tenía a su merced. ¿Había sido derrotado?

—Deberías haberte quedado en tu casa temblando, flacucho —dijo la voz burlona de Leon.

Vanya callaba. Estaba decepcionado consigo mismo. Nunca hubiera pensado que moriría de una forma tan estúpida. Había fallado a Sergei y a su facción. No. Aún no. Tenía que pensar algo. El entorno tal vez, algún punto en el que pudiera escapar si...

De repente, un grito aterrador resonó en la noche. La joven que había sido convertida acababa de despertar, y no distinguía aliados de enemigos. Esa pequeña distracción era la única oportunidad que le quedaba.

La mujer retornada de entre los muertos profirió un grito aún más amenazador y cargó contra el grupo de humanos. A pesar de que aún no se había alimentado, les golpeó con una fuerza colosal, tal y como lo hubiera hecho un falso ancestro.

—¡Que mal despertar tienes, zorra!—exclamó Leon con una sonrisa torcida—. ¡Me gustan las chicas salvajes como tú!

A Vanya no le hizo falta más que ese momento de distracción para ponerse en pie y dar un salto mortal que lo situaba a la espalda de Leon. Mientras aún se encontraba en el aire, propinó a su enemigo un rodillazo en la sien, dejándole con ello imposibilitado para el combate durante unos instantes que aprovechó para quitarse el gancho de la espalda. Si Leon no se hubiera derrumbado con ese golpe, la lucha no hubiera durado mucho más.

Ahora el viento soplaba en su favor, sólo tenía que matar a Leon antes de que éste recuperase el control. Más el dolor agudo en sus hombros le hizo contraerse y volver a la realidad. Se había plantado ante él sin que apenas pudiera verla. La mujer vampiro le estaba clavando las uñas en los hombros. Al parecer, intentaba separarle la cabeza del cuerpo. De no ser por la rápida reacción que tuvo, quizás lo habría conseguido. El vampiro se zafó de la joven con un movimiento que le enseñó Sergei y se situó justo a su lado, como si quisiera pasar de largo; entonces la golpeó con el codo en la nuca, dejándola inconsciente al instante. Otro adversario menos, aunque si esa chica hubiera sabido luchar quizás no habría podido vencerle con tanta facilidad. La confusión que había causado el despertar de la recién convertida y el hecho de que su líder hubiera perdido la consciencia por unos segundos, provocó que el estado hipnótico en el que se encontraban los humanos perdiera parte de su efecto, con lo que el miedo se apoderó de algunos de los presentes y los gritos hicieron aún más clara la presencia de la lucha. Los que hacía unos momentos eran los sirvientes de Leon, ahora echaban a correr despavoridos. Las posibilidades de salir con vida habían

aumentado considerablemente, sin embargo, la misión había fracasado al menos por esa noche. Se oían a lo lejos los pasos de los gendarmes franceses que acudían para hacerse cargo de la situación, y lo que era aún peor: su enemigo había huido en la confusión. Sólo podía hacer una cosa: abrió la boca de la joven y, al asegurarse que sus dientes fueran aún normales, la cogió a hombros y huyó con ella hacia las sombras. ¿Por qué no la había matado? Porque esta vez tenía serios problemas y carecía de la ayuda de su clan en ese territorio, al menos hasta encontrarse con un emisario de Borislav o alguien que pudiera transmitir mensajes y guardar secretos. Además, la forma en que la joven se había despertado había sido un tanto inusual; lo normal era que el primer despertar tardase días en vampiros normales, por no hablar de que la fuerza física inicial de la persona convertida era incluso inferior a la de un humano. De hecho, salvo en el caso de los salvajes falsos ancestros, muchos de los “recién llegados” habían tenido problemas los primeros meses tras la transformación, incluso para tareas tan sencillas como mantener el equilibrio. No esta vez. Cabía la remota posibilidad de que hubiera encontrado a un miembro valioso para los suyos, tal vez quizás a una *dhampir*. Todo dependía de la forma en que la muchacha se despertara. Si al despertar seguía siendo una bestia sin consciencia, la mataría; pero si por el contrario recuperaba su razón, entonces intentaría hacer de ella un aliado en esa región hostil. Tenía un mal presentimiento sobre los planes de Cornelius.

Capítulo 3: El Diario Mentiroso

Eckhart se había pasado toda la tarde meditando. Tras tratar con el posadero, se posó en el cómodo lecho y ordenó sus pensamientos durante horas y horas. El precio era más que razonable y las habitaciones grandes y cómodas. La única queja que tal vez tenía era el dueño: un español corpulento y taciturno de francés chapurreado que odiaba con tal ímpetu a los “gabachuzos” que su lujosa posada era exclusivamente para extranjeros. Se había empeñado en llamarle “Eduardo Solete” y no había habido forma humana de hacerle entrar en razón respecto a ese tema. “Para mí es más pronunciable así, hay que facilitar mi trabajo, señor Solete”, había dicho el hombre. No es que tuviera una necesidad urgente de ocultar su nombre, pero al menos esa ridícula “traducción” le haría ese servicio. Quizás el posadero lo sabía.

A pesar de que el alquimista no tenía reloj, calculó por la posición de la estrella Polar que era cerca de medianoche. Esas horas siempre le habían parecido mucho más propicias para pensar, sin tanto ruido y a la luz de una buena lámpara de aceite. Las tres páginas sobrecargadas por delante y por detrás que el alquimista alemán le había entregado estaban escritas con unos caracteres impecables, pero de una forma horriblemente desordenada. De hecho, habían sido llenadas sin piedad de frases, fórmulas y dibujos de forma que no cabía una sola palabra más, por no hablar de los cientos de tachones y palabras escritas las unas encima de las otras. En el inicio del texto había un título que, decorado con una paupérrima cenefa, rezaba:

~~~~~  
Gilbert L. Mayer. *Diario del alquimista tramposo*  
~~~~~

Soy alquimista desde los 4 años. Mi padre lo era, aprendió de mi abuelo, que aprendió de mi bisabuelo, que a su vez aprendió de mi tatarabuelo y la lista sigue y sigue hasta aburrir. (Yo ya me aburría a partir de lo del abuelo)

Durante años estudié las propiedades de los diversos materiales gracias a ese fervor innato que caracteriza a los Lionel, a los que, por cierto, nunca conocí. A los diez años conseguí, YO Y SIN AYUDA DE NADIE, transmutar un cristal de roca bastante cutre en un cuarzo al que hoy todavía le pongo un mediocre alto. Mi padre estaba encantado de tener un genio como hijo, pero aunque se alegraba de trabajar con alguien de mi talento, modestia aparte (¡tan aparte que ni se nota!), siempre percibí que le invadía la frustración al no poder seguir mi ritmo. Finalmente, a los trece años me encontré una carta que decía básicamente “no pienso seguir estorbando tus progresos, te mandaré dinero. Lleva al apellido de tu familia hasta donde merece. Yo no pude hacerlo.”

En cierto modo, Gilbert escribía como un crío vanidoso que aún tenía que aprender una lección. Eckhart siguió leyendo.

Ese día fue la última vez que lloré. Madre nos abandonó cuando yo era muy pequeño y no la recuerdo, pero juro que jamás olvidaré el hecho que mi padre sacrificó su verdadera profesión y su vida por el bien de nuestro nombre. Por mí. ¡ES TAN BONITO! Desde ese día tuve una suerte tremenda; nunca tuve problemas con nadie, siempre poco a poco obtenía lo que quería, mis progresos eran asombrosos y CASI siempre me las apañaba para conseguir los mejores materiales a los mejores precios... y sin perder demasiado tiempo, que eso ayuda también. Ganarse a la gente era otro de mis dones. Todo iba bien hasta que cumplí quince años,

cuando mi padre dejó de enviarme cartas (y dinero).

Pronto me di cuenta que no servía para trabajar, y el poco dinero que gané me lo robaron el mismo día. ¡Eh!, München es menos segura de lo que parece si tienes pinta de niño escuchimizado sonriente y con una bolsa con monedas en la mano. ¡Ah! ¡Era tan inocente y tan mono! (¡y estaba tan enfadado!) Desde entonces decidí que usar mi intelecto para mi beneficio y en detrimento del de los demás sería mi forma de subsistir. Aprendí en un "gremio" de almas tramposas y malolientes... ¡Y a veces incluso altruistas! Juegos de manos, de cartas, de todo lo que la gente llama magia, pero que no dejan de ser trucos. ¡Aunque algunos de ellos asombrosos de verdad! Usé mis conocimientos en alquimia para mejorarlos y así obtener aún más "beneficios". Es cierto: no soy ningún caballero blanco, pero procuro ser honesto conmigo mismo. "Por encima de todo, a ti mismo sé fiel", dijo el viejo Shakespeare, en quien he encontrado un tutor excelente gracias a sus obras traducidas... al francés, un idioma que me está costando horrores aprender, pero que me abre puertas y ventanas (y algún que otro buen muslo de vez en cuando).

También era un auténtico maestro de las cartas (quiero decir yo, no el viejo Shakes) y, a pesar de no tener demasiada fuerza, tuve la suerte de tener la flexibilidad y agilidad de un buen bailarín, cosa que me permitió salir airoso e ileso (bueno, dejémoslo en que conservo mi dulce y principesca sonrisa intacta) más de una vez.

En resumen: seguía siendo el mismo crío vanidoso pero adaptado a una nueva situación. Era incorregible, pero eso ya lo había notado durante su conversación con él.

Finalmente conseguí tener una buena suma de dinero. No, no me llegaba para hacerme un castillo, pero sí para un par de noches inolvidables en un burdel de lujo y de no haber ardido el edificio esa misma noche probablemente lo habría hecho. En fin, interpreté el burdel ardiendo como una señal casi bíblica; vendí mi casa y con los beneficios compré provisiones y un mulo con el que viajé desde Munich hasta París.

NOTA: en realidad me hicieron falta más de tres mulos por el camino,

pero cuando notaba que uno estaba cansado lo vendía caro y compraba barato y bueno uno nuevo. No lo he querido añadir en la narración porque no tiene mucho que ver con el tema, pero ahora que lo pienso, ¡¡PERO SI LO ACABO DE AÑADIR!!

Y ahí estaba yo: cabalgando en mi noble corcel mulesco hacia Francia, esperando encontrar algo sobre el famoso Flamel —si no sabes quién es Flamel, te recomiendo que dejes de leer y te documents UN POCO antes de seguir. O mejor no: básicamente Flamel era un genio alquimista muy genial. Punto—. Cuando perdí la esperanza de encontrar su famoso grimorio, un fragmento de éste apareció ante mí tan inesperadamente como lo hace un padre en uno de mis encuentros amorosos con sus hijas (mal ejemplo, lo admito). Un comerciante de poca monta llevaba varias páginas consigo, le ofrecí mi mulo, mi dinero (que había sobrevivido casi intacto a los caminos del norte de Europa con sus respectivos salteadores y todo), mis calcetines... ¡TODO CUANTO POSEÍA! Pero el muy desgraciado no quiso aceptar el trato. A pesar de eso... el comerciante tenía una debilidad...el póquer francés. Gasté una suma considerable de dinero en una peluca, ropa de calidad (y de segunda mano) y algunos materiales extra y los usé para transformar a un pequeño y escurridizo Gilbert en el opulento y consentido hijo de un duque austriaco que no aceptaba un no por respuesta. Tras caerle simpático, me interesé por su fragmento del diario y le hice una proposición que no se atrevió a rechazar... más de seis veces al menos: sus páginas del grimorio de Flamel y algo de dinero contra mi página de las escrituras de uno de mis castillos en Bélgica (que por cierto nunca existió). IMPRESIONANTE. Nunca he visto a un tipo tan idiota. ¡ME CREYÓ! Y seguro que me hubiera creído si le hubiera dicho que era el cuñado de Barbazul. ¡Lo más curioso es que fuimos a ver a un notario amigo suyo, que se supone que es un profesional y, gracias a mi maravilloso pico de oro, y algunos trucos, todo hay que decirlo, también mordió el anzuelo con casi la misma facilidad! He de añadir que tuve que apañármelas para que no pareciera una obra de un único actor, pero con un poco de ingenio y algo más de dinero logré hacer que funcionase. Pobre gente de bien; eran unos primos. No hace falta que os cuente que gané la partida de póquer de una forma impecable (es decir: con trampas que jamás fueron descubiertas), me despedí con una amplia reverencia y me fui riendo para mis adentros

mientras el estupefacto mercachifle intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. La admiración que sentía por Shakespeare sirvió para algo finalmente y sus juegos de palabras me permitieron engatusar incluso a un sirviente del ámbito legal. En ese momento fui feliz de verdad. Alquilé una casa en Lyon y me dediqué a estudiar la horrible letra del genio francés, que era muy bueno, y cuando digo muy bueno me refiero realmente a que era muy MUY bueno, pero que daban ganas de ahorcar al hombre que le enseñó a escribir por inútil. Eso me hizo aceptar una interesante verdad: ¡Hasta el mayor de los genios comete faltas de ortografía! ¡Sólo eran un par de páginas copiadas directamente del diario, pero ya eran revolucionarias! De hecho, estuve trabajando en estas hasta los veinte años, y aquí están las fórmulas que utilicé simplificadas y P-E-R-F-E-C-C-I-O-N-A-D-A-S, y además, mi adorado lector (que probablemente sea yo mismo una vez más, así que adoradísimo de veras), mi letra es mucho más bonita:

A partir de éste fragmento venían anotaciones apelotonadas, algunas en alemán, otras en francés, otras en una mezcla de los dos y otras simplemente eran dibujos de adolescente soñador, que generalmente representaban a un joven raquítico y estirado, de cabeza grande, mollera redonda y gafas ridículas que señalaba cosas, dormía o jugaba a las cartas. Aunque no era ningún Delacroix, las representaciones de Gilbert eran bastante creativas y estaban correctamente representadas... aunque sus retratos siempre le representaban a él. Otro de los datos que confirmaba que el alquimista del espejo era un individuo bastante egocéntrico, además de proporcionarle un poco de información sobre su verdadero aspecto, mucho más parecido a lo que había imaginado inicialmente que aquel arlequín extraño del espejo. Más adelante, la historia seguía, pero esta vez en presente y con un trazo más inseguro y débil.

Tengo veintidós años. Sólo veintidós. Estoy tan cercaCERCA de conseguir la inmortalidad y al mismo tiempo ESOS matasanos me han

dicho que me quedan dos semanas de vida. Una si descontamos el tiempo que me pasaré en cama agonizando entre sangría y sangría. Vampíricos curanderos sin talento... ¡Si hasta de sangre me desangran tras dejarme sin dinero! ¡Tan cerca y tan lejos, tan lejos y tan cerca! ¡Cerca lejoscerca lejos CERCA! ¡Cerlejos! ¡Inventaría esa palabra de tener tiempo para ello! ¡No puedo pensar con claridad! ¡Quizás creas que estoy asustado, pero en realidad estoy loco! ¡Loco de rabia! Mi padre, mi promesa... ¿Qué diablos importa todo? ¡Lo importante es vivir! Me hubiera gustado ser actor, con lo que he aprendido podría serlo... algo mucho más que inmortal, podría ser *inmcreíble*, pero no he probado mi teoría...no hay tiempo, no hay dinero. ¡No hay *nada*! Para saber si mi idea funciona debo conseguir la inmortalidad a través de la muerte. Tengo que arriesgarlo **todo**.

Para leer las últimas palabras, el maestro alquimista tuvo que hacer un gran esfuerzo por descifrar la horrible caligrafía escrita a todo correr:

No soy tan estúpido como parece. (¡En serio!) He vendido casi todo lo que hay de valor en mi casa para obtener varios animales y jaulas para hacer la prueba. «¡Si funciona, tendré un gatito inmortal!», pensé, pero cuando venía ¿SABES QUÉ? Me desmayé y desperté con la cara ensangrentada. La sangre es mía, lo sé porque la he estado tosiendo sin parar. Me muero, estoy sucio, ensangrentado, despeinado (más aún que de costumbre) y en general doy bastante asco. Los animales han huido o me los han robado o qué sé yo. Por no haber en mi casa no hay ya ni ratones. No es por nada, pero eso es mucha mala suerte para una sola persona. ¿Acaso ha de morir así mi gran genio, en esta íntima y humilde escena final?

¡Ah! Cuán ingrato es el teatro del mundo en donde felicidad y tragedia están encadenadas la una a la otra y los actores, sin importar su talento, son olvidados en un salón sin aplausos cuando su actuación termina y la negra cortina de la muerte se cierne sobre ellos para no alzarse jamás de nuevo! ¡La vida no es sino el regalo envenenado de un

escritor ladino y perverso! Pero basta... no tengo tiempo para divagar y mucho menos para un soliloquio. ¡Shakespeare se tiraría de los pelos si a Hamlet le hubiera pasado esto! Es igual **¡ME IMPORTA UN BLEDO!** Moriré con mi mejor sonrisa puesta en éste mi último acto. ¡Una interpretación insondable para una audiencia indigna e indiferente! Siempre he tenido suerte, siempre he pensado que el destino me reservaba algo especial. No pienso desvanecerme ahora en una sola noche. Funcionará. Funcionará. ¡¡¡TiENE qUE fUnCIONAR!!!

No me queda nada salvo algunas agujas, un único matraz con MIS LOGROS terminados y un espejo roto. Siete años de mala suerte. ¡A quién diablos le importa cuando dentro de unas horas puedo estar muertomuertoMUERTOYENELINFIERNO! No me queda material para un segundo intento, pero tampoco es que vaya a tener una segunda oportunidad, así que está bien así. Cojo la sustancia con extremo cuidado (es decir, canturreando y pasándomela de mano en mano con movimientos menos extravagantes de lo habitual, pero aún desafiando a la causalidad para reírme un rato en la cara de la inexorable parca, que me echará mano en breve) me inocularé la mitad en mi propia sangre y me beberé el resto. Por alguna de las dos vías funcionará, supongo.

Me he bebido la primera mitad ya. El sabor me recuerda a mi difunto padre. Digo esto porque estoy seguro de que si fuera a su tumba, allí donde esté, y le mordiera los calzones, estos sabrían sin duda igual o mejor que este condenado brebaje que me acabo de tomar. ¡Ah, audiencia! Sea pues mi epitafio: Gilbert L. Mayer - Genio Alquimista, ¡Cocinero horrible! Muy bien, ahora con la "inyección". Vamos allá.

Aquí el relato intentaba sin éxito retomar el método sereno del principio de la narración.

He descubierto algo nuevo: duele más de lo que pensaba. Aunque me he pasado diez minutos (creo que eran diez, como comprenderá mi lector no estaba en condiciones de calcularlo bien) temblando en el suelo y

soltando palabras inventadas, la sustancia por sí sola no me ha matado. ¡Eso es buena señal! Ahora sólo queda terminar un sencillo e insignificante ritual. Por fin le voy a dar un uso a la serpiente uróboros que hice grabar en el suelo hace un tiempo. Pongo mi libro sagrado en medio del círculo. Ahí, acurrucado entre la sierpe.

NOTA: En realidad no es un libro sagrado, es la vieja traducción al francés de las obras más famosas de Shakespeare. Me ha acompañado mucho tiempo, desde mis tiempos de Don Juan a mis tiempos de más Don Juan aún hasta ahora: mis tiempos de "sería un Don Juan si no estuviera vomitando sangre como un cerdo en un San Martín." Me lo he leído unas tres veces y media, y eso sin contar las que lo he ojeado. He de reconocer que me da un poco de pena usarlo para mis fórmulas, pero ya no me queda otra cosa en la que escribir. Bien, viejo Will, si mi razonamiento es correcto, entonces tu libro y yo estaremos unidos para siempre como Teseo e Hipólita. ¿NO ES MARAVILLOSO?

Muy bien, ahora el punto más crucial: tengo que morir. He decidido cortarme las venas para así tener el aspecto de todo un seductor incluso tras la muerte. Ahora que lo pienso... ¡Si lo sé no me inyecto la mitad! Debí pensarlo antes, pero no importa, ha sido una experiencia nueva y entretenida.

(y dolorosa como pocas antes, os lo aseguro)

¡No tengo cuchillas ni nada que corte! ¡Maldigo el día en que me miró un tuerto cojo jorobado y desdentado! ¡Déjame en paz YA, maldita mala suerte!

Tengo un pedazo de cristal roto del espejo. Algo es algo. ¡PERFECTO ENTONCES! ¡Deseadme suertesuerte! ¡Y si me veis rodeado de mujeres, dinero y fama no estaréis viendo un fantasma! (o en cualquier caso estaréis viendo a un fantasma muy contento)

Gilbert parecía la encarnación de la locura llevada al método, pero al menos se enfrentó a la muerte con un valor y un sentido del humor loables. Aunque estaba seguro de que algunos fragmentos habían sido modificados hacía no demasiado tiempo, la historia parecía verídica en su mayor parte. Probablemente el final había sido escrito antes que el principio. Cuando acabó el relato, Eckhart

releyó las fórmulas y el procedimiento usado por el *doppelgänger*. Una vez descubrió la dirección en la que todos los apuntes estaban ordenados se volvía un sistema bastante claro. Sacó de un maletín de piel una formidable y anticuada pluma y hojas de papel. Dibujó cinco líneas paralelas, a medio centímetro de distancia; iba a ser una noche difícil, pero ya lo había conseguido antes. No le cabía duda de que una vez más haría honor al título que en una vida anterior sus antiguos compañeros le habían otorgado: el alquimista de música.

Capítulo 4: Vigilia

No sería una noche especialmente complicada, pero sí tediosa. Había habido un extraño “conflicto” con varios muertos en un barrio cerca de la parte donde se levantaban los establecimientos dedicados a la industria textil, con máquinas e instrumentos cuya función sólo podía imaginar. Tirados por el suelo había punzones y palos de madera y metal sacados de los alrededores. “Ha habido una pelea entre dos grupos de obreros y alguien ha soltado a un perro de ataque”, oyó decir a los gendarmes, pero no sonaba demasiado convincente, ni siquiera para ellos mismos. Tuvo suerte de no ser visto o tal vez podrían haberle colgado el muerto a él, por ser extranjero. Sin embargo, había valido la pena seguir el rastro. No había tabernas cerca y los obreros huidos parecían ser más presa del pánico que del efecto aletargador del alcohol. Aunque tal vez una reyerta semejante hubiera podido ser, en efecto, obra de una contienda entre grupos rivales, lo que más llamaba la atención de Klaus era la muerte de tres de los implicados: les habían mordido en el cuello de una forma salvaje y uno de ellos apenas tenía sangre.

Sea como fuere tocaba guardia. Realmente había sido una suerte estar en el lugar y en el momento adecuados para enterarse del suceso. La forma brutal de los asesinatos se parecía bastante a la del vampiro que perseguía. Desgraciadamente, no había podido adquirir más información que ésa, puesto que no estaba tan familiarizado como le hubiera gustado con el idioma de la región. Además, sería sospechoso deambular a esas horas por el lugar donde se había cometido un crimen, más aún con su aspecto y su

fuerte acento norteño. Se había podido enterar de que dos de los cadáveres fueron llevados inmediatamente a una iglesia para ser enterrados. Debía de estar en lo cierto entonces. Como ya había visto hacer otras veces, las fuerzas del orden trataban de ocultar del mundo los horrores de la noche. Aunque su cuerpo no era ya el de un joven ágil, Klaus era un hombre cuyas andaduras le habían permitido conservar unos años más sus capacidades físicas, así que la verja del cementerio no le resultó demasiado difícil de saltar. Una vez dentro, se ocultó entre dos lápidas y esperó. Al poco apareció el párroco; un hombre mayor armado con un candil y acompañado por un pequeño séquito formado por dos acólitos y una monja. Los primeros se dispusieron a cavar una pequeña fosa de escasa profundidad mientras los otros dos miembros del grupo miraban en silencio. Cuando acabaron, los dos jóvenes trajeron uno de los cuerpos y lo arrojaron al hoyo. Ni siquiera se habían molestado en darles un ataúd. Tampoco pondrían una lápida con sus nombres. Sólo buscaban que la descomposición se produjese de un modo rápido e incluso era extraño que no los hubieran incinerado sin más. La oscuridad se apoderó del ojo izquierdo de Klaus, obligándole a sacar el minúsculo pedazo de cristal de su bolsillo. Sujetó con cuidado el pequeño objeto circular y lo presionó ligeramente contra su párpado para asegurarse de que no se le caía. Una vez colocado el ocular, entrecerró ambos ojos y volvió a mirar desde su aparentemente seguro escondite. Las víctimas no parecían tener pinta de cambiar, por suerte. Ahora los dos asistentes arrojaban el otro cadáver junto con el anterior mientras el párroco y la monja, arrodillados, rezaban una oración al unísono y en voz baja. Cuando terminaron, cubrieron la fosa y se dispusieron a volver a entrar, como si nada hubiera sucedido. Casi un acto malvado, pero al mismo tiempo necesario. De repente, quedó petrificado al ver que la monja le observaba desde la distancia. Ni se movió. A veces una sombra que se mueve llama más la atención que una figura que no lo hace. No podía haberle visto estando tan oscuro. A pesar de la distancia pudo escuchar las palabras que dijo el párroco:

—Hermana Blanche, hemos terminado ya. Déjalo.

—En seguida voy adentro, padre —contestó la monja—. Déjeme rezar antes una última oración por estos desdichados. No tardo.

La noche era demasiado silenciosa en ese lugar. Sus pasos podrían ser oídos con facilidad desde allí.

—Sea pues. Reza por ellos, que yo rezaré por ti.

Tras pronunciar esas palabras, el párroco y sus dos acólitos se introdujeron en la capilla, dejando sola a la monja, que esperó unos segundos y se acercó a unos metros de él mientras susurraba:

—¿Antoine? Estos cadáveres no te los puedes llevar, vuelve otro día.

Una monja asociada con un ladrón de cadáveres. Corrían malos tiempos para la virtud.

—¿Antoine? —repitió— ¿Eres tú?

Klaus calló una vez más. La monja se dio cuenta de que él no era Antoine, pero lejos de adoptar una postura de temor o de defensa, se limitó a seguir hablándole con una tranquilidad inquietante.

—Oh... mira, no sé lo que quieres, pero será mejor que te vayas. Los dos haremos como si aquí no hubiera pasado nada, ¿vale?

—Lo siento por asustar, señorita —contestó él chapurreando la lengua de la región—. He venido a asegurarme de algo.

—¿Acaso eres tú el asesino?

—No. No soy el asesino. —Se levantó el cazador pesadamente—. He venido a asegurarme de que hoy no muere nadie más... al menos de este modo.

La expresión de asombro de la monja, que se encontraba ahora a sólo un metro de él, le cogió completamente desprevenido.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes dónde está el asesino? ¿Los conocías y vienes a visitar sus tumbas o...?

—Un vil agujero en el suelo no es tumba —interrumpió secamente Klaus—. Pero he venido para asegurarme de que no se levanten de nuevo... como no-muertos.

Medio metro de distancia, lo suficiente para distinguir claramente la sonrisa de la monja, que lejos de ser burlona era reconfortante y plácida.

—Escucha...no sé si has dicho lo que has dicho, porque tu pronunciación del francés es...necesita bastante práctica, pero te

aseguro que esos dos pobres hombres no se van a volver a levantar. De todas formas, es muy honorable por tu parte venir a...guardar sus tumbas por una noche. Si quieres, podemos rezar un rato por sus almas. Pero luego márchate, como te confundan con un ladrón de cadáveres tendrás muy serios problemas.

Y ella seguramente también.

Klaus se agachó entonces y cogió una enorme espada de dos manos de entre las tumbas, al ver que la monja retrocedía un par de pasos exclamó:

—¡Tranquila! ¡Yo no hago daño!

—Esto... ¿Has ido llevando eso por la calle? —dijo la asombrada monja.

—Sí.

La monja se limitó a mirar al cielo mientras recuperaba su sonrisa, que ahora sí que parecía burlona. Klaus se postró de rodillas ante la fosa y clavó en el suelo su mandoble cubierto de vendas, el cual se hundió casi hasta la mitad en la aún blanda tierra. Una vez realizado su extraño ritual, cerró los ojos y entonó una oración en polaco. La monja le volvió a mirar con expresión extrañada.

—¿Eres polaco?

—Sí.

—Ah. Por cierto... ¿Te importaría clavar eso un poco más lejos de la fosa? No creo que suceda, pero puedes atravesar a uno de los difuntos y... bueno, no sería respetable.

Era lo que pretendía, pero se había quedado corto por mucho. Lo lamentó de inmediato. Había sido una idea terrible teniendo en cuenta las malas condiciones en las que su espada se encontraba ahora.

La monja se sentó a su derecha y se arrodilló también con las manos juntas. Estuvieron así varios minutos, cada uno rezando en su idioma; la voz susurrante de ella era muy agradable y sus palabras en francés sonaban tan llenas de buenas intenciones como las suyas, o incluso más. El cazador había contado el tiempo. Desde la muerte habrían pasado unas tres horas y media. Si hubieran sido convertidos ya habrían empezado a regenerar sus heridas, y no

había sido así. Tampoco podía ver nada raro por el ocular; no tenían vida. Por último, enterrados como estaban y en estas condiciones, sólo un despertar prematuro les salvaría de una nueva muerte; si no se habían despertado ya no lo harían jamás. El cazador de vampiros permanecía mudo. De todas formas, su oración era más una costumbre que verdadera devoción. Había visto demasiado del mundo como para seguir respetando a un dios que permitía tantas atrocidades. Igual que su viejo maestro, pero algo menos. Klaus aún le tenía algo de apego a su propia vida. Cuando alzó la vista se encontró con los ojos de la monja, que no sólo ya se había levantado, sino que le observaba con expresión curiosa justo enfrente de él.

—Pensé que te habías dormido —dijo ella con otra brillante sonrisa.

—¿¡Me crees capaz de una cosa así!?

—Calma, es broma. Bien, señor extraño, ya puedes irte, ya ves que esta noche no se va a mover nadie por aquí aparte de nosotros. Vete a tu casa, duerme y mañana será otro día.

Klaus se quedó unos segundos mirando sin decir nada y luego añadió:

—No puedo ir a ningún lado. No tengo un lugar para ir.

—Infeliz... mira que eres bruto. ¡Con el frío que hace estos días! Mira...hay una casa cerca del río...¿te suena la calle Cleberg?

—No

—*Le Place Saint Jean?*

—No.

—*¡Saint Germain D'Auxerre!* ¿¡Te suena al menos el río Ródano!?

—No.

—¿Eres nuevo en la ciudad?

—No.

—Bromeas, ¿verdad?

—No.

—Esto...¿Siempre hablas así?

El rostro del cazador se ruborizó en la oscuridad. Nunca había sido un hombre de muchas palabras, pero tanto tiempo sin tratar apenas con el resto de personas había agravado su situación aún

más.

—No —contestó—. Quiero decir... no.

—Está bien. En fin, ¡yo misma te conduciré allí!

—No es algo sensato. ¿Por qué?

—¿Tienes alguna idea mejor?

—No.

—Pues no preguntes y sígueme, con suerte habrá un sitio para ti. Por cierto, no me has dicho tu nombre.

—Klaus Nolte Steinberg, de Tarnobrzeg.

—Qué nombre tan largo —dijo la monja casi inocentemente—. Bien; pues yo me llamo Blanche. Si algún día pasas por aquí y necesitas ayuda, pregunta por la hermana *Joie* y te conducirán hasta mí —tras estas palabras añadió en un tono aún más divertido—: Espero que vengas solamente por cosas serias, aunque no lo parezca soy una monja muy ocupada.

El cazador se quedó un rato pasmado delante de la amigable monja, hasta que la ronca voz de éste rompió el extraño silencio una vez más:

—No entiendo.

—¿El qué? —repuso ella extrañada.

—¿Por qué me ayudas?

—Pues...todo el mundo tiene cosas que hacer, y yo procuro ayudar a la gente en lo que puedo. Ése es mi deber.

La monja había pronunciado esta última frase con un tono cansado. Quizás porque ya era muy tarde y tenía sueño también. No era bueno leyendo personas, y cuando su intuición acertaba no le hacía caso hasta no darse de morros con la situación que probaba que tenía razón. De todas formas, Blanche parecía buena persona y al menos le estaba ayudando. Si luego resultaba ser una trampa o no ya se vería, no tenía por qué ser tan desconfiado. Sonrió para sí. Julio, su maestro, siempre le decía que debía ser desconfiado por dos veces.

—Gracias sinceras —dijo tras un breve silencio. De momento no estaba de más darlas, aunque se mantuviera alerta.

—¡De nada, de nada! Va, adelante —contestó ella con expresión reluciente—. Cuanto antes te encontremos un hogar, mejor.

—Pero...no es posible —preguntó Klaus dubitativo— porque no puedes salir ahora, ¿no? ¿Cómo sabes que yo no soy peligroso?

—Me lo has dicho tú y tienes pinta de ser demasiado inocente para mentir —contestó la hermana Blanche—. No te preocupes, tengo una reputación que me protege, además de...

Dirigió la mirada hacia el cielo.

A pesar de la amistosa charla del principio, recorrieron las calles con un silencio tan sepulcral como el del propio cementerio. El cazador de vampiros caminaba cabizbajo detrás de Blanche, con la mirada perdida. Recordando su precioso pueblo minero, su madre, su padre, sus hermanos... y lo que vino después. Un escalofrío recorrió su espalda. Aunque se esforzaba por hacerlo, estaba claro que todavía no lo había superado; nada había podido borrar el amargo sabor de la derrota. A pesar de tantos años de incansable lucha, después de la preparación que el maestro Julio le había proporcionado y las terribles batallas en las que luchó de joven... a pesar de todo eso aún seguía sintiéndose débil. Nunca podría superarlo, pero podía ayudar a evitar más tragedias. La voz cantora de Blanche le sacó de su ensoñación.

—Estás triste.

—No. Yo... sólo cansado.

—No —repitió ella—. El cansancio es diferente. Tú estás triste. ¿Es por trabajo? ¿Por una chica quizás?

—Por una mujer. Pero hay más muchas cosas.

No había sido una mentira, sólo una verdad a medias.

—No haré más preguntas si no quieres —le contestó ella.

—Gracias. No más.

Para haber sido capaz de adivinar tanto sobre él, creer que la fuente de todos sus males se reducía a una mujer había sido un error bastante grande por parte de Blanche. Nadie era perfecto, después de todo.

—Por cierto —dijo la monja—, es aquí delante.

El edificio que tenían delante era menos impresionante de lo que esperaba. Un estrecho callejón cubierto daba a un patio interior donde se encontraba una estructura más bien baja, de piedra fuerte pero fría y poco acogedora, de un color gris amarillento y con una

puerta de madera que no tenía pinta de poder aguantar mucho más. Ésta tenía una pequeña hendidura que se abría paso hasta el otro lado como una cruel puñalada. Era la mirilla. La monja tocó la puerta con el nudillo tres veces consecutivas.

A los pocos segundos, un hombre enorme, sucio como si viniera de las entrañas de la tierra y con un fuerte olor a hierro, abrió la puerta.

—¡Hermana *Joie!* —profirió el gigante de facciones estiradas con una sonrisa— ¡Hace mucho que no nos vemos, *rediez!* ¡Venga un abrazo!

—Te lo mereces de buen grado, Juste —dijo la monja interponiendo su mano entre ella y el gigantesco individuo—, pero antes deberías asearte un poco. ¿Acabas de volver?

—Sí. Yo...

El gigante bajó la cabeza mientras su rostro adoptaba los rasgos de un niño al que acababan de reprobar.

—¡Anda ya! ¡Bromeaba, tontorrón! —exclamó Blanche con una risa alegre mientras se arrojaba a los brazos de aquel hombretón en un cálido abrazo.

De nuevo, la cara del enorme hombre de piel morena se llenó de felicidad con la misma facilidad con la que la había perdido. La expresividad de Juste el gigante era asombrosa, además de hacerlo muy humano le daba un candor especial que lo volvía inmediatamente un ser amistoso y en absoluto amenazador a pesar de su tamaño.

—Ah...Blanche. ¡Pero mira que eres mala a veces! ¡No me explico cómo llegaste a monja!

—Ya te lo contaré algún día. Por ahora necesito un favor, amigo. He venido a estas horas de la noche porque este pobre diablo necesita un lugar donde dormir.

—Tiene una pinta la mar de rara... ¿Trae dinero?

—¡Juste!

El gigante profirió una sonora carcajada e hizo con la mano un gesto de aprobación.

—¡Bah, también bromeaba! ¡Ya sabes por lo que abrí este lugar, para empezar! No te preocupes por él, parece un tipo reservado

pero... —de repente calló. Su mirada estaba centrada en la espada que Klaus había llevado consigo todo el tiempo— ¡Santa María! ¡¿Pero qué hace éste llevando ese cacho de armatoste por la vida?! ¿Es acero? No será un mercenario o cazador de recompensas o algo así, ¿no?

El polaco permaneció en silencio con el ceño fruncido. Repasando cada una de las palabras que el inmenso francés había dicho. Le costaba seguir el idioma, a pesar de haberle sido impuesto tiempo atrás.

—Klaus, éste es tu anfitrión, Juste. Creo que sería bueno que le informaras un poco acerca de tu profesión.

Como si pensara lo que estaba a punto de decir, el cazador bajó la cabeza lentamente y adoptó una posición erguida e imponente mientras exclamaba de forma solemne:

—Mi nombre Klaus Nolte Steinberg, nacido cerca de Tarnobzreg. Ya no hay profesión para mí, sólo un deber: exterminar para siempre a las criaturas que atormentan a los seres humanos desde la noche de los tiempos. Yo mato vampiros.

Esta vez fueron Blanche y Juste los que permanecieron en silencio mirándose entre ellos. La monja parecía querer decirle algo con la mirada que sólo él entendió. Finalmente, su apacible voz terminó con el incómodo silencio:

—Escucha, los muertos vivientes o lo que sea que persigues... sencillamente no existen, ¿sí? Además...aún en el caso de que existieran, ¿no crees que no sería demasiado sensato ir pregonando por ahí que tú les das caza?

La monja tenía razón pero, a pesar de hacerle parecer un personaje salido de una novela de caballerías, decir lo que era tenía su propósito.

—He matado vampiros. He visto cómo mueren. También he estado en guerras humanas. Los humanos mueren también, pero no igual. Yo no tengo miedo a decir lo que soy. Nunca ha importado mucho.

Era cierto; a veces decir que era un cazador de vampiros daba mala reputación y problemas, especialmente en las ciudades, donde se solían creer por encima de esas supersticiones. Otras, algo más

escasas, daba dinero de forma casi legítima. Klaus había aprendido de su difunto maestro que es mejor mala reputación con el estómago lleno que tener que enfrentarse al hambre y la rutina a la vez. A veces, sin embargo, tenían que lidiar con las tres cosas a la vez: “hambre, rutina y mala reputación”.

—Deberías tenerlo —replicó Juste lanzando a Blanche de nuevo esa mirada cómplice—, porque nosotros damos refugio a los matavampiros como tú. Y nos conviene que nadie sepa vuestra identidad ni la existencia de nuestros enemigos, ¿comprendes?

—Cualquiera lo diría, Juste —dijo Blanche curiosa—. Hablas como si te fueras a unir a él en cualquier momento.

—¿Yo? ¡No, hombre, no! Mi sitio está aquí —Se apresuró—. ¡Aunque si un día me encuentro con alguno lo dejo seco de un manotazo! ¡Como que me llamo Juste que sí!

Estaba seguro de que estaban intentando ayudarle a su manera. Pero también sabía que le seguían el juego porque creían que era un chiflado vagabundo en una noche de otoño inusualmente fría. No les culpaba. Era plenamente consciente de lo absurdas que sonaban todas esas historias para la gente de ciudad acostumbrada a una rutina lejos de las leyendas del pasado. Daba lo mismo; de todas formas era eso o dormir al raso y, por una vez, decidió tentar a la suerte.

—No me mientas a mí —profirió Klaus toscamente— y seguiré las normas que digas. No molestaré.

—¡Ése es el espíritu que hace falta! —contestó Juste palmeando su hombro con una inmensa y pesada manaza— Tira para adentro, maestro, que es tarde. Gracias hermana por encontrar a este huésped descarriado. Ya puedes irte tranquila.

—No sé cómo podré pagártelo, amigo —dijo Blanche haciendo una pequeña reverencia.

—Descuida. Si las cosas como ésta se devolvieran en dinero, todo el mundo te debería una fortuna. *¡Bone soir!*

—Adiós —respondió Blanche. Luego, miró a Klaus a los ojos—. Ten mucho cuidado —le dijo— y mucha suerte.

—Lo tendré. Gracias.

Hubiera querido ver como su benefactora se alejaba en mitad de

la noche, pero la reverencia torpe pero imponente que su nuevo anfitrión le hizo le obligó a entrar en la pequeña puerta de madera.

—¿No le pasará nada?

—No te preocupes, aunque no lleve espadas gigantes por ahí, nadie se atrevería a meterse con ella.

—¿Es una persona importante?

—Importante para los que la conocen, que son muchos en esta ciudad. Por cierto —dijo Juste cerrando puerta—, no me gusta mentir.

—¿Qué?

—Sólo te lo digo. No me gusta mentir y no suelo hacerlo. Espero que en ese aspecto seas como yo, ¿bien?

—Bien. Como tú.

Luego, al darse cuenta de que sus palabras habían sonado casi a amenaza, Juste el gigante adoptó otra vez la expresión de niño afable y dijo:

—Eh, perdona si suena demasiado brusco, pero es la verdad.

—Me gusta la verdad —asintió Klaus.

—Bien. ¿Sabes? Tienes la misma cara que el que me quitó el reloj, pero estoy seguro de que cuando descanses y duermas un rato será el comienzo de una gran amistad.

—Yo no te quito el reloj, seguro. Espero que también seamos amigos.

—Tu habitación es la primera a la izquierda, nada más subir las escaleras —dijo el coloso con una sonrisa reprimida—. Hay cuatro personas más, así que procura no despertarlas al subir.

—Lo haré, gracias.

—Querrás decir “no lo haré”.

—¿Qué?

—Olvídalo. Buenas noches.

Juste se quedó un rato más abajo. Más que un posadero parecía un trabajador de las minas. Esa mezcla de olores cuyo recuerdo perduraba desde su niñez era inconfundible. El cazador de vampiros se sacudió los pensamientos y subió las escaleras esforzándose para no hacer ruido. En cierta medida lo consiguió, a pesar de que los escalones estaban seriamente dañados por el

tiempo y por el castigo diario que suponía tener más de catorce huéspedes en el piso de arriba. Tampoco es que fuera alguien especialmente sigiloso, menos aún con esas gruesas botas de cuero endurecido. Entró en la habitación oscura, poniéndose el “monóculo” en el ojo bueno para no tropezar con nadie. Normalmente servía para rastrear vampiros, pero también servía para ver mejor en la oscuridad, al menos con uno de sus ojos; el otro veía bien también, pero cuando se le cansaba era una pesadilla. Era una suerte haber conservado el ocular intacto durante tanto tiempo. Suerte y tal vez miedo a provocar la ira de su difunto maestro, que se lo regaló. Tras terminar el delicado rito que suponía agacharse y tumbarse sin hacer ruido, se arropó con las mantas. Limpias dentro de lo posible, pero ya viejas posiblemente en los tiempos de Carlomagno. Se durmió pensando en aquella buena mujer y en Juste. Era gracias a personas como aquellas que el mundo merecía ser salvado.

Capítulo 5: De nadie a Rea

La chica sin nombre despertó sobresaltada. Le dolían todos los músculos del cuerpo, en especial la garganta, tenía la boca seca y sentía como si tuviese la sangre hirviendo. Estuvo varios minutos estirada en la esponjosa cama, sin saber si levantarse o quedarse allí para siempre. No recordaba ninguno de los eventos que la habían llevado hasta esa habitación estrecha y a oscuras. De su vida anterior, todo lo que había podido retener era el rostro de una mujer de mediana edad compungido por el terror; quizás se trataba de su madre. Sin razón aparente, la chica sin nombre se echó a llorar. Finalmente se incorporó. Quedándose quieta no solucionaría nada ahora, así que lo mejor era situarse. Se secó las lágrimas y dio un rápido vistazo a su alrededor en busca de dos cosas: información y herramientas. Lo primero que encontró de utilidad fue una vela. La tomó entre sus delicadas manos y rebuscó en los cajones algo para encenderla. Apenas había luz en la sala, pero pronto se percató de lo absurdo de intentar encender la pequeña y gastada mecha, pues veía claramente la totalidad de lo que había en la penumbrosa habitación. Dejó la vela dentro del cajón y se dispuso a buscar el siguiente objeto que necesitaba: algo con lo que defenderse. Sea lo que fuere lo que la había llevado hasta allí, no sabía quién o qué era, ni sus intenciones. De repente, su atención se centró en un pequeño objeto que brillaba, bañado por un haz de luz que se colaba por la persiana. El mango era dorado y estaba sobrecargado con motivos elegantes. El otro extremo era una cuchilla corta y afilada. Parecía ligero y manejable. Demasiado ancho para tratarse de una simple daga: era una espada rota.

Serviría. La chica sin nombre necesitaba ahora un escondite. Podía tratar de huir, pero sentía que sin respuestas estaba perdida.

—Puedes tratar de esconderte debajo de la cama, pero es bastante predecible —dijo una voz masculina a su espalda.

Sobresaltada, se volvió rápidamente y alzó la espada rota de forma amenazadora, sin decir nada. ¿Cómo había entrado él allí?

—No, no puedo leer tu pensamiento —aclaró el joven antes de que pudiera preguntar nada—, aunque me resulta fácil predecir... no: calcular tu reacción, teniendo en cuenta la situación en la que te encuentras.

—Si eso fuera cierto —replicó ella tratando de parecer calmada—, no habrías dejado esta espada a mi alcance.

Al empezar a hablar, la chica sin nombre notó el sabor metálico de la sangre. Recordó algunas sensaciones sueltas de antes de perder el sentido, pero le fue imposible reconstruir el más pequeño fragmento de su memoria.

—¿Es así? Creo que simplemente estoy seguro de que no puedes hacerme daño. Además, he sido yo quien te ha salvado.

—¿Salvado de qué? —preguntó violentamente ella.

—Su nombre es Leon Nycephorus, un asesino. Por ahora —dijo el joven de ojos oscuros— me interesaría saber el tuyo.

—Mi nombre...

Aquello no iba bien. Ella era la que debía dominar la situación. Además, desconfiaba de aquel desconocido que tenía delante. Como si la maldad que emanaba de éste fuera visible.

—Estás pensando en lanzarte sobre mí —dijo de nuevo el joven—. No lo pienses más, hazlo. Es conveniente para ambos que te muevas, te ayudará a desentumecer tus articulaciones. Además, así descubrirás tus límites, por ahora.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Supongo que debería de haberme presentado. Mi nombre es Vanya. Normalmente soy uno de los vampiros asignados a... ¿Estás bien?

Al oír la palabra vampiro, un torrente de imágenes terribles pasaron por la mente de la chica sin nombre. Recordaba ahora la muerte de un hombre y una mujer, y unos ojos verdes brillando en

la oscuridad. Las punzadas que producían los recuerdos en su cabeza la hicieron tambalearse hasta que finalmente se vio obligada a hincar una rodilla en el suelo para no desmayarse. Recordaba ahora un golpe fuerte en la nuca. De hecho, aún lo sentía. Se acarició la zona afectada con cuidado y cuando dio con la zona profirió un minúsculo quejido. El joven se apoyó tranquilamente en un mueble, y se limitó a decir:

—Lo siento, pero tuve que golpearte para que no acabaras en manos de los gendarmes, lo que me extraña es que te hayas despertado hoy mismo y no la semana que viene.

Aquello era demasiado. Sin pensarlo dos veces saltó sobre el joven con el fragmento de espada en alto. No quería matarlo, ni herirlo siquiera, sólo cambiar las tornas de la situación, recuperar el control. Sin embargo, Vanya el vampiro no le dio ocasión alguna; la tomó por las muñecas y la proyectó hacia el suelo con gran violencia. El golpe le cortó la respiración por un instante, pero no dejó que eso la detuviera; se levantó tan rápido como pudo y lanzó un nuevo ataque, esta vez en serio. Los asombrosos reflejos de aquel joven alto y delgado cogieron desprevenida una vez más a la chica sin nombre. Cuando se quiso dar cuenta, estaba otra vez en el suelo, mientras que Vanya seguía reclinado en del mueble como si nada hubiera sucedido.

—Aún no puedes derrotarme —dijo el joven quietamente—. Sólo conseguirás hacerte daño y perder un tiempo precioso. Ya es suficiente por hoy. Dime tu nombre de una vez, y te explicaré el asunto en el que estás metida para que puedas decidir tu camino.

—¡No tengo nombre! —replicó furiosamente— No me acuerdo de nada...sólo tengo...imágenes borrosas. Nada.

El joven asintió y, tras una breve pausa, dijo:

—Bien.

—¿Bien? —repitió ella ofendida— ¿Qué demonios te parece a ti que está bien, imbécil?

—Eres la segunda persona que me dice eso hoy —dijo Vanya sin ocultar cierta irritación—. Y no me gusta. Digo que está bien porque es un comienzo. Si no tienes nombre te sugiero que busques uno rápidamente, será lo mejor.

—¡Explícame ya qué me pasó!

—Paso por paso, sólo así las cosas salen bien. Primero el nombre. O mejor aún, primero levántate del suelo y toma asiento, y un poco de agua si quieres.

—Aquí estoy bien —replicó ella.

—Después de que un vampiro te haya arrebatado entre un cuarenta y cincuenta por ciento de tu sangre y te haya restituido tan sólo entre un diez y un veinte por ciento, créeme, estás lejos de estar bien. El que sigas con... vida y consciente ya es un hecho inusual.

—Me han... me mordió. Eso quiere decir...

—Que te han convertido en vampiro. Toda tu vida anterior que no recuerdas de hecho ya no tiene ningún sentido, así que mejor no intentes recordar el pasado; debes pensar en tu futuro como un nuevo ser. La chica que fuiste ha muerto, la que eres aún tiene la oportunidad de vivir... si piensas bien tus opciones.

La chica sin nombre se levantó temblorosamente del suelo para dejarse caer en la silla que el vampiro le ofrecía. Aunque se esforzaba, no podía detener el temblor de sus manos ni desatar el nudo que oprimía su garganta.

—Agua. Dame agua.

Vanya sacó un vaso y una botella de un zurrón de cuero. Colocó el vaso encima del mueble y lo llenó con una tranquilidad que hizo que la sed que la joven sentía le acuciara aún más. Cuando terminó, tomó el pequeño recipiente de metal y se lo entregó a la muchacha, la cual bebió rápidamente su contenido.

—Más —dijo ella.

El joven vampiro cogió la botella y llenó de nuevo el vaso, que tardó apenas unos segundos en vaciarse de nuevo.

—Más... —repitió.

—Está bien. Uno más.

Cuando se hubo terminado el tercero, soltó una bocanada de aire frío y respiró nerviosamente.

—Gracias —dijo ella como acto reflejo.

—De nada.

—Pero no entiendo —dijo la chica sin nombre—. Se supone que

los vampiros beben sangre. ¿Quiere decir eso que no me he convertido?

—No. La mayoría de nosotros podemos vivir largo tiempo como los humanos, e incluso comer como ellos si así lo deseamos. Pero a veces no es suficiente. Yo, por ejemplo, acabo de alimentarme para recuperarme de aquello que sucedió anoche —mostró una de sus manos, que estaba vendada, y movió los dedos. No sabía qué tipo de herida se había hecho, pero por lo visto apenas era una molestia después de “alimentarse”. Era algo horrible.

Al ver que en la expresión de la chica sin nombre había un trazo de terror, Vanya el vampiro puso su otra mano en el hombro de la muchacha. Ésta la rechazó con desdén.

—Antes de juzgarme —prosiguió él— has de tener presente algo bastante simple: los humanos matan animales que consideran inferiores para sobrevivir; nosotros hacemos lo mismo. Parece cruel...

—Es cruel —replicó ella tajantemente.

—Sí. Pero sería un acto de hipocresía por tu parte el juzgarme cuando los humanos aplican la misma ley con el resto de seres vivos, ¿cierto? Los animales sienten el mismo miedo cuando los cazan, y el mismo dolor cuando les dan muerte. En ese sentido no hay ninguna diferencia entre unos y otros.

—Eso puede ser verdad —contestó la joven—, pero no deja de ser algo cruel.

Vanya el vampiro dejó escapar una risa reprimida. La verdad es que a todos los vampiros nuevos les soltaban el sermón de “los humanos también cazan”. La mayoría acababa tragando sin más.

—Una observación inteligente; tienes potencial. Si te consuela, mientras no sobrepases demasiado las capacidades de una persona normal podrás alimentarte como tal y saciar tu sed sin acabar con tu presa. Pero como vampiro no envejecerás nunca y por ello deberás moverte con relativa frecuencia si permaneces con los humanos... y serás marcada por ellos como si estuvieras maldita. De todas formas ten presente esto: nunca te librarás de la sed.

Con una sonrisa altanera, la muchacha contestó:

—Desde que me diste el agua ya lo he hecho.

—Con qué sí, ¿eh? Dentro de unos días sabrás mejor de lo que hablo... aunque con suerte, y si estoy en lo cierto, no necesitarás saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás —replicó el vampiro—. Primero debemos esperar y observar lo que ocurra. Es muy temprano para asegurar nada aún.

La chica sin nombre tenía muchas cosas que consultar, pero sabía por dónde empezar. Era todo demasiado confuso y había sucedido demasiado rápido. Finalmente encontró las palabras que quería utilizar para su siguiente pregunta:

—¿Qué debo hacer... como vampiro? Quiero decir... has dicho que tenía que hacer una elección. ¿Qué va a pasar ahora?

—Dos elecciones —le corrigió Vanya—. Pero será mejor que te explique primero esto: hace cientos de años los vampiros vivíamos en pequeños clanes. Pero esa etapa fue bastante efímera ya que los humanos nos daban caza fácilmente, entonces llegó la etapa más sangrienta de nuestra historia, nosotros la conocemos por “luna negra”.

—Luna negra...—repitió ella inconscientemente— me suena.

—No debería —le cortó él—. Nuestros clanes empezaron entonces un proceso de unificación en diversas sociedades. De entre los nuestros surgieron guerreros de élite que se pusieron a favor de uno u otro feudo. Estos maestros de la guerra fundaron diversas órdenes de batalla, algunas de las cuales aún hoy perduran. Las más importantes actualmente son la orden del dragón y los caballeros de la sangre. ¿Bien hasta aquí?

—Creo que es mucha información. ¿Me lo podrías escribir?

—¿Sabes leer?

La joven asintió.

—Otro punto a tu favor. Intenta prestar atención al resto —dijo Vanya—, no te resultará muy difícil asimilarlo.

—Muy bien —musitó no muy convencida.

—Resumiendo: los clanes se fueron unificando hasta que todos los vampiros del continente se unieron en dos grandes grupos: el imperio del clan tormenta y el reino del dragón carmesí. Yo pertenezco al primero de estos.

—Ya entiendo... Leon pertenece al dragón carmesí, ¿no?

—No. Leon —respondió el vampiro algo bruscamente— no pertenece a ningún clan. Es algo así como un proscrito. Convierte a humanos como tú sin autorización.

—¿Autorización? —repitió la joven atónita— Creía que cuando un vampiro tenía... hambre, sólo te mordía y ya está.

—En otros tiempos quizás, pero para mantener un secreto como el de nuestra existencia hacen falta una organización y disciplina férreas. Ése es otro punto clave: cualquier vampiro tiene prohibido convertir a humanos sin autorización previa de un alto cargo. Lo hacemos para controlar más fácilmente nuestro crecimiento; de esta manera frenamos nuestra expansión por el resto del mundo, por el momento. Además, los vampiros nuevos suelen ser costosos en cuanto a “alimento”, y generalmente son torpes y débiles. Son difíciles de mantener y ocultar, así que lo tenemos bien regulado por el simple hecho de que no es fácil de hacer. Con nuestra sociedad, no es sabio convertir a cualquier individuo. Pone en peligro nuestra cobertura. Por el bien de la sociedad humana y de la nuestra nadie debe saber de nuestra existencia. Ambas están entrelazadas; si una cae o se desestabiliza, la otra probablemente le seguirá.

—¿Por qué me han convertido entonces?

El vampiro hizo una pausa, pensando su siguiente respuesta.

—Es difícil decirlo —contestó finalmente Vanya—. Leon lleva tiempo moviéndose. Convierte a humanos y los somete a su voluntad. Todos los factores indican que no va solo, aunque dudo que sea únicamente gente que ha convertido él mismo. Ya te he dicho que no es nada fácil mantener a los vampiros nuevos; o bien son demasiado débiles o bien unas bestias descerebradas y siempre deben matar para sobrevivir, así que dejan un rastro muy claro. En cuanto intentara hacer un movimiento contra cualquiera de los clanes sería aplastado. Somos demasiado grandes para ser desafiados.

—Bien. ¿Qué debo hacer ahora, unirme a tu “imperio” o...?

—No voy a mentirte: seguramente no te acepten, pero aún así debes intentarlo. Si permaneces a mi lado y me ayudas a cazar a

Leon es posible que se haga una excepción contigo, después de todo eres especial, Rea.

—¿Rea?

—He decidido llamarte así. ¿Te parece mal?

—¡No soy una mascota para que me pongas nombre! —dijo llena de furia.

—¿Se te ocurre alguno mejor? Te escucho.

La expresión iracunda de la chica sin nombre en la oscuridad no se desvaneció. A pesar de ello, contestó:

—Rea está bien. Rea. Rea...

—Hija de Caos, de origen griego.

—Sólo es un nombre y nada más —replicó Rea con desdén—. ¿Cuándo empezamos a buscar a ese asesino?

—El tiempo de los vampiros es la noche, ahora descansa. Para encontrarlo tenemos contactar con los dragones carmesíes en Lyon.

—El tiempo de los vampiros... ¿Entonces morimos si nos da el sol?

Vanya miró a la joven con cara de estupefacción.

—¿Cómo?

—¿Si me expongo a la luz solar...me quemaré?

—No. Somos vampiros normales, ¿Por qué deberíamos morir al ver el sol?

—Porque... los vampiros no soportan la luz del sol. Recuerdo haber leído sobre eso.

—Interesante. Aunque los cuentos de hadas de los humanos no son fuentes de fiar, es cierto que algunos vampiros de casta inferior temen cualquier tipo de luz intensa pero no es algo que nos ocurra a todos. Los vera sangre, los primeros de los nuestros, cazaban de día aprovechando esa superstición. Es largo de contar, así que ahora mejor duerme, va a ser una noche ajetreada y si no estás acostumbrada te será difícil adaptarte a todo.

Dicho esto, Vanya el vampiro se recostó en el maltrecho sofá y cerró los ojos.

—¿Por qué debería ayudarte? —dijo ella pensativa— ¿No has dicho que seguramente no me aceptarán?

—Es cierto —contestó el joven vampiro—, pero el simple hecho

de que te haya dicho la verdad debería bastarte para darte cuenta de que soy lo más parecido que tienes a un aliado. Duerme.

Rea avanzó penosamente hasta la cama en donde había dormido y se tumbó. Finalmente, tras relajarse y escapar de los pesadillescos fragmentos de sus recuerdos, se durmió.

Capítulo 6: Muerte y Resurrección

Había pasado gran parte de la noche con su tarea, pero incluso le había sobrado tiempo. Casi como si estuviera preso de un hechizo, Eckhart había realizado su trabajo. Era la ocasión perfecta para descubrir si todos sus años de desesperada búsqueda le habían servido para algo más que para revivir animales de granja, animar pequeños objetos y hacer otros cambios a pequeña escala. Llevó consigo únicamente un estuche de forma extraña y un pequeño frasco de cristal. Entre azul y púrpura, pero sin quedarse en ninguno de los dos. Hasta el color parecía ser el correcto. Cuando llegó al hogar de *Diable*, descubrió que habían limpiado las calles, como si nada hubiera pasado el día anterior. Aquello era extraño y no le gustaba. Si la escena de muerte del día anterior había desaparecido tan fácilmente quería decir que alguien se esforzaba en borrar sus pasos... o en evitar que la gente se fijara en algo. De todas formas, eso le evitó tener que esforzarse para no ser visto esta vez. Entró en la olvidada alcoba y se acercó al espejo. Una vez allí, dio dos golpes en él, como si llamase a la puerta. Al poco tiempo, un "*Diable*" vestido con camisón le recibió.

—Buenos días, *Diable*... o tal vez debería decir "señor Mayer"
—saludó afectuoso Eckhart.

—Vaya, mi servicio no me ha avisado de su llegada —contestó el *doppelgänger*—. Lamento que me veas en estas condiciones, en seguida me cambiaré.

Y dicho esto, dio una vuelta sobre sí mismo mientras se transformaba en un joven alto y fornido, vestido de soldado. El maestro alquimista ignoró el nuevo aspecto de su futuro esbirro y

se limitó a abrir con extrema cautela el estuche negro, del que sacó un violín. Al ver esto, *Diable* se refugió tras una expresión apenada y dijo con un murmullo apesadumbrado:

—No has conseguido saber la forma de sacarme de aquí y me vas a tocar una melodía triste, ¿verdad?

—Te equivocas —contestó Eckhart triunfante—: esto es lo que te va a sacar de aquí.

—¡Y me llaman loco a mí! Bueno, de hecho ahora no me llaman nada... excepto quizás demonio...pero eso no es cierto. Por otra parte... en fin, hay que tener una mente abierta... ¡Después de todoyosoyunREFLEJOPARLANTE! —carcajeó el diablillo— ¡Prosiga, señor chalado, y considere mi perdón una disculpa!

Tras ignorar de nuevo las palabras del *doppelgänger*, el alquimista abrió el pequeño bote de cristal y vertió su contenido por el espejo.

—¡Eh! —dijo *Diable* indignado— ¡Que lo lavé el siglo pasado! Creo...

—Tú decides —contestó algo molesto ya por las constantes interrupciones del que sería ahora su sirviente—. Ahora voy a iniciar el ritual, si me equivoco o me interrumpes no sólo morirás, sino que también desaparecerás para siempre en el olvido. Usaré tu brillante “nudo sin fin” como círculo de transmutación, así que más te vale que sea geoméricamente perfecto.

—¡Oh, Pitágoras lloraría de felicidad si lo viera! —exclamó el *doppelgänger*— Ritual, ritual, ritual, ritual.... me gusta esa palabra. Suena bien, ¿verdad? ¡Ritual! Parece como si fuera a invocar poderes ancestrales o algo así. ¿Me va a hacer un número mágico, señor Solberg?

—Ya veremos —dijo sonriente el alquimista—. Silencio ahora. No puede haber ningún error.

Y dicho esto, Eckhart murmuró unas palabras y tomó el violín que había traído consigo. La melodía empezó sin avisar. No se trataba sólo de música: cada sonido era como una representación casi exacta de la personalidad de *Diable*. Aquel ritmillo alegre y algo falto de cordura parecía describirle perfectamente. Éste, sobreexcitado, empezó a moverse al ritmo de la música. Por lo visto,

era cierto que su nuevo esbirro tenía dotes para el baile, pero él ya no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, pues se encontraba como poseído por una divinidad que tocaba el violín. La imagen de ella pasó por su mente durante un instante demasiado pequeño para desconcentrarle o como para darse cuenta de lo que significaba. Mientras, el líquido que había vertido sobre el espejo había empezado a humear como el efecto barato de una vulgar obra de teatro. Eckhart se retiró unos pasos sin dejar de tocar cada vez más rápido. La melodía adoptó un melancólico matiz de intensa locura mientras el humo morado se volvía más y más denso hasta que no pudo verse nada en la olvidada habitación. Ya no se escuchaba a *Diable*. Cuando el vals llegó a su abrupto y frenético final, el humo empezó a disiparse casi como por arte de magia, y es que lo que había ocurrido en esa sala no distaba mucho de ella: delante del alquimista del violín se encontraba un joven delgado con un pelo tan rubio y brillante que parecía blanco, gafas ridículamente pequeñas y un atuendo un tanto anacrónico de mangas exageradamente anchas, tal y como el dibujo del texto de Gilbert representaba. Estaba hecho. Había tenido éxito.

—¡He aquí mi mayor logro! —dijo el alquimista dejando escapar algo de orgullo en sus palabras— ¡La transmutación del alma humana es posible!

Gilbert permaneció un buen rato inmóvil del todo, sin respirar siquiera. Pasado ese pequeño período de tranquilidad, las risillas nerviosas que antes provenían de un fantasma en un espejo fueron ahora proferidas por un ser de carne y hueso. Gilbert Mayer había resucitado.

—¡Es impresionante increíble ALUCINANTE! ¡Eres el mejor! Estoy listo para ser tu caballero andante, señor Solberg. Aunque puedo llamarte Eckhart, ¿verdad? ¡A tus brazos, salvador!

Y dicho esto, Gilbert saltó a los brazos del que le había dado forma corpórea una vez más. Eckhart le esquivó con un giro rápido y subió las maltrechas escaleras mientras su nuevo ayudante se daba de espaldas contra el suelo de madera.

—¡Dolor! —exclamó— ¡Duele! ¡Me duele! ¡Nunca pensé que me alegraría de algo así!

—Ya basta —dijo hastiado desde el piso de arriba—. Tenemos trabajo que hacer. Ah, y puesto que tienes el aspecto de un... joven, lo más conveniente será que a partir de ahora me trates de usted.

—¡Ay! —replicó Gilbert en un tono lastimero— Ya no me alegra tanto, ¡aunque me encanta! Bueno, no me encanta deslomarme contra el suelo pero me encanta el hecho de poder sentir otra vez, aunque lo que he sentido no ha sido agradable...

El incesante torrente de palabras de su nuevo socio fue tan grande como la voluntad de Eckhart para ignorarle por completo. Tras salir a la calle, la expresión de Gilbert se iluminó mientras los dos soles que habían aparecido en sus ojos trataban de absorber toda la información que esta nueva época traía consigo.

—¡Ah! ¡Mientras yo estaba encerrado el mundo se ha llenado de milagros! ¡Mira qué edificios, mira qué ropas tan extravagantes y qué perfumes tan...! Espera, esto era mejor antes. ¡Pero mira qué mozas tan bien formadas!

Y dicho esto, se arrodilló ante una de las jóvenes que pasaba por allí y sacó mágicamente al francés que llevaba dentro:

—¡Ah, *mademoiselle*! —dijo Gilbert— ¡He pasado cien años en tinieblas y el hecho de poder verla a usted me ha hecho rejuvenecer de súbito, igual que a esta rosa marchita!

Y dicho esto, sacó de la nada una rosa ennegrecida por el tiempo que, tras un golpe de muñeca del fantasma del espejo, se transformó en una roja y de aspecto saludable, como recién cortada.

—Para usted —prosiguió el descarado adulator.

El descarado jovenzuelo recibió entonces un tirón del cuello de la camisa que lo puso en pie de nuevo. Era Eckhart. El alquimista le guió a tirones hacia su nuevo hogar mientras la mirada de Gilbert seguía posada en la ruborizada joven que se alejaba a paso ligero y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eh! —protestó el enfurruñado *doppelgänger*— ¿Tienes idea del tiempo que hace que no veo a una chica? ¡Y qué chica! ¡Si hasta el ser humano parece haber mejorado en estos tiempos!

—Señor Mayer —contestó el pensativo alquimista—, ha dado a conocer una gran debilidad de forma muy torpe. No me esperaba esto de usted.

—Bueno, ¡no quería transformar mi diario cien-tí-fi-co en una novela llena de actos impuros! —contestó Gilbert con una nerviosa risotada— ¡IMPUROS! ¡Ah! Pero con esa chica... ¡Con esa chica sería un acto tan puro como atravesar volando las puertas del cielo y ser recibido por el de sonido de las trompetas celestiales de cien querubines!

—Me refería al idioma —replicó Eckhart secamente.

—¿Eh? ¿El idioma? ¿Qué idioma?

—No soy ningún experto, pero si hubieras permanecido realmente cien años encerrado no estarías al corriente de la forma de hablar moderna. Usa usted expresiones demasiado actuales. Empecé a sospechar de ello cuando leí tu diario.

—Diantre, ¿es que me va a obligar a esforzarme a la hora de mentir?

—Si no quisiera que te esforzaras no te lo habría hecho notar. Si yo puedo, alguien más puede. Es algo que no me puedo permitir.

—¡Me ha tocado servir a un ser malvado y cruel! Aunque pensándolo bien... no veo el porqué. ¿No podría salir corriendo ahora mismo, señor Solberg? ¿Me lo impedirían sus poderes de mago?

Gilbert hizo ademán de alejarse del alquimista lentamente, pero al ver que éste seguía sin hacerle caso volvió a acelerar el paso hasta caminar de nuevo junto a él.

—Cuando lleguemos a tu nuevo hogar te explicaré algunas de tus nuevas limitaciones. Por ahora, sólo te diré que seguramente te interesa encontrar el diario de Flamel más que a mí la piedra.

—Interesante —respondió canturreando el *doppelgänger*—. IN-TE-RE-SAN-TE. Entonces me quedo, puede ser divedertívodo. Sin embargo, tengo otra pregunta: ¿por qué el diario y no la piedra?

—El diario es una pieza clave para encontrar la piedra, más importante incluso, en algunos aspectos. Hallar cualquiera de los dos ya finalizaría nuestra búsqueda.

—¿Y todo esto cómo lo sabe? ¿Era usted el primo hermano de Flamel o algo así? ¿Acaso una carta de amor entre alquimistas? Es más... ¿Cómo diantre sabía usted de la existencia de un servidor?

—Lo explicaré a su debido tiempo.

—A su debido tiempo, a su debido tiempo... ¡Pues espero que ese tiempo llegue pronto! Soy un tipo simpático y no me importa ser un segundón si la ocasión lo exige, pero no soporto que se me deje atrás así porque sí —dijo alzando el puño y quedándose algo atrás de nuevo.

Llegaron rápido al lugar donde Eckhart se hospedaba. Cuando cruzaron la puerta, el posadero registró con la mirada al chico pálido y delgado que acompañaba a su huésped.

—¡Buenos días, señor Solete! —exclamó con tono afable— Viene con un amigo, parece, ¿eh?

El maestro alquimista dedicó una mirada altiva al hombre que no sabía pronunciar su nombre y luego dijo con el tono más amable que encontró:

—Estudiante. Éste es Gilbert. Tu posada me pareció adecuada para su hospedaje. Yo seré su profesor durante un tiempo.

—Profesor, ¿eh? —dijo el posadero con recelo— Bueno, supongo que no me interesa meter las narices en la vida de mis huéspedes —a lo que luego añadió—: Pero como supondrá, este chico también pagará la estancia completa duerma aquí o no.

—Por descontado —contestó el alquimista.

—A ver... usted, joven. Nombre completo, por favor.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en la cara de Eckhart.

—Gilbert Mayer, para servirle a usted siempre y cuando no haya una dama primero.

—Ya... comprendo —dijo el posadero un tanto perplejo—. Bueno, chaval, como tu nombre es muy poco pronunciable he decidido apuntarte como Gilbán Mella. ¿Te hace?

—¡Nonononono, no! —rechistó el *doppelgänger*— Espere, se lo escribiré, es más fácil de pronunciar de lo que parece, ¿ve?

Y dicho esto, escribió con una armoniosa y elaborada letra “Gilbert Mayer”, a lo que el posadero contestó sin inmutarse:

—¡Muy bien, Gilberto Mayor, pues! ¡Hala! Tengan un buen día.

—¡Mayor... mayor... mayor! —contestó el muchacho— ¡Me gusta!

Cualquier atisbo de alegría se borró de la cara de Eckhart en el instante en el que su compañero pronunció esas palabras.

—Por cierto, muchacho —observó el posadero—, ¿no era el lazo de tu camisa más grande hace un momento? Me ha parecido.

—Bueno —contestó con una sonrisa reprimida—, es una camisa encantada que me tejió un violinista con una canción de amor eterno.

—¿C-cómo? —titubeó el perplejo ventero sin entender ni una palabra de lo que el muchacho había dicho.

—Que la tela es barata y encoge con el frío —interrumpió Eckhart rápidamente—, tiene problemas al expresarse y le cuesta actuar en público —añadió remarcando cruelmente las tres últimas palabras. Luego, se dirigió a Gilbert en un tono mucho menos amable—. Andando.

—¡Ay de mí! Acabas de romper mi pequeño corazoncito —contestó éste con una sobreactuada mueca de tristeza.

Cuando llegaron al pasillo inferior, avanzó hacia lo que sería su habitación hasta que sintió el tacto de unas manos femeninas que le acariciaban la barba.

—¿Quieres divertirme, guapetón? —dijo la voz de una muchacha a su espalda.

Eckhart se volvió, y vio a una atractiva muchacha con un vestido de la época. Sin pensarlo ni un segundo, lanzó un potente puño contra la nariz. La chica, tras un quejido que ya le era familiar, rodó por el suelo y quedó en una antinatural y ridícula postura mientras un hilillo de sangre brotaba desde su nariz hasta la barbilla. Ignorándola, el maestro alquimista entró en la habitación y cerró la puerta. Al poco, alguien llamó con cinco tímidos golpecillos.

—Acabo de descubrir —dijo la forma de Gilbert palpándose la nariz— que su sentido del humor murió hace años.

—Al contrario, sirviente —dijo en tono divertido Eckhart—. A mí me ha parecido una interesante forma de descubrir que tus heridas sanan por completo cada vez que cambias. He notado como tu nariz se rompía y ahora está perfecta. ¿No te alegra eso?

—¿Si te digo que no me atizarás otro golpe como ése?

—Probablemente.

—Ah, entonces no —otra vez esa insoportable risilla nerviosa—. ¡Vaya un laboratorio me tiene montado! ¡No está nada mal para una

posada!

—Más que un sitio donde dormir, lo que buscaba era un buen lugar en el que poder ejercer nuestro arte —dijo el maestro alquimista sin apenas darle importancia—. Bien. Como he dicho antes, creo que va siendo hora de que te diga tus limitaciones, sirviente.

—¡Ciertociertociertocierto! Veamos... —contestó mientras giraba sobre sí mismo. Cuando Gilbert acabó su extravagante giro, Eckhart pudo apreciar los grilletes oxidados que habían aparecido en las muñecas de éste.

—Me estoy cansando de tu pobre comedia, así que será mejor hacer una pequeña prueba primero. Intenta cambiar tantas veces como puedas.

—¡No se levanten de sus asientos! —exclamó arremangándose.

Y dicho esto, el fantasmal sirviente empezó de nuevo a girar sobre sí mismo mientras se convertía en alguien distinto con cada vuelta. Primero una mujer anciana cuyos rasgos faciales cambiaron por dos vueltas más hasta que el personaje se transformó por completo. Un hombre cuyo atuendo de guerra estaba adornado con motivos de ramas de árboles, otro vestido de príncipe, una chica joven, un crío pelirrojo con un exquisito vestido de hojas frescas...

Cambiaba de forma, de tamaño, de género y de ropas en un abrir y cerrar de ojos. Ahora un hombre con un atuendo carnavalesco, ahora una niña de rasgos exóticos... las transformaciones cada vez eran más extravagantes, pero todos sin excepción eran humanos. De repente, como mareada, la niña, que ahora era totalmente azul, se transformó de nuevo en Gilbert y se agarró sin aliento al mueble más cercano que encontró.

—Vaya... tengo... reconozco que esto no lo esperaba. Te sonará un poco a cliché pero... esto nunca me había pasado, ¡palabra!

—Te creo —dijo sonriente Eckhart al ver que su sirviente se desplomaba en el suelo—. Ahora no eres sólo un fantasma. Puedes cambiar y sanar tus heridas, pero hacerlo te agotas físicamente. Eso no lo podrás recuperar por más que cambies.

—¡¿No... Lopodríaahaberdichoyyaestá?!

—Quería comprobarlo por mí mismo —contestó el alquimista—.

Además, no pretenderás que duerma tranquilamente mientras alguien... como tú anda despierto, ¿verdad? Descansar te ayudará. Cuando encontremos la piedra podrás liberarte de tus limitaciones. Mantén los ojos abiertos y será pronto.

Pero Gilbert ya no escuchaba. Había caído rendido y reposaba en el suelo con respiración tranquila. No lo sabía, pero ese pequeño juego había acortado su vida un poco más.

—Descansa ahora —dijo Eckhart mientras se quitaba la inmensa capa negra— y recupera tus fuerzas; pronto las necesitaré. Será mejor aprovechar mientras aún seas lo bastante inestable como para seguir cambiando a placer.

De alguna manera la presencia del enloquecido Gilbert contrastaba con la oscura trama que se cernía sobre la ciudad. El alquimista se preguntaba si sería capaz de mantenerse así de entero cuando ocurriera la catástrofe. Ya se vería. Tomó la medicina que preparaba siempre para antes de dormir y, apenas se tumbó en el lecho, dejó llevar su conciencia hacia un profundo sueño.

Capítulo 7: Interludio de la primera noche: movimientos en las sombras

La sombra de una sombra se retorció en la oscuridad de la arboleda, en donde la noche reinaba siempre. Llevaba allí largo tiempo, pero sólo ahora había conseguido por primera vez materializarse, incompleto y sin forma definida. Descendió de la copa de un abeto, oscilando como un péndulo y tejiendo un rastro de tinieblas allí por donde pasaba. Aun siendo el bosque una capa de negrura impenetrable, aquella forma tenebrosa era tan intensa que se dibujaba en el corazón de la suprema oscuridad como una mácula impía y negra. Lo que había llamado a ese terrible fenómeno era algo muy importante; un cambio en el tejido del universo que estaba a punto de producirse y que supondría el inicio de una nueva era. Era tentador pensar que su búsqueda comenzaría pronto, pero no esta noche; esta noche había vuelto por otra razón más pura y sencilla que ahora ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos: el llanto de una pequeña que se había perdido en el bosque. Era agradable. Había estado llamando a sus hermanos y a su madre durante horas hasta quedarse sin aliento en medio de aquella espesa arboleda. ÉL había escuchado sus gimoteos todo ese tiempo. Aquel sonido agudo y tembloroso evocaba en aquella forma de obsidiana placenteros recuerdos, que revivían un tiempo en el que ÉL estaba despierto en otro lugar. Ésa era su nueva localización ahora. Como una catástrofe natural que lo engulle todo y es inevitable por el simple hecho de que se repetirá y se repetirá mientras el mundo sea mundo. Nunca se podía escapar del todo de

ÉL. La sombra empezó a entonar un arrullo con voz suave:

*“Pobre niña dulce y cercana.
Largo he esperado este día llegar,
No llores más, Pequeña
Y te concederé cuanto puedas soñar.
¿Quién sabe de tus penas en la oscuridad?
¿Quién sabe si jamás te llegaron a amar?
Pobre niña dulce, no más
lágrimas. Tu príncipe de alas oscuras vendrá.”*

Al escuchar aquello, la atemorizada niña siguió llorando. Estaba aterrada. Era todo lo que necesitaba. Podía sentir como su pequeño mundo se aproximaba día a día a ese nuevo emplazamiento, haciéndole más y más fuerte. Quizás hoy podría alimentarse, ya que siempre había sido mucho más fácil con niños y adolescentes. Probablemente porque los adultos han perdido las sensaciones de un terror absoluto y profundo que los niños experimentan con mucha mayor facilidad. El coco, el hombre del saco, la bruja, el fantasma; todos esos nombres eran intentos fallidos de definir a una criatura mucho más compleja y terrible, que se había alimentado de la sangre de cientos de generaciones... para adoptar ahora gustos mucho más exquisitos. Pero aún no podía dañar a nadie físicamente; era tan sólo un espectro cuya arma más mortífera era su capacidad para infligir terror.

“Pobre niña dulce...” empezó a cantar de nuevo aquel ser, y, como si despertase un fragmento de su propia consciencia, uno de sus más poderosos recuerdos tomó forma también. Delante de la sollozante niña había ahora otra joven; más grande que ella, pero aún no había llegado a la adolescencia. La chiquilla vestía toda de negro, con un sombrero largo acabado en pico, como si fuera una bruja que hubiera escapado de un cuento. La niña perdida miró hacia aquella joven bruja, que le sonreía sin mostrar sus ojos, ocultos bajo un curioso pico largo y negro que salía del enorme ala

de su sombrero.

—No tengas miedo —le dijo ofreciendo su mano—. Estás conmigo ahora.

La sombra retrocedió y la niña, sintiéndose algo más segura, hizo un esfuerzo por alargar la mano y tomar la de la pequeña bruja para levantarse. Ése fue su error. La sombra la agarró del tobillo y la arrastró hacia la oscuridad mientras la bruja sonreía. Ambos paladearon el instante en el que la esperanza de la niña se desgarraba, sublimado en un grito de terror absoluto. Ella había aprendido bien y, como él, ganaba forma consumiendo ese tipo de emociones, drenando a las personas de su vitalidad a través del miedo, la ira y la desesperación... y la sangre, cuando estos no eran suficientes. Ése era el exquisito gusto de esa criatura, imposible incluso para los espíritus malignos como ÉL. Tras el grito de la chiquilla extraviada, el bosque quedó en silencio una vez más. Un grito que jamás llegaría a la ciudad, sofocado por la carcajada de los cuervos, que reían ante la diabólica escena que allí acababa de tomar lugar.

*“Pobre niña dulce, no más
lágrimas. Tu príncipe de alas oscuras vendrá.”*

Acabando la estrofa, la sombra y lo que había venido con ella desapareció, dejando el bosque libre de maldad una vez más. Volverían otra noche, con más fuerza. Se acercaba el momento. Un punto de inflexión en la historia en la que varios eventos debían cruzarse y provocar aquello que unos veneraban, todos temían. Las nubes se rasgaron y dejaron que la luz traspasara de nuevo por las ramas secas. Apenas unos hilos brillantes en aquel profundo, viejo y sombrío bosque en el que ahora pesaba una maldición de oscuridad que ya no se podría romper. De la niña sólo quedaron algunos rastros de sangre, pequeñas ofrendas a los venerables y retorcidos árboles, que bebieron hasta quedar saciados. ÉL aún no podía hacer daño a nadie. Ella sí.

Capítulo 8: El maestro cazador

Klaus abrió los ojos. Si había dormido, no lo había notado en absoluto. Durante la guerra había tenido que dormir en el fango, rodeado de enemigos y con el sonido de la discusión subida de tono de dos soldados medio borrachos a la que ocasionalmente él mismo se sumaba. Sorprendentemente, en esos días lejanos había podido descansar y levantarse sin que su cuerpo se quejara demasiado por el duro castigo. Ahora, sin embargo, se encontraba como si le hubiesen apedreado durante la noche; no podía ni moverse sin que le dolieran todos los huesos —si bien quizás no eran todos, lo parecía—. Tal vez fuera la edad, tal vez los recuerdos o el hecho de que su presa hubiera hecho un alto en el camino. Lo único que importaba era que estaba hecho polvo y tenía cosas que hacer.

Tras dar caza a todos los vampiros que se hallaban ocultos en una granja solitaria, había seguido con dificultad al que les había convertido en bestias sedientas de sangre. Aunque el rastro que dejaba el monstruo era bastante claro, éste se movía con gran velocidad, y esto obligó al cazador a pasar un día y medio a marchas forzadas, sin dormir, lo que había provocado que hoy su cuerpo decidiese tomarse hoy el día de descanso. No era mala idea. En estas condiciones poco podría hacer para perseguir al vampiro, y más teniendo en cuenta que se encontraba en una ciudad bastante grande y llena de sitios en los que el diabólico ser podría esconderse, o incluso crear una guarida permanente. Éste se había movido más rápido, como si temiera que alguien o algo le alcanzase, pero ahora se había detenido y se encontraba en algún lugar de esa inmensa ciudad extranjera. Buscaba algo, porque si no

le llevaría aún varios días de ventaja.

—Los muertos viajan deprisa.

Lo había murmurado él sin darse cuenta. Recordaba con idealizada nostalgia las lecciones de su ya fallecido maestro, y comparaba sus últimas acciones con las enseñanzas del mentor. Lo había hecho bien, pero tampoco había sido una tarea demasiado dura, ya que los vampiros a los que se había enfrentado últimamente habían sido convertidos sólo unos días atrás y no habían sobrevivido mucho más allá de sus vidas como humanos, con lo que fueron fáciles de acorralar y destruir. Ni vigilante humano, ni “ganado” al que rescatar, ni lugares demasiado arriesgados en los que entrar. Sí; los esbirros del vampiro habían sido fáciles de eliminar, pero todo cambiaría al enfrentarse a él.

Llevaba detrás del misterioso vampiro jefe más de dos meses y medio, y con ello el monstruo había logrado convertirse en su segunda presa más duradera. Al principio el rastro fue casi invisible; huellas casi imperceptibles en pasos donde el rastro duraba apenas unos días, víctimas que en el mejor de los casos recordaban el ataque como “una pesadilla” o “un desmayo” y lo más importante: ni un solo muerto. Ese vampiro era una verdadera sombra e incluso Klaus, que se había pasado la vida persiguiendo a esos demonios, tuvo dudas de estar realmente tras un verdadero caso de vampirismo. Eso era lo que le había llamado la atención, llegando a dejar de lado otros ataques más claros por perseguir a éste. Su intuición le había llevado por ese camino cenagoso y difícil. Aun así, quizás hubiera desistido en su persecución si el sigiloso método de su presa no se hubiera modificado drásticamente pasadas las tres semanas y media. Los hábitos de la criatura cambiaron por alguna razón que aún se le escapaba, pero seguía siendo el mismo. Se alimentaba más que antes y era menos cauteloso. Quizás había dejado de viajar solo, pero seguía usando los mismos mecanismos, aunque de forma mucho más descuidada y violenta: se había esforzado mucho menos en ocultar sus huellas. Eso no era tan malo. El rastro de cadáveres permitió desestimar finalmente la posibilidad de estar persiguiendo sólo un rumor. Ello provocaba sentimientos ambiguos en el cazador polaco; por una

parte se alegraba de poder seguirle la pista al vampiro, por otra lamentaba cada muerte. El camino que llevaba hacia ese asesino estaba formado por cadáveres. Mientras más lento fuera él, más largo sería éste.

Otra semana después, la criatura empezó a convertir a sus víctimas, dejándolas atrás para que le esperaran. En toda su vida sólo un vampiro había actuado tan despreocupadamente con los desafortunados que había convertido. Podía tratarse de él. Sí, definitivamente tenía que ser él. Aquel que destruyó y profanó las dos vidas de Klaus y le llenó de odio el corazón. “¡*Strigoi!*”

Sonó en su mente la voz de un compañero caído. Como si esa palabra le hubiera dado la energía necesaria, Klaus se levantó súbitamente. No sabía qué hora era exactamente, pero a juzgar por el número de camas vacías era bastante tarde para lo que él tenía acostumbrado, aunque aún por la mañana. Cogió de nuevo su pesado mandoble y se lo colgó a la espalda por dos de las tiras de tela que quedaban sueltas de las vendas que la envolvían mientras caminaba lentamente hacia las escaleras. Siempre eran sitios muy diferentes, pero las tareas eran tan similares que se les podría llamar rutina. Mientras bajaba, se dio cuenta de que cojeaba de la pierna derecha. O la edad le pasaba factura o lo hacía la cama, pero definitivamente hoy no se encontraba en su mejor momento. Por fin, respiró hondo y avanzó por el estrecho pasillo hasta la puerta, en donde el sonriente y gigantesco Juste le esperaba. Su piel morena estaba cubierta aún por una capa grisácea que despedía un inconfundible hedor a hierro y sudor. Reciente. Estaba claro que Juste no había pasado la mañana durmiendo.

—¡Buenos días, bello durmiente! ¿Qué tal has pasado la noche?

—Debo decir que bien, pero los huesos duelen.

—Ya veo. Llevabas cansancio acumulado, se te notaba en la cara. Si castigas a tu cuerpo, tu cuerpo te castigará a ti.

—No tenía más remedio. Vampiro rápido.

—¿Perdón?

—Mi presa. Es rápido, más que ninguno de antes.

La expresión de Juste reflejaba asombro y sus ojos estaban posados en la espada de Klaus como si temiera que en cualquier

momento pudiera cometer una locura. Sin embargo, recobró la compostura y preguntó:

—Ah, esto... ya veo, sigues con eso de cazar vampiros, ¿eh?

—Hasta mi fin— aseguró con firmeza—. En el mundo hay peligro.

—Ya te digo, compadre. Por cierto —añadió Juste mientras miraba hacia la gran espada—, veo que aún llevas eso contigo. Hoy no creo que te haga falta, ¿no?

—Nunca se sabe. Pero es verdad; hoy rastreo, no cazo. Se ha parado aquí y creo que quiere quedarse. Quizás me espera. Me gustaría.

—Ya —contestó Juste algo inquieto—. Verás, resulta que ayer me fijé en tu espada. Está envuelta con trapos en vez de con una vaina decente y estoy seguro de que está mellada por más sitios de los que vale la pena reparar.

—No he entendido nada —musitó Klaus arqueando una ceja de forma casi cómica. Estaba reviviendo sus lecciones de francés a pasos agigantados, pero sus conocimientos actuales eran básicos. No lo hablaba desde la guerra—. Lo siento.

—Dame tu espada. No te puedo dar una vaina, pero yo arreglar —Juste imitó sin querer el tono seco del cazador—. Un poco al menos. Tengo amigos que ayudan, ¿eh?

—No hay suficiente dinero.

—¡Bah! No hace falta dinero. Yo ayudo y todo bien. ¿Entendido?

—No —contestó en un fallido intento de no parecer brusco—. Yo no puedo dejar mi espada. Prohibido —y después añadió nuevamente—. Lo siento.

—Yo soy amigo de Blanche. Tú conoces a Blanche, ¿no?

—Poco, sólo de ayer.

El fornido cuerpo de Juste se deshinchó tras un largo suspiro.

—Sólo de ayer, pero te ha ayudado, ¿no?

—No se debe confiar rápido.

—Dime la verdad, ¿es por lo que soy?

El tono de Juste ahora denotaba una especie de orgullo mezclado con fastidio, y su expresión se tornó más dura y amenazadora.

—¿Qué eres? ¿Haces algo malo?

Esta pregunta pilló desprevenido al colosal ventero, que volvió a recuperar el semblante inocente y afable de antes.

—Bueno —balbuceó el posadero tímidamente—, supongo que sabes que... soy... —y después de una corta pausa finalmente dijo casi con un susurro—: Un zíngaro. Soy gitano. ¡No es que me avergüence, por supuesto que no! Pero hay personas a las que no les gusta mi gente. Muchos de los tipos que hospedo aquí vienen porque no tienen otra elección.

Klaus sonrió de forma comprensiva y le ofreció estrecharle la mano a Juste.

—Yo antes trabajo con zíngaros. Son dos veces amigos y dos veces enemigos. Para mí eran amigos. Muy valientes.

Vladmir y Radu, “los hermanos”, fueron sus compañeros. Radu era inocente y formal, Vladmir un bribón descarado y divertido que creaba tantos problemas como carcajadas entre sus compañeros. Ambos hombres valientes que alcanzaron un final que no merecían.

—Vaya —dijo Juste sacándolo de su ensoñación—, reconozco que esto no me lo esperaba. Lo siento —sus anchos hombros descendieron y Juste realizó un tenue gesto de aceptación—. No todo el mundo es así, sobre todo aquí, aunque es peor en París. Si yo te contara... pero bueno; me alegro de tener un huésped que ha visto un poco de mundo. Espero ser dos veces amigo, entonces.

Y dicho esto, rodeó la mano de Klaus con las dos suyas como si quisiera quitársela y la estrechó con hercúleo afecto. Sintió que estaba cometiendo un error, pero decidió aceptar la petición de Juste.

—Puedes tener mi espada hoy, no me hará falta. Yo ahora estoy dos veces en deuda contigo. Gracias.

Klaus descargó su pesada espada en manos del posadero, que la agarró con una sola como si fuera de ligera madera.

—Pesa lo suyo —dijo éste a pesar de aguantarla fácilmente.

—Pero hace bien el trabajo —defendió el cazador a su vieja compañera de aventuras—. Acero. Muy buena calidad. También tiene una firma de mi maestro.

Era cierto que su espada era algo más gruesa de lo normal, pero

era una tara intencionada que le era muy útil una vez se acostumbraba a ella y que la hacía más resistente, por suerte.

—Supongo que tu maestro también era un cazador de vampiros, ¿eh?

—Sí. El mejor.

—El mejor— repitió Juste con una sonrisa que el polaco no pudo descifrar—. Bueno, entonces tendré cuidado en no borrarla —Klaus juntó las manos intranquilo—. No te preocupes, le pongo mucho cariño a estos cacharros. La trataré como a mi amante... bueno, ¡eso si tuviera una! —exclamó soltando una carcajada.

—Gracias. ¿Puedo compensarte?

—Ahora que lo dices —dijo Juste—, tengo un par de cartas que debo entregar a unos viejos amigos. Si pasas por allí...

Las dos cartas seguramente eran recientes, pero la calidad y estado de los sobres daba a entender que estos habían sido usados previamente. Los sellos de ambas tenían dibujado un sencillo símbolo geométrico blanco que resaltaba con su fondo rojo. Él no sabía demasiado de sellos, pero era difícil no darse cuenta de lo inusual de ellos, a pesar de no tener pinta de ser demasiado caros. La voz de Juste le devolvió a la realidad.

—Entonces, ¿podrás hacerlo?

Tras una breve pausa, asintió con la cabeza y contestó:

—Hoy recorro la ciudad entera. No es problema grande.

—¡Ya estoy compensado entonces! —exclamó el gigantesco posadero— ¿Sabrás encontrar la dirección de las dos cartas?

—No es problema —repitió mientras las cogía de encima de la mesa—. Suerte a ti.

—Una cosa más —se apresuró Juste antes de que Klaus saliera a la calle—. Ha habido... altercados durante un par de noches. La gente habla de un asesino suelto. Ten más cuidado de lo normal o te podrían confundir con él. Si las cosas se ponen feas te pueden encerrar y entonces no habrá buen samaritano que te salve. Ándate con el doble de ojo de lo que acostumbras.

—Tengo cuidado —asintió—. Gracias.

Después de que el polaco se marchara, Juste se pasó una mano por la frente y suspiró con más fuerza aún que antes.

—Al menos he conseguido que el muy bestia no se lleve la espada. A este pobre me lo veo emparedado en menos de una semana.

Sus gruesas y fuertes manos desliaron los trapos que cubrían la hoja de acero con extremo cuidado, como si estos estuvieran desenvolviendo una frágil escultura de cristal. Estaba ligeramente mellada por muchos sitios, pero no tanto como había pensado. No; una espada así no era algo que muchas personas pudieran permitirse. Era bastante sencilla y, aunque tenía sin duda muchos años, en la hoja se notaba que había sido forjada por un gran trabajador del metal. Cerca de la punta, no tenía ni un rasguño siquiera, como si algo la hubiera protegido todo este tiempo. Pronto Juste notó unas minúsculas marcas en ésta, grabadas a propósito a pesar de ser algo abruptas. Al darle la vuelta se encontró con un nombre escrito justo en la punta de la *zweihander*: “*Garsia*”.

—Un autónomo, ¿eh? Vaya por dios.

Ya en una de las calles principales, Klaus cogió el pequeño “monóculo” de su bolsillo. Al hacerlo, no pudo evitar revivir en su mente las palabras de su ya fallecido maestro:

“No comprendo cómo pude haberme molestado a entrenar a alguien tan inútil espiritualmente. ¡Llevamos casi un maldito lustro practicando y aún no eres capaz de verlas de forma natural! Será mejor que lo dejemos por imposible, ¿de acuerdo?”

Klaus sonrió. A pesar de que había seguido intentándolo todos estos años, había conseguido, a lo sumo, ver un pequeño rastro de éstas a apenas unos milímetros de la piel, y eso durante unos segundos únicamente. El don de su maestro para ver las auras y seguir sus “rastros” era algo que él jamás conseguiría, pero eso su mentor ya lo sabía el día que le regaló el cristal. Murmurando entre dientes y pinchándolo con su cayado, el maestro Julio lo había despertado entre insultos y maldiciones. “¿Ves esto, pedazo de alcornoque?”, había dicho, “Tenido he que empeñar mi cruz de plata y darle a un malaje carigordo todo de lo que por no comer ahorra. Con esto podrás seguir rastros tan bien como yo... y si no

puedes, aquí mismo te mato a palos por zopenco. Ya tienes todo lo que hace falta para enfrentarte a lo que sea sin mi ayuda”, y después añadió golpeando con más fuerza mientras alzaba el puño amenazante: “¡Como lo pierdas o lo rompas ni que sea después que yo me muera, te juro que me volveré del infierno y con mis huesudas y cadavéricas manos te arrancaré las pelotas!” Lo que su maestro había querido decir con eso era que, a pesar de sus limitaciones, Klaus se había ganado su respeto y el derecho a considerarse su digno sucesor. Aunque en la garganta de Julio anidaban una ronquera crónica y unas amenazas escalofriantes, éste solía estar siempre de muy buen humor, sólo que su buen humor siempre estaba cargado de unos modales terribles, un lenguaje más bien zafio y unas lecciones tan crueles y necesarias como las que te otorga la vida de forma natural... si eres lo bastante afortunado como para recibirlas y salir con vida. Recordaba con cierto cariño los días en los que entrenaba con su mentor. El rostro de Julio era viejo, pero no arrugado, y además de su fina nariz torcida y sus de ojos apagados y llenos de experiencia, lo más destacable en el maestro era su bigote de adolescente descuidado y su pipa, que era un rasgo tan necesario para describirlo como cualquiera de los anteriores, ya que nunca le había visto despegarse demasiado de ella. A veces lo había sorprendido durmiendo, estirado en la hierba con la pipa perfectamente erguida entre los labios. A pesar de eso, no era un hecho tan insólito ya que el maestro tenía un sueño muy ligero. Cuando no lo tenía se despertaba gritando.

Estaba disperso. Quizás era por el aletargador efecto que le había producido un poco de descanso tras varios días de marchas forzadas, o quizás simplemente porque la ciudad era grande y no estaba acostumbrado a caminar entre tanta gente. Se ajustó el monóculo. Era perfectamente consciente del aspecto ridículo que tenía con el pequeño cristal puesto, pero no era algo de lo que se pudiera prescindir así como así y, con un vampiro como el que estaba persiguiendo, el curioso aparato resultaba ahora más útil que nunca. Los colores de la ciudad de Lyon se volvieron más vivos al mirar por el mineral transparente: la apariencia surrealista del

cielo contrastaba con los colores que rodeaban tanto a personas como a la mayoría de edificios y objetos. A parte de eso, nada fuera de lo común, por el momento. Tras horas de caminar sin rumbo, Klaus decidió seguir el curso del río hacia abajo con la leve esperanza de encontrar el rastro que había echado a perder la noche anterior. Lo cierto es que podría haber ido al lugar donde el vampiro atacó y seguir sus huellas esa misma noche, pero el maestro Julio siempre le aconsejó no dejar jamás ningún cabo suelto. “Si dejas que uno de estos cabrones se te escape... y tienes mala suerte, que con lo cenizo que eres la tendrás, estos bichos pueden causar una plaga que cubre pueblos enteros en sólo unos días.”

Julio le había prevenido seriamente de estos recién convertidos. Su maestro los llamaba “recién nacidos”, pero ese nombre siempre le causó cierta aversión. El polaco sabía que los vampiros creados por “accidente” eran bastante torpes, y algunos de ellos con apenas unos vestigios de consciencia que les impulsaba a buscar alimento. Sin embargo, estos recién nacidos eran también una amenaza a tener en cuenta, sobre todo por lo que le había explicado su maestro:

“Para atacar a personas les falta coraje, al principio; escarban en los cementerios hasta que se quedan sin uñas y comen cuantos cachos encuentran. Cuando eso pasa, y si el muerto es reciente, que con estos tiempos del demonio lo suele ser, ya tienes otro *hideputa* más al que machacarle la sesera. Peor es el hecho de que nunca se coman a nadie entero, ¿sabes? Todo lo que muerden y está ya muerto se convierte en uno más de los suyos, como si supieran que cuando tienen la misma podredumbre dentro ya no se pueden comer. Los ves con otros ojos ahora, ¿eh, zagal?”, —dijo echando una bocanada de humo que le devolvió a la realidad. El recuerdo ya no estaba.

El cazador caminaba río arriba por inercia, buscando en la dirección que ponía en la primera carta. Por alguna razón que no comprendía, las clases de teoría que tanto le habían aburrido en su día ahora se repetían una y otra vez en su mente, como si el espectro del viejo maestro se empeñara en acechar ahora sus

recuerdos para que su torpe alumno no cometiera ningún error. Como si realmente se estuviera acercando al demonio que le arrancó de una vida feliz en su pueblo. “¡*Strigoi!*”, había chillado su amigo poco antes de morir. Vladmir fue el primero que lo vio. Un hombre que cuando veía avanzar contra ellos a la caballería francesa maldecía a sus madres y se afianzaba al arma que tuviera entre sus manos. Ésa fue la única vez que lo vio realmente aterrorizado. Klaus sacudió la cabeza; no valía la pena pensar en eso. No hasta que su nombre se viera vengado, al menos. Cuando su batalla final terminara tendría tiempo para lamentarse por toda una vida. Mientras cruzaba un pequeño puente de madera, sus pensamientos se centraron de nuevo en las lecciones de Julio. El viejo cascarrabias había sido duro con él, y quizás no del todo justo, pero había sido bueno.

“Listos no lo son”, siguió hablando su maestro en su mente, “y no suponen amenaza alguna para quienquiera que agarre un palo, aunque de escoba fuera, pero su condición salta de cuerpo muerto en cuerpo muerto como la negra peste si les dejas. El vampiro ancestro que maté guardaba un ejército de estos desgraciados en su cubil. Y te aseguro, aprendiz, que habiendo una multitud hambrienta de cornudos sin alma esperándote tendrás problemas como no los has tenido nunca con un vampiro. Pero bueno, igual peligro supone cualquier multitud de gente cabreada, ya te irás dando cuenta si no lo has hecho ya, soldadete”, dijo tocándole el hombro con el bastón de forma molesta.

El vampiro al que mató. Aunque su maestro no hablaba mucho de ello, siempre que lo hacía sus ojos parecían volver a la vida y su tono se volvía orgulloso y firme como posiblemente fue tiempo atrás. Era lo único que permitía a Klaus pensar que su maestro había sido joven alguna vez. El monstruo al que Julio se había enfrentado era un ancestro; un ser cuyos poderes eran capaces de alterar el mundo a voluntad, causando enfermedades, temporales inusuales o incluso plagas que hundían países en la miseria. “Si pueden y quieren son discretos. Saben esconderse mejor que la más escurridiza de las sabandijas, pero en caso de desearlo son capaces de destruir ejércitos o cubrir regiones enteras bajo su inmensa

sombra.”

Nunca entendió del todo esto último, pero sabía que esos seres de leyenda eran capaces de hacer cosas terribles; el vampiro que destruyó su pueblo y le arrebató todo lo que podía haberle importado en su vida era un ancestro.

De repente, se detuvo frente a un callejón estrecho; había encontrado algo. Giró hacia el interior de aquel pasaje abandonado que parecía una burbuja en ruinas en pleno corazón de una ciudad floreciente. En ese lugar había muerto alguien.

El rastro debía de tener al menos un día y, a pesar de que no había cadáveres, el cazador de vampiros pudo asegurar al menos tres o cuatro víctimas. Klaus se detuvo a mirar en los edificios de alrededor y finalmente fijó su vista en una casa abandonada. Debía de ser allí, pero el monóculo no revelaba rastro alguno del aura oscura de los vampiros. Fuera lo que fuera lo que habitaba ese lugar, hacía mucho tiempo que se había ido. Era normal que hubiera en esa ciudad más actividad que la de la criatura que él buscaba, pero aun así era lo único que había encontrado, por el momento.

El cazador de vampiros se aproximó a la casa con la esperanza de que su instinto no se equivocase y miró por la ventana. Tenía la suerte de estar en un callejón estrecho y desierto. Unos metros más adelante había un agujero en la pared en el cual habían clavado algunas tablas. No podía pasar por allí. Volvió hacia la ventana y, de un golpe seco, desprendió un trozo del cristal e introdujo tanteando el brazo hasta encontrar un pequeño pestillo oxidado. Cedió. No le había costado mucho, en parte porque tenía mucha fuerza en los dedos. Una vez dentro miró de nuevo hacia el agujero en donde alguna vez habría habido una puerta. Las tablas que lo tapiaban eran demasiado nuevas y no estaban manchadas en absoluto por el moho amarillento que había conquistado el resto de tablones. Alguien las había puesto allí no hacía mucho. Descendió por una siniestra escalera cuyos peldaños bailaban al son de sus pasos. Tras un suspiro de alivio al haber conseguido cruzarla y permanecer ambos enteros, el polaco entró en la habitación del piso de abajo. Algo no iba bien. Nada más entrar, una sensación de pesadez

invadió al cazador de vampiros, como si alguien o algo le estuviera quitando las fuerzas. La sala parecía estrecharse aún más. Klaus volvió a mirar por el óculo de cristal y descubrió lo que producía aquella extraña sensación. En toda la sala se percibía el aura de un ser de poder inmenso; de hecho, era como si la sala en sí fuera un ser viviente que drenase la vida de los que allí entraban. No era un refugio para vampiros, pero uno de gran poder había estado allí; era una trampa para cualquiera que hubiera decidido entrar a fisgar. Sin embargo, a pesar de una silla carcomida y un par de símbolos extraños dibujados a mano, la sala se encontraba completamente vacía. Su respiración se empezó a hacer más difícil, pero no podría abandonar aún. Tenía la sensación de que miles de criaturas hormigueaban allí donde mirase, tratando de volverle loco. Encontró un círculo grabado en el suelo y empezó a tactearlo buscando algo que revelase lo que había pasado allí. Su corazón latía a un ritmo irregular que le oprimía el pecho, sentía punzadas de dolor aquí y allá como si su cuerpo estuviese estallando por la presión de ese lugar. Con un último esfuerzo, golpeó una parte de unas muescas que había en el suelo. Era una serpiente esculpida a mano. Se rompió. Dentro había encontrado un pequeño libro, casi destrozado. Sin pararse siquiera a hojearlo, Klaus decidió salir de la sala antes de que las consecuencias se volvieran demasiado graves como para poder escapar de aquella siniestra e invisible trampa.

Una vez fuera, la mayoría de sensaciones cesaron al instante. El cazador de vampiros trató de leer sin éxito la borrosa inscripción en la portada. Al abrir el libro, el resultado todavía fue peor. De lejos tenía una vista de águila, pero de cerca las pequeñas letras del texto le bailaban y no había forma de identificar ese galimatías en la oscuridad, aunque de buenas a primeras le pareció latín. Seguro que era latín. Con un poco de suerte, Blanche sabría leerlo o al menos le permitiría contactar con alguien que sí pudiera. Seguramente su propio maestro habría podido leerlo, pues en otro tiempo había sido un estudioso de la iglesia.

Klaus salió de la casa en ruinas y se dirigió hacia la plaza Saint Jean, donde debía entregar la primera de las cartas. Sin dejar de echarle un vistazo al monóculo de vez en cuando, el cazador de

vampiros se sentía realmente cansado, pero ya no simplemente por el dolor de sus huesos que le había acompañado desde por la mañana; se sentía mareado y con náuseas. Esa habitación en la que había entrado antes le había dejado aún con menos fuerzas que al levantarse. Quién podría haber hecho eso no lo sabía, pero el monóculo le decía que era obra de un vampiro poco común. ¿Cómo se enfrentaría a eso llegado el momento? Ya se vería. Primero lo localizaría y luego trazaría un plan.

Se detuvo de nuevo. Había llegado a la primera dirección. El barrio era bastante decente, aunque saltaba a la vista que no era uno de los más prósperos de Lyon. Las calles principales estaban pavimentadas y limpias, con farolas de gas en la mayoría de éstas, que al menos algo hacían para mejorar el tránsito en las oscuras noches europeas. Sin embargo, eran muchas las que no tenían ni farolas ni aceras, dando la impresión de que Lyon era una ciudad construida a medias, lo justo para que fuera funcionando. Parecía como si el nuevo siglo, y todo el progreso que con éste venía, estuviera destinado sólo a unos pocos mientras los demás se apilaban alrededor para mirar. No obstante, la mayoría de los habitantes de ese lugar tenían pinta de estar bien alimentados y sanos. No se veía demasiado lujo en sus ropas, pero se podía ver que la gente de allí vivía relativamente bien. Algún que otro joven silbando, parejas paseando por la calle y un olor a piedra mojada no tan desagradable como en otras zonas, eran indicadores de que todo marchaba bien en buena parte de la ciudad. Las calles no estaban abarrotadas ni mucho menos, pero aquel movimiento ya le parecía todo un frenesí. Algo normal cuando se pasa demasiado tiempo por pueblos y campos donde era raro encontrarse a más de veinte personas en un día. Se acercó a una de las casas y comprobó los nombres. Era ésa. Pasó la carta por debajo de la puerta, sin llamar. Quien viviese allí acabaría recibiendo el mensaje. Se marchó.

Mientras se movía por aquella gran urbe, el polaco apuntaba mentalmente todos los sitios por lo que había pasado y todos los posibles escondites. Él sabía que nunca había sido demasiado inteligente, al menos para las tareas relacionadas con ciencias

clásicas o lenguajes extranjeros, pero durante los años había adquirido una habilidad para reconocer el terreno digna de un experto cartógrafo. ¿Era cartógrafo la palabra? Había descuidado su propio idioma estos últimos años. Vagar por ahí y conocer mundo te hace aprender muchas cosas, pero también olvidar otras.

Volviendo a la realidad, echó un vistazo a la segunda carta. La dirección era ni más ni menos que la de la iglesia del día anterior. Parecía cosa del destino. Visitaría de nuevo a Blanche y le pediría ayuda para entender el desgastado libro. No sabía por qué, pero se fiaba de ella y de Juste desde el primer momento que los vio. No solía hacerlo porque sabía que era fácil de engañar, pero con ellos había perdido toda cautela y eso era peligroso. Debía estar más atento.

El sol estaba ya muy bajo cuando llegó a la iglesia, pero por suerte era aún de día. Parecía un lugar completamente distinto al de la jornada anterior, aunque seguía sin parecer acogedor. En la puerta, estaba sentado un niño con una túnica larga y marrón.

—Disculpa, niño, ¿sabes por la hermana *Joie*?

Ni se inmutó; estaba tallando un trozo de madera.

—Niño.

El chico levantó la cabeza. Llevaba un crucifijo en el cuello que tenía pinta de valer demasiado para alguien como él.

—¿E-es a mí? —balbuceó.

—Es. Busco por la hermana *Joie*. Blanche. ¿Sabes dónde puedo encontrar?

Sin decir una palabra, el chico se levantó de un salto y se dispuso a entrar dentro. Klaus le sujetó el hombro con una mano.

—Espera, niño.

El crío quedó paralizado unos segundos y se dio la vuelta con sumo cuidado. El cazador de vampiros le estaba asustando.

—Para tallar algo tiene que ser de arriba a abajo, siempre los dedos protegidos, siempre la cara protegida. Si no, te haces daño y haces mal. Mira, déjame enseñar.

El niño le entregó la navaja y el trozo de madera a Klaus y éste hizo tres cortes firmes y rectos.

—Así. Muy fácil, ¿ves? —Abrió la mano del chico y le devolvió

sus instrumentos.

—Gracias. La persona que buscas está dentro, ¿voy y la llamo?

—No hace falta, Germaine, ya estoy aquí.

Era Blanche. Venía de fuera de la iglesia cargada con una cesta llena de ropa.

—Por cierto —añadió la monja—, sabes que está mal mentir por muy asustado que estés, ¿verdad?

El niño asintió y juntó las manos, cabizbajo.

—No pasa nada. Yo lo entiendo. Doy un poco de miedo.

—Anda, va, vuelve dentro y ten más cuidado la próxima vez —dijo Blanche con ternura.

La reacción del niño no se hizo esperar, corrió hacia el interior de la iglesia como si Dios en persona le esperase allí

—Bueno, señor cazador de vampiros, ¿qué se te ofrece?

—Nada difícil. Creo que no lo es. Sólo un poco de ayuda con latín. Yo no sé leerlo.

—¿Ha escrito un vampiro algo en latín? —bromeó mientras dejaba la cesta en el escalón donde Germaine se había sentado antes— Son bastante anticuados.

—No sé si es vampiro, pero creo que es importante. ¿Me puedes ayudar?

—Déjame ver.

Klaus sacó el destartado libro del interior de su chaqueta y se lo entregó a Blanche, quien lo ojeó con cuidado para no romper sus delicadas páginas.

—Es antiguo, sí. ¿Dices que no sabes leer latín?

—Sí. Yo no sé leer latín.

—Pues... esto es más bien francés, un tanto antiguo pero francés.

—Parecía latín —bajó la cabeza, avergonzado.

—El francés viene del latín, es un error común, supongo... ¿No se te ha ocurrido leer el título?

El cazador de vampiros se encogió de hombros. Su trabajo no le daba mucho tiempo para leer, así que no estaba muy familiarizado con el vasto mundo de la literatura.

—¡Pero si ni siquiera has mirado el título! —dijo Blanche con

una agradable risa contenida— Esto es un recopilatorio de obras de teatro. Mira; dice: *Recopilatorio de obras de W. Shakespeare. Por Gerard Antoine de La Place: Oteló, Enrique VI, Ricardo III, Hamlet; Macbeth, y otras.*

—Yo... no soy muy bueno leyendo, lo siento.

—Nada.

Blanche dejó escapar de nuevo una risa reprimida y miró a Klaus avergonzada.

—Oh, no es por ti. Alguien ha puesto un “¡¡Te amo, genio!!” al principio de Hamlet. Es curioso ver a alguien tan ah... entusiasta como para poner esto en un libro.

—¿Qué es “Hamlet”?

—Oh, una de las obras de este libro, es bastante conocida. Yo la he leído y... oh.

De repente, la sonrisa de Blanche se desvaneció.

—¿Entiendes esto?

—¿El qué? —contestó intrigado.

—Bueno, esto es un tanto raro... mira.

El interior del libro estaba lleno de apuntes y símbolos extraños, montones de figuras geométricas unidas con precisión con una técnica impecable. Alrededor de las figuras había letras sueltas formando espirales perfectas con anotaciones aquí y allí. No parecían simples garabatos.

—¿Sabes qué quieren decir? —preguntó Klaus arqueando una ceja.

—No tengo ni la menor idea, pero quizás este libro sea algo interesante, aunque no lo haya escrito un vampiro. ¿Dónde has dicho que lo has encontrado?

—Una casa abandonada, símbolos grabados en el suelo. Es peligroso, entrar. Te agota, te mata despacio. No sé explicarlo bien en tu lengua, pero no vayas allí. Por favor.

—Con esas indicaciones me temo que tendría que esforzarme mucho para encontrar el lugar que dices, pero no te preocupes, no lo haré —Blanche se llevó un dedo a los labios, pensativa—. ¿Puedo quedarme el libro un tiempo?

—¿Cómo?

—El libro. Yo no entiendo los símbolos, pero no parecen hechos al azar. Quizás alguien en la iglesia...

—No involucro a nadie, nunca. Lo siento. Ya he cometido un error al venir.

—Pero ya me has involucrado al venir lo quieras o no.

Era una sonrisa extraña la de Blanche. Parecía estar apiadándose y riéndose de uno al mismo tiempo. Aunque no resultaba inquietante, ni mucho menos; de hecho, era bastante agradable.

—¿Hola? —dijo Blanche.

—Perdón, me perdí pensando.

—Decía que me dejaras el libro unos días, quizás encuentre un par de pistas sobre... ya sabes, tus vampiros. Sea o no lo que buscas parece un pequeño tesoro, creo que será mejor saber de qué trata exactamente.

—No son mis vampiros, pero lo serán. Unos días. En esta ciudad no hay tantos escondites para ellos, seguiré buscando mientras.

—¿¡Que no hay tantos escondites!? Yo diría que si un vampiro quisiera esconderse aquí podría pasar años incluso escondido en un sitio u otro.

—No éste. Éste es diferente. No se quiere esconder bien: quiere que le encuentren. Creo que espera a alguien.

—¿Un romance quizás? Sería bonito.

El rostro de Klaus palideció y después enrojeció como si le hubieran ofendido profundamente. Aquella frase inocente hacía que todos los recuerdos que anidaban en el interior del cazador de vampiros hirvieran de furia. Blanche no tenía la culpa. Ella no sabía nada. Ella no había vivido lo que él y jamás comprendería. Eso era bueno. La monja borró de nuevo su sonrisa y adoptó de nuevo una expresión seria.

—Lo siento. He dicho algo que no debía.

—No... No hay amor en los vampiros —espetó secamente—. Sólo crueldad y muerte. No sería bonito.

No había podido evitar ser brusco, pero era la verdad. El vampiro que le convirtió en lo que ahora era había jugado cruelmente con él, destruyendo todo cuanto una vez le había importado con el único fin de torturarlo por haber logrado escapar.

No; le había dejado escapar a propósito, estaba seguro de ello. La criatura que había tejido cuidadosamente una red de muerte a su alrededor no podía conocer el amor ni sentir el más mínimo remordimiento, ni la piedad.

—¿Puedo preguntarte —interrumpió Blanche—, qué te pasó?

—No es por ti, pero no quiero recordar. Muchos años ya, pero no deja de doler.

—Comprendo.

—Lo intentas, pero no comprendes. Nadie comprende del todo hasta que te pasa. No pienso permitir que pase más. Hasta mi fin —se dio cuenta de que tenía el don de comportarse como un animal al hablar con Blanche, así que intentó encontrar las palabras adecuadas para suavizar su forma de hablar. Todo lo que pudo encontrar en su vocabulario fue—: Gracias por intentarlo, no todos hacen.

—Está bien ahora —contestó Blanche recuperando esa sonrisa peculiar—. No te sientas mal.

Era curioso, pero a veces parecía que Blanche realmente le creía. Él quería pensar que era verdad; quizás llevase demasiado tiempo solo. De repente se sintió viejo. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en su profesión. Viviendo de las migajas de cuanto podía obtener de sus presas, sobreviviendo siempre con lo justo para seguir moviéndose en busca de más. Había dejado la bebida hacía ya mucho, pues en ocasiones le devolvía al pasado, a ese momento en el que todo podría haber cambiado para él. Tras tantos años de caza, Klaus Nolte se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin vivir.

—¿Estás bien?

—Estoy un poco viejo hoy —dijo decaído.

—¿Hoy? —Otra vez esa sonrisa.

—Sí, sólo hoy. Mañana estaré bien, creo, pero hoy mi cabeza no me deja en paz. Pienso mucho, hago poco. Se acaba el día. Voy con Juste.

—¿Me dejas el libro entonces?

—Sí. Ten cuidado.

—No te preocupes, no le pasará nada al libro.

—No. Ten cuidado tú.

Blanche asintió plácidamente. Era una mujer hermosa. No debía de tener más de treinta a todo estirar.

—Buenas noches, cazador de vampiros. Nos vemos pronto, espero.

—Buenas sean.

El polaco se giró y empezó a moverse en dirección opuesta a Blanche, quizás más deprisa que de costumbre. El sol se ponía, y tras un largo y tortuoso día de búsqueda apenas había encontrado una pequeña pista. Mañana sería otro día. Si el vampiro atacaba de nuevo sería fácil localizar el área por donde se movía, puesto que el cazador se había aprendido ya la estructura básica de la ciudad, e incluso recordaba algunas de las calles principales y lugares estratégicos en los que su enemigo podía esconderse.

—Klaus —dijo Blanche a su espalda.

—¿Sí?

—Creo que no estás muy capacitado para moverte por ahí tú solo, en el caso de que le tengas que preguntar a alguien o tengas algún problema. Yo podría ayudarte con eso.

—No. Es demasiada ayuda. Tú ya haces demasiado. No.

—No me involucraré en nada serio, simplemente puedo acompañarte o... ¡Ya sé! Te daré un par de lecciones de francés. Créeme, lo necesitas bastante. Cuando vengas a verme mañana tendré información sobre los símbolos, podrías quedarte un rato más y aprender el idioma. Me sorprende que hayas podido llegar hasta aquí sin saberlo. Yo...

—No. Lo siento. Mañana cazo, no habrá tiempo.

—¿Cazas? —dijo Blanche sorprendida— ¿Sabes ya dónde está el vampiro?

—No, pero mañana sabré. Éste día he fallado, esta noche morirá alguien por mi culpa. Mañana ya lo sabré. Tengo muchos escondites, pero cuando sepa por dónde se mueve ya sabré su sitio.

—¿Quieres decir que hoy también atacará?

—Seguro. Éste no es como los otros. Quiere que le vean. Quiere que le persigan. Esta noche no salgas fuera.

Un escalofrío recorrió la espalda de Blanche. A pesar de no

haber creído a Klaus al principio, ahora se la notaba realmente angustiada, con palabras que se le quedaban atrapadas en la garganta.

—Ah —añadió—, carta de Juste para esta dirección. Casi lo olvido.

—Gracias, iba a ir a buscarla yo misma, pero ahora que has mencionado esto da un poco de miedo.

—Tranquila —dijo el cazador de vampiros—. Mañana todo acaba. Yo te protejo.

Blanche asintió.

—Cuídate mucho. Eres un buen hombre. Gracias.

Y tras decir estas inesperadas palabras corrió de vuelta a la iglesia. Klaus asintió. Si este vampiro era el que estaba buscando, iba a hacer falta mucho más que “un buen hombre” para matarlo.

Capítulo 9: Sueños y símbolos

Eckhart estaba sentado en una silla de madera, leyendo y anotando. Frenéticamente al principio, como poseído, más despacio luego y ahora cambiando alguna palabra aquí y allá en lo que fuera que estaba escribiendo.

Había convertido su estancia del piso inferior en un pequeño laboratorio con alambiques, calcinadores y otros aparatos. No era mucho, pero tampoco necesitaba más si usaba su ingenio para suplir todo aquello que le faltase. La habitación había resultado ser lo bastante amplia como para poder instalar allí lo más básico; además, al ser el único lugar que el ventero ofrecía del piso inferior, era mucho más fácil pasar inadvertido. Eso le complacía, ya que si necesitaba hacer un cambio de última hora o fabricar algo para seguir adelante podría experimentar y preparar transmutaciones avanzadas sin tener que moverse aquí y allá como en el pasado. Durante todos aquellos años había aprendido, pero el tiempo, como siempre, se había cobrado su parte.

Por fin, su nuevo sirviente despertó de la extraña ensoñación que le había hecho caer en redondo toda la tarde. Por la expresión impaciente del maestro alquimista se podría decir que Gilbert había tardado en despertarse más de lo que esperaba.

—Buenos días, señor Mayer —saludó sin apartar la mirada de su libro de anotaciones—. ¿O debería decir más bien buenas noches?

—Supongo que un siglo sin poder dormir le pasa a uno factura, ¿eh? Bienbienbien. Tenemos un librejito y una piedra que encontrar.

¿Es así?

—Veo que te levantas con energía. No la malgastes, nos va a hacer falta.

—Ya veo. ¡Más tretas y trampas! —protestó poniéndose en pie de un salto.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído —profirió el indignado *doppelgänger*—. ¡Más trampas y tretas! No dudo que es usted un maestro del engaño casi tan bueno como yo, pero el distraer a la plebe para no tener que contar la verdad es un engaño de poca monta, más acorde con un político o un vendedor de zapatos usados.

—Te dije lo que necesitabas saber.

Gilbert torció el gesto y por una vez pareció realmente ofendido.

—¡Tonterías! —exclamó— ¿Pan y circo? ¡No, señor, no conmigo! ¡Si me ha sacado de un espejo para tenerme bailando al son de tu violín me parece muy bien, pero deme al menos unos cuantos detalles o me volveré loco de curiosidad!

—Las cartas de un buen jugador no se mues...

—¡Al diablo los buenos jugadores! —La energía con la que se había levantado Gilbert parecía haberse transformado en mal humor—. Señor Solberg, usted sabe todo lo que puedo hacer y por cuánto tiempo y sin embargo yo no tengo ni idea. Eso es tener sus cartas, las mías, la baraja entera y el corazón del crupier a su disposición. ¡Si hace usted trampas y se le ve tanto el plumero, no espere clemencia por parte de un maestro tramposo!

Eckhart exhaló aire lentamente, se dirigió hacia la entrada de la habitación y abrió la puerta con calma, como si estuviera estudiando su próximo movimiento.

—Oh, ¿se cansó de mí y me está echando? —rio Gilbert.

—No. Tenemos que movernos deprisa, tengo que explicarte qué buscamos y por qué. De paso, aprovecharé para darte una idea clara de lo que te va a ocurrir si no sigues bailando “al son de mi violín”, o si tardamos demasiado en encontrar lo que busco.

—¡Mucho mejor! No es tan difícil, ¿eh?

—Vayamos pues.

Eckhart avanzó por el estrecho pasillo sin ni siquiera mirar si su

sirviente le seguía. Cuando quedaban unos pasos para salir a la calle, el alquimista escuchó la voz del posadero.

—¡Adiós, señor Solete, adiós, chico! —se despidió el buen hombre. Era un tipo de saber hacer; con buena memoria, y bastante simpático a pesar de ser un carnicero con todo idioma o nombre extranjero que se le cruzase.

—¡Adiós! —dijo su sirviente— ¡Volveremos cenados!

En efecto, la pequeña rabieta de Gilbert no había evitado que éste le siguiera obedeciendo. Quizás su sirviente fuera lo bastante estoico como para aguantar hasta el final de su viaje. Ahora lo importante era llegar al lugar que había visto mientras el *doppelgänger* dormía. Se trataba de una antigua casa de clase alta pero bastante dejada, probablemente el propietario no pasara por su mejor momento. Lo más seguro es que ésta estuviera alejada de la ciudad cuando se construyó, pero la creciente Lyon había devorado el terreno hasta convertirla en un edificación un tanto apartada que quedaba rozando los límites de la urbe. Así lo había visto.

—¿Señor Solberg? —dijo su sirviente— ¿Ha caído su mente en los brazos de Morfeo?

Su concentración se rompió. Estaba intentando visualizar de nuevo el camino que debían tomar, pero se tendría que contentar con saber que debían ir al oeste, siguiendo un rastro de casas nuevas y diminutas en las que habrían de vivir familias enteras de trabajadores. Era todo lo que podía “recordar”.

—De momento —canturreó una vez más Gilbert a su espalda— parece que sepa adónde va. Eso es bueno, pero bastante curioso. ¿No deberíamos estar rascándonos la cabeza ahora mismo en lugar de pasear? ¡No! Borre esa pregunta. Será mejor que me conteste en orden, ¿le importa?

—En absoluto, tenemos todavía un trecho y aún puedo permitirme escucharte un rato más.

—Bienbien... bien. Primera pregunta: ¿Cómo demonios me encontró? Gilbert Mayer jamás fue un alquimista famoso a pesar de ser un genio.

—Curioso —contestó Eckhart pasándose la mano por la

barbilla—. La respuesta a esta pregunta es la misma que te habría dado con la anterior.

—¡Premio pues! ¡Pregunta doble!

—Magia.

Gilbert torció de nuevo el gesto como un crío al que le niegan un dulce.

—¡Venga ya! Sea o no magia, seguro que hay una respuesta más larga.

—Está bien. Visualización. No es exactamente magia, pero una vez lo controlas se puede considerar un poder bastante útil. Con un poco de concentración soy capaz de visualizar mi próximo objetivo e incluso de obtener algunos detalles adicionales sobre éste. Me permito añadir que mis conocimientos en alquimia y la evocación me han permitido avanzar mucho más en este campo... a lo largo de los años. Mis principales herramientas son la visualización, la alquimia y la evocación.

—Y el violín —añadió risueño el genio del espejo—, no hay que olvidar el violín. Sobre la alquimia no tengo dudas, pero creo que la evocación y la visualización son un tanto cuestionables a la hora de tomárselas en serio, ¿no? Sé que mi actual condición de reflejo parlante hace que esta pregunta roce el ridículo, pero... bueno, será mejor asegurarse.

El maestro alquimista se volvió hacia Gilbert y echó un vistazo a los alrededores. Luego, dijo:

—No perdamos el tiempo con tonterías. Tu tarea es servir, no preguntar.

—Juguemos a este juego: yo pregunto usted contesta si quiere. ¿Acepta?

—Lo vas a hacer de todos modos, así que adelante —replicó mientras seguía adelante. Parecía algo inquieto.

—Bien, ahí va pues: ¿Fruto de qué soy exactamente? ¿Evocación? ¿Alquimia? ¿Palabras mágicas?

—Salvo por las palabras mágicas, estás en lo cierto. Supongo que alguna vez habrás oído el término “familiar”.

—¿Y quién no? En mi familia estaban mi tío, mi padre, mi abuelo... aunque la mayoría de mis familiares pillaron no sé qué y

murieron. Mala salud, los míos —rió lúgubrementemente al recordar cómo había sido su propio final.

Eckhart estaba de espaldas a él, pero Gilbert adivinaba un cambio de humor en su invocador. Era interesante saber que al alquimista le molestaban los errores, tanto los suyos como los de los demás. Eso le hizo sonreír como un chiquillo travieso.

—Seguramente no tengo ni idea a lo que te refieres. ¿Cierto? —añadió antes de seguir poniendo a prueba la paciencia del que ahora era su maestro.

—Me sorprende que te consideres un genio de la alquimia y no conozcas semejantes criaturas. Asumiré que te centraste simplemente en una de sus vastas aplicaciones.

—Con cierto éxito me permito añadir —replicó el *doppelgänger* henchido de orgullo—. Familiar, ¿eh? In-te-re-san-te. ¡MÁS!

—Vale la pena contarte esto porque seguramente nos encontremos con alguno en el futuro. Un familiar es una criatura tangible en el mundo real gracias a un pensamiento del “mago”. La palabra proviene del latín...

—Del latín “vayamus al granum”. ¿Ciertum?

—Como iba diciendo antes de que me interrumpieras, un familiar es algo así como un sirviente creado a partir de un objeto y de tu propia consciencia.

—Me temo que está avanzando conceptos, señor Solberg. ¡Soy alquimista, no mago! Quiero decir... ¡No de ese tipo de magos!

—Veamos —contestó el alquimista tras armarse de paciencia con un largo suspiro. Estaba claro que las explicaciones largas le cansaban—, un familiar es una criatura; un sirviente creado a partir de un pensamiento del... mago. Generalmente no es tangible y sólo puede ser visto por gente con cierta sensibilidad a ellos, algo así como un fantasma. Con el poder adecuado se le puede dar una forma, usarlo para animar un objeto o incluso crearle un cuerpo tangible de la nada, aunque no hay muchas personas que puedan hacer eso. Estoy seguro de que Flamel se inspiró en este sistema para crear la piedra, aunque sus métodos en ese campo eran aún más avanzados que los míos. Por cierto —añadió—, aunque haya dicho antes que seré tu profesor, preferiría no tener que instruirte

continuamente durante toda nuestra búsqueda.

—¡A la orden, mi sargento! —Saludó como un militar—. Muy bien, muy bien, muy bien. Resumiendo entonces: un familiar sería algo así como un fantasma que ha obtenido forma... ¿Como yo? ¿Soy como un pensamiento que ha vuelto a la vida entonces? Un pensamiento un tanto perturbador —rio.

—Y acertado, pero tu tiempo será más limitado. Los familiares generalmente reciben su fuerza vital de su invocador, son como dioses a pequeña escala, que se alimentan de plegarias y sacrificios, de sangre o incluso de las emociones que lo crearon. Tú, sin embargo, has sido alimentado únicamente por una... reacción que ha alterado tu alma... y es precisamente el alma de Gilbert Mayer la que se consume lentamente para darte vida. Eventualmente morirás, a no ser que encontremos una forma de reencarnarte por completo. Ésa es tu gran limitación.

—¡Demonios! ¿Me estás diciendo que me has sacado únicamente para dar un paseo mientras desaparezco como un buen queso en manos de un mendigo hambriento? ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Por qué no me avisaste antes?!
¿¡Quéseráahoradeestepobreyapuestoalquimista!?

—Si hubieras preguntado antes de hacer el cambio te lo habría dicho sin dudar. Además, te quedan cinco meses de vida; seis a todo estirar y si no fuerzas mucho tus capacidades, que por cierto son muy superiores a las de un sirviente normal. Es cierto que hay... formas de alargar tu vitalidad un poco más, si me resultas útil. Cuento con que tus peculiares habilidades y tu ingenio me permitirán acercarme al grimorio de Flamel rápidamente en mucho menos tiempo que el que te queda. Si llego hasta el libro, puedo hacer que el alma de Gilbert Mayer, que tú portas, se regenere por completo y por lo tanto no tengas que preocuparte nunca más por la muerte.

—Eso suponiendo que pueda usted comprenderlo.

Eckhart no contestó inmediatamente. Gilbert sonrió al ver que había logrado tocar de nuevo el orgullo del alquimista. Finalmente, éste le respondió:

—Flamel únicamente tuvo un golpe de suerte y me atrevería a

decir que no fue el único artífice de la piedra. El tiempo dirá quién de los dos ha tenido más éxito, si él o yo.

—Vaya, vaya, señor Solberg. Está usted hecho todo un trilero. Deberé tener cuidado de ahora en adelante en los tratos que tengo con usted. ¡Eso me recuerda...! ¿No seré por casualidad... tan sólo el pensamiento de un malvado alquimista hecho carne y atractivo? ¿Cuál es el auténtico? ¿El Gilbert que desapareció hace años o el fantasma que ahora camina por estas calles?

—Buena pregunta. —Sonríe Eckhart—. ¿Eres el verdadero Gilbert? La respuesta es sí... y no.

—¡Vamos, señor Solberg, soy yo el que normalmente se anda con acertijos! ¡Hoy me tiene usted bueno!

—Estás formado a partir del alma de Gilbert Mayer, así que eres básicamente él, pero es cierto que has podido heredar algunos pensamientos míos, así como perder algunos tuyos en el proceso. Te está bien empleado por mentirme en tu diario.

—Con que sí, ¿eh? Muy bien, pues encontraré el grimorio, la piedra filosofal y hasta la chancla derecha de Hermes si hace falta, ¡pero luego ten por seguro que no te invitaré jamás a tomar unas cervezas! A no ser que pagues tú, claro, entonces vale.

—Una vez tenga en mis manos el grimorio poco importa lo que tú o...

—**¡Chitón! ¡No me dé pistas sobre sus intenciones!** ¡Si me quita la emoción de adivinarlas no tendrá ninguna gracia seguir con usted! Pero ya basta de teoría, ¿dónde diablos vamos ahora?

—Siguiendo el sol —contestó el alquimista—. Deberíamos encontrar un edificio que destaque entre los demás, mucho más ostentoso, pero antiguo y en no muy buenas condiciones. Es todo lo que he podido ver.

—¿Es todo? ¿Así sin más? ¿No ha usado nada más que su técnica maravillosa y ya está?

—En realidad —dijo deteniéndose— he usado tus apuntes como catalizador de mi habilidad, de otra forma jamás lo habría encontrado tan rápido. Y aún así no es un rastro muy fiable, pero es lo único que tenemos. Mi habilidad dista mucho de ser infalible a pesar de ser muy útil. Incluso cuando te encontré, tuve que usar

otros medios algo menos directos para dar con tu casa... y no sabía lo que me iba a encontrar exactamente.

—Eso está muy bien, pero... ¿Por qué nos paramos?

—Quería confirmar algo. Cuando nos hemos parado alguien se ha detenido también. No puedo determinar quién es desde aquí, pero nos está siguiendo desde hace un rato. Prosigamos.

Gilbert usó su sonrisa más diabólica y dijo:

—¿Quiere que averigüe de quién se trata y monte un número de los míos? Es una ocasión inmejorable para mostrar lo que valgo.

—¿Podrías hacerlo?

—¡Duda que sean fuego las estrellas, que el sol se mueva o que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de mi capacidad para poner el mundo patas arriba con cuatro simples palabras!

—Asumo que sabrás localizarme una vez termines tu espectáculo.

—Si no lo hiciera no sería digno de ser su ayudante —Gilbert rio nerviosamente mientras su rostro se volvía algo más femenino.

—Ayudante no: sirviente —corrigió Eckhart.

—Un sirviente que ayuda, pues, pero sólo por ese tono despectivo que usa usted me permitiré hacer un acto un poco más flamante de lo que tenía pensado. ¡Sentaos y admirad, señor Solberg, pues hoy aprenderéis el poder de un par de frases bien dichas!

El *doppelgänger* dio unos ágiles pasos y se metió en la multitud convertido en una dama, que desapareció en unos instantes sin causar ninguna alarma o sobresalto. Ni siquiera él pudo adivinar dónde había ido; simplemente no estaba. De todas formas, si Gilbert había prometido una flamante actuación no había duda de que intentaría algo pronto. Lo cierto es que tras leer el “diario del alquimista tramposo”, le picaba la curiosidad por verle aplicar su inteligencia a una situación como en la que estaban ahora. ¿Sería tan fácil como aseguraba su sirviente?

Llevaba caminando sobre unos diez minutos y no había pasado nada. Seguía notando la presencia de la persona que le seguía, pero

la de Gilbert se había desvanecido por completo y no era capaz de notar su intención por ningún lado. No se había parado a pensar en ningún momento que quizás el engañado estuviera siendo él. En efecto, no tenía mucho sentido que su sirviente le abandonara así sin más, y es que, a pesar de ser bastante impredecible, Gilbert no era estúpido. Después de todo, sus logros en alquimia no habían sido fruto de mera suerte y sus “arreglos” de las técnicas de Flamel habían sido muy inteligentes, dignos de alguien que lleva más de veinte años practicando el arte que suponía la auténtica alquimia, que lejos de ser únicamente química también abarcaba unas ciencias que otorgaban extravagantes poderes a todo aquel que fuera lo bastante perseverante y despierto como para descubrirlos. Gilbert se centraba por completo en la transmutación básica, pero retorcida e hilada de tal manera que se convertía en un sistema muy complejo y efectivo. De hecho, había conseguido transmutar su propia alma que, aunque no le había salido de la forma esperada, seguía siendo un hecho insólito y toda una genialidad. Sólo conocía a una persona que hubiera conseguido un logro semejante.

Veinte minutos ya. Si su sirviente no hacía algo pronto, Eckhart llegaría al diario con su perseguidor pisándole los talones. Seguía sin dudar que el *doppelgänger* le hubiera abandonado, pero la espera empezaba a resultar tan irritante que su concentración para localizar a quienquiera que le estuviera siguiendo empezaba a fallar. Trató de concentrarse de nuevo en el lugar al que debía ir; se detuvo y metió una mano en su bolsillo, donde apretó con fuerza las páginas del diario de Gilbert. A este ritmo las rompería. Se detuvo, pues no podía caminar mientras realizaba esta tarea. Un incesante torrente de imágenes golpeó la mente del alquimista: los barrios bajos, un ancho camino de tierra que llevaba hasta una casa un tanto aislada de las demás... una verja de metal, no oxidada, pero en bastante mal estado... varias figuras de piedra... el diario del alquimista tramposo sería crucial para hacer reaccionar el libro de Flamel y que éste se revelase por fin ante él. El maestro alquimista abrió los ojos de súbito. Seguía sin saber el lugar exacto,

pero ahora tenía mucho más claro adónde debía dirigirse. Antes de que pudiera continuar su camino, una voz angustiada chilló a su espalda:

—¡Dios mío! ¡Me han robado! ¡Mi portamonedas no está!

Eckhart miró hacia atrás. Una mujer se llevaba las manos a la cabeza de forma sobreactuada. No había duda de que ése era Gilbert.

—¡Y a mí! —exclamó un segundo hombre. El alquimista intentaba descubrir cuál de los dos era su sirviente cuando una tercera persona gritó:

—¡La madre que me parió! ¡Algún sucio ladrón anda suelto por aquí!

—¡Ha sido ése! —dijo un hombre alto y fuerte— ¡Mirad!

El hombre empujó a violentamente a otro que tenía al lado. Un portamonedas cayó de su bolsillo. El supuesto ladrón miró al fornido hombre con furia y sorpresa al mismo tiempo. El alquimista recordó el rostro cansado del hombre que había tratado de robarle el día anterior: era Jacques, el hombre de la cicatriz en el ojo.

—¿A un viejo veterano le vas a robar tú, so cabrón? —rugió una de las víctimas del robo— ¡Agarradme a ese cerdo!

Jacques no esperó ni un segundo. Antes de que los gendarmes más cercanos pudieran reaccionar, se deslizó entre el gentío como una serpiente marina, zafándose primero de un hombre que intentó agarrarle y empujando a quienes se interponían entre él y su huida. Escapó, pero el hecho de que hubiera dejado de seguirles era más de lo que el alquimista había esperado. Al parecer la treta de Gilbert había surtido efecto tal y como el *doppelgänger* había prometido: con sólo cuatro palabras.

Eventualmente su socio le seguiría si no lo estaba haciendo ya, así que Eckhart se dirigió hacia una de las calles que había reconocido en su ejercicio de visualización. A lo lejos, empezó a vislumbrar la silueta de la mansión, situada en un pequeño montículo que coronaba toda la zona, cuyos alrededores se hallaban protegidos por un semicírculo de matorrales secos y

espinosos que habían secado prácticamente todos los árboles de la campiña. No era un lugar especialmente aterrador, pero si la vieja casa de un alquimista había dado lugar a tantas habladurías, este edificio destartado probablemente lo haría aún más. El aire de esa zona era gélido, carente de viento. El hecho de que el cielo hubiera adquirido un tono anaranjado al empezar el atardecer no lograba devolver a la escena la más ínfima pizca de calor ni hacerla más placentera; es más, la silueta negra de la casa bajo la luz crepuscular era más bien amenazadora, como una antigua bestia que en su decrepitud se niega a morir y permanece erguida para que su elegía, solemne y trágica, no caiga en el olvido aún.

Cuando se acercó más, una sensación de inseguridad le invadió de súbito. Era obvio que ya había llegado, pero sea lo que fuera lo que Flamel hubiera plantado en ese lugar, seguro que no era el Grimorio o ya lo habría notado. Eckhart sopesó la situación unos instantes antes de avanzar hasta la puerta de la verja metálica que rodeaba el edificio entero. Fuera o no el libro que buscaba, el alquimista podría emplearlo para aumentar sus habilidades si era necesario, o tal vez incluso podría tratarse de una pista dejada por el propio Flamel para guiarle hasta su creación. Ante todo, no debía olvidar que no debía bajar la guardia en ese lugar, ya que por lo visto su sirviente se estaba tomando un tiempo libre sin su permiso... o quizás estuviera terminando su labor y capturando al "ladrón", lo cuál sería un pequeño gran logro por su parte. Un candado de hierro era el único guardián que quedaba en la entrada de la mansión. Sacó un pequeño estuche del interior de su chaqueta y lo desplegó por tres veces. Lo que a priori había parecido una pequeña arqueta, guardaba todo un arsenal de frascos con materiales en estado líquido, todos ellos forrados para evitar que sus respectivos contenidos se mezclaran en caso de que los recipientes se rompieran. Doce en total, aunque disponía de uno algo más grande en el que cabían veinticuatro, y finalmente su maletín, en el que guardaba cincuenta y dos muestras líquidas, veinte sobres con sólido en polvo y unos cuantos materiales más, además de las runas y gemas selladas que tantos años había estado preparando. Por lo general sólo se llevaba el pequeño porque era

mucho más fácil de disimular y cubría la mayoría de sus necesidades con él, tal y como precisamente estaba ocurriendo ahora. Cogió el frasco amarillo y vertió unas gotas en el candado. Luego, lo cerró cuidadosamente limpiando primero los bordes con un pañuelo y tomó otro de los botes, incoloro. Tras verter una sola gota con una tranquilidad exasperante, se alejó unos metros, cogió una piedra del suelo y la tiró contra el candado. Al chocar contra éste, reventó violentamente de forma que no sólo el cerrojo, sino parte de los barrotes que lo aguantaban se partieron. Un juego de niños. El alquimista entró. Decidió echar un vistazo por la casa antes de usar de nuevo la visualización, ya que sería mejor no abusar mucho de esa habilidad.

El pequeño jardín que conducía hasta la casa estaba lleno de vegetación inerte. Quizás fuera el otoño, pero los tonos anaranjados y marrones de las plantas daban la sensación de estar ante un pequeño mundo disecado que llevaba así ya cientos de años. Dos leones de roca pulida guardaban la entrada, cubiertos hasta las patas por un manto de hojas secas. A pesar de eso, se mantenían casi impolutos ante el paso del tiempo; probablemente fueran tan antiguos como esa casa, ya que tenían la misma apariencia diabólica de ésta, casi como si planearan abalanzarse sobre ti y devorarte una vez les dieras la espalda.

Se aproximó a la puerta tratando de conjeturar si necesitaría hacer con ella lo mismo que el candado y si ello podría provocar un incendio, pero cuando la tocó para comprobar su aguante se dio cuenta de que no haría falta: estaba abierta. La cálida luz crepuscular entraba por las ventanas, así como por algunos agujeros de la estructura; Había bastante claridad como para ver bien, o al menos suficiente para no tropezarse con nada. Lo cierto es que por dentro estaba en unas condiciones algo mejores que por fuera, aunque, con la luz rojiza que entraba del exterior, el lugar no dejaba de ser bastante tétrico. Tomó de sus bolsillos exteriores un diminuto sobre y sorbió su contenido. Era una práctica peligrosa a la que prefería no acostumbrarse, pero en pequeñas dosis no le

haría daño y agudizaría su percepción. Con su respiración aún más relajada a causa de la mezcla que acababa de ingerir, pasó desde el pasillo en el que se encontraba hasta un gran salón de madera. Mesas lacadas, figuras de bronce y plata e incluso algún que otro fajo de libros falsos en los muebles. Nunca le habían gustado los libros falsos; eran una moda estúpida cuya única función era aparentar conocimiento en lugar de poseerlo. Había alquimistas así, que ostentaban cargos mayores en sus pequeños grupos sociales haciendo muestra de toda una suerte de teorías tan imposibles de comprobar como erróneas, basadas en libros anteriores mucho más acertados. Sólo conseguían desprestigiar su noble arte y desencaminar a muchos con más talento que ellos, pero incluso eso le hacía un buen servicio a él, ya que también eliminaban competencia.

Sopló el polvo de uno de los montones de libros y éste echó a volar alrededor de la luz solar. Parecía que únicamente el tiempo hubiera entrado allí alguna vez. No, eso no era cierto. Aunque algunos de los materiales y artefactos de esa sala eran muy antiguos, había otros mucho más resplandecientes y modernos, de manera que era un hecho que habían sido renovados o añadidos no hacía tanto. Además, todos los objetos de valor de ese lugar se conservaban intactos. Había un jarrón azul con motivos orientales que a ojo de buen cubero debía valer una pequeña fortuna. No era ningún maestro tasador, pero algunos detalles como ése saltaban a la vista. Crujido. Eckhart se volvió rápidamente; nada. Quizás eran ratas, aunque con ese ruido debía ser una rata enorme. El maestro alquimista volvió a darse la vuelta; aún tenía un objeto que encontrar y sería mejor aprovechar la poca luz que quedaba. Sacó el diario de Gilbert y otro de sus frascos, que contenía un extraño ungüento. Colocó los textos del *doppelgänger* sobre una de las mesas lacadas y untó el espeso contenido del frasco con cuidado de no romper los maltrechos folios de papel. Había pasado un par de horas intentando crear la sincronía entre el diario y el líquido, pero había hecho la conexión entre estos en muy poco tiempo y sin

recuperar antes todas las horas de sueño que debía. En teoría, al mezclarse con el unguento la resonancia entre el grimorio de Flamel y el diario de Gilbert se amplificaría y el alquimista podría detectar si los escritos del genio francés se hallaban cerca o no. En teoría, pero había completado su procedimiento y no había resonancia ninguna. O bien había fracasado en su intento o el grimorio sencillamente no estaba allí. Crujido. Esta vez estaba seguro; había oído algo. Cerró los ojos esperando que su percepción aumentada le permitiera oír de dónde provenía ese sonido. Nada salvo un leve repiqueteo en el piso de arriba. Servía. Subió por las escaleras hasta el segundo piso de la casa. Siempre llevaba algo más que una espada en el caso de encontrarse con una amenaza más rápida o precavida de lo normal y ahora estaba casi seguro de que esa herramienta extra le acabaría haciendo falta. El estruendo de algo siendo derribado y de cristales rotos le puso inmediatamente en alerta. Venía de la habitación cerrada que tenía a su izquierda. Accionó el elegante aunque desgastado pomo tratando de no hacer ningún ruido; luego abrió la puerta de un empujón mientras se echaba hacia atrás con un ágil movimiento. Esperaba que lo que fuera que se ocultaba en esa sala, que tenía todas las cortinas echadas, saltase sobre él en cuanto abriera la puerta y se enfrentase a él, pero lo que allí se escondía era lo bastante paciente como para preparar una emboscada aún mejor. ¿O acaso trataba de esconderse de alguien? Entró sin ningún temor. Tal vez Jacques hubiera regresado, y en ese caso...

La figura humanoide se levantó del suelo con un extraño movimiento mientras sus extremidades se retorcían y colocaban de nuevo en su sitio con un desagradable crujido. Al ponerse en pie, el ser que tenía delante profirió un gemido casi animal y miró hacia el alquimista con sus ojos vacíos e inexpresivos mientras se balanceaba de forma extraña, como si fuera incapaz de mantener el equilibrio. Eso no era Jacques. De hecho, aquello que tenía delante era probable que ni siquiera fuera humano. Los quejidos desquiciados que producía y su dificultad para mantenerse en pie habían hecho que Eckhart lo confundiera al principio con un demente encerrado allí. Pero aquellos temblores, aquellos crujidos,

aquella forma de moverse veloz pero totalmente descontrolada como una marioneta en manos de un crío... y luego estaban las sensaciones que leía en esa criatura; no eran normales. De ese ser provenía un gran sufrimiento, pero también un impulso asesino que le hizo llevar su mano a la empuñadura de su espada, aunque aún sin desenfundar. Ése fue su error. El desgarrado ser que tenía delante avanzó como una exhalación y golpeó al alquimista, haciéndole caer. Eckhart se llevó por delante varias figuras de porcelana hasta que finalmente cayó al suelo. Había volado literalmente debido a la fuerza de esa criatura, pero ésta le había golpeado con la mano abierta y sin tensión; sólo había sido un empujón brusco y, a pesar de la fuerza sobrehumana con la que había sido impulsado, él aún podía defenderse.

No le dio tiempo a desenvainar su espada, apenas se levantó de nuevo tuvo que zafarse de dos manotazos más, torpes, pero extremadamente veloces y tan fuertes que desconcharon la madera de la pared, dejando marcas como zarpas. Antes de que su enemigo recuperase el equilibrio, el alquimista arrancó de un tirón un pequeño saco que había oculto en su cinturón y, con una finta hacia adelante, arrojó el polvo que contenía a los ojos del ser. La reacción de éste no se hizo esperar; los aullidos de dolor de la criatura invadieron el estrecho comedor mientras sus manos cubrían sus ojos con tanta fuerza que se arañó la cara.

—No volverás a recuperar la vista —dijo Eckhart—, así que será mejor que lo dejes estar antes de que te mate, no quiero tener que librarte de varios años de ceguera.

El ser clavó en el alquimista su mirada vacía. Uno de sus ojos estaba totalmente blanco, pero el otro había recuperado ya su color, y lo que era aún más: sus heridas estaban cerrándose. En un esfuerzo por controlar su dolor, trató de alcanzarle con un nuevo zarpazo, pero Eckhart desvió el golpe y saltó hacia atrás mientras desenvainaba. El siguiente golpe de la criatura fue aún más fácil de bloquear.

—Ya has tentado demasiado a la suerte.

Le hizo un corte en el brazo para que el “monstruo” pusiera el pecho al descubierto y atravesó su torso varias veces antes de que...

¿Cayese? ¡No se había desplomado! Eckhart movió el brazo lo suficientemente rápido como para bloquear un golpe dirigido contra su pecho, pero la fuerza de éste le obligó a retroceder rápidamente para no ser él quien cayera. No podía permitirse perder el equilibrio de nuevo con una criatura como aquella allí. En este último movimiento el puño del ser estaba cerrado, aunque por suerte le seguía faltando mucha coordinación, puesto que de otra forma había sido capaz de romperle fácilmente el brazo con su inmensa fuerza. Se le había caído la espada unos pasos más adelante y ese ente vacío con forma de humano se acercaba lenta pero inexorablemente. Ni siquiera adoptó una postura defensiva, simplemente esperó. Cuando el ser estuvo lo bastante cerca se volvió rápido una vez más, pero él también; cuando la ululante bestia intentó agarrar el cuello del alquimista, éste le agarró el brazo y la golpeó justo por debajo de su axila mientras una navaja oculta salía del adorno de su guante. Esta vez la criatura chilló de dolor, pero eso no detuvo a su atacante; hendió su cuchilla hasta la empuñadura, en tres puntos más hasta terminar en el cuello de la criatura. Luego, le embistió y se quedó observándola mientras yacía en el suelo.

—Estúpido —espetó—. Uno debe de conocer sus propios límites. Me hubiera gustado investigar lo que eras mientras vivías. Considéralo una pequeña victoria por tu parte.

Eckhart caminó cerca de la criatura. Estaba toda llena de moratones y le faltaban algunos dientes, como si la hubieran apaleado. También tenía una cicatriz en el cuello. La observó por unos instantes y luego pasó de largo hasta donde estaba su espada. La recogió, la guardó con una ligera floritura y se preparó para seguir buscando. Esta vez no había limpiado la sangre, pero tenía sus motivos para no hacerlo. Le interesaba saber qué clase de bestia acababa de matar. Reparó entonces en unas profundas e inconsistentes marcas en las paredes. Se trataba de más arañazos. También estaban por el suelo y en la puerta que daba al cubil de ese animal humano. No había estado encerrado, pues los zarpazos también se hallaban en el exterior, como si intentara cavar un agujero o...

El grito de la criatura lo hizo voltearse de un sobresalto mientras desenvainaba de nuevo y adoptaba una vez más su postura de combate con el brazo adelantado. Era la postura de la esgrima española. Siempre le había parecido mucho más arrogante y segura que la veloz esgrima francesa, pero igualmente mortífera cuando la técnica era la adecuada.

El ser no se había levantado, pero empezó a patallar y a aullar mientras todo su cuerpo prendía en llamas. El alquimista no sabía muy bien a lo que se acababa de enfrentar, pero al menos ahora sabía cómo matarlo. El fuego consumió rápidamente el cuerpo de la criatura de forma que en pocos segundos apenas quedaron unos jirones de ropa. La combustión espontánea del cadáver había sido tan rápida que ni siquiera había prendido el suelo de madera, lo cual era una suerte, pues si un fuego como ése se hubiera extendido por la casa entonces podría abandonar toda esperanza de encontrar alguna pista que resonara con el diario de Gilbert.

Gilbert... ¿Adónde había ido ahora? Con un poco de suerte no se habría entretenido con una de las “mozas” que tanta admiración le habían provocado por la mañana, aunque Eckhart no descartaba esa posibilidad del todo. Tras un momento de pausa, el alquimista decidió salir de la mansión para ver si lo veía, aunque sólo fuera por recuperar su aliento después de aquella extraña pero violenta lucha. Si Flamel había colocado obstáculos como ése en su camino, estaba claro que necesitaría estar mucho más preparado de ahora en adelante. No podía cometer el error de volver a subestimar a su oponente; quienquiera que fuera, la próxima vez acabaría con él con la máxima presteza posible y sin darle oportunidad a realizar el más mínimo movimiento. Aquello que acababa de morir podía tratarse de un homúnculo: un humano creado por otro humano. Quizás fuera así, pero no podía estar seguro pues nunca en todos sus años había visto uno. Esa lucha le había abierto los ojos: su cuerpo ya no era joven y no podía resistir tanto como antes. De hecho, la pequeña refriega con el ser había acelerado su respiración de manera alarmante; ya fuera porque estaba en baja forma o

porque su resistencia se había visto reducida en estos años, no estaba ya para esos trotes. Al igual que Gilbert, su vida también estaba consumiéndose rápidamente. Antes de salir examinó el lugar donde su oponente había ardido. Nada, o como mucho muestras de ropa chamuscada. Sacó su estuche pequeño y usó uno de los libros de la casa a modo de lámpara. No prendería por mucho tiempo, pero le permitiría asegurarse de algo. En efecto, las llamas que habían destruido al ser no habían dejado la más leve marca en el suelo. Como si únicamente hubieran afectado a la criatura y a sus ropas. Lo más extraño era que el fuego no parecía haberse formado de forma natural y no sólo no había dejado el esqueleto del ser, tampoco había dejado ningún tipo de cenizas salvo las escasas manchas de los jirones de tela. La verdad es que Eckhart sentía curiosidad, la bastante como para desear encontrarse con otro de esos seres para estudiar ese fuego con más detenimiento y determinar si se trataba realmente de alquimia, de un fenómeno corriente que no había llegado a ver en su momento o de algo de naturaleza más oscura e inexplicable. Sí; quizás con un poco de suerte volvería a encontrarse con uno, aunque si no tenía tanta quizás viera sus deseos cumplidos y acabara enfrentándose a uno que supiera coordinar bien sus movimientos con su descomunal fuerza. El tiempo diría. Deleitándose con ese último pensamiento, como si se acabara de hacerse una broma a sí mismo, el alquimista sonrió mientras volvía a entrar en el lugar donde el ser había aparecido inicialmente. Nada, ni la más mínima resonancia. Esta vez parecía que había sobrestimado sus propias habilidades. De todas formas siguió buscando por la sala, que estaba prácticamente vacía salvo por un sillón barroco lleno de zarpazos y un par de mantas arrebuajadas por el suelo. Estas desentonaban con el resto de la casa ya que eran mucho menos ostentosas y desde la distancia se podía captar un insoportable hedor a enfermedad. Eckhart se aproximó a ellas lentamente mientras desenvainaba una vez más su *Estoc*. Lo acercó a las mantas dispuesto a revelar lo que fuera que éstas cubrieran y la detuvo a apenas unos centímetros de éstas. Esperó unos instantes antes de intentar levantarlas, tratando de elaborar una posible estrategia en

caso de encontrarse allí a otro ser parecido al anterior. En cuanto levantó las levantó con su espada, una pequeña camada de ratas, rosadas y llenas de asquerosas llagas supurantes, salió emitiendo chillidos como los de un bebé. Hizo un rápido movimiento para ensartar a una de ellas, pero se detuvo justo antes de hacerlo. No hubiera dudado en acabar con la vida de quien se escondiera allí, pero no estaba dispuesto a manchar su acero con la sangre de un vulgar roedor. Siempre había despreciado a ese animal tan vil e infeccioso, puesto que las enfermedades que las ratas causaban eran mucho peores que algunos venenos. El último y más grande roedor, de ojos rojos y brillantes, le miró por un instante y se metió por un hueco la mitad de ancho que él, por el que desapareció con el resto de su prole. Ahí ya no había nada más que le interesara... salvo un detalle. Su espada; la sangre del homúnculo había desaparecido. La examinó por ambos lados y la volvió a guardar. Tampoco había sangre ni en su daga ni sobre sus ropas. Aquello era muy extraño.

Lo peor de todo era que sin una reacción decente entre el grimorio y el diario de Gilbert, aquella búsqueda sería infinitamente más frustrante y pesada. Podía tomarle toda la noche entera encontrar lo que buscaba y el hecho de no saber si se trataba concretamente del grimorio lo hacía todo aún peor. Por el momento lo que haría sería buscar de nuevo al zoquete de su sirviente para que le ayudase a seguir investigando el lugar. Bajó las escaleras hasta la puerta de la mansión y salió hacia la verja de metal. Lo que allí se encontró no fue del todo inesperado, pero sin duda inusual: Gilbert.

Allí estaba su sirviente: rodeado de niños, que miraban impresionados su forma de barajar las cartas.

—Vaya, al parecer tengo público —dijo el *doppelgänger* haciéndose el sorprendido—. ¡Pues aquí mirar no es gratis! ¡Si queréis verme hacer magia tendréis que colaborar! ¡Mi nombre es Gilbán el mago y a diferencia de todos los demás que habéis visto yo soy un mago auténtico!

Los niños empezaron a armar un tremendo alboroto para participar en el número del joven ilusionista. Finalmente, éste volvió a hablar:

—¡Tú, el pelirrojo! ¡Te ha tocado!

El niño lo miró casi extasiado de felicidad y asintió con la cabeza.

—Vamos a ver —prosiguió el “mago”—. ¡Lo convertiré en conejo! No, en unicornio. ¡No! ¡¡Mejore un lagarto de dos cabezas!!

El niño cambió de repente su rostro y se mostró aterrorizado. Gilbert al ver esto prosiguió con su número.

—¡Mejor que mejor! Haremos un número de cartas, ¿te parece?

Antes de que alguien pudiera contestar, Gilbert ya estaba abriendo las cartas en forma de abanico.

—¡Vamos a ver... tú, el niño bajito de allí! No, tú no. ¡El bajito de la cabeza plana! Sí, tú; tengo un trabajo importante para ti. Acércate.

El niño retrocedió unos pasos.

—¡Eh! Con que pensabas que te ibas a librar, ¿eh? ¡Pues no señor! ¡Ven aquí y tápame los ojos, y más vale que lo hagas bien porque a mí me encanta hacer trampas!

El niño vaciló unos instantes y finalmente decidió acercarse y hacer lo que Gilbert le pedía.

—¡Aún veo un poco por el ojo derecho! —exclamó— ¡No, hombre, no! ¡El derecho es el otro!

Algunos de los niños corearon un “¡Noo!”, pues Gilbert estaba señalando su ojo izquierdo.

—¿Cómo que es el otro? —espetó el *doppelgänger* casi furioso— ¡Soy un mago y un mago nunca se equivoca, y ahora dejadme seguir con mi número! A ver, el pelirrojo... ¿Te pensabas que me había olvidado de ti? ¡Pues no! Coge una carta cualquiera y mírala bien para no olvidarla porque ¡ay de ti si lo haces...! ¡No me digas cuál es, pero deja que los demás la vean!

El niño obedeció.

—¡El ojo! —chilló— ¡Estoy viendo otra vez!

Las manos que le cubrían el rostro apretaron aún con más fuerza.

—¿Ya? —preguntó— ¿Está hecho?

—Sí —respondió el muchacho—. Ya está.

—¡Peeerfecto! ¡Pues ahora vuelve a ponerla en el manajo sin que yo la vea y prepárate para un milagro! Por cierto, jovencito —dijo palpándole la cabeza a uno de los niños—; lo único que lleva de valor un mago de verdad es un manajo de cartas y gran cantidad de poderes mágicos. En ese bolsillo en el que hurgas no hay nada... salvo quizás una araña venenosa que se me ha podido colar mientras estaba muerto.

El niño, que ni siquiera había metido la mano del todo en el bolsillo de Gilbert se sonrojó y se fue corriendo como si le fuera la vida en ello. Con una mezcla de terror y admiración, los demás niños seguían absortos alrededor del *doppelgänger*. Casi todos parecían querer salir corriendo, pero al mismo tiempo estar atados a la escena que el genial ilusionista había creado para ellos, como si anticiparan que el número de aquel mago callejero no sólo sería un éxito, sino también un evento excepcional que no volverían a ver jamás.

—¡Ahora diré las palabras mágicas y todas las cartas de este manajo desaparecerán salvo una! —dijo el mago— ¡*Fortimbrás!*

No pasó nada. Los niños seguían esperando pacientemente algún tipo de reacción o fenómeno mágico que hiciera desaparecer las cartas, pero Gilbert permanecía inmóvil con una sonrisa contenida a duras penas.

Al cabo de unos segundos uno de los jóvenes dijo:

—¡No ha pasao nada!

Y así, como si las palabras del niño hubieran activado un mecanismo dentro de él, Gilbert lanzó sus cartas por los aires y empezó a partirse de risa delante de los perplejos niños. Tras unos segundos de la estridente risa del *doppelgänger*, uno de los niños respondió enfadado:

—¡Es sólo un charlatán!

Otro cambio de humor; Gilbert el mago adoptó una expresión seria e intimidatoria mientras el resto de cartas caían al suelo.

—¿Charlatán? ¡Charlatán! ¡Qué falta de respeto! ¿Acaso es un mago menos mago por hechizar sin hacer magia? ¡¿No he sido capaz de teneros aquí inmóviles y pensativos, temerosos y

entusiasmados por unos instantes?!

—¡Eres un mentiroso! —dijo otro de los niños.

—¡Silencio he dicho o caerá mi maldición sobre ti como que tu carta es el dos de tréboles y ya se encuentra en tu bolsillo! —contestó un eufórico Gilbert.

El niño metió la mano en su pantalón y, en efecto, allí estaba el dos de tréboles.

Todos los niños lanzaron un leve “oooh” de sorpresa cuando Gilbert volvió a jugar con sus emociones:

—¡Y ahora dame esa carta para que pueda hacer realmente mi mayor truco! ¡No tengáis miedo de lo que va a pasar ahora! ¡Los cobardes pueden irse para que sus compañeros se rían de ellos luego!

El niño esta vez obedeció sin rechistar. El *doppelgänger* tomó la mano del chico y puso cara de concentración. La figura de Gilbert cambió ante los ojos de los niños y se transformó en un hombre de barba larga y cana pero de aspecto afable y venerable. Ahora sí que los niños no salían de su asombro.

—Éste es ahora el tres de tréboles —dijo el anciano con una voz afable y melosa—. Es una carta especial para todos vosotros porque a partir de ahora os traerá suerte: siempre que algo malo os ocurra algo mejor os ocurrirá siempre y cuando no perdáis la esperanza. Éste es el poder del tres de tréboles y ahora os lo entrego a vosotros: creed en él.

Y dicho esto descubrió la carta que ahora estaba en su mano y mostró, en efecto, un tres de tréboles.

—Pero para que ese poder se mantenga debéis concentraros en no perder jamás la esperanza y en fijaros bien en todo lo que os rodee. Puede que a alguno de vosotros algún día le pida algo para aumentar los poderes de esta carta, y cuando lo haga deberéis hacerlo sin preguntar ni rechistar siempre que creáis que no es malo ni peligroso para vosotros. ¿Entendido?

Todos asintieron hasta que se escuchó a uno de ellos decir un leve “sí”, al cuál le siguieron varios más.

—¡Excelente! —dijo el viejo sabio volviendo a recuperar el aspecto de Gilbert— ¡Recordad pues, criaturillas, el nombre de

Gilbán el mago! Bien, bien, bien. Ahora para que el sortilegio surja efecto deberéis romper esta carta en tantos pedazos como niños hay aquí reunidos y conservar uno cada uno. ¡Pero... primero tendréis que encontrarla!

Con un hábil movimiento de muñeca, la carta voló colina abajo siguiendo una trayectoria totalmente recta. Los niños salieron en pos de ella entre gritos y risas. Eckhart, que había estado observando la escena, salió de entre las sombras.

—¿Qué juego es éste, Gilbert? ¿Ahora te dedicas a hacer trucos baratos por ahí mientras yo busco tu única salvación?

El sirviente se limitó a sonreír con la mueca exagerada que no había usado desde que salió del espejo.

—Vaya, señor Solberg, ¿No le gusta mi recién formada red de espionaje?

—La idea no es mala —dijo el alquimista complacido—. Aun así, ¿no crees que es mucho pedir que unos cuantos críos nos proporcionen toda la información de la que precisamos?

—¡Ah, dulce elogio terminado en la punzada del sarcasmo! He dicho recién formada. Todo puede expandirse y complicarse tras un par de intentos. El mayor truco de magia no consiste en hacer aparecer cartas sino en hacer aparecer y desaparecer pensamientos. ¡Cuando se tiene esto, se tiene el mundo!

—Tras mucho esperar por fin me he encontrado con su genio, señor Mayer.

—¡Y no lo dude jamás! Y ahora vayamos a encontrar ese grimorio suyo.

Eckhart miró hacia el interior de la casa y se llevó la mano a la barbilla.

—Pues verás —dijo el alquimista pensativo—, en el interior de la casa no había rastro alguno de la pista que buscamos... aunque sí había un invitado inesperado.

—¡Oh! ¿Y qué ha sido de él?

—Eso quisiera saber yo. Desapareció después de un pequeño intercambio de impresiones.

—No dijo nada y acabasteis a tortazos, ¿no? —rio.

—Si me hubiera dado información ahora mismo no estaría

perdiendo el tiempo contigo.

El *doppelgänger* dio un par de giros lentos y estilosos mientras trazaba círculos en el aire con su dedo índice. Finalmente se paró y exclamó con tono impertinente:

—Señor Solberg, creo que debería ser usted más observador.

—¿A qué te refieres?

—Una pista poco clara hubiera sido un crimen perdonable, ¡pero el caso es que ésta es clarísima! ¡Esas dos pilas de hojas esconden algo sin lugar a dudas!

Señaló a los leones de piedra de la entrada, cuyas patas se encontraban cubiertas por hojas secas.

—Lo dudo. Flamel no habría puesto una pista aquí.

—¡Vaya con el genio! —dijo el *doppelgänger* con tono petulante— Olvida usted que soy yo el más sociable de los dos y por lo tanto si hay alguien que conoce cómo piensa el señor Flamel, soy yo. ¡Observe!

Como si fuera un niño, Gilbert se puso a patear las hojas debajo del primer león de piedra y a levantarlas causando gran revuelo. Finalmente, cuando sus patas quedaron totalmente al descubierto, se apoyó en él y dijo:

—Nada en éste.

—Esto es ridículo —dijo Eckhart girándose hacia la casa—. Aquí estamos perdiendo el tiempo.

—¡Mentira! —gritó el sirviente señalando a la otra estatua— ¡Aún queda el otro! ¿Qué clase de alquimista no comprueba primero todas las opciones? ¡Pero qué falta de formas! ¡Muy mal!

Gilbert hizo exagerado gesto ante el segundo león y se preparó para patear las hojas con todas sus fuerzas, siguiendo su estúpido juego infantil. Con un impulso de todo el cuerpo, su pierna salió disparada en pos del montón de hojas y... chocó contra algo.

—¡San...ta Cordelia! ¡Hijo de...!

El *doppelgänger* cayó en redondo, hundiendo la cabeza en el montón de hojas mientras se agarraba con ambas manos el maltrecho pie y expulsaba aire con un ¡¡FFFFFFF, FFFFFFFF!! de dolor.

Mientras tanto, Eckhart apartó el resto de hojarasca y descubrió

una losa de piedra justo delante de la estatua.

—Perfecto. Y además ha sido entretenido.

—¡MÁS QUE ENTRETENIDO, DEMONIOS! —exclamó Gilbert mientras dejaba de rodar por el suelo—. ¿No ve usted a nuestro viejo amigo Mercurio por aquí?

—Mercurio...

—Mercurio, Hermes, ¡ya sabe, caray!

Por fin se dio cuenta. En la parte de abajo de la losa de piedra había un grabado con el símbolo de Mercurio. Era apenas una marca en la piedra agrietada y parecía que se desprendería en cualquier momento. Al pasar la mano por ella no notó nada. No era lo que estaban buscando, pero podía ser una pista.

—Lo veo —dijo el sorprendido alquimista.

—Se le ha relacionado desde casi-SIEMPRE con la alquimia y por lo tanto su aparición implica que el lugar en donde se encuentra nuestra pista no es dentro de la casa... sino aquí, ¡entre mi dolorido pie y este bicharraco maldito!

Eckhart empezó a palpar la estatua buscando cualquier otra cosa que tuviera relación con el genio francés. Por fin, se dio cuenta de un segundo símbolo situado en el interior de la boca del león. Significaba "vida".

Gilbert, que seguía sentado en el suelo y cubierto de hojas secas, miraba obsesivamente la losa de piedra que tanto daño le había hecho, quizás pensando que su rencor haría mella en ésta si se concentraba lo suficiente.

—He encontrado otro símbolo —dijo Eckhart.

—¿No me diga? Yo otra pista, ¿Tiene algún cuchillo por ahí?

—Estás de suerte.

—Los dos lo estamos —añadió el sirviente.

Sacó un cuchillo que tenía guardado en la parte de atrás de su cinturón y se lo entregó sin mucha ceremonia al *doppelgänger*. Éste, empezó a hacerlo girar con los dedos hasta que finalmente lo clavó de sopetón contra la grieta en la losa. Antes de que el maestro alquimista pudiera protestar, Gilbert lo usó de palanca y desprendió el fragmento que tenía el símbolo de Mercurio. En el dorso de la piedra había muchos más símbolos grabados, pero

estaban demasiado desgastados para poder leerse.

—¡Lo sabía! ¡Es una piedra tallada! ¿Ve?

—No —dijo Eckhart asombrado ante lo que acababan de encontrar.

—¿Eh? ¿No ve? ¿Qué ocurre, su vista ya no es lo que era?

—No es eso, no es sólo una piedra tallada. Es una piedra rúnica.

—Si me va a venir con sinónimos para quedar por encima de mí va usted aviado —empezó a gritar Gilbert moviendo los brazos de forma desmesurada—. ¡Fijaos, es una roca escrita! ¡Mirad, es un canto esculpido! ¡Contemplad, es un peñasco literario!

—¿Sabes acaso la utilidad de ese “peñasco literario”? —interrumpió el alquimista con cara de no estar de muy buen humor.

El aún dolorido genio se detuvo y adoptó una posición pensativa.

—Si me pregunta eso es porque no es simplemente para que críe polvo en una biblioteca, ¿me equivoco?

—En absoluto. Se supone que las piedras rúnicas están “cargadas” con una emoción, por así decirlo. Suelen tener efectos leves en el mundo que nos rodea, casi como magia de poca monta. Por ejemplo, hay muchas runas que se usan para que la gente no preste atención a según qué sitios y pasen desapercibidos o para que los clientes compren más; incluso las hay que sirven de amuletos de la suerte de más bien poca utilidad. Las más complejas suelen contener energía pura para hacer transmutaciones avanzadas. No es un tipo de alquimia muy frecuente a la hora de realizar cambios importantes, ya que se tardan años en hacer una, especialmente una tan compleja como ésta. Pero es muy poderosa si se emplea bien. Yo conozco este arte hasta un nivel avanzado, pero no es mi especialidad.

—No había oído hablar de ello en mi vida, pero lo cierto es que he usado desde siempre cosas que se le parecían bastante, así que perdone si no tengo cara de estar demasiado sorprendido. ¡Después de todo he podido leer un par de trucos del señor Flamel! Bueno, ¿y qué se supone que hace?

Silencio. El alquimista estaba totalmente absorto contemplando

la piedra rúnica. La rotó de un lado a otro intentando sin éxito leer alguno de los borrosos caracteres.

—No tengo ni idea —contestó finalmente Eckhart—. De hecho, no comprendo cómo no he podido siquiera detectarla. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Algo se me ocurrirá.

Gilbert extendió su mano hacia el alquimista, haciendo ademán para que se la entregara. Cuando le tendió la piedra, el *doppelgänger* la giró de un lado a otro como hizo con el cuchillo y la lanzó en el aire un par de veces, hasta que por fin la arrojó dentro de la boca del león de piedra mientras decía:

—¡Lo teng...!

El sonido de las fauces de del león cerrándose de golpe desvió todas las miradas hacia la estatua, de cuya pétrea boca provenía un abismal rugido. Eckhart y Gilbert se apartaron instintivamente mientras el felino se sacudía violentamente la capa de piedra blanca que le había rodeado hasta ahora dejando ver un pelaje negro y espeso.

—¡Cógelo, rápido! —ordenó el alquimista.

—¡Serás...! ¿¡Con qué?!

Antes de que ninguno de los dos pudiera realizar otro movimiento, el león negro echó a correr colina abajo y se desvaneció en el aire como si fuera de humo.

Los alquimistas se quedaron pasmados, mirando hacia donde la bestia había desaparecido y con cara de haber perdido su oportunidad.

—Bueno —dijo el *doppelgänger*, que parecía a punto de estallar en carcajadas—, al menos ya sabemos lo que decía la runa, ¿no?

—En efecto —contestó el abatido alquimista—. “Ocultación”.

Capítulo 10: Una pesadilla, dos vampiros y tres caminos

Estaba oscuro y helaba. Pasó un rato caminando a tientas por un corredor, sin poder ver nada ni oír más que el relajante sonido de agua fluyendo en la oscuridad. Por fortuna, el suelo era completamente liso, sin asperezas de ninguna clase, pero Rea no se fiaba y avanzaba despacio con sus manos recorriendo la pared. Era un lugar extraño que no dejaba de tener un aire misteriosamente familiar y perturbador a la par. Podía sentir un dulce aroma a incienso flotando sobre la roca húmeda, apenas perceptible. Casi podía decir que lo olía “por intuición”, por un recuerdo que no podía ubicar. Sus manos alcanzaron por fin la esquina en la que el pasadizo terminaba y, al dar un paso al frente, se encontró en una ancha e interminable sala en la que sus ojos se empezaron a acostumbrar a las tinieblas como si acabase de adquirir de nuevo esa habilidad. Al seguir adelante más casi perdió el equilibrio; un escalón descendente, como una losa negra, delimitaba la penumbra del pasillo con una nueva e inmensa estancia llena de columnas marmóreas que se perdían a lo lejos. A los lados de ésta fluían dos canales de agua que se le antojaba límpida y pura, pero que se hallaba por completo ennegrecida por la falta de luz. Le aterraba la idea de caer en uno de ellos y ser tragada por la oscuridad del agua sin que nadie pudiera escuchar su grito desde las profundidades. Cuando sus ojos se adaptaron del todo a la penumbra, fue capaz de distinguir formas pulidas y perfectas de mármol blanco. La sala era geoméricamente hermosa y el polígono simétrico y perfecto que la

formaba parecía haber requerido un gran trabajo por parte de artesanos e ingenieros. Formas simples pero elegantes, con significados sutiles y poderosos. Aquello se le antojaba un templo o un lugar en donde se practicaban ritos sagrados, más antiguos de los que ella había oído hablar jamás. No tenía miedo, pero una sensación angustiosa se empezó a apoderar de ella a medida que avanzaba hasta el final de la sala.

«Rea» «Rea» «Rea» «Rea»

Se estremeció. Aquel susurro tenía su misma voz y resultaba aterrador sin ser amenazador en absoluto.

«Ven»

«¡Ven...!»

«Hila con nosotras» «¡Ven!»

«Conmigo» «¡Ven!»

«¡Ahora!»

La voz hacía eco por toda la sala y le era imposible saber de dónde venía exactamente, pero ella sabía que lo que fuera que la llamaba estaba más adelante, allí donde las columnas se perdían en la oscuridad de la interminable sala. A medida que avanzaba, el fluir del agua se iba debilitando hasta convertirse en un débil goteo, que finalmente también cesó, dejando en su lugar el estremecedor sonido del vacío. Seguía viendo los canales de agua pura a los lados, pero estos estaban ahora estancados. Le pareció oír un lamento que provenía de ninguna parte. Tras vacilar unos instantes, Rea decidió enfrentarse a su aversión hacia los canales y se aproximó a uno de ellos, sin quitarle el ojo a las impenetrables aguas. Cuando miró directamente al oscuro fondo se encontró cara a cara con ella misma. Su reflejo tenía la piel muy pálida y, a diferencia de su imagen, los ojos cerrados. Quedó paralizada al instante, sintiendo que cualquier movimiento brusco podría ser fatal. Un ronroneo muy humano salió de la boca del reflejo, abierta en una mueca de angustia y toda llena de unos dientes afilados y horribles. Rea dejó escapar un gimoteo asustado y la imagen del agua abrió los ojos. El ronroneo se volvió más violento. La sangre fluía de los ojos de aquella imagen, que eran dos hendiduras negras y distorsionadas. Antes de que pudiera retroceder, el reflejo salió del agua con un

aullido y la arrastró del pelo hacia el canal.

Rea chilló mientras se cubría la cabeza con las manos. Se encontraba en la habitación a la que le había llevado el vampiro; sólo había sido una pesadilla. Se pasó la mano por la frente, temblando, y exhaló un suspiro nervioso.

Había sido tan real que el dolor que le había provocado las manos-garras de esa imagen salida del agua era lo que la había despertado. Era como si hubiera muerto en su vida onírica para volver de nuevo a la no menos escalofriante realidad. Tenía que ser fuerte, tenía que tomar una decisión y tenía que descubrir un poco más de la trama a la que se había visto arrastrada. Al mirarse la mano de nuevo, vio en ésta una pequeña gota de sangre que golpeó su mente, repitiendo la imagen de la joven de dientes afilados que había visto en su pesadilla; de ella misma. Con un parpadeo desaparecieron tanto la imagen horrible como las manchas de sangre que creía haber visto. La voz de Vanya sonó desde una estancia contigua.

—¿Rea?

No contestó inmediatamente porque seguía perdida en aquel sueño laberíntico que había vivido.

—¿Rea? ¿Estás despierta?

—Sí. Sí, lo estoy —repitió ella al ver que su primer “sí” había sido apenas un susurro, como el de la voz que la llamaba. «Rea...»

Todavía no sabía muy bien que pensar de él. En primer lugar, le había parecido una persona manipuladora y traicionera, pero tenía pinta de decir la verdad hasta ahora, aunque con cuentagotas. Vanya parecía ser de los que te contestan casi sinceramente... siempre que hagas las preguntas adecuadas y especifiques lo suficiente. Sea como fuere, tenía ante ella un mundo inmenso y hostil del que no sabía nada y ese joven era lo único que tenía para informarse un poco más de su situación, al menos por el momento. El vampiro asomó por la puerta hecho un pincel; se había cambiado el refinado uniforme de la noche anterior por unas ropas mucho más discretas. Parecía dar el pego bastante bien, a simple vista.

—¿Qué hora es? —dijo ella mientras se levantaba de la cama.

—Acaba de atardecer hace unos minutos. Ten, te he traído esto.

El vampiro puso sobre la cama un par de vestidos de dos piezas. Eran todos muy oscuros y bastante simples, pero no eran feos.

—¿Te gustan?

—Es todo un detalle por tu parte —contestó Rea mientras sopesaba la calidad de la tela con sus manos. Aquello habría costado lo suyo—. Supongo que no te interesa que vaya con esta blusa ensangrentada por ahí, ¿eh?

Rea se dejó caer de nuevo en la cama esperando oír las quejas de su “salvador”. Vanya, sin embargo, no se ofendió. De hecho, dejó escapar una risa contenida e hizo un signo de aprobación con la cabeza.

—Me alegro de que hayas captado cómo son los nuestros tan rápido. Nunca damos nada porque sí y la mayoría de las veces tomamos algo a cambio. De todas formas, he intentado escoger ropa que te quede bien, creo que también te será más cómodo que lo que llevas ahora.

Tenía razón. Tenía un tacto muy agradable y le gustaba. Por lo menos Vanya parecía comportarse de un modo más agradable que la última vez que hablaron.

—Gracias —dijo ella, y al ver la expresión de sorpresa que su el vampiro había puesto, añadió—. No sé si realmente me estás ayudando o no, pero si lo estás no quiero comportarme como una idiota malcriada.

Rea sentía que estaba hablando con demasiada sinceridad, como si le costara controlar sus palabras más que de costumbre. ¿Más que de costumbre? ¿Acaso sabía cómo era ella antes de lo que le había ocurrido?

—Ciertamente, me alegro de que pienses así. Que haya un mínimo de cortesía entre los dos nos hará las cosas más fáciles a ambos. Como ya te dije antes, parece que tienes una mente despierta. Espero que podamos llevarnos bien mientras sigamos cooperando juntos.

Sin levantarse aún, Rea miró al techo y empezó a tejer su siguiente pregunta.

—Vanya... —meditó un momento lo que iba a decir a continuación, pero finalmente decidió no ser tan directa— He pensado en lo que me has dicho, pero... no sé muy bien qué hacer, la verdad.

—De momento puedes empezar por cambiarte, cuando estemos fuera te daré una clase práctica sobre cómo vivimos. Poco a poco. Créeme, decidas o no seguir conmigo al final de la noche, aprovecharás bien lo que aprendas de mí. Después de todo, hemos vivido así durante casi mil años.

—Pensaba que los vampiros se remontarían a tiempos remotos o algo así.

—Según la leyenda así fue con los más antiguos de los nuestros o los más salvajes, pero nadie los ha visto nunca. La verdadera historia de los vampiros comienza con la rebelión de los vera sangre.

—¿Vera sangre?

—Sangre verdadera en español —aclaró Vanya rápidamente—. Los más antiguos de nuestro linaje... de los que conservan forma humana al menos. También se les conoce como "*upir*". Ya casi no quedan y créeme, mejor así. Según la leyenda, la "sangre verdadera" es la esencia de los demoníacos ancestros. Los vera sangre contenían la mitad de ésta, mientras que los vampiros normales somos mucho más humanos que ellos. Aun así, muchos tienen problemas para controlar sus propias emociones e impulsos.

—Tú no pareces tener ese problema.

—Como habrás notado, seguramente —dijo el joven agente abriendo la puerta de la habitación—, el vampirismo te hace más impulsivo o incluso agresivo. Es una de las cosas que los vampiros civilizados aprenden a controlar primero. Yo lo aprendí, pero eso no quiere decir que no me sienta cómodo con la violencia e incluso la disfrute, cuando el rival está a mi altura. Es algo natural.

Sin prestar mucha atención a las palabras de Vanya, eligió al azar uno de los conjuntos y se levantó de la cama. Luego, miró al vampiro, que seguía en la habitación.

—No te vas a quedar mirando, ¿no?

—Ya sabes la respuesta —replicó éste—. Te esperaré fuera de

esta habitación. No tardes, tienes mucho que aprender hoy.

El vampiro se dio la vuelta y se marchó con naturalidad. Parecía fiarse de ella... o saber muy bien que no le quedaba otra opción que seguirle. O no. No tenía manchas de sangre en el cuerpo, ni siquiera en el cuello, así que se cambió de ropa sin más. ¿La habría lavado Vanya cuando la trajo a este lugar? Supuso que no; si así hubiera sido ahora no llevaría la misma ropa de la noche anterior. Al menos esperaba que no lo hubiera hecho. Volviendo al tema principal... podía salir por la ventana e intentar descender por su cuenta. Atacar de nuevo al vampiro estaba más que descartado después del chasco de la última vez, y además tampoco quería hacerle daño sin razón. Apoyó los codos en el alféizar y miró hacia abajo. No estaba muy alto. Tras unos segundos de incertidumbre se volvió hacia el interior y respiró hondo. No podía; aún no. Salió por la puerta con la naturalidad de una maestra de la mentira para encontrarse con la mirada inquisitiva de Vanya.

—Parece que seguiremos juntos un rato más, después de todo.

—¿Sabes? —respondió ella ni corta ni perezosa— Cuando vas por ahí como si supieras todo lo que piensa la gente te haces odiar. ¿Habías predicho eso ya o es que no eres tan listo como pretendes?

Santo Dios. Aquello había sido toda una bofetada en la cara de su “salvador” y ni siquiera ella lo había visto venir. Rea bajó la cabeza avergonzada como una niña esperando una reprimenda. Sin embargo, Vanya se limitó a sacudirse su propia perplejidad.

—Lo siento —dijo él. Estaba claro que ahora sí lo había pillado por sorpresa.

—No, soy yo... no sé qué me pasa. Estos últimos momentos que he pasado han sido complicados y estoy... ya sabes, no pretendía ser tan desagradable.

El joven vampiro suspiró. Era difícil saber si realmente “no era ella” cuando actuaba así

—No le des más vueltas, ya te he dicho que nos volvemos más impulsivos tras la conversión —y después añadió sutilmente—. Aunque admito que tienes razón: intentaré cuidar ese aspecto en el futuro. Como ya he dicho antes, el tiempo que estemos juntos nos conviene que nos llevemos bien. Bastante tenemos con lo que se

nos viene encima.

Rea se estremeció.

—Hablas como si estuvieras seguro de que algo va a pasarme.

—Ni siquiera estoy seguro de lo que va a pasarme a mí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—De momento es sólo una suposición. Cuando me sitúe algo mejor estaré seguro de ello y te podré explicar todo con todo lujo de detalles. Por ahora no tengo bastantes evidencias sobre lo que creo que ocurre. Conviene aprovechar el tiempo. Sígueme.

Rea caminaba unos pasos por detrás de él, observando todo cuanto se movía a su alrededor. Era aterradoramente real y perturbador. Estaba sufriendo un auténtico bombardeo de emociones por todos lados, desde el niño que reía mientras se colgaba del brazo de su padre hasta el leve crujido de las hojas al caer o los cientos de pasos que martilleaban su oído. TAC.TAC.TAC.TAC. Una y otra vez. El movimiento era aún más mareante de lo que sus oídos percibían; todo estaba vivo, todo se movía en un indescriptible amasijo de colores incandescentes y de formas que se mezclaban caóticamente, y ella podía percibirlo demasiado claramente como para poderlo interpretar. Se detuvo mientras se cubría la vista. ¡Pasos... demasiados pasos por todos lados! ¡Así no había manera de pensar!

—¿Ocurre algo?

—¿No lo notas? —dijo ella lastimosamente— Es como si... como si todo girase a mi alrededor, puedo verlo todo y es... horrible.

—No es horrible —se quejó el vampiro—, y no puedes percibirlo todo realmente. Si quieres volver a sentir como una persona normal te recomiendo que cierres los ojos y dejes tu mente en blanco por unos instantes. Si sigues malgastando tus energías así, no tardarás en tener hambre.

No le importaba, sólo quería dejar de sentir aquello. ¡No quería volver a ver nada de ese mundo tan monstruoso! ¡No quería oír nada! ¡¿Por qué no la podían dejar en paz de una maldita vez?!

—Rea, ¿me escuchas? Tienes que relajarte. Relájate.

No podía. No era tan fácil como pensarlo y ya, en su mente resonaba aún ese nauseabundo vórtice de sensaciones. Podía oír de

entre todos los sonidos la voz de Vanya, cuya distancia no pudo determinar.

—Intenta pensar en un sonido continuo y claro. Eso te lo pondrá más fácil.

“Continuo y claro. Continúo y claro. Continúo y claro. Continuo y claro...”

Su respiración se aceleró mientras intentaba hacer caso del vampiro. Podía escuchar a Vanya intentando decirle algo, pero a pesar de oírlo no era capaz de interpretarlo. Trató de concentrarse de forma casi obsesiva:

“Continuo y claro continuo y claro continuo y claro continuo y...”

«Rea» «Rea» «Rea» «Rea» «¡REA...!»

—Rea. ¡Rea!

El mar de sensaciones que la había rodeado de desvaneció por fin. De repente, la negrura que había invadido sus ojos desapareció para mostrar la cara de Vanya a sólo unos centímetros de ella. Sus claros ojos habían permanecido abiertos todo el tiempo.

—¿Vanya? —tembló la voz de la joven— ¿Qué me ha pasado? ¿Qué era todo esto?

—Esto no suele ocurrir, pero sigue siendo normal. Digamos que al ser convertida muchas de las habilidades y percepciones de tu cuerpo se han... desbloqueado, por decirlo de alguna manera. El problema es que nunca antes las has controlado y te resulta extraño y confuso. No te preocupes; aún no puedes dirigir las correctamente, pero lo harás. Todos lo hacemos.

Rea miró hacia abajo y se encontró con su mano derecha cerrada en un puño contra la camisa azul marino del vampiro. La soltó de súbito.

—¿Qué de...? ¿Cómo ha pasado esto?

—Ya te lo he dicho. Ahora que ya te ha pasado ya sabes cómo solucionarlo la próxima vez.

Próxima vez. No quería volver a experimentar nada similar por nada del mundo.

—Lo sé, no es agradable al principio, pero cuanto antes empieces a verlo como un don en vez de una maldición, antes lo será. Por ejemplo, ¿puedes contar cuántas palomas hay en aquella torre de allí?

—¿La de la iglesia? No seas ridículo. Lo que yo veía no era más claro, era más confuso y brillante, pero no veía más lejos.

—De momento —replicó Vanya— es normal que no seas capaz, pero con el tiempo podrás aumentar tus sentidos a voluntad. A veces miras más de lo que puedes ver y pasa lo que te acaba de suceder ahora mismo.

—Ya...

Su dolor de cabeza se había reducido considerablemente y, aunque seguía notando sus pulsaciones en la frente, al menos ya no tenía ganas de vomitar.

El vampiro y ella siguieron caminando, más despacio que antes. Parecía que estaba tomando precauciones para que ella no se esforzara demasiado. Quizás esos “episodios” que sufría podían acabar convirtiéndola en algo como lo que la había atacado. Los ojos verdes brillando en la oscuridad...

—Haces ruido —dijo el joven agente imperial.

—¿Disculpa?

—Haces mucho ruido al andar, se te oye a kilómetros, debes de ser más silenciosa. Como yo: intenta escuchar mis pasos mientras caminamos.

Rea agudizó el oído todo cuanto pudo, pero era como si los pies de su acompañante levitaran ligeramente en contacto con el suelo. Parecía caminar de forma normal, pero no hacía el más leve ruido.

—¿Dónde está la trampa? —dijo ella finalmente— ¿Es por las suelas?

Vanya rio. Al parecer no había acertado.

—No, pero algunos agentes novatos usan ese truco. La clave está en controlar el peso del cuerpo cuando caes y al mover las piernas, de esa forma haces mucho menos ruido que una persona normal.

Paso, paso, paso... no había manera. Cuanto más lo intentaba más torpes y sonoros le parecían sus propios pasos. Quizás lo mejor hubiera sido usar otro tipo de suelas.

—Los vampiros, especialmente los que buscan a otros vampiros, se fijan mucho en los detalles. Algo tan sencillo como caminar de una forma u otra se puede convertir en una característica que te identifique. Yo tengo muchos años de práctica, pero he de admitir que lo mío es un caso aparte. Mira ese grupo de allí, al lado de esa pareja de ancianos.

—¿Son vampiros? —dijo Rea sin poder evitar sonar algo alterada.

—En efecto. No tienen pinta de estar muy atentos, así que serán un buen objetivo.

—¿No me digas que vamos a...?

—Para nada. Relájate y camina a mi lado como si nada. No intentes disimular, simplemente disfruta del paseo.

Vanya la agarró por el brazo con el suyo propio.

—¡O-oye! —trató de quejarse ésta sin levantar mucho la voz.

El vampiro hizo caso omiso de su leve protesta y se volvió con ella para seguir al grupo de tres personas.

Todos hombres. En otras circunstancias ese gesto le habría parecido incómodo y descarado, pero estaba demasiado concentrada en lo que tenía delante. Siguió imitando durante un rato la forma de andar de Vanya y durante un tiempo lo consiguió hacer relativamente bien, pero luego le empezaron a doler los pies y volvió a andar de forma normal. Le había parecido que el vampiro había acentuado sus movimientos para que ella se fijase más, pero si así había sido tampoco había servido de mucho. Se habían detenido en un edificio antiguo pero muy bien cuidado y que mandaba un claro mensaje a los ciudadanos: aquí vive alguien con dinero.

—Ven —dijo el agente—. Mírame a los ojos y no te distraigas, si sientes curiosidad yo te describiré la escena.

Rea obedeció, se libró por fin del “agarre romántico” del vampiro y se situó justo delante de él.

—¿Qué ves? —preguntó Rea.

—Una chica joven y hermosa, de aspecto seductor pero al mismo tiempo muy recatado —Rea tragó saliva—. Ella habla con uno de ellos, ahora hacen como que se van y entran disimuladamente por la puerta lateral que hay en el callejón de al lado. Fin de la historia.

Al principio había pensado que hablaba de ella.

—¿Cómo puedes ver todo eso sin dejar de mirarme a los ojos? —titubeó.

—No puedo, pero ése es siempre su *modus operandi*.

—¡¿Me estabas mirando a los ojos todo el tiempo?!

No era nada del otro mundo, pero Rea se sintió algo turbada.

—Baja la voz. Estaba intentando sopesar si deberías alimentarte

—Sí, claro —dijo ella airada—. De todas formas no pienso matar a nadie.

—Tampoco debes hacerlo. Sólo necesitas un poco de sangre para mantenerte bien, y si sabes cuándo parar no tiene que morir nadie. Es lo que se hace en este local.

—Quieres decir que en esa casa...

—En esa casa hay voluntarios; ellos llevan una vida sana y sin demasiados vicios y los vampiros toman un poco de su sangre. La recompensa es vivir bien y generalmente no preocuparse por el dinero.

—Suena un poco como un... un burdel.

—En cierto modo lo es; donar sangre es sólo uno de sus servicios.

Rea puso cara de “tienes que estar de broma” y miró de nuevo hacia el lujoso prostíbulo.

—¿En qué mundo me he metido? —suspiró.

—No te has metido. Ya estabas en él, sólo que no lo sabías. Cada día pasan miles de cosas extraordinarias a nuestro alrededor y la mayoría de nosotros jamás se da cuenta de ello hasta que se topa con ellas.

—Sí, un burdel —suspiró Rea.

—Yo no lo llamaría sólo burdel. Es un local especializado en

vampiros y ésa es la razón por la que vamos a entrar.

—Ni lo sueñes. No pienso entrar en ese... sitio.

—Eres una chica llena de prejuicios, ¿no es así? No vas a cualquier taberna de puerto: éste también es un lugar donde se socializa, algo así como... un club exclusivo con diversas actividades. —Rea frunció el ceño al oír la palabra “actividades”—. Sólo vas a ver una casa elegante con anfitriones refinados y un té excelente... a no ser que quieras ver algo más.

La joven posó su mirada en Vanya y, tras dudar unos instantes, musitó:

—No quiero ver más de lo que has dicho. Nada más. Va, cuanto antes vayamos y salgamos mejor.

—Estoy de acuerdo —contestó él mientras cruzaban en dirección a ese edificio—. Tenemos un pequeño salvoconducto para vagar por esta ciudad, pero depende de lo que veamos aquí dentro puede que nos quedemos sin él.

—¿Qué quieres decir?

—Si todo va bien puedes preguntarlo luego. Ahora déjame hablar a mí, presta atención y pon cara de que entiendes lo que ocurre.

Vanya tomó la aldaba dorada y golpeó la puerta como si ésta fuera de cristal. Un sonido metálico pero musical se escuchó levemente.

—¿Son vampiros los de dentro? —susurró Rea.

—Obviamente los que trabajan como donantes no, pero puede que haya alguno de administrador o como...

La frase del vampiro terminó abruptamente al abrirse de nuevo la puerta.

Una mujer rubia de ojos grises y sonrisa placentera estaba ahora ante ellos.

—Lamento mi interrupción —dijo con una voz agradable y controlada—. Pero su forma de llamar ha sido de lo más peculiar. ¿Son ustedes nobles de otra tierra? Adelante —les invitó a entrar con un elegante y hermoso movimiento.

Aquella chica sí que parecía de otra tierra; de otro mundo incluso. Su aspecto era angelical y sus ropas diferentes a las de la

chica más modesta que había salido antes. La liviana tela blanca de su atavío daba un aire a la túnica de bailarina ceremonial, con brazaletes dorados a los lados y un ceñido cinturón de metal plateado con una gema azul brillante engarzada en medio. Su voz era una obra de arte; hablaba en un tono bajo pero audible, como si en vez de romper el silencio lo hiciera titilar con la suave caricia de sus palabras. Su pelo ondulado danzaba al ritmo de sus movimientos faéricos, pues la tela ondeaba levemente tras sus pasos haciendo que pareciera un espíritu.

Rea hizo lo posible por no parecer impresionada, pero lo cierto es que no hubiera esperado jamás encontrarse con una criatura tan grácil y hermosa. Era como haber visto un hada caminar sobre un lago de plata y desvanecerse en el aire de forma fantasmal.

Entonces cayó en la cuenta: aquella muchacha no era humana, y había estado haciendo eso mucho, mucho tiempo.

El tiempo pareció detenerse durante unos segundos hasta que Vanya rompió el encanto de la escena, como si no fuera nada inusual para él, y entró en el edificio. Rea tenía muchas preguntas; “¿Por qué hemos entrado por la puerta de delante?” “¿A qué se dedica esa chica exactamente?” “¿Por qué nos ha llamado nobles?” “¿Era un cumplido o es Vanya un noble de verdad?”

La sonrisa de la chica de la puerta se acentuó, marcando un poco más sus rasgos jóvenes y pálidos. Rea captó el mensaje y entró. No se preocupaba mucho por ello, pero comparada con los andares de esa mujer, ella parecía un potro recién nacido. Parecía algo totalmente fuera de su alcance.

—Tienen confirmación —susurró la mujer—. ¿No es así?

—Lo es —contestó Vanya girando su anillo. Éste parecía tener una diminuta inscripción en latín.

—¡Oh! —exclamó la joven— Es muy grata sorpresa recibir invitados como estos. Por favor, acompáñenme a nuestro salón principal.

—En realidad —dijo él— nos gustaría ir directos a lo que hemos venido a hacer. Disculpe mi falta de cortesía, pero el tiempo es vital

para nosotros.

La chica sonrió.

—No se preocupe, estamos acostumbrados a tener invitados con poco tiempo. Les ofreceré entonces un salón secundario. Más rápido, íntimo y adecuado. Por aquí.

Rea vio que Vanya hacía una reverencia y le imitó. Después, la muchacha giró sobre sí misma y avanzó hasta el final del pasillo. Ambos la siguieron.

De repente, la hermosa anfitriona dio un paso hacia un lado y... desapareció por la pared.

Los ojos de Rea se abrieron como platos. Estaba demasiado atenta como para haber sido una alucinación; a aquella chica se la había tragado el papel pintado de la pared y no parecía haber dejado el más mínimo rastro. Titubeó por un instante, pero al ver que Vanya no se detenía volvió a avanzar. El vampiro le hizo una señal para que caminase hacia la pared, y después él también la cruzó. Rea volvió a vacilar por un momento y tras pensar “todo va bien” siguió los pasos de Vanya y atravesó al muro. Al otro lado, los dos vampiros esperaban.

—¿Es la primera vez que ve una ilusión? —dijo la candorosa joven dirigiéndose a ella.

—Sí —contestó—. Nunca había visto una antes, perdona-e; perdone.

La chica dejó escapar una risa placentera e hizo una ligera reverencia como diciendo: “No, está bien, no pasa nada”. Era extraño, pero el lenguaje corporal de aquella muchacha daba a entender perfectamente lo que quería decir. Rea se preguntó cuánto tiempo habría necesitado para adquirir todas esas habilidades, al igual que Vanya caminaba de forma natural “sin hacer ruido” —aunque ella apenas notaba la diferencia entre el gentío—. Esa chica sabía lo que se hacía a su manera. Daba miedo pensar la clase de habilidades que el resto de vampiros podría haber adquirido con años de práctica. Esperó no necesitar saberlo.

Bajaron unas escaleras rectas y anchas que daban a una gran sala llena de puertas corredizas.

—Aquí —dijo la joven mientras abría una de las puertas.

Ella entró primero, seguida de Rea y Vanya. Era una alcoba pequeña bastante acogedora, con cuatro asientos de cedro con motivos de oriente medio de vivos colores otoñales. El vampiro se sentó y ella hizo lo mismo. En efecto, eran tan cómodos como parecían.

—Bien —dijo la chica, que aún permanecía erguida—, ¿qué clase de servicio están buscando?

—Un informador de la ciudad, que conozca el pasado más reciente y sus lugares importantes, política incluida —contestó Vanya—. También un vidente y un receptor.

—Excelente. ¿Quieren algo de beber mientras esperan?

—Té suave de las montañas azules, para mí.

—¿Y para la dama?

—Para mí también. Está bien.

Rea no sabía muy bien dónde estaban ni lo que eran las montañas azules, pero sonaba exótico y caro.

—Tienen los dos un gusto excelente. Enseguida les servimos.

La chica hizo una vez más una reverencia y salió por la puerta con paso ligero, pero sin dejar de moverse con esa gracia tan natural en ella.

—Lo has hecho bien, Rea.

Rea no reaccionó. Estaba ocupada pensando en todo aquello que acababa de ver, ilusiones, secretos y habilidades extraordinarias. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Qué poderes tendría el asesino de su familia? Salió de su ensoñación con un escalofrío.

—¿Eh? ¿Perdona, has dicho algo?

—Decía que lo has hecho bien. De momento parece que saldremos de ésta sin problema.

—Vanya... —empezó a decir Rea.

—Yo tampoco lo había visto jamás. No a este nivel al menos.

—¿Eh? Te refieres a la ilusión, ¿verdad?

—Sí. No es una habilidad nada común, y con ello quiero decir que es raro ver algo así incluso en los lugares más importantes de mi facción.

—Ah, sí, tu “facción” —repuso Rea—. Oye, ¿cómo es? ¿Cómo es vivir allí?

El vampiro sonrió de una forma que no supo interpretar.

—Es frío, pero es un buen lugar. Los vampiros tienen varias posiciones, desde los “siervos” hasta el zar, pasando por la clase media, la clase alta y el consejo, que se reserva a los miembros más importantes de la clase alta, con sus incontables y pomposos títulos nobiliarios. Si todo va bien y eres sensata, te quedarás en la clase media.

—¿Tú eres un noble?

—Oh, sí, lo soy —sonrió— por mis propios méritos. Cuando lo pienso parece que hable de otro.

No había una pizca de nostalgia en los ojos de Vanya, pero era cierto: hablaba de sí mismo como si lo hiciera de un pariente lejano al que nunca había visto. Era algo triste.

—Me temo que no te lo voy a contar hoy —dijo el vampiro—, pero si salimos de ésta intentaré guiar tus pasos por este nuevo mundo. Tengo la impresión de que prometes mucho.

Una risa amarga escapó de los labios de Rea. No le importaba prometer mucho o no, tan sólo deseaba seguir viviendo y abrirse camino entre esta nueva existencia. No acababa de aclararse y no se atrevía a dar un paso en falso en ese “mundo”, pero tenía una cosa muy clara: no quería morir. No quería volver a sentir como la vida se le escapaba en las garras de aquel monstruo, no quería perderlo todo de nuevo y desaparecer. Si lo pensaba bien, la chica sin nombre ya había muerto también. Ella, Rea, era sólo el residuo de otra vida que había sido robada casi en su totalidad. Y la razón por la que ella había vuelto era... era...

Se llevó la mano a la frente, atravesada por una punzada de dolor.

—¿Estás bien?

Pudo contener un “Claro que no, imbécil” que no hubiera acaparado nada bueno y logró relajarse un poco. Era como si cada punzada bloqueara sus buenos modales.

—No es nada —trató de sonreír como la otra chica—, estoy mejor.

Tanto el dolor como sus pensamientos irracionales y agresivos desaparecieron.

—No te fuerces a recordar cosas —le aconsejó Vanya—. No intentes ir más atrás de lo que puedes o te afectará de forma negativa. El té te ayudará un poco; lo he pedido pensando en ti.

Era todo un detallista, había que aceptarlo. Al final sí que se había equivocado al juzgar a Vanya tan deprisa, aunque en la primera impresión que él le dio desde luego no fue nada encantador. Si bien seguía sin fiarse del todo de él, se prometió a sí misma que trataría de comprenderle un poco más; después de todo, él tampoco parecía estar viviendo una situación agradable. Se oyeron unos débiles golpes en la puerta corrediza. Un hombre delgado con una peluca blanca de noble. Llevaba en la mano una bandeja con dos tazas y una tetera negra con dibujos dorados.

—He oído que se me ha mandado llamar —dijo con un francés tan correcto y marcado como podía ser.

Vanya le miró.

—Usted sólo es un hombre —dijo el joven agente—. Hemos pedido varios.

—Sólo un hombre, es cierto —contestó el individuo—, pero también guía, informador vidente y agente del señor de este pequeño feudo en Lyon. Y por lo visto hoy camarero... entre otras cosas. Soy el señor DuPont, pero acepto que me llamen DuPont sin usar señor delante, y hasta lo prefiero... en según qué situaciones excepcionales. —Tras una mirada de desprecio a Rea, el señor DuPont continuó con su francés marcado—. Ésta no parece ser una de ellas.

En contraste con la “bailarina de templo” que les había atendido antes, DuPont era un ser pintoresco, como una caricatura andante. Sin embargo, eso no le hacía en absoluto menos extraordinario. Tenía una voz profunda y masculina, sumada a un aspecto de lagarto escurridizo y un traje brocado azul brillante. Parecía un ser salido de una fábula donde los animales visten con ropas humanas, aunque su cabeza era bastante humana. Tenía canas en las cejas y alguna que otra arruga en su rostro, pero su posición perfecta y erguida quitaba toda duda sobre sus posibles achaques por la edad.

—Bien —dijo mientras colocaba la tetera y los vasos sobre la mesa—, ¿qué se les ofrece?

Rea miró a Vanya; se le veía intranquilo, se notaba que la aparición del señor DuPont no era algo que hubiera planeado.

—Ha mencionado que usted era informador. ¿De quién exactamente?

—Mal empezamos si en vez de una petición se me hace una entrevista —contestó DuPont con una sonrisa torcida—. Pero veo que sabe usted cuándo le van a contestar. Soy informador del terrateniente de este lugar, a quien ustedes tendrán el placer de conocer, si tienen suerte. Detesto repetirme salvo cuando es necesario, así que, por favor, ¿su petición?

Sintió la mirada de Vanya sobre ella también, como si él mismo no supiera muy bien qué hacer y le estuviera pidiendo consejo. Finalmente contestó:

—Necesitamos saber todo lo que se pueda acerca de un vampiro en concreto. También necesitamos una lista de todos los posibles lugares donde se detecta o se podría detectar actividad de vampiros forajidos, y me refiero a un mapa revisado de hace una semana como mucho. Necesitamos los lugares más recientes y los puntos que podrían convertirse en “nidos”, usted ya me entiende. También necesitamos todo lo que podamos saber del vampiro al que busco. Un “censo” iría bien, cuanto más antiguo mejor.

—Un cazador de cabezas, ¿eh? Está usted en tierras extranjeras, *messieu*. ¿Ya tiene usted licencia para ello?

El tono socarrón y amenazador de aquel hombre parecía dar a entender que la escena podría convertirse en un interrogatorio en cualquier momento. DuPont y Vanya se miraban a los ojos, ambos aparentando calma y seguridad, pero aquello no dejaba de parecer el preludio de un duelo a muerte.

—Estamos aquí por orden del Rey Carmesí —dijo finalmente Vanya en un tono nada amigable.

—¡*Pardieu!* ¿Y usted va y me lo dice tan tranquilo? No le creía tan insensato, *messieu*...

—Vorobiov. Creo que usted sabe muy bien quién me envía, o de lo contrario no estaríamos hablando. Pero no me consigo explicar el porqué. ¿Quién dirige éste lugar, DuPont? ¿Usted?

—Me ha pillado —dijo esbozando una diabólica sonrisa que

pretendía ser cómplice—. Verá, en sus inicios yo levanté este lugar, sí, y algunos otros. Ahora, sin embargo, sólo dirijo algún que otro asuntillo aquí y allí, pues en general el personal se encarga en su mayor parte de las tareas difíciles... así que salvo cuando al terrateniente le interesa, me aburro mucho en este trabajo. Somos lo bastante importantes y capaces como para no necesitar mi administración, y eso me deja... vacío. Pero me gusta seguir aquí para enterarme de cosas y, créame, me entero de muchas cosas... como de que esta noche ustedes iban a aparecer por aquí.

¿Cómo podrían haber sabido algo así si era la primera vez que iban a ese lugar? De hecho, ni siquiera ellos mismos estaban seguros de ir allí hasta hacía poco. Aquel hombre, vampiro o no, era escalofriante. Parecía que cada frase que pronunciaba estaba cargada de amenazas y dobles sentidos. Rea no podía adivinar exactamente la razón por la que una persona así estaba ante ellos, pero no podía ser nada bueno. De repente, DuPont clavó su mirada en Rea.

—Veo que viene usted en grata compañía, señor Vorobiov. No es que me extrañe, las damiselas francesas saben cómo hacer que a uno se le derrita el corazón... o se le hiele el alma, según se lo propongan. Ha bajado usted la guardia más de lo que esperábamos, ¿o va a decirme que es su prima lejana?

Como si paladeara el anterior "chiste", DuPont se acarició los dientes con la lengua. Rea se estremeció sin poder evitarlo. No era pánico lo que sentía, sino más bien aversión hacia ese hombre.

—Mi hermana pequeña —espetó el agente—. Viene conmigo de vacaciones.

La sincera risotada del señor DuPont no se hizo esperar.

—Ahora en serio —dijo él—, no hace falta tener muchas luces para saber que ha nacido por estos lares, y me atrevo incluso a decir que no hace más de dos meses aún era humana.

—Ella no tiene nada que ver. Ahora es una protegida de mi clan, y me ayudará a cazar a mi presa.

—Ella está en nuestro territorio y su vida nos pertenece. Eso no es negociable. Pero volviendo a su... "presa"...

Sangre. Rea olía sangre por todas partes. Las pulsaciones de la

cabeza se volvieron más intensas mientras su visión se nublaba. El olor a muerte era demasiado fuerte. DuPont calló de nuevo. Si bien antes sonreía y aparentaba mantener la calma, ahora parecía del todo serio.

—¿Cuánto hace que se ha convertido? —dijo él.

—El suficiente —replicó Vanya.

—No. Perdone, pero no acepto medias respuestas en asuntos de mi interés personal. O bien canta usted como un pajarito o me encargará de que ni usted ni esta hermosa señorita abandonen Lyon con vida, cacen a su presa o no.

Vanya estaba del todo al descubierto. El servicio de inteligencia de Lyon había sido capaz de rastrear sus movimientos y de descubrirle en menos de unos días. Aunque era cierto que no era el mejor de los agentes para desaparecer e infiltrarse, no era posible que le hubieran encontrado así sin más. Contaba con que dispondría al menos de una semana o dos antes de que empezaran a hacerse preguntas, más aún habiendo mostrado el sello del Dragón Carmesí hoy únicamente. Los hombres a cargo de ese territorio eran la eficiencia personificada, a la que, muy a su pesar, debía enfrentarse ahora. Sin embargo, el Rey Carmesí no estaba al corriente de esta situación, y esto suponía su única salida. ¿O lo estaba?

—¿Para quién trabajas realmente?

—Uh-uh —negó DuPont con la cabeza—. Yo he preguntado primero.

—La encontré hace unos días, había sido convertida por mi presa y logré salvarla. Puesto que no pertenece a la facción carmesí, es lo más parecido que tengo a un aliado real en este lugar.

—Bien, mi turno: yo trabajo para Robespierre que ha resucitado como vampiro e intenta derrocar al rey de Francia para retomar el poder y hacer una revolución legítima y estable para vengarse de los nuestros.

Vanya se limitó a mirar en silencio mientras DuPont seguía, burlón:

—No me mire así, usted se ha visto exactamente igual de ridículo cuando me ha mentado de esa forma tan descarada.

El joven vampiro no cambió de expresión, pero en su interior estaba mucho más relajado que antes. Había funcionado.

—Muy bien —le dijo al señor DuPont—. Hace un par de semanas esta chica fue convertida en una granja. Viene conmigo porque pienso desarrollar el vínculo que hay entre ella y mi presa. Cuando lo haga le acorralaré y le mataré.

—Y lo dice sin más. ¿Qué ocurrirá con tan hermosa doncella cuando ya no tenga un propósito para usted?

—La dejaré libre.

—¿Después de fortalecer un vínculo de sangre?

—Así es, señor DuPont.

Otra risotada. DuPont seguía mirando a Rea, a la cual le temblaban las manos debajo de la mesa. ¿Hasta qué punto Vanya había mentado o dicho la verdad? ¿Iba realmente a usarla como una herramienta para después desecharla o algo peor? El señor DuPont, viendo que su comentario había producido el efecto deseado, cambió de tema.

—Volviendo una vez más a su presa, creo que podré entregarle lo que me pide en apenas media hora, en cuanto al vidente y al receptor los tendrá que buscar usted mismo, fuera de este local. No creo que sea usted lo bastante estúpido como para permitir que yo sea el receptor de una de sus conversaciones, o para visitar a uno de los que yo le recomiende, ¿verdad? La información y el té, sin embargo, son gratis. Considere esto un regalo de la Casa.

—No me ha dicho quién es su jefe.

—Verdad, verdad. Joven avisado, usted. Su nombre es Damien Lerroux. Nunca ha entrado en demasiados conflictos, casi siempre se ha mantenido al margen de todo y al servicio de Su Majestad el Rey Carmesí Cornelius como terrateniente con lealtad y eficacia. Pero sabe ser discreto... aunque últimamente está perdiendo las formas de nuevo, créanme —se volvió hacia Rea—. En fin, no le he preguntado su nombre, damisela. Un error que corregiré al momento.

En el instante en que DuPont la miró, las punzadas en la cabeza se acuciaron aún más. De alguna forma ella sabía que él era humano, pero era despreciable. Sentía ganas de abalanzarse sobre

él y golpearle, no hacía falta que le diera razón alguna. Cubrió esos pensamientos llevándose una mano a la frente.

—Se llama... —empezó a decir Vanya.

—Se llama ELLA —interrumpió DuPont—. No usted. Haga el favor, *messieu* Vorobiov; no sea descortés con la dama.

—Rea. Mi nombre es Rea.

—*Enchanté*. ¿Rea? ¿Eso es todo?

—¿DuPont? —contestó Rea— ¿Eso es todo?

—Vaya, no sé si le he dicho que odio las repeticiones innecesarias.

—¿Entonces por qué me hace repetirme? Mi nombre es Rea. Si quería algo más haber preguntado mejor.

Un silencio sepulcral invadió la estancia. El señor DuPont adoptó de nuevo una expresión dominante y amenazadora mientras miraba a Rea, pero ella enfrentaba su mirada con la misma furia; ya no temblaba. Parecía que en cualquier momento uno de los dos intentaría matar al otro, pero el señor DuPont recuperó su sonrisa de doble filo y dijo:

—*Touché*. Seré más cuidadoso la próxima vez. Parece que ya sé lo que percibieron en usted, *madame* Rea. Nos vemos pues.

—Un momento —dijo Vanya—, ¿qué hay del vampiro al que busco?

—¿Qué hay? Le marcaré en el mapa dónde está uno de nuestros “registros”. Si ese vampiro suyo no está censado allí, es que no existe o acaba de salir del huevo. Todos los ilegales importantes que existen y han existido en los últimos doscientos cincuenta años han sido censados, incluso los de fuera del reino, y los que no... probablemente ni ellos mismos saben que son vampiros. No somos el Rey Carmesí y su corte de genios y monstruos, pero tenemos nuestros métodos... y nuestros monstruos —sonrió—. Si todo va bien, no volveremos a vernos hasta que se encuentren con mi señor. Si todo va mal... bueno, figúrense ustedes. Denme entre diez minutos y media hora.

El señor DuPont salió “al paso de trote” y cerró la puerta con un corto movimiento de muñeca. Tanto Rea como su acompañante suspiraron de alivio.

Rea se relajó. Realmente había estado a punto de saltar sobre ese pintoresco personaje.

—Espero no volver a encontrarme nunca con alguien como él —dijo Rea tratando de borrar de su mente la conversación con DuPont.

—He de confesar que no contaba con algo así —contestó Vanya—, lo siento. Este tipo no era normal, parece más el típico agente especial que un administrador. Daba la impresión de que sabía dónde hurgar para desconcertarnos... y sin embargo no lo ha hecho tanto como esperaba. ¿Qué crees que quería, Rea?

—Molestar —exhaló ella encogiéndose de hombros. Estaba abatida.

—No creo que estés del todo equivocada. Nos está avisando de que hay alguien importante que nos vigila y que nos andemos con cuidado por su territorio. Si éste es sólo un “administrador”, no quiero ni imaginar cómo será el señor de este lugar.

—¿El terrateniente?

—¿Quién si no?

—Pensaba que te referías a ese Rey Carmesí. El nombre da bastante miedo, me lo imagino como una especie de hombre del saco o algo así.

—Peor —repuso el vampiro—. Es uno de los pocos vera sangre que siguen con vida y uno de los más antiguos aparte de los ancestros mismos. Eso le da prestigio y lo hace más peligroso aún. Debe tener cerca de ochocientos años como vampiro, de los cuales ha pasado unos setecientos cincuenta en el poder, aplastando toda resistencia y adquiriendo todas las facciones importantes... salvo la nuestra.

—No quiero saber más de esa persona —replicó Rea mientras se posaba la mano en la frente—. Ahora no al menos; juro que me va a estallar la cabeza.

—¿Cómo te sientes? ¿Tienes sed?

—No, para nada —se apresuró ella—. Aunque tengo un poco de hambre, noto como tengo el estómago vacío.

—En este tipo de lugares no suelen tener mucha variedad de comida, pero teniendo en cuenta lo que he visto hasta ahora es

posible que este sitio sea una excepción. De todas formas...

—No sería conveniente quedarnos más, ¿no?

Vanya sonrió y asintió.

—Luego pararemos para comer. Yo hace varios días que no como nada.

—Pero te has... alimentado. ¿No es así?

—Así es. Eso podríamos hacerlo aquí también, pero mejor buscar otro lugar mañana. Podemos comer como los humanos por un tiempo, pero al final alimentarte como un vampiro es algo que deberás aprender...

—No —dijo Rea—. No, no quiero tener nada que ver con algo así. Te lo he dicho. No pienso hacerlo. Me moriré antes de beber la sangre de alguien. No quiero ser... como él.

Vanya alzó las cejas como si cayera en la cuenta de algo y contestó:

—Es cierto, había olvidado que no sabías cómo funciona. No te preocupes, cuando lo veas lo comprenderás. No te obligaré a nada que tú no quieras.

Los brazos de Rea permanecieron cruzados y en tensión mientras pensaba lo que quería decir a continuación. No sabía muy bien por qué, pero “nada que tú no quieras” sonaba a “tú misma harás lo que sea necesario sin poder evitarlo”.

Ella no quería eso. Si no podía controlarlo al final preferiría morir.

—Escúchame bien, no sé muy bien qué va a pasar ni lo que tramás exactamente, pero si intento atacar a alguien para quitarle la vida quiero que me mates antes de que lo haga. Si no lo haces tú, lo haré yo después... y te intentaré llevar por delante —dijo estas últimas palabras más con ánimo de persuadirle que de amenazarle, y parecía haberlo notado.

—No te preocupes. Puedes descansar tranquila.

¿A qué jugaba aquel imbécil? Si ésa era su intención, entonces en el fondo Vanya era tan horrible como el señor DuPont. De ser eso cierto no permitiría que su vida dependiera de aquella persona, pero primero sentía que debía aprender un poco más. Se dio una noche más para estar con él y comprender ese nuevo mundo.

Cuando se viera capaz se largaría sin más.

Diez minutos y un silencio incómodo después, un sirviente humano vestido con harapos les trajo una bolsa con documentos. Su desagradable olor a orines se esparció por toda la alcoba, desterrando el placentero aroma que había dejado el té. Le entregó la bolsa a Vanya, quien echó un vistazo rápido al contenido y lo volvió a guardar.

—Servirá, me sorprende, pero parece ser totalmente fiable —dijo el vampiro.

El sirviente humano no se había movido de delante de la puerta y no parecía tener intención de marcharse. Por su aspecto había recibido más de una paliza antes de acabar delante de ellos. Vanya comprendió:

Era una broma de DuPont; no se trataba de un sirviente, sino de un mendigo. El agente la miró con expresión severa y dijo:

—No mires.

—¿Qué es lo que no tengo que ver? —dijo ella. Al parecer, seguía afectada por la conversación de antes.

¿Debía mentirle? Eso parecía lo más lógico, pero algo le decía que Rea haría mejor en comprender esto ahora y no más tarde.

El mendigo miró hacia el vampiro con los ojos encogidos por el terror. Sabía lo que le esperaba.

—Este hombre es humano y no tiene nada que ver con nosotros. DuPont nos lo envía porque si queda libre contará rumores, aumentará la vigilancia y obligará a Leon a subir la guardia. Si eso ocurre, podemos despedirnos de él.

Rea comprendió, pero no de la forma que había esperado.

—¿Estás loco? ¿Pretendes... pretendes...?

—Eso mismo. Nos lo han mostrado porque ellos no van a hacer nada al respecto. Es así de simple.

El hombre cerró los ojos y empezó a mover los labios en una oración inaudible.

—¡No puedes! ¿Quién iba a creer a un mendigo? —titubeó Rea— ¡No tiene sentido!

—Claro que lo tiene —se levantó—. Si Leon se esconde no podemos encontrarle, si no podemos encontrarle nuestra misión termina, y si eso pasa estamos muertos los dos. ¿Comprendes? La gente corriente no le hará mucho caso, pero no todo el mundo es gente corriente. Hay quien se dedica a darnos caza y los que saben hacerlo bien sólo necesitan un rumor como éste. Los cazadores no suelen dar problemas serios en mi tierra, pero ahora no estamos en ella. Fíjate bien. Ni siquiera es un mendigo.

En efecto, las ropas harapientas de aquel hombre habían pasado por tiempos mejores, al igual que él. Estaban delante de un alguien que había visto demasiado y lo había pagado. De todas formas, no podía permitir que Vanya terminara con su vida.

—¡¿Qué demonios estás...?!

—¡Oh, por favor! —se quejó el vampiro— ¿Acaso pensabas que campamos a nuestras anchas? ¿Por qué crees que nos escondemos? Cuando podemos evitar que se hable de nosotros lo hacemos. No somos parte de esta sociedad directamente, no tenemos vidas iguales; ni siquiera somos parte de esta gente. Hay cosas peores que la muerte de este hombre. Trabajamos muy duro para tapar todos los huecos; si se destapa todo y quedamos al descubierto nos arriesgamos a retroceder hasta la época en la que guerreábamos contra la Iglesia y la muerte devastaba toda Europa, tanto a vampiros como a humanos. Quiero que seas muy consciente de lo que esto implica. Tenemos unas normas.

Rea se levantó violentamente de la silla y se interpuso entre el hombre y el vampiro.

—No pienso dejar que le mates. ¡La vida de una persona no va a provocar esa guerra de la que hablas! ¡Además Leon... no se esconde!

Leon. Recordaba aquellos ojos verdes clavados en ella justo antes de sentir todo aquel sufrimiento. Si una guerra se desataba, seguramente mucha gente como ella acabaría pagando las consecuencias. Pero aun así, no podía permitir que un hombre inocente muriera.

—No pienso dejar que le hagas daño —repitió.

Sin esperar a que terminara la frase, Vanya se acercó unos pasos

y miró a Rea fijamente.

—Si no me dejas pasar, tendría que hacerte daño y no serviría de nada.

Rea se puso frente al humano con los brazos en cruz y cerró los ojos. Había sido una nueva vida muy corta, pero hacía lo que sentía que debía hacer. El “toc” de los nudillos de Vanya tocando suavemente su cabeza le hizo abrir los ojos nuevamente. Delante de ella, el vampiro sonreía nuevamente como cuando apareció por primera vez mientras trataba de esconderse. No soportaba aquella mirada altiva con pinta de controlarlo todo. Justo igual que cuando hablaron por primera vez.

—Tienes razón con respecto a lo de Leon. En este caso no debería ser tan estricto —dijo el vampiro señalando hacia la puerta—. Le dejamos marchar. Tú, puedes largarte. Ya.

Esta vez el hombre vestido de harapos obedeció y salió temblando por la puerta corrediza. Justo al salir, sonó un estallido que le hizo caer al suelo. Estaba muerto. Cuando Rea y Vanya miraron hacia el otro extremo de la puerta encontraron al señor DuPont con un arma aún humeante. Los ojos de la joven se abrieron de par en par.

—Vaya, qué escena tan tierna. Parece que no es usted tan duro, señor Vorobiov.

—El hombre estaba muerto de todas maneras —espetó Vanya—. Tú lo sabías y lo has utilizado para que mi compañera y yo nos enfrentemos. No importaba lo que ocurriera; ella me odiaría y ese hombre acabaría muerto.

—Así es. El señor Lerroux es un bromista como pocos. Aunque bien podríamos haber dejado vivir al pobre mudito, en mi opinión —rio DuPont—. De todas formas, si le consuela no hubiera pasado de este invierno, enfermo como estaba.

Rabia. Podía sentir que Rea estaba sufriendo otro episodio como el anterior y que todos sus sentidos se mezclaban incomprensiblemente, pero esta vez era la ira la que lo había causado. Su cuerpo temblaba. Comenzó a mover las manos de arriba a abajo mientras sus dedos se torcían de forma extraña, como si acariciasen algo que ellos no podían ver. Su cabello estaba

erizado como el de un gato y sus ojos totalmente en blanco mientras que su expresión era como un grito reprimido. DuPont retrocedió al verla.

—¿Qué es esto? —exclamó visiblemente nervioso— ¿¡Qué clase de truco es éste?!

Tenía razón. Vanya había visto cientos de vampiros iniciados y había aprendido el proceso y todas sus variantes. Ese hormigueo en la conciencia que le imploraba que huyera era algo nuevo para él. Podía sentir el peligro que implicaba estar cerca de esa chica. DuPont ni siquiera podía moverse. Al parecer, no era un hombre de acción como aparentaba. Una situación de peligro real en el que tenía que combatir era algo que no esperaba. Las luces de la habitación empezaron a titilar.

—Hilos... —susurró Rea como en una plegaria— Hilos de tragedia... tejidos con sangre... Hilos de tragedia tejidos con sangre. Hilos de sangre y muerte... Hilos de tragedia desde mi corazón. Hilos de tragedia tejidos con sangre... Hilos de tragedia... tejidos con... con...

Rea gritó; o mejor dicho aulló con una ferocidad demencial. Después cayó hacia adelante con los ojos aún abiertos, pero no era la única. Tanto ella como DuPont habían perdido el conocimiento.

No tenía la menor idea de lo que había sucedido, pero eso había sido una de las experiencias más inexplicables de su larga vida. Aun así no era buena idea pararse a pensar ahora; el vampiro cogió a la joven en brazos y, sin olvidarse de la bolsa, miró por última vez al señor DuPont, que seguía en el suelo, y echó a correr escaleras arriba.

Una mujer vampiro con un vestido rojo largo y cubierta de maquillaje se interponía entre él y el largo pasillo, pero no parecía saber lo que había ocurrido aún.

—¡Espera...! —exclamó ella tratando de agarrarle.

Esa mujer tenía una sorprendente habilidad para inmovilizar. Había reaccionado casi al instante con una llave que él también conocía. Era muy rápida. Antes de que le partiera la muñeca, Vanya se apoyó en la pared y saltó mientras lanzaba su pierna contra aquella hábil oponente. Ella logró esquivarlo, pero un grito que

provenía de las escaleras la hizo distraerse un segundo, que él aprovechó para derribarla con una patada giratoria. Su oponente la detuvo también, pero cayó del impulso. No debía perder ni un segundo más. Agarró a Rea con fuerza y echó a correr. Podía notar como aquella mujer se levantaba rápidamente. Estaba seguro de que si no la hubiera sorprendido no le habría sido tan fácil pasar. Por fin llegó al final del pasillo y salió por la puerta hasta la calle. Parecía que DuPont confiaba tanto en su labia que apenas había tomado precauciones al encargarse de la seguridad, o tal vez aquella mujer era la que debía haberles detenido si la cosa se torcía. Había tenido suerte al poder superarla. No se detuvo para saber si le seguían, aunque estaba bastante seguro de que no sería así. DuPont era la mayor de las bromas pesadas preparadas por el misterioso terrateniente Damien Lerroux. Vanya corrió hacia uno de los callejones más cercanos y desplegó el mapa. Al menos tendrían lugares donde esconderse por un tiempo.

Capítulo 11: No era él

No era él. Ella lo sabía, pero a pesar de eso seguía acechándole. El tiempo había borrado sus huellas desde hacía ya mucho, pero ahora había otras nuevas. El pequeño vínculo que los unía no se había roto del todo y, apenas unas semanas atrás, había vuelto a activarse, reavivando así las esperanzas de aquella mujer de pelo corto y blanco. Tras años de práctica, había conseguido cambiar algunas de sus facciones para ser más hermosa aún de lo que era, e incluso en un par de ocasiones había sido capaz de cambiar el caprichoso color de sus ojos a voluntad, pero nunca había podido librarse de aquel color blanco brillante de su cabello. Como la marca de Caín. No soportaba la idea de estar marcada por Dios, porque esto significaba que le había negado la entrada a su reino por toda la eternidad y ella, una mujer que siempre había seguido los códigos de su familia con absoluta devoción, no podía explicarse por qué se había cometido semejante injusticia con ella. Su fe se había debilitado todos estos años, lo suficiente como para seguir viviendo casi sin remordimiento alguno. Todo había sido a causa de él... y sin embargo seguía sin sentir por él más que una extraña sensación de culpa. Nunca había podido odiarle realmente.

Sus ojos ámbar se clavaron en el hombre, que seguía caminando ignorante de los pensamientos de ella. Seraph era el nombre que le habían dado, pero aunque lo había asumido nunca le había gustado. ¿Un nombre angelical para un ángel caído? Jamás. No, en el fondo ella seguía siendo Freya. La misma Freya que había caído luchando por la justicia y la virtud. La misma que había sufrido la traición por parte de todos los que habían aparentado seguirla. Su

primera muerte había sido lo bastante lenta y desagradable como para no querer quitarse la vida en esta segunda oportunidad, por maldita que estuviera. No obstante, su memoria distorsionada le decía que su muerte se había repetido en varias ocasiones, aunque ni las recordaba ni quería hacerlo.

De todas formas, el pasado había dejado de importarle cuando su vida se volvió corrupta y maldita, hacía ya mucho tiempo. Pero éste no era momento para mirar atrás; ahora sólo estaban ella y ese muchacho. El joven de larga y oscura melena tenía ese tono de piel pálido tan típico de él, esa forma de andar salvaje pero no tosca y esa mirada penetrante que se te clavaba en el alma. No era él, pero se parecía bastante.

—Detrás de ti —dijo Freya.

Como presa de un hechizo, el joven se volvió y se encontró cara a cara con ella. La estrecha calle estaba vacía y era lo bastante oscura. Ambos permanecieron totalmente inmóviles por unos segundos, mirándose el uno al otro. Finalmente, y sin mediar palabra, la chica se acercó al joven y le besó con la pasión de un amor verdadero. Él tardó un poco en reaccionar, pero finalmente le devolvió el beso y la empujó contra la pared. Había sido brusco, e incluso le había hecho daño, pero esa iniciativa en él le gustaba.

Las manos de Freya acariciaron la larga melena del joven mientras las manos de éste le subían por los muslos. Era así como había imaginado miles de veces su reencuentro y por nada del mundo hubiera esperado que hubiera acabado haciéndose realidad: él dispuesto a volver a su lado por propia voluntad, y ella a entregarle todo su cariño. Cuando él se metió entre sus piernas ella ya estaba dentro de su propia fantasía; aquel reencuentro ficticio y apasionado que alguna vez había de llegar y ser tan hermoso como éste. Al sentir el aliento de ella en la oreja, el joven le agarró los senos, magreándolos como si quisiera arrancárselos. Era muy torpe, demasiado torpe, y además olía demasiado a alcohol. No. No. ¡NO! No era así. No era él. Su nariz era demasiado recta, su dentadura demasiado amarillenta, sus manos demasiado bruscas pero carentes de esa fuerza tan exótica y pagana, ese espíritu tan desmedidamente natural e incontrolable que le había llamado la

atención. Y lo más importante: sus ojos verdes no brillaban con esa intensidad arrogante que una vez la había desafiado. La frustración invadió a Freya mientras intentaba zafarse de los besos de su amante. Él intentó que ella volviera a seguir el ritmo, pero el hechizo ya se había roto para ella. “¿Qué?”, trató de decir él. Su voz era aún peor; horrible comparada con la de él. Ya no tenía nada para engañarse a sí misma. La ilusión de él se había mantenido con una sola palabra, pero la de ella se había roto ya en mil pedazos. Freya dio un tirón de la melena del joven y antes de que éste pudiera quejarse de nuevo, mordió su garganta con toda la furia que le provocaba el hecho de haber caído una vez más en lo mismo. No era él. Nunca era él. Sólo el verdadero sería lo bastante bueno. Había intentado engañarse ya demasiadas veces, sobre todo desde que pensó que él había muerto finalmente, y aunque había tratado de olvidarlo, sólo conseguía volver a obsesionarse aún más al poco tiempo. Era una cruz que no había pedido, lo sabía, mas pensar en volver a encontrarse con él era lo único que la aliviaba, a pesar de ser también lo que la torturaba. El sentimiento de haber caído una vez más le revolvió el estómago. Vomitó la sangre que había bebido. No podía. Era repugnante y lo odiaba. Se odiaba por lo que acababa de hacer. Temblando de rabia e impotencia, se abrazó a sí misma; a aquella miserable y odiosa forma a la que estaba condenada. Sin poder morir pero sin vida alguna. Los demás vampiros sólo daban un ligero trago al vino amargo de la eternidad, pero ella era diferente: ella se vería obligada a beber por siempre de ese veneno, aun contra su voluntad, como había comprobado ya en más de una ocasión. Recobró el aliento, perdido más por causa de la ansiedad que del cansancio y se secó las lágrimas con su manga. Otro inocente más cuya sangre manchaba sus manos.

Pasos. Ligeros. Un niño le había visto. Freya se libró del cadáver de su amante como si fuera una prenda vieja, se abrochó de nuevo la señorial casaca blanca, teñida ahora de rojo y corrió rauda tras el pequeño. No debía tener más de seis o siete años, pero era lo bastante mayor como para que quizás alguien le creyera. A pesar de todo, era una suerte que no hubiera gritado; eso le ponía las cosas mucho más fáciles.

El niño llegó hasta uno de los puentes y miró hacia atrás mientras lo cruzaba. Nada. Su vista se perdía entre la niebla, pero no se oían pasos. Nadie le perseguía. Era una suerte porque no podía dar un paso más. Al volver la vista hacia adelante se encontró con un manto blanco que le tapaba la visión. Era Freya. El chico cerró los ojos completamente aterrado, esperando que ese demonio le asestara el golpe de gracia.

—No tengas miedo —susurró ella plácidamente.

El niño volvió a abrir los ojos y se encontró con los de la joven. Era muy hermosa. Aquel pelo corto y brillante, como tejido por la luz de las estrellas; su expresión amable que parecía perdonar todas sus malas acciones; le recordaba un poco a su madre. ¿Había conocido a su madre? Ella; ella era su madre. Había esperado tanto tiempo su regreso y ahora estaba allí, por fin, para estar con él y ser felices otra vez.

—Ese hombre era un hombre malo —dijo ella—. Quería hacerte cosas malas y yo no le he dejado. Yo nunca permitiría que te ocurrieran cosas malas. Lo sabes, ¿no? Mamá te protege, angelito. No habrá cosas malas mientras yo esté aquí. No habrá cosas malas.

El niño asintió. Ahora ya no tenía ningún miedo puesto que su madre le protegería de cualquier cosa.

—Ven, te llevaré a un sitio donde estés seguro.

El niño abrazó a Freya y la besó en la mejilla; ella le devolvió una sonrisa amable y candorosa como si realmente no estuviera fingiendo. Después, todo se volvió oscuridad.

Al día siguiente, el niño aparecería dormido en el pajar de una casa cercana, arropado con una gruesa capa blanca de plumas, pero eso ya no era asunto suyo.

—Nunca nadie será como tú, Leon —dijo ella mientras se adentraba en la espesa niebla—. Es por eso que necesito que vuelvas conmigo. Vuelve y sálvanos a todos... y a ti mismo.

Nadie salvo ella escuchó esas palabras, pero no perdió la esperanza. Tenía fe en que pronto daría de nuevo con Leon y detendría la catástrofe que estaba a punto de acontecer. Juntos

podrían, no tenía duda alguna. Era cierto que su fe a veces flaqueaba, pero era lo único ya a lo que podía aferrarse y, por lo tanto, seguía adelante cada vez que se veía con fuerzas. No era buena en predecir el futuro, pero aun así lo había visto en numerosas ocasiones y sabía que Leon tenía un papel importante que jugar en este siniestro escenario.

Únicamente quedaban por descubrir dos cosas: cómo había conseguido él resucitar, si es que así había sucedido, y cuáles eran sus propósitos en esta ciudad. Seraph, la del pelo blanco, la llamaban. Había tratado de ser un ángel en vida y lo había pagado convirtiéndose en un demonio tras su muerte. Quién sabe si ése era el destino de todos los que trataban de irradiar luz en un mundo en el que las tinieblas lo corrompían todo y el hombre devoraba al hombre en una carrera sin fin por un puñado de sueños rotos. Ella también los había perseguido en su día, pero ahora todo había cambiado. Ya no era una heroína, la “chiquilla errante” que murió hacía ya más de ochocientos años. Señor, ¿tanto tiempo había pasado? Parecía mentira. Cerró los ojos y se guio por su instinto. El rastro era leve, pero si Dios quería, no tardaría mucho en encontrar a Leon y enmendar así tanto su vida como la del que una vez fue su prisionero; después de todo aún había tiempo antes de que la mortífera luna creciente les alcanzase.

FIN DE LA PARTE I

Parte II

El tablero y la piedra carmesí

Capítulo 12: Porta

Cuando Rea volvió en sí estaba sentada en una silla y con la cabeza apoyada sobre una mesa de caoba. Abrió los ojos, pero tardó aún varios minutos en ver lo que tenía delante: un pequeño saco de esparto lleno de libros enormes que apestaban a polvo y olvido. Se fijó un poco más y pudo ver también algunos de sus títulos con letras doradas: Niceia-Nicolaus XIV-XV, Ponti- Pyr XVI XVII, Daguerre-Danesti X-XI...

Parecían diccionarios de nombres extraños. Una voz sonó a su espalda:

—¿Cómo te encuentras?

Era Vanya el que había hablado, al parecer llevaba mucho recopilando libros de la estantería. Al mirar hacia los lados, la joven vampiro se dio cuenta de que estaba en una pequeña biblioteca que se encontraba por completo inundada de gruesos tomos como los que tenía delante. Parecía que no cupiera ni uno más en aquella sala hexagonal.

Vanya se dejó caer en el asiento y dejó escapar toda su frustración en un bufido. Al ver que Rea le miraba, decidió explicar qué hacían allí:

—Llevo más de doscientos años buscados y no encuentro a Leon por ninguna parte —dijo él exasperado—. El perfil que se me dio sobre él debe de ser o bien único o bien erróneo, pues no existe ningún otro en el territorio carmesí. Después de lo que he visto esta noche creo que es posible que sea un vampiro nuevo como se me informó inicialmente, aunque sus capacidades son muy superiores a las que debería tener. No obstante, también lo son las tuyas y eso

me hace pensar que algo es diferente con este vampiro.

¿Las suyas? Ahora se acordaba: había perdido el conocimiento cuando DuPont disparó a ese hombre.

—¿Qué ha pasado mientras estaba inconsciente? ¿Sigue vivo DuPont?

Vanya sonrió malévolamente.

—Sí, supongo que sí. Y no creo que esté de tan buen humor como antes.

—Yo... lo siento. No por él; por estropearlo todo, quiero decir.

—No te preocupes, esto nos venía algo grande a ambos. Es una buena excusa para darme más prisa en mi misión. ¿Qué es lo que recuerdas tú, Rea?

Su campo de visión lleno de líneas rojas que le impedían ver bien... y una sensación que no podía describir bien.

—Nada, otra vez aquello. No veía bien, oía demasiadas cosas como para poder discernir nada... no recuerdo mucho más.

—¿No recuerdas haber dejado a DuPont inconsciente?

—¿Qué? No. No, no lo recuerdo.

—¿Entonces por qué has preguntado si seguía vivo hace unos segundos?

Era cierto, aunque su percepción estaba en ese estado tan alterado podía recordar sus emociones. Quería hacer daño a DuPont; quería ver como esa expresión de superioridad se despedazaba por completo para que se lo pensara dos veces antes de volver a intentar nada semejante... antes de volver a hacer daño a alguien. No sabía muy bien cómo, pero había logrado herirle sólo con pensarlo.

—Es verdad... en medio de ese caos recuerdo que estaba centrada en lo mucho que quería hacer sufrir a ese hombre. No sé por qué, pero en ese momento sentía que podía hacer cosas terribles. No lo pude controlar.

—DuPont sigue vivo —le dijo—, así que no te culpes por algo que no has hecho. Yo también estaba pensando en darle un “aviso” antes de salir, pero creo que lo tuyo ha funcionado mejor, sólo espero que no acaben persiguiéndonos de aquí hasta las Américas.

No. DuPont, la ilusión, el humano mudo... todo había sido

preparado al detalle como una siniestra bienvenida y con un único y claro mensaje: os tengo controlados. Tanto como para saber incluso el lugar al que iban a ir para buscar información. Estaba seguro de que incluso cuando entró en la ciudad ya estaban al tanto de su llegada. El terrateniente “neutral” de Lyon debía de ser muy hábil e influyente para controlar un territorio tan bien, por pequeño que éste fuera. De hecho, debía de ser especialmente bueno si era capaz de actuar a espaldas del mismísimo Cornelius. ¿O así era? Era mucha casualidad; demasiada habilidad.

—No. Hay algo más —dijo Vanya.

—¿Eh?

—Perdona, pensaba en voz alta. Creo que sé por qué no nos han perseguido.

—¿No lo han hecho?

—No. Al principio pensaba que era sólo una broma más del terrateniente, pero no había defensa ninguna aparte de una única persona, que no esperaba que intentásemos escapar. Creo que si las leyendas son ciertas, hoy me he enfrentado a la Condesa.

Al ver la cara de “me vas a tener que explicar algo más que eso si quieres que comprenda.” El agente imperial suspiró y finalmente dijo:

—Es una historia muy larga, así que te la resumiré: la Condesa es una agente especial que trabaja directamente bajo las órdenes del Rey Carmesí. Su pasado es tan turbio como diabólico y su crueldad no conoce límites. Muchos son los que aseguran haberla visto alguna vez, siempre contando toda clase de rumores sobre ella, desde que no puede morir hasta que se convierte en niebla e invoca toda clase de espíritus. Un poco como los humanos piensan que somos nosotros —rio—. No te creas más de la mitad de lo que oyes, pero una parte de la leyenda es bastante más plausible: goza de todas las ventajas de ser un vampiro, pero por alguna razón carece de nuestras debilidades. No tiene por qué alimentarse de sangre. Es única en su especie... o mejor dicho la única con estas habilidades que no se ha vuelto loca. Ha habido otros casos como ella, aunque pocos.

—Iba a decir que me gustaría tener esa habilidad, pero lo último

que me has contado no me ha gustado nada.

—Aun así es posible que la tengas, Rea. Hay varios expertos que dicen que el despertar prematuro es uno de los factores que hacen eso posible, pero de momento es sólo una teoría ya que es difícil probarla de forma natural. De despertar prematuro no se suelen dar muchos casos a parte de los falsos ancestros, pero el hecho de que no tengas sed de sangre y estés plenamente consciente es bastante alentador. Ya te dije que eras un caso especial.

—Sí, especialmente enferma —contestó abatida—. Ya hemos visto lo que ocurre con mis sentidos o con mis propios pensamientos.

—Eso es normal en todos los vampiros, sólo que tú eres consciente mientras tu cuerpo se adapta al cambio. Es otra de las razones por las que creo conveniente volver al norte.

Rea le miraba inquieta. Parecía tener otra pregunta preparada, así que Vanya la miró casi de forma paternal y asintió.

—¿Nos vamos a ir? ¿Sin más? ¿Qué pasa con Leon?

—Primero tengo que hablar con mis superiores, depende de lo que digan deberemos salir de aquí lo antes posible o completar la misión. Esta noche ha sido bastante productiva: hemos encontrado los archivos de nombres, los posibles escondites de Leon, ocupados y sin ocupar; por último, hemos conocido a uno de los vampiros que trabajan directamente para el terrateniente. Además, he marcado en el mapa la zona donde actúa Leon; aunque todavía no puedo encontrar su escondite su radio de acción es bastante específico. Sería fácil encontrarlo mientras caza si estamos en el lugar adecuado.

—Entonces... ¿Por qué huir?

—No lo sé exactamente aún. Al igual que tú, Leon no es un vampiro normal; quizás el Rey Carmesí tenía pensado que yo acabara con él o que él acabara conmigo, pero estoy seguro de que Leon es una amenaza seria para ambos reinos. Si consigo detenerlo habrá una tregua y se acabarán las guerras por cincuenta años más al menos. Si no... Tampoco creo que el Rey Carmesí se atreva con una guerra total, pero la tensión continuará y puede que acabe estallando. Mi señor quiere la paz por el momento y parecía que

nuestros enemigos también la tenían en mente. Aunque ahora no lo sé. Si las cosas se ponen feas tendremos que ir tan al norte como podamos en tan poco tiempo como nos sea posible.

Rea se estremeció. Una guerra de esos seres diabólicos debía de ser algo brutal. Un ejército de vampiros como Leon matándose entre ellos.

—Por cierto —inquirió Vanya—, dijiste algo mientras estabas en trance. “Hilos de tragedia tejidos con sangre.” ¿Te suena de algo?

—No. No lo sé... creo que no. Estaba delirando, supongo.

—Quería asegurarme, por un momento parecías una vidente, pero los videntes no provocan desmayos en otra gente.

—Quizás se asustó y se desmayó —balbuceó ella, pero no podía ser así. De alguna forma, ella lo estaba matando.

—Es posible —replicó el vampiro, pero parecía querer decir más bien “no me lo creo y tú tampoco.”

—A todo esto, no te he preguntado por qué buscas a Leon. Tienes que tener tus propias razones, ¿no? Si es un criminal y hace el mal en la tierra del enemigo...

—No es tan sencillo —contestó—. Normalmente ambos clanes somos totalmente herméticos en cuanto a forajidos e incluso en ocasiones colaboramos, hasta en tiempos de guerra. Es una muy antigua tradición que casi siempre se ha respetado.

—“Casi” siempre no suena muy alentador —dijo Rea—. ¿Qué gana tu clan con eso?

—El anonimato de ambas facciones por el bien común. Antes, incluso en los tiempos de grandes conflictos, los líderes de los clanes se unían para discutir asuntos importantes y organizar cacerías de elementos peligrosos. Es una costumbre que se ha perdido casi completamente.

—Es extraño.

—Lo es. Los antiguos intentaron crear su propia cultura... y lo consiguieron hasta cierto punto. Ahora las “cacerías” de este tipo sólo se hacen para sellar un pacto importante o como gesto de buena voluntad para un alto el fuego, que es lo que se supone debería conseguir la muerte de Leon.

—¿Se supone?

—El Rey Carmesí no es trigo limpio, Rea. Es un genio, pero no actúa limpiamente. Si así hubiera sido no hubiera convertido al clan del dragón carmesí en el segundo reino más importante de Europa. Ha resistido nuestras fuerzas superiores durante literalmente cientos de años, y a veces nos ha robado algún territorio importante. Su fuerza reside en conocer a la gente y adelantarse con un golpe oculto. Lo hemos detenido varias veces, pero no tantas como quisiéramos.

—Suenas como si supieras mucho de él.

—Cuando te enfrentas a alguien como él toda información es poca. Me pregunto si realmente es un alto el fuego lo que quiere. Con todo lo que he visto ya me atrevería a decir que no es así. Conseguir la cabeza de Leon podría servir no quizás para frustrar sus planes, pero para hacerle perder prestigio, cosa que detesta.

—Bueno, cuanto antes lo consigamos mejor, ¿no? ¿Vamos?

Vanya rio.

—¿No has tenido suficiente por esta noche?

—Leon no descansará. Además no estoy cansada todavía. Suenas algo hipócrita teniendo en cuenta que he dormido ahora un rato. ¿Tú cómo estás?

No hubo respuesta. El vampiro se puso un dedo en la frente y se dio unos cuantos toques. Tras unos segundos de silencio finalmente dijo:

—Aún nos queda noche suficiente para hacer un par de cosas. Moverse rápido será lo mejor. ¿Vamos? —dijo mientras hacía dos montones con los libros.

Se levantó y empezó a poner en su sitio algunos de ellos. Al poco, escuchó la voz de Rea a su espalda.

—Espera, Vanya...

El vampiro continuó guardando libros aparentemente sin inmutarse.

—Vanya... —repitió.

—¿Sí? —contestó por fin— ¿Ocurre algo?

Rea callaba. No encontraba las palabras adecuadas, o más bien no se atrevía a decirlas.

—Si ocurre algo será mejor que lo digas y ya está. De todo a lo

que tenemos que enfrentarnos, tenerme miedo a mí es una de las opciones menos lógicas.

—¿Soy una carga para ti?

El vampiro se detuvo. Luego se dio la vuelta y colocó dos de los libros delante de Rea.

—Ordena esto, ¿quieres?

—No sé dónde van.

—Utiliza tu intuición. Lo mismo para la pregunta que has hecho.

—Entonces, ¿sí o no?

El vampiro suspiró y cogió la segunda pila de libros. Podía notar la mirada molesta de Rea, pero no hizo absolutamente nada salvo su tarea. Por fin la joven se levantó y empezó a leer una de las inmensas estanterías en busca del lugar donde colocar el grueso tomo. Uno de ellos se le cayó y se abrió por una de las páginas. Eran perfiles. Con descripción, nombre, fecha de conversión, legalidad e incluso en algunas ocasiones el nombre del vampiro que realizó la conversión o un pequeño retrato a mano. Finalmente había un pequeño párrafo con datos adicionales que no logró comprender. Volvió a coger rápidamente el volumen y se apresuró en su tarea. Cuando Vanya terminó, ella aún tenía uno de los libros por colocar. El vampiro se lo quitó de las manos y mientras lo ponía en su sitio dijo:

—Ahí lo tienes; aprendes rápido, yo hago lo que tengo que hacer y tú me ayudas en lo que puedes. No eres para nada una carga, pero procura preguntar sólo cosas que no puedas entender por ti misma. ¿Todo claro?

Había hablado como una versión blanda de Sergei, pero aún tan severo como debía ser. Ella no era un soldado.

—Es lo que quería oír.

El vampiro consiguió reprimir una risa que hubiera desatado la catástrofe. Estaba claro que eso no era lo que quería oír y estaba enfadada, pero había comprendido.

—Intuición —dijo Vanya mucho más amablemente—. Necesitarás desarrollar mucho tu intuición. No quiero repetirlo hasta aburrir, pero es lo más importante por ahora. La intuición nos salvará la vida y nos permitirá terminar con esto, además de

ayudarte más adelante a integrarte en los nuestros —Vanya miró fijamente a Rea—. Me caes bien, Rea, y esperaba mucho menos de ti.

Rea rio por primera vez desde lo sucedido con DuPont.

—¿Eso se supone que es un cumplido?

—Se supone que sí —contestó tan serio como siempre—. Si seguimos igual me aseguraré personalmente de supervisarte. Yo no me encargo de evaluar estos casos, pero parece que contigo no habrá problemas. Yo diría que puedes llegar lejos en nuestra sociedad.

—Siempre me hablas de esa sociedad, pero no sé nada en realidad.

—Todo lo que puedo decir —dijo el vampiro mientras se dirigía a la salida de esa estancia— es que se puede subir de lo más bajo a un puesto bastante alto si muestras tu valía. Más o menos una meritocracia, pero para llegar a los puestos más altos tienes que ser no sólo muy bueno, también implacable y tener amigos poderosos. El nepotismo es algo difícil de erradicar en las altas esferas, pero no hay tanta corrupción como parece. Mi consejo de todas formas, es que no te metas en ese mundo, no vale la pena y acabas teniendo que dirigir demasiadas cosas, te ganas demasiados enemigos.

—¿Tú los tienes?

—¿Yo? Supongo, pero no ocupo ninguna posición importante en realidad. Sólo asisto y soy de confianza. Cabe mencionar que sin mi supervisor no hubiera llegado donde estoy. Lo único que realmente me hace importante es la amistad con el comandante de los ejércitos, que es por decirlo de alguna manera, el segundo de a bordo.

—¿No te habrán hecho venir aquí para que te pase algo y él cometa alguna locura?

Vanya sonrió. Perspicaz, pero estaba claro que no conocía a Sergei.

—Si el comandante Sergei tuviera que decidir entre mi vida y una pequeña victoria, mi muerte estaría asegurada. No sólo la mía, la de cualquiera.

Lo había dicho con tanta naturalidad que daba escalofríos. Rea

no preguntó nada más mientras subían por la escalera de caracol y alcanzaban el fin del pasillo. Se tenía que acostumbrar a muchas cosas aún, pero con algo de tiempo y apoyo lo lograría.

La siguiente sala daba a la salida y estaba destinada a recibir a quien entrase allí. Su único guardián era un hombre arrugado y menudo, con un bigote a medias y una gruesa nariz colorada. Rea pasó de largo sin prestarle mucha atención.

—¿Ha conseguido encontrar a su antiguo señor? —dijo la voz chirriante y aguda del hombre.

—Oh, sí —dijo Vanya—. No era tan antiguo como pensábamos, pero al menos estamos fuera de dudas. Si el señor DuPont pregunta por nosotros dele nuestros recuerdos.

El hombre se rascó la cabeza e hizo un gesto de aprobación.

Al ver la oscuridad de la calle de nuevo, la muchacha quedó sorprendida. Estaban en una de las vías principales de Lyon.

—Vaya —exclamó—. Este lugar está mucho menos escondido que el anterior.

—¿No te has fijado al salir? —contestó Vanya—. Esperaba que lo hicieras.

Rea se giró y miró de nuevo hacia el local.

—¿El qué? Sólo huele un poco raro, pero nada más.

—Esta sí que es buena. ¡Así que sólo un poco raro!

Parecía como si hubiera decepcionado profundamente a su “mentor”, pero al mismo tiempo éste tenía una expresión de sorna que no era propia de él.

—Bueno —dijo al ver que aún no captaba la situación—, será que no conoces el olor.

Esta vez Rea se molestó.

—¿Qué olor? ¿Qué hay ahí?

—Una estantería repleta de libros que cubre una pared falsa que sólo se desbloquea activando de forma simultánea los mecanismos de una tabla suelta y un ladrillo falso. ¿Sorprendida?

—Vaya... al salir no me he dado ni cuenta.

—Serán los efectos de “lo otro” —dijo el vampiro dándose unos toquitos en la nariz.

—¿Lo otro? Ah, el olor... no será...

—En efecto: sustancias prohibidas... o al menos lo serán. Se volverán más populares dentro de unos años.

Rea abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo que lo serán? ¡¿Qué es ese sitio?!

—Por si no te has fijado, también hay una trampilla en un lugar bastante más obvio que la pared. En esa trampilla se venden, se compran y se consumen sustancias para alterar los sentidos... ya sabes.

—Es ridículo —replicó Rea—. ¿Por qué hacer eso en un sitio como éste?

—Las personas normales no encuentran nada; las personas inteligentes descubren la trampilla y se llevan su recompensa por ello, bien en forma de soborno, de detención o de... felicidad. Nadie repara nunca en la pared, y si lo hace, el propietario debería saber cómo bloquear el mecanismo.

—Vámonos de aquí —espetó Rea reanudando la marcha—. Es... un lugar horrible.

¿Es que no había nada normal en esa sociedad? Todo estaba corrupto, todo era una gran telaraña que atrapaba miles de vidas cada día. Los vampiros eran dañinos en todo lo que hacían; usaban a los humanos como ganado, como moneda de cambio y como herramientas que pueden ser sustituidas si se rompen. Creaban vicios y costumbres antinaturales, unas veces para poder dominar mejor, otras para ocultar sus oscuros actos tras varias capas de engaños e intrigas. Lo peor de ello es que los humanos eran como niños y caían en todos y cada uno de los juegos que se les preparaba. Notaba como el estómago se le revolvía al pensar en todo eso. Sabía la respuesta a la siguiente pregunta, pero quería oírlo de los labios de Vanya.

—Eh, espera. ¿Entonces qué ocurre cuando alguien os descubre? ¿Qué hacéis? ¿Lo... lo mismo de antes?

No se había atrevido a decir “¿Lo matáis y ya está?” porque temía que la respuesta fuera afirmativa. El vampiro se encogió de hombros y aceleró el paso para alcanzar a Rea.

—Por lo general conseguir su silencio. En el peor de los casos podemos deponer generales, obispos y reyes con total impunidad si

queremos, un oficial de tres al cuarto o un ciudadano entrometido no es una molestia si lo queremos quitar de en medio. ¿Te sirve?

No. Para nada.

—¿Cómo puedes... podéis ser tan mezquinos? —estalló Rea— ¿No os dais cuenta de que las personas sufren por vuestros secretos y vuestras guerras? Es inhumano.

Vanya se volvió y enfrentó su mirada a la de Rea. Ahora ya no tenía pinta de bromear.

—Es fácil criticar cuando no tienes ni idea. Hasta hace nada has vivido en tu pequeña habitación sin ver más allá de lo que los muros de tu casa te permitían.

Aquello le había dolido. Apretó los puños y no retrocedió ni un ápice ante la postura amenazadora del vampiro que tenía delante. Sí, eso es: lo que tenía delante siempre había sido un vampiro.

—No tenéis ningún derecho —se reafirmó—. Realmente merecéis que se os detenga.

—¿Y por qué no que se nos mate indiscriminadamente? Eso es lo que los humanos hacen. ¡Las guerras, las enfermedades y la injusticia! ¡¿Crees que somos nosotros los responsables de todo?! Somos humanos, Rea, nuestra mente al menos. Hacemos guerras, cometemos actos cuestionables y a veces matamos a gente para conseguir nuestros fines. Los vampiros no hemos adquirido nada que no tuviéramos ya en la especie humana. Hemos aprendido a vivir mejor porque vivimos más tiempo y tenemos más habilidad que ellos, pero no te equivoques: el mundo humano también está lleno de mentiras y muerte por todos lados. Si a eso le sumas la ignorancia y la superstición, no tienes más que un puñado de animales estúpidos matándose entre sí. No cometas el error de ver a los vampiros como monstruos sin ver de igual manera a los humanos.

No tenía contestación a eso. La joven bajó la cabeza y reprimió las ganas de *escupir* toda su impotencia en un único grito. Sentía que al no haberlo hecho una parte de ella había muerto. Era la misma cantinela que el discurso sobre “los animales cazando otros animales para sobrevivir”. Repugnante.

Mientras tanto, Vanya se había dado la vuelta y seguía su

camino. Esta vez parecía enfadado de verdad. Le siguió de nuevo. Pensó en disculparse, pero había una razón de peso para no hacerlo: no quería. Las palabras que su mentor vampiro le había dicho se repetían una y otra vez. Sus sentidos se agudizaron sin avisar. Podía oír a un hombre pegando a su mujer y a sus hijos en la casa de al lado. Por el olor estaba borracho. También podía sentir la presencia de un grupo de personas acurrucadas en la calle. Estaban juntas para combatir el frío, pero eso no les serviría cuando llegara el invierno. Vanya tenía razón. Había estado viviendo en su pequeño mundo. No sabía nada de la injusticia del exterior ni de todas las historias que se entretajían para formar un todo tan terrible... tan trágico. Como hilos de tragedia. La frase que había dicho mientras estaba inconsciente: Hilos de tragedia tejidos con sangre. Podía referirse a algo así, quizás. Sus sentidos captaron algo más, pero esto no tenía que ver con aquellos pensamientos.

—¡Vanya...! —dijo la joven— ¿Lo sientes?

El vampiro volvió a girarse y frunció el ceño creyendo que se refería a otra cosa, pero su semblante cambió por completo al entender lo que Rea le había dicho.

—Los has captado incluso antes que yo. Te has ganado mi perdón.

—Puedes quedarte con tu perdón —dijo ella tajantemente—. ¿Qué hacemos?

—¿Tú? Mira y aprende, jovencita.

Con sus sentidos aguzados Rea pudo notar que el agente imperial estaba casi eufórico. Parecía verdad que la violencia les atraía. Dos sombras aparecieron en la oscuridad.

—¿¡En una calle principal y sólo dos de vosotros?! —dijo Vanya— ¡¿Acaso acabáis de salir del huevo?!

Las dos figuras se detuvieron. Eran dos hombres.

—¡Veníamos sólo a encontraros —gruñó el vampiro con un tono tan forzado que parecía gutural, como si no supiera hablar bien—, pero creemos que a nuestro señor le complacerá más tu muerte! ¡Ah, y a ésa nos la llevamos entera! —dijo señalando a Rea.

“Ni lo sueñes” había pensado, pero su reacción no era exactamente ésa. Sus pulsaciones se disparaban, sus piernas

temblaban. La muchacha tenía miedo de que se repitiera la historia. Vanya lo notó.

—Tranquila —dijo guiñándole un ojo—. No son gran cosa, yo me ocupo.

Los dos vampiros dieron unos pasos más y luego uno de los ellos echó a correr contra Vanya. El otro le imitó al cabo de unos segundos. No estaban sincronizados, cargaban como auténticas bestias... vampiros o no, no estaban preparados para enfrentarse a él. Esta vez no iba a cometer el error de darles la más mínima oportunidad.

El agente paró el puñetazo de su enemigo con su brazo y luego hizo un sencillo movimiento. Parada, agarre, rotura. Un brazo inutilizado; era tan certero que parecía un cálculo matemático. Cuando el vampiro fue a aullar de dolor le golpeó en el cuello para que no gritase. Tampoco cometería el error de causar revuelo esta vez. Brazo roto, nariz hundida, barrido de pierna y al suelo. Uno menos en apenas unos segundos. El otro saltó hacia él y, por estar desarmado, intentó morderle. Vanya fue más rápido; le agarró por debajo de la mandíbula y se deshizo de él con una proyección de brazo. Al suelo de cabeza. Antes de que se recuperase del golpe, usó una espectacular patada descendente para clavar el talón en el pecho de su enemigo. Demasiado fuerte. Le había roto el esternón. Sacó del interior de su camisa una punta de metal larga como un cuchillo. La clavó en el corazón del oponente que se encontraba más maltrecho y luego agarró al otro. Se había excedido. Todo por alardear y proteger a la chica. Al ver que su víctima no estaba en condiciones de hablar usó la misma punta metálica que con el anterior. Se lamentó de la gran oportunidad que había perdido por su falta de cuidado, pero en parte también necesitaba dar seguridad a Rea. Debía probarle que los vampiros eran tan mortales como cualquier humano.

Las voces, la agresividad... tuvo una corazonada. Antes de que los cadáveres empezaran a arder forzó a uno de ellos a abrir la boca. Dientes afilados. Eran, en efecto, falsos ancestros trabajando en grupo.

Algo raro había tras del asunto de Leon.

Vanya estaba tan concentrado examinando los cadáveres que no reparó en un tercer vampiro que apareció por detrás. La chica era una presa demasiado fácil; no la compartiría con nadie. Ese vampiro era más ágil que los demás. Dio unos pasos y se encaramó por la pared como un lagarto. Antes de que Vanya pudiera hacer nada, saltó hacia la indefensa joven.

«Tejidos con sangre...» «Córtalos.» «¡Corta los hilos!»
«¡¡Córtalos!!» «¡¡CÓRTALOS!!»

Los ojos del joven agente se abrieron de par en par, pues la sangrienta escena que acababa de presenciar había pulverizado todos sus pronósticos: el vampiro que había saltado contra Rea estaba separado en dos. La boca de éste, llena de dientes afilados, intentaba balbucear algo mientras su vida le abandonaba.

Rea no se movía. Tenía una de las manos empapada en la sangre de aquel ser. Lo había partido en dos con un único movimiento de brazo. Rea estaba petrificada. No se atrevía ni siquiera a respirar. Hacía unos instantes, cuando los vampiros habían aparecido, Vanya pudo notar que la chica luchaba por dominar su miedo. Ahora estaba realmente aterrorizada.

Capítulo 13: Una jugada audaz

Algunos meses antes

La mujer andaba a pasos rápidos y largos, casi como si no llegara a tocar el suelo, aunque bien podría ser, pues sus pies se ocultaban en las faldas del inmenso y recargado vestido carmesí a juego con sus cabellos; su peinado era una composición complicada y hermosa obra de algún artista que probablemente había necesitado horas para terminarlo. No obstante, a pesar de todos estos llamativos detalles, su expresión altiva y sus ojos encendidos por la expectación eran sus rasgos más llamativos. Finalmente, se detuvo frente una gran puerta de hierro forjado y madera.

—Condesa —sonó una voz—, la confianza y el respeto que esta casa os tiene se encuentra respaldada por años de incuestionable lealtad al clan. Por ello, se os permite acercaros a un máximo de cinco pasos del Rey Carmesí y únicamente bajo orden directa del rey podréis acercaros más. Caminad despacio y sin hacer movimientos bruscos. Hablad con respeto y seréis tratada como merecéis. De desobedecer alguna de estas órdenes, inmediatamente la ira entera del clan caería sobre vos y se os despojaría de todo derecho. ¿Estáis de acuerdo con estas condiciones?

—Lo estoy —respondió la mujer con seguridad y algo de hastío.

—Cinco pasos —repitió la voz que provenía de algún cachivache extraño de esos que tanto le gustaban a Su Majestad.

Tras varios segundos de escucharse el sonido de un pesado mecanismo en movimiento, la enorme y pesada puerta se abrió. Oscuridad, aunque para ella no lo era. De repente, un haz de luz

salió desde el techo e iluminó a lo lejos un trono de mármol negro en donde se hallaba la persona a la que había venido a ver: Su Majestad, el rey del dragón carmesí: Cornelius Lafargue. El gran salón donde el vera sangre recibía a su corte era totalmente blanco, de piedra sólida y pulida, siempre muy bien iluminado además de estar adornado con tanto oro que podría fundar un imperio aparte con él. Ésta, sin embargo, era todo lo contrario; el salón donde recibía casos aislados era increíblemente larga y oscura, sin guardias ni ningún adorno salvo algunas de las banderas carmesíes, unas con un dragón rojo brillante en el centro y otras con uno dorado. Al final de la sala, una luz aparentemente natural caía desde el techo e iluminaba el trono. Cuando vio ese lugar por primera vez, lo primero que pensó fue que esa luz debía de ser artificial, ya que el palacio entero había sido reconstruido bajo tierra hacía ya casi cuatro siglos. Más adelante aprendió algo más de los secretos que albergaba y supo que ésta era traída hasta allí mediante un complejo sistema de espejos. El Monarca disfrutaba usando complicados artilugios y mecanismos para obtener cosas sencillas. Por eso era un rival tan difícil de predecir. Tras hacer una larga reverencia en la entrada, la mujer avanzó por la alfombra roja e interminable que hacía un total de doscientos cincuenta pasos. Un rito un tanto absurdo, aunque como ya se había demostrado en alguna que otra ocasión, muy útil; pues si alguien se atrevía a acercarse demasiado al rey, inmediatamente varios mecanismos aseguraban su posición mientras que aquel que había osado desafiarle se enfrentaba a más de veinte metros de caída libre que terminaban en una de las mazmorras del gran palacio. Por supuesto, ella no había sufrido nunca una humillación semejante, pero había visto los cuerpos de varios de los que habían tentado a la suerte. Ella se había encargado personalmente de que lo lamentaran. Hacía ya tanto tiempo desde la última sesión de tortura que ya casi ni lo recordaba. Sorprendentemente no le importaba tanto como hacía ya años; no lo echaba de menos ahora que se había acostumbrado a su nuevo tipo de vida. Entrenaba, meditaba y servía al rey ya fuera como asesora o como agente en alguna que otra misión de vital importancia. Sonrió mientras seguía

acercándose. Se había creado toda una leyenda a su alrededor, no sólo gracias a su habilidad, sino también al secretismo y las artimañas de Su Majestad. Había más de doce agentes que respondían al nombre de “Condesa”, todas mujeres y todas con el mismo aspecto característico. Todo un símbolo. Ella, o mejor dicho, “ellas”, eran el buque insignia del reino de Cornelius. En doscientos años de operaciones contra los hijos del clan tormenta sólo habían perdido a cuatro agentes. Irónicamente, eso no hizo más que acrecentar su reputación, puesto que los rumores decían que la condesa no podía morir jamás. Esperaba que los rumores se equivocaran, pero tras todo lo que había pasado no estaba segura de que fuera así. Nunca le había hecho falta emplear a fondo sus habilidades, pero se preguntaba lo que podrían hacer contra ella si un día decidiera poner fin a este juego y dar un paseo hasta el cubil de Borislav, donde le separaría la cabeza de los hombros con sus propias manos.

Llegó por fin a los tres escalones marcados en donde debía arrodillarse ante el rey.

Su Majestad tenía el mismo aspecto estrafalario de siempre: una armadura dorada que parecía haber perdurado desde el Imperio romano, unas calzas carmesíes y una inmensa capa roja como la sangre. Los ojos rojos eran la señal inequívoca de que era un vera sangre, aunque a juzgar por la cantidad de maquillaje que había normalmente en su real rostro, estos podían ser tan falsos como su guantelete de “auténticas escamas de dragón”, que siempre llevaba en la mano izquierda. Finalmente estaba la corona, que a pesar de tener en el centro un enorme rubí era bastante sencilla comparada con el estilo del monarca.

—Levantaos, mi más fiel aliado —dijo el rey, que parecía especialmente entusiasmado. Eso era muy mala señal.

No le iba a dar la más mínima satisfacción, tanto si ganaba como si perdía. Habían empezado hacía ya meses siguiendo la regla de oro: no más de un movimiento por día. Esa regla se debía no sólo a un capricho del rey por alargar la partida, sino que además era un sistema efectivo de evitar vicios innecesarios. De todas formas, el rey gustaba de jugar con sus veinte generales más importantes,

cuando estos estaban presentes. Se podría decir que el hecho de que sólo ella hubiera podido ganarle al ajedrez era lo que la convertía en el juguete favorito de Su Majestad. Para añadirle aún más dificultad al juego no había tablero alguno. La posición de todas y cada una de las fichas estaban grabadas en su mente. Cornelius solía hacerse el despistado con alguno de sus más hábiles generales para ver si se daban cuenta de que había una pieza fuera de sitio. Con ella ya no lo hacía. Se dibujó una sonrisa de derrota y satisfacción en los labios rojos de aquella mujer. Doscientas nueve jugadas. No estaba mal, hacía cuarenta que esperaba la derrota.

—Jaque.

Aquella era su última jugada. Cornelius movería su alfil y remataría el juego con el siguiente movimiento. Eso ya lo sabía; ambos lo sabían.

El rey le devolvió la sonrisa y se levantó del trono para hacerle una tenue reverencia. Eso tampoco sucedía a menudo.

—Habéis perdido, Condesa. ¿Por qué?

Lo sabía, pero de todas las derrotas que Su Majestad había preparado ella había elegido la menos humillante. Esta vez el rey la había superado.

—Porque habéis alargado el juego y he atacado de forma inefectiva. Me di cuenta a media partida, pero no he podido solucionarlo. Una jugada muy audaz, Majestad.

—Ah, sí —dijo el rey como quitando importancia al asunto—. A veces nos damos cuenta de los errores antes de pagar sus consecuencias, pero no antes de poder evitarlas. Es el trágico destino de las mentes iluminadas como las nuestras: sabemos lo que ocurrirá sin poder cambiarlo. Agarramos el destino del mundo con todas nuestras fuerzas y éste se nos escurre entre las manos, elusivo, como si de fina arena en nuestras torpes garras se tratara.

—Sin duda, más aún podemos aceptar el final con dignidad.

El rey rio, pasándose la mano por su grisácea barba. No se burlaba de ella, pero seguramente esa ocurrencia le había hecho pensar algo, como siempre.

—¿Pero acaso cambia eso el hecho de que es una derrota?

—No, pero la otra solución es morir lentamente... o hacer

trampas.

Los ojos rojos del rey centellearon. Se estaban acercando a la cuestión que quería tratar.

—¿Valdría la pena? —dijo casi extasiado— ¿Valdría la pena hacer trampas no ya por un juego sino por el hecho de vencer y terminar una larga partida en la que cada pequeña pérdida y victoria son importantes?

«La vida no es un tablero de ajedrez, Majestad», había pensado, pero ésa no era la respuesta que el monarca esperaba.

—Como el ajedrez, las piezas de la guerra parecen tener movimientos simples, limitados y predecibles, pero tienen movimientos implícitos que pueden cambiar el curso de la partida. A veces al mover una ficha en el presente tenemos nuestros ojos en el movimiento que escapa al control de nuestro oponente. Esos son los movimientos que ganan guerras.

—Luego... —dijo el rey extendiendo graciosamente su mano.

—Lo que puede hacerse debe hacerse si el oponente se deja. Está dentro de las reglas aprovecharse de la falta de habilidad del contrario. Todas las fichas matan al rey si éste no es precavido, incluso las suyas propias.

El monarca aplaudió entusiasmado y después tomó el cetro dorado que reposaba junto al trono. Ya había decidido.

—Entonces mis designios son aplastar a todos los hijos del clan tormenta en este momento de debilidad.

Habían perdido varios territorios importantes en el norte y Cornelius parecía verse forzado a firmar la paz. Todo lo que Su Majestad había exigido para que ésta fuera posible era la captura de un criminal normal y corriente, tal y como se hacía en los tiempos antiguos. No había visto la jugada al principio, pero ahora lo veía todo por fin. La Condesa sonrió de nuevo y miró al rey con complicidad.

—¡Ah, lo habéis entendido! —exclamó complacido el monarca— Borislav está ansioso por firmar la paz y retener esos territorios durante unos años más; es un hombre cauto con el enemigo, pero confía demasiado en sus propias piezas. Algunos de sus miembros del consejo y sus más cercanos opinan que es mejor atacar de

inmediato y piensan que la pasividad de Borislav es un símbolo de debilidad. Juzgan el resultado de la guerra por las últimas batallas sin tener en cuenta contra quién se están enfrentando. Piensan en el movimiento presente sin ver los movimientos futuros. Pero no ven lo que yo veo. No ven que sus movimientos no hacen más que favorecer mi victoria. Esa división que he creado y un poco de caos es todo lo que se necesita para provocar un golpe de estado.

—Pero eso requiere suerte además de habilidad y vos no soléis confiar en ella —dijo la condesa—. ¿Qué habéis preparado?

Cornelius parecía henchido de orgullo ante su plan.

—Un grupo de agentes encubiertos ya lo ha preparado todo. Un héroe de guerra del clan tormenta tomará las riendas y nos atacará. Entonces...

Hizo una pausa. Esperaba que ella terminara la frase.

—Entonces seremos nosotros los que atacaremos con todo. Una conquista rápida y brutal para desmoralizar al enemigo. ¿Puede hacerse?

—Se hará. El enemigo estará dividido y lo bastante desorganizado como para aplastarlos sin problemas. Borislav no es un gran líder, pero es cauteloso, respetable y mantiene la cohesión. Una vez muera habrá llegado el momento de dejar de retroceder para avanzar y tomar lo que es nuestro.

Había dicho “nuestro” pero quería decir “mío”.

—Lo he pensado muchas veces —prosiguió el monarca—. Llevo años haciéndolo. Si logramos que se dividan entonces no podrían avanzar, sólo retroceder. Únicamente quedaría esperar a que se fragmentaran en grupos más pequeños y aplastarlos uno a uno.

—Cabe otra posibilidad —dijo ella—. Si su líder muestra fortaleza aún podría mantenerles unidos por un tiempo. Su mejor y única opción sería avanzar como un único y disciplinado ejército y vencer antes de ser vencidos.

—Es posible, aunque confío en poder derrotarlo si eso ocurre. Tengo entendido que sus tropas son más y mejor preparadas, por eso dividir al enemigo y debilitarle cuanto pueda es lo mejor que puedo hacer.

Ella había comprendido.

—Lideraré a los nuestros esta vez, ¿Majestad?

—Sí. Esta vez quiero que vean todo lo que la verdadera Condesa es capaz de hacer. Vos sois otra de las piedras que derribará al gigante.

Nunca antes le había sido permitido revelar todo su potencial en batalla.

—Esperaré ansiosa ese momento, Majestad.

Era verdad. Tenía ganas de probarse a sí misma lo que podía hacer si se empleaba al máximo.

—Otra cosa...

—¿Sí, Majestad?

—Cuando esta guerra acabe podéis consideraros libre de vuestro juramento para conmigo.

La condesa miró al rey sorprendida. Jamás había esperado algo así en un momento como éste. En verdad el rey quería terminar por completo la guerra y atar todos los cabos sueltos que de ésta habían surgido.

— ¿Es ése vuestro deseo, Majestad? —respondió sin titubear.

—Siempre estoy seguro, querida. Cuando el clan caiga por fin no tendré más grandes enemigos. Quiero que todos vean lo terrible que puede ser el Rey Carmesí como enemigo, pero también lo magnánimo que puede ser como aliado. Quiero que seáis la primera de mis ciudadanos libres, claro que aún responderéis ante las leyes y normas de nuestra sociedad. No es algo que me preocupe, sin embargo. De todos mis súbditos vos siempre habéis sido el modelo ideal. Siempre habéis contado con mi admiración, Erzsebet.

La condesa inclinó la cabeza.

—Me aseguraré de cumplir sus órdenes hasta ese momento, Majestad. Que el honor que se me concede sea la estrella que guíe a vuestra gente.

Otro signo de aprobación. Podía y debía retirarse.

Aún en posición de reverencia se retiró unos pasos antes de volverse hacia la salida. Libertad. Era algo especialmente extraño.

Ya no se sentía atraída por la idea, pero tras casi doscientos años de servicio le intrigaba. Atrás quedaba su juventud en el castillo de Cachtice, los recuerdos dulcemente amargos con Ferenc Nadasdy, a quien había llegado a amar después de todo; el hundimiento de Erzsebet Bathory en la más profunda oscuridad durante casi diez años... y su resurgimiento bajo la tutela del Rey Carmesí. Y pensar que había llegado ahí como un “símbolo” de su difunto marido... Era curioso. Ciertamente el mundo había cambiado mucho desde entonces, pero también lo había hecho ella. Desde la chiquilla que odiaba al animal con el que la habían casado hasta la dama que llegó a amarlo; desde la prudente señora que defendió sus tierras hasta la demente asesina que mató a más de setecientas víctimas... y lo que vino después, aquella sensación de paz, serenidad y nobleza que había conservado hasta hoy. Era gracias a eso que el fragmento podrido de su corazón no envenenaba el resto de su ser.

No era la más antigua, ni mucho menos, pero sí la más respetada y con razón.

Sólo una vez uno de los generales cuestionó su autoridad, y el resultado fue tan grotesco que ninguno de los nobles había dejado de hablar de ello en todos estos años, siempre sin levantar la voz para no despertar del todo aquel recuerdo macabro. A la salida le esperaban cuatro mujeres, vestidas como ella hasta el más mínimo detalle.

—Es posible que pronto tengamos que actuar al límite de nuestras capacidades —dijo la verdadera Condesa—. Espero que redobléis esfuerzos. El Rey Carmesí espera mucho de vosotras en un futuro cercano. No os durmáis.

Y dicho esto pasó de largo.

—¿Va a empezar? —dijo una de ellas.

—Puede empezar, eso es todo lo que necesitamos saber. Quiero que deis este mismo mensaje a todos nuestros agentes dormidos: “preparaos para defender nuestro territorio. El rey no tolerará otra derrota en nuestro propio terreno.” Recibiréis los detalles pertinentes en breve. Además, necesito que algunas de vosotras reviséis la lealtad de todos los señores de ciudades importantes. Debemos guardarnos las espaldas ahora más que nunca.

—Está hecho.

—Pues hacedlo de nuevo.

Ninguna de ellas preguntó nada más, y aunque lo hubiera hecho Erzsebet no habría contestado. Mientras la condesa se alejaba por el pasillo ninguna de las otras mujeres movió un músculo. Todas ellas eran lo mejor de lo mejor, pero aquella mujer estaba a otro nivel. Ni siquiera ellas osarían medirse con la única de los caminantes primigenios que seguía con vida (y que por el momento no había perdido el norte como todos los que se acercaban a ese “estado” de vampirismo)

Como era de esperar, alguno de los agentes dormidos sería un traidor y los miembros del consejo se enterarían. Alguna de las condesas lo suponía, pero no era su misión discutir órdenes, sino cumplirlas. El mensaje para el enemigo era el siguiente: “El Rey Carmesí teme ser derrotado. Cornelius tiende la mano a Borislav porque teme que supreciado imperio se entusiasme demasiado con las últimas victorias y conquiste más territorio. Se mantiene en alerta máxima porque no sabe si podrá defenderse.” Borislav posiblemente no confiaría en esa pequeña muestra de debilidad en su rival, pero seguramente cerca de la mitad del consejo del clan tormenta sí lo haría. Era la gran desventaja de confiar las decisiones en un grupo de diversas opiniones en lugar de un único y capaz gobernante, y era la razón por la que los hijos del clan tormenta tenían los días contados.

La Condesa dejó de lado todas las estratagemas y desvaríos de aliados y enemigos para entrar de nuevo en su “sala de entrenamiento”. Era un lugar tan sencillo como la sala del rey y también muy grande, pero el aire y las apariencias de éste daban a entender que se trataba de un lugar sagrado. Varios altares de tela negra sin ninguna clase de ídolo, salvo dos columnas decorativas a los lados con runas que representaban espíritus antiguos y temibles. A pesar de todo, esos espíritus ni eran tan malignos como la gente creía ni eran demonios del cristianismo. Que la religión dominante hubiera absorbido y, valga la redundancia, demonizado

a dioses y espíritus de otras creencias no tenía nada que ver con lo que Erzsebet practicaba en ese lugar. Desde que se introdujo en el misticismo hacía más de dos siglos perdió casi todo el entusiasmo por practicar la religión cristiana, pero sentía que era uno de los pocos vínculos que aún la hacían húngara. Quizás uno de los pocos que la mantenían humana. Se hincó de rodillas y abrió un pequeño saco negro lleno de instrumentos de lo más peculiar: una daga ceremonial, varias pinturas, velas de diversos colores y aromas, agujas, papel, pluma y tinta roja y negra. Por último, había una cruz protestante hecha de oro puro, que cogió y apretó con las dos manos como si se aferrara a su alma misma. Cerró los ojos y meditó con la cruz en las manos durante poco más de una hora. Siempre hacía más o menos el mismo tiempo, pero eso era lo de menos. Cuando terminó su "obligación" para con su gente, dejó la cruz de nuevo en el saco negro y, con los otros "instrumentos" se dirigió a unas escaleras que daban a unas termas. Allí se desnudó y se bañó en el agua limpia y helada. Su complejo peinado se deshizo al sumergirse con una sencillez que cubría de elogios mudos a quien había pasado horas preparándolo. Se extendió por el agua como flores carmesí, y se mezcló con los pétalos de jazmín que hoy había esparcido sobre la superficie de ésta. El Rey Carmesí le había ofrecido asistencia para estas tareas, pero ella siempre se había negado. Desde que Darvulia, su antigua consejera y maestra, había muerto, ella se había acostumbrado a hacer este tipo de cosas en solitario. Quizás ella misma tomara un aprendiz en el futuro, pero debía cumplir tres requisitos principales: ser vampiro, ser mujer y tener el espíritu adecuado. Ni siquiera hacía falta que fuera una apasionada del ocultismo o una persona extremadamente inteligente. Ella lo sabría cuando la viera. Erzsebet se siguió frotando los brazos con los pétalos del agua. Hoy le estaba costando limpiar sus pensamientos, pero eso estaba bien, pues el pasado parecía tener hoy una importancia inusual.

Por alguna razón recordaba su vida anterior, sus antiguas costumbres, la muerte de su marido, el dolor que sintió, el ataque de un noble rival, la embriagadora sensación de poder cuando metió al ejército invasor, incluido el noble, que quizás era barón o

algún título inferior, en su mazmorra. Y la traición. ¿Cómo olvidar la traición de sus compatriotas? No la habían condenado por torturar a jóvenes ni por bañarse en la sangre de nadie, la habían condenado por ser una mujer poderosa pero aislada en un mundo de buitres que se sentían amenazados si lo que tenían entre las piernas no los hacía superiores. Bañarse en sangre... es cierto que lo había hecho en alguna ocasión, pero no había sido para mantener su belleza ni robársela a alguna doncella. A los pajarracos ignorantes de la corona de Hungría les asustaba que lo que ella estaba haciendo en realidad fuera usar los métodos de tortura que tanto ella como su marido, como los mismos nobles, habían disfrutado haciendo en el pasado. Así que, para calmar sus débiles corazones, decidieron explicarse que una mujer sólo podía haber hecho esa clase de cosas para mantenerse joven y hermosa para ellos. Que ésa fuera la verdad que hubiera prevalecido con los años era repugnante.

A medida que repasaba estos eventos, se evaporaban de su mente como si fueran de humo. Ya no estaban. Siguió con la ceremonia.

Recordó de nuevo a Darvulia, la vieja bruja que la había introducido en ese vasto mundo. Ella sabía mucho y había sido una buena profesora para ser humana, no sólo en ocultismo, sino también en medicina y sabiduría antigua, olvidada ya por muchos. Por supuesto, no todo era bueno acerca de su "tutora", su talento había sido mancillado por ciertos de visiones distintas y distorsionadas mitologías que limitaban la verdadera sabiduría que ella podía ofrecer, por no hablar de lo paranoica y supersticiosa que se había vuelto con la edad. Había aprendido mucho con ella, desde luego, pero también había aprendido mucho desde que se separaron. Lo que en su momento había sido emocionante y prohibida "magia negra", era ahora una herramienta más, mucho más perfeccionada que antes gracias a montones de libros; bien en latín, acuñados por los mismos monjes que los prohibieron, o en idiomas extranjeros, escritos por hombres y mujeres con

conocimientos rudimentarios de la escritura pero mucho más precisos a la hora de explicar, casi poéticos. “La magia, como la alquimia, es el arte de ser y no ser, de pensar sin ser y de ser sin pensar, pero sobre todo de sentir”. En su momento le había parecido un galimatías escrito para impresionar a los curiosos sobre el tema, pero poco a poco eso se había convertido en la más alta verdad para ella. Su mente ahora estaba clara como el cristal, podía empezar.

Salió del agua ceremoniosamente y se secó con una toalla que también estaba adornada con motivos dorados. Había intentado mantener el lugar lo más sencillo posible, pero no podía librarse del lujo que siempre rodeaba a los súbditos importantes del rey Cornelius. Era suficiente; se puso una túnica negra por encima y se acercó al altar de las dos pequeñas columnas de plata. Inspiró y exhaló profundamente varias veces, empapándose del aire sagrado de esa estancia. Empezaba el verdadero ritual.

Dibujó dos círculos con tiza a su alrededor, uno dentro de otro, e inscribió en el interior del más pequeño un cuadrado con una estrella de David en su interior, que dividió varias veces hasta tener un complejo símbolo en forma de estrella. Cuando terminó, escribió entre los dos círculos varias palabras, la mayoría en latín, pero otras en una lengua mucho más antigua que debería haberse perdido ya hacía milenios. Otra de las ventajas de servir a un amante de las culturas perdidas y los secretos. Para terminar, colocó cinco velas blancas alrededor del círculo y una negra, mucho más grande, justo delante del altar. Puso también un cuenco sobre éste y se sentó de rodillas en el centro del círculo, con la espalda totalmente recta y una respiración, como dirían los poéticos libros de alquimistas ermitaños, “controlada pero natural”. Paso por paso, empezó a notar como su cuerpo empezaba a vibrar, desde los pies hasta su frente y finalmente toda su cabeza. Al hacer esto pudo sentir todas y cada una de las presencias de la sala. Obviamente no había ningún ser humano, pero consideraba a las velas como presencias y por lo tanto podía sentir las de igual manera. Esta vez intentaría hacerlo sin usar una sola palabra, así que prestó especial atención a la meditación del ritual. Era el momento. No se

encendieron una a una como un ejercicio normal, todas las velas, salvo la negra, empezaron a arder simultáneamente con una llama blanca y rojiza. Podía sentir por el ligero cambio en el calor de la sala que había logrado hacerlo de nuevo, pero ni siquiera pensó en ello. Ahora encendería la última mientras se concentraba en el pasado. Poco a poco; poco a poco. Ésta parecía costarle más que las demás, quizás no por su falta de concentración sino por otra cosa; algo que no acababa de visualizar. Varias gotas de sudor empezaron a caerle desde la frente hacia sus ojos, pero no hubo reacción alguna. Erzsebet estaba casi en trance, en ese estado de concentración absoluta que los iniciados al principio sólo pueden soñar. Por fin encendió la última vela y empezó a hacer crecer su llama mientras mantenía al mismo nivel todas las demás. La imagen que había sido un “lastre” durante esta sesión se empezó a desvelar: Una chica joven encadenada. ¿Cadenas? No, más fino que eso. Eran hilos; hilos del color rojo apagado de la sangre. Tras la imagen brillaban unos ojos verdes y tras estos se escondía... podía ver claramente...

Todas las velas lanzaron una llamarada al mismo tiempo. La vela negra se consumió por completo dejando sólo un pegote oscuro que manchaba el altar.

Erzsebet abrió los ojos de golpe. Esa visión había cobrado una fuerza casi incontrolable. Hoy había conseguido concentrarse a unos niveles que rara vez conseguía y lo que había visto era demasiado extraño como para poder explicarlo o interpretarlo. Le había parecido ver un dragón de sangre aullando desde un abismo imposible. No; no era exactamente un abismo, sino la no-existencia. De repente cayó en la cuenta de que su respiración se había acelerado considerablemente. La meditación de hoy había drenado sus fuerzas, pero había superado sus límites de nuevo. Salvo del dragón en el vacío, la condesa se olvidó del resto de la visión. A veces perdía algunos detalles cuando salía del trance demasiado pronto. Algo en la de hoy había sido demasiado fuerte incluso para su mente entrenada. Y es que lo que ella hacía era más que ver el futuro.

Finalmente, dejó de intentar recordar y volvió a pensar en la práctica de tener que darlo todo en batalla. Si quisiera hacerlo podría usar esa habilidad desde la distancia con efectos devastadores. Si podía juntar los materiales y llevarlos junto a ella haría que quienes la rodearan acabaran estallando o en llamas. Ella misma no saldría ilesa de una acción así, pero si conseguía mantener el mismo estado que hoy no habría herida que durase más de unos minutos. Aunque no había logrado retener completamente lo que había visto estaba satisfecha con el resultado. Cuando llegase el momento ella sería una pieza decisiva en la guerra del Rey Carmesí. Tenía hambre. Había pasado cerca de unas seis horas con un ejercicio mental tan intenso que había logrado superar de nuevo sus límites, cosa que por el momento parecía imposible tanto para ella como para cualquier otro vampiro, sin importar el clan. Cuatro humanos serían suficientes. En realidad sólo uno lo sería, pero necesitaba fuerzas para seguir practicando.

El rey trataba con especial atención y cuidado a su alimento. No los mataba ni permitía que nadie lo hiciera hasta llegado el momento. Ellos tenían una vida sana y llena de placeres a cambio de su sangre de la mejor calidad. Era una vida agradable, pero no dejaban de ser cerdos de granja, por lujosa que ésta fuera. Cambió de idea. El placer de poder consumir la vida de uno de ellos sería una recompensa adecuada para lo que había obtenido hoy. Sabía que el rey lo comprendería, sobre todo tras los resultados que acababa de obtener. También incrementaría su oscura reputación, que no había conseguido desvanecerse desde que abandonó Cachtice metida en un ataúd, claro que sus altercados con algún que otro noble siervo del rey también influían mucho. Le daba igual. El miedo era sólo otra de las barreras que la defendían. La condesa se abrochó la túnica y se dirigió hacia afuera. Quería ver una vez más el exterior y respirar el aire de allí.

El palacio real era lujoso e impresionante, muy bien iluminado y limpio, que a pesar de todo seguía siendo una cueva gigantesca. El ir aún con la túnica y con su peinado habitual totalmente deshecho despertó la curiosidad de cuantos vampiros se encontraba, pero

nadie le preguntó nada.

—Veo que vais de nuevo al exterior.

Una voz infantil resonó en su cabeza. No se molestó en buscarla, quien le hablaba no estaba allí.

—Alexander —contestó—. Disfrutáis espiándome furtivamente, ¿no es así?

—Sobremana. Sois una de las pocas cosas que me mantienen cuerdo aquí abajo.

—Eso me complace —sonrió la condesa mientras subía unas interminables escaleras en espiral—, pues tendré que partir pronto y quizás no vuelva nunca más. ¿No lo habéis oído?

—Soy un *upir*, pero no estoy en todas partes... y aún menos en este estado tan lamentable. Vuestros amuletos hacen su trabajo. Sois una hechicera admirable para poder debilitar así a un vera sangre.

—Alquimista —corrigió Erzsebet—. Aunque es cierto que la hechicería es mi especialidad.

—Decidme, ¿podéis verme ahora? Es todo un reto incluso para vos.

La condesa tardó sólo unos segundos en contestar.

—Las cadenas os sientan bien.

—Oh, vamos —se quejó el niño—. Eso es fácil de deducir. Deberéis esforzaros un poco más para impresionarme, condesa Bathory.

Erzsebet dio un suspiro y se detuvo. Cerró los ojos. Al cabo de un minuto consiguió ver la imagen clara de Alexander. Un vampiro que no llegaba a los diez años de edad y a pesar de eso estaba encadenado de manos y piernas con todo tipo de cadenas, correas y amuletos de debilidad, todos ellos preparados por ella misma. Alexander probablemente era capaz de comunicarse con ella gracias a estos últimos, sin embargo, eso mostraba lo peligroso que podría ser si se liberaba. Ese chiquillo era el secreto más grande del Rey Carmesí. Tenía el pelo ondulado, largo y limpio; también le habían vendado los ojos por si acaso, pues los de su clase tenían habilidades extrañas.

—Estáis horrible, dulzura, pero al menos os han lavado.

—¡Magnífico! Ahora sí. Habéis superado con creces el don de un vampiro normal. ¿Podrías lograrlo desde el exterior?

—Sois un mocoso descarado y creo que ya os he consentido demasiado, Alexander. ¿Por qué debería hacerlo?

La condesa siempre lo trataba de ese modo, pero no se llevaban mal en absoluto a pesar de ser enemigos. Era su forma de tratarse habitualmente.

—Siempre os digo lo mismo, condesa: por caridad. Llevo muchos siglos aquí, viendo sólo lo que mis habilidades me permiten. Como un muerto en vida.

—Se os da la oportunidad de morir, criaturilla. No la rechazéis.

—Sois cruel conmigo, pero tenéis razón. Aun así me temo que debo declinar por el momento. Sigo teniendo fe en mi futura liberación, aunque desde que creasteis ese amuleto para debilitarme ese día parece más lejano, pues mis habilidades se han visto seriamente mermadas. Os felicito, sin embargo; tenéis una voluntad muy fuerte.

—El amuleto también os han permitido espiarme como un chiquillo curioso —le cortó ella—. No me interesa vuestra autocompasión y bastante caridad habéis recibido de mí al no informar al Rey Carmesí de que no estáis completamente aislado.

—Oh, pero lo estoy. No os podéis ni imaginar el esfuerzo que me cuesta alcanzaros. Pero no todo el mérito es mío, creo que sois la única con la que puedo contactar gracias a vuestro entrenamiento.

—No me digáis. ¿Es eso lo que le decís a todos los demás? Está bien así. Pero hagáis lo que hagáis, recordad que entre el rey Cornelius y yo podríamos deteneros a vos y a todos los que convenzáis en caso de intentar algo. Y lo le apoyaré a él. Lo sabéis, ¿no?

—¿Por qué me torturáis con acusaciones infundadas? ¿No tengo bastante ya?

—No.

La risa agradable de Alexander se apagó en su mente. Había hecho que el muchacho perdiera la concentración. Era extraño ver como ese monstruo tenía una risa tan encantadora, digna del niño

que aparentaba ser. A decir verdad, ella se parecía más a ese monstruo que al resto de vampiros. Pálida y hermosa, aparentemente delicada pero sin dejar de ser una criatura de un poder inmenso y terrible. Tanto humanos como vampiros notaban esa sensación de miedo y la mayoría se apartaba instintivamente. Aunque había algunas excepciones. Tres, básicamente: los incautos, los locos y los sedientos de poder. En mayor o menor medida estos tres rasgos siempre se mezclaban.

—Ahora me gustaría ser directo antes de que me canse demasiado. Tengo una petición que haceros, condesa, no será nada que no esté en vuestra mano hacer y creo que nos beneficiará a ambos. Incluso puede que sirva al Rey Carmesí.

Erzsebet torció el gesto.

—Como siempre, podéis pedir lo que queráis, yo decidiré si hacerlo o no y si tratáis de engañarme lo pagaréis. ¿Estáis de acuerdo?

Esta vez era una amenaza seria. Alexander no se arriesgaría jamás a perder la única comunicación que tenía con el mundo exterior. Sabía que Erzsebet era lo bastante lista como para descubrir su juego aunque fuera lo bastante cauto y cortar para siempre su única vía de comunicación, esta vez del todo. No era algo por lo que se arriesgaría salvo que fuera muy importante. Alexander sonó un poco más distante que antes:

—Sabéis bien que no haría eso, condesa. Cornelius quizás sí, pero yo no hago las cosas así. No lo veo del todo justo, especialmente después de lo que habéis hecho por mí.

—Basta de halagos. ¿Qué queréis y por qué os toma tanto tiempo decirlo?

—Está bien —titubeó—. Desde que aprendí a ver más allá de este palacio tengo pesadillas recurrentes. Vuestro amuleto ha conseguido detenerlas parcialmente, pero temo que vuelvan. Estoy seguro de que no son algo natural.

—¿Y bien? Explicaos.

—El ancestro que me convirtió... ella. Veréis, era tan peligrosa para nosotros, sus súbditos, porque a veces tenía visiones del futuro y porque entraba en nuestros pensamientos con su voz.

Temo que lo que veo en mis pesadillas sean algo más que fantasías. Puede que su poder viva en mí.

—¿Algo que le quita el sueño a un vera sangre? Parece incluso interesante, así que sed breve y quizás os preste atención por un instante.

—Si tuviera que describiros los horrores que veo tardaría mucho más que eso. Sueño con el submundo. El lugar de donde vienen los ancestros. Sé que habéis leído sobre él y yo os puedo confirmar que es muy real. Sueño que nuestro cielo se desgarrar y en su lugar aparece aquella planicie eterna... ese vacío interminable. Veo los espíritus y demonios vagar por nuestro mundo con total libertad y... por más que intento librarme de estas visiones vienen a mí cada vez con más frecuencia. Hace poco empecé a verlas despierto. Me vuelven más fuerte, me enloquecen.... pero me aterra pensar que no sea el único al que le pasa.

El dragón rojo rugiendo desde la no-existencia. Quizás era algo por lo que valía la pena preocuparse, puesto que el dragón carmesí era el emblema del clan y de sus más altos cargos. Erzsebet se mantuvo un rato pensativa.

—Está bien. No hagáis una petición estúpida y puede que acceda.

—Necesito que creéis un objeto para comunicaros conmigo, como el amuleto de debilidad.

Mocoso descarado. Erzsebet no pudo evitar dejar escapar una risa entre dientes.

—Nuestra conversación termina aquí, Alexander, os deseo más suerte la próxima vez.

—Como queráis. Estoy seguro que en mayor o menor medida vos también habéis visto algo así. ¡No os pido que me liberéis, sólo dejadme “ver” con mis propios ojos que todo va bien! ¡Quizás incluso ayudaros!

—¿Y esto de “ver con vuestros propios ojos” lo haréis a través de los míos? ¿Por qué os tomáis tantas molestias esta vez, Alexander? ¿Qué tramáis realmente?

—Porque no os tengo miedo a vos, ni al Rey Carmesí ni al ancestro que me convirtió, pero me aterra la idea de tener razón en

esto. Sabía que no me creeríais, así que he hecho otra prueba por mí mismo. Si algún día os encontráis con alguien llamado “Carmille” prometedme que contactaréis conmigo. Cuando ella aparezca el juego habrá empezado.

Las últimas palabras de Alexander habían sonado casi imperceptibles. Estaba exhausto.

—Lo consideraré. Con esto debería bastaros. Por ahora será mejor que os pongáis cómodo en vuestro retiro personal.

No hubo contestación, pero seguramente habría recibido el mensaje. La telepatía era una de las habilidades que jamás hubiera creído posible hasta que conoció a Alexander. Al principio sólo cogía un par de frases sueltas, como pensamientos propios. Al cabo de los años, sin embargo, fue capaz de tener conversaciones cortas, de ver imágenes e incluso de revivir momentos del lugar en donde el niño vampiro se encontraba preso.

No podía indicar el sitio en el que él estaba exactamente, pero de querer buscarlo podría hacerlo. Alexander era todo un misterio; aseguraba saber mucho acerca de la verdadera historia de los vampiros, pero sólo revelaba vagos detalles que no podían ser comprobados. Tampoco quería contarle por qué estaba preso, pero eso había podido deducirlo la condesa gracias a sus primeros encuentros con el Rey Carmesí. Haría menos de cincuenta años que el vera sangre y ella se comunicaban. Quizás la razón por la que lo permitía era porque resultaba un delicioso secreto, oculto incluso para alguien como Su Majestad. Estaba bien saber que en ese aspecto ni siquiera el rey era intocable. Alexander solía ser siempre muy tranquilo y mesurado al hablar, nunca había perdido las formas en todo ese tiempo y sin embargo hoy parecía algo más desesperado por hablar con ella. O bien era un truco o las pesadillas le estaban volviendo débil... o bien estaba genuinamente preocupado por sus visiones. El dragón rojo aullando en el vacío de la no-existencia. ¿Podía ser eso el submundo del que le había hablado Alexander? Erzsebet continuó hacia el exterior y respiró el aire puro impregnado de olores a plantas silvestres y tierra. Había tomado una decisión. Crearía lo que Alexander le había pedido, pero sólo lo usaría si se encontraba con “Carmille”. Ésa sería la

- prueba que necesitaba para saber si Alexander podía ver realmente el futuro. Era peligroso jugar a esto, y más aún ahora que se le había prometido vivir como ciudadana libre del reino unificado. Eso era quizás lo que la hizo tomar esa decisión; siempre le había gustado añadir un toque de riesgo a la victoria final, lo cual le había causado no sólo derrotas, sino también victorias en el tablero del Su Majestad, lo que era toda una hazaña pues, bien fuera por falta de técnica, bien por cobardía, no había nadie capaz de derrotar al ajedrez al Rey Carmesí. Una jugada audaz que venía por su parte, por la parte de Cornelius y quizás de Alexander mismo, y cualquiera de esos movimientos podía significar una gran victoria o un error fatal. Los tres lo sabían, por eso dominaban el arte de la guerra.

La condesa se había ganado un mote en cierto modo despectivo pero que ella adoraba: la Reina Carmesí. Era la pieza que más poder tenía en el tablero de Cornelius, superior en fuerza a todas las demás y en valor únicamente inferior al propio rey. En todos estos años jamás había codiciado el poder del monarca, nunca lo había cuestionado y había tratado de comprenderlo. No lo había conseguido, pero tenía una ligera idea de cómo era él realmente y por eso se había ganado la inquina de muchos de los generales para los cuales el monarca seguía siendo una figura insondable. A ella le daba lo mismo. Pronto un antiguo enemigo caería por fin, Su Majestad adquiriría un poder más absoluto aún y ella algo aún mejor: la libertad. Erzsebet sonrió amargamente. ¿Qué podía significar la libertad siquiera para alguien como ella? No la deseaba más allá de una pueril curiosidad. El rey le podría prometer que Cachtice, su castillo, le fuera devuelto, pero no estaba segura de desear ese tipo de vida de nuevo. La condesa sangrienta había torturado y asesinado a cientos de vírgenes; y no tan vírgenes, soldados enemigos o incluso a algún que otro noble que se atrevió a invadir sus tierras y tuvo la mala fortuna de caer en sus manos. Pero era cosa del pasado. “Era y no era”, como dirían los alquimistas.

Erzsebet sentía una angustia que no podía explicar. Quizás era

porque se había aferrado a servir al Rey Carmesí para poder sobrellevar su propia existencia y esa etapa llegaba finalmente a su conclusión. No importaba. El apego iba en contra de su filosofía. ¿Qué haría ahora? Pronto lo sabría. No estaría de más tener en cuenta las palabras de Alexander. Ayudar a aquel chiquillo cautivo la mantendrían ocupada y evitarían que acabara por perder los estribos y arrasar ambas facciones, o incluso a los humanos. Ella podía acabar siendo ese dragón rojo, rugiendo desde el centro de una destrucción eterna. Por fin había conseguido interpretar la visión: un posible destino fatal tanto para ella como para quienquiera que estuviera cerca si eso ocurría. Sonaba aún más aburrido que la existencia actual, así que decidió descartarlo por el momento. No permitiría que doscientos años de immaculada lucidez se echaran a perder de esa manera. La condesa contempló el sol del crepúsculo mientras se le escapaban las últimas palabras que pronunciaría hoy:

—El dragón bien podría ser yo, ¿verdad, Alexander? Pequeño lambrijo... ¿Qué es lo que has visto?

Capítulo 14: La guerra olvidada

Había vuelto a su “hogar” poco después de anochecer. Juste le estaba esperando, aunque sin su espada. “Mañana por la mañana la tengo, cuenta con ello”, le había dicho pero, aunque no dudaba de sus buenas intenciones, no había podido evitar poner su expresión más seria y amarga mientras subía escaleras arriba sin contestar más que un rudo gruñido y un “No pasa nada. Mañana la necesitaré sin falta. No quiero más muertos”. No había dicho exactamente eso y parecía más bien que estuviera amenazando a su pobre anfitrión, pero había sido extraño confiar tan rápidamente en él y posiblemente un error catastrófico desprenderse de su espada como si se tratase de una baratija cualquiera. Julio le habría dado un bastonazo en el lomo.

“¡No te pego en la cabeza porque si te dejo más tonto olvidas respirar, so cazurro! Al menos aprenderás a aguantar golpes como un cabrito, que contra los vampiros bien sirve también, ¿sabes?”

Mal debían de andar las cosas para sentir nostalgia por un recuerdo como ése.

A pesar de ser de noche no era muy tarde y todas las camas de arriba seguían vacías. No tenía sueño. Las tareas a las que tenía que enfrentarse mañana requerían una energía que ahora mismo no tenía, pero aun así su cuerpo se negaba a dormir. Pensaba en lo cerca que podría estar del vampiro que se lo arrebató todo, en lo que tardaría en descubrir el cubil de ese demonio, en las vidas que se perderían, en aquella casa abandonada; en Blanche. Le tenía aprecio a esa mujer, y era por eso que no debía permitir que se viera involucrada. Mañana le pediría que le devolviera ese libro y volvería

a lo suyo; podría encontrar al vampiro por su cuenta. De hecho, cuantas menos personas se vieran metidas en sus asuntos mejor. Había actuado sin pensar en algunos aspectos, tirando por la borda años de enseñanzas. Como el vampiro. Blanche, Juste y la espada podían ser tres errores importantes. No debía formar lazos con nadie, menos aún cuando el monstruo al que perseguía disfrutaba destruyendo las vidas de los seres queridos de sus víctimas. Sabía que era un error, pero no se sentía tan mal por ello pues al menos sabía también por qué los había cometido. Se sentía viejo y solo. No era tan viejo y sin embargo sí lo era. Llevaba mucho tiempo ocupándose de los vampiros y eso era una carga muy grande. Julio lo sabía, aunque su viejo maestro esperaba que él jamás tuviera que llevar a cabo el mismo acto abominable que él: entrenar a un sucesor que llevara su legado de soledad y muerte. Sin duda habría otros cazadores con otros métodos, pero Klaus seguía los pasos del viejo Julio y no había tenido nunca serios problemas. O tal vez sí; había estado cerca de la muerte en muchas ocasiones, pero no se había sentido realmente en peligro en ninguna de ellas, sólo en un extraño estado de alerta que le hacía actuar como un autómatas mientras repetía una y otra vez ataques, defensas y, cómo su maestro decía: “esquivas con los pies y la cintura, bloqueas con tu arma y agarras con los brazos o con lo que puedas, pues cuando así no puedas te habrá de doler”.

¡Señor! A este paso no se dormiría nunca.

Pasos, lentos, pesados, subiendo. La puerta de la habitación crujió.

—Esto... eh, compadre, ¿estás dormido ya?

Era Juste. Tardó un poco en reaccionar, pero era más por sacudirse los pensamientos que por estar finalmente cayendo en la oscuridad de un sueño.

—No. Estoy bien. Despierto.

Se levantó de nuevo y salió en silencio para no molestar a sus compañeros de habitación. Por el momento sólo se los había encontrado durmiendo o cuando ya se habían ido y, de ser posible, quería mantener las cosas así.

—No quería molestar, pero te he visto un poco alicaído allá

abajo. Siento no haber tenido la espada lista para hoy, pero mis amigos no son expertos y les toma tiempo. Es una espada bastante buena, ¿dónde la compraste?

—Mi maestro la mandó forjar desde su país. Fue un regalo.

De despedida.

—Un regalo de los buenos —añadió Juste—. Tranquilo que te la devolveremos como nueva y lista para... ya sabes.

—Ya sé. No es problema. Cuesta dormir.

El gigante soltó una sonora carcajada.

—Cuesta dormir, ¿eh? Ya, mis camas no son precisamente de primera categoría y los huéspedes roncan que hasta los oigo desde abajo. Lo que puedo hacer es invitarte a un trago para compensarte por la espada. ¿Qué dices?

—Tú no cobras por dormir aquí, tampoco por reparar mi espada. Hoy invito yo.

Error. No debería haber dicho eso. En primer lugar había resuelto a aislarse tanto de Blanche como de Juste y en segundo lugar no tenía casi dinero y el poco que conservaba era de lo que los vampiros de su última cacería. Normalmente también cogía algunos objetos de valor que pesaran poco y fueran fáciles de vender, pero se había dado mucha prisa en seguir su camino hasta Lyon. Si hubiera sabido que se detendría aquí, entonces se habría tomado su tiempo en recoger algún que otro cachivache.

—¿Tienes dinero? ¡Serás malandrín! ¡Y yo que pensaba que vivías del aire!

—Vivo una vida sencilla. Tengo poco dinero pero lo uso con cuidado. No bebo, no como mucho y cazo si hace falta. Cazador de animales es más fácil que cazador de vampiros. Se vive bien por esta zona. Casi siempre hay comida. Acostumbro a vivir al raso. Más barato.

Juste volvió a mirar al polaco con esa expresión. No le creería por mucho que jurase y perjurase. Eso era una ventaja tanto para los vampiros como para él, pues el hecho de que hubiera gente que negara su existencia hacía más fácil su anonimato. Aunque por supuesto había mucha, mucha gente que creía en ellos; en algunos casos excepcionales pagaban dinero por matar vampiros y en otros

mucho más excepcionales los vampiros eran verdaderos. Por el momento, todos los cazadores con los que se había encontrado eran salteadores de tumbas que apuñalaban cadáveres en los cementerios a cambio de una limosna.

—Entonces, ¿vienes? —dijo Juste, quien estaba entusiasmado por alguna razón.

—Sí. Voy.

Klaus salió de su ensoñación y se levantó tan rápido como sus crepitantes huesos permitían. Quizás los golpes de su maestro no le habían ablandado la sesera, pero lo que era la espalda parecía una armadura oxidada; aún se movía con bastante facilidad, pero se notaba el gruñido que en unos cuantos años se convertiría en un dolor crónico. Era horrible hacerse viejo tan deprisa.

—No quiero estar fuera mucho —añadió Klaus—. Tengo que dedicar mi tiempo a mi trabajo. ¿Vuelvo pronto?

—Descuida, yo tampoco soy un animal nocturno. No te dará tiempo ni a emborracharte.

—Está bien.

El cazador de vampiros siguió cabizbajo a aquel hombre enorme. No sabía muy bien cómo expresarlo y seguramente estaba de más hacerlo, pero lo cierto era que no le daría tiempo a emborracharse ni aunque pasaran allí hasta el mediodía del día siguiente. Era verdad; Klaus tenía una habilidad innata para aguantar el alcohol, vitoreada por sus antiguos compañeros y superada sólo por uno de ellos. Franz “Barriga de Hierro”; un tipo afable, gordo y honesto hasta que se emborrachaba en serio y se convertía en una auténtica bestia parda. Por suerte eso no pasaba casi nunca, pues ni siquiera él había conseguido tumbarlo bebiendo, y eso que lo intentó en más ocasiones de las que podía recordar. Era una pena, hubiera sido una divertida anécdota que contarle a su anfitrión, quién tenía pinta de ser del tipo de personas que escuchan historias. Santo cielo, realmente estaba envejeciendo. Tras hacer una pequeña recopilación de sus últimas aventuras Klaus suspiró profundamente. Más valía que el vampiro que estaba buscando fuera el que esperaba. Era bastante misterioso, casi interesante a causa de su extraño comportamiento. Parecía saberse

lo que se hacía como nadie o actuar como un loco.

—¿Está lejos? —dijo el cazador tratando de dar un poco de conversación. No podría soportar otro rato aguantando sus propios pensamientos.

—A tiro de piedra, si tienes buen brazo —rio—. Puede que no lo parezca, pero éste sitio está más bien elegido de lo que parece. ¡Alejado del ruido y los problemas, pero lo bastante cerca de ellos por si quieres disfrutarlos!

“Siempre cerca pero nunca allí.” Las palabras de Juste habían sonado exactamente como la descripción de Julio sobre los escondites de los vampiros. Era bastante siniestro.

—No te preocupes, normalmente el que encuentra problemas es quien los busca, conmigo estarás a salvo.

—¿Te conocen?

—No mucho —rio Juste—, pero soy grande y la gente se lo piensa dos veces. Bah, olvídale, el sitio está bastante bien y sirven buen vino.

Klaus le devolvió la sonrisa.

—¿Tienen cerveza?

—¡¿Que si tienen?!

—Sí.

—¡Ya te digo que sí! ¡No soy muy de beber cerveza, pero qué demonios, hoy tal vez haga una excepción!

El cazador de vampiros miraba inquieto hacia a los lados. La calle no estaba lo bastante desierta como para que ocurriera algo. Tenía la esperanza de que su presencia atrajese al vampiro que perseguía, como si aceptara su desafío y saliera a su encuentro.

—Lo buscas con la mirada, ¿eh? —dijo el zíngaro— No te preocupes, compadre, está más cerca de lo que parece.

El corazón le dio un vuelco. Por un momento pensaba que Juste estaba hablando del vampiro. Lanzó una mirada de sospecha al alegre gigante cuando vio el local. Todo de madera. Tenía pinta de ser un edificio bastante moderno pero no inspiraba confianza. Quizás fuera por el olor a meados sobre la madera. Había varios hombres en la entrada, unos más pasados de vueltas que otros, pero apenas le prestaron atención. Juste entró y sujetó la puerta al

cazador. Inmediatamente un extraño olor a comida caliente le golpeó en la cara. Tanto él como su estómago vacío coincidieron en que comparado con el exterior no olía nada mal.

—Pienso que parece buena, la comida.

Como si sus palabras le acabaran de alegrar el día, Juste sonrió de nuevo e indicó que se sentara donde pudiera. Era un local mucho más grande de lo que parecía por fuera, pero estaba tan lleno de gente que se hacía pequeño. Había un grupo de hombres apelotonados alrededor de una mesa en la que jugaban a los dados y de la cual provenía gran griterío. En otras se dedicaban a bromear entre ellos, a beber en silencio o, en alguna que otra menos frecuente, a comer. Había una sola mesa vacía en el centro como el ojo de un huracán. Juste la movió para ver si cojeaba; lo hacía, pero si uno se fijaba bien podía ver que gran parte de las otras también. El suelo estaba algo desnivelado, los vasos dejaban mucho que desear en cuestión de higiene y de vez en cuando se veía alguna rata corretear de un rincón a otro, desplazándose deprisa para obtener restos de comida sin que la pisaran. Contra las ratas había un gato que hacía de vigía en uno de los barriles, pero parecía ser el más bien alimentado de todo el local y sólo movía el cuello de un lado a otro como si fuera la única parte con vida del animal. A unos pasos de éste se encontraba el tabernero: un hombre de un bigote digno de un mariscal, de mirada taciturna y expresión inteligente, que compensaba con una nariz demasiado hacia arriba. Parecía que sabía llevar bien el local.

—Este tabernero tiene buena pinta.

—¿Buena pinta? —titubeó Juste mientras se sentaba pesadamente en uno de los taburetes.

Estaba claro que lo había malinterpretado en demasía.

—¡No! —Se apresuró el cazador—. Tiene cara de saber hacer. Este sitio ser bueno y hay para los impuestos. Las buenas tabernas hacen eso.

—¿Para los impuestos?

Klaus señaló con la mirada una alfombra en el suelo.

—Sus tablas están huecas, seguro. Buenos taberneros saben que los impuestos son difíciles. Tienen siempre barriles escondidos

para pagar más barato. No sé explicar bien, ¿comprendes lo que digo?

Juste frunció el ceño y luego sonrió como si hubiera descubierto un tesoro oculto. En cierto modo lo había hecho.

—¡Ya te comprendo, compadre! Tienes ojo clínico para encontrar cosas, ¿eh?

—Soy experto en escondites —dijo Klaus sin ninguna modestia—. ¡Y antes experto en tabernas!

Ambos rieron.

—¡Tabernero! —gritó Juste— ¡Eh, tabernero! ¡Un tinto para mí y una cerveza para mi amigo!

Al final, su amigo no se había atrevido con la cerveza. Por más que uno tenga la intención de cambiar, la costumbre tiene su propia fuerza de voluntad.

Como un animal que oye a su presa, el tabernero les lanzó una mirada penetrante y asintió con la cabeza. Luego se dio la vuelta y empezó a prepararlo todo.

—¿Lo lleva todo él solo? —exclamó el cazador algo sorprendido— Es mucho trabajo; para alguien experto también.

—Es mucho —asintió Juste—, pero no demasiado. Fíjate. La mayoría de estos no tienen dinero para beber mucho, así que se aseguran de que les dure para que no les echen. Los de las cartas llevan ahí toda la tarde, pero atraen curiosos y eso le gusta al dueño. A veces está aquí la mujer si se llena demasiado. Marie, creo que se llama.

—¿Y él?

—Roland, pero no le gusta que le llamen por su nombre a no ser que te lo haya dicho él. No es mal tipo, pero si le caes mal te escupirá en la bebida. Yo empezaría con buen pie.

—Tabernero normal, pues, ¿no? —rio Klaus.

Esta situación le gustaba. En parte se había dejado llevar porque las últimas semanas se había visto asediado por sus recuerdos y porque hacía literalmente años que no echaba un trago. No podía ser tan malo.

El tabernero Roland vino al cabo de unos minutos con una cerveza y un vino tinto. Supo adivinar para quién era cada cosa y se

marchó asintiendo la cabeza de nuevo pero sin bajar la vista. También había colocado un pequeño plato con un poco de pan con queso. El polaco cerró los ojos e inspiró profundamente para olfatearlo en todo su esplendor. Olía delicioso.

—Esto es lo que pone a los nuevos clientes o a los muy viejos —dijo Juste—. El queso lo hace un primo suyo, si te interesa vende el redondel entero, pero es enorme.

Si pudiera lo compraría y se lo comería allí mismo sin importar el tamaño. Ese queso le recordaba que no hoy había comido en todo el día.

Antes de que pudiera lanzarse a él, Juste le miró seriamente.

—Yo comí antes, de vuelta a casa y estoy algo lleno. Si no te gusta podemos esconderlo, pero será mejor que no quede nada en el plato.

Una sonrisa estúpida se dibujó en la cara del cazador de vampiros. Quizás Juste se había dado cuenta de que Klaus no podía ocultar el hambre de todo un día de vagar por la ciudad.

—Tú come algo también, yo no puedo con todo —mintió.

—Bueno, un trozo de queso siempre pega con este vino.

Y tras decir esto, Juste cogió uno de los pedazos más pequeños y lo engulló de un bocado. Cualquiera diría que había comido ya. El polaco sin embargo no le prestó atención y se lanzó sobre el pan y el queso con una avidez digna de las criaturas a las que cazaba. Cuando se dio cuenta tenía una rebanada entera en la boca. Juste rio de nuevo.

—¡Por la santa virgen! ¿Cuánto hace que no comes?

—Ayer por la mañana —contestó tragando apresuradamente—, pero comí bien.

Era cierto, había cazado un conejo y se lo había comido entero él solo. En ese lugar había tan buena caza que con una de las trampas más sencillas se había cobrado una gran pieza.

—¡Como si eso fuera excusa! —exclamó el gigante con una carcajada—. Eres un tipo duro de roer, Klaus. Dime, ¿de dónde has dicho que eras?

—Cerca de Tarnobrzeg. El asentamiento pequeño minero cerca del pueblo.

Juste se rascó la cabeza.

—¿Y eso dónde está?

—Polonia. Muy en el norte de aquí.

—¿Es un buen sitio?

Klaus contestó con un gruñido afirmativo. Luego hubo unos segundos de silencio y habló de nuevo:

—Era.

Si no hubiera devorado ya el poco pan y queso que quedaba en el plato los habría dejado allí por el resto de la noche. Lo que ocurrió allí le hacía casi tanto daño como el primer día. No necesariamente porque lo recordara bien, sino porque se obligaba a sí mismo a que le doliera para seguir adelante en su búsqueda de venganza. Porque era venganza lo que buscaba; la justicia venía implícita.

—Tuvo que ser duro. ¿Quieres hablar de ello?

—No me pongo a llorar sólo por una cerveza, tranquilo. Sí, es duro, pero no quiero olvidar.

Sólo le había contado esa historia a su maestro, quien ya había visto el trágico desenlace. Se había obligado a mantenerla para sí mismo, pero hoy había roto con muchos de sus “votos” y sentía que uno más no le haría daño. Una mano en su hombro le sacó de su ensoñación.

—¡Eh, amigo! —dijo un hombre bastante grande a su espalda— No te he visto por aquí antes. ¿Eres nuevo?

—Soy.

—Verás —continuó el hombre—, la costumbre de aquí es que el que es nuevo tiene que servir de silla para uno de los viejos parroquianos, durante unas horas. Si aguanta se le permite quedarse, si tiembla y se cae lo echamos. Aquí sólo pueden beber hombres.

Unas risas se escucharon tras él. No era más que una apuesta entre amigos, pero aquel hombre no parecía muy amigable.

—Yo no soy nuevo aquí —espetó Juste.

—Jódete, zíngaro del diablo. Estoy hablando con mi amigo el ceñudo.

Estaba borracho, pero sus amigos le seguían riendo las gracias en la mesa de detrás. Alguno de ellos había puesto cara de pánico

cuando su amigo le había soltado eso a ese tipo tan grande, pero de seguro le apoyarían si la cosa pasaba a mayores.

Juste se levantó. No parecía buscar pelea, pero su sola presencia hizo que los cuatro amigos del borracho se volvieran hacia él, impacientes.

—Eh, te he dicho que vas a ser mi silla esta noche, maricón.

—Yo no soy ninguna silla.

—¡Pero si eres extranjero! —rió— ¿A qué has venido, buitre? ¿A robarnos el pan o a follarte a nuestras mujeres a punta de cuchillo?

No entendía todas las palabras de ese hombre, pero había captado lo que quería decir en su totalidad, y no le había gustado. Juste ahora sí que parecía enfadado. La tensión se podía mascar en el aire y todo parecía apuntar a que habría una pelea en breve, pero Klaus seguía impasible.

—Escucha amigo —empezó a decir Juste—. No queremos problemas, pero si nos buscas las cosquillas acabaremos mal.

—Juste —le dijo—. Todo bien. Deja que hable.

El cazador miró primero a su compañero y le hizo ver que estaba tranquilo; luego, se dio la vuelta y miró al borracho cara a cara. Éste retrocedió. No es que fuera especialmente grande como su compañero, pero sabía que tenía cara de pocos amigos. Decidió aprovechar eso.

—Tengo mala pinta, ¿eh? Ven. Voy a decir una cosa a ti y tus amigos.

Y nada más decir esas palabras avanzó hacia la mesa donde los cuatro hombres le esperaban, alguno de ellos se levantó al ver que venía hacia ellos. El tabernero les miraba de reojo con el ceño aún más fruncido que antes.

Cuando el polaco se colocó delante de la mesa, el borracho recuperó su valentía.

—¿Vas a ser mi silla o no? Si lo haces bien hasta te enseñaremos a hablar como una persona, ¿eh, gente?

Una vez más, algunos de sus compañeros rieron y se miraron entre ellos, nerviosos. Klaus, en cambio, puso cara de tener malos humos. No eran una panda de rufianes, así que esperó saber lo que hacer esta vez.

—¡Yo no sé hablar bien! —rugió— Hablo francés mal y no sé evitarlo, pero sí sé aceptar un desafío. ¡Ahora te enseño lo que se hace en mi país!

Parecía que el cazador de vampiros iba a comérselo vivo allí mismo cuando se sentó frente a la mesa y apoyó su codo derecho en ella, con un golpe.

—Si pierdo, ronda para todos. Yo pago todo. Si gano, ronda para todos: tú pagas.

La tensión del ambiente se desvaneció entre vítores y carcajadas.

—*¡Ai les boules d'acier!* —dijo uno de ellos riendo y aplaudiendo— ¡Venir aquí hasta nosotros y soltar eso! ¡Sí señor, como tiene que ser!

—¡Si soy yo lo acepto! —exclamó otro de ellos.

Los amigos de aquel individuo empezaron a alentarle y darle codazos amistosos. Al cabo de unos momentos, la expresión iracunda del borracho se empezó a ablandar.

“¡Venga, no te nos acobardes que esta noche nos emborrachamos gratis!” o “¡Dale duro y que pague!”, incluso había alguno otro que le animaba a él con un “¡Ahora por bocazas le vas a pagar una cerveza a este tipo!”

No se podía permitir perder, así que miró al hombre (que era algo más grande que él) y trató de intimidarle con la mirada. Al final se sentó delante de él y le agarró el brazo, acompañado de los gritos y hurras de sus amigos y algún que otro curioso.

Juste estaba detrás de él y se había sumado a los espectadores que había atraído Klaus con sus gritos. Al poco había todo un corrillo a su alrededor. Uno de los amigos de aquel hombre empezó la cuenta.

—*¡Un, deux, trois!*

Su contrincante empezó a tirar un poco antes, pero él estaba ya en tensión. No tiraba hacia adelante, pero hacía cara de hacer fuerza, incluso se puso rojo.

—¡Va, Marcel, que ya lo tienes cansado!

Marcel creyó a sus compañeros e hizo un último esfuerzo por llevarse al cazador. Su brazo cedió un poco, pero seguía aguantando. Al cabo de treinta segundos el borracho se empezó a

cansar y Klaus desató toda la fuerza de su brazo. Aquel hombre era más fuerte que él, pero estaba borracho y había malgastado sus fuerzas. Haciendo acopio del resto de sus energías, Marcel gritó de esfuerzo mientras lograba hacer retroceder de nuevo a su adversario. Si no le ganaba ahora ya había perdido. Klaus gritó también y equilibró de nuevo el pulso. Poco a poco la resistencia de Marcel fue decreciendo hasta un punto en donde su brazo seguía inmóvil. Dejó de hacer fuerza un instante y luego volvió a arremeter con todo su brazo. Cedió. El grito de derrota de Marcel fue silenciado por los “¡Hurra!” de los espectadores. Habría sido exagerado decir que todo el local observaba, pero incluso los jugadores de cartas habían parado un momento para mirar.

Marcel le miró con cara de pocos amigos y tras pensarlo un rato dijo:

—¡Dita sea! Estás fuerte como un oso. Me has costado una ronda entera.

No había sonado muy amigable y había entendido bien poco, pero justo después, Marcel soltó una risotada que se sumó a la de sus amigos. Ahora sí había ganado.

Las palabras del viejo Julio resonaron en su recién lograda victoria:

“Matar vampiros suele resultar a veces como una pelea callejera: tienes que procurar ser tú quien dé la primera y la última puñada. No está de más recordar, zagaleta, que una buena forma de vencer es ahorrarse la pelea... o acabarla antes de empezar, que lo mismo suele ser, mas de tanto en tanto se diferencian.”

Tenía toda la razón. Tenía también experiencia en este tipo de problemas y lo había resuelto bastante bien. Se sentía estúpido. Estaba más orgulloso de haber ganado un pulso en un local de mala muerte que de haber llevado a cabo su misión durante todos aquellos años.

Juste y él bebieron la otra ronda apresuradamente y se prepararon para marcharse. Antes de irse, Klaus se aproximó de nuevo a la cuadrilla y le ofreció la mano a su oponente.

—Esto era un duelo de caballeros —dijo—. Eres muy fuerte.

Marcel no se lo pensó dos veces y le dio la mano apretando con

fuerza.

—¡Me has hecho el brazo polvo, *tabarnack!* ¡La próxima vez estaré sobrio y me emborracharás tú con lo que pagues!

Y con esas palabras le dio también una palmada en el hombro y cayó de nuevo en su asiento. Había sido todo un desafío, pero parecía que podría incluso entablar amistad con ese hombre... al menos si tuviera dinero para pagar en caso de perder. En el fondo Marcel no era mala persona, le recordaba a algunos de sus compañeros de armas en el pasado. El cazador de vampiros asintió con orgullo y se despidió del resto. Todo había acabado bien, pero había tenido suerte, todo había que decirlo.

Si Marcel no hubiera sido una persona honesta hubiera tenido problemas, pero estaba seguro de que el tabernero hubiera evitado que la cosa fuera a más. De todas formas lo había hecho lo mejor que había podido. Juste no había dicho nada más desde que ganó el pulso. Se le veía algo tenso, aunque era normal teniendo en cuenta que parecía que uno de los dos bandos iba a hacer estallar la "guerra". Estaba alterado pero preparado, como antes de una batalla. Klaus se enfrentaba a la muerte cara a cara, pero un cuchillo oculto era algo de lo que guardarse antes y después de una pelea y requería estar tanto atento como "nervioso".

—¿Bien, Juste? ¿Todo bien?

—Sí, sí. Claro —contestó él algo atolondrado—. Estaba pensando que te has manejado muy bien antes.

—Rutina de antes, pero no de ahora.

—De antes, ¿eh? ¿Qué es lo que eras antes de ser cazador?

—Yo digo soldado, pero era muy bajo. Poco más que mercenario. Primera y segunda línea usaban espadas como la mía. El capitán decía que luchamos con piqueros y vencemos, luchamos con caballos y vencemos. Era cierto... pero a veces ni caballos ni piqueros. La guerra es complicada —sonrió.

Juste le devolvió una sonrisa forzada. Era un pésimo mentiroso con las expresiones; Klaus supo en ese instante que su anfitrión no le tenía mucho aprecio a las batallas. Tanto mejor.

—¿Para quién luchabas?

—No para quién, contra quién. Napoleón siempre. Serví desde

unos años antes de la tercera coalición. El jefe siempre cambia, el enemigo no. No recuerdo el nombre de la guerra, para mí era la misma.

—¿Por qué luchabas?

—Por pobreza, por gloria y por obligación. Pensaba que una guerra era como en los cuentos y que no podían vencerme. Muchos jóvenes piensan igual que yo, luego conocen la verdad. Al menos yo no acabo tullido antes de darme cuenta. He cometido errores en la vida.

Juste asintió y acarició suavemente una de sus pobladas cejas. Como si tratara de adivinar algo de su pasado.

—¿Aprendiste francés luchando contra los franceses?

—Casi aciertas. Aprendí esto que hablo hoy hablando con gente francesa —dijo el cazador—. A veces amigos, a veces enemigos, a veces prisioneros. Nunca yo he sido el prisionero, por suerte. La batalla es mala, pero después viene lo peor. El honor se gasta al final del día, la gloria sólo es para los que mandan y la sangre el recuerdo del soldado. Hablo como un viejo cansado. Hace muchos años de esa guerra.

—No eres viejo, pero eres perro viejo.

—He visto cosas que hacen viejo. Nadie debería verlas nunca.

—Te creo, compañero. Yo no luché en ninguna guerra, pero la cosa fue muy mal durante un tiempo.

—¿También tienes historias?

—Sí —dijo con un suspiro—, también las tengo. Mi padre era comerciante. No era de los mejores, pero vivíamos bien. En algunos sitios se negaban a tratar con nosotros y por lo general no pasaba mucho tiempo antes de que cambiáramos de lugar. Pero un día la cosa fue peor. Nos atacaron unos bandidos, me separé y me quedé solo. Estuve vagando como un tonto haciendo un poco de esto y un poco de lo otro para ganarme la vida. No quiero dar muchos datos —sonrió—, yo también era más joven y aún no tenía la cabeza bien amueblada. Digamos que casi acabo mal por hacer cosas que no debía. ¡Qué cuernos! Te lo cuento: peleaba por comida, luego por dinero y al final casi termino haciendo de matón para gente de mala reputación. Cuando lo pienso de nuevo me daría a mí mismo de

testarazos.

—Es el pasado —dijo el cazador—. Ya no existe, sólo para aprender. —Y para no olvidar.

Todos cometemos errores. Él se había visto forzado a comprenderlo gracias a su propia historia, llena de muerte, dolor y decisiones equivocadas.

—Fue Blanche la que me hizo reformarme —continuó Juste, como hablando para sí—. Hace diez años que vivo honestamente y voy tirando lo bastante como para echar una mano a los demás. Consigo mantener todo el tinglado yo solo, más o menos, pero Blanche y la gente de la parroquia me ayudan con lo que pueden. También tengo algunos buenos socios que les dan a mis huéspedes algo que hacer y un poco de dinero, si les hace falta, con lo que tampoco se quedan demasiado tiempo. Lo he pensado mucho y esto es lo que quiero hacer en la vida, compadre. Tú lo has dicho: la gloria y el honor para los que mandan. Blanche... cuando me conoció parecía aún una cría. Debía rondar los diecimuchos todavía... y aun así era diferente a cualquier persona que hubiera visto antes.

Juste dio un respingo.

—¿Blanche y tú...?

La risotada sincera de Juste disipó toda duda.

—¿¡Qué dices, bribón?! ¡Si casi podría ser su abuelo! ¡Blanche está casada con Dios, hombre!

—Ya... con Dios.

—Se queda a las mejores, ¿eh? —bromeó el gigante.

Klaus asintió con un gruñido. Ahora sí parecía cansado. Pero no era sólo eso.

—Lo que quería decir —prosiguió el zíngaro— es que inspira confianza y respeto... es como si...

—Quieto —dijo de súbito el cazador.

Sentía algo. Él no era bueno para esas cosas, pero podía notar que un vampiro había estado en esa calle no hacía mucho. Era poco más que una corazonada de esas en las que normalmente no confiaba.

—¿Ocurre algo? —balbuceó Juste sorprendido— ¿Es por algo

que he dicho?

Sin prestar atención a su compadre, el polaco se colocó el “óculo” y empezó a mirar alrededor. Algo andaba cerca.

—Hay uno —dijo.

—¿¡Qué?!

—Un vampiro. No te separes de mí. No sé si cerca o no.

Juste adoptó una expresión del todo seria. Aunque no parecía asustado ya no parecía tomarse a broma su profesión. Tal vez él también lo sentía.

El rastro era tan claro que brillaba. Esta presa era algo sin precedentes. Mucho más peligroso que nada que se hubiera encontrado antes. Estaba seguro que se trataba de un ancestro. Estaba desarmado, pero no podía dejar escapar una ocasión así. Debía seguirle el rastro a toda cosa.

—Ve a tu casa —ordenó a Juste—. Corres y no paras. No mires atrás.

Tras decir esto, echó a correr siguiendo el rastro brillante que revelaba el monóculo. Siguió corriendo por un callejón estrecho que parecía no tener final ni salida. Tenía ambas cosas. Tras salir por éste, torció hacia el puente y siguió adelante hasta su mismísimo centro... pero el rastro desaparecía antes de llegar. Se había volatilizado. Juraría que había visto algo allí hacía unos instantes, pero ahora no veía nada.

—¿Dónde estás...? —murmuró— ¿¡Dónde estás!?

Silencio. Se le había escapado. Incluso el aura no estaba ya; como si su presa se hubiera desvanecido allí mismo. Escupió al suelo como lo hubiera hecho su viejo maestro. No, eso sería demasiado para él. Julio lanzaba gargajos pegajosos y amarillentos por el tabaco cuando estaba enfadado, en ocasiones directamente hacia la razón de su enfado, fuera humana o no. Pasos. Algo se acercaba bastante rápido.

Sin pensarlo dos veces, sacó un cuchillo de la bota y se preparó para recibir lo que fuera que viniese detrás de él. Al ver salir al zingaro por el callejón sus músculos se relajaron.

—Dije corre a casa —exclamó indignado.

—Y yo no dije “de acuerdo” —replicó Juste—. Soy el

responsable de que no tengas espada, si te pasa algo la culpa sería mía.

—No es verdad. Además, no hay de qué preocuparse. El rastro muere aquí.

—Ya veo que te tomas esto en serio. Mañana por la mañana tendrás tu espada, te lo juro.

—Sí. No tengo tiempo para dejarla a nadie. Podría haber muerto hoy. Ha sido un error mío.

—¡Venga, hombre! ¡Has tenido una reparación gratis! No tienes por... ¿Oyes eso?

Klaus aguzó el oído.

—No oigo nada —murmuró.

—Presta atención. Viene algo.

En efecto; al poco, el cazador escuchó un ruido sordo a lo lejos. Juste tenía razón: había algo que se acercaba a pasos agigantados. Algo estaba volviendo hacia allí.

—Esto no es bueno. Tú detrás de mí —dijo mientras preparaba su cuchillo.

Sonaba como si varias mazas pesadas golpearan contra la calzada. Al fijarse más, el cazador pudo ver que el suelo en la distancia se estaba abollando sin razón aparente, pero dejando un rastro que se aproximaba cada vez más hacia ellos.

Cuando aquel ente se acercó más, tanto él como Juste pudieron oír su respiración. Aquella cosa se detuvo delante de ellos y emitió un sonido bestial.

—¡Su santa madre! —exclamó Juste— ¡Ruge!

Klaus apenas oyó un murmullo, pero antes de que estuviera aún más cerca de ellos, lanzó el cuchillo intentando apuntar a donde creía que estaba la cabeza del animal. Acertó; el cuchillo quedó colgando en el aire como si se hubiera clavado en un poste invisible. Lo que fuera que había sido alcanzado rugió nuevamente y se alejó dejando un rastro de adoquines rotos. Esta vez el sonido retumbó en los oídos del cazador. Ahora lo había oído casi hasta ensordecen. Los dos hombres se quedaron completamente en silencio mientras miraban en la dirección en la que “algo” se les había acercado.

Juste que estaba con los brazos en alto, casi preparado para un ataque, fue el primero en romper el silencio.

—Pues... era un bicho bastante cobarde. Parecía un lobo solitario, pero más grande y menos desesperado.

Lo había dicho con el tono del que se acaba de librar de la muerte por un capricho del destino.

—¿Tú puedes verlo? —dijo el cazador asombrado.

—No, pero algo... esto... estábamos delante de algo, ¿no? Demontre, ¡el rugido me ha puesto los pelos como escarpas!

—Sí. También a mí. No sé qué infiernos era eso, pero yo nunca he visto nada igual.

—Visto seguro que no, compadre —dijo Juste recuperando su buen humor— ¡Pero eso de ahí tenía que ser la madre de todos los vampiros!

—No —se apresuró el cazador—. No era un vampiro. Creo que no. Casi seguro. Pero puede ser magia negra.

—¿Magia negra?

Klaus sonrió sin poder evitarlo. La sola mención de la magia negra había metido más miedo a Juste que el encontrarse con una bestia infernal hacía unos instantes. Su anfitrión era bastante extraño.

—Mi maestro dice que los vampiros más antiguos hacen cosas que no se pueden explicar. Tienen mucho poder. Puede que la bestia sea su magia.

—¿¡Y tú cazas monstruos como esos?!

—Nunca. La primera vez que veo uno. Ni la Iglesia no se atrevía con ellos.

—Comprendo —contestó Juste, que se había vuelto un manojo de nervios y se frotaba aquí y allí como si tratara de arrancarse el miedo del cuerpo—. No pretenderás darle caza a eso, ¿verdad?

—Hoy es imposible, pero le he dado. Creo que tengo la cosa que servirá.

Juste no contestó. Se limitó a abrir los ojos tanto como cuando había visto por primera vez la *zweihander*. Mientras tanto, el cazador de vampiros se acercó al lugar en donde aquella bestia invisible había dejado su marca y se agachó.

—¿Qué estás buscando? ¿Te ayudo?

—¡Maldito sea! ¡Tengo muy mala suerte!

—Relájate, compañero. ¿Qué es lo que ocurre?

—Dos cosas: he perdido mi cuchillo y la bestia no tiene sangre.

—Cómo que no... ¿Le has dado?

—¡El desgraciado no sangra! —maldijo el polaco— Seguro. Parece como si fuera de piedra.

—A mí me sonaba como si fuera metal. Sobre todo cuando pisaba. Créeme, compadre, de metal golpeando cosas sé bastante.

Klaus seguía agachado sin moverse. No podía verlo bien, pero había una marca en el suelo. Pasó la mano para intentar hacer una imagen mental de la grieta. Tenía toda la pinta de ser una garra bastante grande. Tuvo un escalofrío al imaginar lo que hubiera pasado si la bestia no hubiera huido.

—La próxima vez que vea algo así espero tener mi espada. Es un monstruo salvaje o un monstruo nuevo. Creo que ha salido corriendo porque no sabe lo que es una persona. No está acostumbrado y se ha espantado. La próxima vez puede que sí esté acostumbrado.

—La confianza es algo tremendo, ¿eh? —rio Juste— Bueno, será mejor que vayamos a mi posada a todo trapo porque no quiero estar aquí si le da por volver. La magia negra y las calamidades siempre van de la mano.

Una vez más no había entendido la mitad de la frase, pero asintió.

—Sí, mejor volver. Mañana necesito buscar mucho.

Todo aquel asunto le dejaba mal sabor de boca. Había estado demasiado cerca de una de sus presas y lo más frustrante era que aunque hubiera dado con lo que buscaba no hubiera podido hacer nada. Ahora al menos tenía la certeza de que estaba buscando a un vampiro de los más peligrosos y de que, en efecto, le estaba esperando. Seguramente aquella bestia invisible había sido enviada con el propósito de mofarse de él. En verdad la forma de ser de este vampiro era similar a la de él que buscaba.

—Veinticinco años —murmuró sin pensar.

—¿Decías algo?

—No. Sólo estoy cansado. Llevo mucho tiempo buscando.

—Sabes, al principio no estaba muy seguro de que fueras de verdad un cazador de vampiros. ¡Pero que me aspen si lo que he visto hoy no es algo de fuera de este mundo!

—No he cazado ninguno aún en esta ciudad —dijo Klaus algo desilusionado—. Soy lento. Mi maestro dijo una vez que todos los vampiros son de este mundo.

—¿Hablas en serio? Yo creí que venían del limbo o del infierno.

—Y yo creo que tú tienes razón y mi maestro se equivoca; los vampiros sólo pueden venir del infierno.

No era el cansancio únicamente. Parecía que hoy también los recuerdos estaban empeñados en golpearle sin piedad alguna. Había pasado de su maestro a su vida de soldado y de allí... al momento crítico que cambió su vida para siempre. Fue como despertar de un sueño para caer de bruces en una pesadilla. De la noche a la mañana todo lo que había considerado real había cambiado; todo lo que había considerado su vida se había derrumbado. Él mismo hubiera muerto de no haber sido por un hombre vestido de inquisidor que cruzaba el arroyo de piedra en piedra con pasos de hada mientras asesinaba una alegre canción con su silbido distorsionado. El primer choque con Julio fue legendario, a pesar de que no recordaba ninguna leyenda en la que el joven héroe cubriera de maldiciones al sabio maestro. Claro que tampoco recordaba ninguna en la que el “sabio maestro” intentara robarle las botas al joven héroe moribundo. Ya no era tan joven y de héroe tenía poco. Era una máquina —se repetía a sí mismo—. Un mecanismo que se mueve haciendo siempre la misma tarea, sin otra razón de ser que la de seguir desempeñando su papel hasta dejar de funcionar.

—Estás muy callado, amigo. ¿Va todo bien? Desde que hemos visto lo que sea que fuera eso no has dicho ni mu.

—Me acuerdo de muchas cosas. Todas han pasado hace mucho, pero las tengo recientes. Es difícil de explicar.

—A veces el día se despierta nostálgico, ¿eh? A mucha gente le pasa. La solución para estos casos es sencilla: el que es pobre bebe y el que es rico... ¡Bebe mucho!

Klaus no pudo evitar acompañar la carcajada sincera de Juste con la suya propia. Era un buen tipo, Juste, y habría sido un buen compañero tiempo atrás. Le recordaba a una versión más amable de Vladmir. No. Estaba exagerando otra vez. Vladmir era la sabandija más socarrona y alegre de toda su unidad. Era el mayor y más temerario de dos hermanos que habían ido juntos a la guerra, y era de lejos el más pícaro de los dos. Se jactaba de haber aprendido de su mujer, que había hecho de él un hombre a fuerza de servirle de ejemplo. En cambio, Juste tenía pinta de ser un tipo bonachón y casi inocente, como había visto ya por como hablaba de Blanche y de todo lo demás. Aunque también había vivido lo suyo, eso seguro.

—Los viejos recuerdos no se van —dijo Klaus—, pero los nuevos también se quedan. No me quejo, “compadre”.

—¡Así se habla!

La posada de Juste se veía a lo lejos; habían llegado más rápido de lo que esperaba. Los recuerdos conquistaban fragmentos del presente y lo acortaban, llenándolo de sensaciones antiguas y privando la entrada a las nuevas. Vivir en el pasado no es bueno, salvo que quieras acortar la espera del camino.

—Mañana por la mañana tengo mi espada lista, ¿no?

—No lo dudes. Ya tiene que estar.

—Pero no haré esto sin dinero. Yo pago la espada y la estancia. ¿De acuerdo?

—No —gruñó Juste con el ceño fruncido—. Mi amigo aprovecha su trabajo para hacerme este pequeño favor. A él le sale gratis, así que no te molestes en pagar. Y eso —continuó con el tono alegre de antes—, ahora que sé que eres de los buenos puedes quedarte aquí tanto como lo necesites. Mientras la comida te la busques tú el descanso aquí lo tienes. Cuando caces al vampiro ya me darás una limosna, si te apetece.

—Los cazadores de vampiros no ganan dinero —sonrió Klaus—. Pero si el vampiro es rico reparto su tesoro contigo.

Rio, pero lo cierto es que había evitado darle una respuesta directa sobre cómo se ganaba realmente la vida un cazador.

Se despidió alzando la mano y Juste le devolvió el gesto con una

cordialidad que no cabía ni en un hombre tan grande.

«Eres una buena persona, no tienes porqué saberlo.», pensó. Detestaba tanto tener que hacerlo como que la gente se enterara. Él y su maestro sobrevivían del pillaje: ambos robaban los hogares de los vampiros que destruían. Sólo lo justo para seguir adelante, sin embargo; ni demasiado ni demasiado poco y jamás algo demasiado jugoso para la vista. Cuando podían tomaban también toda la comida que pudieran cargar sin molestarles en exceso, que siempre era poca y se les terminaba antes de encontrar o cazar más, de manera que acababan comiendo maldiciones rebuscadas, la especialidad del viejo maestro Julio. En las ocasiones en las que peor les iba, es decir, la mayoría de las veces, también cogían algo de ropa de recambio. La chaqueta de cuero marrón que llevaba ya le había durado lo suyo y, aunque no había necesitado ningún remiendo serio, ya empezaba a notarse el peso de los años en sus tejidos. Igual que él mismo. Julio no era muy propenso a coger ropa de los demás, le daba demasiado asco. Tanto como para permitirse llevar los malolientes harapos rojo descolorido de la Inquisición día sí y día también, como si fuera un fantasma. Era un fantasma. Se había permitido seguir con vida como el alma atormentada que era por una sola razón: que Klaus cargara con su maldición y continuara su intachable reputación de vagabundo siniestro. De momento lo había hecho bastante bien, aunque su época de soldado le había dado una pizca de labia para relacionarse con la gente. Bien poco era, la verdad, pero al menos no era tan terrible para ello como lo era Julio. Quizás porque Julio ni siquiera se molestaba en hacer ver que le importaba la gente corriente y porque soltaba una maldición cada tres palabras si las cosas se torcían. Su conocimiento y uso de éstas era casi poético. Sabía tantos insultos y blasfemias en polaco, alemán, italiano, francés y español que podía chapurrear todas esas lenguas valiéndose únicamente de estos.

Se dejó caer en el colchón con menos cautela de la que desearía. *Clonk, clonk, pom.* Hombro derecho, hombro izquierdo, cabeza. ¿Era

un colchón o una tabla? Esperaba que fuera un colchón porque de haber sido una tabla se la había cargado seguro. Para colmo, su paseo nocturno no había hecho sino inflamar sus ganas de mantenerse despierto. Recordaba el local, la bestia invisible, el olor empalagoso y agradable de la cerveza, Marcel... las imágenes en su cabeza eran incluso peor que los ronquidos de las otras diez personas con las que compartía habitación. Cuando se terminaron las ideas del pasado empezó su desfile lo que podría haber ocurrido. Una pelea, gendarmes, Klaus y Juste destrozados por aquella criatura que en su imaginación tenía forma de perro enorme. Era un pulso: su cansancio contra sus pensamientos. Con Marcel la victoria fue más o menos fácil, pero el cazador de vampiros tuvo que forcejear con el sueño durante al menos una hora que se le hizo interminable. Finalmente empezó a recordar los ejercicios de concentración que su maestro le obligaba a realizar y dio el último salto hacia el mundo de los sueños; un mundo que pronto se vería invadido por todas las pesadillas que el torbellino de recuerdos diurnos y las preocupaciones habían ido acumulando en su exhausta mente. No lo sabía, pero esas pesadillas adquirirían mucha más frecuencia y nitidez en cuanto empezara el verdadero juego de los seis, bajo la retorcida sonrisa de la luna creciente.

Interludio: La sangre del señor del odio

El familiar estuvo rondando por la ciudad durante varias horas, desorientado por el ruido y por las múltiples sensaciones que le embriagaban allí donde fuera. Finalmente se cansó de saltar de tejado en tejado y bajó hasta las calles de tierra y asfalto. Una de las personas con las que se había encontrado le había susurrado unas palabras al oído. “Busca a Leon”, le había dicho, pero el familiar no comprendía. Su conciencia estaba cambiando aún y no fue capaz de seguir esas sencillas instrucciones. Eso pareció entristecer a quien le dijo esas palabras y le dejó estar; no era ésa la persona a la que buscaba.

Después se encontró con otro ser humano, que le hirió con una punta de metal que le arrojó. No había sido una herida profunda, pero no le convenía enfrentarse a nadie pues, aunque tenía un cuerpo formidable para la lucha ése tampoco era su propósito. Así pues, huyó donde no le encontrarían hasta lograr recordar para lo que fue creado.

Lo hizo. La runa de su garganta empezó a desenvolver los recuerdos que formaban parte de su ser. Su nombre era el de “Genio”; llave, puerta y guardián todo a un tiempo. Recordó las manos que pasaron décadas creando su forma tanto física como espiritual. Recordó que había un lugar que tenía que custodiar... y que debía encontrar un nuevo maestro en cuestión de horas o volvería a quedar inmóvil. Genio quería ser encontrado. Su misión era la de servir a aquel que fuera digno de ello y mostrarle la

siguiente prueba, así como la de defender el secreto mejor guardado de aquella ciudad. El maestro Dusan, su creador, le implantó esa intención hacía ya mucho tiempo. Eso era cuanto sabía de él.

De repente, alguien salió de entre los árboles. No le gruñó ni se movió apenas. Era una criatura humanoide y pálida. Sus ojos brillaban en la oscuridad como si el felino fuera él.

—Te estaba esperando, pequeña bestia —dijo—, aunque a mí no me haces falta. Ya voy un paso por delante de lo que quieres enseñarme.

Genio se acercó. Notaba como la runa del interior de su boca se agotaba, pues ya había liberado las memorias necesarias. Pensó en volver a su hogar hasta quedarse inmóvil allí de nuevo cuando su maestro llegara, pero tal vez eso no haría falta ya.

—¿Tienes hambre? Claro que la tienes. Ven. El tío Leon tiene lo que necesitas.

La figura humanoide se hizo un corte en el brazo con un gancho que llevaba consigo. La sangre empezó a chorrear a borbotones. Antes de que se diera cuenta, el guardián de piedra estaba bebiendo. Cuando la runa que le daba vida se impregnó con la sangre de su nuevo maestro, supo que había cometido un error. Aun así, siguió bebiendo hasta que aquel lo apartó de sí.

—¡Tienes fuerza! —exclamó éste— El que intente descubrir tus secretos se va a llevar toda una sorpresa.

Luego echó a reír ante su desgracia.

Genio sintió su recién formada conciencia verse ofuscada por un irracional odio que le impulsaba a querer acabar con todo el que intentase llegar hasta la puerta. El invisible guardián vio sus pensamientos corromperse mientras gritaba desesperado por liberarse de aquella nueva sensación. Todo lo que se oyó en el bosque fue el rugido de una extraña bestia.

Capítulo 15: Amigos

Tenía los brazos cansados, y eso era bastante extraño. Se suponía que alguien como él debería soportar esa clase de esfuerzos fácilmente, pero hoy parecía el mismo de antes de su duro entrenamiento con Sergei. Había cargado con Rea desde que tuvieron aquel incidente con los vampiros “salvajes”. Ella no se movía ni reaccionaba, así que la había llevado en brazos todo el camino hasta encontrar uno de los escondites seguros señalados por DuPont. Al cabo de un rato, Rea cerró los ojos y cayó rendida sobre su hombro debido a su esfuerzo mental. Lo que había hecho era impresionante sin lugar a dudas, mas el hecho de no estar preparada para ello era un enorme lastre para sus habilidades. Aún tenía esa falta de control, acuciada por las imágenes de muerte que ni siquiera Leon había podido borrar. Vanya se preguntó si Leon había eliminado deliberadamente la memoria a Rea, pero inmediatamente descartó la idea. Que estuviera en un reino desconocido no quería decir que allí fueran a ocurrir fenómenos sobrenaturales por doquier. No era ningún viajero en una de esas historias de magia oriental: estaba en Francia y, aunque el Rey Carmesí gustaba de rodearse de brujos y charlatanes, los eventos a su alrededor no tenían por qué ser irracionales. Salvo quizás el de venir a ese lugar, o el de conservar a Rea; una chica que había partido a un vampiro por la mitad con sus delicadas manos, que ahora colgaban en la espalda de Vanya, pequeñas y suaves. No; estaba seguro. Tras las escenas más fantásticas siempre se ocultaba alguien moviendo los hilos para engañar al público.

Quizás cuando volviera podría escribir unas pequeñas memorias

de sus aventuras, cuanto más exageradas mejor; eran el tipo de tonterías que atraían a los vampiros de clase alta que habían adquirido su posición bien por accidente o bien por su unión con alguien de una casta superior. Él los despreciaba por eso: porque eran tan humanos como los humanos. Ignorantes del mundo que les rodeaba, preferían leer las mentiras sensacionalistas de otros que descubrir por sí mismos las maravillas verdaderas que tenían al alcance de la mano. Por un momento la idea de escribir sus crónicas para ellos se le antojó divertida.

Había escogido un escondite temporal junto al río, cerca de la *Place des Terreaux*. Un lugar oculto a la vista y repleto de gente que lo ocultaba con su tránsito, mas no lo bastante cerca como para ser encontrado fácilmente. Lo más importante es que se encontraba en una de las áreas más probables por las que Leon se movería en caso de querer seguir con la caza. Había cientos de lugares por toda la ciudad, y le convenía ser tan difícil de encontrar como su presa, por si Lerroux decidía entrar en el juego una vez más. De todas formas buscaría un refugio alternativo a todos los del mapa, lo que era una pena porque no era un mal lugar: tenía agua limpia, especias y hierbas, algunas de ellas medicinales, leña de sobra y varios hornos de hierro, ennegrecidos por el humo, que se podían usar tanto para incinerar algo como de chimeneas de aumentar el frío. Sería mejor no cogerle mucho cariño al lugar, pues era algo provisional mientras él y Rea contactaban con sus superiores. Después de lo que acababa de ocurrir era algo que no se debía aplazar más.

Sus pensamientos se volvieron a centrar en ella. En sus brazos, la chica había temblado como un animal asustado, con su cuerpo tenso y los ojos abiertos de par en par. Cuando empezó a sollozar trató de hablarle, pero no tuvo ningún efecto aparente. Parecía que iba a gritar en cualquier momento. Por suerte no llegó a hacerlo. Sólo se abrazó a él y no se movió hasta quedarse dormida, aunque de forma intranquila. No sabía decir con exactitud si la chica se

había dormido o había perdido el sentido del todo. No era raro; después de todo lo que acababa de hacer podía haber revivido sus memorias de Leon, o simplemente lo que había ocurrido había sido demasiado horrible para ella. Era una chica fuerte, y parecía ser lista también, pero hay cosas que pueden ser demasiado difíciles de asimilar. Seguía siendo sólo una chiquilla en un mundo viejo e inhóspito. Convertida demasiado pronto, sin preparación previa y con demasiadas emociones contra las que luchar. Ahora seguía recostada en un diván improvisado hecho de sacos rellenos de algodón, dormida aún. Al menos era blando. Quedaba de noche lo suficiente como para contactar con el receptor, pero no se atrevía a dejar sola a la joven aspirante a vampiro. Vanya bajó la cabeza con resignación. Los jóvenes siempre son una carga, no importa cuán prometedores. Si el mediador del zar accedía a aceptarla lo mejor sería enviarla a Rusia bajo la tutela de alguien que la preparara correctamente para adaptarse a su sociedad. En caso de ser así, la Rea que conocía desaparecería en su mayor parte. En cierto modo era triste, pero no por ello menos necesario. Nostalgia aparte, la gran desventaja de aprender era precisamente su ventaja: te cambia y lo que dejas atrás pierde su encanto para siempre. Miró de nuevo a la chica; su cabello castaño caía sutilmente sobre sus hombros haciéndola parecer delicada y hermosa como una modelo para una pintura. Cuando despertara quizás siguiera paralizada y necesitara tranquilizarse. Cuidando a una chiquilla, él. Eso sí que era extraordinario. El vampiro se sonrió mientras acercaba una antorcha a una de las chimeneas del lugar. Al menos en eso podría ayudar. Colocó una olla con agua a calentar al fuego y se tumbó un rato en otro asiento improvisado. Por más que le doliera, hoy no habría muchos más movimientos por su parte. No era ninguna gran tragedia, después de todo, pues la búsqueda de Leon no podía seguir por el momento... y Rea era un sujeto bastante interesante, como acababa de comprobar hacía menos de dos horas.

La sangre del falso ancestro se había evaporado en el aire, los cuerpos habían ardido hasta desaparecer por el mismo fenómeno

conocido pero aún por explicar que llevaba presente desde los primeros de su especie. Las dos mitades del vampiro con el que Rea había acabado fueron las que más rápido desaparecieron. Viendo lo que una chica había hecho sin control ni entrenamiento hacía que las oscuras leyendas sobre los ancestros cobraran no sólo sentido, sino también un siniestro realismo.

Los primigenios, o *dhampir*, eran algo así como el eslabón perdido entre los ancestros y los vampiros normales. Se regeneraban en cuestión de segundos, tenían una fuerza descomunal y sólo podían morir si se desangraban o se les cortaba la cabeza. Por desgracia, eran poco más que falsos ancestros glorificados, pues todos salvo la famosa condesa eran bestias sedientas de sangre y apenas conscientes de sus actos.

No podía negar que la idea de descubrir similitudes entre los vampiros actuales y los seres de leyenda de los que se suponía que provenían era cuando menos atractiva, aunque él mismo se hubiera reído de cualquiera que lo hubiera intentado. Para él, estaba más que demostrado que los *upir* salieron del este de Europa a causa del desarrollo natural y progresivo de la resistencia humana a una enfermedad que en la mayoría de los casos resultaba mortal. Si supiera más sobre ese campo habría intentado reencontrar la enfermedad y repetir sus condiciones, pero eso siempre había quedado en un proyecto. Tenía una eternidad por delante, lo que significaba que nunca había tenido tiempo para nada.

—Vanya —dijo ella a su espalda.

—Estoy aquí —contestó, aunque ella no le oía; le estaba llamando en sueños.

No parecía que tuviera una pesadilla, así que no la despertó y continuó haciendo té. Sería interesante saber lo que soñaba.

Su facción había desarrollado técnicas para meterse dentro de los sueños de la gente —no literalmente, por supuesto— e introducir ideas en sus mentes, pero esos métodos estaban mal

vistos y prohibidos desde los tiempos del primer zar. El clan del dragón carmesí también los tachó de crimen hasta la ascensión del rey Cornelius. De la misma manera que el zar Borislav y el comandante de los ejércitos Sergei despreciaban el ocultismo, al Rey Carmesí parecía entusiasmarle sobremanera. Sólo un puñado de personas en todo el reino del norte tomaban en serio esas historias y un grupo aún más reducido de ellos las practicaba. Su clan había acabado admitiendo la existencia de los receptores videntes tras haber utilizado sus prácticas en varias ocasiones, pero estos no eran muy populares entre el clan y se mantenían aislados del resto de vampiros, en parte porque eran como “hechiceros ermitaños” y en parte porque a nadie le gustaba tener cerca a alguien capaz de canalizar tus pensamientos. Por supuesto, Vanya no estaba interesado en aprender a hacer eso; al menos no hasta que los videntes hubieran desarrollado un vocabulario y un método digno de una ciencia decente. Hasta entonces no le interesaba y no se molestaría en aprenderlo; primero debía purificarse toda aquella jerga de hechizos y almas vacías que, aunque popular, era inefectiva y poco acertada a la hora de aprender.

Sin apenas buscar encontró un par de cajas llenas de juegos de tazas de porcelana con grabados orientales, parecidos a los de la casa donde encontraron a DuPont. Quizás provenían de allí. Tomó dos de ellas y las puso en una caja que empleaba a modo de mesa. Después puso un par de cucharadas de té en cada vaso y volvió hasta la chimenea para sacar la tetera del fuego. Hubiera preferido usar un *samovar*, pero teniendo en cuenta donde estaba ya tenía suficiente así. Bastante casualidad era que hubiera podido prepararlo. Además, la porcelana era de una excelente calidad, probablemente había llegado como artículos de lujo de importación. De nuevo siguiendo los pasos de toda una ceremonia, vertió el agua hirviendo sobre las dos tazas y se sentó en un saco-cojín que había en el suelo. Era la segunda vez que tomaban té esa noche, sin embargo habían sufrido los suficientes contratiempos como para necesitarlo. Dentro de dos minutos estaría listo.

Probablemente Rea se despertaría pronto ya que había empezado a cambiar de postura constantemente. En verdad era una pena, pero pronto se separarían y cada uno seguiría por su camino. Había sido breve e interesante.

—Vanya —volvió a decir Rea, salvo que esta vez no soñaba.

Cuando miró en su dirección, la chica se cubrió el rostro en el diván y empezó a llorar. Era un llanto reprimido y silencioso, salvo por algunos sollozos de angustia que se escapaban del control de la joven.

—Ten —dijo él—, bebe algo. Ya ha pasado todo.

Rea tardó aún unos segundos en reaccionar, pero finalmente levantó la cabeza y clavó su mirada en su compañero.

—No es cierto —comenzó a decir—. “Todo” está lejos de haber pasado aún. “Todo” no dejará pasar hasta que me maten. ¡Soy tan monstruosa como el asesino que buscamos!

—Eres toda una contradicción —dijo Vanya algo cansado de las quejas de su joven promesa—. Intentas detener tus propias emociones, eso lo apruebo. Sin embargo, al mismo tiempo te escudas detrás de ellas en forma de autocompasión. No lo hagas, no es bueno para ti.

—Que te den.

—Eso no ha sido...

—¡Que te den! —chilló Rea— No tienes ni idea. ¡No tienes ni idea de lo que me cuesta seguir! ¡No tienes ni idea de la razón por la que sigo adelante!

—Para evitar más víctimas como tú, ¿no?

Rea calló y siguió con su llanto en silencio. No debería haber dicho eso, sólo había agravado el mal despertar de la muchacha, y lo que era peor: había acertado. Era como una rabieta, pero casi parecía justificada dadas las circunstancias. A Rea todo se le escapaba de las manos: su pasado, su futuro, su cordura. Por el momento sólo parecía que pudiera mirar mientras todo se desmoronaba, sin ninguna acción posible para detener, o aunque fuera contrarrestar, los efectos de esta catástrofe a pequeña escala. Si quería comprenderla a ella debía comprender eso. Necesitaba enseñarle a contraatacar ante sus circunstancias y eso requería

tiempo; un tiempo que tal vez no tuvieran.

—Mientras dormías he estado pensando —dijo— y creo que debemos hacer algo por cambiar tu situación. Aquí corres peligro y necesitas aprender a dominar tu mente. Es algo que yo no puedo hacer a corto plazo en una situación como ésta. Sencillamente no saldría bien.

Rea no contestó. Quizás hubiera decidido castigarle con silencio, quizás sólo estuviera pensando.

—He decidido contactar ya con mis superiores y enviarte al lugar de donde vengo yo. Si te aceptan te enseñarán a no perder... a dominar tus impulsos.

Iba a decir “a no perder la cabeza” pero hubiera sido un paso en falso.

Le enseñarían a dominarse, sí. Eso si la aceptaban; si no, lo más seguro era que la mataran y usaran su sangre como regalo a algún miembro del consejo, más como símbolo que verdaderamente para fortalecerlo, pues beber sangre de otro vampiro o bien no tenía efecto ninguno o hacía enfermar brevemente a quien la bebía.

Cuando pensaba que iba a recibir de nuevo el trato de silencio, Rea habló:

—Tengo miedo. No de lo que pueda encontrarme estando aquí, sino de lo que pueda llegar a hacer. Ese hombre de antes... yo lo he... ¡Lo he...!

—Por defenderte, sí. Lo has matado. Pero “eso” ya no era humano.

—Eso no es verdad —espetó Rea—. Era tan poco humano como tú y como yo.

— No —la regañó Vanya—. Se podría decir que lo has liberado. Hay aún otro tipo de vampiro, otro que no te he comentado antes en detalle. Los llamamos “falsos ancestros” porque tienen casi tan poco de humanos como los seres de leyenda que se supone son nuestros orígenes. Son monstruos. No se puede razonar con ellos ni saben vivir en sociedad sin matarse los unos a los otros. Algunos de ellos ni siquiera saben hablar. Son como...

—Como yo... como yo cuando me pasa eso.

—No —replicó tajantemente—. No tienen nada que ver. Sus

dientes son afilados, su forma de moverse diferente... se podría decir que actúan como si estuvieran intoxicados por alguna droga, pero siempre siguiendo sus más oscuros impulsos y sin perder capacidad motriz. Su naturaleza tiende hacia el mal y son conscientes de ello. Disfrutan con ello.

—¿Su naturaleza? ¿Ellos tienden hacia el mal? Lo dices como si vosotros fuerais...

—Nosotros, tú también.

Otro silencio de Rea. Cuando estaba alterada y perdía el control era casi otra persona, mucho más insoportable y con menos visión que cuando estaba "lúcida". Seguiría así de inestable hasta que su mente se acostumbrara.

—Esos vampiros son los que aparecen en las leyendas de folclore de diferentes países. Son presa fácil para los cazadores de vampiros, cuando no lo son de los nuestros. Debemos eliminar toda amenaza para nuestra sociedad y ellos lo son, en su mayor parte.

—Ya. Sé lo que quieres decir.

“Pero una vez más no lo apruebo”.

—¿Te sientes mejor ahora? ¿Estás más tranquila? Que antes, quiero decir.

—Si no lo estuviera uno de los dos estaría muerto, ¿no?

—Ya te lo dije antes: te habría tenido que inmovilizar, eso es todo. Como mucho te habría tenido que dejar sin sentido.

—Te habría tenido —se mofó Rea— suena casi como si no lo hicieras por propia voluntad.

—Tu carácter cambia demasiado últimamente. ¿Te has fijado?

—Lo siento, quizás esté nerviosa —se mofó Rea—. ¡Será porque hace un rato he partido por la mitad a un hombre!

—Y yo le he hundido la nuez a uno y le he atravesado el corazón a otro. Hubiera sido mejor dejarnos matar allí mismo, ¿eh?

De nuevo silencio, pero no porque ella no tuviera respuesta para eso. Rea habría preferido la muerte. Era una forma de ver las cosas infantil e ignorante. Pero la furia le nublabla el sentido común y la hacía totalmente impermeable a la lógica e intuición que tanto aplaudía en ella.

—Seguirás pensando así no importa lo que diga, así que no diré

nada más al respecto. Tú misma decidirás más adelante.

—No sé, Vanya —sollozó—, no sé si quiero seguir adelante. No es una vida que... no es para mí.

—¿Comprendes ahora mi decisión de mandarte al norte? Debes aprender a acostumbrarte o perderás del todo la razón. Yo tampoco creí que fuera una vida para mí al principio. Todos los nuestros han pasado por lo mismo; lo tuyo no es algo nuevo.

Tras meditarlo unos instantes, Rea tomó su mano.

—Si voy al norte... si voy adonde tú dices, ¿podré controlar esto? ¿Podré?

La respuesta que Vanya le habría dado en otras circunstancias era: "todo depende de ti y de tu propio organismo", pero después de lo ocurrido esa noche una nueva mentira piadosa sería lo mejor para ambos.

—Sí. Si te esfuerzas podrás aprender a controlarlo por completo.

No le había explicado en detalle por qué aún no tenía sed de sangre ni que fuera imposible para un vampiro normal atravesar un cuerpo humano como si fuera de mantequilla. Esas habilidades sólo estaban al alcance de los primigenios... o de los vera sangre hasta cierto punto. Si bien los había mencionado, había aún mucho que contar sobre ellos. Sin embargo, la curiosidad de Rea se desvió hacia algo más inesperado:

—Dime, Vanya —dijo dando un sorbo del té—, ¿cómo era tu vida antes de esto? ¿Te acuerdas de algo?

—Oh, sí —contestó—. De muchas cosas. Vivía en un pueblo al lado del Ladoga, un gran lago cerca de Petrograd. Allí trabajaba con mi padre vendiendo y remendando trajes. Mi padre pensaba que el destino de un hombre fuerte era luchar en la guerra, el de uno inteligente sacar algo de ella. Tanto él como yo pertenecíamos al segundo grupo, pero nuestra guerra se limitaba a sobrevivir cada año con un poco más, cosa que hacíamos bastante bien. Al cabo de unos años el negocio prosperó, así que mi padre contrató a un profesor que venía cada cierto tiempo desde una ciudad importante. Se llamaba así mismo un "sofista moderno" y me enseñó las bases de gran parte de lo que hoy sé. Con él aprendí física, matemáticas y filosofía. Yo era bastante avisado, así que mi

padre pensó que quizás algún día me abriría camino hacia la gloria de un modo u otro. Le encantaban las finanzas y adoraba el dinero, tanto ganarlo como invertirlo. Pensaba que era como él al principio. Yo también, pero pronto me di cuenta de que me gustaba mucho más saber cómo funcionaban las cosas. No, eso no es correcto: me gustaba saber cómo funcionaban para poder predecir lo que iba a pasar a continuación.

Vanya paró su narración. Rea estaba riendo.

—¿He dicho algo divertido? —dijo algo ofendido.

—No, no es eso —se excusó ella—, es que me ha parecido que realmente te apasiona ese tema. ¿Te gustaba aprender?

—Dejando algo de lado la parte tediosa de la filosofía, que es casi toda ella, estás en lo cierto. Tiene su lado práctico, pero todo lo que recuerdo son las cientos de miles de divagaciones sin sentido que para mi desgracia tuve que memorizar. Si quieres te recito algo de *Fedón*, aún lo recuerdo.

Como si el té y la historia se hubieran mezclado para causar el efecto, el corazón de Rea se había apaciguado. No parecía emocionalmente estable aún, pero el vampiro contaba con que la fuerza de voluntad de la chica y algo de experiencia pudieran llegar a resolver ese problema. A veces era demasiado frío juzgándola.

—Entonces —dijo apurando su taza de té, aún caliente—, ¿cómo sigue tu historia?

—Nada del otro mundo: empecé a aplicar algunas de las cosas que aprendí y a desarrollar las mías propias. Mi padre no entendía de esos temas, pero sí entendía de negocios y se las arregló para que mis ideas llegaran a los oídos de la persona adecuada. Comprobarás, Rea, que en ocasiones llegar a la persona adecuada en el momento adecuado es más importante que la idea en sí. Eso mi padre me lo enseñó muy bien.

—¿Y tu madre? Casi ni la has mencionado.

—Era una persona agradable pero temerosa de Dios en exceso. Tenía miedo de que aprender ciencia me alejara de las enseñanzas más sagradas, pero mi padre le contestó que me acercaría a un puesto más alto en la sociedad, y que él me veía sirviendo a un obispo —Vanya rio—. Todos teníamos grandes planes para el

futuro.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Una rebelión. Hubo altercados por toda la ciudad; los soldados atacaban a los ciudadanos indiscriminadamente y los alborotadores también. Cuando me di cuenta, mi familia ya no estaba y yo diseñaba armas de asalto para uno de los dos bandos; el más rico, en concreto.

La sonrisa de Rea se desvaneció.

—Eso es horrible.

—Es la vida. No hacen falta vampiros para que ocurran cosas así. A veces todo cambia rápidamente. Tal y como te ha pasado a ti.

—Ya.

—De todas formas me las apañé. Estuve unos tres o cuatro años haciendo eso hasta que Sergei me encontró. En aquellos momentos estaba bastante obsesionado con terminar mis proyectos a tiempo, pero también conocía a gente de vez en cuando. Un día mostré unos planos sobre un arma revolucionaria: una estructura impulsada por una reacción combustiva que permitiría sobrevolar el campamento enemigo con bombas de fuego. No tenía dinero para hacer algo así por mi cuenta, así que fui a mostrárselo a mi patrón.

—Suena fantástico. ¿Qué pasó?

Vanya rio.

—Mi proyecto fue rechazado y perdí mi puesto días después por tener “ideas de lunático”.

—¿Por qué? Sería increíble poder volar... aunque preferiría hacerlo sin bombas de fuego.

—De eso me enteraría luego. Había un vampiro que ascendía posiciones rápidamente entre los hijos del clan tormenta y se había enterado de mi proyecto. En aquel entonces Sergei se ocupaba de tareas de contraespionaje a cargo de un militar del clan. Entró personalmente en mi casa para robármelo y matarme. No es algo que suceda a menudo, pero estaba ocupándose de algunos asuntos en la ciudad donde yo vivía y por casualidad se enteró de lo que estaba haciendo. Sergei siempre fue frío, pero también tiene su lado impulsivo.

Inmediatamente después de oír eso, la joven se estremeció. Estaba recordando a Leon.

—¿Te...? ¿Te...?

—Lo descubrí en mitad de la noche. Preparé una estrategia rápidamente e intenté detenerlo. En aquellos tiempos Sergei ya era un luchador formidable así que no tuve ninguna oportunidad, pero mi ataque sorpresa del principio le había alcanzado y eso le sorprendió.

—¿Sergei? Es un nombre extraño. Parece como si le conocieras bien.

—Y le conozco. El caso es que me enfrenté a él, si a eso se le podía llamar enfrentamiento. Él no es como yo; es un guerrero. Aún ahora después de tantos años su habilidad sigue siendo algo inalcanzable para mí.

—Ahora le admiras —dijo Rea en un intento por sonreír de nuevo—. Como si no te hubiera arrancado de tu vida.

—¿Tan malo te parece? —replicó el vampiro— Trabajaba de ingeniero de asedio, que para empezar no era mi vocación. Había perdido a mi familia y a mis hermanos, tenía que agasajar a personas... lamentables para conseguir una paga miserable por un trabajo titánico. Sólo les faltaba mandarme a las minas a conseguir el hierro yo mismo. Alguna ya vez tuve que serrar las piezas yo personalmente. No me gusta quejarme, y he de decir que me gustaba dedicarme a eso en parte, pero siempre terminaba haciendo yo solo el trabajo de tres hombres. Te guste o no lo que haces, te acaba agotando.

Rea le había tocado una fibra sensible. Había tratado de desvelar al Vanya que existía antes que "él" y, sin ser ello intencionadamente ofensivo, había causado que el vampiro se cubriera las espaldas con todo un arsenal de palabras para justificar al Vanya actual, que vivía en este otro mundo.

—Eso por no hablar —continuó— del cubil estrecho infestado de ratas al que llamaba hogar, mis "amigos" a los que alguien pagaba para obtener cuantas ideas podían de mí y mis amores, ¡cómo olvidarlos! Que duraban exactamente lo que el peso de mis bolsillos. Sergei me robó esa vida y me entregó las llaves del

imperio de la tormenta. ¿Debo estrujarle el cuello o estrecharle la mano? Además, si te paras a pensar tu vida anterior tampoco...

Calló. Había estado muy cerca de pasarse de la raya.

—¿Sí? Continúa —ordenó Rea. Tenía que pensar una explicación alternativa y rápido.

—Nada, es sólo que en la vida de los mortales es mucho más difícil ascender jerárquicamente. Al menos al principio. No te negaré que para formar parte de nuestro consejo hay que pasar por un sinfín de dificultades y enfrentarse a muchos enemigos, pero en nuestra sociedad es más fácil vivir bien.

—¿Y mi vida anterior? —replicó ella haciendo oídos sordos a lo que el vampiro había dicho— ¿Hay algo que sepas sobre ella?

No sabía más de lo que había deducido, pero eso ya sería suficiente como para cambiar de nuevo el humor de Rea. Decidió mentir diciendo la verdad:

—En menos de unos minutos vi como tú y tu familia moríais. Eso es todo lo que sé de tu vida anterior, pero no tenía pinta de acabar bien. A las chicas de tu clase se las vende a cambio de clase social o de dinero.

—¿Se nos vende...?! ¿De qué estás hablando?

—Eres hermosa —sus palabras causaron cierto rubor en las mejillas de ella, pero no lo había dicho como un cumplido sino como una observación—. Lo bastante como para que alguien bien con riqueza bien con posición se fije en ti. Cuando eso pasa ofrecen sus bienes a la familia a cambio de un matrimonio... eso en el mejor de los casos. Depende de lo desesperada que esté la familia. Y tu familia parecía bastante...

—No sigas —chistó Rea—. Es repulsivo.

—Es lo que funciona. Me sorprende que no estés casada a tu edad.

—¿Acaso sabes siquiera qué edad tengo?

“A veces más a veces menos”, pensó Vanya, pero finalmente se limitó a negar con la cabeza y a contestar:

—¿Acaso importa? Por lo que parece has alcanzado ya la madurez, eso ya te salva de ser desechada directamente por los míos. Si tienes suerte y permaneces alerta tendrás la juventud

eterna. Como pasó conmigo, no todo lo malo que te ocurre acaba siendo malo a largo plazo.

Había funcionado. Rea se tumbó de nuevo en el diván hecho de sacos y miró al cielo pensativa.

—¿Crees —dijo— que podrá salir todo bien? A largo plazo, digo. No sé.

—Yo no creo en la suerte —contestó el vampiro—, pero me fío de ti y de tus capacidades; no las desperdicias. Además, me caes bien. Te respaldaré en todo momento mientras pertenezcas a mi facción.

La chica le dedicó una sonrisa que no supo interpretar y contestó:

—¿Podemos ser amigos entonces? Si lo que dices es verdad me gustaría que confiaras en mí tanto como yo confiaré en ti.

—Sigues sin fiarte, ¿eh? —rio el vampiro.

—Espero no ofenderte, pero es así.

—No lo haces, está bien que desconfíes.

—Pero el caso es... que quiero confiar en ti. Es egoísta, pero... quiero dejar de verme sola contra el mundo. Contra ese vampiro asesino, contra el reino carmesí o lo que sea que son, contra los que quieren acabar con... lo poco que me queda. Siento que de poder confiar en ti sería mucho más fácil todo. Necesito poder hablar sin miedo, al menos con alguien.

Ya lo hacía. Rea hablaba sin ningún tipo de tapujos cuando abría su corazón. Vanya sabía que eso era algo que debía corregir, pero lo encontró agradable e inocente al mismo tiempo. Resultaba amargo saber que aquella forma de comportarse era una grave desventaja en su sociedad. No lo admitiría ni consigo mismo, pero confiaba en que si ella se abstenía de entrar en las guerras por el poder del consejo y la clase alta, podría sobrellevar esa existencia y mantener ese pequeño pedazo de ella intacto. En cierto modo era absurdo, pero sentía hacia la actual Rea, llena de imperfecciones de carácter e inexperiencia, un apego que acabaría en cuanto ella recibiera la instrucción adecuada. Cuando ella dejara de ser Rea y fuera un miembro más.

—Puedes confiar en mí, Rea. Mañana hablaré con mis superiores

y les informaré de tu existencia. Cuando eso pase, quiero que actúes como lo haría yo. Quiero que te acepten y creo que tienes todas las cualidades necesarias, no me decepciones y cuando seas reconocida oficialmente podrás confiar en mí plenamente.

—¡Ah, vamos! —dijo Rea en un intento por parecer risueña que la hacía aún más bonita— ¿Te cuesta decir amistad o la evitas por alguna razón?

—Está bien —contestó tendiendo una mano hacia ella—; a partir de ahora somos camaradas. ¿Estás más contenta?

—Debes estar seguro de que pasará lo que sea que vaya a ocurrir mañana. Pero sí, estoy mucho más contenta. Ya no me preocupa tanto... todo.

—Eres de lo más peculiar.

No le había oído. Después de sus últimas palabras, la muchacha cerró los ojos y se durmió de nuevo. Ese cansancio había sido provocado por una mala administración de sus nuevas habilidades. Seguía sin sentir sed de sangre, lo que era un alivio y al mismo tiempo despertaba en Vanya una siniestra curiosidad. Aunque no necesitara beber sangre, ¿qué pasaría cuando finalmente el impulso por beberla despertara?

Capítulo 16: Votos Sagrados

Había estado ayudando a Michel, el párroco, toda la tarde. El pobre hombre se había propuesto traducir un viejo texto al francés actual, pero su vista se cansaba rápido, así que Blanche le había estado dictando. Era un anciano afable que siempre tenía una sonrisa lista. La había acogido en su parroquia hacía ya algunos años, perdonando todos sus pecados. No eran tantos, tal vez, pero suponían una pesada carga en ella. Hasta su crisis de fe había seguido con su labor de forma incansable, pero un día simplemente no había podido seguir. Tras su último enfrentamiento hacía ya varios años, había comprendido que la única forma de salvar a la gente no era castigar sus cuerpos sino liberar sus almas... siempre que fuera posible. La bondad era su arma ahora; su voluntad para cambiar el mundo poco a poco y con perseverancia. Su hermana lo aprendió y su padre, al final, también. Ella había tenido que perder mucho para ello, pero al menos se había dado cuenta. Gracias a lo que había experimentado había vuelto a nacer. Blanche era su nombre ahora. Ahora salvaba vidas de verdad, no como antes. Eso era lo que quería creer al menos.

—Te noto preocupada, hija —dijo el párroco, que a pesar de ser algo mayor no se le escapaba una.

—No es nada en concreto. Sigamos un rato más.

—Está bien, tendré que admitir que estoy demasiado cansado para continuar —contestó con una benevolente sonrisa—. Has sido muy buena ayudando, pero creo que será mejor seguir otro día. Traducir es una tarea pesada. Prefiero regar las plantas de fuera o recoger las hojas. Es más cansado, pero me relaja más cuando

termino. Con los libros mis pensamientos revolotean toda la noche y no descanso bien. Mañana continuaré otro poco, que no hay que abusar.

—Si necesitas ayuda será para mí un placer —le sonrió—. Así de paso aprendo un poco más de medicina.

—Eso está bien. Quería llamarte para hablar contigo también, pero no he encontrado el momento ni la excusa hasta ahora. ¿Sabes lo que quiero comentarte, hija mía?

Blanche asintió cabizbaja.

—He recibido una carta —dijo ella—. Me la han enviado a través de Juste esta tarde.

—¿Qué decía?

—Es de mi... ellos. Están en esta ciudad, pero no es como siempre. Dicen que me necesitan y que se prepara algo terrible. Me han pedido que renueve mi juramento en caso de ser necesario.

El anciano apoyó su mano en el hombro de la monja. Ella era lo bastante fuerte como para no dejar que nadie más notase su preocupación, pero él la conocía desde hacía ya unos años. Cuando trabajaba más duro de lo habitual era que algo la turbaba.

—Ya sabía que algo te afligía —dijo el bondadoso párroco—. ¿Y qué tienes pensado hacer, hija?

Su respuesta fue casi inmediata:

—Mis votos de ahora son tan sagrados como los anteriores. No los desharé. Ésta es la vida que quiero.

El religioso la miró con expresión severa.

—Hasta un viejo descuidado como yo —le dijo— puede ver que tienes dudas. Eres una bendición, desde que llegaste aquí todo ha cambiado para mejor, especialmente los corazones de la gente. Pero no puedo retenerte contra tu voluntad, ni tú misma tampoco, aunque creas que es lo mejor para ti. Si tuvieras que decidir no seré yo el que te diga que te vayas, pero créeme, si así sucediera finalmente puedes contar con mi bendición ahora y mis oraciones cada noche. Día y noche si es necesario. Por ser pastor y hombre anciano doy sermones día sí y día también, lo sé, pero quería decirte que si debes partir lo hagas sin ningún tipo de remordimiento. Has hecho una gran labor en esta ciudad y te

estamos todos agradecidos.

—Eres un gran hombre, Michel —sonrió la monja—. Si algo ocurriera, sólo intervendría para evitar el sufrimiento de más gente, pero... no quiero volver a la vida de antes.

—¿No lo echas de menos? —inquirió el párroco con una sonrisa pícaro— Te he visto practicar a veces.

—Es cierto —repuso ella devolviéndole la sonrisa—, pero practicando no hago daño a nadie. No sería lo mismo.

—Decidas lo que decidas, esta humilde parroquia siempre estará abierta para ti, hija mía.

—Gracias. Pensaré en ello. Quiero tomar la decisión acertada. Hace unos años así lo hice, de eso estoy segura.

—Mi abuelo decía que Dios tiene la costumbre de susurrar palabras en nuestros corazones. Sólo tenemos que permanecer en silencio y escuchar.

Michel era un hombre sabio y bondadoso, más médico que religioso a fuerza de practicar. Había vivido la guerra revolucionaria y cuidado a sus heridos con su abuelo. Desde niño se había enfrentado a los horrores de la guerra sin tener que librar batalla. Había aprendido mucho de medicina y se había propuesto recuperar tanta información como pudiera del conocimiento de los antiguos monjes y herboristas para que las nuevas generaciones pudieran disfrutar de él y, tal vez, expandirlo. Siguiendo el modelo de uno de los clásicos griegos que había leído, estaba regando un árbol que jamás vería crecer.

—Pero bueno —añadió—, ya te he importunado bastante con sermones y viejas anécdotas. Voy a ir apagando las velas que es tarde. Buenas noches, hermana Blanche.

—Buenas noches —contestó, pero el anciano párroco ya había salido a todo correr. Era un buen hombre, pero no le gustaba importunar a la gente. Cuando sentía que eso ocurría salía corriendo a ocuparse de cualquier otra tarea. Lo había aprendido cuidando soldados enfermos: lo mejor era no alterarles o no duraban mucho.

Blanche sonrió de nuevo y tras una breve pausa devolvió su atención a otro de los libros: el que Klaus, el “cazador de vampiros”,

le había dado. Lo sacó de nuevo de la estantería y le echó otro vistazo. Muchos de los símbolos que había allí estaban relacionados con la alquimia, al menos los que podía identificar. Lo más probable era que no perteneciera a ningún vampiro, sino a un hereje que viviera escondido donde fuera que Klaus había encontrado eso. Era un libro interesante, a pesar de todo; tenía frases subrayadas aquí y allí, o algunas anotaciones que elogiaban al escritor o a alguno de los personajes, incluso alguna otra que los criticaba como si fueran personas de carne y hueso. De los símbolos no pudo entender mucho, pero supuso que era una pista falsa. El cazador de vampiros no parecía un hombre especialmente hábil a la hora de encontrarlas, pero se había acabado dando cuenta de que tampoco era ningún charlatán. Quizás debería haberle dicho algo de lo que ella sabía. Al menos Juste no le dejaría hacer ninguna tontería.

Confió en que se mantuviera a salvo. Si la situación empeoraba tal y como decía en la carta, le revelaría algo de su propio pasado, al menos lo suficiente para que confiara algo más en ella y no cometiera ninguna locura. Eso lo había percibido también durante su primer encuentro: el cazador era un hombre solitario e intentaba que siguiera siendo así. Debía de haber algo que le atormentara, algo que le hubiera hecho perder la esperanza como ocurrió con ella. No sería tan cruel como para preguntarle acerca de los detalles pues sabía bien lo que era: venganza.

“No hay amor en los vampiros. Sólo crueldad y muerte.”

Fue en ese momento cuando dejó de dudar de él por completo. Hubo un tiempo en el que ella también lo había creído así.

Echó un nuevo vistazo a la carta que Juste le había enviado mediante el cazador. Era un tanto críptica y vaga, pero el mensaje estaba claro para ella. No estaba dirigida “a nadie” y venía de parte de “nadie”, con un contenido disfrazado con frases de carácter religioso que evitaban tanto revelar nombres como ser claros con aquellos no iniciados en la simbología usada por los suyos. Como mucho, cuando aún estaba en su antigua orden solían mandar

planos detallados, un breve mensaje y, si había suerte, un dibujo a mano o impreso con detalles adicionales. Antes era todo lo que necesitaba. Colocó el sobre en la llama de una de las velas y lo observó consumirse lentamente. El destino la perseguía, pero aún no tenía decidido si darle la espalda o ir de nuevo en su busca. Cuando el momento se presentara ante ella lo sabría.

Capítulo 17: El perro III

Eckhart abrió los ojos justo cuando su sirviente se disponía a dejar un gran saco junto a la pared. Era en ese momento cuando debía concentrarse más para no olvidar las visiones que había tenido durante el sueño, pero a pesar de eso se permitió el lujo de gastar su aliento con Gilbert.

—Supongo, Gilbert, que habrás hecho algo útil mientras yo estaba indispueto. ¿Has completado las tareas que te encomendé?

—A la pregunta contesto sí, a lo de antes contesto que indispueto no: estaba usted dormido como un tronco.

—No espero que comprendas la importancia que tiene para mí este proceso —dijo el alquimista algo molesto—. Únicamente puedo asegurarte que una de las claves de nuestra victoria reside en que realice esta tarea. No se trata sólo de “dormir” aunque aparentemente así sea.

—Pues lo ha disimulado usted como sólo un maestro puede hacerlo. ¡Hasta los ronquidos eran convincentes!

Eckhart resopló por la nariz mientras se incorporaba. Había pasado toda la noche tumbado boca arriba, totalmente rígido y con las manos en el pecho. Eso, sumado a su palidez natural y a su respiración casi inexistente durante las primeras etapas del sueño, le hacían parecer un muerto.

O al menos así lo había creído él hasta que Gilbert le había dicho que roncaba. De todas formas, algo así no tenía la menor importancia para él. Quedaba un año a todo estirar para que su obra finalizara.

—Soy más viejo de lo que parece —contestó algo taciturno el

alquimista—. Si roncar es el peor de mis achaques, creo que ambos somos afortunados.

—Roncar y dormir mucho mientras su fiel sirviente recolectaba información y alimentos y tiraba piedrecitas cual niño perdido, ¿eh? Es más de medio día. ¿Tiene usted idea de lo que ha dormido en total entre ayer y hoy?

—Naturalmente —dijo el alquimista sin un atisbo de vergüenza—. Sin embargo todo ha tenido su propósito. Debido a nuestro... percance con el familiar de Flamel, he tenido que tomar medidas inmediatas. Pronto capturaremos a nuestro amigo invisible gracias a este tiempo que he “desaprovechado” durmiendo. Para ello necesitaré escribir lo que he ideado durante el sueño y que volvamos al mismo sitio de ayer esta noche.

Gilbert entrecerró los ojos y frunció el ceño con una inocente y socarrona expresión dubitativa.

—Aunque antes de empezar —dijo Eckhart— me gustaría saber lo que tú has estado haciendo.

Gilbert hizo una genuflexión y mostró abrió el saco de esparto que había detrás de él. Con la mano a su espalda, sacó dos manzanas y empezó a hacer malabares con ellas usando una sola mano.

—Bueno, le he traído fruta fresca, como me pidió. También algo de pan y por último le traía un vino avinagrado que he cambiado en el último momento por azúcar y esta carne desecada. Aguantará lo suyo si se conserva correctamente y yo diría que con unos apaños lo hará —dijo echando un rápido vistazo a los compuestos químicos embotellados que se apelotonaban en las estanterías—. ¡AH! También le traigo la garantía de que en el mesón de al lado tienen unas patatas a la brasa casi tan deliciosas como la delantera de la señora que las sirve. Está casada, pero el marido es un gruñón y seguro que cae con un poco de mágico magnetismo. ¡Lo recomiendo!

—¿Lleno de gente?

—Por descontado —contestó el sirviente—. No es una mujer joven ya, ¡pero tiene un encanto que asegura que no le falte clientela! O mejor dicho... ¡Un buen par de ellos! Lo que por cierto

me ha dado mucho que pensar. Así soy yo; puedo estar disfrutando de las “virtudes” —gesto obsceno con las manos— de una fém̄ina y pensar en los misterios más intrincados del ser humano.

—Todo un filósofo. Primero me tomaré mi medicina y luego... tal vez me venga bien tomar el aire. Quiero asegurarme de un par de cosas antes de seguir trabajando y de paso encargarte algunas tareas adicionales.

—¡Sabía que le convencería con lo de la moza! —dijo Gilbert dando un brinco de alegría— ¡Seguidme vuesa merced! ¡Yo os guiaré hasta ese lugar donde hay manjares dignos de los dioses! ¡Y la comida también es buena!

Cuando Gilbert se giró hacia la puerta, una capa corta de terciopelo apareció en sus hombros.

—Veo que sigues abusando de tus poderes a pesar de lo que te advertí.

—En realidad no. Es decir; unas veces sí... pero en otras ocurre de forma natural. Me encantará explicarte más con un poco de patata entre los dientes, ¡y carne entre las manos! —Gesto obsceno de nuevo.

Nada más levantarse, el alquimista cubrió su camisa blanca con la chaqueta negra, seguido por la capa de igual color. Iba bastante embozado, más por el servicio que le hacían los bolsillos que por la temperatura en sí. Aunque por suerte el otoño estaba resultando inusualmente frío en aquel lugar. Las hojas sólo habían empezado a caer y sin embargo por las noches una fina capa de escarcha ya cubría los tejados de la ciudad. No era tanto la temperatura sino la sensación que ésta provocaba; era un frío que se metía por los huesos y atravesaba la ropa; que hacía que los días llenos de color que habían venido con el verano y la primavera se vieran cada vez más distantes. Cuando llegara el invierno lo haría con fuerza, golpeando a la ciudad como un torrente repentino, que arrastraría a aquellos que no pudieran encontrar un buen cobijo.

Eckhart estaba cansado. Gilbert no era el único que abusaba de sus poderes últimamente y, a diferencia del sirviente, el cansancio

sí que hacía mella en él mismo. No obstante, él tenía formas de recuperar el vigor perdido.

Tomó una de las botellas de la estantería y se echó unas gotas en la lengua, ocultando el movimiento a la vista. Luego la dejó en su sitio y partió junto a su sirviente, aún absorbido por ese presentimiento que no acababa de localizar.

—¡Nos días tengan, señores! —saludó el posadero, que había tenido el buen juicio de no tratar de pronunciar sus nombres hoy.

—¿Hace frío? —dijo Eckhart sin pensar.

El posadero se pasó una mano por la calva y olisqueó el aire de la ventana con su nariz chata pero inflada.

—¿Frío? Esta mañana un poco, pero ahora el sol calienta... más o menos. ¿Interesado en el tiempo, señor Solete? Pues yo diría que va a llover, pero serán cuatro gotas. No lloverá fuerte hasta dentro de unos días, esto se lo asegura un vasco.

Gilbert, que ya se había mantenido callado demasiados segundos, decidió preguntar:

—¡Vaya! ¿Eso es un talento de familia o lo aprendió usted solo?

El posadero rio.

—Esto es difícil aprenderlo solo, muchacho. Mi abuelo era pastor, mi padre era pastor y yo estoy aquí, ganándome las habichuelas como bien puedo. Pero hay cosas que no se olvidan nunca una vez aprendidas. Al menos me libro de remojarme la cocorota de vez en cuando. El tiempo aquí cuando hace frío es una... calamidad.

—¡Ah, las cosas de familia se llevan siempre aquí y aquí! —dijo el sirviente tocándose en el pecho y en la cabeza.

El vasco asintió con una sonrisa lateral y cruzó los brazos.

—Me caes bien, joven Gilberto. Espero que llegues a ser alguien en la vida. Éste joven promete —añadió dirigiéndose al alquimista—. Póngamelo usted en el buen camino.

—Descuide —contestó Eckhart esgrimando una inquietante sonrisa de cocodrilo—. Tengo grandes planes para él.

El lugar que el genio del espejo había elegido se podía ver nada

más salir de la posada, lo que era una suerte pues el cielo mostraba signos de que el posadero vasco no iba a acertar en sus predicciones. Una manada de nubes grisáceas y alargadas surcaba el cielo, con algún que otro zarpazo por el que se dejaba ver la luz del sol.

—¡Ah, filosofar! —dijo Gilbert mirando al cielo— ¿Qué es sino la herramienta para arrojar un poco de luz sobre un mundo de sombras como éste tal y como el sol penetra hoy por las nubes? ¡El verdadero sentido de la vista!

—No sabía que también tuviera alma de poeta, señor Mayer.

—La vida fue mi primer amor y nunca la he olvidado, señor Solberg. El que acabara recitando poesías era un paso natural. Pero permítame que continúe:

»Como iba diciendo, ¿recuerda el texto con mi “diario”? Pues bien: estaba haciendo encargos como un buen chico de los recados cualquiera cuando me he dado cuenta de que hay muchas cosas en él que, digamos... no eran del todo verdad, ¿sí?

—Me esperaba algo así —contestó Eckhart.

—¡Y yo! —continuó el sirviente algo indignado— Lo que no me esperaba para nada es que muchas de las mentiras que eran mentiras ya no lo son, ¡así como muchas de las verdades que eran verdades ahora son mentiras porque las mentiras ya no son mentiras! ¡¡Claro que no todas las mentiras que eran mentiras son mentiras con lo que eso me ha llevado a pensar que ahora tampoco soy Gilbert Mayer!!

—Ya discutimos esto ayer. Además, ya te dije la razón por la que eso había ocurrido, ¿verdad?

—¡Sí! sí, ¡SÍ! Naturalmente que sí. Pero lo soy aún menos que antes por culpa suya. Me ha robado un trozo y soy consciente de ello.

—Todo tiene un precio —replicó el alquimista sin remordimiento alguno.

—¿Ah, sí? Entonces contésteme a esto: si las mentiras que eran mentiras son ahora verdad, ¿cómo puedo yo, la persona modificada por dichas mentiras, saber que son mentiras y no verdades? Con esto me refiero a que no debería haber notado los cambios en mi

personalidad de haber cambiado, ¿cierto? Pero el caso es que he cambiado y a pesar de ello soy plenamente consciente de que mi comportamiento es algo diferente, ¡es totalmente de locos! ¿Ser o no ser? ¡Ambas! ¿Quién o mejor dicho qué es exactamente Gilbert Mayer? No es el conjunto de cualidades y características que esperaba que fueran porque de hecho... he cambiado, pero sé que he cambiado y sigo siendo yo. Eso no debería ser posible. ¿Ve la inconcebible dualidad, señor Solberg? Yo tenía una definición errónea de mí mismo y aun así acerté en mi propia transmutación. ¿Suerte? ¿Favor divino? ¿Acaso estoy protegido por ser el personaje clave en la trama de esta nuestra historia?

La expresión de Gilbert no daba lugar a dudas: se moría por saber la teoría correcta y saber así cuál fue su error.

—Yo diría que sí que es cierto que estás protegido. Verás; la respuesta es más sencilla de lo que parece, pero sólo una vez has llegado a esta conclusión: la esencia de cada uno no cambia así como así aunque lo hagan otros aspectos externos. Hay ciertas propiedades que se mantienen y cuando se crea un familiar a partir de un alma humana se produce dicha... dualidad. Acertaste con la transfusión, pero intentaste llevarte más de lo que se puede de forma natural. Por alguna razón que ni yo mismo comprendo existías y perdurabas sin desvanecerte, pero no creo que te salga bien el mismo truco dos veces. Estoy seguro de que de alguna forma hubo algo que escapaba a tu control y que te ayudó a realizar este último paso. No sé si fue algo o alguien, pero aquí estás: un auténtico milagro viviente. ¿Alguna pregunta?

—¿Alguna pregunta? ¿¡Alguna pregunta?! ¡Miles! ¡Esto para mí es como descubrir la pólvora! ¿Tiene idea de lo que todo esto implica? ¡Con esto podemos revolucionar el mundo de arriba a abajo!

—Sí, si tenemos lo necesario para ello y sabemos lo suficiente. Es mi teoría, después de todo —contestó el maestro alquimista con orgullo—, y es bastante más difícil de explicar de lo que parece. No entraré en detalles pues espero que aprendas no de la teoría sino de la práctica. Cuando obtengamos la piedra filosofal será mucho más sencillo de comprender lo que podemos alcanzar, pues pienso que

la “piedra” como tal puede ser un contenedor de almas un tanto... especial.

El “*tap, tap, tap, tap, tap*” incesante y la mirada inquieta de Gilbert parecían indicar que esperaba algo, pero el alquimista no podía imaginar el qué. Era cierto que su sirviente estaba interesado en lo que estaban hablando y su expresión fascinada de niño curioso resultaba cuando menos divertida, pero también era fácil notar que algo inquietaba a su sirviente.

—¡Y otra vez salió la piedra en la conversación! —dijo éste— Tengo que saberlo, ¿qué le interesa más, piedra o grimorio?

—La piedra es uno de los pasos necesarios para llegar hasta lo que busco. Una de las pruebas que tendremos que pasar. Estoy seguro de que si Flamel fue capaz de construirla, y lo fue, la piedra filosofal sería el mejor candado para que el conocimiento del maestro alquimista no cayera en las manos equivocadas. Ambas cosas me son igual de útiles. En primer lugar hemos visto que sólo alguien con conocimientos de alquimia podría encontrar sus “pistas”, también sabemos que éstas son vagas y su localización parece más por azar que porque Flamel las hubiera pensado. Eso nos dice mucho de él, ¿no cree?

—¡Ah, Flamel! ¡Un vejete descuidado, sin duda alguna!

—¿Descuidado? —dijo Eckhart algo extrañado— No se ha molestado en dar “pistas” para encontrar las pistas, pero tampoco se anda con zarandajas; la criatura que despertamos volverá a ser inmóvil en cuando se sienta segura, y entonces tendremos que buscar otra vez desde el principio.

—¿Será entonces cuando la encontraremos? ¿Cuándo pare?

—Naturalmente que no; la necesitamos despierta. Además, estoy bastante seguro de que esta misma noche abandonará la ciudad de no ser detenida. Puede acabar en una cueva, en un bosque... nos llevaría años encontrarla.

—¿Incluso con su don?

—Mi “don” me permitía obtener vagos detalles de su localización o lugares donde podría estar. No serviría por sí solo.

—¿Qué sugiere entonces, señor Solberg?

—Una criatura como ésa se siente atraída por la energía vital y

por los objetos, por así decirlo, “encantados”. El saco de fruta fresca será nuestro cebo. Así que...

Eckhart se detuvo. Una vez más su compañero se había quedado como si hablase en otro idioma.

—¿Qué es esta vez, Gilbert?

—Tres palabras: león, fruta, cebo. ¡O mejor cinco! León, dientarros enormes, fruta, cebo. ¡¿Tan poco sabe de naturaleza que espera que a un monstruo come hombres le dé por comer melocotones en vez de a nosotros?!

Era complicado leer en ese momento cuál era la expresión dominante en la cara del alquimista: por una parte parecía frustrado, por otra aburrido y por otra tremendamente irritado. Tras poner el codo sobre la mesa y coger aire, le otorgó a su sirviente su respuesta:

—Su ignorancia sobre mi campo de estudio resulta poco menos que exacerbante, señor Mayer —empezó el alquimista—. Pero creo que quedó bastante claro la noche anterior que no nos estamos enfrentando exactamente un león. Es una criatura etérica creada de forma artificial y encerrada en ese recipiente físico.

—¡Como un Gilbert leonado! —exclamó el sirviente.

—No. Tu alma es inestable pero sigue siendo tu alma. Ese león es como un mecanismo hecho a partir de ciertos pensamientos y carece de independencia. Podríamos estar hablando de una especie de duende o *daemonio* menor; poco más que un autómeta. Incluso yo he hecho algunos de estos, mucho más sencillos y con otros propósitos. La fruta fresca contiene un tipo de energía vital que tarda un tiempo en desvanecerse. Si eso falla y la criatura tiene instinto animal, la carne desecada lo atraerá. Finalmente, la razón por la que sé que funcionará es porque tengo la capacidad de saberlo. Espero que esta explicación haya resultado suficiente.

Gilbert se mantuvo totalmente quieto unos segundos.

—*Seh*, suficiente. De tener mi conocimiento completo supongo que comprendería las clavijas y piezas que hacen que crear un... bicho artificial funcionen, pero como no es así me tendré que conformar con el “¿cómo funciona?” En lugar del “¿por qué diablos funciona?”.

—En efecto, así ha de ser —contestó el alquimista.

Parecía que el “¿por qué diablos funciona?” Era una pregunta importante a la que quizás ni él mismo tendría respuesta.

—Volviendo a la piedra —prosiguió el sirviente—, aunque tuve la suerte de comprobar que la parte que asegura inmortalidad y la cura de todas las enfermedades es bastante cierta, supongo que la parte de convertir en oro el hierro y curar todos los males eran divagaciones de alquimista.

El maestro alquimista sonrió. Gilbert le estaba pidiendo toda una clase teórica hoy. Aunque podía sentir que su sirviente era un hombre de un genio excepcional y entendía las cosas rápido, su ignorancia resultaba algo reconfortante e irritante al mismo tiempo. Reconfortante porque estaba más lejos que él de la piedra; irritante porque había obtenido unos logros tan impresionantes como los suyos en mucho menos tiempo. Suerte del principiante, tal vez.

—Supone usted mal, señor Mayer —contestó como si tratara de reprobárselo su error—. La piedra puede generar lo que nosotros llamaríamos milagros, pero convertir en oro es una de sus propiedades menores. Lo importante de la piedra se encuentra en sus cualidades para ampliar la capacidad del alquimista más allá de sí mismo. Una alteración del alma inmediata y completamente controlada. Algo en lo que ambos hemos fallado y pagado nuestro precio por intentarlo.

Los ojos de Gilbert se abrieron como platos y brillaron como los de un ladrón ante un tesoro. La conversación lo había dejado aún más ávido de conocimiento, pero sobre otro tema esta vez.

—¿*Et tu, Eckhart?* ¡Entonces caiga el león mágico! ¡Maravilloso, maravilloso! **¡Triple maravilloso!** —dijo el entusiasmado sirviente— Un “maravilloso” encadenado a una duda un tanto perturbadora: yo he perdido parte de mi identidad. Ahora no tengo muy claro quién fui y mis memorias se encuentran perdidas entre la realidad y nuestras propias fantasías. No es que me importe especialmente, teniendo en cuenta mis planes en caso lograr mi objetivo. Pero si yo perdí todo esto... ¿Qué perdió usted?

Eckhart juntó las manos complacido. Había vuelto a acertar.

—Nada en absoluto. El fruto de mi trabajo lo pagué con algo que

me será devuelto cuando complete la última fase de éste.

El genio el espejo presionó el puente de sus pequeñas gafas y frunció el ceño, meditativo.

—Vida, ideas, dinero, una chica... ¡AH! —dijo por fin Gilbert—
¡Tiempo! ¿Ha perdido usted el tiempo, señor Solberg?

La mueca de una leve sonrisa se dibujó en los labios del alquimista. De nuevo, otro acierto más. Gilbert era peligrosamente brillante en ocasiones. Sería mejor recordarlo por si había que detenerlo algún día.

—En efecto —asintió éste—. Y es por eso que debo encontrar la piedra antes de que se me termine el que me queda. Por esa misma razón deberás ocuparte de otras tareas importantes esta tarde.

—Esto no está bien —protestó el *doppelgänger*—. Ahora que lo pienso tampoco puedo acordarme de algunas cosas importantes sobre alquimia. Es decir: recuerdo los “siete pasos de Mercurio” como si los hubiera dado yo, pero a la hora de elaborar un proceso decente... nada; me faltan trozos por todas partes. Todo lo que pensé “yo” se ha borrado, como si mis conocimientos se hubieran reconstruido a partir de un manual incompleto... que posiblemente sea usted.

—Te quejas demasiado para haber recibido una segunda vida. ¿No crees?

—¡Me quejaría menos si me acordara de lo principal!

—Sabes que eres Gilbert Mayer y conservas tu inteligencia intacta. También conservas tus peculiares habilidades aumentadas por el hecho de que no estás atado por el mundo físico tanto como el resto de los humanos. El que tengas lo justo para triunfar en tu tarea debería ser incentivo suficiente.

—Eso y mi incierto futuro como *semidoppelgänger*.

—Sin duda alguna. Espero que te esfuerces aún más ahora que eres plenamente consciente de lo que tu existencia implica. La clase teórica termina aquí. Te daré la siguiente si sobrevives a lo que ocurrirá en breve.

—¡Ooooh! —dijo Gilbert con una sonrisa desafiante— Eso no ha sonado pero que nada amigable. Bueno, pues “en breve” cuando usted diga, señor Solete.

El comportamiento infantil del sirviente no consiguió hacer que Eckhart cambiara su buen humor de hoy. Fuera lo que fuera lo que había “hecho” mientras dormía le había alegrado el día... aunque parecía haber mejorado desde que habían entrado en aquel lugar lleno de gente. Tal vez la medicina que él mismo se había preparado había surtido efecto al fin. Mientras tanto la camarera, bendecida por un sensual, abultado y seguramente molesto pecho, sirvió dos platos y se fue rápidamente tras un “que aproveche” desganado. Ninguno de los dos alquimistas prestó mucha atención a eso, pues el olor de la comida era tan embriagador que incluso Gilbert había olvidado meterse en el papel de galán. Eso o aún tenía en mente las palabras del alquimista, que con el conocimiento adecuado podrían provocar llevar al éxito el más descabellado de los experimentos, en el que él mismo perdió la vida una vez.

—¡Y pensar que ayer no comimos nada en absoluto! —exclamó el *doppelgänger* olfateando el aire— ¡Bueno, y en mi caso ni ayer ni hace la tira de años! ¡Y sin embargo hoy tengo un hambre lobuna!

—Te equivocas en algo, Gilbert: yo sí comí algo ayer, si bien poco y mal —replicó el alquimista risueño—. A esta edad no me puedo permitir el lujo de forzar los mecanismos de mi cuerpo demasiado sin serias repercusiones. Cierto es que todavía quedan en mí algunas gotas del agua de la juventud... si bien pocas ya.

—Usted también tiene alma de poeta, ¿eh?

Cuando Eckhart no estaba preocupado por algo actuaba como un viejecito afable. Seguía teniendo ese inaguantable sentimiento de superioridad y sus comentarios de tono lúgubre y macabro, pero no parecía tan mala persona.

Todo lo contrario a la noche anterior; Gilbert tenía grabado a fuego cómo habían pasado hasta altas horas de la madrugada en una búsqueda infructuosa, pesada y solitaria, salvo por los ladridos de algún perro abandonado que se perdían en la noche y alguna que otra canción sobre la guerra que un grupo de borrachos —si no

lo estaban sonaban como si lo estuvieran— cantaba alegremente. A pesar de ello, su “maestro” había culpado de su mala fortuna a la rapidez del animal y en todo momento aseguró que andaban detrás de él. El brillo enfermizo en los ojos del alquimista se fue desvaneciendo poco a poco hasta que finalmente dijo algo parecido a “no se atrapa corriendo a lo que tiene alas” y volvieron cabizbajos a la posada del vasco. Era un caballero habilidoso, ese alquimista, pero su talón de Aquiles era probablemente que nunca se había encontrado con un rival a su altura. Gilbert dejó escapar una risa. Le recordaba a alguien. Era una situación bastante divertida para él. Sentía como si el universo estuviera pregonando un secreto a voces y el mundo entero no tuviera oídos. Algo grande; algo superior al mundanal espectáculo del día a día que a pesar de tener su encanto no se podría comparar con lo que podría llegar a desvelarse si ambos alquimistas jugaban sus cartas bien. Sí; sentía como si esa nueva oportunidad que se le había dado fuese Dios haciendo trampas para mantener un rato más en el juego a su ficha favorita. Si Eckhart estaba contento, él estaba eufórico.

No obstante, se mantenía en la línea de la cordura gracias al habitual humor de “paupérrimo gusto” según le había dicho el ya-no-tan-sombrío maestro alquimista.

Pasaron la hora de la comida sin incidentes y, sorprendentemente, sin Gilbert intentando hacer de las suyas de nuevo. El joven alemán pagó generosamente y le guiñó un ojo a la mujer que les atendió, quien continuó con su labor, impertérrita. Realmente había perdido algo de su don en todos estos años.

Eckhart frunció el ceño cuando por fin descubrió de dónde había sacado el dinero su sirviente: el día anterior había robado el portamonedas a varias personas y luego había culpado al hombre que les seguía; el hombre había huido mientras las monedas de esa buena gente quedaban a buen recaudo en los múltiples bolsillos de otro maestro de los hurtos. Quizás era ésa la razón por la que su perseguidor había logrado escapar. La rapidez con la que éste había salido corriendo en lugar de intentar aclarar la situación era la prueba de que Jacques no era trigo limpio, cosa que Gilbert había deducido por sí solo o, como de costumbre, por casualidad.

Al caer la tarde, el sirviente volvió a revisar uno de los encargos del alquimista mientras éste se dedicaba a “diseñar la trampa”. Todo lo que Gilbert recibió como recompensa por sus labores diurnas fue un puñado de piedras marcadas con una especie de cruz torcida, algo diferentes a las que había colocado alrededor de la posada durante el día y cuyo propósito no le fue revelado. Supuso que se trataba de algún tipo de precaución que el paranoico alquimista había ideado; más hechizos mágicos que él aún no comprendía.

Por último, recibió un par de monedas para que “avanzara en su búsqueda particular”, que también le iba bien, pues tenía grandes planes para lo que él llamaba su “red de espionaje”, que era más bien una red de favores. Las piedras debía colocarlas alrededor de la zona de la mansión abandonada de la noche anterior dejando un hueco más grande en la parte del camino de entrada. Con las que sobraran debía formar una espiral hacia el centro de la colina. Gilbert no era ningún estratega, pero se figuró que Eckhart había elegido esa zona en particular más porque era la dirección por donde la bestia había huido antes de desaparecer que porque fuera un buen lugar para una trampa. Tanto que le había contado y sus planes seguían siendo un misterio. Daba lo mismo. Se ajustó las gafas, pensativo. Lo averiguaría antes de encontrar la piedra, estaba seguro.

El alegre sirviente no advirtió que había alguien que le seguía los pasos; alguien que había tomado las suficientes precauciones como para no cometer el mismo error dos veces. Esa presencia pensaba únicamente en cómo atrapar a su presa sin exponerse demasiado y esta vez había recuperado sus antiguos métodos... de cuando le servía a él. Volvía a estar plenamente alerta y al acecho. Siempre lo había estado, en realidad, pero sentía que era ahora cuando debía actuar.

El *doppelgänger* tarareaba tranquilamente una canción mientras

deambulaba alrededor de la colina en donde detendrían a la bestia cuando Eckhart viniera. Era reconfortante ver como el resto de la gente, que no era mucha en toda aquella área, no prestaba atención en absoluto a lo que el sirviente hacía. Aun así trató de hacer su tarea lo más disimuladamente posible, tirando las piedrecitas marcadas por el alquimista con un cuidado magistral. Después de todo, el hacer aparecer y desaparecer cosas era su juego. Cuando terminó su tarea, decidió explorar un poco más la casa ya que su maestro no le había encargado nada más y él se sentía repleto de energía apenas durmiendo unas horas, aunque cuando finalmente le vencía el sueño acababa tan cansado que apenas recordaba haberse dormido o haber soñado algo.

De todas formas, tras la conversación con el maestro alquimista había sacado en claro que la piedra filosofal, así como los conocimientos que hubiera tras ella, eran algo que podría convertir a un hombre corriente en un ser casi divino. No le interesaba ser un dios, pero sí le interesaba tener el poder bastante como para elegir su destino libremente. Ésa era la razón por la que había disfrutado estos días como sirviente del viejo alquimista. Éste le estaba dando algo de libertad para explorar por su cuenta, lo cual resultaba cuando menos perturbador puesto que, como había comprobado ya, el alquimista no era el tipo de personas que dan algo sin más. Le recordaba a él mismo poco antes de su experimento; cerca de la muerte y aun así pasando de mano a mano el resultado de toda su corta vida de trabajo. Un toque inocente al que su maestro añadía otro de oscura arrogancia pero que no dejaba de ser la otra cara de la misma moneda, o eso creía él. Por fin, Gilbert se vio frente a la puerta de la mansión. Golpeó la puerta con el nudillo de su dedo índice, luego con su otra mano y finalmente con la cabeza, que finalmente provocó que la puerta se abriera de nuevo. El *doppelgänger* dejó escapar una risilla nerviosa.

—Soy yo, destino, quien llama a tu puerta. ¡Gracias por abrirme de forma tan educada! ¡Sólo vengo en busca de algo relacionado con Flamel y también a fisgar un poco, espero que no te moleste!

No se notará casi nada mi presencia, como una sombra; como la niebla. **¡Como elfantasma que soy!**

Como ya le había hecho otras veces, el destino le volvió a dar una invitación en forma de silencio lúgubre. No era un silencio tan insoportablemente profundo como el de su antiguo hogar, pero le inquietaba y, como el silencio era algo con lo que había guerreado años y años, usó su mejor arma y empezó a cantar:

—*Tanzen und spinnen und spinnen und tanz-en, no tengas miedo no mires atrás. Spinnen und tanzen y no llores más, que las estrellas no te escucharán.* Niña risueña... ¿Niña?

¡Pero qué cosas más raras me cantaba mi padre! *Tanzen und spinnen...*

Cantaba en voz baja mientras removía escombros con demasiada delicadeza como para encontrar algo o miraba muy por encima un cajón abierto. Poco a poco tanto el volumen del canto como la intensidad de su registro aumentaron.

—*Spinnen und tanzen nada por aquí. ¡Y bailaremos los dos hasta el fin!*

Empezó a patear muebles y arrojar pilas de objetos al suelo, quebrando jarrones, figuras y marcos con pequeños cuadros.

—*Und spinnen un ta... ¡Eh!*

Había encontrado algo. Uno de los cuadros que acababa de desgraciar tenía algo escrito en la parte de atrás.

—**¡Premio para el caballero blanco!** Desde luego uno no puede encontrar ciertas cosas si se anda con sutilezas. Veamos...

Estaba escrito con una letra perfectamente normal. Tanto, de hecho, que no tenía ningún rasgo destacable, sólo un extraño poema de significado desconocido por el momento. El texto, en una letra sencilla e irregular, pero de estilosos trazos, rezaba así:

*“Vagando sin tierra
encomiendo al guardián de piedra
la llave de la llave de mi llave negra.
El que sea sabio encontrará,
Lo que vea cuando nada haya al mirar,
el que siguiendo al sol, con las Estrellas sepa caminar.*”

*el que la negra bruma con fuego logre Disipar.
y al Último oscuro su nombre Cante para Hacerlo calmar"*

—¡Inconexo, críptico, mal redactado y ni siquiera rima! Pero la letra es clara y sin mucho garabato. ¡Sospecho que esto no es del maestro Flamel!

Y no lo era. Gilbert se sintió todo un investigador por unos instantes hasta que se percató de que un hombre menos detallista también hubiera llegado a esa misma conclusión... si hubiera leído lo que ponía un poco más allá del roto, donde estaba la misteriosa firma. "*D. Kriz*".

No le sonaba a ningún alquimista famoso, aunque podía tratarse del pintor, en cuyo caso no tenía ni idea. Arrancó el cuadro del marco y lo extendió en el suelo como si fuera una alfombra. La pintura representaba un paisaje rural con un viejo monje junto a un lago que ocupaba toda la parte inferior del cuadro. El monje tenía una serpiente enroscada en un brazo y un bastón en el otro. Al fondo del paisaje se veía una iglesia que se erguía altiva, con sus varias torres y almenas que le daban el aspecto de un fortín medieval. El lago no parecía muy realista, pues era básicamente el reflejo comprimido de toda la parte superior del cuadro. De hecho, este pequeño detalle arruinaba el realismo del resto de la pintura, pero también hacía que la gente se fijara en ella. Si ésa era la intención del autor, había sido una idea genial.

Como no tenía nada mejor que hacer en unas horas, se dedicó a memorizar los detalles de la obra de D.Kriz e intentar interpretar el texto de su reverso.

Consiguió sólo una de esas dos cosas.

Capítulo 18: Cazador diurno

El ruido de los pasos ajetreados y pesados que subían por los escalones le hizo guardar el cuchillo en la vaina oculta del interior de su bota. Como estaba demasiado nervioso como para dormir, el cazador de vampiros lo había sacado para hacer un remiendo al cordón de sus botas. Había visto partir uno por uno a los demás huéspedes de la habitación. Gente cansada y de mirada perdida que apenas intercambiaba alguna palabra con su anfitrión o entre ellos. Se notaba que realmente estaban allí porque no tenían otra opción. Más o menos el apaño serviría, aunque había otro asunto que no conseguía arreglarse: esa noche no había dormido casi nada.

Ya no había nadie en la habitación. ¿Cuánto había podido dormir al final? Menos de lo que necesitaba, desde luego, pero al menos los huesos ya no le dolían tanto. La puerta se abrió de pronto y la mole humana que era Juste entró por ella alegre como un muchacho que ha cazado un grillo.

—¡Buenas tardes tengas, cazador! —tronó su voz, que fue como una violenta sacudida en la cabeza de Klaus.

Juste obtuvo un gruñido como respuesta y el golpetazo que dio el polaco al ponerse en pie.

—Buenos días, amigo —contestó finalmente—. ¿Todo bien?

—¡Mejor que bien! Vengo con la faena hecha, ¡la que es para mí y la que es para ti!

El zíngaro zarandeó en el aire la *zweihander* de Klaus.

¡Cómo brillaba! El metal había sido tratado con un cuidado digno de un maestro y no quedaba ni una sola imperfección en la hoja. Seguía siendo igual de gruesa y, si bien algo más afilada, no

demasiado para evitar así roturas debido a su constante uso. Eso no era todo; el que la hubiera tratado había mantenido intacta la firma de "Garsia" de la punta y se había librado tanto del óxido de uno de los extremos como de las tiras de cuero del mango, casi inservibles ya de viejas que estaban.

—¿Puedo? —preguntó el cazador de vampiros con los ojos como platos.

—¡Claro! ¡Toda tuya, compadre!

Al sostenerla se dio cuenta de que las cuerdas de cuero del mango se mantendrían en su lugar. A diferencia de las anteriores, que ya estaban algo raídas, las nuevas hacían que los dedos se adaptaran a la perfección. Klaus sonrió entusiasmado. Parecía otra espada. Tenía ganas de hacerla cantar en el aire y escuchar el sonido de su hoja cortando el aire.

—¿Te convence? —preguntó Juste, aunque la respuesta ya se podía ver en la cara del satisfecho cazador.

—Es incluso mejor de lo que espero. No imagino cómo lo has hecho. Trabajo excepcional, ¡No sé cómo puedo pagar esto!

—¡Con el tesoro del vampiro rico! ¿No?

Klaus rio. Esto sí que había sido un golpe de suerte. Sentía que con su arma en ese estado podía enfrentarse a lo que fuera. Incluso quizás a aquel monstruo invisible o al vampiro al que perseguía. La expresión de Klaus se apagó un poco, pero no se mostró preocupado.

—¡Ah! —continuó el gigante— ¡Casi se me olvida!

En su otra mano, Juste tenía una especie de bridas de cuero y una vaina recubierta para la punta.

—Antes la llevabas liada en esas vendas, pero eso no estaba bien. No te hemos conseguido una vaina porque este armatoste sólo lo puedes cargar en el hombro o en la espalda, así que te hemos cogido esto: te lo pones en la espalda así y puedes llevarla mejor. También podrás desenvainar sin descoyuntarte el brazo —rio.

—Sabes mucho de armas —exclamó Klaus.

—Yo no mucho, pero mi amigo de la fundición sabe bien lo que se hace. Todo esto lo hemos obtenido gratis de uno de los

mercaderes de la ciudad, donde trabajan la mayoría de los que viven aquí. Es muy rico y tiene cosas exóticas de todo tipo. No creo que eche de menos un par de placas de metal y unos trozos de cuero.

—Pero aún es más de lo que... ¡¿Cómo te ayudo ahora?!

—¿Eh?

Era difícil hablar el idioma local cuando estaba tan concentrado en el arma que había recuperado.

—Yo digo... que esto es mucho lo que has hecho por mí. Vampiro rico o no, mereces una recompensa. Quiero hacer algo por ti. Yo insisto.

—Está bien —asintió él—. Pero ahora no necesito nada, ¿vale? Algún día, antes de que te vayas, ya te diré algo. Si te apetece, ¿eh? ¡Siempre puedes echarte atrás!

—Mi espada estaba casi muerta. Ahora vive otra vez. Eso es algo que llega a mi corazón. Casi como si salvas a mi amada.

—Una bien guapa te has buscado, ¡compañero!

El polaco afirmó con la cabeza despreocupadamente mientras Juste sonreía orgulloso. Restaurar la espada había sido un gran servicio, pero la vaina había sido un detalle que le resultaba casi igual de útil, sobre todo a la hora de prepararse para un combate. Klaus no quería vender la piel del oso antes de cazarlo, pero le daba la impresión que había tenido un golpe de suerte en el momento adecuado. El día de la confrontación con el vampiro que buscaba se acercaba por fin, y ese pequeño empujón del destino era la preparación que necesitaba para poder enfrentarse a él con todo su potencial.

—Ahora tengo que volver —dijo el zíngaro—. Hoy trabajo algo más de la cuenta y como he salido un momento a hacer unos recados he aprovechado, pero será mejor que no me retrase, ¿vale?

—Vale. Muchas gracias para todo.

—Voy tirando entonces, ¡adiós y buena caza!

El adiós de Klaus se perdió entre el sonido de Juste saliendo escopeteado escaleras abajo. Se había tomado la molestia de venir, pero por lo visto no quería retrasarse en su labor. No le podía pedir más; Juste era un hombre altruista como pocos. Su “posada” era

para gente que no se podía permitir nada mejor, y ni siquiera cobraba más que lo que podían darle. No sabía muy bien a lo que se dedicaba realmente, pero su olor a metal y sus manchas de carbón lo relacionaban de forma inconfundible con un alto horno. Quizás fabricaba cañones, armas o armaduras. O quizás piezas metálicas para edificios, vallas como la del cementerio... no tenía por qué ser nada relacionado con la guerra.

Fuera lo que fuera, no había tiempo para pensar en ello. Repasó mentalmente el "mapa" de la ciudad e intentó recordar las zonas más importantes. Decidió pasar lo que quedaba de día explorando el área del día anterior, donde encontraron a la bestia invisible. El día antes, por la noche, le había parecido totalmente desierto y si durante el día ocurría lo mismo, era un lugar que tenía muchas posibilidades de ser atacado. Eso querría decir que el monóculo del maestro Julio podría encontrar fácilmente algún rastro leve de la noche anterior. Bien; era hora de cerrar un poco más el lazo. Se afianzó la *zweihander* a la espalda y salió a toda prisa de la "posada" de Juste. Se sentía bien volviendo a tener su herramienta de trabajo a mano, aunque, a pesar de ello, debía admitir que estaba en una ciudad bastante grande y Blanche y Juste tenían razón por terco que se pusiera: si ellos se habían sorprendido al verle cargar con su espada, quería decir que atraería demasiado las miradas de los viandantes y, si tenía mala suerte, también de los gendarmes. Quizás podría hacerse con una capa o una chaqueta larga, para buscar durante el día al menos. Aún le quedaba algo de dinero pero no era muy recomendable desperdiciarlo así. Intentaría encontrar algo que le hiciera el servicio y seguiría con su trabajo.

Tras caminar un rato dio finalmente con el puente del día anterior. Se apoyó en una de las paredes que estaban al lado de la callejuela por la que había salido corriendo la pasada noche y empezó a examinar el suelo con detenimiento. Por un momento le había parecido ver a una mujer joven detrás de él, pero al girarse no había nada. Lo peor de todo era que el socavón que la bestia invisible había dejado al pisar ya no estaba. Dudó por un momento

de sus recuerdos, pero finalmente recordó con claridad la imagen del adoquín rompiéndose ante lo que fuera que se había posado encima. No tenía pies ni cabeza. Procedió a examinar el terreno con el monóculo; nada en absoluto. Como si no hubiera estado allí. Se golpeó la pierna frustrado. Lo mismo que había venido, la fortuna le daba ahora la espalda de la forma más burlesca posible. El vampiro volvía a reírse de él.

Era como si todo el entrenamiento y la miseria que había pasado no sirvieran absolutamente para nada contra las criaturas verdaderamente peligrosas. No; pensar así era malo. Lo encontraría. Tenía que encontrar algo. Tenía que pensar más y dar lo mejor de sí. Así no llegaba a ningún lado.

No debía dejar que la frustración hiciera mella en él. Perder la pista principal seguía siendo parte de la rutina. Incluso Julio tenía problemas para encontrar vampiros a veces; cuando eso ocurría, el español maldecía a diestro y siniestro hasta que finalmente se sentaba con los pies cruzados y, tras una última y más intrincada maldición, encendía su pipa y fumaba durante un rato. Ese tiempo era "su momento especial", y el castigo por interrumpirlo podía ir desde un insulto moderadamente alto a uno de los famosos gargajos del maestro cazador seguido de toda una sarta de palabras malsonantes. Todo dependía de la importancia de su presa y de lo necesitados que estuvieran de encontrarla. Klaus había aprendido la lección rápido, y tras el primer mes no decía una palabra a Julio mientras éste meditaba, ocurriera lo que ocurriera. El cazador de vampiros se rindió e intentó crear un momento tal y como su maestro hacía. Aunque él no era fumador, no había comido nada esa mañana.

Primero pensó en comer sólo algo de pan, para hacer que le durase un par de días, pero eso no supondría un equivalente adecuado a la "meditación con pipa" de Julio. Se detuvo en un mesón que encontró merodeando por la ciudad, atraído por el olor. Allí comió un plato de verduras con "panceta" (o algo que se le parecía) con un nombre parecido a "mirapán", que acompañó con

un vaso del vino más asequible del local. El barrio era de clase obrera, así que el vino fue barato, saciante y de baja calidad. Tanto mejor para él; nunca había tenido la habilidad de un buen catador y todo el vino le sabía prácticamente igual y le entraba mejor. Estaba bueno y calmaba el espíritu, que era cuanto importaba. Comió en silencio, pero sin pensar en absoluto en su cacería o en lo que tenía que hacer luego. La idea era desconectar del todo para luego volver a buscar soluciones sin encabezonarse en los mismos errores de nuevo. El plato de mirapán sabía bastante bien; aunque la "panceta", si es que en efecto lo era, no era de su agrado, las verduras cortadas sabían a campo. Una comida moderada, pero que le daría energía para completar el resto de su ronda.

Recordaba algunas de las zonas del área que podían ser usadas como escondite, así que decidió que ésa sería su meta de hoy. Si estuvieran en la verde campiña francesa todo sería mucho más fácil. El rastro del aura de los vampiros sería más claro y duraría más, pero aquí se mezclaba constantemente con el de la gente y el cazador se veía obligado a confiar en que su instinto le permitiera encontrar el escondrijo del monstruo, donde podría esperarle y derrotarle... o acabar con él directamente si lo encontraba allí durante el día.

Tras un momento de tranquilidad, el cazador terminó la comida y con esto también su momento de meditación al más puro estilo del viejo maestro. Volvió a patrullar las calles con su voluntad y su resistencia ya renovadas. Esta vez no se quitaba el ocular del ojo y se centraba en mirar en cuantas direcciones pudiera para encontrar rastros. El sol anaranjado de la tarde se escondía tras unas nubes de igual color, alargando la formidable sombra de la catedral de Lyon como un oscuro monolito. Había en esa época del año unas diez horas de luz, más o menos, que su presa usaría para dormir o para preparar su siguiente movimiento. Cuando anocheciera, el cazador y el vampiro tenían más posibilidades de encontrarse en las calles, pero Klaus siempre había preferido sorprender a sus presas en sus escondites o en la salida de estos, para así armar menos revuelo y

arriesgarse menos. En cuanto a lo pobladas que estarían las calles de esa zona de la ciudad, el cazador había acertado a medias: en las calles principales había bastante gente, pero era como un gran río con algunos afluentes. Casi todo lo que rodeaba las vías principales parecía desierto, como si de un desfile se tratara. Era una ciudad extraña. El movimiento de las paradas callejeras no era tan alborotador como en otras zonas que visitó el día anterior. Por fortuna, la gente se centraba en sus asuntos y nadie se fijó en exceso en la espada que llevaba a la espalda. Una chica se cruzó delante de él, por un instante. Tenía el cabello negro y la piel morena. Era joven y bastante hermosa, pero lo que había llamado la atención del cazador de vampiros eran los ojos de la muchacha: estaban vacíos de vida, completamente faltos de conciencia. Se movía casi por inercia, sin ser dueña apenas de sus propios actos. Klaus se volvió para mirarla otra vez. No estaba. Quizás no fuera nada; quizás fueran imaginaciones suyas como muchas veces había pasado, pero quizás no lo eran y de ser así esa chica estaba en grave peligro. Aceleró el paso en pos de la joven intentando seguir su instinto. Si tenía razón y la dejaba ir entonces estaba muerta. Ambos se perdieron entre las calles abandonadas, llegando a la parte más laberíntica y vacía de la ciudad. De vez en cuando. El cazador veía algún atisbo bien de las faldas verde oliva de la muchacha o de su pelo negro azabache. Por fin tuvo que echar a correr, intentando no perderla de vista. Algo ocurría. Ella se movía como si volara entre los callejones. Sin embargo, cada vez estaba más cerca. No importaba cuántas esquinas doblara o por dónde fuera. El cazador se acercaba a ella y ya apenas abandonaba su línea de visión. No estaba asustada ni había gritado. Estaba poseída por una profunda somnolencia que le impulsaba a obedecer a la mano oculta que la atraía en silencio. Había acertado con su intuición.

—¡¿A plena luz del día?! —maldijo mientras aceleraba en pos de la joven víctima.

Tanto la habilidad del vampiro para “hipnotizar” como su cacería diurna eran elementos poco frecuentes en las presas normales y, aunque lo había visto algunas veces, nunca se había encontrado con esas dos características juntas. Había dos tipos de

seres con esa habilidad: los vampiros cantores y los de ojos malditos. La muchacha torció una vez más y se perdió de vista. Al intentar seguirla, el cazador se encontró con una calle estrecha y vacía. Había fracasado.

¡NO! Desenvainó la *zweihander* y retrocedió mientras se preparaba para matar a su rival. Apenas un instante más tarde y habría muerto. Una reacción rápida y su posición defensiva habían logrado coger a su adversario por sorpresa. El vampiro, con los ojos negros y abiertos, observaba al hombre que le había detenido, mientras caminaba hacia él, atravesado por la gran espada. Había fallado su emboscada. La criatura diabólica aún encontró fuerzas para alzar su brazo y alcanzar el rostro del cazador de vampiros. Cuando llegó hasta él intentó desgarrarlo con sus uñas afiladas y largas. Klaus no se quedó quieto y, con todo el impulso de su cuerpo, subió la espada desde el estómago de su oponente hasta su corazón. Ante la muerte, el monstruo cerró su zarpa alrededor del que se había convertido en su ejecutor, que se zafó mientras un fino hilo de sangre le caía por la ceja izquierda. Segundos después, el vampiro exhaló mientras se convertía en polvo. Tanto él como sus ropas se evaporaron en el aire, dejando sólo aquel gemido de muerte. Klaus suspiró aliviado. Había llegado a tiempo.

—¡Vaya un tajo! No está mal, semental —dijo una voz masculina a su espalda—. Tienes huevos y eres espabilado.

El pelo de la nuca se le erizó como el de un animal. Klaus dio un paso hacia adelante y se volvió, preparándose para un nuevo ataque que no llegó. Delante de él había un joven de cabello largo y ojos verdes, que sujetaba a la muchacha morena, apenas consciente.

—¿Quién eres? —gritó.

—¡Venga hombre! —protestó su nuevo enemigo sonriente— ¿Haces una entrada de campeón y ahora me vienes con éstas? ¡Soy el vampiro al que buscas, lumbreras!

El vampiro acarició el cuello desnudo de la joven mientras estudiaba la reacción del cazador. Al ver que éste empuñaba el arma con furia sonrió aún más.

—Esperaba otra vez compañía desde hace tiempo, pero, ¡de entre todos los posibles me encuentra un humano! ¡Ésta sí que es

buena!

—¡Suéltala! ¡Esto es entre tú y yo!

—¡Suéltala! —se mofó el vampiro sin perder esa diabólica expresión— Te gusta dártelas de héroe, ¿eh, valiente?

—¡Suéltala te digo!

El vampiro hizo una mueca de desaprobación y se encogió de hombros

—Hagamos una cosa. Si me vences la suelto, ¿vale?

El cazador no contestó. Tenía que planear cómo atacar de la forma más efectiva y tenía que hacerlo ya. Le separaban cuatro pasos de su rival. No parecía armado. Haría retroceder a su oponente con un avance rápido y luego haría un amago de golpe punzante. Eso haría que el vampiro bajara la guardia y soltara el agarre de la joven lo suficiente como para poder separarlos. Dio un paso veloz hacia adelante mientras miraba fijamente a aquel monstruo de rostro humano, que ni siquiera tenía pinta de querer defenderse.

—¡Piensa rápido! —gritó el vampiro mientras sus ojos refulgían con un extraño brillo escarlata.

Había olvidado los ojos. Maldición. Klaus dio otro paso hacia adelante. Su cuerpo no respondía. Dio otro más y se apoyó en su espada para no perder el equilibrio. Su vista se estaba nublando. Tendría que haberse acordado de los puñeteros ojos.

—Tú pierdes. Inténtalo otro día, genio. Te daré un aliciente para que te esfuerces más.

La última imagen que pasó por la mente del cazador antes de perder el conocimiento fue la mirada perdida de la joven mientras el vampiro le hincaba los colmillos en el cuello. Parecía un animalillo al que acababan de sacrificar. Unas extrañas palabras resonaron en su mente antes de desvanecerse su conciencia, como si alguien se despidiera de él en la lengua del infierno.

“¡Itsenad!” “Safla’m!” “¡A elu karr dalv!” “¡jio gir t’s atrom lihaim!”

Capítulo 19: Cazador de Despojos

Klaus estaba tumbado frente a un árbol, exhausto tras toda una mañana entrenando combates. La brisa de verano le había secado el sudor, pero estaba demasiado cansado y dolorido como para que le molestara esa sensación.

—Por cierto —dijo el maestro Julio—. A pesar de cuanto te he enseñado, harías bien en guardarte especialmente de dos tipos de vampiros —dijo rascándose el bigote— y únicamente dos: los que de día se alzan para cazar y los que jamás cazan.

Su distracción le había costado más de la mitad de la charla del viejo Julio, pero no se atrevió a hacerlo notar.

—¿Hay vampiros que no cazan? —respondió él tratando de hacer ver que había permanecido atento todo el tiempo.

—¡Porque otros cazan por ellos, por eso! Como esclavos, como... ¡¿Qué sé yo!? Listos como el hambre son, pues rara vez es la que se enfangan los pies sin haber perdido antes a cuantos les ayudaban, que son siempre muchos. Los dos son de lo más peligroso; son fuertes y bien protegidos siempre los que no cazan, y los que acechan de día son incluso peores: todos viejos diablos y saben cómo se mata a un cazador y cómo se le evade. ¡Vive dios que estos cabritos son siempre malas noticias estén donde estén!

—A mí me parecen más peligrosos los primeros. Muchos enemigos es algo peor que uno solo.

—Con que sí, ¿eh? Tú sigue confiado, necio. Los vampiros diurnos suelen ser aún peores.

La pausa del maestro Julio y el ligero tic en su ceño cada vez más fruncido daban a entender que se le estaba escapando algo.

—¿Por qué cazan durante el día y no de noche?

—¡Albricias! —exclamó el maestro— ¡Muerto de viejo me veía ya! Pues has de saber, zagal, que es sencilla la respuesta: porque no les importa un carajo, por eso es por lo que lo hacen. No son más fuertes, sino más listos que los otros a fuerza de vivir para luchar otro día. Pueden cazar limpiamente y sin sospechas o darle una tunda a quien se interponga si les sale mal. Son normalmente vampiros que llevan pululando por el mundo desde antes que las canas de Matusalén. Los que yo he cazado de este tipo podrías contarlos con los dedos de mi arrugada mano.

—¿Nos hemos encontrado alguna vez con uno de esos?

El maestro agarró su pipa con los dedos y dejó escapar una risa que se mezcló con el humo grisáceo que salía desde sus pulmones hasta su nariz. Luego tosió y exhaló el resto del humo por la boca.

—¡El diablo me lleve si así ha sido! No —tosió—. Si lo hubiéramos hecho antes de acabar el entrenamiento otro aprendiz tendría hoy. Qué digo antes, incluso cuando seas un cazador hecho y derecho esos bichos no serán asunto de broma. Algunos de ellos andan por ahí usando poderes satánicos y creando leyendas terribles allá donde vayan. ¿Recuerdas, espero, lo que te mencioné de los vampiros cantores?

—Sí.

—Pues todo eso y más sin pestañear hacen. Una vez, recuerdo, halléme ante un “cantor” que atravesaba paredes.

El cazador puso cara de sorpresa.

—¿Es eso siquiera posible?

—Y más cosas. El dos veces malnacido me tuvo semanas detrás de él hasta que lo pillé. De tejado en tejado saltando como un langostón. Y aun así, no creas, si no se hubiera pensado que allí acababa conmigo se me hubiera escapado sí o sí. La ventaja que tenemos sobre los vampiros serios es que de tanto sobrevivir confiados son como el que más, y creen que es menester que todos a su alrededor se pongan en pompa y reciban alegría. Cuando se topan con alguien diestro que les planta cara y que sabe lo que se hace, tardan un poco en darse cuenta de que están en peligro. Eso es tu ventaja. Como la desaproveches te partirán la cara y como a

una manzana fresca te darán un bocado. Lo mismo que te ha pasado con el estúpido niño de los músculos, ése de los ojos verdes.

Klaus dio un respingo. Ahora recordaba todo. ¿Qué hacía aquí?

—Mil diablos barbudos. Te me has de despertar por ser yo lengüilargo, ¿no? —Le sonrió su maestro.

El cazador de vampiros abrió los ojos. La cabeza le daba vueltas, pero por lo demás no notaba ninguna herida. El vampiro le había dejado ir sin más. El cielo estaba oscuro ya. Seguía sin haber nadie en las calles. Tenía la impresión de que todo ese lugar estaba vacío por completo. Instintivamente tanteó el suelo en busca de su espada. Sus manos se volvieron más y más desesperadas al ver que no hallaba nada. Finalmente golpeó el suelo con su puño y se mantuvo de rodillas unos instantes. Si realmente la había perdido tenía un serio problema. No se contentaba con saber que estaba vivo. Si su maestro hubiera perdido su arma hasta el cielo se habría estremecido por su furia. Él se hubiera levantado de un salto y hubiera removido cielo y tierra hasta arrancar el corazón a ese vampiro. Él... el monóculo.

Fue él quien se levantó de un salto. Empezó a hurgar en el interior de su chaqueta de cuero marrón. Por fin encontró la hendidura forrada donde el ocular que le había confiado su maestro permanecía sano y salvo. Klaus bufó de frustración y alivio al mismo tiempo. Si hubiera desaparecido ya podría decir “adiós muy buenas” a ese vampiro. Le había dejado fuera de combate sólo con mirarlo a los ojos. Sabía que había habilidades así, pero que hubiera sido capaz de usarla de forma tan inmediata... era algo de otro mundo. Podía haber estado todo lo alerta que quisiera, pero esto era algo que no esperaba. Siempre pensó que con fuerza de voluntad podría resistir algo así. De hecho, fue su maestro el que le dijo que si una mente era lo bastante fuerte podía resistir el hechizo de un vampiro cantor o uno de ojos malditos. Eso suponía un duro golpe para la autoestima del cazador, quien pensaba que había sufrido lo suficiente como para no dejarse arrastrar por un hechizo

como ése.

Al parecer estaba equivocado. Se puso el monóculo de nuevo, como para asegurarse de que todo estaba en orden. Tenía suerte. Era extraño que en el intervalo de tiempo que había pasado allí inconsciente no hubiera venido ni una sola persona. Eso hacía que el ocular funcionara de manera óptima: el rastro del vampiro aún estaba allí. Lo siguió impaciente con un último atisbo de esperanza. No todo estaba perdido. Al seguirlo, temió que se desvaneciera entre las calles principales y que se volviera demasiado difícil de rastrear una vez más. Un incremento de la dificultad en los pasos de su perseguidor resultó ser un golpe de suerte. Según el aura que mostraba el instrumento del cazador, el vampiro de los ojos endemoniados había trepado por una pared hasta uno de los tejados más bajos. Era extremadamente ágil.

Como estaba bastante claro que no llegaría de una vez, se agarró a una hendidura que encontró en la pared de piedra y empezó a buscar otra. Al intentar asirse de nuevo, uno de los ladrillos tembló y se vio obligado a soltarse. Necesitaba un sitio en donde apoyar el pie para poder continuar. Volvió a intentarlo unos pasos más hacia la derecha. Tras subir un metro y medio que le costó pena y esfuerzo, el cazador no tuvo más remedio que dejarse caer de nuevo.

—¡El diablo se me lleve! —murmuró en polaco— ¡¿Estoy persiguiendo a un vampiro o a un maldito lagarto?!

Quizás lo mejor sería buscar otro camino. Se dio la vuelta buscando soluciones rápidas. El edificio que había a su espalda era un tanto más bajo pero la pared estaba cubierta de cal y era imposible de trepar, aunque si encontrara el apoyo adecuado quizás podría llegar de un salto. Volvió a mirar a su alrededor. Al fondo de una de las calles, la que no tenía salida, había un pequeño cementerio de cajas casi vacías. Se acercó a paso ligero y tomó una de ellas. Al instante, la soltó y dio un paso atrás sobresaltado, pues salió de ella un gato negro, que huyó hacia la oscuridad en busca de un mejor cobijo. Suspiró de alivio. Le había dado tanta impresión

que no había gritado. Tanto mejor. Volvió a recogerla, que parecía no haberse roto con la caída, y la colocó frente al edificio más bajo. Repitió el proceso con dos de las otras cajas, que aún conservaban restos de comida en mal estado y, como la primera, carecían de la tapa superior. Bien: hora de probar suerte. Las empleó a modo de escalera y se preparó. El cazador decidió saltar un par de veces en tierra firme antes de intentar lo más difícil. Tras un par de ensayos, subió por las tres cajas con cuidado de no caerse y se inclinó tratando de no desequilibrarlas. Dudó de sí mismo unos instantes y, tras un par de intentos nonatos, logró saltar y agarrarse. Lo logró. Se asió justo al borde del tejado mientras su escalera improvisada se derrumbaba bajo él, con un estrépito que debía haber despertado a todo el vecindario. Afortunadamente no ocurrió nada, pues él tenía sus propios problemas: se había agarrado muy justo, quizás no podría subir. Intentó reptar con los dedos de su mano izquierda, que era más fuerte. Lo hizo. Cuando consiguió el suficiente agarre, se apoyó con los pies en la pared y tomó impulso para poder subir. Estaba hecho. Había logrado trepar aquel muro. Sin detenerse a retomar aliento, se aseguró de que no hubiera ninguna teja suelta y tomó carrerilla. Tenía que saltar al siguiente edificio. Esto resultó más fácil y menos tedioso que el asunto de las cajas, pues el cazador pudo agarrarse al terrado a la primera. Cuando empujó su cuerpo hacia arriba uno de los ladrillos a los que se agarraba cedió y se quedó colgado de una sola mano. Éste cayó unos cinco metros más o menos hasta ir a dar contra las cajas, provocando únicamente el ladrido de unos perros. El polaco se aferró fuertemente con su otra mano y se impulsó de nuevo para poder arrojar su brazo contra el destartado muro. Ya con las dos manos asidas, logró hacerse con la cumbre y reclamar lo que allí se encontraba.

Había alguien tendido en el suelo. Corrió hacia aquella persona y descubrió que se trataba de la misma chica que había intentado salvar antes. Recordó lo que había pasado mientras perdía la consciencia y dio un paso atrás. La observó desde una distancia

segura con el monóculo. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que sucedió aquello, pero podía despertar en cualquier momento. Ya era demasiado tarde para ella. Se agachó para sacar el cuchillo de cazador que guardaba oculto en su bota y dijo:

—Que el Señor, si es que existe, acoja a esta pobre alma atormentada.

—Me dijo que no caerías en algo así —exclamó la mujer morena abriendo los ojos de repente—. ¡Pero te puedo matar de otra manera!

El cazador de vampiros guardó rápidamente el ocular en su bolsillo interior y puso su corto acero entre la mujer vampiro y él. Si no hubiera perdido el otro el día anterior ahora tendría dos armas para defenderse. Ella se levantó con una agilidad demencial, poseída por una locura que la inmunizaba de todo terror, que la aislaba de toda sensación de peligro y la volvía un ser voraz y sin corazón.

—El maestro dice que si acabo contigo me dejará ir con él —prosiguió ella con una sonrisa llena de dientes afilados—. ¡No quiero hacerle esperar!

Antes sólo estaba presa de un “hechizo”, ahora estaba realmente muerta. No quedaba nada de lo que una vez fue. Matarla sería liberar su alma de las garras de la criatura atroz en la que se había convertido. No tenía mucho espacio para maniobrar, tenía que rodearla y así cambiar las tornas. Lanzó un par de cuchilladas al aire, que la mujer vampiro evitó con gran facilidad. Era muy rápida, pero sus movimientos seguían siendo los de una persona normal y corriente. No sabía cómo moverse en una situación así. Al verse acorralada, la criatura saltó contra el cazador, que cayó de espaldas y la lanzó por los aires usando su pierna. Klaus se puso de pie mientras observaba como su oponente se golpeaba contra el suelo y se ponía en pie de la misma inercia. Se había roto un brazo y ni siquiera se quejaba.

—¡¿Eh?! —aulló cuando se percató de ello, sólo para volver a cargar contra el cazador con toda su rabia.

El cazador polaco le clavó el cuchillo por debajo de las costillas pero no alcanzó el corazón y, al igual que con el golpe anterior, la

chica ni se inmutó. En vez de eso, usó el brazo libre para golpearle. Retrocedió y sólo recibió un pequeño rasguño en la mano. Al retirarse, había empuñado el cuchillo con fuerza y había desgarrado el estómago de su oponente. Aquella criatura lucharía hasta el final de su vida sin importar cuántas heridas recibiera.

—¡Te voy a desollar vivo! —rugió.

La mujer vampiro agarró su brazo roto y empezó a tirar mientras chillaba. Se lo arrancó de cuajo y lo arrojó contra el cazador, que lo apartó de un manotazo. Justo después el vampiro se le echó encima, cogiéndole desprotegido. Agarró a su oponente por el cuello mientras trataba de aguantar la fuerza de la enloquecida criatura sobre él. No lo consiguió; perdió el equilibrio y cayó nuevamente sobre su espalda. El cazador trató de rodar para amortiguar el golpe, pero recibió en la cara un zarpazo de la mujer vampiro que le hizo golpearse la cabeza. No era un corte profundo. Antes de que aquella criatura tuviera la ocasión de atacar de nuevo, Klaus la agarró del cuello mientras apuñalaba su corazón. Esta vez había acertado. Su rostro, enrojecido. Tomó una expresión iracunda mientras el vampiro aullaba y perdía su voluntad de luchar. Se zafó del agarre del monstruo lanzándolo por los aires de nuevo con su pierna y, a los pocos segundos, tanto las ropas como el cuerpo de la mujer estallaron en llamas y desaparecieron en un momento. Ya no había nada salvo Klaus, con un nuevo corte por encima de la otra ceja a juego con el de la lucha anterior y un reactivado dolor de espalda. El cazador no se levantó. Se quedó inmóvil y jadeante, observando el cielo nublado y sin estrellas. Si hubiera tenido su *zweihander* esta lucha no hubiera durado tanto. Había sido algo descuidado, pero no esperaba que aquella criatura se arrancara su propio brazo como si fuera de papel. Diablos sin alma, enloquecidos por el veneno que llevaban en su propia sangre.

Si aquellas criaturas realmente ardieran al morir, Klaus hubiera podido llevarse más recuerdos desagradables consigo esa noche, pero por fortuna no funcionaba así. Sencillamente se consumían ellos mismos fuera de la existencia. Su maestro no le explicó la razón por la que eso sucedía y él mismo no había podido descubrirla tras todos estos años. Con un gruñido, el cazador se

levantó y exploró el terrado de aquel edificio. Había una caseta en lo alto que bajaba a los pisos inferiores. Estaba abierta y el cerrojo roto. A abrir la puerta, encontró algo que jamás hubiera esperado: su espada apoyada junto a las escaleras que continuaban hacia el interior del edificio.

Entró como una exhalación y examinó su arma con todo detalle. Estaba en perfectas condiciones. Antes de continuar hacia abajo, se tomó su tiempo para volver a colocársela y volvió a mirar por el monóculo. Había tres presencias en ese lugar. Dos de ellos, los principales, no iban por las escaleras, pero el tercero sí que lo hacía: el de la mujer vampiro a la que acababa de derrotar. No se adentraba demasiado. En su interior tampoco había ningún rastro. ¿Por qué? Si los vampiros que había visto por la tarde no temían al sol como los que se había encontrado en su persecución del ancestro. Intentó dejar el tema por el momento mientras se centraba en el rastro del vampiro de ojos endemoniados.

Saltaba de edificio en edificio y se perdía en la distancia. Demasiado difícil, pero al contrario de lo que inicialmente pensaba, en vez de ir hacia los tejados más altos se dirigía hacia las afueras de la ciudad en línea recta. Podría encontrarlo. Al menos había recuperado su espada, o mejor dicho: el vampiro la había dejado como recompensa. Ahora parecía más evidente: el vampiro que había destruido esta mañana era un aprendiz. Estaba enseñando a cazar a otros como él. La chica a la que había matado no tenía ningún valor para él y decidió ponerla a prueba haciendo que se enfrentase al cazador. No estaba del todo seguro, pero todos los hechos en relación con el vampiro que perseguía formaban una oscura idea en su cabeza: si tenía razón entonces ya sabía por qué sus métodos habían cambiado o por qué dejaba a algunos vampiros atrás. Este vampiro estaba seleccionando individuos para crear un grupo y les estaba enseñando. Los “esbirros” que le temían al sol no le servían porque él se movía también de día, así que los dejaba atrás. El vampiro de ojos verdes era realmente un líder; un cacique que prepara a los suyos. Quizás la razón por la que le había dejado vivir era porque él mismo podía convertirse en uno de esos individuos, o tal vez por la emoción de tener a un cazador detrás de

él. Un escalofrío cruzó por la columna de Klaus mientras se formaba en su mente la siguiente pregunta: ¿para qué se estaban preparando?

Desde la distancia, una figura de blanco observaba al cazador. Le había prohibido verla antes, así que no se daría cuenta de que estaba allí ni podría seguir su rastro durante un tiempo. Sin embargo, ella sí que podría seguir el de Leon. Ahora tenía una idea bastante clara de dónde encontrar al vera sangre. Era un sentimiento extraño: estaba emocionada y al mismo tiempo tenía miedo de seguir adelante. Leon. Había preparado ese juego diabólico sólo para divertirse y mientras tanto seguía con sus misteriosos planes.

—Leon —dijo la mujer de blanco—. ¿Qué estás haciendo?

Capítulo 20: El Perro (III) Música en el vacío

La figura del alquimista apareció en la distancia. A medida que se acercaba, Gilbert pudo observar que su maestro parecía más viejo. Su rostro era ojeroso y las líneas que marcaban su edad eran ahora más profundas, como si las hubieran perfilado. Normalmente se movía con mucha más ligereza; ahora parecía más bien un muerto viviente que hubiera salido de su tumba aprovechando la caída del crepúsculo. En cualquier caso se encontraría el trabajo hecho. El *doppelgänger* había dejado caer las piedras marcadas rodeando la casa y había investigado a fondo el interior del lugar —y se lo había pasado en grande, a pesar de no encontrar más “pistas”, si es que a eso se le podía llamar pistas, que la pintura y los versos del desconocido D. Kriz. Por último, cuando empezó a declinar el sol colocó una plancha de madera sobre el césped frente a la casa, pasada la verja metálica, y depositó allí la ofrenda de comida. En cuanto hubo acabado esta tarea, el sirviente se quedó recostado en uno de los árboles torcidos y esperó a su maestro, que efectivamente no tardó en llegar. Eckhart traía un estuche con su violín y otro más grande, seguramente con las notas y fórmulas mágicas que había de usar para atraer a la bestia invisible. Se movía tan despacio que parecía que estaba obligando al sol a retroceder. Algo llamó la atención de Gilbert a su derecha. El genio alemán miró hacia un lado y luego hacia el otro, pero no logró ver nada salvo ramas y hojas secas. Había tenido esa extraña sensación de verse observado durante toda la tarde, pero lo había atribuido a la falta de compañía en un espacio abierto como aquel. Claro que, tanto los árboles medio pelados como el denso follaje rojizo de los

arbustos ofrecían montones de sitios para esconderse y espiar... o atacar. Bueno, lo importante era que no había pasado nada del otro mundo y que ahora, tras una tarde sin incidentes pero divertida, iban a hacer algo interesante. ¡Por fin! Pero él se movía taan y taan leento. Gilbert se puso en pie con un giro elegante y empezó a zarandear el brazo de un lado a otro, como si se lo fuera a lanzar en cualquier momento.

Poco a poco.... poco a poco... poco a poco... poco a poco...

«¡MÁS DE PRISA, CONDENADO VEJESTORIO!»

Algo. Había algo más. El alquimista no estaba sólo andando despacio... estaba murmurando no sé qué. Gilbert saltó en medio del camino e inclinó la mitad superior de su cuerpo hacia adelante mientras se daba un pequeño tirón de orejas para poder oír mejor. No funcionó, pero se quedó ahí un rato más. Escuchó el sonido del viento entre los árboles, de un pájaro que rondaba por allí, de los ruidosos insectos cantores que habitaban los hierbajos; se sentía uno con la naturaleza y... No, en realidad no, ¿no? No. ¡Absurdo! Era estúpido pensar eso porque de hecho él era un ser antinatural. ¿O sobrenatural? Esta conversación ya la había pensado antes, ¿no? ¿La? ¿Era Gilbert Gilbert o era Gilbert un truco más? Lo sentía: lo tenía en la punta de la lengua. ¡El chiste más grande de este gran burlón! Y sin embargo ni siquiera podía recordarlo. Un collarín negro... un collarín negro... ¿Qué quería decir? ¿Qué estaba pasando por su mente siquiera?

Mientras él se perdía en un verdadero torrente de pensamientos, su socio se acercaba con la oscuridad, cantando algo en voz baja.

No se entendía bien ninguna palabra, pero parecía un idioma inventado.

Cuando llegó frente a su sirviente, el alquimista le dedicó una única mirada. Había llegado la hora, aunque no supiera muy bien de qué. El tono del alquimista sonó cada vez más alto, pero no porque se estuviera acercando únicamente, sino porque estaba alzando la voz cada vez más. Ya no entonaba palabras; ahora se centraba en un único y monótono sonido que apenas parecía

humano y que perforaba la noche. Se paró justo enfrente de la tabla de madera y siguió con su extraño cántico sin mediar palabra mientras espolvoreaba limaduras de metal alrededor de la comida. Olía a... ¿Hierro? Gilbert no decía nada, sólo observaba como un chiquillo curioso mientras trataba de imaginar qué clase de truco haría ahora el anciano alquimista. En el estuche de mayor tamaño había traído varios frascos pequeños y dos grandes llenos de algo que parecía humo. Tomó uno de ellos y se aproximó a la comida.

—Aléjate —dijo a su sirviente—. Esto puede ser peligroso.

—Buenas tardes, para empezar —contestó cordialmente el lacayo.

Sin decir nada más, el alquimista arrojó el frasco de humo contra la comida. Al estallar, ésta se consumió súbitamente como si el tiempo hubiera hecho que se pudriera al instante. También soltó una humareda desagradable que ocultó el olor a hierro en polvo.

—Oh. Com-pren-do —dijo un Gilbert menos sorprendido de lo que su maestro esperaba.

El alquimista volvió a recuperar la expresión ausente pero concentrada con la que había aparecido y exhaló de nuevo aquel sonido largo y monótono. Sin variar ni una pizca el sonido y moviéndose tan despacio que parecía un extraño baile, abrió el segundo estuche y sacó de él su violín. Aquel largo y exasperante tono de su voz ya casi duraba un minuto. De no ser por la expresión adusta de su maestro, Gilbert hubiera pensado que el pobre había perdido la cabeza. Justo al sonar la primera nota de su instrumento, Eckhart paró de cantar para tomar aliento y procedió a seguir haciendo sonar aquellas notas vibrantes con éste. Era una melodía totalmente diferente a la que había usado cuando Gilbert había vuelto a la vida. Gilbert no podía describirla con exactitud. De hecho no era ni música: era... natural, le recordaba a unos lobos aullando. No tenía ni idea de cómo un violín podía hacer un sonido semejante. Se sentó de rodillas y observó al alquimista, que no parecía en absoluto un alquimista. ¿No parecía? No, decir eso era poco. Aquello era un hechicero al más puro estilo de los magos de las viejas historias. Un hombre de pelo canoso y largo, de cejas cenicientas y con una barba recortada de forma curiosa. Sólo le

faltaba el sombrero y, a falta de túnica, llevaba su larga capa y un chaquetón que casi llegaba hasta las rodillas. Verlo allí tocando el violín era como presenciar un abracadabra cualquiera. Gilbert se quedó mirando, ceñudo. Esta vez no había líquido ninguno, sólo ese sonido medianamente agradable que no llegaba a ser música y el olor a frutas podridas que empapaba el aire. ¡No estaba bien! ¿Dónde estaba el truco? ¡¿Cuál era el secreto!?

¿Era el violín, acaso? Demasiado obvio. ¿La música? Demasiado imposible. ¿El tono?

¡Casi!

—¡Lotengolotengolotengo! —susurró Gilbert iluminado por su descubrimiento.

Le vino a la mente una vieja historia que se contaba en su ciudad natal:

“Hace mucho tiempo, un viejo músico iba en carruaje hasta Viena para asistir a un concierto muy importante. Su viaje hasta la ciudad se había demorado ligeramente y llegaba muy justo de tiempo, aunque aún llegaría para el inicio del gran concierto. Pero las cosas se torcieron casi a las puertas del palacio; debido a una visita del emperador Maximiliano, el puente hasta la ciudad estaba cerrado a los ciudadanos de a pie y carruajes. Para ir hasta allí tendría que dar un rodeo tan grande que para cuando llegara el concierto habría empezado ya. El músico se bajó del transporte y expuso su situación a los soldados con muy buenas maneras, pero estos se mostraron reacios a dejarle pasar y fueron muy descorteses con el famoso músico, llegando incluso a insultar su arte. Éste, hecho una furia, tomó un violín en sus manos y lo hizo sonar de tal manera que el puente entero empezó a temblar hasta que se derrumbó junto con toda la guarnición.”

El nombre del emperador, la ciudad y el desenlace solía cambiar dependiendo de quién lo contara. A veces era en Milán o en París; a veces el músico detenía su mano vengadora antes de que el puente se derrumbara y lo dejaban pasar. Detalles sin importancia, pues en

su propia historia había cientos de detalles que se alteraban una y otra vez. No obstante había un detalle que nunca cambiaba en ninguna de las versiones: el sonido del violín era lo que hacía temblar el puente. Estaba seguro de que se trataba de eso.

Era... la resonancia. La forma en la que hacía vibrar el mundo. Era un imposible sin lugar a dudas, pero el imposible menos mágico. La melodía que le había devuelto a la vida no era más que vibración... una nota larga que se desvanece y una alegre música para atrapar la mente de Gilbert Mayer y encerrarla en el cuerpo volátil en el que ahora estaba. No sabía el porqué, pero suponía que ése era el cómo. Una leyenda hecha aún más increíble y real. ¿Qué intentaba ahora? ¿Viajar en el tiempo? ¿Reinvocar al perro? Con ese poder desconocido los límites de lo posible se difuminaban bajo el sonido vibrante de un anciano tocando el violín, como en aquel cuento. Un aullido lejano contestó a la melodía del alquimista. Ya venía.

Capítulo 21: El Perro (III) La bestia invisible

El sonido de las pisadas pétreas del animal hacía eco desde las calles hasta la colina donde el alquimista y su sirviente esperaban. Eckhart dejó el violín en su estuche y miró meditabundo hacia su joven aprendiz de brujo.

—Esto ha funcionado —murmuró cansado—. Si lo que hemos preparado entre los dos también funciona, tendremos al animal atrapado y visible. Si no, tendremos que enfrentarnos a una bestia invisible a la que no le gustará verse encerrada con nosotros.

—¡Triunfantes o triturados! —exclamó Gilbert dando un giro extravagante— ¡Sin vuelta atrás! Estos dos alquimistas se preparan para enfrentarse a este... ¡loqueseaqueaesto!

—No estoy seguro —contestó Eckhart—, pero debemos tener en cuenta que como familiar no es un ser viviente como nosotros y carece de inteligencia propia. Sólo tenemos que aislarlo de la voluntad de su creador y será de nuevo manso y estúpido.

—¿No dijiste que las piedras se encargarían de eso?

—Sólo en parte. Lo volverán más torpe, pero su función principal es hacer que la runa de ocultación del guardián ocupe todo este campo, lo que nos asegurará un enfrentamiento sin interrupciones. Al ocupar un área tan grande la runa perderá mucha de su capacidad inicial, pero seguramente conservará la bastante como para que no se nos vea desde lejos.

—Entiendo. Como alquimista hace teorías y como mago se las saca de la manga, ¿eh? ¡Ya tenemos tanto en común!

Eckhart asintió de mala gana. Para poder lograr su objetivo todos los pasos deberían surtir el efecto deseado, y de eso no estaba

seguro. Ambos sabían que era improbable en el primer intento, pero no había más remedio: no tendrían una segunda oportunidad si fallaban ahora.

—La práctica va a ser una tarea mucho más dura —continuó—. Si queremos derrotarlo de verdad necesitaremos verter el contenido de uno de los frascos que he traído en el interior de la boca del animal. Toma todos los que puedas del estuche mediano.

—¡Podía haberlo hecho más fácil, oh todopoderoso mago del sonido vibrante!

Eckhart le miró sorprendido. Había acertado de nuevo. Gilbert empezó a reír y saltar de alegría.

—¡Cuando me quedé encerrado en el espejo pensaba que era un genio maldito, pero realmente soy un maldito genio! ¡Mira que soy bueno, caray!

—Coge los frascos del estuche de una vez —ordenó el alquimista—. Yo tengo los míos propios. No se te ocurra malgastarlos. Tenemos que acertar justo en la inscripción rúnica que le da la vida. Si es lo bastante poderosa como para hacerlo invisible quiere decir que lo mantendrá activo aún después de pasar la barrera que le hemos preparado.

Otro aullido. Éste venía del camino que subía hacia la colina. El perro dejó una estela de polvo tras de sí hasta llegar a la parte donde el *doppelgänger* había colocado las runas del alquimista. Entonces, el milagro ocurrió: la bestia invisible avanzó mientras aparecía de nuevo ante los ojos de los alquimistas. La figura de ese perro guardián se dejó ver por fin, mostrando el aspecto de un león totalmente negro y con los ojos rojos. Parecía estar hecho de sombras.

—Una bestia magnífica, ¿no crees? Supera con creces a todas las criaturas artificiales que he visto. Es una pena, me hubiera gustado conservarla intacta.

—¡Debemos de ser gente común, entonces, porque él no parece querer conservarnos intactos!

El león negro se había repuesto del choque inicial y por fin parecía haberse dado cuenta del engaño. Rugió con rabia mientras se acercaba al trote hacia donde los dos alquimistas estaban. Ahora

se podía escuchar el sonido de su interior metálico rechinando con fuerza a causa del movimiento. Si bien la trampa de Eckhart no lo había detenido completamente, se movía lo bastante lento como para que dos seres humanos pudieran enfrentarse a él.

Sin embargo, el perro no estaba tan acabado como parecía; avanzó de forma lenta y muy forzada, pero después empezó a acelerar el paso de nuevo, cargando contra Gilbert. Éste sonrió mientras cogía uno de los frascos del interior del estuche del alquimista.

—Sabes elegir lo mejor de lo mejor, ¿eh, muchachote? —dijo el *doppelgänger* mientras agarraba el estuche con una mano y alzaba uno de los frascos con la otra—. Ven con el bueno de Gilbert.

El perro siguió acelerando y embistió con todo su impulso en la dirección del sirviente, que lo esquivó con un exagerado giro mientras arrojaba el frasco al interior de la boca del animal. Le había acertado de lleno.

—¡Aquiles me sonrío desde las estrellas! —exclamó triunfante señalando al cielo.

El perro siguió adelante, decelerando poco a poco hasta detenerse casi veinte metros más adelante.

—Bravo —aplaudió el alquimista—. Ha sido toda una hazaña, señor Mayer. Ahora sólo queda...

Calló. El perro se seguía moviendo. El animal se volvió y se preparó para cargar, esta vez probando suerte con su anciano compañero.

—Parece que hemos cantado victoria demasiado pronto —dijo Eckhart acercándose al árbol más grueso que encontró.

—Vamos, señor Solberg —respondió socarrón el *doppelgänger*—, ¿De verdad cree que picará con algo así?

—Antes no era muy inteligente y ahora que está aturdido lo es incluso menos —la criatura empezó a acelerar de nuevo—, lo cual no quiere decir que no pueda convertirnos en un amasijo de carne y sangre si nos alcanza.

Una vez más, el violento galope del animal retumbó en el camino de tierra, ensordeciendo incluso el sonido del mecanismo de metal que impulsaba a la criatura. Eckhart se mantuvo erguido y

expectante mientras la bestia se acercaba más y más. Esta vez no hizo lo mismo; el animal dio un paso largo que se clavó en el suelo y saltó hacia él, que pudo evitarlo a duras penas. El perro había usado una estrategia diferente, pero seguía siendo una bestia, a fin de cuentas. Ahora el animal luchaba por escapar del árbol en el que él mismo se acababa de empotrar con la cabeza y una de sus patas delanteras. Era el momento. Mientras aún trataba de liberarse, el alquimista se acercó sin prisa y observó la boca de aquella bestia a una distancia prudente. Se abría y se cerraba, aparentemente con gran esfuerzo. El maestro alquimista arrojó el frasco al interior de sus fauces, donde estalló por el golpe y acertó justo donde se suponía que estaba la runa. No tuvo ningún efecto.

—Una coraza —exclamó el sorprendido alquimista—. ¡Está recubierto por algo que no deja pasar el líquido! ¡Qué magnífica obra! Es mucho mejor de lo que pensaba.

Gilbert se acercó dando saltitos y arrimó la cabeza tan cerca del hocico del animal que si el árbol que lo apresaba hubiese cedido un poco la mandíbula de la bestia lo hubiera trinchado en un instante.

—¡Interesante, interesante! —dijo entusiasmado— ¿Y si...?

El sirviente empezó a reír en voz baja, como si hubiera recordado algo lo bastante cómico como para olvidarse del peligro actual.

La bestia chirrió de nuevo y partió con un brusco giro el árbol que la aprisionaba. Gilbert dio un respingo hacia atrás y cayó de espaldas, salvándose casi por un milagro de la zarpa del animal.

—¡Vagando sin tierra! —dijo el sirviente, disimulando lo que parecía un grito de sorpresa— ¡Encomiendo al guardián de piedra... la llave de la llave de mi llave negra!

La bestia era ahora más ágil. Se estaba recuperando. Eckhart se tiró a un lado para evitar ser arrollado. El perro se daba la vuelta de forma mucho más natural que antes; ya no rechinaba tanto e incluso hacía menos ruido al caer. Al menos seguía siendo visible, por el momento.

—¡¿Qué demonios estás diciendo?! —gritó el alquimista, pero Gilbert ignoraba por completo a su maestro: ahora era él el mago.

—¡El que sea sabio encontrará —prosiguió— lo que vea cuando

nada haya al mirar!

El animal volvió a saltar sobre el alquimista, que logró esquivar su zarpa apoyándose en la inmensa pata del animal mientras éste le pasaba por el lado. Gilbert continuó su hechizo:

—¡¡El que siguiendo al sol, con las estrellas sepa caminar!! ¡¡El que la negra bruma con fuego logre disipar!!

La bestia no hacía caso alguno a Gilbert. Había decidido acabar primero con el alquimista, que retrocedía a grandes saltos que nadie creería capaz en alguien de esa edad. Él sabía que de necesitarlo podría tomar otra de sus preparaciones para volverse más ágil, pero sería inútil: el guardián les había mostrado que ésa no era una batalla que pudieran ganar sólo con fuerza. Mientras Eckhart evitaba a la muerte una y otra vez, el genio del espejo prosiguió su extraño conjuro:

—¡Y al último oscuro su nombre cante para hacerlo calmar!

Gilbert apuntó con el dedo a la criatura, como esperando que un rayo la fulminara o que se sentara a obedecerle. Tras unos segundos vio como la bestia seguía intentando alcanzar al alquimista, que había trepado en una de las pilas de rocas cerca de la casa y no tenía pinta de aguantar ese ritmo mucho más.

—¡Maldito sea Kriz el pintor y sus falsos hechizos mágicos!
—refunfuñó el sirviente mientras tomaba una piedra del suelo—
¡Que te detengas te digo!

La arrojó con tanta puntería que acertó en la cabeza del animal, pero éste seguía imperturbable tras su presa. Cogió impulso y saltó en lo alto de la roca donde el alquimista estaba protegido. Lo único que pudo hacer Eckhart para evitar caer en sus garras fue dejarse caer hasta el suelo.

La bestia dio un salto hacia él nuevamente, pero se encontró con un jadeante Gilbert bloqueando su paso. Corría rápido cuando se lo proponía.

—¡Detente! —espetó de nuevo el *doppelgänger* entre bocanadas de aire, que corría hacia la bestia con una lámpara de aceite encendida— ¡Soy el fuego que la bruma logra disipar!

Gilbert alzó la lámpara en su mano como si le estuviera mostrando a la bestia la cabeza de Medusa.

De un manotazo, la criatura hizo que la lámpara de aceite saliera volando de la mano de Gilbert.

—Oh —exclamó éste—. Eso no vale.

Con un salto, cayó sobre él y de un mordisco le arrancó desde el hombro hasta parte del cuello. El sirviente se quedó en el suelo con convulsiones y la bestia le dejó en paz. No buscaba alimentarse de ellos: buscaba su muerte. El alquimista había errado también en esto: no era un animal tan estúpido.

Con la sangre de Gilbert goteando por su negro hocico, la criatura de bruma infernal parecía incluso más aterradora. Eckhart había observado la escena desde el suelo y se había dado cuenta de algo en lo que su difunto sirviente no podría ya fijarse: la zarpa con la que el perro había golpeado la lámpara de aceite ya no era negra sino metálica. Buscó con suma rapidez en su cinturón mientras la bestia galopaba hacia él para un ataque final. Antes de que ésta saltara hacia él, el alquimista terminó de ponerse en pie y arrojó el contenido de otro de sus frascos en la hojarasca que había entre él y el la bestia negra. El montón de hojas se encendió casi con una explosión. Esta vez sí que había tenido efecto: la bestia chirrió y retrocedió, casi asustada. Algunas de las partes de la oscura “piel” del animal habían desaparecido, mostrando así su interior metálico. El alquimista no tenía tiempo que perder, pues el fuego que ese frasco había provocado no estaba hecho para durar: retrocedió hasta uno de los árboles y alcanzó una de sus ramas bajas de un salto. Usó su propio peso para hacerla caer e inmediatamente metió la punta en el fuego para prenderla.

El perro ya no estaba aturdido y se preparaba de nuevo para el ataque.

—Eres una gran obra —dijo mientras interponía la rama ardiendo entre él y aquel engendro—. Lo has hecho bien, pero ya me has costado demasiado.

La criatura cargó de nuevo hacia el alquimista, que pasó entre sus garras con un movimiento elegante y hundió el palo ardiente en la garganta de la bestia. Los aullidos y chirridos de ésta le dieron a entender que lo que protegía la runa del líquido ya no existía y que por lo tanto, el líquido que él y su sirviente habían vertido sobre

ella por fin surtía efecto. El perro saltaba, giraba y daba zarpazos desesperados porque volvía a su estado de inmovilidad. Realmente parecía que luchaba por no quedarse de nuevo quieto para siempre. Pero fue en vano. El alquimista suspiró. De no haber sido por el fuego aquella criatura hubiera sido invulnerable, e incluso con su "piel" destruida, hasta que el poder de la runa que le daba vida no hubiera sido deshecho podría haber seguido luchando. Entre él y Gilbert habían detenido una bestia que podría haber acabado con todo un ejército de haber conservado sus habilidades iniciales. Ahora que la bruma negra que cubría al perro se había disipado, Eckhart pudo comprobar que los chirridos que se habían oído en el interior de la criatura no habían sido producidos por un mecanismo de metal moviéndose como inicialmente había pensado, sino por el mismo metal torciéndose y articulándose para poder seguir desplazando el caparazón de la criatura. No quedaba nada del ser gallardo y hermoso que una vez fue; ahora era una escultura hecha con metales retorcidos y rotos. Sus movimientos ágiles y su inteligencia se habían apagado también. Quizás Gilbert estaba en el mismo estado ahora.

—¿Gilbert? —lo llamó— ¿Sigues vivo?

No hubo respuesta, así que empezó a caminar en la dirección en la que su sirviente había caído. Era una herida brutal, era posible que ni siquiera un ser como él había podido regenerarse. Quizás sus energías se habían disipado al igual que la negra bruma del guardián.

—¿Gilbert?

Al dar unos pasos más, el alquimista dio con el cuerpo del genio alemán. Tumbado boca arriba y con los ojos abiertos. Hubo un parpadeo.

—Veo que te estás tomando un descanso.

—He recuperado el conocimiento cuando todo ya había acabado —exhaló un desanimado Gilbert—. Me he perdido lo mejor, ¿eh?

—El fuego era la solución, pero te has confiado. Ahora que sabes a qué clase de enemigos nos enfrentamos confío en que andarás con más cuidado.

—¿Quién es el confiado ahora? —dijo Gilbert con una risilla

nerviosa carente de fuerzas—. Que te partan la nariz duele, inyectarte el trabajo de tu vida para arrancarte el alma... ¡Mucho! Pero esto he de reconocer que me ha dejado verdaderamente hecho polvo.

—Por lo que parece vivirás. ¿Puedes moverte?

—Me he intentado levantar hace un momento y se me ha empapado la camisa de sangre.

No tenía ni una mancha.

—No te regeneras lentamente por falta de fuerzas. Lo sabes, ¿no? Mientras tu mente siga pensando que tienes una herida grave no podrás curarte por completo.

—Con lo de la nariz funcionó.

—Con lo de la nariz no tenías tu forma original y fue más fácil convencerte de que no habías sufrido daños graves porque no te lo viste.

—¡Oh, vaya si los he sufrido! ¡Y de forma más que palpable!

—Prueba a cambiar de forma completamente.

—Yaaaaaaa... compreeeeendo.

El cabello del *doppelgänger* adoptó un tono mucho más oscuro y sus facciones se convirtieron en las de un hombre adulto de rostro sombrío. Su atuendo era un delantal manchado de sangre. La expresión de Gilbert también cambió y se le notó mucho más aliviado que antes.

—¡Esto sí que es magia! —exclamó con voz mucho más grave.

—Por el momento —replicó el alquimista— ¿Quién se supone que eres ahora?

—¿Cómo iba yo a saberlo? —masculló con ese nuevo tono de voz— ¡Todavía no me he visto!

Afortunadamente, el lacayo de Eckhart ya estaba en condiciones de moverse, así que podía volver a sus asuntos con la estatua de metal retorcido.

—A propósito —dijo el alquimista—, el poema que pronunciaste cuando luchábamos con el guardián...

—¿De dónde lo he sacado?

—Exacto.

—¿No me cree capaz de improvisar algo así?

La mirada de agresividad de su maestro no hizo sino despertar en él una risa sincera e infantil.

—Así que lo del alma de poeta era sólo una lisonja pasajera para ganarse mi aprecio, ¿eh? Está bien, en el interior de la casa encontré un cuadro. Mi intuición me decía que hallaría algo en su reverso así que... lo rasgué y miré. Allí estaba el poema, firmado por D. Kriz en persona, quien quiera que sea el malandrín.

—¿Cómo sabías que era importante? Podría haber sido una dedicación del artista.

—Sí, y el león podría haber sido un ave del paraíso —se burló Gilbert—. Hablaba de llaves y guardianes, estaba oculto y era un cuadro bonito, que es la prueba irrefutable de que el poema había sido ocultado a propósito: nadie en su sano juicio rasgaría un lienzo como ése porque sí.

—¿Algo más? ¿Has encontrado algo más que creas importante? ¿Y cómo es que te lo sabías de memoria?

—A las dos preguntas contestaré que mi intuición —se burló, y tras meditarlo un poco, exclamó—: Bueno en realidad a la primera contestaré no y a la segunda “intuición”. Ahora sí.

—Entonces quiero que cojas el cuadro y me lo traigas. Yo examinaré al familiar.

—Sí, supongo —contestó mientras caminaba alegremente hacia la casa. Realmente no quedaba ni rastro de la herida anterior. Fascinante. Gilbert no tenía ni idea de lo maravilloso de su situación: mientras su energía no se perdiera por completo no podía morir. Podía alargar su vida por un tiempo y reconstruir su carne, pero hacer que su alma se regenerase era imposible sin la piedra filosofal o el libro que contenía las instrucciones de cómo construirla.

Una transmutación mucho más duradera que la de su compañero era la suya propia, aunque no estaba libre de desventajas: carecía de la habilidad de poder alterarse a sí mismo y de poder revivir en caso de recibir una herida mortal. Sin embargo, podía aumentar sus capacidades por unos instantes, si bien eso consumiría parte de su cuerpo y su espíritu. Llevaba siempre un frasco con ese contenido consigo, pero nunca lo usaba. Era

exclusivamente para casos de emergencia, y ni siquiera enfrentarse a la bestia invisible lo había sido.

El alquimista dejó de lado esos pensamientos por el momento. Ahora lo que importaba era examinar al familiar mientras se encontraba aislado de su voluntad para moverse. Estaba en unas condiciones penosas. El metal que lo formaba no tenía articulaciones, así que había usado la piel negra que lo recubría para cortar y doblar el metal hasta hacerlo flexible. Las zonas de las patas y de la mandíbula habían sido las más castigadas. Por debajo de ésta se veía la piedra que Gilbert había introducido en su boca. Eckhart intentó forzar el agujero con las manos para poder sacarla. Consiguió abrirlo un poco, pero una de las puntas afiladas se clavó en su guante de cuero y le cortó en el dedo. La runa se inclinó hacia el agujero y se quedó atascada. Aún no se podía; debía forzarlo un poco más.

—¡Eh! ¡Aquí lo traigo!

Marchando como un soldado y llevando el lienzo enrollado a modo de alabarda, el genio alemán se presentó de nuevo ante el alquimista. Era curioso. Se suponía que las heridas físicas se podían curar al instante, pero mentalmente no le había afectado en absoluto. O bien su sirviente tenía realmente dotes para transformarse en un personaje, incluso él mismo, o bien era tan duro emocionalmente que se merecía cierta honra como colaborador... o como enemigo si así lo decidía.

—Creo que a pesar de ser un sirviente mío te has ganado mi respeto por tu trabajo hoy aquí —dijo el alquimista—. No ha sido perfecto, pero ha sido suficiente. Desde ahora seremos socios.

Lejos de reconfortarle, las palabras de Eckhart encendieron la ira de Gilbert, que empezó a moverse de forma más ostentosa, cambiando su "alabarda" por un sable. Se preparaba para lanzar otro discurso, sin duda.

—¡Malagradecido público! ¡He llevado una vida llena de triunfos a medias! ¡¿Y qué hay con eso?! ¡Mis medias victorias son equiparables a las más grandes victorias de los más grandes de los

héroes! ¡No he vencido a la muerte, pero la he engañado; he creado esbirros que me sirven en secreto, pero saben que lo hacen, he descubierto secretos inconcebibles pero no la solución tras estos, he denunciado ladrones y enemigos pero no los he atrapado! ¡He conseguido cambiar un burro por otro mejor hasta tener casi un corcel digno de un rey! (Un rey pobretón, pero un rey a pesar de todo) ¡Es mi fracaso ser brillante, valiente y capaz como sólo un héroe trágico puede serlo, pues nada pueden las habilidades de hombre o espejo contra los golpes y dardos de la insultante fortuna!

—No te pongas grandilocuente. Te estaba dando las gracias por un trabajo bien hecho.

—¡Un trabajo “suficiente”! —dijo mientras ponía su sable-cuadro en posición de ataque— ¡Suficiente, ha dicho! ¡Os merecéis que os dé un lance con este lienzo!

—Vuestro lance sería contestado con *Estoc*, y os advierto que soy un gran espadachín.

—¿*Estoc*? —Cambió de tema con una tímida sonrisa— ¡Qué gracioso, le ponéis nombre a vuestra espada!

Eckhart levantó su brazo para que se viera mejor su *Estoc*, envainado.

—Cualquier arma que se precie debe de ser más que un arma, debe de ser un ser con un alma y una voluntad; capaz de odiar y desear tanto proteger la vida de su portador como reclamar la de sus enemigos.

—Eso suena un pelín perturbador, señor Solberg. Esa definición convierte en arma a un crío, el familiar de Flamel... ¡Y HASTA CASI me convierte en arma a mí mismo!

—¿Casi?

—¡Vamos, señor Solberg! ¿Me cree capaz de desear la muerte a alguien? ¡No señor! Como mucho ataques de tos crónica y una diarrea de las fuertes. ¡Ya sabe, por echar unas risas!

La expresión del alquimista en ese momento era la antítesis de “querer echar unas risas”.

—Basta de cháchara —ordenó—. Extiende el lienzo por la parte de la pintura.

Gilbert obedeció al imperativo pretendiendo estar asustado por el tono de su maestro. Ambos sabían que no era así.

Eckhart lo examinó por encima y, tras apenas un instante, dijo:

—El poema es lo que cuenta. La parte exterior del cuadro contiene sólo elementos básicos de alquimia.

—Aaah, ¿sí? ¿Qué cree que significa?

—Una historia. El caminante es Flamel y la serpiente el conocimiento. Se supone que adquiere un conocimiento. Fíjate: con una mano señala hacia arriba, pero está claramente mirando hacia abajo.

Gilbert chascó los dedos.

—El agua —prosiguió el alquimista— no es exactamente agua. Representa que tanto lo que hay arriba existe abajo. El detalle es tan claro que resulta obvio que lo pusieron ahí para llamar nuestra atención.

—¡Oh! —exclamó Gilbert—. ¿Pero no hay pista que diga “mira detrás” o nada semejante?

—Aparentemente no. Quien lo hiciera debería haberse tomado más molestias, pero Flamel no ha tenido nada que ver con esto. Tal vez fue suerte.

—Quizás alguien haya ido en búsqueda de la piedra... y espera que le sigamos.

En el rostro de Gilbert se podía ver cierta curiosidad, pero en el de Eckhart la preocupación se hizo más y más evidente, lo que provocó una risotada de su sirviente.

—Ah, tiene miedo de perder el gran tesoro, ¿eh, gran maestro?

—Es lo único que me queda. Llevo mucho tiempo en busca de ese conocimiento. Si me fuera negado ahora significaría que mi búsqueda podía tardar muchos años más, quizás siglos. Como puedes comprender, no dispongo de ese tiempo. Necesito encontrar la forma. Tampoco tengo tiempo para experimentar y encontrar esos conocimientos por mi cuenta. El precio que se debería pagar sería demasiado alto.

—¿Conoce el precio?

—Riesgo. Me arriesgo a perder más que mi vida. No puedes ni imaginar cuántos han perdido su vida o su alma intentando

encontrar el conocimiento que alberga el grimorio de Flamel. Si ha sido robado o lo han destruido...

—¡Chitón, vejete nostálgico! ¡No se me asuste ahora ni nos gafe la suerte! Un tipo tan simpático como D. Kriz que nos deja migas de pan para encontrarle, espera que lleguemos hasta la piedra o hasta los medios para conseguirla. ¡A no ser que sea todo un bromista, en cuyo caso se merece mi mejor aplauso!

Aunque no fueran serias, las palabras de Gilbert devolvieron el ceño al alquimista, que entrecerró los ojos, meditativo.

—Esto... no concuerda. El pintor nos deja sus pistas y sigue adelante, ¿no? ¿Entonces por qué seguía el guardián aquí? ¿Por qué intacto?

—Quizás no lo intentó.

—Tonterías —le acalló Eckhart—. Si el texto habla del guardián entonces conocía su debilidad y todo cuanto necesitaba. ¿Qué le ocurrió?

—Leamos el poema para descubrirlo.

Ambos alquimistas voltearon el cuadro y volvieron a observar el escrito del pintor D. Kriz.

*“Vagando sin tierra
encomiendo al guardián de piedra
la llave de la llave de mi llave negra.
El que sea sabio encontrará,
Lo que vea cuando nada haya al mirar,
el que siguiendo al sol, con las Estrellas sepa caminar.
el que la negra bruma con fuego logre Disipar.
y al Último oscuro su nombre Cante para Hacerlo calmar”*

Eckhart parecía tan concentrado en el texto que cualquiera diría que intentaba borrar las palabras con su mente. Mantenía la mirada fija sin apenas parpadear mientras con la mano seguía un ritmo inaudible.

—Encomiendo —dijo al fin—. Lo encomienda él. Él nos deja el

guardián porque él protege el libro. Sólo el que sea lo bastante adepto podrá continuar.

—Pues nosotros hemos aprobado por los pelos —rio el sirviente.

—No vamos tras los pasos de Flamel, el creador de la piedra: vamos tras los pasos de Kriz, su... “protector”. Por eso el guardián sigue intacto. Tiene sentido.

—Veo algo más —dijo Gilbert dando una palmada—, algo en lo que no había reparado antes. Las letras en mayúscula forman una palabra. Uve, é... V-E-L-E-D-U-C-H.

—¿Veleduch? Me suena de...

Antes de que pudiera terminar la frase, el guardián de hierros retorcidos se puso firme de nuevo. Los dos alquimistas miraron a la bestia. Había vuelto a activarse, pero esta vez no intentó atacar a ninguno de los dos. De alguna manera estaba bajo control.

—¡Veledush! —gritó el sirviente dando un respingo—. ¡Veledush el guardián!

—Veleduch significa... “genio” en mi idioma natal —murmuró Eckhart sorprendido—. Nunca me han gustado las coincidencias extrañas.

Veleduch se mantenía en pie, como esperando órdenes de quien lo había nombrado.

—Nombres de poder, sirvientes, runas, trabajo del metal...

—Y simbología básica —añadió Gilbert— que nunca viene mal repasar.

—Quienquiera que haya hecho esto domina todos estos campos como mínimo. Es mucho más que un simple alquimista: es un... veleduch.

—Un veledush con mala idea.

—Veleduch —le corrigió Eckhart.

—Eso.

—Diría que hasta la escultura de metal es algo que parece estar diseñado para su función. O bien ha gastado mucho dinero en este encargo o se ha ocupado él mismo de su elaboración. Me quito el sombrero.

—Ya lo hago yo por usted —dijo el sirviente mientras procedía a coger el sombrero que acababa de aparecer en su cabeza y hacía

una reverencia.

El león de metal retorcido intentó ponerse en posición erguida. Era como un leal soldado que a pesar de sus heridas sigue tratando de cumplir con su deber. Por eso los familiares sin conciencia eran más útiles que los seres totalmente desarrollados: no hacían preguntas y hacer su tarea era su mayor pasión. Eran el tipo de servidores (o sirvientes) que Eckhart prefería, pero hacía años que no fabricaba uno y los que había logrado hacer interactuar con el mundo físico eran casi pequeños juguetes comparados con el potente guardián que D. Kriz había creado. Veleduch era único en su especie, y destruirlo o dañarlo siquiera había sido un verdadero crimen.

—Es impresionante —dijo Eckhart—. Lo que le hemos echado sobre la runa debería haber sido suficiente como para aislarlo por completo de su propósito, pero al pronunciar su nombre es como si se hubiera reactivado. Debo reconocer cuando alguien me supera con creces.

—¡Bah! —exclamó el sirviente— ¡Cada alquimista tiene sus trucos! Lo bueno y lo malo de este mundillo es que cada uno tiene sus cosillas, pero no se puede ser maestro de todo. Creo que me gustaría aprender a controlar criaturas de éstas.

—Necesitas una gran cantidad de tiempo y energía para crearlas. Cuando su maestro muere, muchos de estos seres vagan libres por un tiempo intentando recuperarse. Algunos se convierten en vampiros espirituales y causan desgracias allí donde van.

—Luego Kriz sigue vivo.

—No —negó el alquimista—. O al menos no necesariamente. El guardián pasó por aquí por casualidad, pero fue el reclamo de energía que le ofrecimos lo que le hizo acercarse. Por eso su runa estaba inactiva desde el principio. Si llevara cientos de años en activo se habría consumido. Quizás tiene algún tipo de mecanismo que le obliga a detenerse.

—Complicadillo, el artefacto. Creo que jamás volveré a mirar una estatua del mismo modo —Gilbert dejó escapar una risilla nerviosa—. Mi padre me metía miedo con historias de gárgolas

vivientes de pequeño, así que esto es casi un sueño hecho realidad. Me hubiera dado más miedo si le hubieran puesto cuernos y alas.

—No malgastemos más su tiempo. ¡Veleduch! —exclamó Eckhart situándose justo delante del guardián— ¡Es mi voluntad que nos indiqués el siguiente paso hasta la piedra! ¡Obedece!

La cabeza de metal del guardián se dobló ligeramente hacia abajo y empezó a caminar hacia el montículo de piedras donde los alquimistas casi habían perdido la vida enfrentándose a él. Al principio parecía cojear, pero pronto se empezó a recubrir de nuevo de la niebla oscura que había desaparecido tras su enfrentamiento con los dos alquimistas. Se hizo tan densa que su piel pareció haberse encendido con llamas negras.

—¡Eh! —balbuceó Gilbert— ¿Cómo es posible?

Eckhart no contestó. De repente se puso pálido como un muerto y se sentó pesadamente. Gilbert comprendió: Veleduch obtenía fuerzas de su nuevo maestro; y requería muchas.

El guardián de piedra cargó contra el montículo y bajó la cabeza para embestir. Luego se estampó contra una de las piedras más grandes e hizo temblar toda la estructura. Veleduch, que no había sufrido daño alguno, volvió a repetir el proceso mientras el alquimista trataba de recobrar su aliento. Otro golpe.

Al tercer golpe, la rugiente criatura atravesó la enorme piedra y dejó un hueco bastante grande que penetraba en el interior de la tierra. Eckhart se puso en pie de nuevo.

—Se ha acabado —murmuró—. Veleduch ya ha cumplido su función.

Gilbert tenía los ojos como platos.

—¿Estamparse contra una pared? ¡¿Para eso tanto bicho y tanta magia y tanto ritual?! ¡Qué genio, señor Kriz! ¡Me ha superado incluso en el campo de lo absurdo!

El alquimista negó con la cabeza.

—No. Ambos lo comprenderemos mejor cuando entremos allí —dijo señalando al hueco del montículo.

—¿No? —espetó haciendo gestos cada vez más neuróticos y exagerados con las manos— ¡Ya lo creo que sí! Había una... piedra y un... guardián con nombre y... una obra maestra... ¡Y va y resulta

que no era más que un ariete mágico! ¡Muy bien, señor Kriz! ¡Se me ha lucido usted!

—Baja la voz —ordenó el alquimista—. Las runas de ocultación ya no tienen efecto alguno.

—¡Dichosos alquimistas! —murmuró Gilbert—. Se creen que son mejores que yo y no son más que...

—Tú eres un alquimista también, Gilbert. O lo eras.

—¡Por supuesto! —susurró el sirviente— ¿No es eso razón de más para criticar tanto invento y tanta tontería? ¡Un condenado ariete! —dijo entre dientes— ¡En serio...!

A pesar del tono de sus palabras, el maestro alquimista no creía que estuviera indignado en absoluto, simplemente le gustaba murmurar lo absurdo de la situación. Su humor estúpido parecía haber pervivido más allá de su transformación. Quién sabe si era la única cosa verdadera que perviviría de él; quién sabe si no lo era ya.

En el interior de la roca encontraron una escalera de caracol que se retorció hacia las profundidades bajando por la pared de una estancia circular. Había un hueco en medio bastante grande por el que no se veía más que la negrura infinita del fondo de la sala. Eckhart y Gilbert supusieron que Veleduch había caído por él.

—Demasiado oscuro —dijo el alquimista— Necesitamos una antorcha o una lámpara. Creo que había varias en el interior de la casa. Vuelve a mirar.

—¿No puede usar uno de sus frascos de o algo?

—El fuego sería intenso y de corta duración. No sabemos hasta dónde llega esta gruta y no quiero malgastar mi material por algo tan fútil. Procura que, traigas lo que traigas, sea fiable.

—¡Al momento! —contestó su sirviente echando a correr a toda prisa.

Gilbert se movía tan rápido no por las órdenes de su maestro, sino por el entusiasmo que le provocaba estar tan cerca de la piedra. Eckhart lo sabía y le parecía bien. El alquimista había calculado al principio que tres familiares como mucho era todo lo que les separaba del grimorio y ahora uno de ellos ya había servido a su propósito. El hecho de que fuera Kriz y no Flamel el creador de estos no cambiaba nada. O al menos así lo esperaba.

—La llave de la llave de mi llave negra —recordó Eckhart—. Tres familiares. Tienen que ser tres, con o sin Flamel. ¿Pero por qué negra?

Al cabo de unos minutos, la figura de Gilbert apareció desde la oscuridad, llevando consigo una manta vieja a modo de saco. Por su aspecto, parecía bastante llena.

—¡Estoy de vuelta! —canturreó de lejos el *doppelgänger*— ¡Creo que servirá!

—Veamos lo que me trae ahora.

El sirviente llegó jadeado y puso en el saco en el suelo con cuidado de que no se rompiera lo que sea que allí llevaba.

—Ramas verdes, trapos, telas, aceite del bueno y polvos mágicos del señor Gilbert para que el fuego arda durante más tiempo —dijo mostrando un pequeño saco lleno de “algo”.

El alquimista se acercó y lo inspeccionó por encima.

—Huele mal —contestó Eckhart.

—¡Huele a naturaleza, caray! El caso es que funcione.

—¿Qué es?

—¡Un material especial obtenido únicamente en pantanos donde los *ignis fatuus* habitan! Si el polvo de hadas te hace ser más ligero, el de los *ignis* te hace arder lentamente. ¡Pero arder, ni más ni menos! ¡Ni se le ocurra ponérselo por encima!

—Con ese olor no se me ocurriría por nada del mundo. Enciende la antorcha y ve delante.

—¿Por si los duendes me llevan al inframundo?

—Más o menos. Tú puedes volver a la vida. Yo no.

Gilbert asintió y untó un poco de “esencia de *ignis fatuus*” en una de las ramas. Después, chasqueó los dedos y exclamó:

—¡Ah, demontre! ¡Se me ha olvidado algo para encender la antorcha!

—Te has quedado sin fuego feérico, ¿no?

—Sus burlas no son ni acertadas ni bienvenidas, señor Solberg —refunfuñó el indignado sirviente imitando el tono del maestro alquimista.

—Tranquilo, me permitiré usar otro de mis compuestos. No es extremadamente barato, pero se necesitará muy poca cantidad. Hay

alquimistas que lo usan para encender hogueras, o magos de poca monta como tú que lo emplean para... tareas menos ortodoxas como hacer saltar cerrojos o asustar a la plebe.

Lejos de hacerse el ofendido de nuevo, Gilbert dejó escapar un bufido con el que reprimió su carcajada más maligna. Al parecer conocía el compuesto lo suficiente.

—¡Adelante con ello pues!

Eckhart cogió una de las antorchas untadas con “esencia de *ignis fatuus*” y colocó encima una hoja de hierba. Después usó uno de los frascos de su estuche para echar una sola gota sobre ésta. Hubo un leve estallido y la tela empezó a arder. Cuando estuvo encendida, señaló el resto del “equipamiento” que Gilbert había encontrado para que su sirviente cargara con él.

—Ya, ya. Comprendo.

La cueva se iluminó, mostrando su profundo interior. Aún iluminada, la estancia seguía siendo pequeña, salvo por el profundo agujero del medio que parecía no tener fin.

—Dame otra de las antorchas —dijo Eckhart.

El sirviente obedeció y su maestro la encendió también. Después, la tiró por el agujero y ésta se precipitó hacia la oscuridad, haciéndose cada vez más pequeña hasta que se topó contra el suelo.

—Hay suelo —exclamó Gilbert decepcionado—. Para serle sincero me esperaba algo más fantástico.

—Entonces espera a llegar más adelante. Avanza primero con la antorcha y no te caigas.

—Lleva los trastos, lleva la antorcha, no te caigas, pórtate bien...

Descendieron con pasos lentos y seguros. Una sensación inquietante les rodeaba. No parecía haber nadie más en la gruta, pues de haber sido así cualquier sonido, por mínimo que fuera, habría llegado a los oídos de los dos alquimistas. En lugar de ello había algo peor: silencio. El sonido de su respiración y sus pasos apenas rompía el opresivo y abrumador vacío. Mientras seguían bajando parecía un crimen decirse algo entre ellos y romper el delicado equilibrio de aquel mundo silente. No ascendían por un castillo, ni una montaña que les hiciera pensar que avanzaban hacia un destino superior: esto era el interior de la tierra y podía

tragárselos a los dos en su abismo interminable. No habría gloria en encontrar el final de la cueva, tan sólo otro escalón, otro paso más cerca de los deseos del ambicioso alquimista, cegado ante cualquier tentación salvo la de obtener el éxito en su irracional búsqueda, que había adquirido un matiz de veracidad al mezclarse lo posible con lo imposible. Su sirviente lo ocultaba bajo su máscara de actor, pero se devanaba los sesos intentando descubrirlo: ¿qué era tan valioso para el alquimista como para haber intentado obtenerlo durante toda su vida? No era la inmortalidad, según había dicho, y el dinero lo veía más como un medio para conseguir supreciado y elusivo fin. ¿Fama? No, era más que eso aún. ¿Amor? ¡Tonterías de cuentos de hadas! El alquimista debía de buscar algo tan magnífico que dejase por los suelos a todo gran hombre del pasado y que le convirtiera en el genio de los genios.

—¡Conocimiento! —exclamó Gilbert rompiendo el delicado silencio.

— ¿Decías?

—Conocimiento es lo que buscas al obtener el libro. La ignorancia es una maldición divina; ¡el conocimiento las alas con las que alcanzamos el cielo! Ésa es tu meta.

El alquimista le mostró una sonrisa de cocodrilo.

—Esta vez te has equivocado... en parte —le contestó—. El conocimiento de ese libro es una herramienta. La meta es algo distinto. De todas formas, a veces cuando te pones rebuscado casi aciertas.

—¿Otra victoria a medias? Seguiré pensando como un loco. ¡Pues loco soy!

—Ahora no —dijo el alquimista—; observa.

La escalera terminaba en una sala de piedra natural. Lo único que allí había era un portal repleto de símbolos extraños. Algunos tenían que ver con la alquimia, pero aparte de eso parecía un lenguaje inventado.

—¡Por san *Guillaume*! ¿Qué es esto?

—Esto es el verdadero propósito del familiar. Su esencia está concentrada en este lugar.

—¿Cómo lo sabe?

—Empatía. Puedo percibir los sentimientos de la gente, pero mi habilidad no se limita a eso, también siento presencias.

—Así que era cierto —rió el *doppelgänger*—. Pensé que era un truco que te habías inventado cuando te plantaste frente al espejo como si fueras a un recital y dijiste: “¡Tienes ganas de matarme, puedo sentirlo, pero hagamos un trato!”

—No fue exactamente así.

—Pero fallaste. ¿Matarte yo? Oh, ¡pero si te adoraba desde que te vi! Además, no creo que jamás pudiera matar a nadie. Es algo para lo que Gilbert Mayer no está hecho. A no ser que fuera un justo duelo de caballeros contra el villano más villano de la historia y tuviera que salvar a mi princesa, en cuyo caso lo pensaría... un poco.

—No es cierto. Podía notarlo claramente, era como si ese impulso ocupara la habitación entera.

Gilbert rio de forma estridente.

—No admitirías un error aunque te golpearan con él en plenos morros. ¡Me gusta esa forma de pensar!

—No se trata de eso, pero ya lo comprenderás. Por ahora, ha llegado la hora de que veas el verdadero propósito del “ariete” de Kriz.

—Sorpréndame.

El alquimista le hizo una señal para que se detuviera y se colocó dentro del portal de piedra. Desenvainó su *Estoc* y, de nuevo, decepcionó a Gilbert con el uso de palabras mágicas:

—¡Veleduch!

El sirviente, sin embargo, puso una infantil mueca de sorpresa al ver lo que había ocurrido: nada más decir el nombre del guardián, el alquimista había desaparecido por completo. ¿Desmaterializado era la palabra? Fuera lo que fuera, lo importante es que Eckhart ya no estaba. Otro hombre menos valiente o con más ceño no habría dudado en salir a toda prisa de ese lugar, pero Gilbert Mayer se acercó bailando hasta el interior de la puerta y dijo:

—¡Veledush!

Nada.

—¡Veledusch! —repitió

Tampoco.

—¡¡He dicho Veledus-ch!!

No ocurría nada en absoluto.

—¡Veledush! ¿Es que no me oyes? ¡¡Veledusch!!

El sirviente empezó a perder los estribos.

—¡Veledush te digo maldita sea mi pronunciación en tu
impronunciable lengua! ¡¡Veleduchveleduchveleduch**VELEDUCH!!**
¡¡¡VELEDUOGCH!!!

El eco de esta última palabra golpeó el vacío de la gruta hasta desaparecer. Luego sólo quedó el silencio para llenarlo todo.

Capítulo 22: Pasado y Futuro

Los ojos místicos permitían a Freya ver el pasado de allí dónde miraba. Tenía que concentrarse mucho para mantener la imagen estable en su mente y aún más para seguir el rastro como lo estaba haciendo. Costaba, sí, pero estaba entusiasmada y seguía a buen ritmo los pasos de Leon. Su víctima; su verdugo.

Había estado siguiéndolo usando ese sistema, pero cuando se cansaba dejaba que su olfato la guiase. Hacía unos días había perdido el rastro por esa misma razón; demasiado exhausta para seguir usando su poder, demasiado angustiada para poder usar su olfato. Toda su concentración escapó a través del nudo que oprimía su garganta. Hoy no. Hoy sería distinto, sin duda. Revivió los últimos instantes más recientes del vampiro de ojos verdes: hablaba con otro vampiro, un falso ancestro de mediana edad. No entendía lo que decían, pero se separaban rápidamente. El falso ancestro se marchaba y Leon se quedaba al lado de una mujer morena. Le daba su sangre. Luego miraba al humano tendido en el suelo y le robaba su pesada arma. Trepaba a un edificio con la chica en un brazo y la gran espada del cazador en el otro. Había aprendido a desafiar las leyes impuestas sobre su cuerpo humano hasta un nivel que ella sólo había visto en el mundo del que venía: el infierno. Había soñado que encontraría hoy a Leon, así que se había puesto sus mejores ropas. Por si acaso, éstas eran también algo que la hiciera sentir ligera en caso de que tuviera que luchar por su vida. Era lo más probable. Cuando la muchacha se transformó del todo intentó atacar a Leon, quien la sometió con una sola mirada. Era débil como vampiro y era débil para contener la

maldición que ahora corría por su sangre. Leon le dio instrucciones para esperar allí y le confió la custodia de la gran espada. Luego, partió. Freya no pudo ver hacia dónde. Volvía a estar cansada, pero en esta ocasión el rastro era lo bastante reciente como para poder tomarse un tiempo. Intentó obligarse a sí misma a no pensar en él; luego decidió hacerlo durante unos minutos, para poder acallar los deseos de su corazón. Se entregó sin quererlo al abrazo reconfortante del sueño como un caminante sin esperanza en una ventisca.

El sonido de la lucha la sobresaltó. Un hombre luchaba contra la mujer vampiro a la que Leon había puesto de guardia. Vencería. Por un instante, el cazador clavó su mirada en Freya, que le observaba desde la distancia.

—Allí donde miras no hay nada —le dijo, y, tal y como había hecho la noche anterior, dejó de prestarle atención para volver a estar inmerso en la lucha. Freya lo observó pensando en la razón por la que Leon habría dejado a esa chica para esperar a ese cazador. ¿Se había vuelto débil? Ni mucho menos: estaba jugando con sus presas. Al igual que el resto de vampiros superiores se había vuelto incauto, despreocupado. Muchos de los vera sangre empezaron como ladrones de guante blanco: entraban y salían de donde quisieran, se movían por donde hiciera falta y nunca quedaba el más mínimo detalle. No les culpaba de lo que pasó después; eran demasiado inteligentes, demasiado hábiles, demasiado fuertes y llevaban demasiado tiempo vivos. Fuera lo que fuera lo que hubieran hecho tras escapar del ancestro al que servían, los *upir*, eran vampiros que habían perdido el miedo a fuerza de enfrentarse a amenazas inferiores.

Leon conservaba las formas en su mayor parte, pero pequeños detalles como éste dejaban claro que también estaba descuidando los procedimientos que le habían mantenido vivo durante todo ese tiempo, si es que a eso se le podía llamar vida.

Con la idea de que se había vuelto más descuidado, a Freya se le antojó mucho más fácil encontrar el camino que Leon había

seguido. Poco a poco, las dudas sobre si su vástago de sangre había olvidado las antiguas costumbres se disiparon a medida que iba saliendo de la ciudad. Siguió un camino abandonado que atravesaba el bosque hasta un monasterio en ruinas en cuyos alrededores se encontraba la guarida del vampiro de ojos verdes. En seguida adivinó en qué clase de lugar se escondía Leon, lo que de alguna manera le provocó una sonrisa turbada al recordar una de las etapas más sombrías de su vida. Deambuló un buen rato por la zona donde la hierba se volvía más espesa. Las estrellas y la luna brillando entre las ruinas hacían de ése un hermoso lugar, a pesar de tratarse de un cementerio devorado completamente por la maleza. Apenas quedaba alguna lápida en pie y la gran mayoría de las supervivientes se hallaban cubiertas de toda suerte de líquenes y musgos. No estaba cansada, pero dejó de usar su habilidad; sabría encontrarle por su cuenta. Como en una danza, caminó por la espesura, buscando con detenimiento alguna señal de pisadas entre la hierba o marcas de alguna clase. Encontró lo primero. Las pisadas formaban un camino irregular y tortuoso que terminaba al lado de una tumba. Sonrió. El que le buscara allí sólo encontraría un monasterio abandonado sin señales de que allí hubiera un "nido" de vampiros. No: el verdadero cubil de Leon se hallaba delante de ella, en la cripta sellada de acceso oculto, inaccesible desde el sótano derruido del monasterio. Apoyó el pie en la lápida y empujó. No cedió fácilmente, pero pudo notar que ésta caía hacia atrás despacio, apoyándose en un simple mecanismo de apertura. La tumba era una trampilla.

Cerró la tapa de piedra tras de sí y esperó unos segundos hasta poder ver bien en aquel lugar. Estaba pobremente iluminado con antorchas y lleno de pasillos, columnas y sombras en las que resguardarse. Los muros de la fortaleza subterránea de Leon estaban en bastante buen estado para no haber sido cuidados en mucho, mucho tiempo. Infiltrarse fue un juego de niños, tanto como encontrar a Leon en aquella cripta subterránea. Era lo bastante grande como para perderse las primeras veces, pero estaba segura de que era un lugar relativamente pequeño, con lo justo para sobrevivir él y su grupo. Siempre que se encontraba con

una encrucijada, elegía el camino que iba hacia abajo o en el que se oían menos voces y pasos. Se cruzó algunas veces con los esbirros de Leon, pero estos no estaban lo bastante entrenados como para resistirse al hechizo de su voz. Podía hacerse, por supuesto, sólo que no todo el mundo estaba acostumbrado y se requería una mentalidad fuerte. Leon fue de los primeros en lograrlo. Eso y romper el vínculo de sangre entre ellos casi por completo.

No hacía tanto que le seguían. Pronto, llegó a una puerta con dos guardianes a los que ordenó dormir. Obedecieron. Se le iba a salir el corazón del pecho, tanto por la emoción como por el terror de poderse estropear todo en ese instante. ¿Y si no estaba allí en ese momento? ¿Y si intentaba atacarla o llamaba a los otros vampiros? Sabía que no valía la pena pensar en ello, pero aun así estuvo un buen rato delante de aquella puerta de madera y hierro reforzado. Cuando por fin se decidió, levantó el pestillo exterior y la abrió tímidamente. Allí estaba Leon, mirándola desde una silla ceremonial que parecía un altar. Paralizada por el terror, no se dio cuenta hasta pasados unos segundos de que su verdugo, su antiguo siervo, dormía. Freya se acercó con pasos lentos e inseguros hasta quedarse a apenas un metro del vampiro. No se atrevía a dar un paso más. Sentía una dulce y terrorífica excitación que paralizaba su cuerpo y lo hacía temblar. No sólo eso; una voz dentro de ella le imploraba salir corriendo de ese lugar, olvidar a Leon y perderse para siempre en aquel mundo inmenso que podía tragársela a ella y a sus recuerdos. Pero esa voz era un susurro perdido en un huracán de emociones; y en medio del huracán: ella, con la capacidad de decidir por qué corriente ser arrastrada, o al menos con la ilusión de que así era. Finalmente, no tuvo que decidirse por una opción u otra: Leon cerró los ojos con fuerza y luego los volvió a abrir suavemente, esta vez despierto.

Capítulo 23: Dos viejos enemigos

Leon pensó inicialmente que sus ojos le engañaban. Parpadeó para quitarse de encima aquella visión cuyas formas le resultaban familiares, pero la misteriosa y delgada figura vestida de blanco volvió a aparecer, esta vez con más claridad. Poco a poco, fue recuperando la vista mientras la nítida imagen que aparecía ante él mostraba a una mujer. No, a un vampiro; el vampiro que le convirtió. La mujer de cabello muy corto y ondulado estaba sentada en una roca desde donde le observaba. Su pelo blanquecino y su cara de ángel igualaban la belleza de sus ojos pálidos. No era una mujer exuberante, pero tenía una finura especial que le daba un aspecto que se difuminaba entre de niña mayor y de mujer joven, como una figura de plata. Leon había peleado años atrás contra aquel demonio y sabía que, de tener que enfrentarse a ella de nuevo, se preparaba una lucha formidable. “Soy Seraph —le dijo ella una vez— un nombre no es fácil de temer, pero aprenderás a hacerlo.”

— ¿Tú? —escupió Leon ocultando su sorpresa tras una capa de odio— ¿No te hice jurar que no me seguirías?

—¿Y creíste que te haría caso? —contestó una voz plácida y femenina— No eres tan ingenuo, Leon. El vampiro que me derrotó jamás lo hubiera creído.

—No lo hice —sonrió—, pero pensé que no tendrías agallas para perseguirme. Y hasta hace poco acerté, ¿verdad?

Era una situación de lo más extraña: la última vez que se encontraron casi se mataron el uno al otro y ahora estaban allí, tras muchos años y con una familiaridad de viejos amigos. No: de viejos

enemigos. Ni siquiera se había puesto en tensión, ni ella tampoco. Parecía más una charla cotidiana y natural que un encuentro hostil. ¿Lo era?

—Sí —asintió ella devolviéndole la sonrisa—. Así hubiera sido de no ser... por la herida que me dejaste.

Su voz era algo temblorosa. ¿Acaso le tenía miedo? ¿Por qué? Si había una explicación lógica para esta súbita aparición, escapaba al entendimiento de Leon.

—Creía que te regenerabas incluso más rápidamente que yo —repuso Leon sarcástico.

—Así es. Pero golpeaste donde más fuerte me sentía y me derrotaste: en mis principios. Lo que me dijiste me hizo pensar, ¿sabes? Tardé mucho en admitir lo que sentía... lo que siento ahora.

—¿Lo que sientes? —Leon parecía a punto de estallar en carcajadas. Para él, aquella situación hacía tiempo que se había disparado más allá de lo posible y se había precipitado hacia lo absurdo. Pero la mujer no pareció inmutarse por la mirada burlona del vampiro de ojos verdes. No era así como lo había imaginado.

—Desde que me derrotaste, he sentido algo por ti, algo que jamás había sentido por nadie. Recuerdo lo que me dijiste. Me hiciste pensar en mi forma de actuar. Yo...

Seraph comportándose como una adolescente confesando su amor no tenía precio, pero Leon había tenido suficiente.

—Tú —la interrumpió—. Tú me tuviste esclavizado para “darme una lección, para arrastrarme a los infiernos y obligarme a contemplar día a día cómo pasaba el tiempo”. Todas las personas que una vez me importaron fueron muriendo una por una.

—No todas.

—¿¡Qué demonios importa?! —rugió— ¡Demasiados!

—Comprendo que me guardes rencor... y lo lamento.

—Y un cuerno.

—No, de corazón. No lamento nada de lo que hice con los demás, ni siquiera con Alexander y su hermana. Pero tú eres diferente, Leon. Eres...el único.

—El único —repitió airado poniéndose en pie frente a ella—. El único que te metió en cintura, zorra del diablo.

—Basta —dijo ella con calma—. No importa quién seas, no toleraré que se me hable en ese tono. Si muero otra vez luchando contigo me parece bien, pero sería estúpido por tu parte perder un aliado así. Después de todo, soy un ancestro.

—Venga ya, Seraph —dijo Leon—, deberías conocerme ya. Además, después de aquel episodio que pasamos juntos no esperarías que te recibiera con un beso cariñoso y unas palmaditas en la espalda, ¿verdad?

Seraph no dijo nada, se mantuvo inmóvil y cerró los puños.

—Oh —exclamó Leon sin disimular una mueca de asco—. Lo esperabas.

—Ha sido un error venir aquí, todos estos años... han sido un error. Me voy.

Se volvió para salir, pero Leon la agarró por el brazo. No recordaba que tuviera tanta fuerza.

—¿Desde cuándo me has seguido?

—Oblígame a decírtelo —dijo ella desafiante.

—Sabes que podría —contestó Leon—. Soy mucho más fuerte que antes.

Ella se liberó de la mano del que había sido su esclavo y le rodeó con los brazos.

—Desde que te fuiste. Siempre he estado siguiendo tu rastro, o usando nuestro vínculo de sangre, viendo cómo jugabas a ser un dios entre los hombres. Siempre buscando detener al que una vez fue tu amigo por una cuestión de principios.

—Aún somos amigos —la corrigió el vampiro—. El que los dos estemos de acuerdo en acabar el uno con el otro no cambia nada... al menos antes.

—Tal vez lo seáis, pero te opones a él porque es lo que crees correcto. Sé en lo que te podrías convertir si alguien te ayudase a enmendar tus actos, héroe de ojos verdes.

—No fastidies... no conseguirás controlarme otra vez, ya lo sabes.

—Tienes razón. No espero controlarte, sino convencerte. Déjame ser tuya como tú fuiste mío una vez, déjame compensarte por lo que te hice. Además —añadió—, no te ha ido tan mal como

vampiro.

—Más o menos —dijo rodeando la estrecha cintura de la mujer vampiro.

Se le marcaban mucho los huesos. Apenas se alimentaba. Estaba muy débil. Aquella chiquilla estaba lejos de ser el demonio infernal que había tenido sometida a toda una bandada de vera sangre sin esfuerzo alguno.

—Antes de nada tienes que saber —apuntó Leon— que ahora estoy solo. Los que una vez estuvieron conmigo ahora están muertos; Alexander está preso en el bastión que fue mi cuartel general y yo no puedo refugiarme en ninguna parte sin que el cabrón de Cornelius me mande a sus perros de presa. Pero supongo que estás al corriente de eso. Seríamos nosotros dos solos contra el mundo.

—No querría otra cosa.

—Yo sí, pero te voy a decir algo, encanto: al mínimo indicio de traición te daré por el culo tan fuerte que lo notarán tres generaciones de vampiros incluyéndome a mí, ¿comprendido?

Comprendido —dijo ella retirándose unos pasos. No se sentía amenazada ni intimidada, simplemente no era el momento de acercarse a él. Todavía le guardaba rencor; un rencor que, aunque no estaba ya encendido por las llamas de su rabia, se había grabado en su mente para prevenirle de ella.

—Pero no pienso llamarte Seraph. Mi nombre es Leon, no tengo ningún nombre especial como los ancestros de tu mundo de fantasía.

—No es un nombre especial: es un sobrenombre. A la mayoría de los ancestros no les interesa recordar su nombre verdadero. Algunos ni siquiera tienen uno, otros lo reciben de aquellos que buscan conocerlos para poder entenderlos y destruirlos.

—No me importa. Quiero tu nombre de humana; necesito un nombre que no me recuerde lo mucho que te llegué a odiar.

—¿Para eliminar distinciones y olvidar el pasado? Me parece justo. Mi nombre era el de Freya. Me gusta la idea de recuperarlo por ti.

—No sabes cuánto me alegro —respondió el vampiro.

—Otra cosa, Leon —susurró Seraph tiernamente—, tú también tienes un sobrenombre, dragón de ojos verdes.

La risa incontrolada de Leon se propagó por la sala.

—¿Así se me recuerda? Hay que tener huevos. No pienso dejar piedra sobre piedra cuando...

—Se prepara algo terrible, Leon —interrumpió Freya muy seria—. Un evento sin precedentes profetizado antes incluso del nacimiento del primer verdadero sangre.

—Y tú ya conoces los detalles.

—No pareces sorprendido.

—Sabía que tarde o temprano recuperarías el don de la visión, aunque no me quitaba el sueño. Lo único que me preocupaba de verdad era estar preparado si me encontraba con un verdadero ancestro en vez de contigo.

—Eso es ofensivo —musitó Seraph—. Aunque he de admitir que es cierto. De los ancestros, soy la más humana de todos y por ello la más débil; resulta extraño que el destino me haya atraído aquí, al juego de los seis.

—¿El qué?

—Si mis visiones no me fallan, no deberías preguntar eso.

Leon le devolvió la sonrisa.

—¿Cuánto has visto?

—No lo suficiente, pero sé que deberías estar muerto y no lo estás. Lloré tu muerte.

—Todos los vampiros mueren dos veces tarde o temprano.

—Sí, pero no viven una tercera. ¿Qué me estás ocultando?

—¿Lo quieres saber? Resúltame útil, para variar.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Hacer ruido. Mucho ruido. Y también llevarnos a tantos cerdos por delante como nos sea posible.

Freya no comprendió.

—¿Te vas a rebelar contra el Rey Carmesí? No creo que...

—No. No podría derrocarlo con esta panda de andrajosos. Además, sería una rebelión si fuera mi rey, pero desde antes de ser vampiro no tengo rey alguno. Por encima de mí sólo está...

—El cielo.

—O el techo lleno de porquería en mi cripta, me da igual mientras sea “algo” y no “alguien”. Necesito preparar para sobrevivir a un grupo importante. Si todo sale bien probaré con vampiros normales, aunque tarden más en volver en sí. Quiero que mis nuevos reclutas sepan cómo cazar y no ser cazados, que aprendan a matar y a cumplir órdenes.

—Pensaba que podrías controlarles con tu poder.

—Y sin él, pero son falsos ancestros. Son todos perros sedientos de sangre y les falta medio cerebro. No me cuestionan nada, pero no tienen autocontrol. Si les ordeno que no se alimenten lo harán de todos modos. Con el tiempo se acostumbrarán, más o menos. Si quieres saber las razones por las que estoy aquí, aquí tienes tres: porque quiero, porque puedo y porque tengo que hacerlo. Si no te gusta, ahí tienes la puerta —el vampiro apuntó hacia la entrada y luego adoptó una posición relajada en su asiento, casi provocativa—. O puedes intentar detenerme, aquí estoy.

Freya titubeó. No porque pensara en detenerle, al menos inmediatamente, sino porque él sabía que ella se opondría a todo cuanto estaba tramando... y sin embargo le tendía la mano. Pensó en decir “Acepto”, pero esas palabras se le atragantaban. En lugar de eso formuló otra pregunta:

—¿Cómo sabes que ahora que sé dónde estás no se lo haré saber al Rey Carmesí?

Leon rio de nuevo. Sus ojos brillaban intensamente. Daba miedo. Era exactamente como cuando se rebeló contra ella; parecía igual de desesperado, como un animal acorralado.

—Si no lo has hecho ya no creo que lo hagas. Si la cosa se pone fea no irás llorando a papá Cornelius: intentarás matarme tú misma. Por eso me gustas.

Aquel “me gustas” no tenía nada que ver con lo que Freya habría deseado. Por eso le dolía oírlo.

—Hagamos un trato —dijo Leon volviendo a adoptar una postura relajada—. Tú me cuentas algo más de lo que has visto y yo te cuento algo más de lo que sé.

—Empieza tú. No es que mi palabra valga más que la tuya, pero soy peor mentirosa.

—Muy bien: se prepara una guerra como no ha habido otra igual. Nosotros, los vampiros, volveremos al lugar que nos corresponde en este mundo podrido por las miles de castas que ocupan posiciones que no merecen. Mi “ejército” sólo es un entretenimiento... o una ofrenda mientras encuentre algo. Necesitamos ganar la atención de ciertas personas para que la guerra abierta empiece aquí. No soy el anfitrión de esta fiesta, sólo el organizador.

—¿Quieres decir que no eres el único vampiro haciendo esto?

—¿El único vampiro? ¡Cuernos, claro que no! ¿El único vera sangre? De momento, creo. Espero que mis hermanos de batalla se unan a mí pronto.

—No quedan muchos *upir* con vida.

Leon rio de nuevo. No podía soportar esa risa. Era lúgubre y desafiante, como la de un moribundo que se niega a exhalar su último aliento pero aun así sabe que es inevitable.

—En verdad has perdido mucho, Sera... quería decir Freya. El tuyo no fue el único grupo de vera sangre que escapó del control de los antiguos. Muchos lo hicieron, y muchos siguen vivos. Lo cierto es que nunca les importamos un carajo, por suerte. Si se les perdía un proveedor buscaban otro, así de sencillo. Seremos sobre un millar desperdigados por todo el mundo. No parece mucho, pero no olvides que somos vera sangre: la sangre de los demonios del submundo arde por nuestras venas.

—Sabes mucho de vuestro origen.

El rostro de Leon se volvió a iluminar con aquel brillo aterrador.

—Lo he visto, Freya: he visto el páramo.

Los ojos amarillos de la hermosa muchacha no pudieron evitar encogerse de terror. Luego chocaron con los de Leon con la verdadera furia del demonio al que pertenecían.

—No has visto nada —dijo clavó su mirada en Leon, y al instante éste supo que ella conocía mucho más de aquel mundo de lo que él sabría jamás. También sabía que ella le tenía gran aversión al páramo, fuera por la razón que fuera—. No tienes ni idea de lo que ese mundo de tinieblas es, no tienes ni idea de los horrores que lo habitan. Te habrá parecido una planicie gris y vacía, ¿verdad?

Esta vez fue Leon el sorprendido.

—¿Quieres decir que hay más de lo que se ve?

—Mucho más. Si los espíritus del páramo hubieran querido, habrías sufrido un destino mucho peor que la muerte. ¡Lo hubieras sufrido una y otra vez, y otra más sin poder acostumbrarte nunca!

—Se agarró las manos para evitar que le temblaran mientras hablaba. No podría decir si era por Leon o por ella misma. Le aterraba ese lugar—. Crees que sería fácil sobrevivir a un lugar así, pero no habrías podido sin protección. ¿Quién es, Leon? ¿Quién te protege? ¿Quién es tan poderoso como para arrastrarte al infierno y sacarte de él con una nueva vida?

—Y devolverme a él —Leon mostró una cadena bastante gruesa que rodeaba su cintura y hombros—. ¿Ves esto? No hay nada que pueda romperla. Esta cadena sella un pacto entre mi “benefactor” y yo. Un contrato que debo cumplir o de lo contrario...

—¿O de lo contrario te... matará?

—Si fuera sólo eso no me esforzaría tanto por hacer bien mi trabajo. Lo que está en juego es mi alma, y la he apostado por propia voluntad. Ni el vampiro al que sirvo ni yo nos andamos con gilipolleces.

—¡¿El vampiro al que sirves?! ¿Quieres decir otro ancestro?! Leon...

La mano de Leon se alzó, acallando a Freya.

—Es algo que ambos hemos acordado. Quien ha hecho ese pacto conmigo es consciente de que soy un hijoputa traicionero, eso es todo. La cadena maldita y toda esta parafernalia es sólo una forma de asegurarse que hago mi trabajo.

—¡Es... es una locura! —Iba a decir “estúpido”— ¡Los ancestros ven el futuro! ¿Y qué ocurre si lo que realmente busca es tu alma?

El vera sangre rio despreocupadamente ante la que fue su captora.

—Aquí la tiene —dijo palpándose el pecho—. El tiempo que tengo aquí es prestado: he venido para ganarme el mío propio o volver al infierno del que salí. Es mi tarea.

¿Qué tarea? ¿Hacer ruido? ¿Levantar un ejército? No podía creer algo así. Si Leon estuviera desesperado podría tener un plan suicida

como ése, pero no un ancestro. No estaban hablando sólo de un vampiro, sino de un demonio de poder terrible, capaz de resucitar a los muertos; que no era en absoluto humano, que no pensaba como un humano ni se guiaba por las mismas emociones. Lo más terrible de la historia de Leon era que no podía echarse atrás, sólo correr hacia adelante y esperar que todo saliera bien. No, aquello no era del todo correcto; Leon confiaba en poder salir de ésta por sus propios medios. Con todas estas calamidades sobre su amado, no pudo sino sonreír.

—No has cambiado en absoluto, Leon.

—Y sigo igual de jodido que siempre. Va, suelta lo que sepas. Te toca.

—Sé que se prepara algo llamado el juego de los seis, y sé que seis ancestros moverán sus piezas por esta ciudad. De algunos de ellos conozco... sensaciones. Cuatro, para ser exactos.

—¿Ah sí? ¿Cuáles?

—Miedo, ira, engaño y desesperación.

—“Ira” es quien me encomendó mi tarea, si quieres puedes llamarlo así. Hay más, pero no te lo voy a decir por tan poco.

—No importa quién, si entras en su juego no serás más que una de las piezas de este tablero, Leon.

—¿Por qué no me matas, entonces?

No lo decía amenazándola, sino como la más inocente de las preguntas. “Yo ya lo habría hecho”, le había faltado añadir.

—Yo no formo parte del juego, al menos por ahora —Leon rio ante esa afirmación—. Como te he dicho no sé muy bien quiénes son los ancestros que participarán, sólo que se preparan grandes calamidades. No he tenido visiones claras, apenas imágenes que desaparecían al instante o pesadillas que casi no puedo recordar, pero mientras más me acercaba a ti, más segura estaba de que se preparaba algo que podría terminar con la existencia del mundo.

—El mundo nunca termina, encanto: nosotros lo hacemos. Por eso necesito supervivientes, gente que pueda aguantar lo que le echen.

—Hay muchas fuerzas actuando en esta guerra, Leon, más de las que sospechas. No puedo imaginar los propósitos de los seis

ancestros, pero estoy segura de que ninguno de ellos desea el bien para la humanidad. Si los seis se enfrentaran entre sí podrían desgarrar el tejido de este mundo, por eso utilizan a sus más terribles siervos. De hecho, incluso la unificación de los clanes vampiros no ha sido más que un paso más en las manos de los ancestros.

—¿Unificación? —masculló Leon frustrado— ¿De qué me estás hablando? ¡Sigue habiendo dos grandes clanes!

—Pensaba que ya había ocurrido. Esto sí que lo he visto claramente, pero es un evento menor.

—¡Y un cuerno menor! —El vera sangre se levantó de nuevo e hizo a Freya retroceder varios pasos. Parecía mucho más turbado que antes. La idea de perder su alma la tenía más asumida, pero había algo que uno de los grandes clanes poseía que él quería recuperar—. ¡Joder! ¡Deberías habérmelo dicho antes, idiota!

—No te preocupes, mientras él necesite sus poderes no pasará nada.

—¿¡Y debería eso hacerme feliz?! —dijo con un grito que provocó que cayera algo de arena del techo— Vete ahora. Si aún estás ahí, mañana hablaré contigo con la cabeza fría. Necesito pensar.

—Leon...

—¡He dicho que te largues!

No intentó discutir más. Sabía que no debía forzar el temperamento de Leon.

Se retiró despacio y salió de la sala, para después correr hasta escapar de la cripta hacia la fría noche. Suspiró. ¿Es que no quedaba ni una pizca de su antigua dignidad en ella? No, y para bien. Todavía recordaba el dolor de haber sido más que lo que esperaban de ella. Su orgullo había brillado como una estrella fugaz y se había consumido tras su muerte. Ahora era quien era. Miró al cielo estrellado, como esperando una señal a su plegaria silenciosa. Nada. Tampoco hubiera creído en ella si la hubiera habido. ¿Volvería a buscar una presa esta noche? Sí. Esta noche la necesitaba más que ninguna otra. Freya volvió a la ciudad en pos de una nueva víctima en la que depositar sus esperanzas y su

frustración... al menos mientras durase.

Capítulo 24: El Cuervo de alas múltiples

Si estaba en lo cierto, y era evidente que lo estaba, la cacería del vampiro de ojos malditos se hacía más difícil cada día que pasaba, pues sus filas estaban aumentando. Quizás estaría lo bastante loco como para intentar convertir a la ciudad entera, pero eso era algo que ni siquiera Klaus consideraba posible. Ni el ancestro al que perseguía había sido capaz de semejante horror y éste, aunque era sin duda poderoso, no era el tipo de vampiro que esperaba, aunque seguía siendo un gran desafío para un humano como él. Era alguien experimentado en sobrevivir a otros cazadores. Debía de admitir, sin embargo, que lamentaba no haber encontrado al vampiro que le convirtió en lo que hoy era, hace tanto tiempo ya. Cuando su pueblo fue arrasado.

Pronto las casas empezaron a volverse más bajas y la gente aún más escasa. Finalmente llegó a las afueras. Siguió el rastro hasta la entrada de un bosque cercano donde tuvo que detenerse para adaptarse bien a la oscuridad. Realmente parecía una entrada, pues más allá del camino en el que se encontraba se alzaba una inmensa pared de árboles que subía por la ladera, juntos como si de una muralla natural se tratara. Allí se dio cuenta de que llevaba corriendo desde que había acabado con aquella mujer vampiro. Klaus sonrió para sí. No estaba tan viejo como su mente le quería hacer creer. Si hace unos días hubiera venido a la ciudad por ese camino estaba seguro de que habría reparado en el bosque que ahora tenía delante. No era como los demás: las ramas retorcidas de los árboles lo cubrían todo de manera que incluso de día la oscuridad sería notable; tampoco se oía ningún ruido, ni animales

correteando, ni hojas meciéndose por el viento ni ningún tipo de insectos. Los árboles le daban la bienvenida como la boca de un monstruo que le invitaba a entrar libremente para encerrarlo en su espesura verde y negra. Se elevaba a lo lejos en un amenazador monte emborronado por la neblina nocturna. Seguir avanzando y acabar perdiéndose en un lugar como ése podía ser un grave error, incluso para alguien que sabe vivir en la naturaleza. Por otra parte, o iba tras el vampiro y lo detenía de una vez por todas o su enemigo se haría más y más fuerte. Al principio le pareció una difícil elección, pero pronto reparó en que si se perdía sería por falta de habilidad y si dejaba pasar el tiempo el vampiro convertiría a más gente sí o sí. Arrancó una de las ramas más adecuadas y la untó con resina para que durase más. Luego, sacó un pedernal y la encendió. En ese bosque tendría madera y resina de sobra, eso estaba claro. Cuando terminó su antorcha, decidió avanzar y prestar toda su atención al camino por donde pasaba. Memorizar lugares era un gran talento suyo, esperó que no le fallase ahora.

Ya en el interior del bosque la temperatura bajó considerablemente. Arrimó las manos a la antorcha para entrar un poco en calor. Hacía bastante frío, pero mientras siguiera moviéndose no sería peligroso. El cazador de vampiros siguió el rastro que serpenteaba hacia lo que estaba bastante seguro de que era el Este y se perdía entre las nudosas raíces de aquellos árboles tenebrosos. Las señales como ramas rotas o pisadas de humano fueron regalos cada vez más escasos de su presa hasta que finalmente tuvo que continuar guiándose por el ocular de cristal de Julio únicamente. Era casi un milagro que el vampiro no hubiera reparado en él, pues ahora podía seguir al momento unas huellas que de otra forma le hubiera tomado horas de ir hacia delante y hacia atrás buscando indicios de que estaba persiguiendo a algo más que a su propia imaginación en la oscuridad. Sin embargo, llevaba mucho tiempo caminando por aquellos parajes y no parecía dar ni con el final del rastro ni con la guarida del vampiro. De pronto tuvo una siniestra corazonada. Sacó su cuchillo y marcó una

señal notable en uno de los árboles más llamativos. Después, siguió a paso ligero el aura en sentido contrario. El camino había sido tan tortuoso de ida como lo estaba siendo de vuelta, pero la angustia de tener razón le oprimía el pecho. Finalmente, tras caminar durante otro largo rato llegó al lugar al que esperaba: había regresado al árbol marcado.

¿Cómo lo había hecho su presa? No importaba; estaba perdido y se habían vuelto a burlar de él. Guardó el monóculo, pues era obvio que no iba a llegar a ninguna parte con él y se dispuso a tratar de encontrar el camino de vuelta. No se veían estrellas ni luna; los árboles que tenían musgo estaban cubiertos por él. Ni riachuelos, ni laderas, ni piedras... aquel bosque era una trampa mortal salvo en cuestión de alimento, pues había hongos de muchas variedades comestibles que brotaban de la anciana carcasa de los árboles incluso a la altura de su nariz en algunos casos. No le consoló mucho. No tenía miedo, pero sí sentía rabia por haber sido tan estúpido. Necesitaba saber hacia dónde ir para poder volver y dejar la búsqueda para otro día. Miró a un lado y a otro y se dio la vuelta de nuevo. Nada salvo el instinto que le decía que continuara por la zona más inclinada. No era suficiente,

—¡No estoy lo bastante seguro, maldita sea!

No había eco tampoco. ¿Por qué habría de haberlo? No había nada salvo árboles retorcidos y setas. Ni siquiera se había cruzado con el más mínimo signo de vida animal. Klaus profirió un suspiro que se convirtió en grito cuando un enorme cuervo cayó en picado hacia él con un estruendoso graznido y las garras extendidas hacia sus ojos. Se cubrió la cara tan rápido como pudo y dio un manotazo al aire. Cuando miró de nuevo ya no estaba, pero su corazón seguía queriendo salirse del pecho. Ni siquiera había oído el revoloteo de éste al huir, era como si no hubiera estado allí. Había oído historias de gente que ve y oye cosas cuando está perdido en el bosque, pero era algo pronto para tener visiones. Si bien estaba algo enfurruñado, no había entrado en pánico y la sensación del aleteo en su cara había sido algo definitivamente real.

—Demonio de cuervos —exclamó en polaco.

Una voz rio. Era una voz infantil, de niño o niña. A estas alturas no le sorprendería la posibilidad de que el autor de aquella broma exquisita que duraba ya horas fuera un duende del bosque.

—¿¡Quién anda ahí?! —gritó— Estoy perdido. ¿¡Conoces el camino?!

De nuevo nada. Ni siquiera el sonido del pequeño diablillo que se alejaba tras terminar su travesura. Si es que su travesura había terminado.

—Vas a morir aquí —susurró la voz, que ahora estaba seguro que venía de una niña—, pero hoy eres presa de alguien más. Ya viene. Adiós.

Otra vez la risa, que sonaba jovial y divertida.

Klaus desató la *zweihander* de su espalda y se dirigió a una parte en donde tendría más maniobrabilidad, por poca que fuera. Puso la antorcha entre dos ramas haciendo palanca y contempló el diabólico bosque sin más sonido que el de su propia respiración. Nada. Nada. ¡Nada! Permaneció inmóvil durante diez minutos con su desesperación como único y persistente enemigo. Ruido. Atrás.

Se volvió girando cuerpo, brazos y espada al mismo ritmo. No llegó a dar el golpe. Lo paró justo a tiempo para no partirle la cabeza... a su hermano.

—Pensaba que me ibas a volver a matar, Klaus.

Cuando intentó apartar a aquella indeseable figura de un empujón, ésta se desvaneció mientras a su espalda la luz de la antorcha moría.

Capítulo 25: Golpe de estado

Pasos por la oscuridad que hacían eco en aquel lugar sagrado. No era ya el lugar que había sido hacía tanto tiempo, cuando aún la adoraban como a una semidiosa. ¿Ocurrió eso alguna vez? No. Esta vez no tenía miedo de avanzar: Rea no tuvo que palpar en ningún sitio y bajó por los escalones como si los tuviera memorizados. Tras tantos años de pasar allí era natural. ¿Ocurrió eso alguna vez? No; no ocurrió. Ignoró los susurros que se perdían por los dos canales laterales del templo subterráneo y siguió adelante. ¿Subterráneo? No era ésa la palabra, pues el templo donde el destino se decidía no se hallaba por debajo de nada. Era cierto que en el pasado existía sobre y bajo tierra, pero aquella parte era especial: el lugar que ocupaba había sido robado al mundo “real”, como una herida envenenada que se había ido extendiendo. Así habría de ser hasta infectar el cuerpo entero. Porque eso es lo que el templo era: la parálisis de un universo en el momento exacto de su colapso. Podías moverte libremente por él únicamente si no le pertenecías. Si eso ocurría alguna vez, tu destino era el de permanecer eternamente en aquel mundo de muerte absoluta, en una mueca paralizada de horror. Era lo único a lo que se podía aferrar ahora. No podía volver, no debía volver. ¿Ocurrió alguna vez? No; ella no era... ella. Ella nunca había estado allí ni visto lo que había visto, ni guiado a los hombres aun sabiendo que jamás escaparían de su muerte certera. Pero si no era ella... ¿Quién era? Se acercó a un pequeño cristal al fondo del templo, que se encontraba detrás de ella. Aquel objeto blanco y transparente era el único punto luminoso del lugar y mostraba toda la blancura de sus piedras, la

belleza de aquel mundo que, cuando tenía luz, era uno de los más hermosos de toda... El resto era ininteligible. Quizás el cristal había aparecido allí, quizás no se había fijado que siempre había estado detrás de ella. Acercó sus manos para cogerlo. Eran blancas como el objeto mismo, y también pequeñas y femeninas. Pero no eran las suyas. Rea recordó quién era sólo para ser arrollada por todas las visiones de horror y muerte que aquel mundo reservaba. No, aquel mundo definitivamente era un crimen, pero lo peor de ese lugar eran sus ojos; sus ojos que sólo podían ver la muerte. Era como un rumor misterioso, como una neblina que cubría ese mundo y le susurraba. Muerte. Muerte. Muerte. Vio como sus manos se despedazaban solas en un instante que jamás terminaba. Muerte. Muerte. Muerte. ¡Muerte! Se intentó llevar las manos a la cabeza, pero tanto éstas como ella misma morían. Como si cada instante de ese templo maldito fuera el de su muerte: el de la muerte de todas las cosas. MUERTE. MUERTE. MUERTE. MUERTE. Hilos de tragedia tejidos con sangre, hilos que perforaban la oscuridad y le llenaban la mente de vidas que terminaban de todas las maneras posibles. ¡MUERTE! ¡MUERTE! ¡MUERTE! ¡MUERTE! Hilos que ignoraban la negrura de aquel lugar y se revelaban ante su mente resquebrajada. Cada uno de ellos se difuminaba entre el pasado y el futuro, negando toda posibilidad de presente. De la no-existencia a la muerte y de ésta al vacío, robando sueños y esperanzas que no tenían cabida en ese mundo. En ese mundo ni en ningún otro. Todo destino era la muerte, el hado... y ella era... ella era... ¿Ocurrió eso alguna vez? Sí, todo eso sí que ocurrió, pero nunca para sus ojos. Porque ella tenía ojos y ELLA no los tenía. Los había matado ELLA misma. Pero las visiones seguían y tanto ella como ELLA no podían soportar la agonía. ¡MUERTE! ¡MUERTE! ¡MUERTE! ¡MUERTE! El martilleo incesante de las imágenes y sus sensaciones era demasiado. Antes, cuando no era capaz de comprenderlo era algo natural, pero ahora... ahora...

Se escuchó un grito agonizante en las tinieblas, pero sólo el de ELLA. Ella también gritaba, pero sus voces no podían juntarse. Su grito no se escuchaba en ese mundo sino en...

—¡Rea! —dijo Vanya mientras entraba a toda prisa en la habitación.

Inmediatamente, se quedó quieto como una estatua y observó con detalle todo a su alrededor. El lugar entero parecía haber sido acuchillado por una fina y mortífera hoja. Incluso los hornos de metal habían sido cortados como si fueran de papel. Todo estaba desordenado, parecía que hubieran registrado la zona de arriba a abajo. En su frustración, quien hubiera entrado allí lo había destrozado todo: desde las numerosas cajas con artículos exóticos hasta las paredes de papel maché con motivos de la flor de lis. Era como si un millar de hojas cortantes lo hubieran devastado todo; todo salvo a Rea.

Cuando se acercó a ella, estaba más sorprendida que asustada, aunque sus latidos eran tan fuertes que incluso eran audibles.

—Vanya —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Nos han encontrado —contestó él. No era del todo una mentira y le ayudaría a olvidar la situación—. Debemos salir de aquí ya. Hay alguien que nos aguarda.

—¡Espera! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha hecho todo esto?

—No lo sé. Vamos. ¡Corre!

—¡¿Que no lo sabes?!

—¡He dicho corre!

Antes de que pudiera seguir preguntando, Vanya tomó su mano y la llevó hacia la salida por el canal.

Las ganas de preguntar de Rea se veían reprimidas por el ritmo acelerado de su huida. “¿De qué huimos?”, había querido preguntar, pero era como si sus labios se negaran a abrirse. Aquel momento inesperado era un alivio, pues le distraía de las visiones que había tenido durante el sueño, olvidando la mayor parte de éste. Por fin, Vanya se echó a un lado hacia una de las calles y tiró de Rea hacia las sombras, donde se detuvieron. Él seguía fresco como una rosa, pero ella estaba casi sin aliento. Unos segundos más tarde, los pasos de varios hombres acercándose sonaron por las calles. Dos de ellos, bastante cansados, se pararon también.

—¡Maldita sea! —dijo uno de forma bastante audible— ¿Los

ves?

—No —contestó el otro tras avanzar un poco más. Ambos habían pasado de largo—. No los veo por ningún lado. Se lo deben de haber olido.

—Seh. Los hemos perdido. Son buenos.

—¿Buenos? No creas. Vale que han sabido esconderse bien y eso, pero, ¡diantre! ¡Pensaba que serían más discretos!

—Eso es verdad. Parecía como si un torbellino hubiera arramblado con todo. Igual era para dejarnos un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—No sé, que no nos metamos con ellos.

—Pero si somos un regimiento entero... con un ejército enorme disponible si se nos provoca. ¿Tú crees que dos personas van a lograr intimidarnos rompiendo muebles y rasgando sacos?

—No sé. Dicen que uno de ellos tiene poderes extraños. Hay cosas que se salen de la norma incluso para los nuestros. Eso no parecía obra de ningún ser humano.

—¿Cómo va a parecer humano? Memo. Somos vampiros.

—Caray, Jan, tú ya me entiendes. ¿Qué ocurre si encuentran... lo que sea que busca el señor Lerroux?

—¿Y qué harían con ello? El señor Lerroux busca cualquier cosa que suene a leyenda. Tanto puede ser el Santo Grial como el tenedor de Juana de Arco, ¿qué más da?

—Pues yo creo que es importante. Si no, no habrían mandado aquí a la condesa.

—¡Ja! La terrible “primigenia”, ¿eh? Chorradas. Sólo es una tía dura, eso es todo. Ya viste lo que ocurrió cuando intentó enfrentarse a ellos. Además, la hemos cogido, ¿no? Cuando lleves treinta años de servicio como yo aprenderás a no prestarle atención a los “dicen por allí” y esas sandeces.

—¿Y si es verdad que vuelve de la muerte?

—Tonterías. De momento no parece que vaya a hacerlo.

—A todo esto... lo que ha pasado no les va a gustar ni al señor Lerroux ni a los cazadores.

—¿Eh? ¿Qué cazadores?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

Su compañero empezó a reír de forma estridente mientras volvía a emprender la marcha, dejando atrás al otro.

—¡No te has enterado! —se carcajeó— Treinta años de servicio, ¿eh? Estás hecho un lince, colega. ¡No se te escapa nada, señor antiguo!

—¡Eh, venga! —dijo Jan a paso ligero tras de su compañero— ¡No me vengas con ésas! Ahora no me dejes con la duda. O me lo cuentas o no, pero...

Vanya hizo a Rea la señal de que podían continuar. Fueron en dirección opuesta. Volviendo hacia el río hasta el camino de la iglesia.

—Vanya —dijo ella.

—¿Sí?

—Me acuerdo. Quiero decir de la ciudad. Recuerdo algunos lugares sueltos.

El vampiro asintió secamente.

—Sé que sonará rudo por mi parte, pero deja los recuerdos estar. Si te acuerdas de algo, pues ocurrió y ya está, pero no te esfuerces por recordarlo tú misma. ¿Comprendes por qué te lo digo?

—Sí, sí. No hace falta que me lo repitas: lo que menos necesitas ahora es que me ponga nostálgica.

—No sólo eso. Si la persona que actualmente eres choca de frente con tus pasadas experiencias te podría hacer mucho daño mentalmente. Lo llevas bien porque eres fuerte, pero...

— También lo llevo bien porque no recuerdo lo que he perdido. Ya —contestó ella algo hastiada—. Supongo. Oye, Vanya, ¿quiénes eran esos dos?

—Enviados de poca monta, por como actuaban. ¿Recuerdas a Lerroux?

—Esto... creo que sí —dudó Rea— ¿Era jefe de DuPont?

—Buena memoria —la aprobó—. Eso es: trabajan para el terrateniente del que DuPont nos previno. No tenían pinta de saber nada que ya no supiéramos, así que mientras menos nos crucemos

con ellos, mejor.

—A mí sí que me ha parecido que sabían algo. Han mencionado unos cazadores y a la condesa de la que hablaste antes... y a un primitivo. ¿Podría yo...?

—Primigenio.

—Perdón. Primigenio.

—Lo de los cazadores es improbable. El Rey Carmesí trabaja con la Iglesia, pero no les revelaría sus secretos. Si así fuera sería mucho más fácil para nosotros enterarnos. La Iglesia guarda bien sus asuntos, pero el reino de Cornelius es incluso más hermético. Si hay cazadores de vampiros involucrados seguramente sean sicarios que cazan falsos ancestros. En muy raras ocasiones aciertan con uno de los nuestros, pero es poco frecuente. Eso es todo. Nada de qué preocuparse. Si quisiéramos enterarnos de rumores nos sería más discreto chismorrear por ahí.

—Ya... bueno. Tal vez deberíamos haberles seguido al menos.

—No. Me preocupa más que se hayan confirmado mis sospechas: los agentes del terrateniente y los del Rey Carmesí van unos contra otros, y esto lo saben incluso los más bajos sirvientes. Esto me huele raro.

—Oye, ¿adónde vamos, entonces? ¿A buscar otro lugar para ocultarnos?

—Ya lo he hecho, pero no iremos allí, por el momento. Ahora vamos a contactar con los míos y decidir nuestro próximo movimiento. He pasado la mañana memorizando el mapa de la ciudad y preparándolo todo. Con suerte ya no necesitaremos mirarlo más.

—¿Estás de broma? ¡Había cientos de sitios marcados! Y eso sin contar todo el mapa de la ciudad, que es enorme.

—La ciudad me la empecé a mirar desde que vi que Leon se dirigía allí. No he tenido que memorizar tanto como crees.

—Sigue siendo una barbaridad.

—Además me he tomado la libertad de buscar a alguien con las habilidades que necesitamos.

—¿Para encontrar a Leon?

—Para comunicarme con los nuestros.

—Ya... los nuestros.

Rea intentaba dar conversación, pero lo cierto es que quería preguntarle varias cosas y no sabía cómo hacerlo indirectamente. Qué convertía un vampiro en primigenio o falso ancestro, qué ocurriría con la condesa y, lo más importante tal vez: qué había ocurrido en el lugar donde se escondían. Pero el caso es que no podía. Preguntar de forma directa se haría notar demasiado. Debía de ser sutil, casi como la chica del otro día. Debía razonar como ellos.

—Es aquí mismo —dijo Vanya sacándola de sus pensamientos.

Maldición. Había perdido el tiempo pensando demasiado y ahora era tarde para preguntar.

Al leer el cartel de la entrada, Rea se quedó perpleja.

Josué Benabarre: vidente, vendedor de talismanes bendecidos por los ángeles. Entren los que crean en Cristo.

El interior no era menos perturbador. Todo estaba lleno de imágenes místicas de revelaciones, talismanes colgantes y una peste insoportable a hierbas aromáticas que era un verdadero asalto contra el sentido del olfato, pues se aferraba a la nariz e impedía percibir cualquier otro olor que no fuera ése.

Su mirada intranquila se cruzó con la de Vanya, que le sonrió despreocupado.

—Da un poco de respeto, ¿eh? No te preocupes. No es más que una tapadera.

Fuera como fuera, aquel lugar era de lo más siniestro, todo lleno de estatuas religiosas apuntando hacia la entrada a la luz de decenas de cirios encendidos. Todas parecían mirarles, como una jauría de animales feroces que ven a una presa cruzar sus dominios. Creyentes o no, costaba imaginar qué clase de gente entraría en ese lugar por propia voluntad, y aún más hacerlo sobre qué clase de gente compraría alguna de esas figuritas tan espeluznantes.

—¿Qué es este horrible olor a hierbas? —susurró Rea.

—Potencia las habilidades del canalizador y le ayuda a contactar con los otros.

—¿Otros?

—Hay dos canalizadores; uno de ellos aquí y otro en otro lugar, muy lejos. Sincronizan sus mentes y las nuestras para que podamos contactar con otra gente que se encuentra a grandes distancias.

—Da un poco de miedo. ¿Funciona eso con los muertos?

—Claro que no —contestó el vampiro riendo ante la sugerencia de Rea— Los muertos no hablan.

La respuesta de Vanya le puso de mal humor. No era una idea tan inverosímil teniendo en cuenta lo que aquellas personas hacían.

Para ser un vampiro, que es por definición un muerto viviente, Vanya era bastante escéptico. Ella había intentado serlo también, pero con todo lo que le había pasado ya le parecía normal cualquier cosa, no estaba de más preguntar sobre eso también. Aunque, mejor dicho, no era que cualquier cosa le pareciera normal, sino que todo le parecía posible. Todo; con los horrores que ello implicaba.

Como si se hubiera materializado del humo aromático, un hombre de barba larga y sin bigote apareció. Llevaba un hábito negro, casi de fraile, que se asemejaba a las ropas de la parca; llevaba también en el pecho dos colgantes: una gran cruz de plata y otra de oro, más pequeña y más arriba. Las cejas, extremadamente pobladas y apuntando hacia arriba daban una perpetua expresión malhumorada a la cara de aquel hombre, que estaba marcada por los surcos que el tiempo había dibujado en ella.

—¿Ha venido usted para lo de esta mañana? —dijo con una voz profunda que tenía un ilocalizable acento— Llega usted algo pronto, pero eso no será problema, pues la otra persona ya hace tiempo que espera.

Se veía que no era francés por su forma de marcar cada palabra. No lo decía de forma incorrecta, sencillamente lo hacía “demasiado bien”.

—¿Trae lo acordado? —dijo el hombre.

Vanya puso la mano sobre la mesa y dejó caer un par de piezas de oro talladas. El hombre las cogió sin ni siquiera cambiar su expresión adusta y pasó una larga uña por encima de una de ellas,

como si tratara de arañarla. Después las guardó en algún lugar bajo el mostrador y dijo:

—Adelante.

Se giró, mostrando su cabeza rasurada, cubierta parcialmente por un pequeño gorro negro alargado. Su expresión impasible, su forma rígida de moverse y su ceño, que estaba tan marcado que parecía fruncido por toda la eternidad, envolvían de misterio a aquel santero. Posiblemente un misterio que era mejor no descubrir. Desde el instante en que entraron en la parte de atrás de la tienda, supo que algo saldría mal. El aire parecía... cargado. No era sólo por el aroma a hierbas, que la estaba empezando a marear; sentía como si en aquel lugar no estuvieran solos. La idea de las figuras cobrando vida y saltando sobre ellos cada vez le parecía menos estrambótica y más horripilante.

El dueño de la tienda se sentó en uno de los cojines, sobre una alfombra barroca del color de la sangre seca.

—Tomad asiento —dijo el santero—. Empezaré en breve. Dadme unos minutos.

Vanya se sentó primero cruzando las piernas en flor. Rea lo hizo con las rodillas juntas. Era una posición más incómoda, pero la consideraba más femenina y prefería mantenerse en tensión. Miró a los ojos al santero, que murmuraba algunas frases en una lengua desconocida, tal vez inventada.

“No. Era la lengua de sus padres y abuelos”.

Rea intentó dominar la sensación que ese hombre le producía y dedicó todos sus esfuerzos a no pensar en ello. No lo consiguió ni siquiera cuando el siniestro santero dejó de murmurar, pues sus ojos seguían abiertos completamente, mirando al frente sin parpadear, como los de un muerto. Entonces supo que ese hombre era también un vampiro, pero también que éste era diferente a todos los que se había encontrado antes. Lo aterrador en él no era lo que tenía de vampiro, sino lo que ya había latente en él cuando era humano y que posiblemente fuera la razón por la que lo habían convertido. Sus pensamientos sobre el hombre de la tienda se volvieron tan nítidos que se convirtieron en alucinaciones. Ahora podía incluso verlo: el alma de aquel hombre era como un

recipiente y por ello había tenido que luchar por controlarla toda su vida. De no haberlo conseguido se habría vuelto loco. Quizás hubiera sido lo mejor pues, aunque había logrado escapar de ese destino con su propia fuerza de voluntad, se había quedado vacío de emociones, incapaz de volver a sentir verdadera felicidad o amor... o también miedo y desesperación. Rea no podía explicar lo que le estaba sucediendo, pero estaba teniendo visiones de los pensamientos y recuerdos de aquel hombre. Todos sus sentidos estaban volviéndose locos tal y como había pasado la noche anterior. Aunque esta vez era mucho más fuerte, era también mucho más armonioso. Notaba su sensación de paz, el hecho de saber con certeza que Vanya estaba a su lado a pesar de no poder verle. También veía al santero, cuyas facciones se habían desdibujado ligeramente mientras caía en un trance más y más profundo. Ella también lo hacía, puesto que sabía que ya no estaban solos. Rea lo notaba como si fuera la experiencia más real que hubiera vivido jamás: El recipiente del santero se había llenado con algo, y el suyo también, sólo que ella no era como aquel canalizador; ella no había aprendido a vaciar sus emociones como él.

—Vanya —titubeó—, ¿Lo sientes?

—Aún no —dijo él—. Tranquila, ahora empieza.

Vanya no parecía en absoluto sorprendido, aunque miraba con curiosidad como las facciones marcadas de aquel vampiro de aspecto venerable se habían transformado en otras que, si bien no eran totalmente distintas, habían tomado un aspecto algo más joven y altivo. Vanya sabía lo que había pasado: el mentalista “receptor” que servía a Borislav II y el hombre que tenían delante se habían unido. Lo que pensaba y veía uno también lo percibiría el otro, y lo que dijera quien estuviera con ellos sería inmediatamente proferido por ambos canalizadores. El vampiro del imperio de la tormenta jamás lo hubiera creído de no haberlo presenciado con sus propios ojos hacía ya varias décadas. A este método para hacer que “los vivos contactaran con los vivos” se le llamaba canalización

sincronizada.

—Estamos listos —dijo el santero con una voz que parecía diferente a la suya—. Denme las manos ahora.

Ambos obedecieron. Al instante, ella se vio inmersa en una oscura planicie en la que había varias formas más, todas humanas, pero indistinguibles. Pudo oír la voz de Vanya resonando en su mente:

—Soy yo, Vanya. Su alteza, he tenido que recurrir a este método porque no estoy seguro de que los planes puedan seguir según lo acordado.

—¿A qué se debe exactamente? Especifica. ¿Ha escapado el criminal?

Muy directo. Mal comienzo.

La joven vampiro se dio cuenta de que lo que estaba viendo era algo reservado sólo a los canalizadores. Vanya podía oír y hablar, pero no ver a los allí presentes. Sólo ella, el canalizador y alguien más podían. Y ese alguien también la estaba mirando ahora.

—Sí —prosiguió Vanya—, pero tengo la seguridad de que no es un criminal corriente. He estado investigando tras nuestro primer encuentro. No aparece en los registros y posee...

—Entonces debe de ser reciente como se nos informó en un principio.

Era raro. El zar se dirigía a él de una forma diferente esta vez. No parecía él. Vanya no dijo nada por temor a equivocarse, pero el germen de la sospecha había empezado a adueñarse de él, y no era una sensación agradable.

Rea se mantenía callada, pero sabía que de alguna manera ella acabaría notando que algo no iba bien por sus propias reacciones. Debía tener cuidado.

La figura que la observaba giró la cabeza hacia ella. Era como si estuviera formada por una transparente niebla que no dejaba vislumbrar sus rasgos faciales, pero podía ver un pelo extremadamente largo y una

túnica fina y ceñida. A diferencia de las otras sombras ELLA tenía total libertad para moverse en esa escena. Ella no; ella sólo podía mirar y desesperarse.

—Estoy bastante seguro de que no es reciente, alteza —contestó Vanya intentando volver a la normalidad—. O el Rey Carmesí nos ha dado datos falsos o bien él mismo no lo sabía. Leon es capaz de mesmerizar a la gente con su mirada y tiene mucha fuerza. Cuando me enfrenté a él parecía que estaba jugando conmigo todo el tiempo. Era muy rápido y mucho más fuerte. Sabía moverse bien.

—¿Superior a ti en una lucha? Eso es intrigante.

Otra señal. El zar Borislav disfrutaba con las estrategias de batalla, pero detestaba que le entraran en detalles en cuanto a luchas individuales.

No estaba hablando en persona con el zar, sino con el único aparte de él que sabía el cometido de su misión: el comandante de los ejércitos Sergei Vorobiov.

—¿Y bien? —dijo el santero— ¿Algo que añadir?

—Eso no es todo —titubeó Vanya—. Las víctimas a las que convierte se transforman en falsos ancestros. La mayoría al menos.

—¿De cuántas víctimas estamos hablando?

—No lo sé, pero bastantes. Ayer solamente fui atacado por tres falsos ancestros que seguían órdenes de Leon.

—¿Tres? Debes de estar de broma si has decidido contactar con nosotros por un vampiro que se te ha escapado y tres falsos ancestros.

—Tres falsos ancestros que seguían sus órdenes y que actuaban como un grupo coordinado, alteza. No entiendo la razón por la que el enemigo me mandaría una tarea semejante. No creo que quisiera que fallara a propósito para continuar la guerra.

—Yo tampoco. Es obvio que consideraba tus habilidades muy superiores... o que esperaba que fuera yo en persona.

Vanya no pudo sino preguntar ante esa respuesta.

—¿Comandante de los ejércitos Sergei? ¿Eres tú? ¿Dónde está Su Majestad Imperial?

—Aquí, en mi misma sala. El zar hablará hoy por mi voz, viejo amigo.

No estaba bien. Saltarse el protocolo de esa forma era impropio de Borislav. Por mucho que lo tuviera en alta estima, el comandante de los ejércitos no tenía permitido tomar parte en este tipo de decisiones. Se le había informado de la misión con el propósito de que detuviera cualquier agresión contra el clan del dragón carmesí por el momento, pero un miembro del consejo y dirigente militar no podía inmiscuirse más allá de sus tareas. Era una ley que estaba vigente desde el gobierno del primer zar y romperla en estos tiempos sólo mostraba la debilidad del jefe de estado.

—¿Qué ocurre? ¿No me crees?

El corazón le dio un vuelco. Borislav no había intervenido todavía en ningún momento y aquel “¿No me crees?” parecía desafiarle a que destapara la inquietante verdad: el comandante de los ejércitos Sergei Vorobiov era el único, a parte del canalizador, que se encontraba en esa sesión.

Cada vez estaba más cerca. Era imposible predecir lo que ocurriría cuando finalmente llegara hasta ella. Con cada paso que ELLA daba, Rea notaba como el terror crecía en su interior, sin poder correr ni hacer nada. Ese lugar ahora se parecía tanto al de sus pesadillas. El susurro de la muerte acarició sus oídos. Estaba ya cerca. Muerte.

La confianza que él tenía con Vanya empeoraba la situación en lugar de mejorarla, Sergei hablaba totalmente sin tapujos y casi tomándole el pelo. Sin embargo, cuando un hombre como Sergei hablaba así, lo hacía siempre desde una posición de máxima autoridad. Ese tipo de comportamiento no podía ser recíproco y en el caso de que lo fuera, Sergei se aseguraba de poner al otro en su lugar. Era como cuando un siervo usaba el plural mayestático con un rey y éste trataba de “tú” a su inferior. Siempre habían tenido una relación de amistad parecida, pero posiblemente verdadera. Así funcionaban las cosas en el viejo imperio: se había eliminado la

distinción entre clases para igualar la valía de los miembros capaces de la facción y, sin embargo allí permanecía, inamovible y con un pobre disfraz.

El nerviosismo de Vanya se hizo latente. Tenía un terrible presentimiento y aunque aún no podía explicar bien por qué le preocupaba tanto esa situación, tampoco podía evitar pensar que algo había pasado en su ausencia. El agente del zar empezó a repiquetear con los dedos en su brazo mientras pensaba rápido una respuesta.

—No es eso, es que no esperaba que Su Alteza se saltara el protocolo, pero si así lo ha hecho nadie tiene derecho a cuestionarle.

La respuesta de Sergei le heló la sangre:

—Siempre has sido un perro leal, Vanya. Eres admirable. El imperio necesita hombres como tú. Ahora más que nunca.

¿Se estaba burlando de él? De haber contradicho los deseos del zar se estaba enfrentando a la pena capital. Sólo el hecho de estar hablando con Sergei ahora mismo podría suponer su propia sentencia de muerte.

—Comandante de los ejércitos Sergei... —empezó a decir, pero calló de nuevo. Ahora comprendía los planes de Cornelius. Había cometido, sin darse cuenta, un error que podía terminar para siempre con toda su facción; un pequeño detonante de algo mucho mayor— ¿Qué has hecho? —preguntó horrorizado.

Lo había dicho casi como un pensamiento en voz alta, pero tanto daba ya.

—¿Qué insinúas?

Ni siquiera la voz inexpresiva del canalizador podía ocultar que Sergei estaba disfrutando con esto a pesar de estar jugando a la defensiva.

—¿Qué ocurre, comandante?

—Ocurre que ya no es necesario que captures al criminal de Cornelius. Ahora vuelves a estar en tierra hostil y debes desaparecer de allí tan rápido como puedas. Tu visado del Rey Carmesí ya no sirve y por el Este te será imposible salir por tu cuenta, así que te sugiero que contactes con los nuestros en París y

encuentres el modo de salir de allí. A las puertas de Notre Dame habrá un hombre esperando; un fraile. Deberás decirle “Este invierno va a ser frío”, él te contestará “lo será más cuando descienda la tormenta”. Una vez contactes con él se te darán nuevas instrucciones. Siempre he confiado en ti, Vanya, y sé que podrás hacerlo. Cuando vuelvas recibirás un cargo de altos honores, y esta vez no permitiré que lo rechaces.

“No permitiré”. Las manos le temblaban. Apoyó la que tenía libre en su rodilla, intentando disimularlo, y tragó saliva. En este tiempo que había estado fuera Sergei había depuesto a Borislav, probablemente asesinándolo, y se había puesto a sí mismo como zar.

—Vanya —le susurró Rea rompiendo su silencio—. No puedo... ¿Está ocurriendo...?

No contestó. Se había quedado totalmente sin opciones. Levantó la mano para que Rea no insistiera mientras trataba de asimilar lo que había sucedido.

Él no pintaba nada en los planes del enemigo; no se trataba de hacer que Vanya muriera en una misión, sino de la misión en sí. Al buscar la paz y según los recientes eventos, Cornelius se había presentado como debilitado tanto por el conflicto exterior como el interior. Algunos de los miembros del consejo que lo conocían recelaban, pero la gran mayoría, incluyendo al comandante de los ejércitos Sergei y al tesorero mayor Anatoly, creían que era el momento de asestar el golpe definitivo al Rey Carmesí. Sergei era un gran comandante que conseguía disciplina y fuerza, pero carecía de la habilidad para contrarrestar las sutilezas estratégicas del monarca enemigo, que ocurrían fuera del campo militar. Sergei ganaba batallas, el rey Cornelius ganaba guerras.

Posiblemente Sergei había permitido que la información sobre su misión se filtrara como una cooperación con el enemigo y había esgrimido ese argumento como excusa. Algunos de los miembros más inteligentes habrían adivinado sus intenciones, pero Sergei era un hombre precavido y contaba con las mejores tropas de todo el clan. Con Borislav muerto, el consejo dividido y con una parte de éste asediada por las tropas de élite de Sergei que afianzarían su

posición como nuevo zar, el Rey Carmesí sería estúpido si no aprovechara el caos y atacara con todo lo que tuviera. Sería imposible de controlar. La guerra total acabaría con el norte definitivamente. No le cabía duda alguna, como tampoco le cabía duda de que el rey Cornelius había estado planeando esto durante mucho tiempo y ya era demasiado tarde para detenerlo. ¿Su tarea allí? Él importaba poco. Como mucho su cometido era el de distanciarse de Sergei para no poder ver sus planes a tiempo y la de servir de excusa para que el consejo se rebelara contra Borislav por traición a la patria, algo de lo que ni siquiera el zar podía salir indemne. Su ausencia de poco más de un mes lo había condenado todo.

Ya no estaba temblando. Había sido bendecido con una calma que producía saber que todo estaba perdido. Diera el paso que diera estaba muerto, así que podía hablar con total naturalidad.

—Borislav II ha muerto, ¿verdad? Has tomado el mando tú como dictador.

—Situaciones especiales requieren medidas especiales. Un líder que busca la paz cuando se debe de hacer la guerra no merece ni la paz ni el liderazgo. Borislav II fue un buen líder, pero siempre estuvo por debajo del primer zar y eso siempre lo supimos todos. Tú no viviste los tiempos antiguos, no puedes saber de lo que estoy hablando.

—Yo no viví los tiempos antiguos, pero seguramente la mayoría de los que los apoyan tampoco. Lo que has hecho provocará que todo el poder recaiga sobre ti. Es un gran peso... zar. Un peso que se repartía entre el zar y el consejo. Ese poder está ahora desequilibrado.

—¿El consejo? —escupió Sergei— ¡Todos esos viejos buitres conspirando para tener un pedazo más de nuestra tierra! A ninguno de ellos les importa la patria tanto como a ti o a mí. Seguirán conspirando y dividirán el imperio hasta que las guerras de clanes empiecen de nuevo. ¿Es eso lo que deseas? La gente quiere que los tiempos de gloria vuelvan, Vanya, necesitan líderes, necesitan que se les dirija hacia el futuro. Tú eres inteligente y deberías comprenderlo. Siempre he confiado en ti. Cuando vuelvas

serás el comandante de los ejércitos en mi lugar y se te permitirá conducir a tu nación a la victoria. Nuestros nombres serán recordados por siempre...

—¡Recordados por siempre como los estúpidos que condenaron su nación! —explotó el vampiro golpeando con el puño sobre la mesa—. ¿¡Es que no tienes ojos?! ¡Has sido engañado igual que yo! ¡De haber sabido que esto iba a suceder hubiera preferido quedarme y morir intentando convencerte de que no cometieras un error tan grande! ¡Podríamos haber derrotado a Cornelius juntos con la estabilidad suficiente! ¡Es él quien ha estado tirando de los hilos todo este tiempo y tú has caído como...!

—Te tengo en alta estima. Siempre te he considerado como un gran amigo, pero el que se rebela abiertamente contra mi nuevo imperio del clan tormenta recibe el castigo más absoluto. O aceptas tu puesto y tu obligación con los nuestros, o formas parte del complot del derrocado Borislav para aliarse con el Rey Carmesí. Me sería muy fácil, Vanya. Si no lo he hecho ahora es porque creo en tus habilidades y creo que eres una persona leal. Nuestra amistad nos ha servido a ambos mucho tiempo. Espero que no falle ahora, cuando es más necesaria.

—Escucha —balbuceó—. Eres... eres la razón por la que estoy aquí. Has sido mi mentor y te he admirado durante todos estos años, pero estás cometiendo... no; ya has cometido un error imperdonable.

—Soy consciente de lo que Cornelius pretende, pero no le dejaré llevarlo a cabo. Sé cómo hacer las cosas y mantendré a los nuestros unidos. No voy a repetirme. En el clan esperamos tu respuesta y tu regreso. No nos defraudes, viejo amigo.

Vanya se llevó ambas manos a la cabeza. Ni siquiera había mencionado a Rea. Era el final. El maldito final. Podía decir adiós a su facción, a su reputación y, pronto, a su vida. Si corría lo suficiente quizás podría reunirse con Sergei y persuadirle de al menos...

De repente, alguien le agarró violentamente por el cuello. Al alzar la vista esperó encontrarse cara a cara con el nuevo zar, pero lo que vio era mucho más terrorífico: Rea. Vanya intentó agarrarla a

ella también, pero su presa se hizo aún más fuerte y lo levantó del suelo. Tenía los ojos totalmente cerrados y su expresión hastiada mostraba los dientes afilados de un falso ancestro, en una mueca de angustia. Era como una pesadilla. De repente todas las desgracias acumuladas cayeron sobre él como un mazazo terrible.

No era lógico. Todo lo que podía haber salido mal había superado sus expectativas. ¿Qué probabilidades había de una cadena de infortunios como ésta? Calma; debía mantener la calma.

—Rea, concéntrate. Sé que aún tienes conciencia humana en alguna parte de ti, recupera el control. ¡Recupera el control!

—Rea no existe. Nunca ha existido —susurró la diabólica muchacha abriendo los ojos brillantes y amarillos, que penetraron en lo más profundo de su mente y echaron raíces para convertirse en pesadillas. Vanya agarró la mano que le oprimía la garganta. No conseguía ni moverla. Rea, o lo que fuera que era eso, estaba demasiado lejos. No podría alcanzarla de lleno en un nervio y paralizarla antes de que le partiera el cuello. Mientras tanto, el santero había enmudecido. Había salido del trance y observaba la escena exhausto. Se encontraba muy cansado mentalmente aún como para darse cuenta de lo que pasaba. No reaccionaba.

—¡Tú eres Rea! ¡Maldita sea, recuerda! ¿Quién soy yo?

—Otro más... eres otro más. Hilos de tragedia tejidos con sangre, desde mi corazón torcido hasta tu aterrorizada alma. Hilos del destino que se funden en la oscuridad y tejen la muerte. Todo termina... todo terminará. ¡¿POR QUÉ NO TERMINA TODO NUNCA?!

Le mordió. Aquel monstruo que una vez fue Rea le mordió en el cuello y empezó a beber su sangre. La sangre de un vampiro.

Cuando creía que era el final, ese demonio con forma femenina se detuvo y le arrojó contra la pared provocando un gran estruendo que hizo reaccionar al canalizador. Éste se puso en pie y se aferró a las dos cruces de su pecho. Fue inútil; el movimiento de Rea fue corto y brutal. Con un bestial agarre le retorció el brazo como si fuera de cartón y antes de que tuviera tiempo de gritar de dolor lo apresó con sus garras y le hundió los colmillos en el cuello. La chica que jamás antes había sentido sed de sangre ahora arrancaba la

vida a un hombre que apenas unos minutos atrás le intimidaba. El único consuelo que el santero tuvo fue que terminó rápido. Cuando hubo acabado, Rea dejó caer la carcasa sin vida de aquel vampiro y clavó una vez más su vista en Vanya. ¿Era así como iba a morir? Casi por accidente, por un hecho que jamás había podido predecir y que sólo habría prevenido matando a Rea o huyendo de ella antes de que se convirtiera en ese monstruo. No era un falso ancestro; era algo mucho más aterrador que aún no lograba entender. El joven vampiro no estaba herido de gravedad, pero no veía salida. Acabara o no con ella, todas sus esperanzas de poder arreglar la situación se habían hecho añicos con el golpe de estado de Sergei. Todos habían sido engañados, y ahora algo mucho más terrible aún se preparaba. Rea levantó una mano hacia él y en ese instante todo se volvió oscuridad.

Capítulo 26: Mentiras en las tinieblas

Caminar deprisa por un bosque que no conoces es peligroso; hacerlo de noche es casi un suicidio... y sin embargo eso era exactamente lo que estaba haciendo. Con el monóculo a buen recaudo y aún empuñando la espada, Klaus corrió sin dirección fija, girándose para golpear al aire cada vez que tenía la más mínima sensación de que había algo a su espalda. Su mente había sido reducida a ese estado primitivo de pánico en el que uno sigue su instinto de supervivencia e ignora algunas de sus máximas principales. Correr en un bosque era una de ellas; dejar de correr cuando el corazón te da punzadas otra. Era lo de menos. El horror, o mejor dicho los horrores que le perseguían, eran mucho más peligrosos que cualquier caída por las gruesas raíces de aquel bosque ancestral. O eso pensaba; cuando el suelo delante de él terminó, el cazador de vampiros hizo todo lo posible por amortiguar el daño y poner la espada en posición de defensa para no terminar atravesado por ella. Tras sufrir, por fortuna, más golpes que cortes, cayó de espaldas al suelo con un último golpe con el que expulsó casi todo el aire de sus pulmones. Tras varios segundos totalmente inmóvil, se aferró a la vida con una bocanada de aire con olor a hierba y a hojas secas... y a humo. Cuando levantó la vista no podía creer lo que sus ojos tenían delante: estaba en su pueblo natal, en Polonia.

El interior de las casas estaba iluminado; el olor inconfundible de las flores de la señora Estera, cuyo hogar estaba a sólo unos metros de él, endulzaba el aire de forma encantadora y las calles estaban iluminadas por las nuevas farolas que habían instalado

mientras él estaba en la guerra. Los ojos del cazador se abrieron de par en par mientras se ponía en pie. Avanzó torpemente hacia el camino, que era de piedra de la cantera del pueblo de al lado en el que su madre vivió de joven. Era como un sueño. Todavía agarrando la espada con fuerza, estuvo deambulando un buen rato por las casas, por las calles; esperando que en cualquier momento el ente que lo había llevado hasta allí apareciera y tuviera que enfrentarlo.

—¿Klaus? —oyó decir con el acento de su región a una voz femenina— Klaus, ¿eres tú?

En una de las casas se había asomado una mujer joven, con un camión blanco. No podía creer lo que estaba viendo.

—¡Kasia! —gritó mientras corría a abrazarla— ¡Kasia!

—¡Has vuelto! —dijo ella devolviéndole el abrazo— ¡Todos sabíamos que lo lograrías! ¿Estás bien? Estás llorando.

Así era. Apretaba a Kasia con las fuerzas de quien sabe lo que puede perder. Sus lágrimas caían sobre el cabello castaño de la mujer que una vez amó.

—Eh, sólo han pasado unos años, no me he vuelto tan fea como para que llores —bromeó—. ¡Ay! ¡No aprietes tanto, que te has vuelto muy fuerte!

No podía evitarlo. No podía evitar sentir lo que sentía, tras todos estos años de guerras, de caza, de muerte y de dolor. Si tan sólo... si tan siquiera ese momento durase eternamente... si tan siquiera fuera verdad.

No importaba que no fuera cierto; quería entregarle esas palabras que nunca pudo decirle.

—Kasia, yo... lo siento, lo siento mucho. Debí casarme contigo. Debí haber sido minero y haber formado una familia contigo. Debí haberme quedado y proteger a la gente que de verdad me importaba.

—Klaus, yo... —las mejillas de Kasia se ruborizaron, pues sabía que él lo sentía de verdad—, pero estoy casada Klaus; me casé con tu hermano.

El cazador de vampiros no respondió, se quedó sollozando al lado de su amiga, intentando controlar en vano sus lágrimas.

—Va, Klaus, suéltame que me vas a romper en dos.

Se separó de ella aún temblando por la emoción. Había sentido su cuerpo frágil entre sus manos, con esa sensación de que en cualquier momento podía perderla de nuevo. Era tan tierna, tan sencilla y tan dulce, con una bondad verdadera e inocente. Desvió la mirada. No se atrevía a mirarla; no era digno de ello.

—¿Sabes...? Yo... si no hubieras ido a la guerra... te habría dicho que sí. Siempre te quise a ti.

No contestó. Ya lo sabía.

Su hermano Steffen y él compitieron por su amor y él ganó. Empezaron esa competición como un juego y a pesar de estar enamorados de la misma mujer juraron que ocurriera lo que ocurriera jamás guardarían rencor al otro. Fue un juramento de hermanos en el que ambos pusieron a los muertos de testigo, en el cementerio donde su familia paterna descansaba. Ambos se lo tomaron en serio.

Sí, Klaus ganó, pero cuando les llamaron a reclutar sabía que su hermano no sobreviviría a esa guerra. Klaus siempre había sido el fuerte, el hábil. Su hermano era el primogénito, pero siempre que se metía en líos era él, el menor, quien le sacaba de ellos con sus puños. Para que su hermano no acabara recibiendo por él, Steffen adquirió el don de la palabra, que funcionaba generalmente. Sin embargo, siempre que había que usar la violencia él no podía. Era torpe, lento y no reaccionaba. Cuando Klaus marchó a la guerra en su lugar pensó que era lo mejor para todos, que en su ausencia sería Steffen quien conquistaría a Kasia y la haría más feliz de lo que él podría hacerlo jamás.

—Steffen —dijo ella entristecida— siempre lo intuyó, ¿sabes?

Klaus asintió. Se esperaba algo así, él era el más inteligente.

—Es por eso que no le costó echarle la culpa cuando sucedió aquello. Dijo... dijo que no hiciste honor a tu juramento. Le guardaste rencor y el *strigoi* nos mató a todos.

El comentario hizo retroceder a Klaus. Una parte de él sabía que Kasia nunca diría algo así, pero tanto sus remordimientos y pesadillas daban por ciertas aquellas alucinaciones.

Volvió a mirar a Kasia; la piel de sus mejillas sonrosadas había

palidecido, las luces de los hogares estaban ahora apagadas, las llamas prendieron por todos lados como si hubieran estado esperando la mirada de Klaus para cambiar aquella escena, igual que las luces de un teatro. Tejados desplomándose, cuerpos desperdigados. Su familia, sus antiguas amistades, todos aquellos lugares que eran casi sagrados para él, todos esos recuerdos y sensaciones eran ahora irrecuperables a causa de las escenas de muerte que los habían mancillado para siempre. Pero todo eso no era nada comparado con la expresión de tristeza infinita en el rostro de Kasia, con el rostro ennegrecido por el humo salvo dos pequeños caminos húmedos que descendían desde sus ojos. Su cara estaba intacta, pero su cuerpo no; el vampiro sabía de los sentimientos de ambos y no sólo la había matado, se había asegurado de que su sufrimiento fuera aún mayor que el de todos los otros... así como de no sobreexcederse para que Klaus pudiera contar todas y cada una de las cosas que le había hecho. Lo hizo. El cadáver destartado que ahora era Kasia reposaba junto a la puerta.

—Te mereces verme así, Klaus, como te mereces el sufrimiento que hemos pasado.

Los muertos empezaron a arrastrarse en su dirección mientras coreaban sin cesar:

“Mereces el sufrimiento que hemos pasado, mereces el sufrimiento de tu pueblo entero.”

Quería retroceder, pero no podía apartar la vista de Kasia. Tenían razón: era culpa suya.

Encontraron al vampiro en el sótano de una ermita, cuando se refugiaban de los soldados franceses tras haber perdido una batalla. Arreciados por una implacable tormenta, no les quedó más remedio que encerrarse en ese lugar y rezar para que los franceses no dieran con ellos. Si lo hubieran sabido hubieran corrido a los brazos de sus enemigos. Los desafortunados de su unidad que sobrevivieron a la ira de Napoleón fueron consumidos por aquel ser uno por uno, incluso los que comieron tierra de la tumba del vampiro para librarse de su sino. No, aquello no era exactamente

una maldición, ni tampoco un castigo por haber descubierto su cadáver: habían sido llevados hasta allí por los poderes de aquella criatura para su propio divertimento. Klaus debería haber muerto allí para librar a su pueblo de la maldición, pero logró escapar y por ello el vampiro se vengó de él con toda su maldad. Cuando hubo admirado el resultado de su carnicería, el vampiro se mostró de nuevo ante el soldado superviviente con la más dolorosa de las herramientas para ejecutarle: su hermano Steffen.

Algo golpeó su espalda y le hizo perder el equilibrio hacia adelante. Rodó por el suelo y se levantó por inercia, con su espada hacia apuntando al frente a modo de lanza. Cuando miró en dirección de su atacante vio a su hermano tal y como lo vio la última vez: cubierto de sangre, con los ojos desencajados y la mirada vidriosa. Había consumido tanta sangre que tenía las venas hinchadas y chorreaba aún más por los ojos y las orejas como si hubiera reventado por dentro. Los dientes no eran afilados como los de los vampiros a los que mataba normalmente, aunque su aspecto era igual de escalofriante.

—Como Caín, sufrirás siete veces los males que has causado.

—Tú no eres mi hermano —bramó el cazador de vampiros afianzando su espada—. ¡Eres un espectro que viene para atormentarme por mis errores! ¡Vete!

—Kasia tenía razón. Siempre supe que ella te hubiera preferido a mí. Es por eso que...

—¡Cállate, monstruo!

—Es por eso que decidí matarla yo mismo cuando renací. ¡Sus gimoteos eran tan dulces! No supe lo que era hacerle el amor hasta que la forcé mientras lloraba. Duró mucho más con vida que los demás porque, aunque no paraba de golpearla, mi maestro la había convertido tamb...

Klaus dejó escapar un grito de rabia y desesperación y se lanzó contra el despojo viviente que una vez fue su hermano, que dejó escapar su más escalofriante carcajada.

Steffen estaba desarmado, pero no le hacía falta arma alguna. Era tan rápido que a pesar del impulso inicial de Klaus, pronto se notó la superioridad de su rival. Klaus aún estaba lleno de rabia,

pero ya no era el soldado de hacía unos años. Ahora era un cazador de vampiros y sabía a lo que se estaba enfrentando. Se retiró unos pasos, con su acero siempre apuntando hacia el enemigo. La última vez que lucharon su hermano casi lo hizo trizas, propinando zarpazos y golpes que no lo mataran de inmediato, jugando con él para que poco a poco fuera desistiendo. Luego lo dejó tirado para que muriera, derrotado y casi desangrado. Esta vez notaba que Steffen no se andaba con juegos: buscaba matarle y lo estaba intentando en serio. Pero su hermano estaba al mismo nivel que cuando se enfrentaron hacía tantos años mientras que él había seguido perfeccionando sus movimientos. Perfeccionándolos para matar monstruos como ése y vengarse.

El vampiro hizo ademán de acercarse un par de veces, a lo que el cazador respondió con un amago que hubiera dejado malherido a su adversario si éste hubiera decidido seguir adelante. Si bien Steffen había empezado fuerte, ahora parecía que le estaba probando. Si su hermano luchaba de nuevo en serio tenía muy pocas posibilidades de vencerle. Klaus bajó la guardia y fingió reaccionar lentamente al siguiente ataque. El vampiro lo vio y se relajó también. Lanzó un ataque rápido tras una finta. Klaus lo vio venir, pero lo disimuló y recibió un profundo arañazo que desgarró su chaqueta y parte de su brazo. No era un corte peligroso. Sumó el dolor a su rabia y aguantó otro golpe más. Éste intentó pararlo torpemente, sabiendo que Steffen alcanzaría de nuevo su objetivo. Un corte en la mano, algo menos profundo que el anterior.

—Te has vuelto más lento, hermano. Eres viejo.

Volvía a jugar con él. Steffen reía con la expresión cruel con la que seguramente había torturado a Kasia. Klaus simuló verse acobardado y se retiró despacio, a lo que su hermano respondió tratando de cortarle la retirada para arrinconarle en la valla ardiendo de una de las casas. Su hermano apartó su espada con el brazo y le dio un doloroso puntapié en el pecho que casi lo envió contra el fuego. Daba la impresión de que su oponente lo tenía todo dominado. El cazador de vampiros retiró la *zweihander* y tocó con ella la ardiente valla de madera.

—Eso ha sido un error —canturreó Steffen—. ¡Los errores se

castigan!

Ahora. Con un aullido que dejaba escapar todo su odio y su voluntad por aniquilar a aquel monstruo, el cazador giró su espada y cortó la mano con la que su oponente trataba de alcanzarle el rostro. Antes de que éste reaccionara siquiera, descargó otro golpe, al que le siguieron otros, imaginando así que vengaba cada víctima de aquel horror, incluyendo a las que más sufrieron: Steffen Nolte y Kasia Czarnecki. El vampiro intentó retroceder entonces, pero ya se había llevado un profundo corte en el pecho y su oponente no le iba a permitir regenerarse por rápido que pudiera hacerlo, pues empaló el corazón del monstruo con su espada y sus gritos se fundieron en uno. Luego, sin dejar que el cuerpo del demonio cayese, desclavó la espada apoyándose en su enemigo con el codo y le cortó la cabeza con un tajo sencillo y potente. La cabeza del vampiro se desprendió de su cuerpo cuando éste cayó de espaldas, ardiendo. Lo había conseguido: había vencido a un vampiro superior, como los que su propio maestro había derrotado en contadas ocasiones. Unas manos cadavéricas que venían desde detrás le agarraron la cara.

“No fue Steffen quien nos mató. Todos lo sabemos.”

El coro de muertos andantes se dirigió hacia él.

“¡No fue Steffen quien nos mató! ¡Todos lo sabemos!”

Hombres y mujeres, niños y ancianos. Todos le acusaban a él y todos tenían razón. Pero no podía dejarles. No podía dejarles que le mataran ahora. No había cumplido su redención y no podía morir aún; no lo permitiría.

El muerto andante de su espalda se sujetaba a su rostro con fuerza y se lo arañaba, intentando sacarle los ojos.

“No fue Steffen quien nos mató”, prosiguió el siniestro coro cada vez más cerca. “Fue culpa tuya, Klaus. Fue culpa tuya, muchacho maldito. Fuiste tú quien nos marcó con la maldición. Kasia murió por tu culpa. ¡Tu familia murió por tu culpa!”

—¡CALLÁOS! ¡¡CALLÁOS!! —gritó.

Clavó su espada en el cráneo del enemigo que estaba detrás de él y descargó otro con toda su fuerza. Otro muerto andante cayó. Otro ser querido, otro amigo o conocido. Todos caían por la espada de Klaus; el muchacho que les trajo la muerte se la volvía a traer

ahora. Como en un trance, su acero subía y bajaba con la fuerza de su cuerpo. Si hubiera pensado en un solo momento lo que estaba haciendo, se hubiera derrumbado allí mismo, pero ya no era Klaus quien luchaba: ahora era el soldado en el que se convertía durante una dura batalla. Movimiento puro; un ser simple pero efectivo cuyos únicos pensamientos eran detener golpes, golpear, evitar ser rodeado, vencer.

“Ha sido culpa tuya, Klaus. Nunca te librarás de nosotros. Todos los muertos te perseguirán. Ludwig, Bran, Vladmir, Heinrich, Franz, todos. Todos te perseguiremos y cuando mueras te arrastraremos al infierno.”

El último de los muertos cayó al suelo vencido.

—Todos te perseguiremos y cuando mueras te arrastraremos hasta el infierno —repitió el cadáver de Kasia antes de dejar de moverse. Sus manos se dirigían hacia el cazador de vampiros, como si le implorara y le maldijera al mismo tiempo.

Los jadeos de Klaus y el crepitar del fuego fueron lo único que quedó.

Dejó caer la espada y se hincó de rodillas; le iba a explotar la sien. Estaba empapado en su propio sudor y en sangre ajena. Estaba exhausto y hundido mentalmente. Gritó de desesperación y rompió a llorar. No intentó defenderse de la figura que planeó grácilmente hacia él y lo envolvió con sus múltiples alas negras. El cazador se intentó voltear, pero no lo consiguió hasta que la figura lo permitió. Entonces lo vio: una figura humana con un pico largo y curvo por nariz. Hubiera pensado que ese pico era su boca y no una máscara de no ser por la sonrisa de dientes blancos y afilados que se mostró debajo de ésta. Pero lo más aterrador eran los ojos de ese engendro, que eran dos bolas de fuego encendidas que atravesaban la oscuridad de su forma. La mente de Klaus no podía concebir una criatura así, sólo podía inhalar aquel terror puro e imposible de combatir.

La criatura capaz de confundir su mente y crear aquel mundo diseñado para extraer su rabia y su sufrimiento no era su hermano, sino aquel cuervo humanoide formado a partir de la oscuridad misma. No intentó luchar contra él: el ancestro cuervo profirió un

sonido muy humano mientras su dentadura afilada se curvaba formando una sonrisa que parecía una luna creciente.

¿Qué podía hacer él contra un ser capaz de crear todo eso como un simple juego? Cerró los ojos y se sintió morir a manos del vampiro ancestro. Cuando parecía a punto de hacerlo cambió de parecer, como si se hubiera percatado de algo. Tras extinguir su afilada sonrisa dejó caer el peso muerto de Klaus y chilló mientras todo su ser se dividía en decenas de cuervos que se extinguían en las sombras.

El cazador de vampiros quedó tendido en el bosque, justo delante del árbol que él mismo había marcado con el cuchillo.

Capítulo 27: Soledad

Cuando se dio cuenta de dónde estaba tuvo algo de pánico: una planicie blanca e interminable cubierta por una extraña niebla brillante. No, no era exactamente una planicie, pues no había suelo alguno: Rea estaba caminando sobre la nada.

Al menos no era uno de esos sueños tan horribles de los que tenía últimamente. Quizás estaba muerta. Sólo recordaba haber perdido el conocimiento poco a poco. Sus sentidos volvían a mezclarse y su visión se volvía oscura. “Vanya, no puedo... ¿Qué está ocurriendo?”, dijo, pero Vanya estaba demasiado ocupado en la conversación con aquel hombre extraño que hablaba por Sergei. Aquel hombre extraño; recordaba su sangre caliente descendiendo por su garganta. Una arcada de pura repulsión la hizo temblar. El solo hecho de pensar en ello era sencillamente repugnante... y sin embargo lo había hecho como un acto natural y placentero. ¿Cómo había podido acabar haciendo algo así? Ni siquiera había pensado en ello. No, eso no era cierto; había pensado en ello. Había pensado que en lo bien que se sentiría al matar a ese hombre, había pensado en lo delicioso que sería robar lentamente su vida y disfrutar de su agonía. Otra arcada. Cuando aquella sensación desagradable abandonó su cuerpo, pudo ver que no estaba sola. El hombre de rasgos marcados al que había matado hacía unos momentos estaba allí con ella. Dejó escapar un sonido de sorpresa que no llegó a grito y luego le plantó cara.

—Eres tú. ¿Por qué estamos aquí?

—He leído sobre esto —contestó el santero—. Éste es el río estigio, dónde las almas pasan hacia el tártaro.

—Yo no veo ningún río —dijo Rea mirando a su alrededor.

—No tiene por qué haberlo. Es sólo una alegoría que los antiguos utilizaron para explicar este lugar.

—¿Yo...? ¿Estoy muerta?

Lo había dicho sin miedo a haber muerto, sólo sorprendida. Tal vez Vanya la hubiera matado después de todo.

—No. Donde yo cruzaré tú volverás, porque aún no ha llegado tu hora. El tiempo y la muerte son dos viejos compañeros que lo ponen todo en su sitio.

Ahora que había podido hablar con él no parecía aquel hombre aterrador que invocaba personas vivas. Parecía un hombre sabio y mesurado. De hecho, era sorprendente que ni siquiera pareciera enfadado después de lo ocurrido. Quizás una de las capacidades del río estigio era la de dejar atrás viejos odios.

—Muchacha, ¿te daba miedo mi aspecto antes?

Rea no contestó al momento.

—No era miedo, pero me resultabas extraño.

—Lo que nos es extraño generalmente nos causa temor. ¿Tal vez te parecía malvado?

—No quiere decir que lo fueras, pero... lo siento.

—Ahora está bien, aunque debes recordar esto: no importa cuántos demonios nos atormenten, tanto mi espíritu como el tuyo son puros y ninguno de los dos se ha visto jamás mancillado. La mente, sin embargo... es fácil de engañar y pervertir. No te dejes engañar por lo que te ocurra o lo que hagas. Tú eres tú.

Rea asintió como si estuviera hablando con un hombre santo.

—Gracias, pero, ¿por qué me estás diciendo esto? ¿Es ésa la razón por la que estoy aquí?

—Debe de ser la primera vez que muerdes a alguien. No te preocupes, se hace más fácil cada vez. Sólo intenta controlarlo. No hace falta que mates a nadie.

Recibir consejos de su víctima más reciente era de lo más curioso. Por una parte le invadían los sentimientos de culpa, por otra se hacía más fácil de sobrellevar gracias a las palabras del canalizador muerto.

—Lo siento. Si pudiera volver atrás...

—No te culpes. Sólo sigue mis consejos y no cometas el mismo error de nuevo. Vive libre y con plenitud, como yo intenté hacer a mi manera.

—Gracias por todo, lo intentaré.

—No pienses que lo intentarás: sabes que podrás. Estas son mis últimas palabras en este mundo, así que pensé hacer que valieran la pena —rio. Parecía uno de esos sabios vagabundos de los que la mayoría de la gente sólo conoce por los rumores que hay acerca de ellos.

—Es hora de que me vaya —continuó—. Recuerda que pase lo que pase tú eres tú y nadie más, muchacha. Volveremos a encontrarnos, como tantas otras veces tiempo ha, pero cuando eso suceda ninguno de los dos recordará este momento. Adiós.

Y dicho esto bajó la cabeza, se dio la vuelta y se desvaneció tras avanzar unos pasos como si se hubiera marchado tranquilamente por la puerta.

El santero había muerto con una paz y dignidad que sólo su mente preparada podía haber conseguido. A pesar de haber caído a manos de... ELLA. Por haber visto demasiado, por haberse metido donde no le llamaban, pero eso iba a pasar de todos modos, eso **tenía** que pasar, pues así lo había visto. ¿Ocurrió eso alguna vez? Siempre; ocurriría siempre. En el mundo en el que todas las muertes cristalizaban su memoria sería revivida por la infinitud. Los pensamientos sobre ELLA no estaban permitidos en esa realidad, así que el mundo empezó a girar hasta que todo se desvaneció de nuevo.

Cuando “abrió” los ojos, se encontró a sí misma caminando sin rumbo por las calles de Lyon, o más bien por los alrededores. Por el aspecto del lugar, llevaba mucho tiempo así puesto que las casas empezaban a separarse más y más, como un bosque que hace frontera con una llanura. Rea se detuvo. ¿Nadie se había dado cuenta? Supuso que sería normal, pues había caminado hacia adelante con los ojos abiertos y, a juzgar por lo que hizo ayer mientras estaba semiinconsciente, era bastante capaz como para no

chocarse con nada ni nadie. No era la única mujer sola por esos parajes, pero posiblemente ninguna de las demás lo estaba por propia voluntad. La guerra traía la muerte tanto para los hombres como para las mujeres y los niños, sólo que con estos últimos se tomaba su tiempo. Miró el rostro de una de las mujeres: tenía una marca que iba desde la frente hasta casi el mentón. Los mendigos y vagabundos de la posguerra llevaban una vida difícil. No quedaban muchos ya. Recordó que Vanya le había comentado que a las mujeres de familias empobrecidas se las “vendía” en matrimonio para obtener dinero y para poder garantizarles un futuro digno. Las que no lograban casarse y se quedaban sin medios acababan siendo mendigas o prostitutas. Las mujeres cuyo marido había muerto en la guerra estaban malditas por dos veces, pues recibían lo peor de ambos mundos. La mendiga de la cara marcada la miró con ojos entristecidos. No podía hacer nada por ella, pues ella misma tampoco estaba ahí por voluntad propia y carecía de medios para subsistir. A largo o a corto plazo acabaría igual que esa mujer, eso si no enloquecía antes y sucumbía a aquella bestia inconsciente que la había hecho matar ya a dos hombres, quizás tres. Vampiros, humanos... ahora le costaba ver la diferencia entre ambos. Al recordar los fragmentos dispersos de la noche anterior se vio a sí misma en tercera persona, con la sangre corriendo por su barbilla y unos ojos terribles como jamás los había visto antes. ¿Tendría el rostro manchado de sangre? Quizás sí, quizás no. El hecho de que los demás pudieran verla y ella no le llenó de pánico. Quiso huir de la gente, así que volvió atrás hacia donde las calles se volvían más estrechas y laberínticas. Lo bueno de ese lugar era que no estaba tan poblado, pero también resultaría más fácil perderse si no se sabía por dónde se iba. Y Rea no lo sabía; su única dirección era allí donde no pudieran encontrarla. Allí pensaría qué hacer. Vanya. ¿Qué habría sido de él? Esperaba no haberlo matado también. No; si él no estaba presente en el río estigio quería decir con toda certeza que estaba vivo, ¿no? Quizás no había sido más que un sueño después de todo; confiar en su veracidad era algo realmente... irracional.

Irracional como los vampiros de los que ella misma formaba

parte, como las paredes ilusorias o los místicos que marchaban tranquilamente hacia el más allá tras su muerte. Irracional como los hilos de muerte que habían tomado el control de sus pesadillas. Se sentía agotada, necesitaba descansar.

Avanzó por una calle estrecha como un corredor que terminaba en unas escaleras. Las subió y llegó hasta un patio con algunos bancos de piedra. Una vez se dejó caer en uno de estos se dedicó a pensar: pensar en lo que sería su vida ahora que por primera vez estaba sola. Lo había hecho cientos de veces mientras estaba con Vanya, pero era ahora cuando realmente lo estaba de verdad, que sentía el abrumador peso del mundo sobre sus hombros. O tal vez el de la libertad en su grado más terrorífico: cuando no se sabe lo que hacer con ella. Se sentía bien en ese lugar. No tenía sed —gracias al cielo— ni hambre. Pasó varias horas sola, simplemente pensando. ¿Debía intentar buscar a Vanya o intentar hacer algo por su cuenta? Si podía encontrarse con uno de los lacayos del Rey Carmesí entonces... no, eso no tenía sentido. Vanya era mejor que esas personas horribles a las que él mismo tenía que servir, aunque se empeñara en “cumplir con sus labores” también había sido arrastrado a esa vida igual que ella.

Reparó en una pequeña fuente en un rincón de ese patio. Estaba muy sucia, pero quizás podría ver su aspecto en ella. Al acercarse, recordó el sueño de la voz llamándole hacia el canal de aguas límpidas y oscuras y por un momento tuvo miedo de acercarse para ver el reflejo. “Tonta”, pensó, “el agua de esta fuente no es como la de ese sueño. Además, huele a charca.” Se asomó con cautela y vio que no parecía tener la cara manchada de sangre (lo que era una suerte, pues se la habría tenido que frotar con aquel líquido pestilente).

Su pelo castaño claro caía desaliñado hasta sus hombros, desafiando a la gravedad en un rizo inacabado que le dejaba las puntas hacia arriba, pero podía pasar por una ciudadana normal,

pues sus ojos volvían a tener el tono azul grisáceo de siempre, que en la imagen del agua era verde oliva. La mujer que habitaba en el reflejo no tenía ninguna mancha de sangre en la blusa azul, y aunque eso la alivió, pronto descubrió que ella sí que las tenía, pero el color de su ropa era tan oscuro que apenas se distinguía. Tendría que encontrar ropas nuevas, o algún lugar donde lavarla. Miró hacia arriba. Había algunos colgaderos con ropa tendida, pero al pasársele por la cabeza la idea de robar algunas prendas negó rotundamente. Tenía que haber otro modo. Había un modo correcto de hacer las cosas y ella lo encontraría.

El ruido de unos niños que jugaban en el patio contiguo la distrajo de sus preocupaciones. Se cambió a otro de los bancos de piedra para poder ver mejor como jugaban. No podía distinguir si había algo dibujado en el suelo, pero por los saltos que daban los críos y por lo que decían estaba segura de que conocía ese juego: se llamaba *escargot*. Era inquietante saber todas esas cosas y no poder recordar nada de su pasado. La Rea actual nunca había tenido niñez, sólo información sobre ésta. Tampoco recordaba a su familia ni haber jugado al *escargot* con sus amigos, si es que los había tenido. Se acomodó en el banco y hundió su cara entre sus brazos.

—P-perdón —tartamudeó un mozo que pasaba por allí—. La he visto estar aquí durante horas y me ha parecido que estaba triste. No sé lo que le pasa, pero m-me gustaría consolarla... d-de algún modo.

Rea miró al joven con ojos inexpresivos y cansados.

—Por tu bien será mejor que me dejes en paz.

No era una amenaza, era un consejo; uno que el joven ignoró, pues se acercó más hacia ella, aunque aún tímidamente.

—U-una... opino que una chica t-tan hermosa... y en este lugar...

—Mira —le interrumpió Rea—, he matado hoy a demasiadas personas, no me gustaría que tuvieras que ser el siguiente.

Lo dijo sin pensar, con un tono relajado y serio.

—¿Q-qué?

—Que será mejor que te vayas, no me gustaría verte morir, ahí en el suelo —dijo señalando delante de ella.

El joven hizo ademán de excusarse, se despidió con un apresurado “perdone que le importunara” y siguió su camino hacia el exterior del laberinto de calles.

Rea se sentía una persona horrible. Sabía que el chico no era mala persona y le había contestado como si de verdad fuera a matarle. Lo había visto frente a ella, tendido en el suelo y ensangrentado como su primera víctima humana. Era espantoso. A pesar de ello no creía que lo hubiera intimidado, tal vez sólo molesto. No era ella misma esos días y quería controlarlo; quería poder evitar dar aquellas respuestas que la hacían parecer una persona desequilibrada mentalmente, quería también poder evitar que sus sentidos “despertaran” o lo que fuera que ocurría cuando todas esas sensaciones se mezclaban en su cabeza. Por último, quería no matar a nadie más.

Estuvo un rato más mirando a los niños hasta que estos se cansaron de jugar y pasaron corriendo por delante de ella en busca de aventuras. Varios de ellos no tenían zapatos y todos, sin excepción, estaban sucios, pero a ninguno parecía molestarle mientras estaban disfrutando.

Volvía a estar sola, y con la soledad y con los alrededores totalmente faltos de vida y movimiento volvieron los pensamientos. Lo cierto es que no se le ocurría nada porque no pensaba en cómo solucionarlo, únicamente permanecía allí tratando de no recordar y observando al detalle la fuente, el patio, las casas y el laberinto de calles que se extendía más allá de sus pensamientos. Si seguía así y sin moverse realmente estaría perdida, pero no hacía nada para evitarlo. Ahora que aquel joven y los niños se habían ido, aquella zona estaba bastante desierta. De vez en cuando podía oír los pasos de alguien o una conversación a lo lejos o, en alguna ocasión puntual, veía a alguien pasar por el pequeño patio y seguir adelante o entrar en una de las casas tras mirarla apenas unos segundos. Eso era todo. Otra vez pasos que se acercaban, hacían más ruido que antes.

Un grupo de chicos aproximadamente de su edad asomaban por

la entrada de la calle.

—¿Es ésa? —dijo el que iba delante hablando con alguien que aún estaba fuera de su ángulo de visión.

—¿Está allí aún? P-por favor, déjalo estar, Ab. S-sólo...

—¡Tú! —graznó "Ab" en su dirección— ¿Qué cosas andas diciendo a nuestro amigo? ¿Eh? ¿Quién te crees que eres?

Ab y seis chicos más la rodearon, entre ellos el joven de antes.

Rea no contestó. Pensó en ni siquiera mirarles hasta que pasaran de largo. Por desgracia eso no iba a suceder.

—Oye, te he hecho una pregunta, niñita.

La cogió de los pelos y la obligó a mirarle. Rea se quejó.

El joven que le había hablado antes intentó protestar, pero desistió al ver que Ab se lo estaba pasando bien.

Por un momento, Rea pensó en agarrar del pescuezo a aquel imbécil y apretar, pero tenía miedo; no sabía si de él o de lo que podía acabar sucediendo si perdía el control.

—Vaya, ¿así que no eres muda? A ver, ¿qué tienes tú para hacerte la valiente con nuestro amigo? ¿Eh? ¡¿Eh!?

El chico no parecía demasiado fuerte físicamente ni tampoco el más listo de esa tropa, pero su forma de actuar era bastante intimidatoria.

—Te estoy hablando, ¿eh?

Empujó el mentón de Rea con su mano. No debía perder el control, pero podía intentar poner en su sitio a aquel niñato.

—Ayer maté a un hombre —dijo firmemente Rea—. No lo puedo controlar y no quiero que pase más. Déjame en paz y piérdete.

—Parece que va en serio —dijo uno de los del público—. Crees que...

—Seguro —dijo Ab acallándole con la mano—. ¿Has apuñalado a alguien mientras te follaba, puta? ¿Eh?

La mayoría de los que le acompañaban se debatían entre hacer algo o no, entre el horror y el morbo que les provocaba aquella situación. Casi todos ellos no eran más que unos críos. Ab parecía mayor que ella.

—Ab, déjalo ya —repitió el joven de antes. Sólo consiguió recibir

un empujón por parte de su “amigo”.

—¡Deja! —replicó éste— No sabes tratar a las mujeres, Gas. Por eso te tratan así.

Rea había tenido suficiente. Intentó ponerse en pie pero Ab la agarró por los hombros. Los demás seguían mirando nerviosos pero intrigados. Querían ver cómo la situación escalaba a más. Ésta era la naturaleza humana. Como Vanya le había dicho.

—Y tú dónde te crees que vas, ¿eh? Esto acaba de empezar.

—Suéltame o te arrepentirás —ordenó Rea—. Es mi último aviso.

Se intentó escabullir, pero sólo consiguió que se rasgara su blusa por el hombro, que estaba manchado de sangre.

Rea empezó a sentir pánico y agarró a Ab por la camisa. No conseguía moverlo; no tenía fuerza.

—Vaya, ¡quiere jugar!

Los chicos le rieron la gracia mientras tres de ellos se ponían a los lados para rodearla. Mientras, el joven que le había hablado antes miraba entristecido en silencio.

—¡Te he dicho que me sueltes! —gritó Rea propinando a su agresor un golpe que apenas logró esquivar. Le había rozado la nariz.

—¡Ah! ¿¡Qué estás intentando, mujercita?! —se burló él, a pesar de que una gota de sangre le caía por una de las fosas nasales— A nosotros nos gustan las mozas salvajes, ¿eh?

Esa frase provocó que empezara a temblar, pero no de miedo, sino de rabia. Recordaba al vampiro de ojos verdes; recordaba haber oído la misma frase de sus mismos labios. Seguro. Sus sentidos empezaron a mezclarse de nuevo.

—Déjame. En... ¡Paz! —gritó desesperada al notar que su estado iba a peor— ¿¡Es que no lo entiendes, imbécil?!

El coro rio ante las bravuconadas de aquella mocosa arrogante. ¿Quién se había creído que era para hablarles así? Se merecía lo que le estaba pasando.

El olor empalagoso de la sangre empezó a embriagarla. Nunca antes lo había sentido tan fuerte. No parecía tan malo después de todo. La mano de Ab se metió por el agujero del hombro y empezó

a rasgarlo. Un canalla y varios cobardes. ¿Valía la pena dejar vivir a unas personas como esas? ¿Estaría mal matar a uno de ellos y beber su sangre? Ahora sí que notaba cómo volvía a tener esa fuerza desmesurada.

—Ooooooh, ¿qué tenemos aquí?

Rea empujó a uno de los que tenía más cerca para abrirse camino. Luego agarró a Ab por el brazo, casi sin poderlo controlar.

—¡Ah! —se quejó— ¡Suéltame, maldita puta!

La mano de Rea empezó a clavarse hasta hacerlo sangrar, lo que hizo que el agresor intentara retirarse al darse cuenta de que se había encontrado con la horma de su zapato. Rea se levantó y lo hizo retroceder aún más, casi hasta hacerle arrodillarse. Afianzó su agarre sin dejar de clavar su mirada en él. Podía oler la sangre derramándose, echándose a perder lentamente. Quería matarle y sin embargo...

—No te voy a avisar más, deja de hacer el idiota o esparciré tus malditos restos por todo este patio.

Sin embargo, había conseguido decirlo. Se había detenido una última vez. Aun así, Rea esperaba que ese imbécil hubiera intentado golpearla o cualquier cosa, pero eso no sucedió. En su lugar, los chicos que la rodeaban trataron de agarrarla por los brazos. No lograban despegar al que sujetaba al “líder de su manada”.

—¡Cómo se pone! —Oyó decir a uno.

Finalmente, entre cuatro lo consiguieron. Luego la empujaron para alejarla de Ab. Ella le devolvió el empujón a uno de ellos y éste cayó violentamente de espaldas. Estaba perdiendo el control. No tenían ni idea de dónde se estaban metiendo.

Al ver que tenía el apoyo de todos los suyos, Ab volvió a hacerse el valiente y le pasó la mano por la mejilla, acariciándole luego el cuello y descendiendo cada vez más

—Más te vale que te portes bien —rio—, somos peligrosos.

Bien. Se acabó. Rea había aguantado todo lo que había podido. Se dejaría llevar hasta perder el control y mataría a todos aquellos chicos que jugaban a ser hombres. Se acabaron las buenas formas. El agarre de los otros perdía intensidad. Sentía como la fuerza

volvía a correr por sus venas, encendida por su propia furia. Sin embargo, cuando todo parecía perdido, algo la interrumpió:

—¡Basta!

De entre el pequeño grupo, el joven que se había ofrecido a ayudarla antes golpeó a Ab con todas sus fuerzas, haciéndolo caer hacia otros de los chicos.

—¡He tenido bastante, Ab! Sé que eres más fuerte que yo y que siempre vamos contigo porque eres el mayor, pero me da igual que me pegues, ¡si seguimos así esto acabará mal... para todos!

—No sabes cuánto la acabas de cagar, mierdecilla —dijo Ab poniéndose en pie de nuevo.

El grupo de chicos formó un círculo alrededor de los dos. Seguían sujetando a Rea, pero ahora, bajo el influjo de su propia rabia, podría liberarse con facilidad. Aquella pandilla se comportaba de una forma salvaje, como una manada de lobos. Ahora las palabras de Vanya sobre los humanos se hacían más fáciles de comprender. Ab saltó sobre el joven sin previo aviso y lo derribó fácilmente. Los jóvenes empezaron a chillar y a animar la pelea, que era más bien una paliza. Toda la atención de aquellos perros salvajes se había volcado en ese repentino episodio de violencia sin sentido. Al menos el desafortunado chico tuvo el buen juicio, o el instinto, de rodear su rostro con los brazos mientras el líder de su pandilla le golpeaba una y otra vez.

Rea se liberó fácilmente, no sólo por su propia fuerza sino porque había dejado de ser la atracción principal: todos los ojos estaban ahora puestos en la pelea. Eran criaturas detestables que se alimentaban de la cruel diversión que su líder les proporcionaba.

Avanzó para ayudar a aquel pobre intento de “salvador”, pero su sentido de la vista mutó por completo. Sabía que en algún lugar estaban golpeando a su paladín, no necesitaba ver donde estaba. Sólo veía puntos luminosos pulsando en la oscuridad; tantos como chicos había, más uno más brillante que acababa de llegar. Era aterrador porque los veía. Veía la sangre fluyendo. La oía en cada latido y podría notar como fluía en cada uno de esos chicos. Sólo sentía el impulso de beberla.

Se detuvo. Ésa no era ella. Por un momento había deseado

acabar con todos los que la amenazaban, pero no podía porque era consciente de que no habría un término medio en cuestión de violencia. No quería dejarse arrastrar por la bestia hambrienta que moraba en su interior.

Ésa era la verdad: temía más perder el control como la noche anterior que cualquier otra cosa que pudiera ocurrir allí.

“Tú eres tú”, resonó en su mente la voz del ya fallecido santero.

Apenas era dueña de sus propios instintos y, sin embargo, aunque no comprendía esta nueva forma de visión, sabía que la pelea había acabado. Otra mujer joven había aparecido y había agarrado el puño de Ab con tanta facilidad que parecía mentira viniendo de quien era ella.

Ab miró hacia arriba sorprendido y se puso de pie para encarar a quien había detenido la pelea: una monja.

—Si os comportáis como vándalos —empezó a decir ella— no llegaréis a nada en esta vida. El Señor ama a todos los hombres, pero su favor no llega a los que le abandonan.

El joven matón no se dejó intimidar.

—¡Pues pondremos la otra mejilla! ¿Eh?

Los demás chicos empezaron a reír cuando la monja cruzó la cara de su valiente líder con un manotazo que provocó dos estallidos sonoros. Uno en cada mejilla.

—Tú ya no tienes más mejillas que poner. ¿Qué pensaría tu madre si te viera así, deambulando como un villano y haciendo maldades? ¡Pero si no sois más que críos!

Era cierto en su mayor parte, pero Ab había dejado ya la infancia hacía años por más que intentara ignorarlo. Por eso les daba tanto miedo a los otros y decidía por ellos.

—¡Eso! —gritó la voz de una señora desde uno de los balcones— ¡Ya estamos hartos de ver a estos maleantes por aquí! ¡Ha tenido que venir una enviada de Dios para detenerlos! ¡En estos barrios nunca se hace nada!

Los muchachos inspeccionaron las alturas para ver de dónde venía la voz, pero no encontraron a nadie. Se habría metido para adentro una vez más. Una intervención un tanto efímera, pero suficiente como para distraer a los chicos, que seguían buscando a

quien fuera que había dicho eso.

—Vamos a ver, ¿sabes dónde está la iglesia de María de la Redención Perpetua?

—P-pues, ni idea. ¿Pasado el río? ¿No? —titubeó Ab.

—Sí. ¿Cómo te llamas, alma de cántaro? —dijo ella.

—¿Qué importa mi nombre?

—Tranquilo, no te voy a poner en la lista de los que van al infierno —le sonrió—, aún. Pero será mejor que me digas cómo te llamas para poder hablar contigo de tú a tú. Te lo preguntaré otra vez; yo me llamo Blanche. ¿Y tú?

—Abel —murmuró.

Rea aún no podía ver nada, pero aquella forma tan increíble de detener a aquellos chicos le había impresionado. Le hubiera gustado tener la habilidad de esa mujer para tratar con la gente.

—Mira, Abel —prosiguió la monja—, Dios está en todas partes, pero yo, por desgracia, no —acarició la mejilla al sorprendido matón para ver si le había dejado marca y volvió a cambiar su forma de hablar, pasando de un tono severo a otro casi cariñoso—. Quiero que vengas a verme para ponerte en el buen camino. No te obligaré a ser un santo, pero te ayudaré a hacer bondad. Créeme, no soy tan joven como parece. He visto bastantes cosas y sé cómo acaba tu camino. Quiero ayudarte con lo que sé. ¿Vendrás? Por favor. No te arrepentirás.

Ab se refugió en las miradas de sus compañeros, pero esta vez no encontró el apoyo que esperaba.

—Yo siempre estoy... haciendo cosas... con todo —y tras recibir una sonrisa petrificante de la monja, se rindió—. Una vez. Iré una vez y... y en paz. ¿Eh? Porque esta vez igual nos hemos pasado de listos.

“Nos”. Hijo de puta.

Blanche parecía no sólo no haber olvidado que Abel seguía siendo un muchacho, sino también habérselo recordado. Si Rea o el otro chico hubieran intentado hacer lo mismo hubieran recibido una respuesta mucho más violenta, pero había algo en Blanche que le intimidaba. Quizás la edad, pues era mayor que Ab; quizás su atavío o su forma de hablar asertiva y sin miedo alguno a pesar de

estar relativamente sola.

—Pregunta por la hermana Blanche —continuó la monja—. Si vienes antes de una semana y haces bondad quizás te lleves un pequeño obsequio de nuestra iglesia, si te parece bien.

El joven asintió.

—Venga, amigos —se zafó Ab—, no hay nada interesante que hacer por aquí. Blanche...

—Hermana Blanche —corrigió ella.

—Hermana Blanche —repitió con cierto recelo.

Y así, la manada partió dejando atrás al chico del suelo, a Rea y a la monja que lo había solucionado todo en un instante. Todo salvo Rea, cuya razón pendía ahora de un hilo que se volvía a dibujar a través de su visión. Estaba abrazada a sí misma, nerviosa. Todos sus músculos estaban en tensión y volvía a sentir aquella sed. Si corría aún podía alcanzar al grupo de muchachos. Esta vez no dejaría ninguno con vida. No. No debía. Ya se había resuelto, debía dejarlo estar. Ya se había resuelto. Debía volver a recuperarse. Se había prometido a sí misma no matar a nadie más. Pensaba cumplirlo. Debía cumplirlo.

Blanche se fijó en Rea y luego desvió su atención hacia el muchacho.

—¿Estás herido? —le dijo a éste algo nerviosa.

—No, ha dolido menos de lo que pensaba, esta vez no me ha alcanzado en la cara.

—Tú ibas con ellos, ¿no?

Aquella pregunta le pilló desprevenido.

—¿C-cómo lo sabes?

—No lo sabía. Preguntaba. Creo que deberías cambiar de compañía por el momento. ¿No tienes heridas serias, entonces? Has sido muy valiente.

—No —dijo él—. Siento que haya acabado así. Si lo hubiera impedido antes o no le hubiera dicho nada...

—Bien está lo que bien acaba —contestó la monja, y después miró hacia Rea. Sus sentidos volvían a normalizarse poco a poco. Rea estaba inmersa en una lucha desenfrenada por dominar el mal en su interior, pero las apariencias mostraban únicamente a una

chica que temblaba. Tenía dentro un demonio; una bestia que también tenía forma humana. Sus manos blancas y pequeñas, su pelo negro y largo, sus ojos... sus ojos...

—¿Cómo te llamas, joven héroe? —dijo sonriendo Blanche.

—Me llamo Gastón, pero todos por aquí me llaman Gas. Soy de aquí al lado. Mucha gente me conoce, no soy mala persona, lo juro.

—Tranquilo, no creo que lo seas, además tienes un nombre muy bonito. Muchas gracias por lo que has hecho, Gastón.

—Oh, no ha sido nada. Siempre le aguantamos alguna burrada porque es fuerte y sabe divertirse, pero esta vez había ido demasiado lejos. Yo sólo quería ayudarla.

—Bien, Gastón, conozco a esta chica y sé dónde vive, yo la llevaré a casa, no te preocupes por ella. ¿Seguro que tú estás bien?

Rea dio un respingo. ¿La conocía? ¿Era posible que pudiera recuperar algo de su vida anterior? Esos pensamientos hicieron retroceder a la bestia un poco más, pero no del todo, pues recordaba las palabras de Vanya: la chica que era había muerto ya, ahora sólo quedaba ella.

—Os puedo acompañar si queréis.

—¡Ah, no! —replicó la hermana Blanche— Ahora tienes que descansar y reponerte un rato, si quieres vernos te puedes pasar también por la iglesia. Más tarde. ¿De acuerdo?

—Pero...

—No hay peros, tu salud es más importante. ¿Has dicho que vives cerca de aquí?

—Sí, a apenas un par de manzanas.

—Espero verte pronto y recuperado entonces, me gustaría hablar contigo sobre un par de cosas, pero no ahora, ¿vale? Espero que me perdones, pero esta chica necesita de mi atención inmediata.

—Cl-claro —titubeó—. Espero poder verla otra vez.

—Si tienes fe y nos visitas de vez en cuando, todo es posible. Te espero.

Gastón asintió y echó a correr gritando un “¡Adiós!”. Estaba nervioso, pero también alegre: ella estaba bien.

En cuanto el chico se hubo marchado, la hermana Blanche corrió

hacia Rea y la abrazó mientras le decía:

—Cálmate. Ya pasó todo. No hay ningún peligro aquí, no hay nada que te amenace. Tranquila, recuerda quién eres y dónde estás. Ahora estás bien.

Capítulo 28: Vínculo de sangre

A los pocos minutos, Rea volvió a recuperar la visión y con esto, su conciencia de lo que le rodeaba. Apenas recordaba lo que había sucedido. Era como si tuviera lagunas de memoria que usaba para reconstruir los hechos.

La hermana Blanche estaba allí, con la mano apoyada en su hombro. Ahora sí que podía verla. Tenía el cabello rubio, incluso las cejas, los labios no demasiado carnosos, pero eso le daba un aspecto inocente. Rea no supo qué decir. Finalmente fue la monja la que rompió el silencio:

—¿Cómo estás?

La miró a los ojos. No era tan hermosa como aquella vampiresa que les había recibido hacía unos días a Vanya y a ella, pero tenía un encanto especial y una voz muy plácida.

—Mejor —dijo por fin—, gracias. No ha sido nada, me puedo ir a casa tranquila, de verdad.

—No es una buena idea, sobre todo si no saben lo que eres. ¿Lo sabes tú?

Rea dio un paso hacia atrás sobresaltada.

—¿Lo que soy?

—No me tengas miedo, he visto a muchos como tú. Puedo ayudarte.

Debía de ser un malentendido. No había podido notarlo.

—¿Qué soy? —dijo sorprendida— ¿Tú lo sabes?

La monja se encogió de hombros.

—Está bien. Te diga lo que te diga mantente tranquila, ¿vale?

—Lo haré.

—No sé muy bien cómo decir esto...

—Puedes ser directa —interrumpió Rea—. Estoy muy tranquila.

Ya sabía la respuesta, pero una parte de ella no quería acabar de creerlo.

—Pues bien —dijo Blanche finalmente—, allá va: eres... un vampiro que no sabe que lo es, por lo visto. Has aguantado muy bien tus instintos antes. Te doy las gracias. Me sabe mal por aquel chico, pero alejarlo de aquí ahora mismo era lo más sensato. ¿Estás bien entonces?

No contestó. Estaba petrificada. ¿Tanto se había notado? Los chicos ni siquiera habían sido capaces de darse cuenta y ella lo había hecho en un momento.

—¿Eres... también eres un...?

—Oh, no. Yo soy humana —dijo con una agradable sonrisa—. Pero he visto mundo... desde mi niñez he estado viajando mucho. Y ahora, pues aquí estoy, por suerte. Me alegro de que todo haya acabado bien.

Todo aquello era muy extraño. Esa mujer parecía saber sobre lo que Vanya le había dicho que los humanos ignoraban. ¿Cuánto sabía?

—¿Sabes realmente quién soy yo?

—Lo lamento. Eso ha sido una mentira piadosa para que te dejaran en paz. No suelo hacerlo, pero es que te he visto así y... bueno, temía que pasara algo.

En parte se alegró, pero el murmullo de la curiosidad siguió anidado en su alma.

—¿Qué más sabes de los míos? —preguntó.

Los míos. No sonaba nada bien.

—A decir verdad tengo un poco de prisa, estaba buscando a un amigo mío y... bueno, por eso he dado contigo. ¿Te importaría acompañarme y charlar un rato? Creo que te puedo ser de ayuda.

—Y al ver que Rea no alcanzaba a responderle, añadió—: No te preocupes, no te pasará nada. Las monjas no dicen mentiras... bueno, menos la de antes —bromeó.

Lo pensó unos instantes y asintió. Seguía sospechando de la situación, pero realmente no tenía ningún lugar adónde ir, no sabía

si la estaban buscando o no y la promesa de saber cómo controlar sus instintos era una oferta a la que no podía resistirse. No le tenía miedo a la hermana Blanche. Después de todo, ella le había salvado.

—Por cierto, mi nombre es Blanche, ya lo has oído antes.

—Yo soy Rea.

—Vaya, es poco común —contestó la monja—. Pero me gusta.

—Gracias —susurró sin mucho entusiasmo.

—Bien —siguió Blanche mientras salían de nuevo al laberinto de calles—. ¿Qué te gustaría saber, Rea?

Era una pregunta muy vaga, pero respondió casi al instante:

—Cómo controlar mis impulsos. No puedo permitirme... ya sabes. No quiero matar a nadie más.

—A nadie más. ¿Ha habido alguien ya?

No debía contarle demasiado. Tenía miedo de decirle a Blanche lo que había hecho y que ella la tratara como un demonio. Quizás lo era.

—Debe de haber sido duro. Lo siento —dijo la monja.

Rea titubeó. Su benefactora parecía muy comprensiva, pero matar a un hombre inocente seguramente sería demasiado hasta para ella.

—El otro día me atacó un vampiro y perdí el control. Cuando me di cuenta ya estaba muerto.

—¿Mataste al que te convirtió? —respondió Blanche sorprendida.

—No. El que me convirtió aún sigue suelto —contestó, y tras una pausa añadió—: Pero espero poder detenerlo. No quiero hacer daño a alguien inocente mientras intento detener a ese asesino, eso es todo.

Sintió la mirada preocupada de la hermana Blanche sobre ella.

—Sé que tu intención es buena, pero no lo recomiendo. Déjalo correr ahora que aún puedes.

—No es por venganza —se apresuró a decir—. Es algo que tengo que hacer.

Detener a Leon ella sola. Se le antojaba una locura; una dulce locura.

—Piénsalo bien, por favor. Si de verdad es peligroso hay otros

que se encargarán de esa tarea.

—No lo sé —contestó—. Tengo mucho por decidir.

—Mientras tanto te podría enseñar un par de ejercicios para aguantar y permanecer consciente, pero lo que sé lo sé por boca de otros. Aprender a resistirse no es difícil, pero al final acaba siendo más una cuestión de voluntad. Si necesitas información de primera mano me temo que tomará unos días, ahora mismo... hay alguien a quien debo encontrar.

—No, no. Lo que me digas ya está bien. Lo siento, pero no sé si tendré unos días. No sé si tendré que irme de la ciudad en breve.

Era cierto. La hermana Blanche parecía saber bastante, ser un mentor casi tan bueno como Vanya e incluso tener conexiones, quizás con "los suyos", pero no podía olvidar que ella era un accidente; una vida que no había sido permitida por ninguno de los gobiernos del lugar. No sabía cómo de regulado podían tener aquello, pero procuraría irse a un sitio donde hiciera menos ruido. Se le había pasado por la cabeza hacer algo así durante la mañana, pero sólo ahora había pensado en serio que podría funcionar. Por otro lado, eso significaría dejar a Vanya... y olvidarse del vampiro asesino.

Las dos mujeres siguieron el curso del río mientras Blanche le explicaba algunos métodos. Uno de ellos consistía en contar las pulsaciones del propio corazón para mantener la mente concentrada en algo; otro, en respirar rápidamente y de forma superficial, aunque no había entendido muy bien la explicación de este sistema. Como el primero, le explicó montones de maneras de "aguantar", pero básicamente todas estaban basadas en el mismo principio: "Mantén la mente ocupada en una tarea continua para que no se distraiga y se pierda, pues si eso sucede ya no habrá nada que hacer."

En cierto modo esperaba algo más místico o complicado, pero casi parecía algo que se sabía por lógica, como el "piensa en algo continuo y claro" que Vanya le había dicho la última vez. De hecho, ella misma lo había estado utilizando sin darse cuenta, sólo que había un par de cosas que aún no había probado. A pesar de ello, todo cuanto la monja le había dicho le servía.

—¿No hay una forma de no perder la visión cuando eso sucede? Cuando pierdo el control lo veo todo... distinto. No es que no pueda ver, es que no sé lo que veo. Creo que cuando eso sucede puedo guiarme por ese tipo de visión, pero normalmente no.

—No sé de lo que me estás hablando, me temo —contestó Blanche—. Creo que lo de perder la visión debe de ser un caso raro. En esto no te puedo ayudar. Si te logro convencer y te quedas unos días conmigo tal vez pueda ayudarte a llevar a cabo estos ejercicios, después de todo yo sé hacer que los vampiros lleguen a ese estado fácilmente.

—¿Cómo sabes tanto? Vanya me... un amigo me dijo que normalmente los humanos no saben de nuestra existencia. Es muy extraño.

Blanche se detuvo. Rea se volvió y se miraron cara a cara hasta que, por fin, la monja dijo:

—¿Me prometes de nuevo no asustarte?

Rea rio amargamente. Ella era un vampiro, ¿Qué podría decirle que diera más miedo que eso?

—Hablo en serio.

—Está bien. No te preocupes.

—De acuerdo: una vez me prometí cazar vampiros. Pero me di cuenta de que eso no era para mí y... lo dejé.

No se había asustado, pero cualquier persona en su sano juicio desconfiaría. Sin embargo, quería saber antes el por qué.

—¿Lo dejaste por alguna razón?

—Me di cuenta de que ése no era el camino. Muchos vampiros no eligen serlo y la mayoría son prisioneros de lo mismo que te atormenta a ti, salvo en algunos casos especiales, cuando no hay ser humano alguno al que salvar. Es muy duro tener que decidir cuándo se dan esos casos.

Sólo de pensarlo la cabeza le daba vueltas.

—No te preocupes —dijo alegre Blanche—, si fueras uno de ellos no me habrías preguntado cómo controlarte. Estarás bien en cuanto cojas un poco de práctica. Otra de las razones por las que lo dejé es porque se me da mejor hacer de monja que de justiciera. ¿Te lo imaginas? Con un antifaz o algo así —bromeó de nuevo, pero

sólo consiguió preocupar más a Rea.

—¿Y si intentando practicar contigo te atacara? No quiero hacerte daño.

—Soy la monja más rápida del este de Francia —contestó con una seriedad imperturbable.

Rea la miró turbada por unos instantes y, cuando vio que la monja se echaba a reír, no pudo sino sonreír a pesar de no tener ganas de hacerlo en absoluto.

—Lo siento —dijo Blanche con una expresión pícaro—, pero sé lo que hacer en esos casos, más o menos. Estarás bien.

Sí, ella estaría bien; pero no era ella quien le preocupaba.

—Gracias de nuevo, eso me gustaría —“pero será mejor no correr riesgos”—. Tengo otra pregunta, pero es más personal.

—¿Una respuesta por otra?

—Está bien. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—¿A qué te refieres?

—No sé. Te has portado muy bien conmigo, pero, ¿no crees que sea normal por mi parte desconfiar? ¿No hubiera sido mejor no contarme que una vez quisiste cazar vampiros?

—Normalmente se lo oculto a todos los humanos que veo, pero no a los vampiros. Ellos siempre acaban dándose cuenta y es mejor que lo sepan de mi propia boca. El tuyo es un mundo complicado, sólo intento salvar tantas vidas como pueda. Aunque creo que cometí un error al no contárselo a ese amigo mío.

—¿Por qué?

—Él es... el cazador de vampiros más bruto que te puedas imaginar —dijo sonriendo—. Va por la ciudad con una gran espada como si fuera un caballero andante o algo así. Pensaba que con esas pintas no encontraría un vampiro aunque buscara cien años pero... anoche no regresó a su hogar, y me temo que es culpa mía por subestimarle. Espero que esté bien.

—Yo también tengo a un amigo al que estoy buscando —musitó Rea.

—Ésa será mi pregunta, entonces.

—¿Cómo?

—¿Quién es “Vanya”? ¿Tu amigo? Antes lo has mencionado.

Era una pregunta más difícil de contestar de lo que inicialmente había pensado.

—Vanya es... —empezó a decir algo sonrojada.

—¡No me digas que Vanya y tú sois más que amigos!

—¡Claro que no! —dijo más alto de lo que hubiera deseado— Es sólo un...

Calló. Le había visto pasar, estaba segura. Había visto pasar al vampiro que la convirtió.

Sintió una descarga de adrenalina por todo su cuerpo. No pudo evitar correr en su dirección, no sabía cómo iba a detenerlo ahí en medio de tanta gente, pero estaba segura de que era él y con eso le bastaba. Quizás aún podía arreglar las cosas por su cuenta.

—¡Rea! —gritó Blanche tras ella— ¿¡Qué ocurre?!

No había mucha gente en la calle, pero las miradas se desviaban hacia ella. Quizás creían que estaba loca o que aquel asesino era un conocido suyo, pero la oportunidad de vencerlo ahí era algo que no debía desperdiciar. Vencerlo. Sonaba absurdo, pues de las mangas rotas de su chaqueta negra salían dos brazos musculosos. No era como Vanya, que era de complexión normal. De hecho, Rea tenía la seguridad de que aquel tipo podría partir en dos a Vanya con aquellos brazos... y a ella con mucha más facilidad. Eso no la detenía. Esperaba un golpe de suerte, que Blanche le ayudase, aunque había dicho que no era muy buena con la violencia. Como última instancia, esperaba perder el control. Lo importante era lograr acabar con él.

A estas alturas era evidente que el vampiro sabía que le seguían. A pesar de eso no se había molestado en mirar en su dirección y seguía caminando hacia el exterior de la ciudad, como si nada. Cuando Rea estuvo a sólo unos metros de él, se giró y la miró a los ojos. Rea se detuvo como si hubiera llegado a un desfiladero.

—Me ha costado lo suyo encontrarte, nena —dijo con sus ojos verdes clavados en ella—. Resistes bien el vínculo. Buen trabajo.

—Yo también te estaba buscando —espetó ella desafiándole, pero lo cierto era que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¿Qué ocurre? —dijo Blanche mientras se ponía junto a ella, pero también quedó en silencio. De alguna forma sabía también

que la persona que tenía delante era peligrosa.

—¿De veras? Pensaba que serías más lista. ¿Es por eso que apuestas a sangre seca? No eres un buen cebo, pequeña. No funciona así.

—¿Quién eres tú? —le dijo Blanche amenazadoramente— ¿Por qué destruyes las vidas de la gente?

—Porque se dejan. ¿Algún problema, oh suma sacerdotisa?

—¿Qué has hecho con Klaus?

—Será mejor que especifiques —alardeó el vampiro—. Hago muchas cosas a mucha gente últimamente.

—¿Te encontró? ¿Te has encontrado con un cazador de vampiros?

Los ojos del vampiro brillaron mientras esgrimía una cruel sonrisa.

—¡Ah, joder! Te refieres al semental, ¿no? —se carcajeó— ¡Menuda pieza! Estás de suerte, creo que me lo encontré ayer.

Al ver la expresión consternada de Blanche, el rostro del vera sangre volvió a adoptar aquella sonrisa que emanaba crueldad.

—No te preocupes, creo que está vivo, allí donde esté. Lo dejé dormidito como un bebé —añadió—. Despertó de malas, el cabrón. Mató a dos de los míos ayer. Si lo llego a saber le reviento el cráneo contra el suelo, el muy...

—¿Dónde está ahora?

Rea se sorprendió al ver que su nueva compañera había tomado la iniciativa en esto también. Realmente era una persona única. Quizás el suyo fuera siempre un papel secundario. Siempre le había costado tomar las riendas en esas situaciones. ¿Siempre...?

—¿Y a mí qué me explicas? —escupió el vampiro de ojos verdes— ¿Qué pasa? ¿No se pasó anoche a darte un buen achuchón? Pues sígueme hasta donde se esconden mis amigos. —Se acercó provocadoramente a tan sólo unos pasos. Estaba tan cerca que podía extender la mano y dejar que el destino hiciera el resto—. Se te quitarán todas las preocupaciones de golpe.

—¡Maldito...!

—Bah, cállate ya. He venido para tener una charla con mi chica. Escúchame bien porque sólo te lo diré una vez: ven conmigo y

saldrás con vida de toda esta historia... tal vez. Es tu única oportunidad de vivir. ¡Incluso te he buscado una niñera! —rio— Te caerá bien, es de las tuyas. Tranquilita en general... hasta que se vuelve una fiera y ruedan cabezas.

—¿¡Estás loco?! —chilló Rea fuera de sí.

Leon se llevó un dedo a los labios y esgrimió su más diabólica sonrisa.

—Calma, encanto. No asustes a las ovejas —dijo mientras señalaba alrededor—. Si no vienes conmigo será tu perdición. Sea el clan del dragón carmesí u otro cabrón bañado en oro o aquí tu amiga la del gorro y la cruz —dijo señalando a Blanche—. O vienes con el tío Leon o te van a llover los palos de todos lados. Conmigo también, pero los podrás devolver. Soy el único que te quiere tal y como eres, cariño. No te lo pienses.

—No le hagas caso, Rea —susurró Blanche.

—¡Claro! Confía en la señorita de las espinitas rojas. Llegarás lejos.

—¿Cómo has...? —empezó a decir la monja, pero Rea la interrumpió con un resoplido que se transformó en risotada.

Lo sentía también. Esta vez era diferente. No se mezclaban sus sentidos ni se notaba perder la consciencia, sino que se veía a sí misma como en un sueño, en un estado de euforia pura. El vínculo de sangre. Se acercó un paso más hacia Leon, desafiante. Quería matarlo. Allí mismo.

—¿Y si te digo que no me vas a obligar a ir contigo? ¿A plena luz del día? Venga. Adelante. ¡¿Tienes agallas!?

Su nueva amiga la miró preocupada mientras que Leon, lejos de intimidarse, acompañó el comentario de Rea con un gruñido de aprobación.

—Ahora sí estás puesta, ¿verdad? Eso es, ¿puedes sentirlo, muñeca? ¡Es el sonido de tu verdadero yo gritando que me rompas el cuello! Sienta bien, ¿eh? Es lo que siento yo a todas horas. Y es bueno, nena, acéptalo. Venga. Sabes que puedes hacerlo. ¡Hazlo! —masculló.

Sintió la mano de Blanche en su hombro para darle apoyo. No le iba a resultar tan fácil. Aunque estaba en ese estado no se dejaría

llevar esta vez; tomaría las riendas y lo usaría para obtener el valor que necesitaba.

—Escúchame bien, bastardo —profirió—. Encontraremos el lugar donde te escondes y te arrancaremos el corazón.

Leon intentó acariciar a Rea, pero ésta se apartó de él.

—Eso que sientes ahora mismo es un vínculo entre tú y yo. Nos conduce hacia algo más grande que nosotros. ¿Puedes verlo?

El vampiro se pavoneaba como un lobo en un corral desprotegido. Era obvio que no se sentía amenazado por las dos chicas.

—He dicho que pagarás por lo que has hecho. ¿Me estás escuchando? —dijo Rea.

Los ojos verdes de Leon se clavaron en ella.

—Por las malas entonces —dijo él—. ¡Tienes mucha sed! Necesitas sangre.

Blanche averiguó inmediatamente lo que Leon se proponía a hacer, y trató de interponerse entre el vampiro y Rea, pero éste agarró a la monja por la muñeca y la acercó contra él. Algo se clavó en el brazo de Leon.

—No está mal —asintió él—. Un movimiento rápido. ¿Qué demonios me has clavado? ¿Una aguja de costura?

Blanche no dijo nada, había reaccionado rápido para intentar alcanzar a Leon, pero éste se había prevenido a tiempo.

—Déjame darte un consejo a ti también, rubita —masculló Leon—. Desaparece de esta ciudad. O mejor quédate; si tienes que morir algún día que sea en medio de la gran tormenta. A mi chica salvaje le vendrá bien comer algo.

Y tras decir estas palabras la empujó contra Rea y desapareció corriendo entre los callejones. Blanche sabía que haría algo así, pues lo que había hecho con Rea le aseguraba la retirada. Miró una punta de madera que había clavado a Leon en el brazo y que inicialmente estaba dirigida contra sus costillas. Tenía el borde untado en sangre. Asintió con la cabeza mientras volvía a agarrar a Rea por los hombros. Debía calmarla de nuevo. Leon ya no importaba en absoluto, pues a partir de ahora sabría donde encontrarlo. Tocó varios puntos de la espalda de la muchacha y se la

llevó medio auestas lejos de aquella vía principal mientras trataba de calmarla con sus palabras. Antes de salir de ésta, Rea se paró y puso su mano sobre la de la monja, que la sujetaba por el hombro.

—No te veo —dijo—, pero no es necesario que sigas ayudando. Ya va a menos. Me puedo apañar. Lo que me has dicho funciona.

Blanche rio.

—Gracias al cielo. Por un momento pensaba que te transformarías e intentarías ir en pos de él.

—He pensado en hacerlo. Quiero decir de forma consciente. Cuando pierdo el control tengo mucha fuerza, pero... al final no me he atrevido. Has sido muy buena conmigo y no quería hacerte daño por error. Creo que eso me ha salvado esta vez.

Cuando sus ojos vieron de nuevo, la sonrisa de la monja fue lo primero que apareció ante ellos.

—¿Sabes ese sentimiento que te dice que no debes hacer daño a los demás? Ése que te hace pensar que las personas son buenas en el fondo y merecen tanta felicidad como tú. Ése es el sentimiento que debes recordar. Los ejercicios funcionan, pero cuando realmente no quieres perder tu humanidad es cuando te aferras a tu conciencia para no caer en la tentación.

—¿Cómo pudiste llegar a descubrir algo así?

—Lo aprendí —contestó— de un vampiro, hace ya casi diez años. Desde entonces procuro cultivar ese sentimiento en los corazones de la gente.

—¿Dónde está ese vampiro ahora?

—Se quitó la vida.

—Debió de ser duro verlo. Lo siento.

—No te imaginas cuánto, pero se convirtió en una lección que nunca olvidaré. Podemos cazar cuantos vampiros aparezcan, pero al final sólo el bien absoluto puede librar al mundo del mal, estoy segura de ello. Dicen que algún día el Mesías volverá a este mundo a salvarnos a todos. Yo creo que lo que realmente salvará a la humanidad es la bondad y la fraternidad.

—A la humanidad... —suspiró.

—Tú eres humana, Rea, y lo seguirás siendo mientras conserves los sentimientos de pureza que hay en ti. No los abandones nunca,

incluso cuando no haya más remedio que luchar.

Sonaba demasiado bonito para ella, demasiado endulzado comparado con la lúgubre realidad que se le había mostrado desde hacía unos días; a pesar de eso, Blanche creía en ello firmemente y su convicción inocente impresionaba a Rea. Su inocencia sólo se podía deber a que no había visto ni sufrido tanto como ella. Ella había visto el infierno. Guiada por Leon, sí, pero también por Vanya.

—Sé lo que estás pensando —continuó la monja—. El mundo no es perfecto ni yo tampoco, soy consciente de ello, pero intentaré guiarme según estos valores. Ése es mi deber como sierva de nuestro Señor.

—Me gustaría que lo consiguieras —dijo sonriendo Rea—, y me gustaría ayudarte. Me esforzaré por poder controlarme del todo. Gracias, hermana Blanche. Has sido un ángel.

Blanche sonrió tristemente al oír estas palabras. Rea no preguntó por qué, pero había algo en esa sonrisa que resultaba extraño. Ella lo notó y cambió de tema:

—No tienes lugar donde pasar la noche, ¿no? ¿Qué te parecería aceptar mi propuesta y descansar en la iglesia? Al menos hoy.

Las dos mujeres volvieron por el camino del río hacia la iglesia de la Redención Perpetua. Rea esperaba que ese nombre fuera una señal de un Dios que hasta ahora parecía haberla abandonado.

Sin embargo, los que no la habían abandonado eran los demonios. Ya en el bosque, Leon y otro vampiro más contemplaban a Freya, cuya mirada se perdía en la distancia en dirección al pueblo. A su lado había otro hombre, atado de manos y piernas, con un saco atado en la cabeza de manera que no podía ver nada.

—Ya ha vuelto en sí —dijo ella—. Se marchan.

—Nada mal —la ignoró el vera sangre—. Se había alimentado ya, pero aun así tiene su mérito recuperarse tan pronto. No está lista todavía, pero seguro que es la que busco. No me sorprende que se torcieran las cosas cuando la convertí.

—No lo entiendo —inquirió Freya—. ¿Por qué la has venido a

buscar de esta forma? Pareces muy descuidado, mucho más agresivo; tengas poco tiempo o no, ésa no es forma de actuar.

—Mientras menos sepas mejor lo estoy haciendo. Antes de empezar la fiesta se tienen que mandar las invitaciones. Y ésta parece que aguanta bien lo que lleva encima.

—¿Qué quieres decir con eso? —volvió a decir la vampiro ancestro. Las palabras de su vástago de sangre le preocupaban. Tenía una ligera idea de lo que podía ser, pero no se atrevía a nombrarlo aún.

Uno de los hombres, el más alto de los dos, esbozó una sonrisa a la que se unió la de Leon.

—*¡Itsenad! ¡k-kard! ¡Dröfda rbyels nia!* —murmuró éste en un idioma desconocido. Parecía como si estuviera poseído. Incluso a ella le daba escalofríos.

—No lo adivinas, ¿eh? Eso está bien. —Y luego, dirigiéndose al vampiro, ordenó—: Alois, vas a hacerme un encargo.

Los ojos del tercer vampiro se abrieron de par en par mientras un bufido de excitación escapaba desde su garganta.

—¿Más alimento para el Señor? *¡Safla'm! ¡O'deim!* —dijo éste, lo que provocó que el hombre del saco en la cabeza empezara a temblar.

—Hoy no.

Los ojos de Alois se inundaron de lágrimas, pero también de una rabia asesina. Fueran cuales fueran las tareas implícitas en “alimento para el Señor”, era algo que el vampiro disfrutaba realizando. Y no le gustaba que le separaran de sus adorados quehaceres. Por su parte, el desconocido maniatado lloraba de felicidad por haberse librado de ese destino, pero también de desesperación, pues otro día lo necesitarían. Finalmente, aún indignado, Alois bajó la cabeza en señal de sumisión, apretando sus afilados dientes.

—Hoy nuestra damita es la que necesita alimento —dijo Leon haciendo que el vampiro le mirase como si le hubiera prometido un dulce—. A partir de esta noche ella ya no dependerá de nosotros. Es más pequeña que el Señor, no te hagas ilusiones. Aún queda mucho para llamarle a él.

No se refería a ella. Freya había descubierto que pretendían ofrecer al hombre como sacrificio para un ritual demoníaco, tal vez para obtener el favor de uno de los espíritus malignos del bosque. Apenas sabía de este antiguo arte, pero lo que sí sabía era que los demonios que más se fortalecían se podían convertir en ancestros y en otros males. ¿Debía permitir un crimen así?

—¡Sí! —gritó Alois eufórico como si respondiera a la pregunta de Freya— ¡Sí! ¡Él sí y yo no! ¡*Liahim!* ¡Yo comprendo mi papel en este mundo y no debo ser castigado! ¡Se lo llevarán a él! ¡*Safla'm!* ¡*Itsenad!* ¡No! ¡A mí no!

La vampiro ancestro miró para otro lado. Alois no estaba siendo manipulado por la habilidad de Leon como algunos de los falsos ancestros con los que se había encontrado. No. Éste era incluso peor: su mente había sido hecha pedazos por algo a lo que temía profundamente. Tanto, que deseaba hacer todo cuanto pudiera y más para no ser castigado de nuevo por ese algo.

—Ah, otra cosa más. No se te ocurra matarlo. Si alguien quita una vida hoy deberá ser ella personalmente si es que puede. Si no acepta, entonces te lo traes de vuelta. —Luego le dio una palmadita en la espalda al prisionero—. Tranquilo, chaval, seguramente estarás en casa para cenar.

El falso ancestro tiró de la cuerda que sujetaba a su prisionero por la cintura (pues si lo hubiera hecho del cuello ya se lo habría roto).

—No —sollozó el hombre maniatado mientras Alois se lo llevaba a rastras murmurando sus versos satánicos—. ¡No! ¡No, por favor, no! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡NO! ¡Dejadme! ¡Dejadme, por lo que más queráis!

—¡Alto! —gritó Freya— ¡Basta! ¡Esto es demasiado cruel!

Alois siguió su camino haciendo caso omiso de lo que la mujer le había dicho, tarareando una especie de nana.

—¿Cruel? —replicó Leon— Cruel sería que le dejásemos vivir más de un día para que se alimentaran otra vez de él. Has visto a Alois, ¿no? —Señaló en la dirección en la que el vampiro se había marchado.

—Sí.

—Se lo envié al “Señor” cuando llegué aquí para que le impusiera un poco de disciplina. ¿Me has visto enviar a nadie más desde que estás aquí?

La vampiro ancestro negó con la cabeza.

—Es uno de los primeros vampiros a los que convertí. Con éste elegí con más cuidado y me aseguré de que tuviera la cabeza más amueblada que los otros. Míralo ahora. Es algo que no quiero volver a hacer si puedo evitarlo; haz bien tu maldito trabajo.

Ahora Leon estaba totalmente serio. Ese asunto no era cosa de broma.

—Podemos derrotarle —intentó convencerle—. Somos dos y yo también soy una...

—No, Seraph, no podemos —la cortó él—. Lo que le espera a ese hombre en el bosque es algo tan horrible que nadie que lo haya sufrido ha mantenido su cordura. ¿Te parece cruel? Pues escucha esto: lo que me espera a mí es algo mucho peor. No puedes ni imaginar lo que me ha traído de vuelta. Yo tampoco lo habría dicho nunca, pero hay cosas para las que los ancestros son sólo guardianes y los demonios esclavos. Créeme: no quieres verlo.

¿Algo tan terrible existía? Freya sólo podía pensar en una cosa parecida, pero era algo que carecía de una mente racional o de un propósito fuera de sí mismo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. El solo hecho de pensar en su lugar de origen hacía que el submundo del que procedía le llamase de nuevo. No existía. No existía. Ella no había estado nunca allí. Toda su vida estaba aquí, todo lo que era seguía aquí. Su memoria podía fallar, pero ella seguía siendo ella y nunca aquello que habitaba ese... ¡¡NO EXISTÍA!! El silbido de alivio de Leon la sacó de su ensoñación.

—Eso me podía haber hecho daño. ¿Estás cabreada?

Había golpeado al aire sin darse cuenta, desconchando un buen pedazo de árbol en su trayectoria final.

—No. Estoy bien —dijo con una voz totalmente neutra—. A veces tengo malos recuerdos. No los reconozco bien, pero allí siguen atormentándome.

—Si es ese lugar en lo que piensas no andas desencaminada, pero a lo que yo le tengo tanto respeto no es a “algo”, sino a

alguien. No me vendría mal que me contaras algo de lo que viste en el páramo.

Otra vez. No debía mencionarlo, era su lugar secreto, su condena eterna. No, no, ¡no! Ese lugar no existía.

—No —dijo rotundamente Freya—. Eso es algo sólo para mí. No le concierne a nadie más. —Leon hizo ademán de querer seguir con la conversación, pero Freya levantó la mano para detenerle—. Déjalo estar o uno de los dos acabará muerto. Hablo en serio.

Ante la amenaza de su antigua maestra, Leon chasqueó la lengua divertido.

—Echaba de menos ese tono tan seco que pones cuando le echas huevos al asunto. Sin él no parecías tú. Está bien, tú ganas por hoy. Ya han pasado demasiadas cosas y tenemos que hacer algo importante esta noche.

Como una pequeña bendición, Freya aceptó el respiro que Leon le daba y siguió con este cambio de tema en la conversación.

—No me has comentado nada. ¿Qué va a pasar esta noche?

—Preparamos la mudanza. No tan lejos de este bosque del demonio como me gustaría, pero menos es nada.

—¿Dónde?

—A un puesto de guardia carmesí. No llevo mucho en esta ciudad, pero me conozco algunos de sus viejos secretos. Hay un puesto al noroeste de aquí que está más aislado que los demás. Está medio abandonado e informan al puesto central dos veces por semana como mucho.

—¿Quieres que lo atacemos con todo? No haría falta.

—Ya lo sé. Tú y yo podríamos conquistarlo fácilmente, pero necesito entrenar a los muchachos. Esta noche nos colaremos y le daremos un susto al gerente. Luego lo tendremos unos días suelto para ver lo que pasa y entonces atacaremos con su ayuda. Si el gerente sigue escribiendo a sus amigos del puesto central como si nada no creo ni que sospechen. Como ya he dicho, está aislado y según mis fuentes no seremos molestados.

—Pareces estar bien instruido para la guerra.

—Si me has estado siguiendo no debería sorprenderte. He hecho muchas cosas desde que escapé de tus garras. ¿Has estado viviendo

en el fondo de un maldito pozo todos estos años?

—Tú también te sorprenderías. He muerto varias veces desde entonces... Al menos así lo creo. A veces no me acuerdo de algunas cosas, pero otras las tengo grabadas a fuego. Sé de tus conquistas pasadas, Leon. Tu vida es algo que me cuesta olvidar.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacerlo.

Leon bufó con hastío. La verdad es que no le importaba tener detrás de él a una vampiresa medio loca de amor y de su propia existencia mientras siguiera sirviendo a su propósito.

Las habilidades de Seraph eran mejores que las suyas, así que al usarlas podría avanzar a pasos agigantados, como el que el asalto del fuerte supondría. Eso era todo lo que ella significaba para él, lo que al menos seguía siendo mejor que el odio que una vez le tuvo. Ahora era prácticamente indiferente a ella gracias a esa actitud. Freya esperaba que eso le ayudara a acercarse más a su antiguo lacayo, cubriendo la indiferencia de él con aquello que ella sentía. Podía obligarle, pero no pasaría mucho hasta que el hechizo se rompiera. Además, ella quería que él la amara por propia voluntad.

Volvieron a su guarida para preparar el plan con más detenimiento. El vera sangre seguía actuando de prisa y por instinto, sin embargo, Freya comprendió que su instinto era el de alguien que sabe hacer la guerra. Parecer necio cuando se es sabio, parecer débil cuando se es fuerte; el rasgo favorito del Rey Carmesí, y uno de los más peligrosos también. Aunque el ancestro hubiera deseado seguir con la conversación sobre su pasado, sólo hablaron ya del plan. Ella no se atrevió a sacar el tema por miedo a que él le volviera a insistir con sus visiones del páramo. Algún día habría de mostrárselo, pero cuanto más tarde, mejor. Cuando no hubo nada más que discutir, Leon volvió a su lugar de reposo; una cripta adornada con cráneos en las paredes y con un único sillón de piedra que gobernaba el lugar. Sin ser consciente de ello, cada vez se parecía más a lo que ella era. Ella no le siguió. Le había ordenado alimentarse bien para antes de esta noche.

“Come algo. No me importa que sea un niño, un adulto o un jodido regimiento, pero estás tan delgada que pareces una rama

seca. Necesitas algo de alimento.”

No le sería difícil encontrar a un criminal en esa ciudad. En el barrio en el que había estado el día anterior había donde elegir. Era injusto tomar sus vidas, pero ya no era asunto suyo. Además, pensó que Leon le había pedido algo así porque estaba preocupado por ella. Eran órdenes que pensaba cumplir.

Alois regresó del bosque un par de horas más tarde, manchado de sangre y con la cara totalmente descompuesta. Todo lo que dijo al volver fue: “La dama oscuridad se lo ha llevado”.

Capítulo 29: Grimorio de diez mil portadas

Como si fuera una aparición, la forma del polizonte y varias veces no-difunto Gilbert Mayer empezó a pulular por el interminable pasillo al que había ido a parar. Sin recordar haber caminado hasta el final de éste, el alegre sirviente llegó a una inmensa estancia rodeada por estanterías que subían y subían, adornadas por varias escaleras móviles de oro que estaban separadas por tramos de manera que un gran grupo de personas podía leer e investigar allí. Aunque el sistema de escaleras seguía sin ser eficiente, ya que no había más que una por tramo, lo que obligaba a quien intentara subir a molestar a cuantos estuviesen usando esa sección hasta por fin llegar hasta arriba; y lo mismo para bajar. En medio de la sala, había una especie de púlpito con un grueso y sobrecargado libro en el que el alquimista tenía puestos sus ojos. Allí estaba: el legendario grimorio de Flamel. Eckhart estaba allí, observando y sin haberlo abierto aún. Se quedó ahí, contemplando aquel magnífico ejemplar que contenía la sabiduría que había estado buscando durante tanto tiempo. No sonreía, pero se podía notar que estaba pensando “Por fin. He llegado”.

Ni siquiera el tarareo del ahora también presente Gilbert rompería el encanto de ese momento.

—Es ése, ¿no? —preguntó el sirviente— ¿Es ése? ¿Lo es de verdad?

Eckhart se tomó su tiempo antes de contestar.

—Eso parece. ¿Por qué no lo lees tú mismo y lo compruebas?

Con una pirueta sobre sí mismo, el genio del espejo pasó alrededor del alquimista y puso las manos en el libro. Lo abrió por

una página aleatoria y leyó para sí.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—¡*Qres khresaa!* —gritó el sirviente apuntando hacia Eckhart con las manos en una posición extraña. No ocurrió nada.

El *doppelgänger* probó entonces con más ímpetu, exagerando aún más los movimientos y dando alaridos aún más grandes.

—¡*Qres khresaa!* —aulló— ¡*QRES KHRESAA!*

Ante la curiosa escena, el maestro alquimista arqueó una ceja.

—¿Y esto qué se supone que es? —dijo él.

—¡Un timo, eso es lo que es! ¡Lea! —replicó indignado pasándole el libro a su maestro.

—“*Qres khresaa*” —leyó éste en voz alta—: hechizo de destrucción absoluta, muy peligroso. Usar sólo con demonios policuernicéfalos superiores, *sokharad* de más allá del Makal y Netria o seres que posean grandes energías. Contiene todos los elementos posibles en un solo conjuro. La posición de las manos tiene que estar en forma de “*qres*” hasta el momento de liberar el conjuro, que se expandirá en “*khresaa*”. —Eckhart miró a su ayudante con cara de circunstancia—. Creo que me ciño a mi primera pregunta, señor Mayer. ¿Qué es esto?

—Y yo me ciño a mi primera respuesta: un endiablado timo. ¿¡Dónde está el rayo fulminador?! ¿¡Dónde las chispas?! ¡Esto es otra broma cruel de nuestro genio alquimista! ¡Mire qué cara de consternación se me ha quedado al ver que no muere usted! —Mueca sobreactuada.

—A decir verdad, al principio pensaba que el libro sería simplemente una trampa y estaba sopesando las posibilidades... hasta que llegaste tú. Así que me fulminarías con un rayo destructor de tener el verdadero libro, ¿eh? Veo que me he ganado tu aprecio estos días.

—Por supuesto que no. Bueno, sí, pero no se lo tome como algo personal —protestó—, sólo estaba probando. Si se le puede destruir con un “*Qres khresaa*” seguro que en el libro también hay un “abracadabra” o un “birlibirloque” para recomponerle y esas cosas. Pero volviendo al tema importante: éste... no es el libro que buscamos, ¿no? Vaya, al menos lo espero. Me parece una tontería

muy grande pasar todas estas penurias por un libro de hechizos inventados.

—Me temo que no lo es. Quizás uno de los libros de alrededor nos dé la respuesta.

El alquimista se acercó a una de las estanterías y tomó un libro al azar.

—Hum...

—¿Qué?

—Otro grimorio de Flamel. Éste habla sobre plantas y de cómo mezclarlas.

—Bueno, suena mejor que el primer volumen, eso seguro.

—Yo no estaría tan seguro —suspiró Eckhart mientras ojeaba rápidamente el libro—. No conozco ninguna de estas plantas y por su aspecto extravagante diría que ninguna de ellas existe en nuestro mundo.

Gilbert dio un respingo.

—¿En nuestro mundo? Quizás sean las flores del tártaro. Y hablando del infierno... ¿Dónde infiernos estamos? Seguimos vivos, espero, ¿no?

—Indudablemente —contestó el alquimista mientras sacaba otro libro y otro más—. Esto es un pequeño respiro; una demostración de que la piedra existe. Éste pequeño mundo artificial es el espíritu del guardián con todos sus recuerdos, tanto reales como implantados. Estamos en la mente de un pequeño dios en miniatura.

Todo lo que recibió por contestación por parte de Gilbert fue una mirada de recelo y una sonrisa idiota.

—Es sólo una suposición, pero creo que es acertada. ¿Tan difícil de creer te resulta? —preguntó el maestro alquimista.

—Pues sí. Vive usted en un mundo aparte, señor Solberg. Todos estos... monstruos de metal y reflejos parlantes y runas mágicas... y libros de conjuros. Siempre habla de ello como si le pareciese algo normal. ¿De dónde sale usted?

—Del mismo sitio que usted, señor Mayer, pero soy menos impresionable y mantengo la mente más abierta.

—¡Y unas narices! —protestó el *doppelgänger* cogiendo uno de

los libros de la larga estantería— Todas estas cosas que nos hemos encontrado son anomalías, no tienen cabida en... oh, este grimorio habla de métodos para conseguir el amor verdadero. ¿Será efectivo?!

—Tanto como el "*Qres khresaa*", sin duda —se burló el alquimista.

—¿Quién nos dice que no funcionará a largo plazo?

—La intuición. Debe de haber una pista en este lugar, no creo que la idea de Flamel fuera que leyéramos todos y cada uno de estos libros.

—Flamel o Kriz, el poeta pintor, alquimista y escultor.

—Cierto. Si nos indicaba el camino hasta aquí quiere decir que ya ha pasado por éste lugar. Quizás nos haya dejado algo más. Fíjate en todo lo que veas; portadas, baldosas sueltas... cualquier cosa.

Gilbert se llevó una mano a la barbilla, y tras meditarlo un momento exclamó:

—¡VELEDUOCH!

—Eso no va a funcionar dos veces.

—Tenía que intentarlo.

—Para empezar, primero tendrías que pronunciarlo bien.

—Debe estar de broma, tengo una pronunciación perfecta adquirida tras años y años de hablar en soledad. Créame, se nota.

—No se nota lo bastante entonces. Silencio ahora. No digas nada a no ser que sea estrictamente necesario para avanzar en mi búsqueda.

—Podría utilizar mi método especial de investigación con el que descubrí el poema esta tarde.

—Interesante, ¿y cuál es?

—¡¡Cantar una dulce canción mientras golpeo, derribo y pateo todo lo que me parezca sospechoso hasta que tiro algo que acciona algo que provoca un magnífico avance en lo que sea que este mostrándote encontrar!! In-fa-li-ble, se lo garantizo.

—Para perder la paciencia y actuar como salvajes aún tenemos tiempo.

—¿¡Pues para qué perderlo?! ¿No sería genial...?

—He dicho no —ordenó tan rotundamente que Gilbert bajó la cabeza, avergonzado—. Voy a intentar ver lo que hay arriba. Parece que estas escaleras terminan.

—¿No es eso lo que hacen todas las escaleras?

—Las de mi visión no.

—Ya, ya, su maravillosa visión de mago genuino que nos saca a medias de todos los apuros.

—Y que nos ha llevado hasta aquí.

—Eso parece. Adelante con ello, pues. Yo... supongo que inspeccionaré el libro de “cómo conseguir el amor verdadero”; por si las pistas, ya sabe.

Ignorando a su sirviente, Eckhart se agarró a las escaleras doradas y empezó a subir. Esperaba que a cada paso que diera la estancia se alargara más y más como en una historia fantástica, pero no fue así. A pesar de todo, aún quedaba un largo recorrido hacia la parte superior. Cuando llegó al final de la primera escalera notó que se empezaba a mover. Se agarró con fuerza mientras tanto su escala como todas las demás empezaban a girar violentamente por las estanterías de la sala circular. Con un parón repentino, las escaleras dejaron de girar y quedaron repartidas por los distintos niveles. Eckhart aguantó el tirón y, de forma instintiva, miró hacia abajo.

—¡He encontrado una palanca! —canturreó Gilbert, que al ver la mirada iracunda del maestro alquimista añadió—: ¡Oh! ¡No me mire así! No la he tocado aún, ¡lo juro!

—Sólo estoy en el segundo nivel —gritó Eckhart—. Si bajo de un salto no habrá libro de conjuros que te salve de donde yo te mande.

—Voy a accionarla, ¿de acuerdo?

—¡Espera! —dijo el alquimista descolgándose hacia el suelo con un salto.

Su capa se desplegó mientras se precipitaba hacia el suelo. Gilbert se temió lo peor por un momento, pero el alquimista se posó en el suelo con una facilidad digna de alguien mucho más ligero.

—¡Caramba! Hasta una sílfide se hubiera partido la crisma con

un salto así —aplaudió el *doppelgänger*.

—Será mejor que la accione yo por si acaso. Tú subes.

—¿Yo? ¿Y por qué yo?

—Deberías saberlo. En primer lugar porque el poder dar esos saltos no significa que mis rodillas no se resientan, en segundo porque si te rompes algo con la caída puedes regenerarte más rápido de lo que lo haré yo.

—Ya, pero duele igual. Si nos pinchan, ¿no sangramos? Si nos estampan contra el suelo, ¿no lloramos? Y si nos humillan, ¡ah, si nos humillan...! —exclamó levantando un puño amenazadoramente.

—Entonces es tan sencillo como no caerse. Muéstrame tu “agilidad de un buen bailarín”, si es que eso era cierto.

—Para apuntar usted tan alto tira los golpes muy bajos —refunfuñó Gilbert, pero se puso manos a la obra.

Con un par de pasos rápidos se apoyó en la escalera y trepó por ella como si lo hubiera levantado el viento. No había podido esquivar a Veleduch antes, cuando le había sorprendido, aunque ahora mostraba de nuevo esa agilidad de la que alardeaba en sus memorias. Sin pararse a pensarlo una segunda vez, accionó la palanca y las escaleras volvieron a girar violentamente. Por fin, se volvieron a detener, aunque Gilbert no pudo subir al otro piso pues la siguiente escala aún quedaba demasiado lejos.

—No lleegooo —canturreó— ¿No puede hacer nada al respecto?

—No hay más que una palanca. ¿Puedes hacerlo en movimiento?

—¿Pueden las palomas volar por el aire?

—Me sirve —dijo accionándola de nuevo.

—Las escaleras giraron una vez más y Gilbert se preparó. Los dos extremos de las respectivas escalas se rozaron levemente cuando el sirviente saltó y se agarró a las barras doradas de la superior, que giraban en dirección contraria a las de la inferior. Trepó un par de peldaños con las manos hasta que finalmente se volvió a colocar. O bien Gilbert era más fuerte de lo que parecía o pesaba tan poco como aparentaba, pero había realizado su tarea sin despeinarse.

—¡Todo bien! —gritó— Está chupado.

Eckhart fue a accionar la palanca cuando notó una especie de marca en el mango de madera. Se agachó para mirar y descubrió una V inscrita en éste.

—¿Qué ocurre? —le apremió el *doppelgänger*.

—Creo que he descubierto... algo —pasó los dedos por la marca en forma de V y siguió mirando alrededor del mango—. Y pronto sabré el qué. Accionó de nuevo la palanca, aún agachado. Esta vez las escaleras aceleraron aún más y Gilbert tuvo aún menos tiempo para realizar su acrobacia. Lo logró una vez más.

—¡Eh! ¡Esto está cogiendo velocidad! —gritó desde una altura peligrosa.

Esta vez el alquimista se paró a pensar un momento; si accionaba otra vez la palanca y el mecanismo se aceleraba de nuevo quería decir que en cada nivel de estanterías se incrementaba exponencialmente la velocidad, de forma que llegaría un momento en el que ni siquiera Gilbert podría alcanzar la cima, y aún en el caso de hacerlo, lo más seguro es que perdiera las manos y cayera al vacío. Eso no estaba hecho como prueba, sino para que nadie “forzara” el mecanismo y llegara a lo alto usando su agilidad en lugar de su inteligencia.

—Escúchame bien —le mandó el alquimista—: quiero que cojas uno de los libros que tengas más cerca y me lo tires.

—¿¡Alacabeza?!

—¡Sí! —Y luego murmuró para sí—: Servirá para que te tomes mejor lo que voy a hacer ahora.

Así lo hizo. Gilbert tiró el libro, que hizo un efecto giratorio en el aire y se dirigió hacia la cabeza de Eckhart a toda velocidad mientras éste permanecía inmóvil. En el último segundo, extendió el brazo y detuvo el libro con un suave giro de muñeca, como si estuviera blandiendo una espada. No pudo oír un “Ooh” de Gilbert, pero su sirviente era lo bastante predecible como para actuar así.

Cuando abrió el libro, para su sorpresa, encontró complicados teoremas matemáticos que pretendían explicar energías misteriosas del universo. En una de las páginas estaba escrita la fórmula que

demostraba como la luz se expandía por el espacio y se reflejaba en cada uno de los átomos del cosmos. Átomos. Este libro mezclaba filosofía de Demócrito y las matemáticas de varios autores, todos desconocidos para Eckhart, para tratar de comprender el mundo.

No estaba seguro, pero tenía la corazonada de que aquel libro era distinto a los de las estanterías inferiores: aquel libro contenía material verídico. En aquel momento, Eckhart creyó comprender el significado de cada nivel de libros que subían hacia las alturas.

—¡Escúchame bien, Gilbert, vamos a intentar hacer trampa! ¿Me oyes?

—¡Por fin hacemos algo que me gusta a mí! —le contestó desde las alturas.

—¡Vas a bajar hasta el último peldaño de la escala en la que estás y tirarás abajo algunos libros! ¡Tantos como necesites para poner el pie y bajar desde las estanterías en lugar de usar las escalas!

Había decidido que descendiera en lugar de seguir hacia arriba porque si las escalas volvían a acelerar no sería capaz de evitarlas a tiempo. Veleduch no había matado a Gilbert, aunque le había hecho una herida que provocaba la muerte en apenas minutos. Sin embargo, una mala caída desde aquel lugar podría significar una muerte inmediata, de la que quizás ni siquiera él podría escapar. Prefería no arriesgarse.

El sirviente obedeció y ocurrió tal y como pensaba: las escalas volvieron a girar. Por suerte, el ágil *doppelgänger* se soltó con una pirueta en el aire y se agarró con ambas manos al peldaño de la escala inferior. Al hacerlo, volvieron a detenerse todas las demás.

—No está mal, ¿eh? —se pavoneó Gilbert desde el segundo nivel.

—Baja de una vez —tronó Eckhart—. Nos vamos.

—¿Qué? ¿¡Qué?! —De un salto en el que giró varias veces sobre sí mismo, cayó al suelo justo delante de Eckhart con una facilidad que dejaba el salto anterior que había dado éste por los suelos—. ¿Por qué?

—Creo que la respuesta está en todos los libros y no en uno solamente, y por lo tanto nos llevamos este montón —dijo

señalando a una pila de los que había tirado Gilbert al bajar.

—¿P-pero y la investigación aquí? —se quejó el *doppelgänger* blandiendo los brazos en el aire— ¿Qué ocurre con este gran avance? ¿Y si desaparece todo?!

—No desaparecerá mientras la entrada esté intacta. Coge tantos como puedas cargar.

—Pero, ¿cómo lo sabe? ¿Todo esto cómo lo sabe?!

—Si lo supieras tendrías en tus manos un poder grandioso, pero nada comparado a lo que obtendremos si mantienes la boca cerrada y no haces preguntas.

—¿Obtendremos? ¿Piensa compartir el gran premio conmigo, señor Solete?

—Cuando lo que se obtiene no tiene límite, no pierdes nada al compartirlo, pero nunca he tenido claro si hacerlo o no.

—¡Me vale como respuesta! —rio su joven compañero agenciándose cuantos libros podía con ambas manos. El alquimista en cambio sólo cogió tres grimorios que, aunque gruesos, no destacaban especialmente de la enorme pila que su compañero había cogido.

Al poner un pie en el pasillo, Eckhart desapareció sin necesitar siquiera pronunciar la palabra mágica. Gilbert le siguió a duras penas, pues con tanto libro encima apenas podía ver por dónde iba. Se seguía preguntando los métodos que utilizaba el alquimista para comprender y encontrar razón en aquel mundo que desafiaba a la estabilidad de todo cuanto había en el suyo. Todo era cambiante, todo era inestable y lleno de secretos y sorpresas por descubrir. El genio alemán cruzó el portal con una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo que estaba descubriendo una parte de la realidad que jamás hubiera pensado que fuera cierta. Después se desvaneció en el aire de la misma forma que su maestro: bruscamente y sin transición alguna.

Al volver a su mundo, lo primero que vio fue que no estaba en el interior de la cueva, sino dentro de la casa. Detectó inmediatamente la conexión de ese lugar con lo sobrenatural en forma de un

insoponible olor a perros muertos que le hizo taparse la nariz. Al salir al exterior vio un pequeño regimiento de gendarmes apuntando hacia el alquimista y hacia él con sus bayonetas. En lugar de esconderse, Gilbert salió hacia el exterior indignado.

—¡Pero bueno! ¡Es usted como un crío! —dijo dirigiéndose a su maestro— No le dejo solo ni diez segundos y mire lo que ha hecho ya.

Eckhart no movía ni un músculo, pero con toda seguridad estaba intentando pensar en una forma de salir de esa situación. Tenía el ceño más fruncido que de costumbre y sus manos se metían por ambas mangas de la chaqueta como si en ellas escondiera otro truco de magia para librarse de todos aquellos gendarmes. De repente se dio cuenta: todos los libros que llevaban habían desaparecido. Gilbert miró de un lado a otro, tras de sí e incluso bajo el abrigo largo de su socio. Nada. Se habían desvanecido. Los dos alquimistas permanecieron inmóviles mientras de entre los guardias armados salían dos hombres, uno vestido con una ornada chaqueta color escarlata y otro cuyo rostro ya les era familiar: Jacques. El ladrón de la cicatriz en el ojo miró hacia ellos esta vez no con odio, sino más bien con una expresión derrotada que decía: “sea lo que sea es demasiado tarde, no lo hagáis”.

Eckhart lo había notado la primera vez que se encontraron; aquel hombre tenía la mirada no de un gran luchador o de un ladrón, ni siquiera la de un hombre especialmente inteligente: Jacques era un hombre que sabía únicamente salir con vida, fuera de un enfrentamiento que tenía perdido, de una encerrona o del día a día más sombrío que la dura Francia monárquica ofrecía.

—Has hecho bien, Jacques —dijo el hombre de aspecto noble poniendo en la mano del bandido una bolsa que sonaba a dinero—. ¿Ves? No nos puedes guardar rencor por siempre.

Jacques escupió en el suelo, cogió la bolsa de mala gana y se marchó sin siquiera lanzar una segunda mirada al alquimista y a Gilbert.

—Oh, perdonadle, el pobre nunca tuvo modales. Me presentaré: me llamo Ángelo, vengo a ofrecerles mis más cordiales saludos y una invitación a la flamante mansión de nuestro amo, la cual...

—Una invitación a punta de bayoneta —le interrumpió Eckhart.

—Bueno, verás, hemos visto que son ustedes muy escurridizos y queríamos asegurarnos, pero no se dejen intimidar...

—No lo hacemos —le volvió a cortar.

—Detecto la hospitalidad de la Europa del norte en sus palabras, señor...

—Si tanto sabe de nosotros, creo que mi nombre es lo primero que debería haber descubierto, señor Ángelo.

Gilbert le dio un codazo disimulado.

—Hay momentos para ser duro —le susurró— y momentos para ser una delicada florecilla silvestre, y éste es de los segundos.

—Está bien, supongo que se estarán preguntando ahora mismo muchas cosas, incluyendo el por qué de esta inesperada visita. Mi amo les proporcionará respuestas. Créanme, incluso puede que les ayude con aquello que buscan... si encuentran ustedes antes las palabras adecuadas para él.

—¡Eso será coser y cantar! —exclamó Gilbert— La fuente de mi éxito rebosa con palabras adecuadas. Aunque espero que haya traído un carruaje lo bastante grande como para que los gendarmes le acompañen, ¡Porque tengo los pies molidos!

—¿Los gendarmes? —Ángelo señaló al grupo de hombres armados y se apoyó en uno de ellos con total familiaridad— Oh, descuide. Son sólo una pequeña demostración de que somos pacíficos por el momento. No dispararán a no ser que de la orden.

—¿En serio? —exclamó Gilbert agachándose de forma cautelosa y tomando una piedra. En un visto y no visto, la arrojó contra uno de los gendarmes, que la esquivó y le miró con cara de pocos amigos. Luego miró a Ángelo, que sonrió.

—Eso no ha sido prudente —le regañó él—, pero ya le he dicho que sólo dispararán si yo les digo que lo hagan. Sólo les hago ver que no vengo con malas intenciones, aunque inicialmente así lo parezca.

—También que en cuanto nos quieras muertos lo estaremos y las fuerzas del orden no harán preguntas al respecto —espetó Eckhart.

—Sí, muy cierto. Personalmente no me importa en absoluto si ustedes viven o mueren: yo sólo soy su cochero. Tan sencillo como

eso. Y ahora que nos hemos presentado, ¿me van a acompañar ustedes hasta la carroza que les espera o prefieren que les llevemos al Cielo ahora mismo?

—¡El Cielo! —se carcajeó Gilbert— ¿Pero tanta fe tiene en nosotros?!

—Silencio —le acalló el maestro alquimista—. Por ahora le seguimos. Puede que incluso nos resulte útil... a largo plazo.

—Tanta magia y tanto “*Qres khresaa*” para darnos de morros en el mundo de los vivos —refunfuñó el *doppelgänger*.

—Como ya te dije anteriormente, veo venir algunas cosas, pero no todo. Si así hubiera sido, ¿no crees que habría ido directamente a por lo que busco?

—Supongo —replicó cabizbajo—. ¿Cómo se llama tu jefe, Ángelo?

—Mi... “jefe” cree en el poder de los nombres y no desea que el suyo le sea revelado antes de tiempo. De igual manera no hemos insistido en vuestra identidad por el momento. El amo es una persona extravagante. Es difícil saber lo que está pensando.

—¿No es saber eso más importante que saber sólo su nombre? Ángelo rio de forma inocente.

—Tal vez, pero esto, como todo lo demás, es sólo una puesta en escena. Les irá bien mentalizarse un poco antes de ser recibidos por aquel que os ha hecho llamar.

No hubo más palabras entre ellos salvo un “espero que disfruten del paseo; no durará mucho”, justo antes de subir a la carroza. Era un vehículo lujoso y moderno, pero que mantenía un diseño antiguo que conservaba la antigua exquisitez de la orgullosa monarquía francesa.

Ambos alquimistas subieron sin rechistar y se sentaron en el mullido asiento de piel, suave para ser agradable al tacto, pero con una intrincada textura para no ser demasiado deslizante y ser agradable a la vista. El interior era todo de terciopelo color burdeos con bordado blanco que formaba un escudo de armas que no reconocían.

—¿Qué está pensando ahora? —le dijo Gilbert— Parece divertirse.

El alquimista no estaba seguro de ello, pero ese escudo parecía estar tan sobrecargado con símbolos de prestigio que cualquiera podría pensar que pertenecía al emperador de Europa.

—Deduzco que “el amo” al que pronto conoceremos es un hombre que posee grandes riquezas y ostenta aún más.

—Bah, ¡¿qué es el dinero ante el amor y la amistad!?

—Una herramienta que compra ambas, cuando la situación lo requiere.

—Usted confunde dinero con otra cosa, señor Solberg.

—No: yo lo intercambio. Todo el dinero que tenía es ahora poder; un poder que se desvanecerá de fracasar en mi cometido.

—¡¿Cómo olvidarlo!? Su lucha contra el tiempo. Sin embargo, ¿Me permitirá una pequeña impertinencia?

—Ya no viene de otra más.

—Está bien. ¿Qué hará cuando tenga en sus manos todo el tiempo que desee?

—Lo que haría cualquier hombre libre: derrocharlo como si jamás fuera a agotarse.

Era una buena respuesta, que Gilbert recibió con una sincera carcajada.

—¡Y yo que creía que éramos tan inmensamente diferentes!

—En las cartas del Tarot, del loco al mago hay sólo un paso. Y usted ya es prácticamente un... “mago”, señor Mayer.

—¿Quién sabe? Siempre hay que guardar un par de ases escondidos —se apresuró a decir Gilbert.

Sería una travesía entretenida, pero no ajetreada. Más allá les esperaba el acaudalado terrateniente, fueran cuales fueran sus intenciones.

Capítulo 30: Lerroux

Una canción; una mujer que tarareaba. Vanya pudo oírlo, pero fue lo bastante cauto para no abrir los ojos ni moverse. Se guió por el sonido e intuyó los movimientos de su captora. En cuanto ésta se dio la vuelta, el vampiro saltó de la cama y le tapó la boca por detrás. La mujer no intentó gritar. El joven agente la miró de arriba a abajo y vio que era una criada.

—Ahora te voy a soltar —le dijo—. Si intentas gritar te mataré antes de que emitas el más leve sonido. No quiero hacerte daño. ¿Entendido?

La criada asintió. No parecía asustada. La soltó.

—Te voy a dejar aquí atada y luego me iré. Pronto vendrán a soltarte.

Debería haberla dejado inconsciente; le hubiera ahorrado muchas complicaciones. Al inspeccionar rápidamente la habitación se percató de que no estaba en una celda como creía, sino en un impecable y lujoso dormitorio.

—Eso no será necesario —dijo la chica sin un ápice de terror en su voz—. No se preocupe, le estarán esperando arriba dentro de poco. En unas horas le mandarán llamar y será usted recibido por el amo... a no ser que prefiera no tener que esperar. En ese caso salga por el pasillo y suba las escaleras que dan al ala este, donde se encuentra también una de las entradas, desde el jardín. Le recomendaría que descartase esa opción, puesto que la vigilancia tiene órdenes estrictas de no dejarlo pasar hasta que el amo así lo decida, incluso con medidas letales si fuera necesario.

—¿Y tú no tienes esas órdenes?

—Soy sólo una sirvienta, señor —desmintió ella con una expresión inocente—. El amo escoge a gente más cualificada que yo para esas tareas. Una vez suba por las escaleras encontrará el recibidor principal desde donde se accede al salón comedor central. Si lo necesita puedo repetirlo. Si no está seguro, estaré encantada de acompañarle en persona hasta que llegue junto al amo, salga del recinto o muera.

La doncella quedó petrificada en una pronunciada y sumisa reverencia. La puerta estaba abierta. Todo eso era muy extraño; una sensación que no podía explicar le aguijoneaba sin piedad y le decía que debía salir de allí cuanto antes.

—Una cosa más —dijo la sirvienta sin levantar la cabeza—: es mi deber repetirle que si intenta escapar se tomaran medidas letales, aunque yo no informaré de su intento de huida, pues el amo me ha especificado que no será necesario. La decisión final recae en usted, *messieu*.

Hizo caso omiso de esta última advertencia, pero le dejó aún más confuso. ¿Dónde estaba?

Lo último que recordaba era como Rea había estado a punto de matarle y luego lo había lanzado volando contra la pared. Rea. La había perdido también. Ahora no tenía nada. Sólo podía intentar cruzar el océano hasta América, como muchos otros vampiros habían intentado antes sin éxito. Por alguna razón, ninguno sobrevivía al viaje. No enfermaban ni mostraban signos de malestar; simplemente morían. Parecía una forma de suicidio bastante agradable e indolora, que confirmaba hasta cierto punto la leyenda de que los vampiros no podían atravesar grandes corrientes de agua. Sin embargo, el suicidio no estaba dentro de sus opciones. Siempre que hubiera un mínimo de posibilidades de seguir adelante debía hacerse.

Se movió con cautela por los pasillos y escaleras del edificio donde había despertado. Siguió las indicaciones de la sirvienta para llegar al piso superior. Había encontrado guardias patrullando, pero eran en su mayoría humanos. Nada que no pudiera resolver con un poco de concentración y cautela. Cerró los ojos y se centró en su sentido del oído. El pasillo se bifurcaba en dos, que a su vez

se volvían a dividir dejando un área cuadrada en medio por la que patrullaban otros dos guardias. No sabía si estos eran humanos o vampiros, para eso tendría que ver cómo se movían. Se apoyó en la pared y esperó. Los pasos en la moqueta se hicieron más y más sonoros hasta que pudo sentir que estaba justo delante de uno de ellos, en la esquina del pasillo. Vanya escondió la cabeza y cortó su respiración. El guardia se giró y se empezó a alejar por el otro pasillo. Salió de su escondite por apenas un instante y volvió a meterse justo cuando el vigilante se volteaba de nuevo. Se estaba acercando. Era un vampiro bien entrenado y estaba notando algo. Todavía no se encontraba en alerta, así que, sin perder un segundo, volvió a salir de su escondrijo y golpeó al guardián en la vena del cuello. El centinela se intentó defender, pero el golpe de su atacante le había pillado tan desprevenido que no tuvo tiempo ni de pedir ayuda. Sólo estaba inconsciente, pero eso era suficiente por el momento. Arrastró el cuerpo hasta su anterior escondite y, tras tomar una daga larga y una espada ropera del guardia fuera de combate, continuó por el pasillo.

Quedaba un guardia y en algún momento se daría cuenta de que su compañero y él no se cruzaban. Lo mejor era asegurarse. Se movió a paso ligero por la moqueta y tomó una de las bifurcaciones como atajo. Si había calculado bien, el guardia estaría dándole la espalda sólo unos pasos más adelante. Se tiró al suelo y levantó los brazos para agarrar los tobillos del guardia incluso antes de verlo. Allí estaba. El golpe del centinela al caer contra el suelo no lo dejó inconsciente, pero Vanya ya contaba con eso. Desde el suelo, saltó sobre el cuello de su oponente y lo rompió clavando en él su rodilla, en la que metió todo el peso de su cuerpo. Éste sí estaba muerto. Abandonó el cadáver allí mientras se consumía y siguió hacia las escaleras como le habían indicado. Allí estaban, como la sirvienta le había dicho: al final de un pasillo lleno de armas y armaduras medievales. Rompecabezas, mandobles, alabardas, martillos, garrotes... armas contundentes y pesadas. Pensó en tomar una para sustituir a la espada ropera, pero no había ninguna que le llamara la atención. Eran todas demasiado brutales, demasiado grandes y poco manejables. Contempló las diversas armaduras, de muchas

épocas distintas; algunas con una máscara de forma humana, otras con yelmos rectangulares o cilíndricos... Dio un salto atrás justo cuando una de ellas dejó caer su alabarda sobre él. Si el hombro de ésta no hubiera sonado antes de propinar el golpe, le habría alcanzado de lleno. No era que el arma se le hubiera caído, sino que la armadura entera se había movido para golpearle. Retrocedió aún más mientras el caballero se colocaba lentamente en medio del pasillo y se preparaba para luchar. Puso la ropera del guardia en posición y avanzó lentamente con la daga en la otra mano. ¿Estaba vacía la armadura? No. Se oía la fuerte respiración del hombre que iba dentro. Aquel guerrero armado tenía mucho más rango que él y estaba a la defensiva.

Vanya lanzó varios ataques tratando de alcanzarle, pero la espada no era lo bastante resistente como para perforar aquella pesada armadura. Esquivó otro golpe de la pesada alabarda y luego un avance del caballero. No era lento para nada. Retrocedió de nuevo fuera de alcance mientras la armadura recuperaba su posición defensiva. Miró hacia los estantes de armas y tomó un garrote de madera, cuero y metal. Era pesado, pero él se encargaría de hacerlo ligero. El agente del clan tormenta lo hizo girar varias veces en el aire con las dos manos mientras seguía los movimientos de éste con todo su cuerpo. Era tan simple como hacer una trayectoria que aumentara la fuerza del impulso cada vez más. Tenía muchas posibilidades aunque no atravesara la compacta coraza de su enemigo. Giró varias veces sobre sí mismo avanzando contra el caballero y blandiendo el garrote, dejando que el peso y la velocidad hicieran su trabajo. El caballero intentó desviar el ataque con su alabarda. Ése fue su error, pues la velocidad y fuerza de éste eran demasiado grandes como para ser detenido. El hombre de la armadura dejó escapar un gruñido al caer hacia un lado por la fuerza del primer golpe. No pudo hacer nada por bloquear el segundo, que retorció el casco de la armadura y acabó con él. Vanya soltó aquel garrote, demasiado grande como para cargarlo consigo todo el camino, y corrió escaleras arriba.

Sabía que arriba encontraría más guardias a los cuáles tendría que enfrentarse directamente, pues no había ningún método más rápido. Con la daga en una mano y la espada en la otra, Vanya subió las escaleras y fue sorprendido por a un pequeño comité de bienvenida que miraba en su dirección, divertido. En medio de éste había un hombre que a pesar de parecer joven tenía el pelo cano y brillante. Abrió los brazos como si pretendiera abrazarle desde la distancia segura en la que se encontraba.

—¡*Bravissimo!*— Aplaudió— ¡*Bravissimo!*

Los hombres y mujeres del pequeño comité aplaudieron y sonrieron. No eran guardias: eran gente adinerada y sirvientes. Algunos de ellos murmuraban sin apartar la vista de él, sonrientes.

—Nada menos se puede esperar —continuó el hombre de pelo cano— de uno de los temibles agentes del imperio de la tormenta. ¡Entrenado por el terrorífico azote del ejército carmesí, Sergei Vorobiov, ya lo ven! ¿Estoy en lo cierto?

—En lo cierto —dijo otro de los miembros de aquel grupo, que era nada más y nada menos que DuPont, quien le dedicó una mirada burlona—. Volvemos a encontrarnos, *messieu* Vorobiov —le dijo.

—No tenía pensado que nos conociéramos tan pronto, pero tras años y años de llevar una aburrida vida como administrador, que por cierto me ha hecho caer en el hedonismo más de lo conveniente para un hombre de mi posición, he terminado por ser poco más que un chiquillo impaciente.

—¿Eres el terrateniente a quien DuPont sirve? —preguntó Vanya.

—Ésa es una pregunta que no necesita respuesta, pero creo que la merece después de pasar por el juego anterior: soy Damien Lerroux y por motivos a los que no haré mención por ahora, dirijo esta ciudad. Antes hacía lo mismo en París, ¿sabe? Mi anterior hogar tenía mi propio zoológico con tigres, serpientes e incluso un elefante africano. Son animales más pequeños y menos magníficos que los del sureste de Asia, pero siguen siendo mejores que los que se encuentran en Europa. —Paladeó su propio comentario con una risa forzada e insoportable—. Pero, por favor, diga algo; no le he

hecho venir a este lugar para aburrirle con las pequeñas extravagancias de mi propia vida. Sin embargo, no pretendo tenerle aquí de pie todo el tiempo. He oído que le gusta el té de las montañas azules. Es una gran elección. La India es una cultura antigua y refinada que se ha construido sobre las ruinas de sí misma varias veces. La China y el Japón pueden presumir cuanto quieran, pero India será siempre la verdadera joya de oriente.

No engañaba a nadie con esas formas impecables. Vanya sabía que tras esa aparente cordialidad, su vida pendía de un hilo en ese momento.

—Será un placer acompañarle.

—Siempre lo suele ser —dijo él—. Ah, y no se preocupe por los guardias, los he puesto a patrullar ahí para ver cómo se desenvolvía usted. El soldado de la armadura fue idea mía también. Sorprendente, ¿verdad? Ese hombre pasó años tratando de adaptarse a ese pesado caparazón y usted lo ha derrotado en apenas unos minutos. Ha tardado usted casi lo mismo que la legendaria Condesa. No está mal, aunque ella dejó a todos mis centinelas con vida.

La Condesa. Entonces era cierto.

—Me temo que no voy a disculparme por sus muertes, señor Lerroux.

—Oh, no lo haga, ¡en absoluto! —contestó plácido el terrateniente—. No eran nada de lo que no pudiera prescindir y no le albergo ningún sentimiento hostil por haberse ocupado de ellos. Al contrario; era algo natural por su parte. Comprobará que valoro mucho la pureza de mi espíritu. Por cierto, preferiría que me llamase sólo Lerroux. Nada de “Damien”, demasiado familiar y nada de “señor Lerroux”, demasiado distante y casi impersonal. Ahora, si me permite...

Con un leve gesto de Lerroux, las enormes puertas a su derecha se abrieron mostrando así un lujoso e inmenso salón de baile que no tenía nada que envidiar a los grandes palacios Europeos. Vanya estaba maravillado.

—Puede quedarse con la daga, si lo prefiere, pero me gustaría que dejara la ropera en el suelo. Tenemos algo de que hablar y sería

desagradable tener que hacerlo en los pisos inferiores, usando las herramientas.

Captó el mensaje. Se ciñó la daga al cinto y dejó la espada, tal y como le habían pedido. Estaba metido en un lío del que de momento no saldría con la violencia.

—El italiano —empezó el terrateniente— es un estilo superior: Europa lo copia y lo copia, pero el original posee un sentimiento que muy pocos pueden replicar. Salvo tal vez el germánico. ¿Qué opina usted, *messieu Vorobiov*?

—Opino que mi país es como la India —dijo sentándose—. Sólo hay que saber verlo. Quizás todos los países sean así.

—Interesante asunción —se sentó también y, como si hubiera activado un mecanismo, uno de los sirvientes depositó una bandeja con una tetera humeante y caliente que ya tenían preparada—, me hace pensar que su país esconde aún muchos secretos para usted, al igual que el resto de países. Ha visto usted poco mundo. Ha experimentado las pequeñas esencias del día a día, sin duda, pero, ¿mundo? No. Eso es aún un misterio para usted.

Con una fluidez placentera, el mismo sirviente vertió el té sobre dos de las tazas que había sobre la mesa; después, volvió a su puesto, lo bastante cerca como para atender cualquier necesidad, pero lo bastante separado como para no llamar la atención, con una posición firme y servicial.

—Pero creo que ya le he hecho perder demasiado tiempo con mis divagaciones —empezó de nuevo—. Usted se pregunta por qué está hoy aquí, delante de uno de los terratenientes de Su Majestad *le Roy Rouge*. Pues bien, eso se debe a que yo, al igual que usted, he recibido hace poco instrucciones. Verá, voy a serle sincero: soy un hombre que hace su trabajo bien. Nunca hago menos de lo que me piden, pero nunca tampoco más. “Clavo que sobresale recibe un golpe del martillo”, un proverbio japonés que resulta muy útil desde el escalafón más bajo al más alto de cualquier sociedad. El asunto es que, al igual que le ocurre a usted, el vampiro de los ojos verdes es también una de mis prioridades.

—¿Desde cuándo?

—Oh, desde hace poco. Bastante menos que usted, seguramente.

He logrado que mis hombres se cruzaran con él en cinco ocasiones ya. ¿Sabe lo que he conseguido? ¡Perder diecinueve hombres hábiles y mancillar mi reputación intachable! Como he dicho antes: nunca hago más de lo que me piden, pero hacer menos es impensable. Se me informó de que el vampiro de ojos verdes es potencialmente peligroso y realmente no mentían: ninguno de los que se ha enfrentado a él ha sobrevivido. Ninguno... salvo al parecer usted, que no sólo fue capaz de enfrentarse a él, sino que además le arrancó de sus garras a una de sus presas. Porque eso es lo que la muchacha es, ¿me equivoco? Y no de hace un par de semanas, sino de hace días; una semana a todo estirar, puesto que esta chica es de aquí, de mi ciudad.

Las palabras del terrateniente Lerroux lo habían dejado petrificado. No pudo sino asentir con la cabeza como un niño al que acababan de descubrir mintiendo.

—Y es por eso que le necesito a usted y necesito esa maravillosa excepción de la naturaleza que es... ¿Rea era su nombre? Hija de Kaos y de Gaia, la tierra. Sin duda un nombre acertado, pero no muy francés. ¿Lo eligió ella? Me encantan las damiselas educadas en la cultura antigua. Siempre y cuando no tengan ese toque presuntuoso de los ingleses que tanto desprecio. Nada personal; es la eterna rivalidad entre los hijos de Albión y los míos. Claro que como vampiros hemos trascendido las fronteras, salvo las de nuestras respectivas facciones... o al menos así lo pretendemos —rio de nuevo de forma forzada.

“No, el nombre se lo puse yo”, fue lo primero que se le pasó por la cabeza. De alguna manera se imaginaba lo que vampiros acomodados como Damien podían acabar haciendo si una chica como Rea caía en sus manos. Podían reducir todo su potencial a una muñeca hermosa que mata cuando se lo pides. Años y años de entrenamiento para enseñarla a amar y a matar a la orden de su amo, como un perro de caza y una concubina al mismo tiempo. Se daban muchos casos de relaciones en las que el guardaespaldas (fuera mujer u hombre) era alguien de gran belleza que tenía una relación íntima con su protegido. Cuando el protegido moría, los guardaespaldas estaban entrenados para morir también en el caso

de seguir con vida.

—Es sólo un nombre —dijo.

—Pero no lo es —corrigió Damien—. Señor Vorobiov. Su nombre se creó cuando usted renació como vampiro, dejando atrás el anterior. Ello representa su nuevo linaje, su adopción por parte de uno de los grandes del imperio —luego continuó con un tono mucho más perturbador—; el de Rea significa su unguimiento como una hija de las tinieblas, algo mucho más grande que usted, algo que ni siquiera comprende o acepta por el momento. Pero usted lo aceptará, y ella también. Por eso quiero que la encuentre y que juntos detengan a esa pequeña rata infectada que roe y roe mi buena reputación. El trato es éste: usted acaba con el vampiro de ojos verdes, trae a Rea para que sirva a Su Majestad y yo le permito unirse también al clan del dragón carmesí sin que le lleguen jamás a hacer preguntas. He podido eludir y detener a los espías de su majestad sin que éste sospeche... más que de costumbre. Si quiero hacer que algo entre o salga de nuestro reino puedo hacerlo, no tenga ninguna duda de ello. Lo mismo que si quiero evitarlo. ¿Qué me dice?

—Que se tiene que haber vuelto loco para creer que accederé a algo así. Mi lealtad está con Borislav y siempre lo estará.

—Y Borislav está muerto —replicó, y, al ver que su respuesta había sobresaltado a Vanya, continuó con el mismo tono siniestro de antes—. El Rey carmesí no lo sabe aún, pero lo sospecha. Yo me enteré antes incluso que él o que su asesino. ¿Cómo?, se preguntará usted. Escuchando las voces de los seres que hacen que los vampiros supersticiosos se arropen la cabeza con las sábanas por las noches y se santigüen cada vez que hablan de ellos. ¿Los oye? Están ahora mismo aquí, en este lugar.

Calló. El gran salón comedor quedó tan silente que se podía escuchar la respiración entrecortada de DuPont, que esperaba en la puerta con su traje blanco y dorado de sirviente de alta categoría. Cuando Vanya intentó desmentir los cuentos de hadas de *messieu* Lerroux, un cuervo enorme entró graznando con fuerza y sorna. El asustado vampiro dirigió la mirada hacia éste, que bajó volando hasta posarse en la mesa.

—Oh, es un pequeño invitado de la casa que se ha acostumbrado a venir cuando no le llaman. Malfas, que así se llama, es todo un bromista. Pero no haga mucho caso de lo que le diga —dijo mirando al cuervo, que asintió con la cabeza como si pudiera comprender sus palabras.

—Catac... —contestó el cuervo con voz casi humana— Catac, catac, catacatacací, catacúcatác catac catac.

—Ya te gustaría a ti, pequeño bribón —dijo espantándole con un manotazo al aire. El cuervo se marchó con un estruendoso graznido que sonaba a carcajada.

—Oh, esto no ha sido más que un desafortunado augurio, en realidad estaba bromeando. La razón por la que me he enterado es porque tengo ojos y oídos en los lugares adecuados —dijo Damien con esa risa falsa que se le hacía tan odiosa—. Pero será mejor que insista: decida cooperar ahora y tendrá más posibilidades de salir con vida luego.

—Ya le he dado una respuesta.

—Lo sé, pero sé también que no está usted tan cegado por el patriotismo como esos perturbados de varios siglos que ocupan el consejo. Usted es más joven y ha sido más cauto puesto que no ha entrado en el juego. Pero le han arrastrado a un final estúpido e inmerecido, un final que ni siquiera alguien con su habilidad puede evitar. Se acerca una guerra intensa y corta a la que seguirán otras, pero creo que los dos podemos ver quién será el ganador, o al menos espero que usted lo sepa.

—Sí. Sin Borislav es muy difícil que podamos enfrentarnos al reino carmesí como hasta ahora. No porque fuera un gran líder, sino porque mantenía los distintos poderes en equilibrio. Ahora...

—¿Lo ve? Usted también lo sabe. Yo llevo mucho en esto y he elegido una vida modesta y sin complicaciones excesivas —Vanya sonrió ante la afirmación de Lerroux; absolutamente todo lo que había en esa mansión era tan lujoso que rozaba lo extravagante—. ¿Aún no me cree? Bueno, hubo un tiempo también en que fui un maestro de la tortura, ¿sabe? Pero ya no. Hay veces que se deja atrás lo que se fue para convertirse en una nueva persona. ¡En otros tiempos también fui un guerrero y míreme ahora! Estas manos

ablandadas casi se han olvidado de luchar y ya sólo sirven para acariciar. Pero han aprendido a hacerlo bien, si no me cree puede preguntar.

Su comentario creó una tímida risa por parte de algunas de las mujeres presentes. Eran como moscas revoloteando sobre una fruta podrida. Si Vanya no estaba en el consejo era porque él prefería centrarse en sus tareas en lugar de dedicarse a perseguir a los altos cargos con lisonjas y ofrendas. Hacerlo te obligaba a enemistarte con gente poderosa para ganarte el favor de otros, no hacerlo conllevaba ser impopular, pero él sabía que cuando se es impopular y efectivo no supone ningún problema avanzar, o al menos subsistir. Sergei compartía su opinión. Debería haber sabido lo que iba a ocurrir con él.

—Le veo meditativo, señor Vorobiov, pero me sorprende ver que no le intriga el hecho de que no vaya a torturarlo. ¿No es la curiosidad uno de los más importantes rasgos de nuestra civilización?

—Sólo cuando la acompaña la prudencia —respondió—. ¿Qué tiene pensado?

—Pues... como ya he dicho podría torturarlo hasta romper su voluntad y convertirlo en un esclavo, lo cual destruiría su personalidad y sería poco elegante por mi parte... o podría mejorar la oferta. ¿DuPont? Tráigalo.

Sin importarle en absoluto el cargo que tenía, el señor DuPont salió al trote de la estancia como si fuera el más humilde de los sirvientes. Cumplía con esa obligación casi alegremente, como si su anterior trabajo, la última vez que se encontraron, no hubiera sido más que algo temporal.

—Tiene usted un servicio excelente, señor Lerroux —dijo Vanya sin sarcasmo ninguno.

—Oh, bueno, sí —dijo quitándole importancia al asunto—. Los hombres y mujeres a mi servicio están entrenados para ser lo mejor de lo mejor, y se sienten felices con ello. ¿No es así?

Los sirvientes que le rodeaban se inclinaron todos a un tiempo mientras decían: “por supuesto, señor.”

Estaban para reír sus comentarios ingeniosos, para seguirle en

caso de que fuera necesario y para moverse con libertad, pero también para dedicar todo su esfuerzo a complacer al señor siempre y cuando éste les necesitara. A pesar de ello, Vanya no notó ni una sola muestra del cansancio mental o físico que tan ardua tarea suponía. O bien también estaban disciplinados para eso o bien lo hacían de forma natural. Habían adquirido la mentalidad del esclavo, de la que era muy difícil librarse incluso cuando el amo ya no vivía.

—Retiraos, por el momento —prosiguió—. Si os necesito os haré llamar.

De nuevo otra leve y perfecta inclinación sincronizada por parte de su séquito, que abandonó la sala en silencio y sin mucha pompa. Sorprendentemente, los guardias también se habían ido.

Justo después entró DuPont, con pasos cortos y algo inseguros, portando un estuche negro y largo. Lo llevaba en ambas manos como si su interior fuera una flauta de cristal. Apenas había tardado un minuto.

—Aquí está mi pequeña compensación por los malos momentos pasados y futuros —dijo acariciando el estuche de piel—. Es algo que por lo visto olvidó en una de sus anteriores estancias. Sin embargo, por un casual, y por nuestro ávido afán por encontrarle a usted, llegó a mis manos. He de decir que he tenido un cariño especial con ella y me aseguré de que todos los que la trataron también lo tuvieran. Pero como soy consciente de que la pieza había cambiado ya de forma irreparable me he tomado ciertas libertades artísticas. Ya veo la cara que pone. ¡Relájese! No me tome por un sádico; no soy ningún maestro, pero sí un fanático de las espadas con dinero y gente valiosa. Pero no me tome por un petulante exagerado, ¡Abra mi presente!

Por un momento Vanya pensó que “ella” se refería a Rea, pero no se la había dejado en su anterior estancia: no había sido incapaz de detenerla. ¿Qué era ella? No era una primigenia, no era un falso ancestro y sin embargo parecía ambas cosas. Lerroux le miraba con expectación, lo mejor sería abrir el estuche y zanjar de una vez el asunto.

Era su espada, reparada y con el mango bañado en oro. Entre la

empuñadura y la hoja había engarzada una gema azul, quizás un zafiro, que debía valer una pequeña fortuna por sí sola.

—La hoja ha sido curvada —observó el vampiro.

—A emulación de las más nobles y efectivas espadas turcas: el Kiliç, que por cierto no es sino la copia de una espada más antigua y más oriental aún, si me permite la observación: el Tulwar. En otros tiempos fue mi espada favorita; corta más que las vikingas, es tan manejable como las romanas y tan útil contra muchos enemigos como la cimitarra o la muramasa, que es una espada del Japón aunque, entre nosotros: los japoneses sólo saben matar campesinos con palos y no a ejércitos imperiales tan gloriosos como los que han cruzado Europa, África, Oriente Medio y el vasto continente asiático.

El filo era más grueso y pesaba un poco más, pero estaba mucho más equilibrada que antes, se notaba capaz de partir a un hombre por la mitad con una espada como ésa. Era un trabajo de maestro.

—Le he puesto el nombre de Tempestad Azul. Un nombre muy británico como su origen y con un guiño al clan al que una vez sirvió. Ésta es el arma que derrotará al vampiro de ojos verdes. Si por su mano o no eso se decide ahora. Veo que aún duda. Sé que no es usted una mujer a la que se le compra con joyas preciosas: usted es un hombre, y a usted sólo se le compra con sangre y tiempo. Yo le ofrezco la primera inmediatamente y la segunda le vendrá sola.

Lerroux sacó una pistola de la solapa y disparó a DuPont, que no tuvo tiempo ni de retroceder. El lacayo cayó de espaldas, con la mirada aún reflejando la sorpresa. Vanya estaba igual de sorprendido.

—DuPont era excepcional —dijo Lerroux como si nada hubiera pasado—. Era humano aún, sí, pero muy sabio. Con la pequeña extensión de vida que obtenía de mis súbditos vampiros esperaba algún día convertirse en un hijo del clan. Irreemplazable, la vida humana, ¿no cree? Bueno eso es lo que nos dicen, pero la verdad es que todo es reemplazable: DuPont, usted, yo e incluso las dos cabezas de nuestras respectivas facciones. Unas más que otras me temo —rio alegre.

—¿De verdad cree que matar a uno de sus leales hombres me

iba a convencer para jurarle lealtad?

—Oh, no. En ningún momento lo he pensado. Pero quiero que considere lo siguiente: si estoy dispuesto a sacrificar a mis más leales hombres por una nimiedad, ¿qué no estaré dispuesto a hacer cuando tenga una razón de peso? No sólo a usted. A sus amigos, a sus compañeros y... compañeras —dijo resaltando compañeras—. En esta vida hay que no tener apego a nada. ¿Poseer bienes? No hay en ello falta alguna, pero, ¿querer aferrarse a lo que ya no existe? Ése es un pecado mortal. Yo soy un hombre que predica con ejemplos equivalentes a mis palabras. Espero que comprenderá mis acciones de hoy con algo de tiempo: su clan ya no existe y no vale la pena malgastar su vida en ello.

—Máteme si es lo que pretende. Está usted loco.

—Vamos, señor Vorobiov, no me falte al respeto. Usted es una persona lógica. Sabe que lo único que nos separa a usted y a mí es una cultura distinta, una filosofía distinta, una experiencia distinta. Ya le he dicho que todo es reemplazable. Todo; incluso yo. Todo es cuestión del segundo regalo con el que confío me ganará su servicio: el tiempo. Ahora será usted encerrado y aguardará en su cómoda y lujosa cámara hasta el fin de la guerra, aunque si todo va como mis fuentes han dicho no será mucho. Supongo que reconsiderará mi oferta cuando todo su imperio haya sido asimilado. No tiene nada de malo cambiar de bando. Alguien como usted debería saberlo bien. Es el mejor postor el que mejora su vida. El resto no son más que parásitos de sus talentos.

—¿Qué sabrá usted? Sergei... el zar Borislav me dio un propósito y una vida mejor.

—El zar Borislav le dio un propósito que no es el suyo y una vida que usted no necesitaba, que era exactamente lo que poseía antes. Una odiosa costumbre occidental la de venderle a uno el aire que respira, me temo. Dígame ahora, ¿cuál es más irracional, su forma de actuar o la mía?

Con “Tempestad Azul” en su mano, Vanya esperaba el momento exacto para golpear a Lerroux y matarle o herirle. Apenas había medio metro de distancia entre ellos. Si lograba distraerlo lo suficiente podría alcanzarle. Sólo con incapacitarle su huida

quedaba casi asegurada.

—No se preocupe —continuó el terrateniente—, si por algún casual capturo a Leon tampoco le durará mucho el sufrimiento. Me es usted valioso, señor Vorobiov, pero sólo por el momento. Y no olvide que DuPont también era valioso. Y, para terminar, no olvide...

Interrumpió su frase para cerrar los ojos y saborear el té. En ese momento, el cuerpo de Vanya se activó ante aquella oportunidad única y blandió su sable en dirección al brazo de Lerroux. Éste, se ladeó levemente sin ni quiera levantarse de la silla.

—Y no olvide que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Eso ha sido de mala educación, señor Vorobiov —dejó la taza parsimoniosamente y se puso en pie—, pero si aun así quiere emplear esos métodos tan barbáricos con su amable anfitrión, será un placer para mí contestarle con los míos propios. Yo no soy como DuPont. No soy sólo un pico de oro, como está a punto de comprobar. Hagamos un trato: si me consigue herir una sola vez le permitiré irse de nuevo y hacer lo que le plazca durante una semana. Si por el contrario yo logro reducirle, será usted mi prisionero invitado y reconsiderará mi oferta.

Vanya se levantó también e interpuso su sable entre Lerroux y él mismo. Esta vez no lo subestimaría. Un avance rápido con una finta hacia la derecha debería ser suficiente para alcanzarle, pues su retirada estaba cortada por la mesa a su espalda. Si él se movía ligeramente hacia la izquierda, obligatoriamente su oponente tendría que ir hacia su derecha, donde sería fácil de alcanzar. Por mucha habilidad que Lerroux tuviera, no podía detener a alguien con un arma mucho más mortífera y con más alcance, no al menos con tan poca movilidad y tantos obstáculos con los que chocar.

Con un paso largo y veloz hacia adelante, ejecutó los movimientos que tenía planeados a la perfección. Sin embargo, Damien no se movió hacia la derecha, sino que detuvo el sable golpeándolo con la palma de su mano, como cuando espantó al cuervo Malfas. Luego, mientras Vanya adoptaba una posición defensiva, Lerroux también dio un paso largo hacia adelante. Era obvio que intentaba alcanzarle en el estómago, pero era demasiado

rápido como para pararlo. Tensó los músculos de su vientre y preparó el siguiente ataque sin que le diera tiempo a hacer nada más. Aunque se había preparado para recibir el golpe, Lerroux le pegó con un movimiento de brazo y de muñeca, casi como si simplemente le hubiera dado un toque de advertencia. Sin embargo, ese toque tan sencillo le cortó la respiración de tal forma que, cuando intentó bajar su sable de nuevo, Lerroux pasó su brazo por encima y le inmovilizó. El combate había durado apenas unos segundos.

—Su error ha sido confiar en una espada tan magnífica —dijo Lerroux aún apresándolo por el brazo—. Es un arma que conozco a la perfección y por lo tanto sé cómo desarmarla. Una espada es como una amante: es fiel hasta que encuentra a alguien que la comprende mejor. Si quisiera, podría descolocarle el brazo ahora mismo. En efecto, también fui médico en una vida pasada. Saber medicina es muy importante, señor Vorobiov; es tan útil para salvar vidas como lo es para quitarlas, si se aplica junto con los conocimientos adecuados.

—Usted sabía cuál iba a ser mi reacción, ¿verdad? Estaba provocándome para llegar a esta situación.

—Oh, yo no lo llamaría provocar, pero para no discutir sobre vocabulario le diré que sí; así ha sido. Al igual que usted, señor Vorobiov, me encanta paladear el sabor agridulce que el determinismo deja en nuestras vidas. Por una parte niega toda posibilidad de libre albedrío y nos arrebató el encanto del misterio que viene antes de la comprensión. Por otra ... nos permite predecir el futuro y ser mucho más efectivos en nuestra tarea. Usted es un tipo listo, *messieu*. Tomó la decisión adecuada con respecto a eso, tómela también con nuestro pequeño malentendido y será usted tan grande como lo fue en su propio clan, o incluso más. Y ahora, si me lo permite, le toca cumplir su parte del trato. Voy a ser un tanto brusco, disculpe.

El terrateniente forzó un poco la presa de brazo para obligarle a descubrir el pecho y golpeó de nuevo con el codo. Luego, le dejó caer y ordenó a los guardias que se lo llevaran. Tardó varios minutos en recuperarse, pero no opuso resistencia ninguna ni siquiera

cuando se libró del dolor pasajero que le había paralizado. Lerroux parecía ser el equivalente a Sergei en muchos aspectos. No; era mejor que él. Le costaba creer que un hombre tan hábil hubiera terminado en un feudo tan insignificante a pesar de estar rodeado por toda clase de lujos que él mismo había conseguido. Cuando entró en la alcoba que habría de ser su celda, Vanya se quedó tumbado en la mullida cama de sábanas de seda. Una cómoda prisión desde la que esperar el final de su clan. Desesperarse no le llevaría a ningún lado. Comenzó a hacer la tarea más importante que debía realizar si quería salir de allí algún día: pensó.

Capítulo 31: El cazador en el bosque y la sombra maldita

Estuvo varias horas con los ojos abiertos, sin poder moverse. No se notaba ninguna herida en concreto del día anterior, no olía a sangre ni parecía que le faltase. De hecho, cada pulsación en su cuerpo era una dolorosa punzada, como si en vez de sangre llevase un veneno que le corrompía por dentro. Quizás le había convertido... la historia se repetía de nuevo.

—No, no te ha convertido. De buena te has librado, zagal. —No levantó el cuello ni miró hacia los lados, sin embargo veía a Julio junto a él. Su antiguo maestro no parecía tan irritado como de costumbre, incluso se podría decir que estaba triste. Tenía esa misma expresión de orgullo y pena que el último día que se vieron, y vestía sus harapos rojos con aquel sombrero de alas enormes, como si estuviera condenado a llevar el atavío con el que venció al ancestro por los siglos de los siglos. Alucinación o no, la hierba de su pipa lo apestaba todo como si fuera real.

—Escúchame —le dijo—, vive dios que lo has hecho bien. Has hecho lo que has podido y a mi parecer superado te has. Con creces, diría yo. Pero esto es más grande que tú, muchacho. No te entrené para cazar ancestros. Demontre, no estaba entrenado para cazarlos tampoco yo, y era el mejor que ha habido ni habrá.

El cazador intentó sonreírle, pero no lo consiguió.

—No soy yo quien lo dice, muchacho, lo dice lo que una vez fui, que no fue tampoco bueno. Ahora tienes que levantarte. No tienes herida alguna, sólo agotamiento mental, por eso tienes la sesera

sobrecargada con alucinaciones como ésta.

—Julio... —dijo Klaus— lo he intentado. Déjame morir en paz esta vez.

—¡Que te he dicho que no estás herido, so idiota! Fue un ancestro lo de anoche, de eso no tengo duda alguna, pero por alguna razón no quiso matarte. Todo lo que viste ayer fue un juego por su parte.

—Ya.

—¿Cómo que “ya”? ¿Me estás escuchando, maldito patán? Por mis espectrales pelotas que, o te levantas ahora, o esperaré a que te mueras y a garrotazos te acompañaré hasta el infierno.

—Está bien —murmuró—. Calla ya.

No le hubiera hablado así jamás a su maestro, pero estaba delirando y apenas era consciente de lo que estaba haciendo. Hizo un esfuerzo por sentir sus músculos. Nada. Lo volvió a intentar. Aún nada.

Desistió. Luego se dejó llevar mientras la imagen del techo del bosque giraba y giraba como una espiral diabólica. Gritó, pero no se oyó. Estuvo así varios minutos, gritando a pleno pulmón hasta quedarse sin aire y volviendo a empezar tras recuperarse.

—Yo sí que te oigo, animal —le reprendió de nuevo Julio—. Venga, no te me mueras aquí que si salvarte no pudieras no estaría yo aquí malgastando un aliento que ya no tengo. Arriba. ¡Arriba te digo, maldito! Mientras es de día no puede venir a por ti. Solo...

La imagen de su viejo maestro desapareció. Estaba tan cansado que tardó en darse cuenta, aunque sí notó como el bosque cambiaba y se volvía más y más oscuro. No estaba cayendo la noche. Tenía la certeza de que era el bosque el que se tornaba más pesadillesco por momentos. Las ramas nudosas de los árboles se revolvían de formas inimaginables, dando la impresión de que querían abalanzarse sobre él. Entonces, como si sus alucinaciones le hubieran llamado, un gigantesco ser de pesadilla emergió de entre las gruesas raíces de los árboles. Era totalmente negro, como el cuervo, pero sus extremidades eran alargadas y su aspecto simiesco. A diferencia de su cuerpo, su rostro era blanco, como de porcelana, y parecía el rostro estirado de un niño pequeño. Nada

más ver a aquella criatura, sintió una opresión en el pecho que le impedía mover ya ni la vista. Podía oír los ronroneos de la criatura, podía oírla acercarse hasta él. Se movía a cuatro patas, girando sobre sí misma y retorciéndose de forma perturbadora. Hizo un esfuerzo por mirar hacia ese horror sin nombre; para su pesar, lo consiguió. El niño-adulto de brazos largos lo notó y avanzó deprisa hacia su presa. Klaus entró en pánico, pero no había nada que pudiera hacer. La criatura se sentó sobre el pecho del cazador, aumentando la presión aún más. Parecía que el corazón le iba a reventar en cualquier momento con aquella cosa, cuyos movimientos cortos y rápidos con su cuello y extremidades, como si temblara, ofrecían un espectáculo aterrador. La cara de porcelana de la criatura se abrió con un rugido, mostrando así dos filas de dientes pequeños, separados y afilados. De su espeluznante boca salió una lengua larga que se retorció una y otra vez, acercándose. Julio le había dicho que el ancestro no podía tocarle aún, sólo dejarlo en ese estado semicomatoso. Notó como su brazo palpitaba al intentar moverlo para golpearle. La criatura simiesca se acercó más, aumentando así la opresión. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, logró mover el brazo y golpear a la criatura, que no sólo se desvaneció como el humo, sino que también lo hizo el pequeño mundo de horror que se había creado a su alrededor. La alucinación de Julio seguía allí donde le había dejado antes. Su corazón palpitaba a gran velocidad, aunque su mente seguía bajo ese efecto de cansancio emocional que lo reducía a una total pasividad.

—Oye, Julio. Tú no eres real, ¿no?

—Ya te habría dado un buen mamporro si así fuere, por tonto. Intenta levantarte y llegar al pueblo. Si llegas hasta allí al menos te librarás de la maldición.

—No me libraré —contestó Klaus—. De eso nunca se libra nadie.

—¡No me refiero al encuentro con el otro ancestro, so malaje! ¡Al diablo con tu autocompasión! ¡Arriba! ¡Arriba o por los dos rabos de Satanás juro que te arranco la cabeza!

—No puedes tocarme —intentó reír Klaus—. Eres sólo un fantasma que viene para atormentarme, como esa cosa de antes.

—Eso es verdad —replicó Julio—, pero de querer atormentarte te habría cantado mi repertorio de canciones marineras. Estoy aquí para que te arrastres fuera de este inmundo bosque y te salves. Ahora levanta y empieza a caminar antes de que pierda las buenas formas, que bastante he tenido ya con aguantar a tal zopenco en vida.

El cazador de vampiros obedeció a su viejo maestro y volvió a intentarlo. Sentía como si todo su cuerpo estuviera hecho de fibras que se rompían más y más cada vez que lograba moverse. Con un grito de esfuerzo, Klaus logró ponerse de rodillas. Ahora más o menos podía controlar su cuerpo, pero era tal el dolor que ni siquiera se atrevía a respirar profundamente. Su espada estaba ahí, delante de él, sin ni una sola gota de sangre.

—No quiero recordar —musitó—. No quiero acordarme.

La cogió y se puso en pie, usando el dolor para hacerle olvidar lo que había hecho aquella noche. Kasia. No debía pensar en ella. Si lo hacía ahora moriría. Ya habría tiempo luego.

—Lo estás haciendo bien, zagal —le animó el maestro.

El bosque era gélido y húmedo como un castillo antiguo. No tan frío como para morir congelado, pero sí como para acabar con él si permanecía allí en su estado. Se sentía drenado de fuerzas totalmente. Julio seguía allí, indicándole que debía empezar a caminar antes de que se hiciera de noche otra vez. Al principio se apoyó en su espada como si fuera una muleta, pero le costaba demasiado coordinar los movimientos, así que simplemente la arrastró a su paso. Era más costoso así, pero tenía que pensar menos.

—Maestro Julio, ¿cómo venciste al ancestro?

—¿Otra vez quieres que te lo cuente? La última vez que te lo dije acabé muerto, ya lo sabes.

—No me acuerdo. Tengo que saberlo. Tiene que haber una manera.

Cualquiera que hubiera visto a Klaus casi arrastrándose por el bosque y murmurando para sí lo habría confundido con uno de los monstruos a los que él mismo perseguía. Pero ese bosque estaba maldito y por lo general nadie se acercaba allí por voluntad propia

desde que la sombra cayó sobre él. Había dado con la fuente de la maldición y la había vivido en todo su potencial.

—Que más quisieras, bellaco —interrumpió Julio desde sus propios pensamientos—. Si la hubieras vivido en todo su potencial peor que yo hubieras terminado. El vampiro no ha podido morderte. ¡Cómo te habría dejado, si lo hubiera hecho! ¡Te habrías convertido en uno de los feos!

—Pero... tengo que detenerlo. No puedo dejar que una cosa así siga por aquí y...

La risa de su maestro le interrumpió. Luego, Julio empezó a toser como de costumbre, y volvió a darle otra calada aún más profunda a su pipa.

—Hideputa testarudo. Está fuera de tu liga. No hay más que hablar. De cosas con las que uno no puede enfrentarse está el mundo tan lleno como de valientes el cementerio. Lo tomas o lo dejas; ése es mi consejo. ¿Quieres saber cómo se mata a un maldito ancestro? Por Dios que yo te habré de explicar cómo, si de verdad lo quieres. Aunque también te aviso que con una vez que falles ya puedes decir adiós. ¡No dejes de andar, cacho despojo andante! ¡Dita sea tu estampa! Ya casi hemos llegado al pueblo, y hasta una acémila como tú sabe que escuchar y caminar son dos cosas distintas.

Klaus obedeció. Intentó acelerar el ritmo dentro de lo posible. Su respiración era profunda pero irregular, como si a veces se olvidase de respirar. Lo mismo ocurría con sus pulsaciones. Era como si su cuerpo intentase morir contra su propia voluntad. Mientras tanto, la voz de su maestro resonaba en su cabeza, distrayéndole del suplicio que suponía dar un paso más.

—Los vampiros que matamos son peligrosos, pero mortales a pesar de todo —empezó a contar—. Los atravesamos y sangran, les partimos el cráneo y mueren. Punto. Aviado vas si te piensas que un ancestro va a ser así de fácil. Los más peligrosos no pueden morir —el cazador buscó al maestro con una mirada de sorpresa, pero no lo encontró—. Eso es, ya me has oído —continuó—: les hagas lo que les hagas no hay arma humana que les dé muerte. El vampiro al que maté yo no murió de verdad. Maté únicamente, y no sin gran

esfuerzo, a su forma corpórea. Hubiera podido volver como Pedro por su casa si no hubiera exorcizado su alma al infierno. Antes y después de matarlo. Y aun así sé que volverá algún día para ver qué tal se le dio su venganza. La razón por la que empecé a entrenarte era para que ocuparas mi lugar en esa espera, pero pronto me arrepentí, pues por san Cristóbal que hay que tener muy mala sombra para hacerle algo así a alguien. Bastante te he hecho ya con darte la vida que te he dado.

—Es una buena vida. Mejor que morir.

—Y tú eres un zoquete por creértelo. Lo mejor que podrías hacer es retirarte e irte a vivir a tomar viento a donde sea. Ruin sería yo si te lo echara en cara, zagal. Has hecho ya más de lo que esperaba. Dentro de unos años el cuerpo te dará un susto en medio de una aventura y se acabó. Hazme caso: mientras puedas hacerlo, déjalo estar.

—Has sido un buen maestro, pero prometí que lo haría hasta mi fin y quiero cumplirlo.

—Pues ande y que te den, pedazo de mula. Yo ya te he avisado.

Julio -o más bien aquella alucinación de su viejo maestro- estaba siendo algo blando con él. Sus palabras eran igual de duras, pero su tono era algo diferente. Klaus podía notar que su maestro estaba orgulloso de él, tanto, tal vez, como apenado, pues sabía que el hecho de no poder matar a un ancestro no detendría a su discípulo en su empeño de intentarlo. “Hasta el fin”. El cazador de vampiros volvió a respirar por primera vez en casi un minuto, lo cual despertó a su corazón, que palpitó a toda prisa intentando recuperar las pulsaciones perdidas. Intentó volver a olvidarse del dolor y seguir con la conversación. No sabía cuánto tiempo duraría esa alucinación.

—¿Cómo hago el exorcismo? ¿Qué tengo que leer?

—Primero tienes que matarlo —rio Julio—. De poca importancia es la religión que sigas, sólo ten fe. Eso los debilita. Mientras se piensen que tienen poder sobre ti se harán aún más fuertes. Si por un casual le das muerte y te pasas la noche gritando “en nombre de nuestro señor Jesucristo vete a casarla al infierno”, funcionará siempre que creas en las palabras que dices. Es una suerte porque

con lo despacio y lo mal que lees, sólo podrías matarlo de viejo o de aburrimiento. Anda y métete en esa callejuela de ahí.

—¿Por qué?

—¿Porque vas arrastrando una espada de dos metros en medio de una ciudad? Ya te lo dijeron la monja simpática y tu compadre el grandote. No puedes ir por ahí como si fueras el maldito Cid campeador.

—Tú también lo hacías.

—Unas narices. Lo mío es diferente porque mi lanza se confundía con un bastón de monje cualquiera, sobre todo cuando la llevaba enfundada. Ya te lo dije una vez: yo te enseñé mis métodos para que aprendas los tuyos.

—Me estoy perdiendo. Creo que no sé adónde voy.

—Dita sea, si te estuvieras perdiendo me estaría perdiendo yo. Te he dicho que sólo soy una alucinación.

—¿Por qué tú, maestro? ¿Por qué apareces en mi alucinación?

—¿Por qué no? —dijo dando otra calada— Llevas ya varios días intentando recordar mis lecciones, igual es por eso. O igual soy un fantasma de verdad —se mofó—. Míralo él, remilgado hasta con la ayuda como yo le enseñé. Tú no te fíes tanto de todo lo que te diga y todo irá bien.

—¿Entonces por qué no me cuentas palabra por palabra cómo te enfrentaste tú al ancestro? Si no eres realmente tú, entonces no debería importarte.

—Míralo el cabroncete como sabe —sonrió mordisqueando la pipa—. Pues me importa. Si tanto te interesa intenta recordarlo tú por tu cuenta. Con contarle una vez me bastó.

—Apenas me contaste ningún detalle. Necesito todo cuanto pueda saber.

—Ande y que te den, pedazo de jumento.

—Maestro.

—Dime.

—Cuando termine ésta me retiro —sonrió.

—Un corazón de oro es lo que tengo por guiarte hasta aquí, so fantoche. Ya me darás las gracias desde arriba cuando el ancestro te mate.

—Tienes poca fe en mí.

—Tengo poca fe en Dios. Ni gota ya, de hecho. Y si hay algo que pueda salvarte contra un monstruo como ése es Dios. Lo creas o no es lo que me salvó a mí, y ya viste cómo quedé: hecho un cisco hasta por fin estirar la pata. Puede hacer que sobrevivas, tal vez, pero a la larga son los ancestros los que ganan. Siempre. En este mundo Dios y el diablo intentan dominarlo todo en una batalla sin fin. Pero si hay algo de lo que estoy seguro es que ahora mismo este condenado mundo sólo puede pertenecer al segundo. Ya hemos llegado.

El cazador de vampiros no se detuvo inmediatamente; avanzó unos cuantos pasos más y se apoyó en una valla metálica, como la pared de una jaula alargada. Al mirar alrededor se dio cuenta de que no estaba en casa de Juste.

—No es aquí. Me has engañado.

No hubo contestación. Su visión se volvía cada vez más borrosa y ya no tenía fuerzas para continuar. Sin su maestro estaba perdido del todo.

—¡Klaus! —dijo una voz que parecía la de Kasia— ¡Klaus!

Estaba a salvo, no necesitaba seguir aguantando. Era libre de descansar por fin. Si no despertaba, al menos había intentado sobrevivir. Ésa era la sensación que tenía después de cada batalla, hacía ya tantos años.

Capítulo 32: Un consejo inesperado

Tras un corto viaje en el que sólo se había oído el incesante rodar del carruaje y el ocasional tarareo de Gilbert, se detuvieron. En el camino, Eckhart había colocado en los bolsillos de su cinturón algunos de los frascos de su maletín. Al ver lo que hacía su maestro, el *doppelgänger* tomó una de sus cartas y la empezó a pasar de bolsillo a bolsillo a una velocidad increíble. Cada vez que se introducía en uno salía una carta distinta. Eckhart conocía ese “truco”: muchos ladrones lo hacían para practicar juegos de manos que resultaban útiles a la hora de hacer desaparecer monederos. Por fin, la puerta del carruaje se abrió y un paje todo vestido de un delicado azul brillante les pidió que bajaran con una sutil genuflexión. Adelantándose a Eckhart, el sirviente bajó con aires de señor.

—No está mal —dijo pomposamente—, pero creo que podrías haberlo hecho mejor. Si necesitas consejos sobre cómo hacer una reverencia adecuada sólo tienes que pedirselo al sirviente —añadió señalando hacia el interior del carruaje como si señalase hacia un montón de estiércol. Al ver que el paje ni había pestañeado, serpenteó hasta su oído y continuó—: ¡Pst! El sirviente soy yo, pero que no se enteren los demás; he hecho una entrada espectacular.

En efecto más que la de su socio, que bajó con cara de pocos amigos y avanzó hasta la entrada, la cual se abrió con increíble exactitud para que éste no tuviera que detenerse. Cuando vio que su maestro le dejaba atrás, Gilbert corrió hacia la puerta dando saltitos, sólo para quedarse petrificado al ver el interior, que era sencillamente maravilloso: dos escaleras simétricas ascendían a

ambos lados de la entrada principal, tanto una como la otra cubiertas por una alfombra burdeos que amortiguaba todo ruido. En el piso superior había una barandilla dorada que recubría sendas escaleras. Era un diseño muy extravagante y, a juzgar por los materiales, de difícil elaboración a la par que caro. Las paredes tenían un reborde de madera lacada blanca adornadas con interminables y complicadas cenefas doradas. También había cuadros; si bien no muchos, eran todas obras magistrales que representaban gloriosas escenas con un subtono oscuro. Una de ellas representaba un barco zarpando. La gente saludaba desde lo alto y se despedía de los de abajo, que saludaban de igual modo con caras alegres. Sin embargo, en uno de los callejones se podía ver un enfermo por la peste cubriéndose el rostro mientras unos perros callejeros lo atacaban. La figura de éste defendiéndose proyectaba una terrorífica sombra sobre los edificios, como si fuera un espectro maligno. Si uno se fijaba más, también había un pequeño hilo de ratas, que iban por los canales del puerto hasta una de las plataformas con cajas que estaban siendo transportadas al navío. Al igual que éste, en el resto de cuadros siempre había una pega que hacía que una escena brillante se cubriera de un contexto más oscuro. Quizás de igual manera aquella mansión tan resplandeciente contenía una tenebrosa trama que podía acabar con sus vidas o peor, tal vez, su búsqueda.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo alguien desde lo alto de las escaleras—. Bienvenidos a éste mi humilde... lugar de retiro temporal.

—¡Cómo será el lugar de retiro fardón! —musitó Gilbert sin poderse contener.

—Será mejor que me dejes hablar a mí —le cortó Eckhart.

—Será —repitió él nada convencido.

—Mi nombre es Damien Lerroux. Quizás me hayan presentado como el terrateniente del lugar, pero soy más bien un mercader astuto a quien la suerte ha favorecido.

—¿Y honesto? —saltó de nuevo Gilbert, provocando así una mirada de el alquimista que casi podía matar.

—Y honesto... siempre que puedo. Después de todo, ¿no está en

la naturaleza humana traicionarse a uno mismo y a su honestidad?

—¡Brillante respuesta, fantástica retórica y más genial aún anfitrión! —contestó con una reverencia, y luego acercándose a Eckhart, le susurró—: Es un tunante de agárrate y no te menees. Ande con ojo.

—Ahora mismo estaba atendiendo a otros invitados en el salón principal, pero será para mí un placer recibirles en mi sala de reuniones. Por aquí, por favor. Si necesitan algo, sólo pídanse al servicio.

—Me encantaría tener... —dijo Gilbert dando un paso largo hacia una de las sirvientas— el favor de su corazón, señorita, para poder incendiar el mundo con nuestras apasionadas llamas.

La doncella, sin embargo, respondió con una reverencia y una sonrisa complaciente que daba a entender que no estaba impresionada ni mucho menos.

—Oh —dijo el *doppelgänger*—. O también una infusión de coco.

—Vamos de una vez —le acalló Eckhart—. No vayamos a hacer esperar a nuestro “humilde” anfitrión.

—Sí, humilde. He visto castillos más humildes que esta casa. Por fuera, quiero decir. A decir verdad, nunca he estado en un castillo por dentro. Ni siquiera en los calabozos. Aunque una vez estuve cerca de estarlo —rio sin decoro ninguno. Gilbert podría tratar de actuar cuanto quisiera, pero para él estaba claro de qué clase social venía. Hay cosas difíciles de dejar atrás, por mucho que se pretenda ser otra persona. No es que eso fuera malo, pero era un detalle que le vendría bien recordar.

Eckhart había esperado encontrar más guardias. Con lo que había ahí podrían escapar con suma facilidad si la cosa se ponía fea. Tal vez le convendría quitar a Lerroux de en medio cuanto antes mejor. Después de todo, los asuntos de los hombres eran algo que no le interesaba ya y no quería perder el tiempo con algo tan trivial, especialmente ahora que estaba tan cerca de conseguir lo que buscaba. Desde lo alto de las escaleras, vio a un hombre joven ser escoltado por los dos guardias en el piso inferior. Lo tenían agarrado del brazo. Cruzaron miradas por un instante y ambos siguieron su camino. Había algo en ese muchacho, incomprensible

pero perceptible. Dos fichas importantes de distintos bandos, sin saber aún a quién acabarían matando al final del día. Aunque no podía asegurar el qué, el alquimista sabía que se acercaba algo, un fenómeno de consecuencias cataclísmicas para el mundo entero. Había visto un atisbo de ello en más de una ocasión ya, pero únicamente conservaba pequeños pedazos de esas visiones, reproducidas demasiadas veces para ser sólo un fragmento de su imaginación, pero aún demasiado dispersas para comprender lo que representaban en su totalidad. Podía casi sentir las piezas humanas siendo colocadas para desencadenar un evento tras otro hasta que el gran final fuera revelado, cuando ya sería demasiado tarde. Y allí, de entre esos afortunados elegidos, estaba él. Una figura oscura que buscaba un imposible. Sin embargo, había derribado por el camino muchas barreras de “lo imposible”, y el sueño que perseguía había dejado un rastro muy real. No podía dudar ya de su cordura, no después de vivir tantos años y ver tantas cosas. Gilbert, a pesar de haber vivido tanto, era sólo un cachorro, pero no él; Eckhart Solberg Delden era un genio. Un genio que se las había apañado para arañar uno de los secretos más perturbadores de la existencia humana. No pensaba llevárselo a la tumba, pero tampoco pensaba compartirlo sin aprovechar antes todo el poder que podía conllevar ese conocimiento.

La sala donde Damien les recibió parecía el salón de visitas de un conde o un barón. Varias sillas de madera de cedro oscurecida y acolchadas con terciopelo carmesí. Todas ellas miraban hacia la pared del final, donde se alzaba un asiento algo más elevado que los demás que se situaba de cara a la puerta. Allí les esperaba él, custodiado únicamente por dos guardias que sólo tenían como defensa una espada larga de duelo que no les serviría de mucho si se vieran superados en número.

—Manténganse a distancia, por favor —dijo Lerroux desde su silla ceremonial. Soy un buen amo, pero a veces mis perros muerden.

—¿Y qué ocurre si los perros incomodan a los invitados, *grand*

hôte? ¿Les tirará un hueso fuera y cerrará la puerta?

—Son por su propia seguridad... y diversión.

—No estamos aquí ni por diversión ni por seguridad —contestó el alquimista.

—*Au contraire*, querido amigo: están aquí porque yo lo he querido. Si yo decido que ése es vuestro motivo de estar aquí entonces así será. ¿Me sigue?

—Será prudente, pues, escuchar con detalle cuáles son sus deseos, señor Lerroux —el maestro alquimista se mostraba totalmente inexpresivo, pero estaba erguido e imponente. Como antes, no mostraba ninguna señal de sentirse intimidado por aquel ostentoso encuentro.

—Por el momento me interesa saber quién es su extraño socio. Me he conseguido enterar al menos de su nombre, señor Eckhart Solberg, pero no conozco aún a su compañero de viaje.

—Gilbert Mayer, para servirle *a'isté* —contestó con una reverencia que terminaba señalando disimuladamente al alquimista.

—Ambos extranjeros. Me aseguraré de recordarles mientras estén en mi ciudad —aquello había sonado más que a un “encantado” a un “os vigilo”. El mercader prosiguió entusiasmado—: Pues bien, hechas las presentaciones. Les he hecho llamar porque han hurgado ustedes en diversas zonas de mi propiedad. La primera de ellas siendo la *Maison du Diable*, con la que me encariñé hace algunos años.

—Y por el estado en el que estaba no se molestó en visitar jamás —interrumpió el *doppelgänger* algo indignado.

—Oh, me temo que eso está en mi naturaleza —contestó el terrateniente más entusiasmado que ofendido—. Un mercader que se precie debe saber derrochar el dinero como si no le importara. Éste es un mundo de arte a merced de la técnica, joven. Ahora que nosotros los mercaderes hemos tomado posesión del mundo no debemos olvidar la parte artística de nuestra técnica. De suceder así, este mundo se transformaría en una distopía sin alma que busca la estabilidad perpetua a través del estancamiento. Todos acuchillándose los unos a los otros por tener un poco más que los

demás. Qué locura —rio—, ¡Qué festival de lo mediocre! ¿Se imaginan? Sin embargo, y si me lo permiten, me gustaría seguir enumerando los cargos contra ustedes, que es el propósito principal de que les haya hecho llamar.

—Trataremos de no volver a interrumpir —dijo Eckhart mirando de nuevo a su socio.

—*Magnifique* —prosiguió Lerroux—. Pues bien: allí, usted se defendió de un grupo de bandidos y terminó con la vida de varios de estos. Lo segundo se lo puedo perdonar, pues fue un acto en defensa propia y se ocupó de matarlos donde pudiera retirarlos sin alterar en exceso el orden público. Aunque sus pequeñas gestas contra mi persona, para desgracia de ambos, no terminan ahí; no contentos con todo lo anterior, ustedes entraron en el terreno que tenía comprado en las afueras y causaron notables daños en obras de arte de un valor sentimental incalculable.

—Si el sentimiento se midiera en polvo creo que tiene usted razón —soltó Gilbert de sopetón—. ¡Vamos, hombre! ¡Seguro que hacía años que ni las miraba! Además, eso fue sin querer.

—No he terminado —continuó Damien, que más que parecer enfadado era como si estuviera dando una tediosa reprimenda a un par de niños traviesos—. Además, acabaron ustedes con la vida de mi fiel amo de llaves, que estaba a punto de retirarse.

—Se refiere a Ve...

—En efecto —interrumpió el alquimista—, se refiere a la persona que me esperaba en el interior de la casa. Un individuo interesante, su “amo de llaves”. Después de morir ardió y desapareció. Una curiosa habilidad, ¿no cree?

Lerroux arqueó una ceja.

—¿Que... desapareció?

—Se comportaba de un modo extraño, casi perturbado —prosiguió el alquimista—. Intenté razonar con él e intentó golpearme. Pensé que estaba drogado, pues cuando le hice un corte de aviso ni siquiera se inmutó. Tal vez deba aceptar usted mi consejo y no contratar esa clase de... individuos.

—Así que no respondía al dolor, ¿eh? ¿Y entonces lo mató usted e incineró su cuerpo delante de mi otra mansión?

—No hizo falta. Cuando murió, él mismo ardió como si el infierno que habitaba en su interior lo consumiera. Era un fuego que no quemaba.

—De eso no sabía nada —respondió Gilbert.

—Tú estabas fuera con unos niños jugando a ser mago.

—¿Que no quemaba? —repitió el terrateniente algo sorprendido— He de reconocer que semejante historia me resulta interesante y hasta me siento tentado a creerle, pero sería de locos hacerlo. ¿Un hombre poseído que arde al morir? ¿En qué cuento? Esto no es uno de los supersticiosos pueblos nortños donde usted se crio, donde aún creen en plantas mágicas y ojos de sapo para ahuyentar maldiciones. Esto es Lyon, y será una gran capital industrial del mundo. No olvidemos el arte de la técnica, pero tampoco la técnica del arte. No caigamos en la superstición, en las sombras que se alzan donde no las hay, en la fe ciega en lo que no existe fuera de nuestra propia mente creativa. Las historias fantásticas occidentales están bien, pero prefiero que no salgan de los libros de cuentos, que es donde pertenecen. ¿Qué será lo próximo? ¿Duendes? ¿Vampiros? Sus leyendas y misterios no tienen cabida en el mundo actual. Salvo quizás para las masas ignorantes.

Aquel insufrible petulante se las daba de sabelotodo como si ya conociera todos y cada uno de los secretos del mundo. Gilbert parecía algo molesto y seguramente estaba pensando en algún modo de darle una lección a aquel engreído. Eckhart se le adelantó.

—Crear que hay explicación para todo es natural; creer que se tiene explicación para todo, sin embargo, no lo es. Dígame, señor... Lerroux: ¿Alguna vez ha visto usted algo que se escapara a su entendimiento? Si la respuesta es sí, entonces sabe que las fantasías e historias occidentales son sólo misterios que esperan ser desvelados, si la respuesta es no, es usted el que ha decidido acomodarse en su palacio dorado y cerrar por completo sus puertas ante cualquier elemento que incomode ligeramente su visión de la realidad. Pero todo pensamiento humano está construido sobre cimientos inexistentes. ¿Qué hará cuando se dé cuenta de que su palacio de oro no es más que un castillo de arena que cae

inexorablemente hacia las profundidades de lo desconocido?

—Interesante —dijo Lerroux ni corto ni perezoso—. Todo pensamiento humano, ¿eh? ¿Entonces cuál es su castillo, señor Solberg? En qué se escuda usted para afrontar la realidad.

—En que veo bien la caída —respondió el alquimista— y sé cuándo sucederá.

Lerroux rio y aplaudió divertido.

—Es usted un hombre elocuente. Me encantaría tener un debate largo con usted, pero por desgracia tengo ciertos asuntos que requieren toda mi atención. He decidido pasar por alto sus pequeñas ofensas anteriores y creer su particular historia... pero todo con una condición.

—Escuchamos —dijo Gilbert.

—Sabe, como francés y romántico me encanta mirar hacia el pasado: y en el pasado la justicia se decidía mediante fuerza, destreza o favor divino. Creo que será adecuado aplicar justicia con usted de ese modo. En vez de actuar como modernos caballeros actuaremos como los antiguos. La justicia en su estado más primitivo y puro. ¿No creen que es lo más adecuado?

—Francamente —exclamó el *doppelgänger*—, a mí me gusta mucho más la justicia civilizada. ¡Siempre la he admirado! Todos estos años cometiendo las peores bajezas imaginables y la gente la sigue creyendo una dama respetable. La justicia es la reina de las embusteras. Mendiga, falsa tullida, dama de compañía y cazafortunas de la peor clase. ¡No me digáis que no es un personaje brillante!

—Vaya, así que el destino ha traído a dos filósofos a mi casa.

—Uno, únicamente —le corrigió Gilbert—. Yo soy más bien un poeta. Aunque discrepo sobre su anticuada idea de la justicia y estoy dispuesto a debatirla también en justo duelo si la ocasión se presenta.

—Una valentía admirable, pero me temo que no. A pesar de estar hoy en tan grata compañía no voy a dar pie a debate alguno... por el momento. ¿Qué decís, maese Solberg? ¿Aceptáis el desafío? He oído que tenéis gran habilidad con la espada, me gustaría ser testigo de ello personalmente.

—¿De qué tipo de desafío estamos hablando? ¿Cuántos hombres?

Lerroux rio ante la bravuconada del maestro alquimista.

—¡Por favor, señor Solberg! Como ya he dicho, los mercaderes ricos también pueden ser personas honestas, ¿sabe? No se enfrentará usted más que a un campeón de mi elección. Si usted vence, tanto usted como su amigo podrán salir de aquí libremente. Si no es así... bueno, ya sabe lo que ocurre cuando se pierde un duelo a muerte.

—¿¡A muerte?! —exclamó Gilbert.

Eckhart miraba inexpresivo a Lerroux. El duelo era simplemente otra forma de mostrarles que no sólo estaba por encima de la ley, sino que allí él la dictaba.

—¡Cómo si no! —continuó el mercader— Uno no se esfuerza de verdad si su vida no está en peligro, ¿no cree usted? ¿Tiene miedo de la justicia, señor Solberg?

—¿Quién es el que habla de cuentos y fantasías ahora, señor Lerroux? Será mejor que acabemos con esto cuanto antes. Detestaríamos tener que hacerle perder más tiempo con nuestro asunto sin importancia —dijo el alquimista retirando su capa para dejar su *Estoc* a mano.

—Está usted muy seguro —dijo Damien—. Creo que lo mejor será que se enfrente usted a mi guardaespaldas. Sergio: tú serás su oponente.

—¿Sergio? —rio Gilbert— Menudo nombre.

—Significa guardián —interrumpió Lerroux—. Creo que un nombre adecuado le da a uno efectividad en lo que hace. Pero estoy seguro de que las espadas hablarán mejor que yo de mi guardaespaldas personal. Usted quédese junto a mí y disfrute de este encuentro conmigo, por su seguridad.

El sirviente se cruzó entre los dos oponentes al trote hasta colocarse al lado de Lerroux, que se sentaba en la silla como si estuviera en el sillón real de un castillo. El otro guardaespaldas retiró las seis sillas centrales y se puso al otro lado del mercader. La sala era lo bastante grande como para poder enfrentarse sin grandes problemas de movilidad, aunque si uno de ellos retrocedía

algunos pasos acabaría viéndose arrinconado en la pared. Más que un reto, eso añadía una ventaja para el alquimista.

En el suelo había un hermoso patrón de baldosas con tonos marrones. Éstas formaban una gigantesca estrella de doce puntas con un dodecaedro en su interior que daba la sensación de ser un círculo para realizar duelos. Los dos contrincantes se situaron a ambos extremos de éste.

—No habrá clemencia para ninguno de los dos oponentes. Pedirla significará morir y concederla ser matado. ¿Están ambos oponentes de acuerdo con estas condiciones?

—Lo estoy —gruñó el maestro alquimista.

Sergio se limitó a asentir elegantemente.

—¡Desenvainad! —ordenó el mercader.

Ambos lo hicieron al mismo tiempo. Eckhart extendió el brazo y apuntó con su espada a su oponente. Para su sorpresa, éste le imitó.

—¡Un duelo de dos contrincantes con guardia española! —aplaudió Lerroux emocionado— ¡Brillante! ¡Esto no se ve todos los días en esta parte de Francia! ¡Que dé comienzo el duelo pues y que la justicia favorezca al mejor!

Nada más empezar, Sergio dio una estocada al aire, simplemente para comprobar la habilidad de Eckhart. Sus ojos oscuros estaban clavados en los del alquimista, que ni siquiera pestañeó ante aquel amago por parte de su rival. Intercambiaron unos cuantos golpes en un fugaz encontronazo del que los dos se retiraron a los pocos segundos. Ese guardaespaldas era bastante hábil. Si la lucha se alargaba lo suficiente quizás le diera tiempo a descubrir que Eckhart no usaba simplemente la guardia española. Había cogido cuanto necesitaba de varios estilos y había creado uno propio, más acorde con su propio cuerpo. El alquimista dio un lance que su rival bloqueó con dificultad, pero tras retroceder unos pasos contraatacó con gran tenacidad y le obligó a retirarse de nuevo. Su oponente tenía una técnica excelente. No sólo eso: era más rápido y sus golpes eran más difíciles de bloquear. Además era prudente, ya que por el momento no se arriesgaba a luchar al máximo. Él estaba

haciendo lo mismo.

Esta vez fue el guardaespaldas el que se lanzó al ataque. Eckhart empezó a retroceder. Para moverse tenía mucha más estrategia que su oponente, pero éste ganaría a largo plazo. Lo único que le salvaba de ser arrinconado era su habilidad para sortear a su rival y cambiar de posición.

La juventud de su contrincante lo hacía aún más peligroso, de manera que pronto se dio cuenta de que cada segundo que pasaba evitándole más se alejaban sus posibilidades de victoria. Eckhart dio otro lance, pero esta vez su enemigo había aprendido a leer sus movimientos y contraatacó en uno de los huecos que había hecho el alquimista. Sin embargo, con un oponente tan hábil, Eckhart ya había predicho esta situación. Dio un rápido golpe de brazo y desvió la estocada, que terminó únicamente rasgando su hombro; esto le permitió lanzar otro ataque que intentó perforar el corazón del rival, subiendo desde las costillas. Falló. Logró hacerle un leve corte en el costado que no incapacitaba en absoluto a su rival. Los dos espadachines se volvieron a separar y empezaron a moverse en círculos, sin dejar de mirarse en ningún momento. Parecían dos felinos observándose con fiereza el uno al otro antes de enzarzarse de nuevo. Sergio, el guardián, sonrió e inclinó la cabeza levemente en señal de respeto y cambió de guardia haciendo una floritura con la espada. Ahora empezarían en serio.

El terrateniente parecía estar sobremanera emocionado. Con cada choque de espadas parecía a punto de levantarse y aplaudir. Gilbert también miraba con curiosidad, pero no era lo mismo; Lerroux miraba con el verdadero entusiasmo de alguien que sabe apreciar el arte de la espada. Tras asegurarse de nuevo de no ser rodeado, Eckhart evitó ser alcanzado en el rostro por apenas un centímetro. Su rival estaba mucho más fresco que él y, aunque su técnica era algo inferior a la del alquimista, la suplía con el vigor de sus movimientos y una gran velocidad. Éste no era un ladronzuelo empuñando una daga: Sergio había sido plenamente consciente de las habilidades de su oponente en cuanto habían adoptado la posición de combate. No podía dejar que se alargase más este enfrentamiento. Eckhart cambió a la guardia francesa y atacó tan

rápido como pudo. Sus rápidas estocadas obligaron al guardaespaldas a retirarse casi a la carrera, acercándose cada vez más hacia donde estaban Damien y Gilbert.

Cuando su oponente se preparaba para rechazar su embestida y contraatacar, el maestro alquimista se retiró y sacó rápidamente algo de su cinto. Un cuchillo arrojado dirigido contra Lerroux. El guardaespaldas lo vio venir y lo detuvo en el aire con una maestría impresionante, sólo para descubrir las verdaderas intenciones del alquimista. Cuando se dio cuenta, tenía el arma de su contrincante hundido en el torso. Sergio intentó aún atacar al alquimista, pero dejó caer su espada cuando sintió el movimiento de torsión de la espada de éste en su pecho. Eckhart extrajo su espada del corazón de su oponente, sellando así su destino y proclamándose vencedor de aquel duelo. Esta vez Gilbert sí que parecía genuinamente entusiasmado. El guardaespaldas cayó al suelo y quedó tan inmóvil como la persona a quien protegía, que había quedado mudo y sin siquiera atreverse a respirar.

Tras unos segundos de silencio, una lágrima cayó de la mejilla de Lerroux, que se levantó y empezó a aplaudir sonoramente.

—¡Un final sublime para un duelo sublime! —exclamó— ¡Qué gran tesoro del mundo de la espada he podido presenciar hoy! Me siento más que satisfecho con el resultado.

—¿No cree que ha hecho algo de trampa? —inquirió Gilbert— Creo que se merece otro duelo.

—Puedo ver que usted no entiende de estas cosas. No lo comprendería. Un duelo consiste en explotar las debilidades del contrario y eso es lo que maese Solberg ha hecho. ¡*Bravísimo!*

—La justicia está de nuestro lado, parece —dijo Eckhart, que ya casi había recuperado el aliento.

—¡Sin duda, sin duda! Pero me gustaría añadir algo antes de dejarle marchar. Un consejo como recompensa por este duelo tan memorable.

—¿Y bien?

—Yo soy el rey de este lugar, señor Solberg. Me gusta tenerlo todo bien organizado. No tolero los errores ni míos ni de mis servidores y detesto los problemas. Si he permanecido aquí durante

tanto tiempo es porque sé librarme de estos antes de que fermenten y pudran esta brillante y hermosa ciudad. No se convierta en uno o le aseguro que será usted “corregido” con tal presteza que no le dará tiempo a arrepentirse de haberse metido en mis asuntos. ¿Comprende? Porque si lo hace me enteraré. Ya no vivimos en la era medieval donde cualquier hijo de vecino podía irse al pueblo de al lado y salvarse de su pasado. Ahora somos todos personas con nombres y apellidos en países con un pasado histórico y una relativa estabilidad con su identidad. Hoy en día se lo puede encontrar a uno en cualquier parte. Salvo quizás en América, donde el blanco salvaje ha sustituido al indígena salvaje. Los llamaban indios, ¿se lo puede creer? Piratas ignorantes en el pasado, ignorantes tratantes de esclavos en el presente. Para terminar, sólo le pediré por favor que escuche este consejo y lo atesore. Se lo digo desde el respeto que he adquirido por usted. Ah, y no se preocupe por mi guardaespaldas, tengo cientos de sirvientes con habilidades iguales o superiores a éste. Me sobran vasallos; no necesito más por el momento. Que tenga un buen día —dijo señalando a la puerta—. No le acompañaré a la entrada como es costumbre, pero espero que me perdonen. Tengo algún asunto extra hoy. Ya saben, los problemas nunca vienen solos y, por favor, no se ofendan, con problemas me refería a la situación entre ustedes y yo y no a ustedes en particular.

—En absoluto —dijo Eckhart—. Sabemos por dónde se sale.

—¿Lo sabemos? —preguntó el *doppelgänger*— Sinceramente no tengo ni idea, igual acabamos perdiéndonos como el otro día en aquella otra mansión que también pertenecía al señor este... Lerróus.

—Lerroux —corrigió éste.

—Eso he dicho.

—No es cierto —interrumpió el terrateniente—. Por cierto, debería cambiar de pajarita.

—¿No me sienta bien?

—Cada vez que la he mirado tenía un color distinto.

—¿Ah, sí? ¡Amísiempre me ha parecido igual!

—Pues no, no lo era, estoy seguro —dijo tajantemente

Lerroux—. Sabe, he sido algo rudo con este asunto de ustedes, quizás algo brusco incluso, pero me he dirigido a ustedes con una honestidad brutal. No me gustaría tener que dejar de lado la honestidad.

—¿Porque le quedaría sólo “brutal”? —contestó el *doppelgänger* con una inocencia insospechada en alguien como él.

—Por eso mismo —dijo el terrateniente con su sonrisa más amable—. Y con esto van ya dos consejos. No habrá un tercero. Buenas tardes.

—Buenos días, buenas tardes, buenas noches, todo es bueno —empezó a canturrear Gilbert en voz baja mientras andaba hacia las escaleras.

Eckhart se despidió y se marchó meditabundo. Aquel encuentro podía complicar la búsqueda aún más. Había pensado en intentar acabar con Lerroux allí mismo, pero al ver la habilidad de Sergio había descartado la idea. Aquel hombre tenía muchas más cartas que las que mostraba. Como él mismo había dicho, era un peligro meterse en su camino. No es que ello le preocupara demasiado; de hecho incluso podía alentarle a trabajar más duro. Siempre había sido así y a pesar de estar constantemente haciendo cosas, era cuando el tiempo apremiaba, cuando todo su genio trabajaba al máximo.

En el piso de abajo, un pequeño grupo de sirvientes, todos muy bien vestidos, se puso en fila y les abrió la puerta de la entrada. Era una despedida demasiado pomposa para la forma en que Lerroux les había amenazado al salir. Más que su fortuna, su poder o todos aquellos sicarios, lo que más peligroso parecía de Lerroux era él mismo. Lo tendría en cuenta.

Mientras tanto, Gilbert seguía tarareando aquel ritmo inventado. Al igual que Lerroux, le tenía que dar un aviso. No le había importunado que fuera difícil de controlar hasta ese momento. Ya había pensado varias veces en darle un escarmiento, pero era ahora cuando de verdad lo veía como algo importante. Quizás iba siendo hora de mostrarle los matices más oscuros del pacto que había

hecho con él. Después de todo, Eckhart también había sido comerciante y, si algo había aprendido dirigiendo la fortuna de la casa Solberg, era que si se quiere ganar nunca se da más de lo que se obtiene, a corto o a largo plazo. El caso del trato con Gilbert no se trataba de ninguna excepción. Todavía no se había dado cuenta de que había pasado cortos periodos sin existir. Siempre cuando estaba seguro de que no le necesitaba y jamás en público, por supuesto. De todas formas, era algo que no le convenía utilizar en exceso, pues la forma de Gilbert se volvería volátil más rápido y terminaría desapareciendo del todo, sin más. Quizás el número de la pajarita que encoge era uno de los trucos estúpidos de su sirviente, quizás era parte de un proceso que terminaría por acabar con la vida de éste. Salió de su ensoñación para ponerse de nuevo en alerta. Apoyado en un árbol se encontraba el ladrón que les había denunciado y que llevaba siguiéndoles los pasos varios días. Al verles, sonrió e hizo un saludo con la mano.

—Me alegro de veros bien. Hay cerca de una hora hasta el pueblo... aunque no esperéis que os lleve un carruaje —rio éste—. Tenéis suerte de estar vivos.

—Tú —espetó Eckhart.

—Llevo un buen rato esperando. No sabía si os volvería a ver, aunque me hubiera alegrado de no ver más al pequeñajo.

—¿Pequeñajo? Ten cuidado conmigo que soy... Eckhart, dale.

—No tan rápido —replicó el ladrón—. Hemos empezado con mal pie, pero creo que eso aún se puede resolver.

—El único modo de resolverlo es que te mantengas al margen de nuestros asuntos.

—Mi nombre es Jacques, igual ya lo sabías. Jacques Lambert. El viejo, el tuerto, el “anguila”... aquí se me conoce de muchas formas.

—El mentiroso, el mangante el ladronzuelo, el mujeriego... huy, no. ¡Que ése soy yo!

El ladrón se levantó del árbol en el que se había acomodado y cruzó los brazos, inspeccionando a ambos alquimistas.

—Creo que les interesa lo que les tengo que decir. No estoy a las órdenes de Lerroux y de hecho es un... hombre al que no le tengo demasiado aprecio.

—Ya hemos recibido bastantes consejos con buena voluntad hoy.

La risa profunda y al mismo tiempo ahogada de Jacques estalló tan sonoramente que alguno de los guardias dirigió su mirada hacia allí. Cualquiera diría que se estaba ahogando.

—¿Os ha dado uno de sus consejos? Pues haréis bien en guardaros las espaldas.

—¿Por alguna razón en particular? —dijo Eckhart sin dar una respuesta clara sobre sus intenciones.

—Ese hombre es el diablo. Todo lo que toca lo convierte en polvo. Lo hermoso lo vuelve terrible y dañino, lo puro lo vuelve impío. Es una persona de la peor clase con la que os podáis cruzar. Eso, si es que hay alguien tan malvado como él en éste podrido mundo.

—¡Claro que lo hay! —contestó Gilbert— Viste de negro, pelo canoso, ceño fruncido... ¡No tiene pérdida!

—Cualquiera diría que hace unos días te salvé de tu eterna condena, Gilbert.

—Cualquiera diría que soy tan idiota como parece y no sé reconocer malas intenciones cuando las veo. Me di cuenta tarde, pero me di cuenta.

—¿Insinúas que hubieras preferido seguir en el espejo?

—¡Para nada! Esto es muy divertido. Además, si dejara de ayudarle jamás le diría nada antes de hacerlo.

—Si necesitáis algo, incluso información sobre Lerroux, estaré en la taberna en la entrada este de la ciudad. Os diría el nombre, pero está tan gastado que ni se lee. Buscad donde huela a problemas, sudor y alcohol.

—En la que estabas cuando nos encontramos por primera vez —dijo el alquimista.

—Así es. La misma.

—¿Y si le habláramos a Lerroux de tu asuntillo, maestro? —preguntó Gilbert— ¿Te colgaría de los pulgares inmediatamente o te retaría a ver quién bebe más vasos de agua hasta reventar?

El viejo ladrón dedicó una sonrisa cansada al sirviente.

—¿Qué te hace pensar que no lo sabe? Soy su pequeño

divertimento en esta asquerosa ciudad. Además, le serví bien hace ya mucho y me he ganado su aprecio. Le cae bien la gente difícil de matar. O mejor dicho les gusta verles aguantar hasta que no pueden más.

—No te preocupes. No alargaremos el juego tanto.

—Sólo hasta que las cosas vayan bien, ¿eh? —se burló Jacques— Tan viejo y tan necio. Luego no digas que no te he avisado. Estaré donde ya sabéis. *Adiú.*

—Vámonos, Gilbert —apremió el alquimista.

—Todavía no. Tengo una pregunta, señor ladronzuelo-de-aspecto-feroz.

—Suéltala entonces, canijo.

—¿Qué diantre ganabas diciendo a ese tipo lo que andábamos haciendo?

—Yo sólo le dije dónde estabais. Lo demás se lo figuró él. No es un simple gobernador, trabaja para gente muy importante. No diré más de momento.

—Pues no preguntaré más, de momento. Hasta que nos olamos, que en nuestro caso será antes que en el tuyo —dijo dejando escapar su risa de forma incontrolada.

Jacques miró al *doppelgänger* con desprecio y luego desvió su atención a la esplendorosa mansión Lerroux. Sus ojos, no nublados hoy por el alcohol, brillaban con anhelo y expectación.

Eckhart y Gilbert se marcharon. Que Damien les estuviera siguiendo los pasos casi desde que habían entrado en la ciudad no se podía deber a una casualidad. Probablemente había sido él el que había hecho “desaparecer” a los cinco asaltantes con los que Eckhart había acabado. No podía ser que tuviera una vigilancia tan absoluta de la ciudad y que sin embargo hubieran podido enfrentarse a Veleduch sin ser vistos. Lerroux vigilaba la casa de Gilbert. Por lo tanto sabía que el *doppelgänger* existía, o al menos era consciente de que algo ocurría con ese lugar.

—¿Qué opinas? —preguntó el alquimista.

—Que todo esto ha sido una puesta en escena de gran

presupuesto. Desde los hombres armados del principio hasta el tuerto siniestro del final.

—Eso me ha parecido.

—¿Ahora qué hacemos?

—Yo volver a casa y dormir. Tú deberías hacer lo mismo porque mañana vamos a volver a la biblioteca de Veleduch. Esta noche intentaré encontrar alguna pista, aunque no sé si será posible con Veleduch en esa dimensión de bolsillo.

—¿Esta noche? Ah, ya comprendo. Desde su camita.

—Así es. Y más te vale que te asegures de que nada me despierta o el proceso se volverá mucho más tedioso y largo para ambos, y creo que no hace falta que te recuerde que tu tiempo ahora es muy limitado. No me gustaría quedarme sin siervo en mitad de mi búsqueda.

—Echaría de menos mi genio, ¿eh?

—Más bien tu buena suerte. Encontraste la pista del primer guardián y el texto que revelaba su debilidad. Aunque preferiría encontrar yo la siguiente. Para derrotar tu buena fortuna con ingenio.

—¡Buena fortuna, dice! Un mago como yo sabe que la victoria no es cuestión de suerte, sino de pura habilidad —dijo Gilbert con el mismo tono pedante de Lerroux—. Algo que adquirí de mis viejos amigos los trileros de München cuyos sofisticados métodos de hurto perfeccionados a lo largo de los siglos podrían apoderarse de toda la civilización occidental... si no lo han hecho ya.

—No estaría mal que ensayaras un poco tu imitación del señor Lerroux.

—¿Ah, sí? ¿Lo he hecho mal?

—En absoluto. Bastante bien. Pero si algún día debieras aparecer con su aspecto necesitaríamos una caracterización perfecta y eso no es fácil de conseguir, por más que cambies tu apariencia.

—¿Y eso se consigue con un encuentro fugaz de apenas unos veinte minutos? —se quejó Gilbert— No sabía que usted tuviera tanta fe en mí pero, honestamente, creo que en este caso es esperar demasiado. Puedo engañar a un par de guardias, pero si espera que haga un día completo tal y como él hace necesitaré algo más que

eso.

—Pregúntale a nuestro nuevo amigo.

—No le he caído muy bien, diría yo.

—En efecto, pero no es que pueda hacerte nada si lo intentase.

—Bueno, daño puede hacerme. ¡Y yo soy una delicada flor de ciudad!

—Más bien un cardo: bueno sólo para los asnos.

—Y si soy bueno para usted, en qué le convierte eso, ¿eh?

—Usted no es un alimento para mí. Es un asistente. Cuando nuestro acuerdo termine, cada uno irá por su lado y no nos volveremos a ver, o al menos eso espero.

—¡Oh, sí por la crueldad se repartieran premios! ¡Oh, si las ofensas fueran puñales! ¡Empuñaría estas manos de artista y no respondería de mis actos!

—¿Incluso ahora que ha visto una pequeña parte de lo que soy capaz?

—¿Eh? —respondió el sorprendido sirviente— ¿Una pequeña parte?

—Un duelo con espadas es una cosa y una lucha de verdad es otra. Si fuera necesario podría utilizar métodos mucho más eficaces, o sacrificar algo de mi buena salud a cambio de terminar rápidamente con un oponente.

—Vaya con el vejete. Me ha dicho que tiene más cartas en la mano sin mostrar una sola. Ése es el truco más viejo del mundo, señor Solberg.

—Cuando llegue el momento, si es que llega, lo descubrirá. Por ahora deberíamos centrarnos en hacer que nuestro mayor esfuerzo sea mental o espiritual y no físico. No es nuestra labor enfrentarnos a capa y espada contra todo aquello que se nos cruce por delante.

—Bueno, pues en asuntos de “no matar gente” creo que le gana a usted por un buen trecho. Le podría dar un par de clases sobre discreción. Fui el primero de mi graduación. De hecho, era tan bueno que si alguna vez hubieran llegado a saber cómo les pagaba me hubieran matado a palos allí mismo —rio.

—Esta noche será mejor que montes guardia en la posada por si Lerroux decide darnos otro aviso, pero cuando tengas la

oportunidad deberás visitar el tugurio que Jacques nos dijo para tener una amistosa charla con él. No quiero problemas ni que se entere de nada de lo que hacemos. Confío en tus dotes de actor.

—Ahora se ríe de mí, ahora confía en mí. En fin: eso está hecho.

Tardaron aún un buen rato en ver la ciudad. Por ese camino no pasaban ni transportes ni personas, o al menos así fue durante una hora larga de camino, tal y como les había indicado Jacques. ¿Cuál era la razón para que un hombre así les siguiera y luego les advirtiera? ¿Era todo un pérfido truco del excéntrico Lerroux o era el odio que se reflejaba en los ojos del ladrón algo verdadero? El terrateniente les había mostrado que podía tener las cosas bajo un control absoluto si así lo deseaba. O al menos así les había hecho creer. Siempre habría algo que se le escaparía; ningún sistema era infalible y Eckhart tenía un método que podía esquivar con facilidad cualquier medida física de control: Gilbert.

Si la situación se complicaba, ordenaría al sirviente conseguir cuantas provisiones de larga duración pudiera cargar y se encerrarían en la biblioteca de Veleduch. Siempre que éstas aguantaran podrían pasar allí mucho tiempo hasta necesitar más y, si eso sucedía, el constante cambio de aspecto y las habilidades de hurto del *doppelgänger* serían dos puntos clave para pasar totalmente desapercibidos.

Pero eso sería otro día. Primero tenía que recuperar fuerzas y usar de nuevo su habilidad para “descubrir el camino” que debían tomar, si es que podía.

FIN DE LA PARTE II

Parte III

El despertar del mal

Interludio: Sueños de una pesadilla

*“Pobre niña dulce, y cercana.
Largo he esperado este día llegar,
No llores más, Pequeña
Y te concederé cuanto puedas soñar”.*

No le importaba el mundo cuando él no se manifestaba. Ni siquiera quería vivir mientras tanto. Había pasado siglos dormida, aumentando su poder más y más. Cuando se completó el pacto hacía ya tantos años, ella adquirió una habilidad inútil: la de rejuvenecer, y sin embargo gracias a ÉL se había convertido en su más grande virtud. ÉL. Lo amaba, lo adoraba; ÉL lo era todo. ÉL, que había bajado de los cielos para mostrarle su camino, que le había dado herramientas y proporcionado maestros. Siempre había buscado volver a aquel momento cuando danzaban juntos en el techo del bosque, boca abajo para poder admirar mejor el mundo deliciosamente maldito que les pertenecía. ÉL le había otorgado maestros, en efecto, pero nunca se había revelado tan directamente ante ella como lo hizo la primera vez. Como un dios ancestral que se manifestaba a través de miles de formas y seguidores en cuya alma se habían grabado las enseñanzas para los elegidos. Y, como si en efecto lo fuera, siempre la guiaba y le daba señales de su existencia aunque no fuera directamente. Era suficiente como para mantener su alma en vilo, pero en el fondo ella había deseado con todo su ser encontrarse con ÉL, como un bebé que desespera al no tener a su madre al alcance.

Para buscarlo mejor, él le había dado un nuevo maestro que la enseñó a dormir el sueño eterno, a vivir entre el mundo onírico y el físico... y a alimentarse como ÉL. Allí ÉL la encontró de nuevo y la convirtió en su profeta. Tenía siempre un aspecto diferente, pero daba lo mismo: siempre era ÉL. La había llamado, la había elegido para ser la encarnación de sus deseos. Ella rio, gritó y lloró de pura euforia. Tantos años y por fin su propósito le era revelado de nuevo. Ella merecía estar allí, pues nunca había perdido la fe en ÉL. "NO PERMITAS QUE SE ACERQUEN A LA PIEDRA. MÁTALOS ANTES DE QUE LO LOGREN", le había dicho. Había llegado la hora de hacer su voluntad. Ella se movía y ÉL observaba. Pero primero necesitaría recuperar fuerzas.

Capítulo 33: Cambio de planes

La noche había caído por fin. Aquella iba a ser una misión sencilla, si las cosas no se torcían. Algo que les permitiría infiltrarse entre las filas del enemigo y preparar allí su cuartel general. Leon le habría prometido que habría menos sangre de ese modo, pero no comprendía los verdaderos sentimientos de Freya. Lo que ella esperaba era cooperar con él de forma directa ya que, salvo de unas pocas ocasiones puntuales, no había podido acercarse al vampiro de ojos verdes. Él la había evitado. La instrucción tampoco había ido muy bien, pues los falsos ancestros obedecían a Leon por su vínculo de sangre, pero a ella no le hacían mucho caso e incluso uno de ellos intentó atacarla. No se debe atacar a un ancestro; eso al menos lo habían aprendido. Ya no quedaba nada de la heroína de Morgernstern. No tenía capacidad de liderazgo, no tenía su espíritu, había dejado atrás los valores de su familia. No era nada. Peor que nada: era un demonio.

Salió de su ensoñación cuando vio a Leon, que llevaba una larga capa negra igual que la suya, acercarse a uno de los centinelas por detrás. Podría haberle partido el cuello fácilmente desde esa posición, pero en lugar de eso esperó, siguiendo con cautela todos sus movimientos para no ser descubierto. Freya reaccionó por fin y se acercó desde el bosque hasta uno de los muros que hacían esquina. Corrió sin hacer ningún ruido y saltó hacia Leon, quien la recibió con sus manos juntas para darle impulso. Dio otro salto tan alto que logró alcanzar el alféizar de la ventana, a casi siete metros sobre el suelo.

Cuando vio que Freya estaba lista, Leon cogió impulso y corrió

pared arriba hasta encontrarse con la mano del ancestro. Pesaba tanto como parecía. Desde lo alto, la ancestro pudo ver al centinela que se volteaba, sólo para encontrarse con el muro de piedra de aquel puesto de guardia. Como si el viento le hubiera susurrado que la muerte le había pasado por al lado. Ese guardia ya estaba muerto, pero su fecha de ejecución había sido aplazada por el *upir* de ojos verdes.

Leon trepó hasta agarrarse también a la ventana. Había varios vampiros escribiendo en ese lugar. Habían venido demasiado pronto. El vampiro la miró hastiado y bufó. Al parecer, Leon había preferido no arriesgarse. Tocaba esperar. Afianzaron su agarre y apoyaron como pudieron los pies en la rugosa pared. Podían aguantar así varias horas sin problema. Además, estaban situados en una posición donde sus capas negras se fundían con la oscuridad de aquella torre de piedra, lo cual era una gran ventaja.

Pasaron unos treinta minutos completamente en silencio hasta que una de las luces del interior se apagó. Leon se asomó con cuidado desde la esquina y vio al gerente del lugar. Ahora estaba solo. Leon se descolgó de un brazo y cogió algo con sumo cuidado. Era una rata, la cual permanecía rígida como si estuviera muerta. La colocó junto al alféizar sin hacer ruido y la miró fijamente, justo antes de empujarla tan rápido como pudo hacia el interior. El animal salió de su estado letárgico y empezó a huir a un lado y a otro, desorientada, chillando y chocando con todo.

—¡Ah! —gritó el gerente sobresaltado por los desquiciados chillidos del animalillo— ¡Peste de ratas! ¡Fuera de aquí!

Se levantó para perseguirla hasta la entrada a patadas. Finalmente, la rata se escurrió por un pequeño agujero y escapó de las garras de su cazador, pero éste no escapó de las garras del suyo.

—Habría que limpiar este lugar de vez en... —empezó a decir mientras se giraba hacia la ventana. Dos vampiros vestidos de negro estaban delante de él, como si hubieran salido del suelo o los hubiera traído una ráfaga de viento.

El gerente intentó retroceder, pero ya era demasiado tarde. Ni siquiera podía gritar; todo lo que podía hacer es contemplar aquellos dos focos verdes que emitían una luz demoníaca. No podía

moverse.

—Ahora, escucharás todo cuanto tenga que decirte y obedecerás al pie de la letra todo cuanto escuches —la voz femenina y plácida perforó su mente como un dulce veneno—. Lo harás porque trabajas para mí. Siempre has trabajado para mí por encima de cualquier otro juramento, por encima un rey. Te acuerdas, ¿no?

—S-sí... ahora lo recuerdo, sí.

—No recordarás este momento ni recordarás estas palabras hasta que yo te las recuerde. O hasta que él te lo diga.

Freya miró a Leon y éste, con voz segura, dijo:

—Cuando yo te diga “Recuerda”, recordarás que nos debes obediencia y harás lo que tengas que hacer. ¿Entiendes? No antes.

—Entiendo —contestó mirando hacia aquellos ojos encendidos—. No antes.

Acabada su misión, dejaron al semiconsciente vampiro sentado frente a su mesa como si se hubiera quedado dormido mientras escribía. Así recordaría él ese encuentro, pero no los detalles ni quién o qué aparecía en su “sueño”.

La huida del fuerte fue algo más difícil que la entrada. Buscaron un ángulo muerto desde el cual el centinela de debajo tardaría varios segundos en descubrirlos y saltaron, ambos al mismo tiempo, en esa dirección. Rodaron por el suelo tras una larga caída. Con el calzado que llevaban no deberían haber dejado huellas fáciles de descubrir, y aunque lo hicieran, era un área en la que los habitantes de ese fortín iban y venían constantemente. Serían difíciles de localizar. Corrieron rápido hacia el bosque por si acaso el guardia había detectado el ruido provocado por su bajada. Estaban ya en lo profundo de la espesura, pero Leon no mostraba señales de detenerse. Freya le siguió, manteniendo el paso entre las gruesas y torcidas raíces que devoraban el suelo y asfixiaban a las plantas.

Aquel crecimiento monstruoso en los árboles parecía algo sobrenatural. Ya lo había notado antes, pero en esa zona era aún mayor.

—¡No te pares! —gritó Leon acelerando aún más.

Freya comprendió lo que el vampiro quería decir y corrió aún

más rápido. Estaban en el territorio de un espíritu maligno tan poderoso que había dado nueva forma a esa parte del bosque, convirtiéndola en su nuevo hogar. No podía decir si aquel demonio llevaba allí semanas, meses, años o incluso siglos, pero el que Leon quisiera evitar encontrarse con él a toda costa era razón más que suficiente como para no hacer preguntas hasta haberse alejado lo bastante del peligro. La oscuridad que les rodeaba aumentó, como si tuvieran a alguien pisándoles los talones. No sabía de qué exactamente, pero sentía un temor tan profundo que dejó aparte su lado humano y obligó a su cuerpo a moverse como el ancestro que una vez fue. Las tenebrosas raíces de los árboles se volvieron más finas y la oscuridad empezó a remitir de nuevo. Estaban a salvo ya, pero ninguno de los dos se atrevió a detenerse hasta que por fin alcanzaron un claro en el bosque. Freya reconoció ese lugar. Estaban en el camino que había cerca de la guarida. ¿Tanto habían corrido?

Leon jadeaba en la oscuridad, con el cuerpo sudoroso por el esfuerzo. Ella también, aunque algo menos. No se había dado ni cuenta.

—¿Hemos pasado por donde no debíamos? —le dijo a Leon.

—No —contestó él, aún tratando de recuperar su aliento—. Se ha movido para curiosear. O sólo quería decirnos “hola”. Me importa un carajo. Si puedo evitar tratar directamente con esa cosa, lo haré, hasta que la pueda matar, al menos.

—¿Cómo ha llegado a hacerse tan fuerte? ¿Es por los sacrificios que hacéis?

—Cuando le viene en gana se hace más fuerte. Pero sí, en algo influyen.

—¿Por qué alimentas a un engendro así?

—Porque es mi hijo y le quiero, no te digo... —espetó el vampiro—. Porque es importante.

—¿Para qué?

—¡Para lo que me a mí me dé la gana! —tronó su voz— ¡Cuando me quite todo este asunto infernal de encima podré dejar de lado todos estos ancestros y todas estas historias, pero hasta que no acabe, aquí estamos! Te he dicho que es algo que tengo que hacer y

te he dicho por qué.

Las palabras de Leon confirmaban las sospechas que Freya ya tenía.

—¿¡Ese demonio es el ancestro al que sirves?! —gritó alarmada.

—No. Sólo uno de los invitados.

Freya abrió los ojos de par en par.

—¿Estás loco? —Si había algún momento para poner a Leon en su sitio era ése— ¿Tienes idea de lo que puede hacer si consigue cruzar hasta este mundo? ¡Si ya es capaz de hacer todo eso imagina lo que hará si logra recuperar su forma humana! ¡No deberías permitir que eso pase! ¡Tú más que nadie deberías ser quien los detenga y no quien los invoque!

—Ya es un poco tarde. El ancestro que estoy invocando no tiene forma humana. —Un escalofrío recorrió la espalda de Freya mientras Leon decía estas palabras—. Ya he conseguido traer a dos. Al tercero no puedo traerlo, pero puedo echarle una mano hasta que todo esté completo.

—¿Y qué hay de tu ejército? ¿Qué pasa con tu plan?

—Distracciones a corto plazo. A largo plazo supervivientes. Quiero que sean capaces de sobrevivir a una guerra entre esos monstruos. Por eso tenerte con nosotros es tan importan-

Freya corrió hacia Leon y lo agarró por el chaleco negro.

—¿Cómo te atreves? —gritó con los ojos llorosos— ¿¡Cómo te atreves?!

Un demonio para aprender a defenderse de los demonios. Eso era ella. Nunca había sido más que eso. Por eso Leon la evitaba cuando no le hacía falta. Ella era el monstruo de monstruos. Nunca vería realizado su amor por él. Nunca conseguiría que Leon la viera como a una mujer. Siempre sería el demonio que le esclavizó una vez. El vampiro ancestro. Podría estar cerca de él como un animal domesticado, pero nunca dejaría de ser más que eso. Jamás podría albergar sentimientos de amor hacia ella.

No pensaba caer en sus propios delirios una vez más. No se dejaría perder por sus propias aspiraciones. Antes lo dejaría todo y se marchitaría de nuevo.

—Es lo que hay. Si no estás contenta ya sabes, pero yo me

pensaría muy bien lo que haces porque, lo quieras o no, en esta guerra que se acerca ya deberías saber tu papel. Tú eres el...

—¡No te atrevas a decirlo! ¡Por favor, Leon, no lo hagas!

—Eres el cuarto ancestro: el demonio de la desesperación.

Freya golpeó a Leon con todas sus fuerzas. No porque estuviera enfadada con él, sino porque le había obligado a recordar, a evocar las imágenes que habían resquebrajado su alma. Su castillo. Le golpeó con un miedo, una rabia y una aversión que estaban dirigidas hacia su propio origen. El vampiro de ojos verdes salió volando literalmente por la fuerza del golpe, pero apoyó los pies de nuevo y se estabilizó, con una sonrisa por la que se derramaba un hilo de sangre. Llorando, se abalanzó sobre él, pero Leon no se quedó quieto. Detuvo el brazo de ella con el suyo propio y la golpeó. Nunca había recibido un golpe tan fuerte. Era cierto que al no alimentarse lo suficiente sus habilidades a veces se reducían hasta niveles casi humanos, pero la rabia que la había dominado había despertado en ella toda su fuerza de ancestro y, aun así, la cabeza de Leon seguía en su sitio. Normalmente un golpe así lo habría matado.

Su caída hacia atrás fue detenida por el suelo de tierra blanda. Le había dolido por unos segundos, pero ya no. Lo único que le dolía ahora era algo que no estaba muy segura de conservar: su alma.

—Me voy —dijo levantándose—. Todo funcionará igual sin mí, no pierdes nada. Yo... lo siento.

Quería salir de allí. Su ira se había calmado, pero su vergüenza permanecía allí. Ella era el cuarto ancestro: el demonio de la desesperación, pues era desesperación lo único que podía anidar en su torturada alma. Dos más habían llegado ya y un tercero libraría esta guerra a través de Leon. Ni siquiera sabía con exactitud el propósito de aquel enfrentamiento. Sólo sabía que dependiendo del resultado el fin del mundo le seguiría. No podía. No podía participar en algo así. No entraría en su diabólico juego.

El vampiro de ojos verdes no intentó ir tras de ella. No; no necesitaba un ancestro débil que no podía aceptar su propia naturaleza. Él lo había hecho hacía ya mucho tiempo. Si ella era

incapaz de hacerlo entonces no le servía. No hacía falta que le dijera nada para comprender eso.

¿Buscaría otra presa esta noche? Sí, pero esta vez no por los mismos motivos de siempre. Esta noche no le importaba quién fuera. Necesitaba depositar todo su dolor en otro cuerpo y con ello causar la muerte de alguien. No podía evitarlo. No lograría evitarlo nunca. El destino la había elegido como cuarto heraldo de la destrucción.

Capítulo 34: De la vida y la muerte. Una larga noche

Cuando llegaron a la iglesia Blanche, echó a correr. Rea adivinó al instante que aquel hombre que se desmayaba en la entrada era el hombre al que ella estaba buscando. El cazador de vampiros. Quizás si se hubiera mantenido de su lado más racional hubiera intentado ir en dirección contraria y escapar de aquel hombre que, después de todo, acababa con los que eran como ella, pero Rea escuchó a los sentimientos de confianza que tenía hacia su nueva amiga. Esta vez no sería ni una víctima pasiva ni un títere verdugo sin consciencia. Mientras corría para ayudar, algunas imágenes del final de su vida anterior pasaron por su mente. Concretamente de cuando tiraba de su madre para poder escapar de su asesino. Ésa era ella. Aunque no pudiera recordar más de su vida anterior, eso era suficiente y valioso, pues le indicaba que su voluntad era fuerte y lo seguiría siendo siempre que así lo recordase.

El cazador de vampiros se desplomó, aferrado aún a su espada como un náufrago a una tabla flotante. Blanche tiró de él, pero apenas podía con aquella masa exhausta y casi sin vida.

—¡Ayúdame! Por favor —suplicó ella.

—Para mí la cabeza, para ti las piernas —contestó Rea—. Tenemos que llevarlo a una enfermería y atenderle allí.

—Hay una dentro de la iglesia —asintió—. Sígueme.

Entre las dos cargaron con el pesado cazador, que era un peso muerto difícil de aguantar. Rea intentó concentrarse para “ser más fuerte”, pero no lo logró. Quizás el secreto era otro.

—¡Hermana Blanche! —exclamó un monje al verlas entrar.

—Ahora no. Tenemos que ocuparnos de este hombre. ¿Puedes traer algo de agua caliente y unas toallas? Las necesito en la enfermería cuanto antes.

—Le vendría bien una sangría si tan mal está —le contestó.

—Si le hacen una sangría no pasará de esta noche —contestó la monja apesadumbrada—. Este hombre no tiene casi sangre en el cuerpo.

Por suerte, la enfermería no estaba tan lejos y pudieron llevarlo hasta allí tras un último esfuerzo. Blanche se movía de aquí para allá reuniendo hierbas y preparando mortero y mazo. De entre las plantas que había, Rea pudo reconocer un diente de león y algo que parecía una rama de pino tierna de entre otras.

—Rea, necesito que metas esto en el mortero y lo machaques con el mazo hasta que quede uniforme. ¿Sabrás hacerlo?

—Creo que sí.

—Pues adelante. Yo iré a buscar más eneldo y unos ajos.

Se dedicó a la tarea que la monja le había ordenado con toda su voluntad. Tenía que salvar a ese hombre, aunque sólo fuera por devolverle el favor a Blanche. ¿Debía? Ese hombre era un cazador de vampiros. Vanya le había dicho que normalmente no eran una amenaza para los vampiros antiguos, pero ella no lo era. Si Blanche había reconocido lo que era, tal vez él también lo hiciera. ¿Y si volvía en sí e intentaba acabar con ella? No. Estaba siendo una tonta. No podía volver en sí en ese estado. De repente se dio cuenta. Tal y como anteriormente había visto “hilos rojos” cuando se mezclaban sus sentidos, ahora podía ver la vida de aquel hombre. Tenía muchas posibilidades de morir. No estaba enfermo ni tenía mala salud y sin embargo estaba muriendo. Ella era capaz de verlo con sus propios ojos, como hilos escarlata que envolvían a todo ser viviente. Hilos de tragedia tejidos con sangre. Volvió a golpear el mortero para mantener la concentración. No debía dejarse llevar por esas sensaciones. Si ocurría, acabaría haciendo algo horrible antes de que Blanche volviera. ¡Maldición! No debía haberse quedado sola con él. Debería haberlo pensado. Debería haberlo pensado para no haber caído en aquella trampa tanto para

su futura víctima como para ella. No. No. No. ¡No! No podía dejarse llevar. No se dejaría llevar. Ni siquiera los ojos malditos de su asesino habían logrado que perdiera el control. ¿Ojos malditos? ¿De qué estaba hablando? En su mente convergían pensamientos, ideas y conocimiento que no le pertenecían. En aquellos momentos Rea no era Rea y pasaba a ser...

Golpeó el mortero más rápido aún, haciendo temblar el soporte de madera en el que éste estaba apoyado. Ahora veía incluso más hilos: los suyos, los de uno de los libros de la repisa, los de alguien que rezaba en la sala contigua. Por fin lo comprendía. Aquellos pensamientos no eran suyos. El vampiro que había atacado a Vanya y matado a Josué el vidente no era ella, sino aquella forma diabólica que la atormentaba una pesadilla tras otra y la poseía, saciando su sed de muerte, acabando con todo aquello que temía y protegiéndola de todo cuando la amenazaba, así como saciándose cuando lo necesitaba. Sin embargo, no la había protegido de Leon. El vampiro había tenido que conjurar la sensación de hambre en su interior y aun así había fracasado en hacer salir a aquella oscura criatura que tomaba el cuerpo de Rea. Quizás por eso se podía comportar como una humana normal. Rea era aún aquella chica que había sobrevivido al asesinato de su familia, pero también era el vampiro en el que se había convertido. Ambos seres en un único recipiente. Cuando Rea dominaba carecía de la potencia y la percepción de aquel otro ser, y cuando ELLA dominaba, un instinto brutal de supervivencia tomaba el control, más allá de la razón, de sus memorias y de sus pensamientos. Por eso cuando ambas se juntaban ella se sentía abrumada por aquel mar de sensaciones. No es que fueran desagradables, es que eran demasiado para ella hasta que las supiera controlar.

—Así vas a romper el mortero —dijo Blanche, casi bromeando, desde la entrada.

Inmediatamente salió de su ensoñación, parando por completo el torrente incontrolable de pensamientos y visiones que la asaltaban.

—Lo siento —se disculpó volviendo a un ritmo más humano.

—Mira —dijo la monja tomando su mano—: tienes que hacerlo

así. Firme y constante. No hace falta hacerlo rápido, pero hay que asegurarse de que queda bien machacado. ¿Lo ves?

—Ahora sí. Vamos, Jean, entra que se van a enfriar.

Por la puerta apareció también un joven monaguillo cargando dos cubetas hasta arriba de agua. Blanche cogió una de ellas y la aupó hasta el soporte de madera. Allí, tras una breve inspección a la mezcla que había molido Rea, la echó en el agua junto con algunas de las otras hierbas troceadas. Después introdujo una de las toallas en el cubo y la colocó con un cariño maternal sobre la frente del cazador de vampiros. A medida que la noche se fue alargando, Blanche volvía a calentar el agua y se la colocaba una vez más al antiguo soldado.

—No podemos hacer mucho más por ti —le dijo acariciando su rostro febril—. Sólo rezar. Siento que haya pasado esto. No contaba con que encontrarías lo que sea que has encontrado.

—*Kasia...* —contestó el cazador—. *Kasia... przykro mi.*

—No hay nada que perdonar. Sólo descansa y recupera fuerzas. Todo está bien.

—¿Está delirando? ¿Es eso la lengua de los vampiros?

La pregunta de Rea borró la cara de preocupación de Blanche, provocando una risa plácida y sincera. Era muy agradable oírla reír, pero por otra parte Rea se inquietó.

—¿Eh? ¿He dicho algo gracioso?

—No, no, perdona —dijo la monja aún riendo—. No me estaba riendo de ti, es que... bueno, eso era polaco. Una lengua del norte de Europa. Me ha hecho gracia lo de “lengua de los vampiros”, lo siento.

Si existía algo semejante, Vanya no se la había mencionado. Normal que Blanche se hubiera reído. Ahora que pensaba mejor lo que había dicho, era una idea ridícula.

—¿Cómo sabes que era polaco? —inquirió Rea, sonriendo aún ante la idea de “la terrorífica lengua de los vampiros”.

—Estuve en Polonia una temporada cuando era una chiquilla aún y aprendí a chapurrearlo. Es una historia muy larga y mejor que no la cuente ahora. Necesito estar alerta para que no se nos vaya esta noche. Esta semana va a ser larga y necesitará cuidados

constantes. Sé que es mucho pedir pero, ¿harías el favor de ayudarme por un tiempo?

—No, no es mucho pedir. Lo haré encantada.

—No sé muy bien lo que tiene —suspiró Blanche—, pero me temo lo peor.

—¿Le han mordido?

—Al principio creía que sí, pero no estoy tan segura. Además... no parece normal. ¿No lo has notado?

—¿Qué quieres decir?

—Perdona, a veces pienso que todos los vuestros sabéis de esto. Al verlo tan pálido y desmayado pensé que lo habrían mordido y había conseguido escapar, pero parece más bien... como si lo que le ha atacado no hubiera dejado ni una sola huella, si no contamos un par de arañazos. Y un pequeño corte por encima de la ceja. No hay ni rastro de mordedura. Si no fuera imposible diría que en vez de sangre...

—Lo que ha menguado es su fuerza vital —terminó Rea.

—Sí. Parece mentira, lo sé, pero...

—Hermana... antes, cuando me has dejado sola, he sentido de nuevo ese impulso. Me estaba costando controlarme hasta que has venido de nuevo. Lo siento.

—Lo importante es que has aguantado —dijo ella—, pero tendré más cuidado a partir de ahora. Intentaremos evitar situaciones como ésta. No te cargues tú sola con todo. Hagámoslo juntas, ¿vale?

—Gracias, eres muy buena conmigo. Pero lo que quería decir es que a veces cuando empiezo a perder el control siento y pienso cosas extrañas. Creo que he visto la vida de Klaus, como si pendiera de un hilo. Podía ver su vida como si fuera una tela rasgada. De color rojo, casi como humo. También he visto la mía y, aunque parezca mentira, también he sentido vida en uno de los libros de la repisa. Ah, siento no poder explicarlo mejor. Con lo que estoy diciendo te pareceré una chiflada.

Blanche se acercó y le puso la mano, algo húmeda, en la frente.

—No. No lo creo y tampoco estás delirando —bromeó—. A veces vemos cosas que no podemos comprender. Si te has convertido hace poco creo que es normal que pase. He leído más

sobre cómo tratar heridas producidas por vampiros o sobre cómo destruirlos que sobre lo que sienten, piensan o perciben. Tampoco es que haya muchos libros sobre eso, pero creo que lo que te ocurre es normal. Hay vampiros que tienen habilidades extrañas. Algunos cantan para atraer a sus víctimas, otros se aparecen en los sueños de la gente... incluso se dice que algunos pueden ver el futuro, pero claro, muchas veces se mezclan las leyendas sobre ellos con lo que realmente sabemos.

—¿Cantan? —dijo Rea.

—Sí. Como si pudieran mesmerizarte con su voz.

—O con la mirada —añadió ella—. Como Leon.

—¿Leon? ¿Así se llama el que persigues?

—Sí, bueno... el que persigo y me persigue. Me da un poco de miedo saber que me estaba buscando. ¿Crees realmente que quería que me uniera a él?

—No sé. Parecía que estuviera allí sólo para provocarte y ver cómo te desenvolvías. Tal vez quiera utilizarte. No te fiarás de él, ¿no?

—¡No, no! Claro que no.

—No importa; cuando llegue la hora seremos nosotros los que le encontraremos fácilmente.

—¿Fácilmente? ¿Cómo? Escondite por escondite podríamos tardar mucho tiempo.

—No quiero tirarme flores, pero me enseñaron a localizar vampiros desde que era una niña y lo hacía bastante bien. Además —añadió—, tenemos algo que nos llevará hasta él directamente.

Rea palideció.

—¿Te refieres... a mí?

—No, querida, no —tomó su mano, algo turbada—. Eso sería horrible. No te utilizaría como cebo. Haré cuanto esté en mi mano para que ese canalla jamás te ponga una mano encima. Me refería a la sangre que he conseguido esta mañana.

—Menos mal —Vanya seguramente lo habría hecho sin dudar—. ¿Qué ocurre con la sangre?

—Aprendí un método para rastrear según la sangre. Es como una brújula que señala en dirección del vampiro. Quizás seas tú la

que ahora cree que yo estoy loca —sonrió.

—¿Me enseñarías cómo funciona?

—Sí. En realidad es muy sencillo, lo primero es... espera, no hables.

La chica obedeció. La preocupación en el rostro de la monja se acrecentó cada segundo de silencio que pasaba.

—¡No respira! —exclamó levantándose del asiento.

Corrió hacia el cazador de vampiros y se le acercó al rostro.

—Nada. No oigo nada, ¿y tú?

—Tampoco —dijo Rea.

Alarmada, la monja puso su cabeza en su pecho y escuchó. Pasaron unos perturbadores instantes de creciente tensión. A pesar de ello no tuvieron tiempo de preocuparse más, pues el brazo de Klaus atrapó la cabeza de Blanche y la abrazó contra él.

—¡Au! —se quejó ella, recibiendo como única respuesta unos sonoros y largos ronquidos que provenían del antiguo soldado.

Rea rompió a reír y, al ver lo cómico de su propia situación, la monja la imitó.

Estuvieron un buen rato sin poder parar hasta que finalmente, Blanche pudo liberar su cabeza de la presa del cazador de vampiros y se sentó de nuevo junto a Rea.

—¿Ves como te lo dije? —dijo aún riendo— ¡Es que el pobre es un bruto!

La hermana Blanche y Rea pasaron el resto de la noche haciendo turnos para vigilar al cazador, aunque tenía la impresión de que la monja pasaba mucho más tiempo despierta que ella. Hubiera querido preguntarle más cosas sobre cómo controlar aquel extraño impulso, pero lo dejó estar. Por ahora no le molestaba. Además, tras su carácter alegre podía notar que Blanche se sentía culpable por lo que le había pasado a ese hombre, fuera lo que fuera. Los ratos que Rea pasó despierta se centró en cuidar al cazador de vampiros, aunque como eso no le tomaba tanto tiempo también decidió hojear los libros de la estantería. Los había de medicina y religión, sobre todo, pero había uno que estaba algo fuera de lugar: el libro en cuyo interior había visto los hilos de sangre. Se acercó a inspeccionarlo curiosa y lo cogió entre sus dedos, con cuidado. Era

un libro antiguo, pero su contenido era bastante decepcionante. Había esperado algo más misterioso que una recopilación de obras de teatro.

De todas formas las intentó leer, por un tiempo. Cuando por fin se rindió ante aquel lenguaje arcaico y complejo, despertó a Blanche que la relevó.

Por primera vez en varios días, las pesadillas no volvieron. En su lugar, tuvo sueños cortos en los que veía una hermosa y cómoda habitación, quizás recuerdos de una vida que ya no volvería. Siempre era mejor que volver a aquel templo de muerte y oscuridad.

Capítulo 35: Preparaciones de batalla

El claro septiembre pasó a un sombrío octubre. Durante todo ese mes, el palacio del Rey Carmesí se convirtió en un hervidero de soldados, mensajeros, ejecutivos y administradores deambulando de aquí para allá a toda prisa. Las noticias de la repentina invasión por parte del imperio de la tormenta habían sembrado el pánico en la mayoría de las provincias. Al principio había sido un ataque disperso para ganar más territorios y más rápidamente, pero ahora el gran ejército enemigo, encabezado por el nuevo zar, dirigía a sus tropas como un único bloque; estaba retando al Rey Carmesí a enfrentarse con él directamente.

Quería una guerra rápida y al parecer lo estaba consiguiendo. El poderoso zar había provocado un verdadero torbellino, tanto política como militarmente. Al principio lo había mantenido en secreto para gran parte de los ciudadanos hasta que, pasado apenas un mes, no hubo manera de seguir ocultando nada. No obstante, la forma de mantener la cohesión entre los suyos era admirable; apelando al patriotismo y a la unión contra el enemigo, el zar Sergei había incendiado los espíritus de los vampiros de más baja casta. A ese ritmo podría llegar a controlar el norte de Francia antes de terminar el año. Claro que controlar era algo que se no podía hacer con un grupo pequeño, así que eso al Rey Carmesí no le preocupaba. Como era de esperar, Sergei tenía los ojos puestos en la batalla; Cornelius los tenía en la guerra.

Desde hacía unos años, el monarca había incluido entre los suyos una serie de leyes que otorgaban mucha más libertad a los vampiros del clan, en especial a aquellos que habían servido

militarmente. Aquella época de bonanza por parte de Cornelius había hecho que sus súbditos lo adorasen y, a pesar de haber acertado peligrosamente el crecimiento de las arcas, el rey se había asegurado la lealtad y la felicidad de sus súbditos. Todo ello había sido como un contraataque lento que había empezado mucho antes del ataque en sí; los vampiros del dragón carmesí se habían unido en una furibunda horda que juraba lealtad al buen monarca que les había otorgado tantos privilegios en el pasado. Su Majestad había señalado al belicoso imperio como a la fuente de todos los infortunios recientes, así como de los causantes de que todas estas libertades anteriores tuvieran que cesar. Por una parte se aseguraba un pueblo leal, por otro tenía una política más opresiva que nunca que la mayoría del pueblo, e incluso algunos de los altos generales, seguía justificando ciegamente e incluso aplaudía. Cornelius los despreciaba a todos. Eran estúpidos y no tenían pensamiento crítico alguno.

O el zar Sergei no era consciente del valor estratégico de estas políticas o no les prestaba atención. Sin embargo, los miembros del consejo del clan tormenta sí que lo hacían.

En palacio, la Condesa había frustrado un intento de asesinato contra uno de los generales. Lo cierto es que alguien había atentado también contra su vida, pero atacó en su lugar a otro de los agentes con su mismo nombre. La reacción de la agente fue instantánea y eficaz, sin embargo, cuando el asesino fue derrotado y reducido, éste empezó a tener convulsiones y murió antes de que se le pudiera interrogar. Se había envenenado. Cornelius estaba complacido y dejó que los rumores sobre los asesinatos permearan hasta los oídos de Sergei; el Rey Carmesí sabía que esos no eran los métodos del nuevo zar y que, por lo tanto, había miembros del consejo actuando por su cuenta, con toda la agresividad que aquella situación requería.

Aunque eso no era del todo cierto: algunos de los generales carmesíes más dados a creer en conspiraciones pensaban que todo había estado siempre bajo control y que los verdaderamente

devotos a la causa del rey nunca se habían encontrado bajo un peligro real, pues los asesinos habían sido enviados para quitar del medio a algunos oficiales de baja lealtad por la red de agentes del mismísimo Cornelius. Ninguno de ellos lo decía abiertamente, pues su reputación se resentiría gravemente, pero tenían razón a medias, pues ambas cosas eran ciertas.

Eso no era lo que pensaba el zar, y cuando éste sentía que los miembros del consejo podían estar actuando a sus espaldas, las represalias se volvían más frecuentes e indiscriminadas. No todos los rumores eran infundados, de eso no cabía duda; muchos de los altos miembros eran ambiciosos y deseaban ser aún más importantes, y aún más ricos y poderosos aunque eso supusiera tener que moverse contra los deseos del nuevo zar y desafiar su autoridad. Después de todo sólo era uno de ellos que acababa de “ascender”. La respuesta de Sergei no se hizo esperar: cortó las cabezas de algunos de los miembros sospechosos y mandó depositar los restos —más bien simbólicos— en una de las fosas comunes en las que enterraban a los enemigos humanos vencidos. La división de opiniones entre las líneas enemigas se hizo aún más evidente cuando nuevos miembros leales a Sergei I subieron al consejo y escalaron posiciones rápidamente. Una situación similar ocurría con las tropas: a pesar de estar animadas por tantas victorias, las turbulencias dentro de su propio territorio hicieron que algunos soldados perdieran la fe en el nuevo imperio e intentaran desertar. Sergei tomó unas medidas tan severas contra los desertores que se hizo popular el dicho “en el ejército del clan tormenta es más valiente quien retrocede que quien avanza.”

El nuevo zar había aguantado todos los golpes que el rey Cornelius le había preparado, pero había resistido a todas las intrigas haciendo que más y más poder recayera sobre él y eso tenía un precio. En sólo un mes se había convertido en el emperador absoluto del norte, a pesar de seguir siendo aparentemente otro zar que dividía sus poderes con la élite del clan tormenta. Con todo el peso de las responsabilidades del consejo y toda su autoridad, el zar Sergei era el centro de un torbellino que amenazaba con devorar a todos los que se opusieran a él.

El Rey Carmesí también había hecho eso en su día y sabía a la perfección lo que hacía falta tanto para mantenerse en el poder como para perderlo. Si eso sucedía, si Sergei perdía el trono o moría, el caos absoluto reinaría y seguramente habría más zares en un mes que miembros del consejo quedarían para firmar la rendición cuando la guerra acabara. Eso si el dragón carmesí lograba detener al ejército que bajaba desde Rusia casi imparable. Era como intentar cazar a un oso enfurecido: las flechas se clavaban en él y lo iban matando lentamente, pero si seguía avanzando podía acabar cazando a sus cazadores.

Casi todo el mundo se había reunido en el exterior del palacio subterráneo en un festejo de celebración. La orquesta tocaba el himno carmesí una y otra vez, las banderas ondeaban y había paradas y desfiles por todo el exterior del palacio. Era como una gran ceremonia de inauguración en la que gente de todo el reino había venido, sólo que había soldados por todas partes y un interminable campamento que se había levantado al norte del palacio.

Predominaba el francés como idioma principal, pero también se podía oír italiano, español e inglés y, en menor medida, latín, griego antiguo y alemán. Este último predominaba entre los excelentes músicos, pero también entre algunos antiguos y peligrosos políticos que habían aguantado casi medio reinado de Cornelius en sus respectivas posiciones, o incluso las habían mejorado. Aquellos eran los “ancestros” de la política; gente a la que no convenía provocar.

Todos celebraban hoy la partida del ejército real, con la mayoría de generales importantes allí reunidos y gran parte de agentes especiales, de entre los cuales había varias “condesas”, casi ninguna de ellas visible por el momento.

A pesar del tumulto, las diferentes secciones estaban organizadas con una precisión magistral. Era evidente que los principales comandantes del dragón carmesí estaban todos en ese lugar. No se permitía el más mínimo error y toda actividad había sido revisada cientos de veces.

Ningún otro evento parecido se había llevado a cabo en al

menos cincuenta años. Los soldados portaban una armadura de metal reluciente y sólido, cubierta con una tela de color carmesí con bordes dorados. Cada coraza era una obra de arte que había sido producida en serie para que todos los soldados del clan fueran el mismo guerrero sin rostro, la misma unidad perfecta que avanzaba y retrocedía con el ímpetu traicionero de las olas marinas. Una oleada carmesí que teñía el campo de batalla con la sangre de sus enemigos. Casi todos los soldados llevaban alabardas y picas largas como armas primarias y espadas o mazas como secundarias. El Rey Carmesí también empleaba caballería pesada, a la vieja usanza. Aunque parecía haberse quedado obsoleta en esta guerra moderna, los caballeros reales de Cornelius siempre se mantenían al margen hasta que su hora llegaba, y entonces cargaban sobre las líneas enemigas, las arrasaban y se retiraban para que la infantería terminase el trabajo. Típico de Cornelius, su caballería era como una salva de cañonazos que caía donde el enemigo estaba menos protegido. Había también un gran número de bayonetas y fusiles, pues a pesar de no poder matar a un vampiro, fácilmente podían incapacitarlo para la batalla. Las balas habían sido bañadas en una sustancia que pudría las heridas desde el interior, haciendo muy lenta la sanación aunque se tratase de un vampiro veterano. Ese tipo de munición era la que el imperio utilizaba, pero los investigadores carmesíes se las apañaron para analizar la fórmula de las balas y replicarla para uso de su propia facción. De todas formas, el enemigo la habría perfeccionado aún más en estos últimos años, con lo que Cornelius esperaba que tuvieran más potencia de fuego que los suyos.

Uno esperaría un ejército más grande, pero eran menos de quince mil efectivos, de los cuales únicamente cuatro mil eran vampiros. Cuando se unieran al resto de tropas formarían un total de entre diez y doce mil vampiros armados, ciento cincuenta mil soldados y diez mil de reserva, sin contar a los dos mil guardias de élite vampiros, que protegerían el campamento y al inmenso número de auxiliares, que no eran tantos como los soldados pero

abultaban mucho más, pues cargaban con todas las provisiones del ejército real, que al menos aguantaría cuatro meses sin tener que recuperarse en una ciudad. Aunque no era un ejército que estuviera preparado para un largo conflicto, porque esta vez algo era diferente: de todas las guerras que habían ocurrido antes, ésta iba a ser ganada o perdida en un único encuentro al que el Rey Carmesí en persona se dignaría a asistir. Aceptaba el desafío del terrible zar Sergei y se preparaba para avanzar con todo para corresponder al asalto frontal de su enemigo. Por eso había tanto movimiento en el palacio; por eso hoy la guardia era más perfecta que nunca y todo estaba mejor preparado: Cornelius se movía y exigía una máxima eficacia, pues iba a encabezar a sus ejércitos personalmente.

El monarca del clan carmesí iba subido en un caballo blanco que ensalzaba su ilustre figura, vestido con una armadura dorada de general romano y una larga capa roja, con la corona ceñida y la mirada distante. Seguía llevando el maquillaje blanco sobre su rostro y manos, incluyendo también los labios, que eran tan blancos como el resto de la cara salvo por una línea morada en el centro del labio inferior. Era una imagen extraña, pero imponente. El Rey Carmesí Cornelius aguardaba el instante en el que el ejército aliado y el invasor chocarían por fin. Había preparado ya su estrategia, que iría cambiando con el curso de los días según fueran avanzando contra Sergei y según los movimientos que éste mostrase. En efecto, el ejército imperial era una bestia furiosa, pero si Cornelius hacía una demostración de fuerza lo bastante grande como para vencerlo directamente, entonces el nuevo zar quedaría ante su pueblo como un líder débil e incapaz. Ello no quería ser que en efecto lo fuera; Cornelius sabía lo peligroso que el hasta hace poco segundo vampiro más importante del clan tormenta podía ser. Era capaz y belicoso, con una disciplina y valor superiores, pero se centraba en hacer que sus súbditos obedecieran y eso era sólo uno de los extremos necesarios para ser un buen gobernante: si los súbditos están complacidos pero no te obedecen, no tienes estado, pero si los súbditos te obedecen y no están complacidos estás condenado a

la rebelión. El rey Cornelius había hecho ese experimento con una de las monarquías más importantes y populares de Europa y el resultado había sido la revolución más grande de la historia de la humanidad. Le costó mucho volver a encauzar la situación y el caos que él mismo había provocado, y las tropas del clan tormenta se apelotonaron en la frontera durante décadas, con algunas escaramuzas entre señores feudales de las distintas facciones. De no ser por la prudencia de Borislav II, la guerra habría terminado ya con un claro vencedor, no necesariamente Cornelius.

A pesar de que ambas fuerzas estaban equilibradas y que Sergei probablemente contaba con equipamiento más moderno, el Rey Carmesí contaba con que su estrategia fuera superior a la de su enemigo y que el miedo hiciera mella entre las tropas imperiales. ¿Pero cómo inspirar terror en un ejército que veía más seguro avanzar que retroceder? Con una estrategia vencedora lograría detenerlos, pero no sin sufrir grandes pérdidas. Necesitaba un gran golpe; algo que fuera tan temible que los soldados enemigos pensaran en huir despavoridos nada más verlo.

—Condesa Bathory —llamó el monarca.

—¿Sí, majestad?

La condesa se acercó y se inclinó unos pasos por delante del caballo del rey.

—¿Si os utilizara como cebo contra todo un ejército estaríais dispuesta?

—Sin duda, majestad —dijo sin pensárselo dos veces.

—¿Podrías aguantar sola a las fuerzas enemigas hasta que el resto de tropas se os unieran? No estoy hablando de con un grupo pequeño de hombres o luchando en guerrillas; me refiero a campo abierto.

—Podría vencer contra un grupo grande de soldados —dijo tras una breve pausa—, si me preparo bien quizás contra un batallón. Un ejército acabaría siendo demasiado y podrían detenerme sólo con su número, más teniendo en cuenta al ejército al que nos enfrentaremos. Una avanzadilla no sería un gran problema. Debería bastarme sola para contenerlos y causarles grandes bajas. Cuento con el factor sorpresa y con una de mis últimas habilidades.

También con la leyenda que existe sobre mí. Los vampiros del norte intentan parecer modernos y sofisticados, pero en el fondo siguen siendo una panda de ignorantes supersticiosos que se niegan a mirar donde nosotros lo hacemos. Si les ponemos delante algo que sus pequeñas mentes no pueden comprender, entrarán en pánico.

—¿Así lo creéis también? —sonrió el monarca, cuyos ojos brillaban ambiciosamente ante esa idea.

—Sí. Y aun así, funcione o no, siempre que la victoria en ese encuentro sea nuestra, la guerra terminará en nuestro favor.

—Siempre que el zar sea capturado, asesinado o ridiculizado. Sergei es valiente, pero no tan insensato como para realizar un duelo con vos. Esas son costumbres ya perdidas. Además, como monarca se supone que soy el único oponente digno de enfrentarse a él. Sólo la reina Bathory podría enfrentarse al zar Sergei Vorobiov, claro que nadie se atrevería a enfrentarse a vos como dirigente del reino carmesí. Siempre me he preguntado por qué no reclamabais el trono para vos y os enfrentabais a la muerte sin ningún tipo de temor. Por una vez me gustaría tener una respuesta que no haya adivinado yo, sino que venga por vuestra parte.

La Condesa no tuvo que pensarlo:

—El trono de todos los vampiros no me pertenece, majestad, y no sabría lo que hacer con él y en vez de utilizarlo para un propósito como vos, terminaría distrayéndome de mis tareas como hechicera. No es algo que llame mi atención.

—Pero vos os dedicasteis ya en el pasado a defender vuestras tierras.

—Eso es cierto, majestad, pero lo hice porque eran las tierras de mi marido y el honor de mi familia debía de ser restaurado. Puedo hacer las tareas de los hombres mejor que la mayoría de ellos, pero eso no quiere decir que lo prefiera. Es por eso que en mis últimos años en Cachtice descuidé mi obligación con mis tierras y me dediqué a mis propias pasiones. Fue un error, pero fue un error natural.

—Soy un rey afortunado —dijo el monarca— pues mi más leal agente jamás fue mi súbdito. Te doy las gracias nuevamente y espero que sobrevivas a la batalla.

Con un gesto le ordenó que se fuera. Erzsebet se inclinó de nuevo y dio tres pasos hacia atrás antes de darse la vuelta y volver a meterse entre el gentío. Había comprendido las intenciones del monarca: iba a sacrificar a su pieza más valiosa para ganar el juego. Ella estaba conforme con esa decisión. De hecho, era él quien parecía más apenado. Cornelius tenía más miedo a que ella muriera que ella misma. No, no era simplemente eso. Si Erzsebet no caía en la batalla ella sería libre y también desaparecería de la vida del monarca. Ella era lo único que tenía parecido a un amigo de verdad, oculto tras las cortinas del protocolo que él mismo había impuesto. El apego del rey no era amor ni atracción física, pues era bien sabido que el monarca, como muchos otros emperadores romanos antes que él, tenía otro tipo de preferencias. Ella también lo veía como a un viejo compañero, en cierto modo, pero, al igual que a su propia vida, no le tenía apego alguno. Cuando el momento llegara cada uno tomaría su camino, en la vida o en la muerte. Sacó un anillo de oro de su bolsillo y lo colocó en su dedo índice. Era el momento de probarlo. Para la gema central había decidido usar un zafiro, rodeado por cuatro rubíes mucho más pequeños. Había ido preparando esas gemas durante décadas, pero no les había dado una intención clara hasta hacía unos días. No sabía si funcionaría.

—Alexander —dijo.

El muchacho no contestó, pero le llegó una visión de él. Lo habían desangrado casi hasta matarlo. Por un momento pensó que el Rey Carmesí había descubierto sus intenciones y había decidido poner fin al asunto acabando con el chico y con ella, pero luego pensó con más lógica. Cornelius había bebido la sangre de Alexander, como siempre. Eso le daba la vitalidad de un *upir* y algunas habilidades únicas. En Cornelius, sin embargo, no se había desarrollado la habilidad para ver el futuro como al niño vera sangre, sino que potenciaba sus habilidades latentes. Se volvía más fuerte, más inteligente y más rápido en caso de necesitarlo.

—¿Te han drenado así debido al viaje del rey?

No contestó.

—Si me estás oyendo y la respuesta es sí, mueve la cabeza.

Alexander permaneció inmóvil unos segundos y por fin la

movió.

—Tengo tu anillo y sé que funciona. Te veo claramente sólo con pensar en ti. Eso será suficiente por ahora. Como parece que no estás en condiciones de hablar continuaremos esta conversación más adelante. Eso si “Carmille” aparece, claro.

Se quitó de nuevo el anillo y volvió a ocupar una posición adecuada para escoltar al monarca. Hoy no podría dedicarse a su meditación. Más le valía practicar a fondo si quería sobrevivir a la gran batalla que se acercaba.

La celebración aún duraría varios días, pero al alba, todas las fuerzas militares se movilizarían hacia el norte, con la carroza real bien protegida por la élite de los soldados reales y por Erzsebet. Victoria o muerte. Los soldados cantaban y practicaban; había oficiales aquí y allí intentando mantener la situación lo más ordenada posible y capitanes recordando a los soldados los diferentes tipos de maniobras. Todos estaban motivados, incluso el rey y Erzsebet. Ambos sabían que, en efecto, victoria o muerte era lo que ocurriría en la siguiente batalla, aunque a diferencia de la condesa y el nuevo zar, Cornelius había estado esperando ese momento durante mucho tiempo y eso lo convertía en un oponente mucho más peligroso, sobre todo cuando su habilidad para planificar batallas no tenía parangón. Dos dirigentes chocarían antes de que el invierno cayera con toda su fuerza sobre ambos clanes. Sólo uno lograría ver el siguiente año y coronarse como el emperador supremo de todos los vampiros.

Como dijo el primer emperador de Roma al cruzar el río Rubicón: la suerte estaba echada.

Interludio: Fête des morts

Como una gigantesca lechuza negra de ojos encendidos, emergió del bosque y ascendió hacia los cielos hasta tapan con su inmensa forma negra la luz de la luna llena. Luego, cayó en picado hasta estrellarse contra el suelo y estallar en una ola de humo oscuro que asoló la ciudad entera. Era final del día conocido como *Fête des morts*, y las almas atormentadas respondían a la llamada del espíritu que las reclamaba; los demonios que deambulaban por la sombría ciudad de Lyon la sintieron y salieron de sus escondites. Desde objetos malditos a grietas y cavernas o edificios abandonados, desde las tenebrosas callejuelas hasta los afilados tejados; miles de sombras sintieron la llamada y despertaron. Entraron en los sueños de los habitantes de la ciudad y los corrompieron, manifestando en ellos todos sus temores y alimentándose del miedo que estos provocaban. Las chimeneas de Lyon humeaban mucho más negras esta noche; era la oscuridad de las almas impuras que aún deambulaban por el mundo causando infortunios, mostrándose únicamente en visiones y pesadillas. Eso era ahora ella, una pesadilla, sólo que lo bastante real como para arrasar la ciudad entera si se lo proponía. El vapor negruzco se volvió a juntar en la forma del cárabo, que recorrió la ciudad a gran velocidad, arrastrando con él a todos los espectros de la noche, que lo seguían y rodeaban, dejando un terrorífico rastro de tinieblas. La lechuza volvió a subir hacia los cielos y ululó con la voz de todas las almas oscuras que había atraído, haciendo que hasta las estrellas se estremecieran. Luego, volvió hacia el bosque y desapareció. Tenía más que suficientes.

Algunas personas oyeron el infernal aullido de todas aquellas almas, que se fundía con el toque de medianoche. Nadie se atrevía a decir nada. Era un mal demasiado sutil para llamarlo amenaza; un horror demasiado innombrable para encerrarlo con palabras.

Capítulo 36: Paz temporal

Tras varios días de fiebres, gritos y pesadillas, el cazador de vampiros empezó a mostrar signos de mejoría. Al principio Rea pensó que no le importaba tanto la vida de éste como el aprecio que le tenía a Blanche, pero a medida que pasaban los días empezó a prestar más atención a la respiración del enfermo y hasta a temer por su vida cuando deliraba. Cuando se alteraba había que ponerle la cabeza en alto y darle un tipo de hierbas; cuando le subía la fiebre había que ponerle una toalla mojada con otro tipo de hierbas. Una vez pasados los primeros días de atención constante y nervios, se acababa volviendo una rutina tan sencilla como agotadora. Blanche tenía mucha paciencia y le enseñaba a tratar enfermos. Durante la mañana, al mediodía y de noche Blanche tenía que asistir al párroco u ocuparse de otras tareas, por lo tanto ella se quedaba a solas con Klaus. Sin embargo, aprovechó bien el tiempo: aprendiendo a identificar hierbas y a hacer alguna que otra mezcla para aliviar enfermedades o malestares comunes. Blanche y los otros monjes sabían mucho. Por lo visto el párroco lo había aprendido de su mentor, que había asistido a las tropas durante la revolución, convirtiendo la iglesia en un hospital completo, pues eso era para lo que se había diseñado.

Cuando, bajo la opinión de Blanche, el cazador quedó “fuera de peligro”, empezaron a entrenar ejercicios de concentración e incluso aprendió varias formas de zafarse de un agarre o parar un golpe. Rea comentó que Blanche podía apretar con fuerza a pesar de ser una monja, lo que la hizo reír. Según dijo ella, “sus deberes en el monasterio podían ser bastante duros a veces y eso la

mantenía en forma". Rea se ofreció a ayudarlo, pero la monja se negó en rotundo: cuidar al cazador herido era ya pago suficiente. Lo probaban durante toda una mañana hasta que Blanche iba a hacer el servicio. Entonces, ella volvía a leer sobre las propiedades curativas de las hierbas de un libro que estaba en francés, sólo que lleno de arcaísmos y palabras sueltas en latín. Costaba acostumbrarse a esa forma de escribir, pero para su sorpresa las palabras en latín se le hicieron más fáciles de leer que las de francés antiguo del libro de teatro. Al cabo de unos días se había leído el *Manual Ilustrado sobre Hierbas Medicinales Europeas*, que según le había dicho el párroco, sólo cubría con exactitud el sur Francia y el norte de España, pero que también encontraría las especies más comunes del resto de Europa.

El párroco era un hombre entrado en años, muy amable. A parte de Blanche, era la persona con la que más se relacionaba en la iglesia. Pensaba que se molestaría por estar durmiendo y comiendo en ese lugar, pero al parecer estaba muy complacido con ello. Michel, que así se llamaba, parecía callado cuando se le conocía, pero era un hombre muy hablador y lleno de anécdotas, tanto suyas como de amigos o ancestros suyos. En todas sus historias, añadía sin falta una moralina religiosa por su parte. Cada vez que terminaba una de ellas, se disculpaba por haberla entretenido y se apresuraba a ocupar su tiempo con cualquier cosa, distraído. Era muy buen hombre y parecía tener la habilidad de tranquilizar el ambiente allí donde aparecía, siempre hablando con un tono calmado y apaciguador. Era algo mayor, cierto, pero lo que le faltaba de juventud lo tenía de vitalidad. A pesar de eso, cuando que hacía una tarea pesada aparecía Blanche de la nada y se ocupaba ella. Michel protestaba un par de veces, pero siempre accedía; por lo visto, habían tenido esa conversación ya muchas veces y era la monja la que terminaba ganando.

También visitó de vez en cuando un hombre alto y moreno llamado Juste. No habló mucho con él, pero parecía ser buen amigo de Blanche y del cazador. Cada vez que venía repetía lo mismo sin cesar: "Yo... tendría que haberte avisado en cuanto pasó lo del monstruo invisible de cerca del puente", se lamentaba, pero la

monja le contestaba que Klaus ya estaba fuera de peligro y que se pondría bien. La historia del monstruo invisible; eso sí que lo recordaba bien. Al parecer, Juste y el cazador se habían topado con una criatura así en su camino a casa durante la noche. El cazador hizo huir a la criatura, pero no lograron darle caza; luego, dijo que el vampiro podría estar usando magia negra para conjurar a seres así. No sabía que los vampiros pudieran hacer “magia”, pero ella misma había hecho cosas que no podía explicar, además de haber visto y atravesado una pared ilusoria. Eso se podía considerar “magia”. Si ella tenía la capacidad de hacer algo semejante, entonces Leon seguramente también tendría otros trucos bajo la manga además de sus ojos, con los que era capaz de alterar la conciencia de la gente... o al menos la suya. Temía tener que llevar a Blanche ante un enfrentamiento con ese asesino. De hecho, cada vez lo veía peor idea y le preocupaba que finalmente ese momento llegara.

Pero no eran todas preocupaciones; en todos esos días, Rea apenas había sentido la llamada de los “hilos de sangre” y se había alimentado de lo que le daban en la parroquia. No era mucho, pero tampoco tenía mucha hambre; lo importante era no tener sed de sangre como hacía ya más de una semana. Blanche, Michel, incluso Juste y el cazador de vampiros, que se llamaba Klaus, habían tenido en ella una influencia muy positiva. Por primera vez desde que se había convertido se sentía como una persona normal. No tenía miedo ya, ni ganas de escapar de la ciudad. Se sentía completamente a salvo. A veces, miraba la aguja de madera con la sangre de Leon y se preguntaba si la usarían. “Aún no”, siempre decía Blanche. Necesitaremos a Klaus si queremos hacerlo. Ella intentaba hacerle caso y olvidarse del asunto, pues recordar a su asesino la hacía sentirse peor. Lo único con lo que se sentía verdaderamente mal, sin embargo, era con el hecho de que Vanya probablemente hubiera muerto a sus manos. Adoptó la costumbre de rezar todas las noches por él. Ahora se sentía casi humana, pero no podía olvidar a aquel vampiro que por unos días la había instruido. ¿Qué hubiera pasado si se la hubieran llevado a Rusia? Rea pensaba que esta vida era mucho mejor para ella, aunque

sentía lástima por lo ocurrido con su primer mentor. Creyó que a partir de ahora podría vivir como humana, que aprendería a controlarse del todo como había estado haciendo este tiempo y que viviría en la iglesia con Blanche y el párroco. No era un destino tan malo. Sin embargo, un evento simple y minúsculo la devolvería a su anterior búsqueda, sacándola de su vida en el monasterio para enfrentarse una vez más a su más oscura naturaleza: cuando ella estaba preparando más hierbas para la fiebre, el cazador de vampiros abrió los ojos

Capítulo 37: Una pausa en el viaje

Habían pasado dos semanas desde su encuentro con Damien Lerroux y, a pesar de las amenazas del terrateniente, no habían podido percibir el más mínimo movimiento por su parte. No les habían seguido ni habían sido atacados de nuevo. Claro que los alquimistas se habían tomado muy en serio lo que pasó ese día y decidieron preparar cuantas precauciones fueran necesarias. Gilbert cambiaba de aspecto fácilmente y podía moverse de aquí para allá, pero su compañero de fatigas no, por lo que decidió mudarse al interior del portal hasta descubrir sus secretos. Al principio, esto fue una bendición para el *doppelgänger*, ya que ahora podía controlar su don mucho mejor que antes y los aspectos que adoptaba duraban más y eran menos inestables. Eckhart había aplaudido la habilidad de su sirviente, pero éste se deshizo de los elogios de su maestro con un “Bah, es sólo que ahora se me da peor cambiar rápido”.

En cuanto al portal que llevaba a la sala de los libros, habían hecho varios experimentos antes de que el alquimista se mudara. Uno de ellos consistía en transportar cosas hacia ese lugar y tratar de traerlas de vuelta al “mundo de los mortales”. Habían podido devolverlo todo sin excepción, pero a la hora de tratar de llevarse los libros, estos siempre se quedaban en aquella dimensión de bolsillo. También habían comprobado que las heridas causadas allí eran reales y no sanaban al volver. Para ello, Eckhart se hizo un corte con el papel de uno de los libros.

—¿No sabrá, oh gran maestro de los alquimistas, qué clase de sitio es éste por casualidad?

—Tengo una ligera idea, pero por el momento no tanto como quisiera —contestó el maestro—. El método para crear tanto a esta criatura como al mundo al que pertenece me son desconocidos. Debería pensar en ello.

—Pensar en ello, ¿eh? —El genio alemán le miró como si ocultara algo, pero no dijo nada. El alquimista, sin embargo, estaba enfrascado en su pequeña búsqueda. Ordenó al *doppelgänger* que leyera todos y cada uno de los libros que allí se encontraban, desde abajo hasta arriba. El fiel sirviente aceptó sin rechistar, aunque sin perder su estúpida sonrisa. Sabía algo, pero seguro que lo acabaría diciendo. A decir verdad, estaba seguro de que la razón por la que Eckhart no quería preguntarle directamente era porque esta vez quería ser él el que descubriera la solución. Su sirviente quizás le tuviera ventaja, pero sería él, Eckhart Solberg, y no aquel volátil intento de ser humano, quien lograra dar el siguiente paso. Llevaba muchos años intentando dar con la respuesta, y si en este momento tan importante no aprendía a conocer a Flamel mejor que su sirviente, era posible que éste se le adelantara y le arrebatara lo que buscaba delante de sus narices. No era algo que el alquimista fuera a permitir.

Así pues, antes de que Gilbert terminase el tomo de *Cómo encontrar el amor verdadero*, el viejo alquimista cambió de planes. La mayoría del tiempo Eckhart leía los muchos libros de aquella sala y el *doppelgänger* era enviado a realizar otras tareas como ponerse al día en cuanto a rumores en la ciudad o aumentar el número de miembros de su “red de espionaje” entre otras. Como aquellas pequeñas tareas eran ligeras, pero robaban tiempo y le obligaban a deambular por toda la ciudad, Gilbert aprovechó para, siempre bajo una forma distinta, ejercer una vez más de mago callejero. Alguna que otra vez tuvo que hacer su número de desaparecer cuando, bien los gendarmes o la competencia venían en pos de él. Los demás artistas callejeros veían los territorios que tanto les había costado “conquistar” amenazados por un mago ambulante que acababa de llegar. Él ya se conocía el mundillo, así que fue capaz de reconocerlos rápidamente y salir corriendo o confundirlos con unas acrobacias dialécticas tan fantásticas como las que hacía cuando

movía su raquítico cuerpo en las actuaciones al aire libre. Esto terminó cuando las predicciones del posadero vasco se cumplieron finalmente y cayó sobre Lyon un diluvio que convirtió las afueras en un barrizal. Con esto decidió Gilbert cambiar de nuevo de métodos y recuperar algunas de sus otras habilidades mientras adquiría algo de información sobre Lerroux y la ciudad en general.

Después de todo Eckhart no le había dicho cómo pescar rumores específicamente, así que de vez en cuando se dedicaba a transformarse con su mejor aspecto y conquistar a alguien del sexo opuesto. Sus reglas eran simples pero brutales: si no podía lograrlo en una sola noche, no podía seguir viendo a esa persona más. Se percató de que había perdido algo de práctica, pero tras unos cuantos intentos fallidos recuperó la habilidad perdida e incluso aprendió algunos trucos nuevos. Todo se reducía a eso: conquistas de una sola noche que no eran más que una práctica, otro truco de magia. No tenían ningún valor más que el entretenimiento (y placer) del *doppelgänger*. Sus “víctimas” también lo pasaban bien y eran felices, así que tampoco es que hiciera daño a nadie, más bien lo contrario. Mientras tanto, Eckhart había perdido ya el interés en su sirviente. Estaba más delgado y ojeroso, pues iba y venía hacia la biblioteca, a veces en mitad de la noche, y se dedicaba a absorber conocimientos, fueran inventados o reales. Su maestro se estaba abstrayendo del mundo poco a poco. Había caído en la trampa y Gilbert lo sabía, pero le dejó hacer y no dijo nada, en parte porque el alquimista ni siquiera se había dignado a preguntarle... en parte porque quería ver lo que tardaba en resolverlo. Eran ambos genios, de eso no había duda, pero Eckhart podía llegar a ser un cabeza cuadrada de una terquedad legendaria. Su sirviente lo notó por primera vez cuando persiguieron a Veleduch por toda la ciudad durante la noche. Si el maestro se hubiera parado a pensar, hubiera llegado a la conclusión de que no podrían atraparlo por las malas y, sin embargo, habían ido tras él durante horas, siguiendo el místico método del alquimista. Con esto otro ocurría lo mismo. Eckhart intentaba resolver el siguiente acertijo usando un método que no daba resultado. Ese mismo error había llevado a algunos a negar la existencia de muchos de los prodigios de la alquimia, pero también

había arrastrado a muchos alquimistas a la locura, que se acababa manifestando en forma de fe ciega en sistemas inefectivos, o en cualquier caso tan efectivos como el “*Qres khresaa*” del libro de conjuros que había leído. Ahora el maestro alquimista parecía seguir ese camino. Pasaba la mayoría del tiempo solo; parecía que la presencia de Gilbert le irritase y murmuraba para sí. Había leído en dos semanas únicamente una montaña de libros, que no era nada comparado con lo que allí había, pero que ya eran más de los que Gilbert se había leído en su vida, aunque tampoco fueran tantos.

La misión de Gilbert se redujo a pagar la posada para sí, pues Eckhart se mudó finalmente a la casa abandonada junto a la biblioteca. Su otra tarea importante era la de traer comida para el alquimista, cuya barba había crecido varios centímetros desde que se encerró a sí mismo en aquella dimensión.

—Creo que tengo la solución —dijo el *doppelgänger* algo cansado por la forma de actuar del maestro alquimista.

—Si me das la solución haré que te desvanezcas entre el polvo de estos libros —amenazó Eckhart—, y espero que sepas que hablo en serio.

Lo hacía, sin duda alguna.

—¿Oh... puede hacer eso?

—Desde que tu espejo desapareció —contestó irritado—. Más te vale dejarme tranquilo hasta que dé con un método que funcione porque, de lo contrario, las medidas que podría tomar serían... algo drásticas.

Las famosas “medidas” del alquimista que aún no había utilizado a pesar de todo. Debían de ser algo que no le beneficiaba si evitaba usarlas de esa forma. Gilbert no tenía miedo, pero prefirió no bromear al respecto por el momento y simplemente marcharse riendo con un “Así será; usted manda”. Ya era bastante castigo para el viejo Eckhart el hecho de que tuviera que enfrentarse a todos esos libros sin sentido alguno. La verdad es que, en cierto modo, Gilbert estaba algo preocupado por el alquimista. ¿Podría derrotar esa nueva adversidad o sucumbiría ante ella como de momento estaba haciendo? En sólo un par de semanas el maestro se veía mucho más desmejorado y algo menos cuerdo. Si la cosa

seguía así, tendría que acabar diciéndoselo él mismo, aunque se arriesgara a ser volatilizado por un "*Qres khresaa*". Algo debía de ocurrir si querían seguir adelante. Ya fuera por la mano del cansado maestro alquimista o por la suya, debían dar un paso más.

Algo decaído al pensar que su triunfal despegue se estaba ralentizando, decidió hacer algo nuevo hoy e ir a buscar a aquella persona que les había descubierto ante Lerroux, quizás por despecho, quizás por dinero. Si era por dinero, Gilbert había amasado una pequeña fortuna que le daría para un buen soborno... sin pasarse, eso sí. Esta vez decidió ir a visitar al viejo ladrón con su apariencia original. Quien sabe; quizás sería como encontrarse de nuevo a uno de sus mentores del viejo gremio. Una idea pésima... que llevaría a cabo encantado.

Encontró el lugar siguiendo las vagas indicaciones que el ladrón les había dado. "Letrero borroso, a la entrada de la ciudad y olor a problemas". Por suerte, Gilbert tenía un olfato muy fino para oler los problemas y pudo hallar con suma facilidad el emplazamiento donde Jacques Lambert estaba; bebido, pero no tan borracho como para no poder tener una agradable charla con quien le había colgado el muerto por un par de robos de pacotilla. Ya pudo notar la última vez que le guardaba resentimiento, así que no sería tan raro si se le tiraba al cuello.

Nada más entrar lo pudo ver, atrincherado en una esquina como un ave de presa, observando todos los movimientos de aquel lugar, esperando la aparición de cualquier animalillo lo bastante succulento para lanzarse y devorarlo. No era un tipo encantador, eso se veía a la legua, pero a Gilbert no le importaba; hoy había venido a buscar ese impulso que hacía ya unos días les estaba faltando y eso es precisamente lo que haría. El peligro era lo de menos, sobre todo para él. Aunque quizás podía morir, prefería no tentar a la suerte más de lo acostumbrado, como cuando aún era completamente humano, pero eso que hacía ahora estaba dentro de sus posibilidades.

Caminó hacia Jacques con aires de señorito, como si fuera el dueño del lugar. Algunas de las miradas se desviaron hacia él, provocando los murmullos de la gente, bien para preguntar quién

era ese individuo o para conjeturar si valía la pena desplumarlo allí mismo y quitárselo de encima. Estos últimos murmullos cesaron en cuanto el desconocido tomó una de las sillas con el desparpajo del que lleva toda la vida allí y se sentó junto a Jacques, que estaba de brazos cruzados, simplemente observando.

—Buenas tardes tenga, señor ladrón —saludó Gilbert.

—No hablo con segundones. ¿Y tu jefe?

—No hay razón para enojarse. Además, te has equivocado con nosotros. No somos trabajador y jefe, sino una asociación entre individuos altamente cualificados —contestó el sirviente guiñando un ojo.

—Di lo que quieras. Se nota quién es el que manda.

—Hablando de segundones y tercerones, ¡Y hasta de cuatrerros! Me pregunto por qué alguien como tú tiene interés en hablar con los peces gordos. Después de todo, se supone que deberías haber aprendido la lección después de cruzarte con Laroux.

—Lerroux.

—¡Shh! No me cambies de tema —dijo susurrando y ocultando sus palabras tras su mano envuelta en un guante blanco—. Al jefe no le gusta.

Jacques clavó su mirada en Gilbert, que parecía tan tranquilo como siempre.

—Debes de ser muy estúpido para venir aquí y estar tan relajado.

—Deberías de ser muy estúpido para intentar algo contra mí si soy un segundón. No te conviene meterte con nuestra asociación —susurró de nuevo acercándose a él—: el “jefazo” y yo somos magos.

Gilbert hizo “aparecer” una moneda en su mano derecha y la pasó entre sus dedos rápidamente. Luego la tiró en el aire y la hizo desaparecer, poniendo su mano derecha entre Jacques y ésta. Luego, movió su mano izquierda como si la moneda estuviera entre sus dedos, y al cabo de unos segundos allí estaba.

—Los juegos de manos e ilusiones nunca me han dado miedo. He visto cosas peores que alguien jugando a hacer desaparecer monedas.

—¿Las hace Lerroux? ¿Qué clase de cosas?

En la mirada eternamente furibunda de aquel hombre Gilbert notó un profundo pesar, posiblemente cargado de recuerdos amargos.

—Hace desaparecer almas —dijo finalmente.

—También lo hemos hecho en alguna ocasión —replicó divertido—. ¡Hasta con nosotros mismos de vez en cuando!

Seguía pareciendo que se burlaba de aquel pobre ladrón, pero de momento le había dicho la verdad. Algo edulcorada, pero verdad después de todo.

—¿Con lo que habéis visto te sigue pareciendo un juego? No tienes ni idea.

—Llevas diciendo eso desde que abriste la boca por primera vez, pero no dices nada más. Si vas a predicar la llegada de los cuatro jinetes del apocalipsis hazlo, ¡pero con detalles! ¿Qué tenemos que temer?

—Está bien. Cuéntale esto a tu jefe palabra por palabra.

—Y dale con el jefe —bufó Gilbert.

—Tú hazlo.

—Sí, sí. Ahora, ¿los detalles?

—Lerroux trabaja para gente muy peligrosa.

—Mira que eres asustadizo. Lerroux es muy peligroso, la gente es muy peligrosa, ¡todo es muy peligroso!

—Mira, canijo, si vas a seguir interrumpiendo puedes largarte por donde has venido —espetó Jacques, irritado pero manteniendo un tono de voz bajo, como si su garganta, de la que salía una voz ronca y forzada, fuera incapaz de gritar—. No me caes bien y no tengo tantas esperanzas en vosotros dos como para aguantar a un payaso de circo como tú.

—Lástima, porque mis números son verdaderamente entretenidos. ¿Qué clase de esperanzas tiene en nosotros, oh escurridizo hombre-anguila?

—Poder darle un golpe, por pequeño que sea, a Lerroux. Quiero verlo fallar, quiero verlo perder, quiero que pague.

—Lerroux no es nuestro enemigo... aún. Él lo sabe y nosotros también. Por eso nos dio su consejo hace ya... ¡Dos semanas! ¡El

tiempo vuela estos días!

—Tal vez creas que no es vuestro enemigo, pero la gente para la que trabaja sí. Son enemigos de toda la humanidad. Siempre que ven a alguien que les interesa de los nuestros...

—¿Enemigos de la humanidad? Ah, ¡los pérfidos británicos!
—murmuró.

—No seas estúpido, hablo de que no son humanos. Son demonios. Se ocultan de los humanos, pero se extienden por todas partes. Viven para causar el mal, para destruir todo lo que es bueno.

—¿Y no hay ningún caballero andante que se enfrente a ellos?
¿Ningún rey?

—Como si pudieran —rio Jacques amargamente—. No. Están en todas partes. Controlan tanto grupos de trabajadores como de aristócratas. Juegan con nosotros para que no nos demos cuenta de lo que verdad importa.

—Ya, ya. Creo que lo entiendo.

En efecto: entendía que Jacques estaba loco de atar y, si alguna vez había tenido trato con Lerroux, eso le había dejado así. Era algo frustrante, pues el golpe de suerte que esperaba no vendría de allí. Estaba perdiendo su tiempo.

—Te crees que lo entiendes, pero la trama va mucho más lejos de lo que puedas imaginar. Yo he visto con mis propios ojos —dijo golpeándose el pecho— como han desangrado mi país sólo para poder alimentarse del sufrimiento de la gente. Todos esos bastardos se han aprovechado de Francia y de todos los franceses. Nos han traicionado a todos. Se apoderaron de la revolución y nos la robaron cuando ya teníamos la miel en los labios.

—¿Y qué sugieres que hagamos? Mi socio y yo, quiero decir. ¿En qué nos incumbe?

—Si pudiéramos exponerlos a la luz... no un par de casos aislados, sino algo grande antes de que se dieran cuenta. Sería cuestión de tiempo que la gente se uniera contra ellos y los exterminara.

—¿Sólo con exponerlos? Pues vaya una birria de demonios invisibles.

—No. Exponerlos nos pondría en una guerra abierta contra

ellos. He visto muchas cosas y tengo contactos. Yo también me he movido por su mundo.

—Uy, sí, se nota que por lo menos has sido chambelán.

—¡Estoy hablando en serio, maldito lunático! —dijo golpeando la mesa con un puño. Gilbert no pudo sino sonreír ante la ironía— Si podemos cazar a Lerroux, la ciudad será nuestra, ¡una gran ciudad completamente libre de esos diablos! Sería la primera de muchas. Algunos de mis aliados y yo tenemos planes... si nos ayudáis todos sus secretos serán para vosotros. Si lo que buscáis es magia, la tendréis hasta hartaros. Lerroux tiene una biblioteca circular en una de sus salas subterráneas. Allí guarda sus conocimientos prohibidos y malvados.

—¿¡Una sala circular, dices?! ¡Empezamos a entendernos! —exclamó entusiasmado— Háblame de esa sala.

—Tiene encerrado en ese lugar a un anciano de piel oscura que lo sabe todo. Un alquimista muy viejo que no puede morir. No le contesta siempre, pero a veces lo hace y le explica cosas del pasado, del presente y del futuro. Sólo lo he visto por dos veces y una de ellas contestó a una de mis preguntas.

—Oh —contestó Gilbert decepcionado y entusiasmado al mismo tiempo. Por un momento había pensado que se refería a la sala donde Eckhart se hallaba “prisionero” ahora. Sin embargo, la sala circular podía querer decir algo. Si se quedaban sin cabos que atar, tal vez pudieran indagar por allí. Kriz bien podría ser ese anciano cautivo, con todo lo que había demostrado saber. Tal vez se tratase del mismísimo Flamel.

—Todo el conocimiento que podáis desear. ¿Es eso recompensa suficiente? —apremió Jacques.

—Tentador, peeeeero yo soy un humilde sirviente que no tiene voz ni voto en esto. Se lo comentaré al malvado hombre de negro, pero creo que te dará una respuesta parecida a ésta: En éste mundo hay muchas tramas, algunas de ellas muy importantes. Quizás la tuya lo sea, pero no es nuestra causa. Cuando terminemos nuestra tarea actual quizás te echemos una mano con Lerroux y sus demonios invisibles. ¡A mi socio y a mí nos encantan las aventuras!

—Será mejor que acabéis con vuestra aventura rápido.

—Lo meditaremos detenidamente. ¿Por alguna razón en particular? ¿¡Acaso amenaza usted a esta asociación de magos errantes?!

—Uno de los jinetes ya ha llegado —dijo Jacques sonriendo—. Lerroux tuvo mucho cuidado en ocultar esto, pero en el último momento conseguí ver sus movimientos. Ha traído un sarcófago a su mansión. Desde París. Lo guarda en las catacumbas bajo ésta. Creo que lo que hay dentro es una amenaza para toda la ciudad. ¿No lo has notado?

—El aire es más denso e irrespirable, ¿verdad?—replicó Gilbert con un sobreactuado gesto de terror— Ah, no, espera; ¡eso es desde que entré aquí!

—Desde que esa cosa llegó, el frío se ha vuelto más terrible. Es como una sensación que te atrapa. No conozco la razón por la que ocurre, pero sé que ese sarcófago tiene que ver con ello. Lerroux lo guarda en su mansión. Aún no estoy seguro del lugar exacto, pero si su cubil es como el anterior, entonces estará lleno de pasajes secretos y subterráneos aislados. Yo conozco sólo algunos para entrar, pero el interior me es desconocido en gran parte. En uno de esos subterráneos tiene que estar. ¿Sabes lo que ocurrió la última vez que eso despertó?

—No.

—Hambre, muerte, enfermedad; la revolución. ¡Yo estaba allí, en París! —dijo acaloradamente— Es la misma sensación. La misma maldita sensación. Recuerdo la desesperación en las caras de la gente. No luchaban por la libertad: luchaban por hambre. Luchaban porque si no lo hacían la mayoría de ellos no llegaría al siguiente invierno. Muchos no lo hicieron. ¡Lerroux! ¡Él fue el culpable de todo y pagará por ello algún día!

—Una historia fascinante. Creo que la próxima vez llamaré a mi socio para que se la cuentes. ¡Si es que logro despegarlo de los libros, claro está! Últimamente no es fácil dar con él. ¡Seguramente ni siquiera para Lerroux y sus maravillas importadas de otros países!

—¡Bah! Si quieres hacerte el sordo, adelante. Es tu pellejo, no el mío. Lerroux sabe cómo controlarlo todo, pero rara vez lo hace

notar. Ya te lo dije: le gusta jugar con los que son difíciles de matar. Te lo he repetido demasiadas veces. Anda. Con. Ojo.

—Con cuatro, siempre que pueda —dijo ajustándose las gafas.

El *doppelgänger* se levantó de la silla y se dispuso a volver a la posada. No esperaba encontrar a Eckhart allí, pero Jacques no distinguía realidad de su propia ficción. Para él Lerroux era una especie de señor malvado con poderes extraños que había provocado la revolución ayudado por los demonios. Y con ése serían tres magos en escena y uno aún oculto. Aun así, era interesante el hecho de que el terrateniente estuviera también “asociado” con un alquimista. Eso sí que valía la pena investigarlo si se quedaban sin lugares en los que hurgar.

—A propósito —dijo Gilbert antes de voltearse hacia la salida—. ¿Qué le preguntó? Al alquimista sabelotodo ése.

—Si conseguiría una buena casa con comida abundante para la chica a la que amaba. Dijo que sí.

—¿Acertó?

—Sí, ya lo creo —rio entre dientes—. Pero eso fue hace muchos años. Y no me dijo lo que vendría después.

—Com-pren-do. Las verdades a medias son como las victorias a medias. ¡INSOPORTABLES!

Gilbert hizo una reverencia que juntó con un giro hacia puerta. Lo último que pudo oír de aquel viejo ladrón fue:

—Si algún día te cansas de hacer bromas, búscame, si no es demasiado tarde. Ya te he dicho lo que hay. Lo que Lerroux guarda desatará aquí lo mismo que se desató en París.

«¡¿Cómo no!?», pensó, «Ahora tiene que ponerse dramático por lo mucho que ha sufrido y lo poco que puede vengarse. Este hombre no miente, pero ¡por los cielos que delira más que un servidor!» Jacques había sido presa del engaño más sencillo de todos: el de creer que un hombre habilidoso es un ser excepcional con capacidades sobrehumanas. Se conocía el cuento tan bien que había captado la manera de ser de Lerroux a los primeros dos minutos de hablar con él.

Al salir, echó a correr como un crío entusiasmado hasta la posada. Cogería algo de dinero y compraría comida para el

alquimista, que no salía de aquel lugar. Aquella anécdota sobre Lerroux podía darle el juego que necesitaba para sacar al alquimista de su letargo, o para detonar unos cuantos eventos interesantes si eso fracasaba. Se quedó sin aliento varias veces durante el trayecto, dándose cuenta con ello de que Gilbert Mayer estaba cristalizando en esa persona. Eso no era bueno. De algún modo quería decir que ya había dado un paso más hacia la muerte y a partir de ahora estaría algo más desprotegido. Había estado practicando cambiando de aspecto cada día, pero no le resultaba ya tan fácil, aunque siempre acababa con el aspecto deseado. Por el momento no se podía quejar. Ya recuperado de nuevo, echó a correr por las calles de Lyon hasta que llegó a la posada. En la puerta, se encontró al alquimista, con un aspecto no mucho mejor que el de hacía unos días.

—¿Te has preocupado por mí y me has esperado? —dijo jadeando— ¡Qué caballeroso!

—¿Dónde has estado? —inquirió el alquimista— Me estás retrasando.

—¡Vaya un saludo! Lleva casi tres semanas sin salir de su biblioteca mágica y ahora me viene con prisas y exigencias. ¿Se ha rendido por fin Su Majestad el Rey Lear?

En vez de ponerse a la defensiva, el maestro alquimista esbozó de nuevo su sonrisa de cocodrilo, que siempre ponía cuando tenía las de ganar.

—He encontrado la respuesta —dijo al fin—. Después de mucho buscar la he encontrado. Mañana podremos encontrar al segundo familiar.

—¿Tan seguro está de ello?

—Lo estoy. Sé cuál es el secreto de la biblioteca, y éste sí que lo podremos sacar cuando llegue el momento.

Gilbert lo miró sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Ya lo verás. He hecho mucho más que leer libros sin sentido allí dentro.

—Envejecer a marchas forzadas, por ejemplo.

—Necesitaré meditar de nuevo durante el sueño para

prevenirme de lo que encontremos mañana. Debemos evitar que ocurra de nuevo lo mismo que con el anterior familiar. Ahora estoy seguro de que el que nos atacase fue a causa de un... agente externo. También necesitare que vigiles esta noche. No quiero sufrir ninguna sorpresa desagradable mientras estoy concentrado revelando nuestro propio futuro.

—In-te-re-san-te —contestó el sirviente recordando al hombre de piel oscura descrito por Jacques. Cuatro magos—. Me encantará oír como ronca usted toda la noche si eso significa que ya no estaremos estancados. Admito que la puerta y el nombre y todo lo que había detrás me impresionó al principio y hasta me gustó experimentar con lo que pasaba y dejaba de pasar en ese lugar, pero estoy un poco harto de estar a la misma distancia de la piedra que hace varias semanas. ¡Y eso que me lo he pasado bien! A propósito de pasarlo bien; hoy he visitado a nuestro amigo el ladrón.

—¿Jacques? Qué ha dicho.

Gilbert creía en las palabras que Jacques le había dicho, pero también sabía que no debía confiar en el buen juicio del alquimista para no separarse de su búsqueda. Como ya no era necesaria, decidió guardarse de nuevo esa carta bajo la manga y “mentir” de la mejor forma que sabía: diciendo la verdad.

—Tonterías. Que Lerroux forma parte de un grupo de demonios invisibles que son enemigos de la humanidad y están en todas partes. También que son reyes y emperadores o cosas así. Está como una cabra... y mire que se lo está diciendo un loco de atar.

—No tiene pinta de loco —contestó Eckhart.

—¡¿No me diga que usted también cree en esas cosas!?

—En absoluto. Pero ese hombre tiene la cabeza en su sitio, al menos en cuanto a pensamientos se refiere. Es una persona de viejos métodos que los conserva bien. Lo sé. Cuando nos estaba siguiendo, la sensación que notaba era la de una calma total, pero al mismo tiempo sentía como su mirada caía sobre nosotros. Como un cazador. Creo que si parece que está loco es porque ha visto cosas que no comprende, y al parecer en esta ciudad hay montones de ellas.

—Ha mencionado algo sobre cosas así; sí.

—¿El qué? Deberías haberle dicho que especificara más. Quizás él no comprenda lo que ha visto, pero nosotros sí. Tenemos más conocimiento que él y probablemente somos capaces de discernir mejor entre “demonios invisibles” y los humanos que se esconden tras ellos. Como D. Kriz y nuestro guardián de la puerta. También era un monstruo invisible al principio. Quizás se encontró con él.

—Nononono —negó el genio alemán—. Ya lo había pensado, pero tal y como hablaba me ha parecido más bien un viejo paranoico, no se me ofenda; no era a usted, me refería a otro viejo paranoico. —El alquimista frunció el ceño—. Hablaba de que lo sabían todo y lo controlaban todo. Quiero decir; ¡si realmente lo controlaran todo no estaríamos nosotros cruzando puertas mágicas como Pedro por su casa!

—Deberíamos volver a hablar con él, esta vez estando yo presente. De todas formas, en esto estoy de acuerdo contigo. Si realmente Lerroux y los suyos lo controlaran todo ya sabrían nuestras intenciones y habrían intentado acabar con nosotros.

—¿Oh? ¿Tan malas son sus intenciones?

—Eso depende de la perspectiva.

—Eso digo yo cuando es que sí —replicó dejando escapar su particular risilla nerviosa a la que el alquimista jamás lograría acostumbrarse.

—Quizás. Pero mis intenciones no tienen relevancia ninguna. Si quieres vivir, deberás asegurarte de encontrar aquello que puede alargar tu existencia. Así de simple. ¿Qué más te ha dicho?

—Que hay un sarcófago mágico en casa de Lerroux que causa frío y revoluciones. Ah, y que la revolución francesa la causaron ellos para aprovecharse de su país y esas cosas. Que un hombre extraño está encerrado en la biblioteca de Lerroux y lo sabe todo... teníamos gente así en mi ciudad. ¿Sabe a qué se dedicaban? Pordioseros, ladrones, mentirosos... en dos palabras: ¡mis maestros! Pero muchos de ellos idos de la cabeza o fingiendo que lo estaban.

—Sea como fuere —dijo volteándose hacia el interior de la posada—, evitaremos enfrentarnos con Lerroux o darle más razones para vigilarnos. Mañana sólo nos quedará un familiar que

encontrar, o quizás ya hayamos terminado, con un poco de suerte. Si me equivocase, entonces hablaré con ese ladrón personalmente. Nos informaremos mejor sobre Lerroux, pero sólo si se alarga nuestra búsqueda aún más. Asegúrate de vigilar que no me ocurra nada esta noche. Tengo la sensación de que algo se interpondrá entre nosotros y nuestra meta hoy.

—¿El qué?

—Si lo supiera ya me habría prevenido contra ello. Sólo vigila.

—Ahora comprendo por qué le cuesta tanto dudar de los desvaríos de ese ladrónzuelo de ojo torcido. ¡Son ustedes tal para cual!

—Quédate aquí hasta que el sol se ponga del todo, no creo que quede mucho ya. Cuando eso ocurra, entra de inmediato y mantén vigilia.

—¡A la orden! —exclamó el sirviente haciendo un saludo militar, pero el alquimista no lo vio; ya había entrado en la posada para hacer lo fuera que iba a hacer. Quizás se trataba de otra fórmula mágica como la que empleó con Gilbert y Veleduch. Eso era más que probable, teniendo en cuenta que en varias ocasiones ya había usado ese comodín para desafiar tanto a la fortuna como a la realidad, que les había contraatacado en forma de un mercader que se acercaba más a un conde o a un barón. Sobre todo si los gendarmes estaban a su disposición, como les había hecho creer.

Gilbert permaneció en la puerta, silbando una canción que no acababa de ubicar en su memoria. La puesta de sol por fin llegó, y con ello su hora de entrar. Encontró a Eckhart tumbado en la cama, con los brazos cruzados y los ojos abiertos. Si no hiciera ese ruido tan fuerte al respirar, hubiera dicho que había muerto. Para entretenerse, ensayó gestos e intentó imitar la forma de moverse de Damien Lerroux. Era algo amanerada y, además, de movimientos muy elegantes y ligeros, más también firmes. Cuando terminó de ensayar se dedicó a susurrar frases que el terrateniente podía decir.

—En Alemania... —empezó a decir— No, éste es más de Italia. En Alemania tienen grandes compositores, pero sólo en Italia se encuentra la mezcla exquisita entre pasión y... qué diablos sé... —paró unos instantes—. ¡Entre pasión y armonía! Demasiado

contento, más relajado. Es por eso que... es por eso que he contratado a los mejores músicos de toda... esto, Italia... Roma, pero eso no es una tarea complicada de hacer cuando se posee el... ¡El qué! ¿El oído? No... Más rimbombante. Cuando se posee la sensibilidad necesaria para ello. Pero por favor, no deje que mis conocimientos musicales le abrumen, ¡estoy deseando oír su opinión al respecto para así darle un repaso con otro discurso pedante para ensalzar mis propias ideas! Ah, diantre. Me he vuelto a emocionar —rio.

Continuó practicando hasta que la forma de hablar de Lerroux se le fue haciendo más y más natural. Como no quería despertar al alquimista, salió de la habitación, cuya única ventana circular era demasiado pequeña para que un adulto se colara por ella. Mientras vigilara la puerta sería suficiente, y tampoco es que pasara mucha gente por aquel estrecho pasillo, puesto que la mayoría de las habitaciones estaban en el piso de arriba, por el cual se accedía a través de las escaleras de la entrada. Tan entusiasmado estaba con la idea de ensayar, que no notó cómo se oscurecía la habitación justo antes de cerrar la puerta. No pudo ver el horror que poco a poco se estaba formando allí a partir de un humo tan negro que se podía ver en la oscuridad. La forma demoníaca levitó en el aire hasta serpentear por encima del alquimista, que seguía dormido.

Capítulo 38: Falsos ancestros y cazadores

La noche había caído por fin, eso significaba que le quedaban sólo unas horas para finalizar la guardia. No estaba exhausto aún, pero lo estaría en cuanto se le diera la oportunidad de descansar. Podría dormir ahora sin ningún problema, puesto que nunca pasaba nada en ese puesto de guardia, aparte de algún mensajero que llegaba sin avisar en alguna ocasión; sin embargo, su sentido del deber no le permitía dejarse vencer por el cansancio. Un poco más y podría dejarse de preocupaciones por el resto de la noche.

Una sombra se movió entre los arbustos. No estaba seguro de haberlo visto, puesto que con el agotamiento tal vez sus sentidos le hubieran jugado una mala pasada. Aguzó el oído y mantuvo la calma. La maleza del bosque volvió a moverse. Ahora estaba seguro. Quizás era un animal, pero el guardia había aprendido a no confiar en tener suerte.

—¿Quién va? —dijo bajando su bayoneta.

Nadie le respondió. Se mantuvo a una distancia prudencial del lugar donde se habían movido los matorrales y apuntó. Su error fue no darse cuenta de que mientras avanzaba para ver lo que se había movido, alguien había salido de entre los árboles a su lado. Su cuello se partió con un crujido seco mientras veía al enemigo avanzar hacia el puesto de guardia. Lo mismo había ocurrido con el resto de centinelas. Estaban rodeados, pero eso ya no importaba: sus sentidos se apagaban ya.

La horda de falsos ancestros escaló los muros fácilmente. Eran al menos cuarenta y además habían aprendido a usar sus poderes, con lo que ni vampiros ni humanos del interior del puesto de guardia

tuvieron ninguna oportunidad. No podía decir lo mismo de los que había dejado atrás, pero incluso aquellos despojos servirían a su propósito cuando le hiciera falta. Alois y Leon se adelantaron. Su lacayo se ocupó de acabar con todas las palomas mensajeras mientras él subía al piso de arriba para asegurar la posición del gerente que él y Freya habían hipnotizado hacía semanas. Ahora sus hombres estaban mucho más preparados para un ataque organizado como ése, pero no confiaría a unos engendros sedientos de sangre la tarea de mantener a alguien con vida. Leon se había colado fácilmente en el edificio y había llegado hasta él sin hacer que ningún centinela diera la alarma. Después, le había ordenado encerrarse en un lugar seguro y se había mostrado ante los guardias, quienes, al verse superados por un solo hombre, pidieron refuerzos e hicieron que las tropas se dirigieran al interior del fuerte, lo que hizo que los vampiros de Leon tomaran el exterior mucho más rápido y pudieran cubrir todas las entradas y salidas.

No era el mejor de los planes, pero los suyos necesitaban poner a prueba sus habilidades. Si este asalto iba bien, podría dar el siguiente paso y contactar con los que habían de dar el empujón definitivo a su causa. Tenía varios grupos de falsos ancestros dispersos por toda la zona. Estos no le obedecían y no soportaban la luz solar, pero se alimentaban, así que la ciudad daba la sensación de estar infestada. Ya empezaban a circular tenebrosos rumores sobre asaltantes nocturnos, y muchos más aún sobre decenas de desapariciones. En realidad, habían sido un mayor número, pero había tenido cuidado de convertir a gente que no echarían tanto de menos. Los cazadores de vampiros ya iban apareciendo aquí y allí, atraídos por las historias de bebedores de sangre que aparecían de noche. El señor local se había dado cuenta tarde de la epidemia, actuando de forma negligente hasta ser demasiado tarde. Así pues, no le quedó más remedio que usar una de las estrategias de emergencia más comunes: la de llamar a una organización humana especializada en cazar vampiros. Ése sería su error, pues Leon, que había usado ese método en el pasado, sabía cómo funcionaba y con quién se contactaba. Después de todo, esos habían sido sus dominios hacía muchos años.

Cientos de años atrás, estas organizaciones eran muy poderosas. Tanto que, enarbolando la bandera de la religión, llevaron a los vampiros al borde de una guerra abierta contra la humanidad. También se debía a que ni Alexander ni él usaban la diplomacia con los fanáticos religiosos. Pero los tiempos cambiaron y llegó el Rey Carmesí, quien impuso un poder absoluto sobre su facción. Cayó sobre ellos con toda su fuerza: primero compró el favor del Vaticano y se alió con ellos revelándoles secretos de otras naciones y otorgándoles un gran poder para repeler a cuantas fuerzas invasoras se atrevieran a atacarles. Luego se aseguró de que la orden que sustentaba a las organizaciones más importantes fuera ilegalizada y perseguida por la misma Iglesia a la que una vez habían protegido. Sin el oro que los mantenía a flote, todos los grupos importantes que cazaban vampiros se dividieron en muchas y más pequeñas organizaciones, mucho más fáciles de controlar y engañar. Había una de ellas que había conservado y recuperado algo del poder perdido: la Orden de la Cruz de Espinas. Sin embargo, finalmente sus miembros habían acabado siguiendo los rastros que los señores vampiros colocaban ante sus narices. Ganaban dinero y se mantenían como sociedad de prestigio a cambio de limpiar las ciudades de falsos ancestros. Estaban allí para continuar con su santa misión de controlar las plagas en las grandes facciones. Eran el instrumento perfecto para Leon, aunque a corto plazo ambas partes saldrían beneficiadas. Pero primero tenía que encontrarse con ellos.

—Alois —dijo Leon—, si murmuras tras las columnas no sirve de nada que te escondas.

De las sombras salió su ahora mano derecha, abrazándose a sí mismo con las manos y la boca ensangrentadas.

—*¡Itsenad! ¡Safla'm!* —respondió éste con voz temblorosa.

—Te lo has pasado bien, ¿eh, cabroncete?

—*¡Dröfda rbyel snia!* ¿L-la dama oscuridad... está contenta?
¡Dröfda rbyel snia! ¡¡Viene!!

—Está contenta. Quiero guardias en cada salida, matad a todo aquel que intente entrar o salir sin mi permiso. ¿Cuántos de los nuestros han muerto?

—Siete. *¡Itsenad!* Tragados por la oscuridad. *¡Eh chon!* A ellos sí y a mí no —rio.

—Estás obsesionado con esa idiotez. No te va a venir a buscar nadie, ¡idiota!

—No... A mí no.

—¿Qué se sabe de Seraph?

—*¡Safla'm!* Nada... *¡Itsenad!* Se la ha tragado la ciudad, pero no la oscuridad. *¡Dröfda rbyel snia!* Aún no. La oscuridad espera. *¡Tchen kzloh!* *¡Safla'm!*

—Tanto mejor. Mientras nos dé un respiro intentaremos encontrar lo que el maestro quiere por nuestra cuenta. ¿Y de la otra?

—Sigue en un monasterio. *¡Anon atrom!* *¡Aam iked!* No sale. El Rey Cuervo se esconderá cuando despierte, pero no la oscuridad. *¡Dröfda rbyel snia!* La oscuridad no siente temor: lo causa. *¡¡D-Dröfda rbyel snia!!*

Le estaba cargando ya con tanta oscuridad, pero era un hombre capaz y había sido fallo suyo que ahora estuviera chalado perdido. Se armó de paciencia con un resoplido y siguió preguntando:

—¿Aún nada con ella?

—No. Cuando tenga que ocurrir ocurrirá. La oscuridad así lo ha dicho. La oscuridad lo manda. *¡S-safla'mm!* *¡Itsenad!*

—Me va bien tener algo más de tiempo. Que los demás perros busquen supervivientes y me los traigan. Coge a los más salvajes de los nuestros y ponlos donde no mueran si nos atacan. Si algo ocurre esta noche necesito que maten y que la oscuridad se lleve a tantos enemigos como vengan contra nosotros. ¿Entiendes?

—*¡Oi do ledo jih!* ¡A ellos sí!

—¡Y a ti también como vuelvas a abrir esa boca!

Alois calló de súbito y se encogió, gimiendo de terror.

—Sólo hazlo. A ti no se te llevará esta noche.

Alois respiró aliviado y echó a correr antes de que su maestro cambiara de parecer. Pronunciaba esas palabras como espasmos forzados. Cada vez eran más frecuentes. El vera sangre se preguntó cuánto le quedaba.

Leon golpeó la pared tan fuerte que desencajó algunos de los

ladrillos. Recordaba como Alois había sido lo bastante capaz como para dirigir un pequeño grupo él solo sin cometer errores. O quizás sí. El único error que Alois cometió fue cuestionar la autoridad de Leon una vez. El vampiro de ojos verdes, sin embargo, había tenido un error aún mayor que el suyo: había pensado que los poderes de los ancestros podían usarse para algo que no fuera destrucción. Freya había de aprender esto también si quería ser de ayuda. Tal y como estaba ahora, apenas era mejor que Alois cuando estaba en su sano juicio. Si recuperase su antigua fuerza, sin embargo, las cosas cambiarían. Sí, tal vez lo harían, pero el vampiro sabía que para que ello fuera posible primero ella necesitaría enfrentarse cara a cara consigo misma, o mejor dicho: con Seraph. El vampiro de cabello corto y blanco, con un rostro fino y algo redondeado que recordaba al de un ángel. En aquellos tiempos, ella se había dedicado a perseguir criminales para convertirlos en esclavos que la proveyeran de sangre que obtenían durante el día. Entonces, ella creía fervientemente que castigar a los “malvados” con esa condena eterna era su misión en aquel mundo. Creía en ella misma, aunque estuviera viviendo una mentira más. Leon le mostró la verdad. La puso cara a cara contra ella y la condenó del todo, pues ya no le quedaba nada a lo que aferrarse. Era natural que el vampiro de ojos verdes fuera la única cosa que la impulsaba a moverse de nuevo; siempre sin acercarse demasiado a él porque eso la expondría de nuevo a la verdad: que se estaba volviendo a engañar, que no tenía nada y jamás lo tendría; que estaba sola. Eso era lo que la diferenciaba de Leon: él ya había asumido que debería caminar solo y no tenía miedo de ello. Algo frustrado ante la idea, volvió por el claustro interior hasta la cámara donde el gerente estaba preso por su propia ilusión y estuvo un rato observándole. Otro exactamente igual que él y Freya. En el momento en que descubriera la verdad, esa ilusión se desvanecería y sólo quedaría para él desesperación. Con esos pensamientos girando en su mente, el *upir* fue hasta la que ahora sería su cámara y durmió, recordando lo que una vez fueron sus dominios; lo que había ganado y perdido durante todos esos años. Al final del día seguía siendo Leon. Era todo lo que le quedaba, pero no necesitaba más.

Capítulo 39: Klaus

Lo primero que vio al abrir los ojos fue a una chica de cabello castaño y ojos claros. No sabía quién era, pero supuso que era la razón por la que estaba hoy allí. Tampoco tenía ni idea del tiempo que había pasado en ese lugar, pues sólo tenía un puñado de recuerdos dispersos en los que gritaba el nombre de Kasia, Steffen y algunos otros. Ludwig, el canijo, Vlad y su hermano... los había visto morir a todos en sus pesadillas. Había visto incluso a Julio, de joven, subiendo heroicamente por las escaleras de la torre donde el maestro había derrotado a un ancestro. Donde quedó maldito por el resto de sus días.

—¡Blanche! —dijo aquella hermosa muchacha de ojos azul cielo mirando hacia la puerta— ¡Está despierto! ¡Blanche!

El cazador de vampiros tardó un poco aún en ordenar sus pensamientos, pues aunque en efecto estaba despierto y consciente, no tenía ni fuerzas ni ganas de levantarse. No movió un músculo; se quedó allí tumbado, mirando las musarañas. Sonrió levemente. Al menos había logrado sobrevivir al primer encuentro con el ancestro. Julio —o la alucinación que le había guiado hasta allí antes de desplomarse— tenía razón: había tenido mucha suerte.

—¡Klaus! —jadeó Blanche, que había venido a todo correr.

La monja se plantó delante de él y le puso la mano en la frente. Estaba caliente.

—¿Cómo te sientes? —dijo ella.

—Nunca estuve mejor. Estoy a salvo —y después añadió—: ¿Mi espada está aquí?

—¡No seas bruto! —le regañó— Rea y yo te hemos cuidado

durante más de dos semanas y lo único que se te ocurre...

Klaus se levantó de súbito. Dos semanas. ¿Cuántas víctimas se habría cobrado el vampiro de ojos malditos ya?

—Tengo que irme —dijo incorporándose del todo—. El vampiro cada vez mata a más gente. No puedo permitirlo. ¿Entiendes? Si me retraso...

Antes de terminar la frase cayó de bruces al suelo.

—¡Klaus! —dijo Blanche alarmada.

No podía moverse bien aún. Había perdido un tiempo precioso. ¿Seguiría siquiera el vampiro en la ciudad?

—Si el vampiro se ha ido, yo lo he perdido todo —dijo rebuscando en su bolsillo. Encontró su monóculo intacto. Se puso de pie, apoyándose en la camilla en la que había pasado tanto tiempo y se colocó el cristal delante del ojo. Lo que vio le puso en alerta de inmediato.

—¡Blanche! —gritó— ¡Aléjate de ella, rápido! ¡Ella es vampiro!

La muchacha bajó la cabeza, como avergonzada, pero la monja permaneció a su lado.

—Escucha —empezó a decir muy seria—, el vampiro que buscas es muy peligroso. Rea es inocente. La convirtió hace un tiempo ya. Ella te ha cuidado todo este tiempo y me ha estado ayudando aquí. Es un vampiro, pero no bebe sangre. ¿Comprendes? Ella es diferente.

Lo que el monóculo mostraba sin embargo no lo era. Podía ver a su alrededor el aura roja que sólo los vampiros más terribles tenían.

—Escuche —dijo la muchacha—. Me llamo Rea. Hace un tiempo era una chica normal y vivía con mi familia. Ese monstruo me lo arrebató todo y me convirtió, pero escapé. Si hay algo que pueda hacer para ayudaros a detenerle lo haré. No quiero que mi historia se repita.

—Si me fío de ti —le contestó el cazador— soy un viejo loco.

—No todos los vampiros son como ése, Klaus. Yo... te puedo explicar mucho de ellos.

—¿¡Cómo?! —exclamó. ¿Acaso estaba soñando?

—Yo... te mandé con Juste porque no quería que cometieras ninguna estupidez. Hace años yo también cazaba vampiros, aunque

no estaba sola. Hace mucho ya que dejé de hacerlo, pero estoy dispuesta a ayudarte a cazar a éste. Sé que es diferente. No te quería decir nada porque... porque pensaba que no ibas en serio. No esperaba que pudieras encontrarlos tan fácilmente.

El mundo se había vuelto patas arriba. La alucinación de Julio le habría parecido más real que esa situación. El cazador de vampiros se sentó en el suelo y se dejó caer hasta quedar boca arriba.

—Pues espéralo —dijo con una sonrisa orgullosa—. Soy un buen cazador. Vivo de esto ya por veinticinco años o más, y mi maestro es el más grande cazador de siempre.

Y al terminar esta frase perdió el sentido de nuevo.

—¿Estaba bien? —dijo Rea.

—Creo que sí —contesto la monja—. Sólo exhausto, pero parece que ha superado finalmente su aflicción. Cuando despierte debería comer algo para recuperar fuerzas. Debería haber pensado un poco cómo decirle todo esto. He sido bastante descuidada —se lamentó.

—Yo creo que se lo ha tomado bien. Habla un poco raro. ¿Le pasaba antes de despertar?

Blanche se llevó una mano a la boca para contener su risa.

—Claro. Recuerda que el francés no es su idioma. Va, ayúdame a colocarlo en la camilla de nuevo. Si vienes conmigo a las cocinas después te enseñaré uno de mis platos especiales. Hoy hay que celebrar que nuestro enfermo se ha recuperado.

—Sí —sonrió ella.

—Aunque hay algo un tanto extraño. Espero que no te importune que te pregunte, pero...

—Descuida, con todo lo que me has dado aquí tienes derecho a preguntarme lo que quieras.

—¿“Derecho”? —dijo con sorna— ¡Anda ya!

—Pero es... sobre beber sangre, ¿no?

—Sí —el buen humor de Blanche pareció tornarse en pudor—. ¿Cómo lo has sabido?

—A veces acierto de chiripa. ¿Qué querías preguntar exactamente?

—Todo este tiempo que has pasado aquí. ¿No necesitarás beber sangre en algún momento?

—El vampiro que me estuvo ayudando me dijo que cabía la posibilidad de que yo fuera diferente y no la necesitase. Espero que tenga razón. De momento sólo he bebido sangre una vez y... no fue agradable.

Mentira. Sí que lo fue, y hacía unas semanas estuvo a punto de volver a hacerlo cuando Ab y sus muchachos la rodearon en aquel patio.

—Entonces, ¿no querías beber mi sangre?

Rea se sobresaltó y se apartó de la monja como si fuera ella el vampiro.

—¡¿Qué dices?! ¡No! ¡Claro que no!

—Te dije que podía importunarte —sonrió ella—. Pensaba que si debías beber sangre alguna vez... mejor que fuera la mía. Sé que no necesitas matar a nadie, sólo lo justo bastaría. No te enfades, por favor, lo he dicho sólo como medida preventiva, por si sientes que realmente lo necesitas. No te iba a dejar morirte de hambre.

—No puedo enfadarme por algo así. Sé que lo dices con buena intención, pero esto es algo que no quiero hacer nunca más si puedo evitarlo. Además, con la comida que me dais aquí tengo más que bastante.

—Vaya. Estoy contenta de que te lo tomes tan bien.

—Has sido una buena amiga, y me has dado una nueva vida que me ha hecho creer... en la posibilidad de vivir de otra forma. Me siento bien. Muchas gracias.

Las dos mujeres salieron y por primera vez Klaus quedó solo, pero tanto las pesadillas como la fiebre habían cesado. La cacería se retomaría en breve, y esta vez sabrían adónde ir.

Capítulo 40: El sueño del alquimista

Fragmentos inconexos de recuerdos olvidados, robados dos veces; ida y vuelta. A veces florecían en forma de sueño, pero estos aún se escapaban de la memoria del alquimista porque no habían sido recuperados del todo. Le estaba vedado recordar nada aún, aunque podía revivirlo a veces por accidente.

En su eterno afán de conocimiento, el viejo alquimista no podría jamás alcanzar estos recuerdos porque no comprendería su valor sin que estos volvieran a su memoria. No podría recordarlos tampoco hoy, pues no los apreciaba, no los deseaba; no los entendía.

¿Eran acaso estas las palabras de un viejo moribundo y arrepentido? No importaba. Nada importaba ya.

Porque ambos estaban muertos, sí, pero con ellos no murió su historia. El deseo de perdurar era demasiado fuerte, el deseo de cambiarlo todo. Aun hoy, tras varias vidas y habiendo perdido hasta el propósito por el que sacrificó su alma por dos veces, seguía adelante. Sólo importaba llegar, lo demás era secundario. Era una lástima. Podría haberlo recordado todo fácilmente con hacerse varias preguntas: ¿Qué era Archet y por qué se llamaba así? ¿Dónde lo consiguió? ¿Cuál fue la razón por la que buscó en la música los secretos de su alma? ¿Quién era él antes de hacer el juramento en Praga?

Si el alquimista hubiera seguido soñando con esto habría recordado todo. Todo eso hubiera sido suficiente no para detener el mecanismo del fin del mundo, sino para cambiarlo a él y convertirlo en aquello por lo que llevaba siglos luchando: su verdadera meta. No sería así. Todos esos recuerdos estaban demasiado ocultos en su mente como para poder recuperarlos. Necesitaría un esfuerzo que no podría hacer porque no sabía que existía. ¿Cómo saber que se debe buscar aquello que no se sabe que se ha perdido? Ahora estaban a punto de arrebatarse la oportunidad de saberlo jamás. Aquellos viejos recuerdos empezaron a cambiar y desaparecer, a retorcerse como lo hacía el bosque donde ÉL se ocultaba. Porque los sueños y los recuerdos son mucho más variables que la realidad y a veces un pequeño cambio nos hace perder de vista nuestra propia razón de existir.

Capítulo 41: Lumen

Siempre fue una ciudad muy oscura, con un perpetuo tono azul grisáceo de día, marino de noche. Hoy también lo era. En sus calles, anchas, interminables y enrevesadas se escuchaban los pasos de un niño que huía. De fondo se oía un lúgubre violín, que hacía sonar notas sueltas como si agonizara y maldijera a la noche que lo consumía todo.

Mientras corría por la interminable avenida iba evitando a la gente. Eran o habían sido familiares suyos, pero al mismo tiempo no lo eran ni lo habían sido cuando él era él. Eckhart antes de ser Eckhart era un huérfano. Un niño que fue vendido por su propia madre, negándole para siempre ese cariño que nunca debe faltar a nadie. Daba lo mismo, pues apenas recordaba nada; esa parte de él hacía tiempo que había muerto y era irrelevante para su meta. Ninguna de esas personas existía ya, así que no tenía sentido pararse a pensar en ellas. Pasó de largo en su incesante búsqueda. El niño... no. No era un niño ya: era ya el alquimista de música, joven y con otro rostro; luchando contra la tragedia que le habría de arrancar el alma. La mitad de ésta, para ser exactos. Podía ahora ver con más claridad que antes las caras de la gente mientras seguía corriendo. Distinguía a algunos de sus compañeros, que habían muerto ya. Hablaban entre ellos sobre alquimia, pero eran temas triviales no relacionados con lo que él estaba buscando. Otros se perdían en política o religión. Él tenía una meta distinta a todos ellos, mucho más elevada. Siguió corriendo y los dejó atrás. Luego vio a algunos de sus antiguos rivales y enemigos, que le miraban con expresión de sorna. A medida que iba corriendo, las caras de la

gente se volvían más inverosímiles y demoníacas y la ciudad se iba quedando sin luz hasta que apenas podía ver el camino ante él. El alquimista se detuvo. Había algo que no cuadraba en todo esto, pero todavía no sabía el qué. Antes de que pudiera seguir pensando, el sonido de un violín estalló de nuevo por toda la ciudad. Echó a correr una vez más, buscando desesperadamente la fuente de aquel sonido, que una vez había sido una melodía hermosa y perfecta, ahora reducido a acordes sueltos e irregulares que se clavaban en él como puñales. Era una sensación tan horrible que casi logró devolverle sus recuerdos perdidos; su verdadero propósito.

El sonido de las cuerdas de un violín rompiéndose a su espalda lo hizo voltearse. Por fin, encontró a la persona que estaba tocando el violín: era una mujer. Joven aún, pero encorvada y desmejorada, vestida con harapos como si fuera una anciana mendiga. Aquel violín era lo único que quedaba de lo que una vez existió.

—¿Eckhart? —dijo una voz ajada y llena de emoción— ¿Has venido?

El alquimista dejó de respirar. No quería que esa persona notara su presencia. No quería ver en lo que un ser como ella se había convertido. Ni que ella le viera a él como era ahora.

—Eckhart —repitió volteándose—. Soy yo. ¿Ya no sabes quién soy?

No lo sabía, pero lo sentía: era un hada que se perdió en aquella ciudad tenebrosa de alma podrida. Era. Ahora no era nada; un espectro apenas con vida después de que el mundo se llevara su talento, su juventud, su belleza. ¿El mundo? No. Había sido el violín. El violín la había maldecido por tener demasiado buen corazón. El violín que nunca debería haberle entregado a él. Eso le costó todo; una vida se cambió por otra. Apenas recordaba nada más de ella. Ni su nombre, ni su historia, ni si era importante para él.

Ella existió cuando él vivió su primera niñez, el único momento de su larga existencia en que había sido inocente. No la amaba, pues era sólo un crío por aquel entonces, pero había algo entre ellos dos que había despertado en él el deseo irrefrenable de vivir. Todos

esos recuerdos se arremolinaban en el alma del alquimista. Resultaban inalcanzables cuando estaba despierto y consciente; por eso era tan aterrador verlos resurgir ahora.

—Eckhart... mira. Mírame...

Cuando intentó erguirse, la joven anciana se resquebrajó como si fuera de arcilla seca.

—¡No! —dijo él quitándosela de encima— ¡Fuera!

Sus manos de arcilla, que una vez habían tejido un universo de hermosura y arte, cayeron al suelo y se rompieron. Ya no estaban. Eckhart retrocedió. No podía ser. Seguía habiendo algo mal allí. Ella nunca le había llamado Eckhart. Él no se llamaba así por aquel entonces. Ella nunca habría podido recordar su propio nombre o el de él, ni siquiera reconocerle. Eso no era real. No estaba en Lyon ni en las otras ciudades en las que había nacido. Allí no estaba Gilbert, tampoco estaba en la posada donde se había dormido. Eso era...

Un aullido como nunca había oído otro igual interrumpió sus pensamientos. Una bestia inmensa y cubierta de pelo salió de una de las casas. Aquella figura, casi humana, toda negra y enorme una vez había sido la pesadilla remota de una de sus infancias, pero ahora ya no era un niño y sabía que estaba en un sueño. Empuñó uno de los cuchillos que ocultaba entre sus ropas y avanzó hacia él lleno de ira al descubrir el engaño. La velocidad de aquella bestia no importaba: él sería más rápido. Apuñaló sin piedad a aquella mole negra, que arañaba el aire de aquella pesadilla. Un aire cargado de ansiedad y terror, pero también de furia y de un fuerte deseo de vivir. El deseo que una vez le había salvado de la muerte. Ungido por su propio odio, asesinó a ese demonio tenebroso. Los rugidos de la bestia cesaron mientras ésta se desvanecía en la inmensa sombra negra que era ahora el suelo. Oyó una risa entre dientes a su espalda. Se dio la vuelta al momento, apuntando el cuchillo contra lo único que había allí. Como si de un foco se tratara, una luz descendía del inexistente cielo hasta donde estaba... una niña. Era tan sólo una niña, vestida de bruja como si hubiera escapado de una historia para críos, como aquel lobo humano. Su sombrero de ala inmensamente ancha acababa en un

pico que le ocultaba el rostro, como una máscara de cuervo y su falda, larga y estrecha, se fundía con el suelo dándole un aspecto irreal. Parecía más bien una ilustración. El enorme ala del sombrero tapaba sus ojos, de manera que sólo se podía ver su inquietante y leve sonrisa.

—¿Quién eres? —dijo el alquimista.

—Soy tu miedo a la oscuridad —contestó ella.

—No tengo miedo a la oscuridad.

La sonrisa de la bruja se acentuó, como diciendo: “lo tendrás”. Luego, retrocedió con unos pasos cortos e insonoros, fundiéndose con la negrura de aquel escenario onírico. A lo lejos, el alquimista pudo ver los ojos brillantes de toda una horda de criaturas como la que había visto antes. Se acercaban. Sin embargo, ahora estaba despierto del todo y sabía que eso no era un sueño normal. Como si fuera un hechicero, extendió su mano con el puño abierto. Cuando las criaturas se acercaron aún más, lo cerró y, uno de los edificios, tomando la forma de éste, agarró a algunas de las bestias que galopaban hacia él y cerró la calle chocando con el muro del que tenía enfrente. Eso le daba tiempo, pero no ganaría la batalla con esto únicamente. Se concentró en sus manos, que empezaron a brillar más y más. Sólo había una forma de derrotar a ese espíritu maligno. Los lobos corrían y corrían. No podía verlos ahora, pero sí oír el sonido de sus patas y garras chocando contra el suelo mientras avanzaban. Ya casi habían llegado donde estaba él. Si lo herían allí no moriría, pero estaba seguro de que esta vez era algo más. Una gota de sudor le cayó por la frente. Eso lo conectaba con su cuerpo inconsciente, cuya frente también sudaba a pesar del frío, dormido en la posada. Las manos le brillaron aún más intensamente. Las juntó con fuerza, haciendo uno de los símbolos que le habían enseñado tiempo atrás.

El Eckhart de la ciudad oscura y el de la posada abrieron los ojos al mismo tiempo, juntando las manos en un fognazo blanco.

—¡Lumen!

La criatura que había encima del alquimista chilló y se encaramó a la pared, acorralada, mientras el humo negro de la que estaba formada se esparcía por la habitación o se escapaba por la ventana

hacia la noche iluminada por la luna. Había dado resultado, pero nunca se había encontrado antes con un espíritu maligno tan poderoso como para perdurar a simple vista sin haberse alimentado antes. Éste había fracasado, pero aun así sólo había conseguido disiparlo por unos instantes.

—Te he visto, alquimista —resonó la voz de la bruja en la habitación—. No olvides que he visto más de lo que nadie ha visto de ti y sé quién eres más de lo que tú podrás saberlo. No olvides que mientras más intentes avanzar más fácil me será encontrarte.

—Y yo te estaré esperando, seas lo que seas —murmuró.

Mientras se ponía en pie, la puerta se abrió; Gilbert, portando un candelabro, entró por ella.

—¡Santa Cordelia! ¿Qué son esos gritos? Cierre la ventana, por lo que más quiera. ¡Está esto helado!

—¡Estúpido! Te dije que vigilaras bien.

—¿Eh? ¿Es que ha ocurrido algo?

Gilbert encendió la lámpara de la habitación y la luz se propagó por más lugares aún. No quedaba ni rastro del humo negro ni del demonio que allí había entrado. Como si hubiera sido una corriente de aire.

—No sé si se trata de Damien o de la mala suerte —empezó a decir el alquimista—, pero esta vez voy a tener que hacer mi trabajo a la vieja usanza.

—¿Más vieja aún? —se burló el sirviente— Explíquese.

—Tu melodía y la de Veleduch. Compuse ambas durante el sueño. Luego, al despertar, usé las referencias que ya tenía para acabar más rápido. Por alguna razón que se me escapa, hay algo en esta ciudad que no va bien. Antes de poder preparar mi siguiente obra fui atacado por un *daemonio*.

Gilbert soltó una sonora carcajada como las que profería cuando estaba encerrado en el espejo.

—¿Tan grande y aún tiene miedo del coco? Ha tenido una pesadilla, eso es todo. Si le parece bien velaré por usted de noche agarrándole la manita. Ande, ya pasó.

—¿No has notado cómo el frío de la habitación ha desaparecido de súbito? ¿O que la habitación se ha hecho mucho más clara

incluso antes de que encendiera la lámpara?

—Lo del frío sí que es cierto.

—Y lo de la lámpara. Será mejor que crea en *daemonios*, señor Mayer: quizá pronto nos encontremos con uno cara a cara.

—Si usted lo dice —dijo el *doppelgänger* con una sonrisilla—. Prepararé mi *Qres khresaa*.

—¡Idiota! —rugió el alquimista agarrando a su sirviente de la camisa y lanzándolo contra la pared de un empujón— ¡No es un asunto de risa! Un *daemonio* que no se encuentra atado a un lugar fijo es algo muy peligroso. Sobre todo si es capaz de razonar como éste. Podría ser como Veleduch o...

Calló. Estaba demasiado tenso e irritado, casi a la defensiva. Se le notaba desconcertado y eso no podía traer nada bueno. Sobre todo cuando se había enfrentado a Veleduch o con el guardaespaldas de Lerroux y había emergido victorioso casi sin despeinarse. Gilbert lo miró sorprendido ante aquel arranque de ira. Tal vez no lo había imaginado.

—¿Qué le hace pensar que no está atado a esta habitación cual apuesto *doppelgänger* a cierto espejo?

—Lo habría notado nada más entrar el primer día. No es algo que se pueda ocultar. Del mismo modo que noté a Lambert cuando nos seguía, podría notar a un *daemonio* incluso con más facilidad. Es una sensación parecida a la que tuve al entrar en la *Maison du Diable*. Algo me estaba esperando allí, sólo observando, al principio. Luego se aseguró de que no dejara huellas y aun así Lerroux se enteró. Quizás sí que sea verdad que hay “demonios invisibles” que gobiernan esta ciudad.

—No se me vuelva loco usted también.

—En absoluto. Estoy casi seguro de que una las piezas de este juego al que nos hemos visto arrastrados también tiene el don de la visión: en esta ciudad hay algo que nos estaba esperando. Un nido de *daemonios*, tal vez.

—Permítame un inciso —dijo Gilbert imitando el tono del alquimista—, pues veo que tiene usted algunas dificultades para pronunciar demonio.

—Y usted, como de costumbre, una insoportable falta de

conocimientos respecto al tema —dijo mucho más irritado de lo normal. Parecía diferente de otras veces. Solía ser mucho más confiado normalmente. No era miedo, pero Gilbert podía notar que su maestro estaba ahora mucho más intranquilo. Eso era tanto divertido como preocupante—. Los *daemonios* son espíritus, algunos beneficiosos para los humanos, otros dañinos —prosiguió—. No soy un experto en el tema, pero aprendí las bases para poder defenderme, de hecho...

Calló de nuevo. Había caído en la cuenta de algo importante. Hacía semanas que debía de estar protegido contra un ser así.

—¿De hecho...?

—Coge algo que ilumine y sígueme —ordenó poniéndose a todo correr un gabán negro que había en una de las sillas—. Así que no crees en los demonios, ¿eh? Ven.

Sin esperar a que su sirviente fuera tras de él, el maestro alquimista salió como alma que lleva el diablo, subió hasta la entrada y empezó a rodear el exterior de la posada. Su sirviente apareció unos segundos más tarde, con un a vela en cada mano.

—Le traigo una por si las moscas. ¿Qué ha descubierto?

—Dame eso —replicó él cogiendo una de éstas—. Aquí. Mira.

Era una de las pequeñas piedras marcadas que el genio del espejo había puesto semanas atrás. Estaba manchada de sangre y rodeada de gusanos, que ocultaban el signo que el alquimista había escrito sobre ellas.

—Lo que sea que usa para escribir... —empezó a decir el sirviente, pero se encontró con la mirada furiosa del alquimista— Déjelo estar. ¿Qué demonios es esto?

—Tengo, desde que despertamos al guardián de piedra, un extraño presentimiento. Por eso te hice colocar estas runas de protección alrededor de la casa.

—¿Protección contra qué?

—El mal —dejó caer la piedra de nuevo y Gilbert se quedó mirándola pensativo.

—"El mal". Nunca he creído mucho en esas cosas, ¿sabe?

—Tanto a ese tipo de cosas como a mí nos importa poco lo que usted crea. Sígueme. Estoy seguro de que el resto de piedras estará

en las mismas condiciones.

En efecto así era; todas y cada una de las piedras marcadas habían sido corrompidas por aquel extraño fenómeno.

—Y la sangre, ¿de quién es?

—No sabría decirlo.

—Creo que la han derrochado bastante. ¿Ve? Parece que no la iba a echar en falta.

—Tienes razón. Han usado la sangre para imponerse a mis runas.

—O sea que es un demonio alquimista.

Eckhart negó con la cabeza.

—No. Es algo así como magia negra. La sangre fresca contiene energía vital si es reciente... y ésta parece que lo es. Ya te he dicho que no sé mucho sobre el tema.

—¿Lo aprendió de un mago como usted?

—De un grupo de “magos” como yo. Hace muchos años no trabajaba solo.

—Interesante. ¿Y qué pasó?

—Seguí adelante. Todo se queda atrás y muere... eventualmente.

—Si no lo sabré yo —rio el *doppelgänger*—. Pero usted perdió más que yo, señor Solberg. Y mire que yo perdí hasta mi alma.

—Y ganaré también más.

—O morirá solo y triste como el viejo amargado que es.

—Estás muy suelto de la lengua, últimamente.

—Oh, lo lamento. Tanto practicar la forma de hablar de Lerroux me ha hecho algo más franco de lo que suelo ser. Lo controlaré en breve. ¡O eso espero!

—Lo que menos necesito ahora es otro estorbo —gruñó pateando una de las piedras—. Tardaré bastante en crear la pieza que necesito sin poder usar los sueños... a menos que tomemos medidas.

—Use un hechizo de los suyos como de costumbre —dijo el sirviente con su habitual sorna.

—No es tan fácil, pero tienes razón. Hoy el peligro era tan grande que lo he sentido mucho antes de que llegara hasta mí. Al

parecer hay más cosas ocurriendo en esta ciudad de las que querría. Sin poder probar la melodía podría tardar otras tres semanas. Tal vez más.

—¡No me fastidie! —protestó el *doppelgänger* llevándose las manos a la cabeza— Al menos ha descubierto el sistema para sacar a la luz la siguiente pista del señor Kriz, ¿no?

—No podemos arriesgarnos. Si hubiera fallado al traerte a ti de vuelta hubieras desaparecido. Si fallo mientras cambio esa pequeña dimensión de bolsillo, o bien moriremos los dos o lo harán nuestras posibilidades de encontrar la piedra. Tú ya lo sabías, ¿verdad? —Sonrió—. Ya habías deducido que ése era el sistema que debíamos utilizar.

—Era más que obvio. No hacía falta que dejara de nuevo su firma para saber que se trataba otra vez del alquimista pintor.

—Exacto. Esa cámara es dos cosas: la prueba de que la piedra filosofal existe y el siguiente familiar que necesitamos.

—Vaya hombre. Yo lo he pillado antes, pero usted ha descubierto más que yo. Claro que si yo me hubiera pasado dos semanas haciendo el ermitaño le aseguro que hubiera descubierto hasta cuántos pelos tiene en la nariz el dichoso familiar. A propósito, ¿qué quiere decir con lo de “la prueba?”

—Deberías haberte percatado ya de que el “mundo” al que Veleduch lleva es diferente al nuestro. Las cosas no se suelen mover solas en nuestro mundo. La sala de las escaleras está protegida por verdadera magia y contiene un único y valioso elemento que no pertenece a ese mundo.

—¿Que es...?

—Eso lo dejaré para que lo adivines —dijo Eckhart con una sonrisa mordaz—. Tu premio por ser tan inteligente.

—Y luego se pregunta por qué respondo a su cruel crueldad con mi cruel franqueza. En fin... ¿Planes para mañana cancelados entonces?

—Modificados. Vamos a cazar al cazador. Vas a convertirte en cazador de brujas, Gilbert.

—Fantástico —replicó Gilbert desperezándose—. Demonios, brujas y otros familiares. ¡Y yo que empezaba a pensar que había

malgastado mi alma!

Eckhart ahora trataba de parecer tan sereno y brusco como de costumbre, pero estaba alterado. Había estado muy cerca no sólo de morir, sino de verdaderamente perderlo todo. Un mal había estado tomando forma, lenta pero constantemente, observando sus avances, tal vez impidiéndole seguir adelante. Hoy había estado muy cerca de conseguir detenerle. Se preguntó cuál sería el propósito de todo aquello. Si es que seres como esos podían sentir deseos. ¿Qué podría querer conseguir?

Capítulo 42: Virtus

En mitad de las montañas, ahora teñidas por un manto blanco y gélido, Freya observaba la nieve caer. Desde que había dejado a Leon no había hecho más que vagar por la ciudad como el espectro que era. Finalmente, agotada mentalmente por la situación, había dejado la ciudad hacía unos días. El remordimiento había sido un pesado lastre que apenas la dejaba avanzar. Siguió caminando por el frío monte hasta llegar a la cumbre helada, donde se dejó caer, exhausta. Era igual que la escarcha la cubriera; no podía morir. Si se fijaba, desde allí aún se podía ver la ciudad, a lo lejos. ¿Era eso todo lo que había para ella? Hundió su rostro entre sus rodillas y recordó una vez más.

Toda su vida, todo por lo que había luchado una vez ya no estaba. Los valores de su familia ya no tenían sentido en aquel mundo; la heroína de Morgernstern había muerto en vano y se había convertido en un ancestro. Sí, ya no valía la pena negarlo más: ella era también uno de los demonios que habían elegido ese lugar como liza. Ella era el ancestro de la desesperación, pues eso era lo que la había devuelto a la vida y la mantenía aún como antítesis de lo que una vez fue. Mientras ella escapaba, Lyon se convertiría en un campo de batalla lleno de inocentes para alimentarles. Lo quisiera o no, los ancestros se acabarían enfrentando entre ellos. Eso desencadenaría el apocalipsis. Ella había huido y abandonado a Leon, quien moriría con toda seguridad, perdiendo así por siempre su alma en el submundo... tal y como había ocurrido con la suya.

Sin embargo, ¿era ahí donde acababa todo? Si participaba en aquella guerra aseguraría el fin del mundo; si no lo hacía, éste

llegaría de todas formas. Se vio a sí misma cuando era humana, equipada con una armadura ligera y sobre un caballo blanco. Tenía el mismo aspecto que entonces, pero había cambiado tanto... Su ejército era inferior en número al del señor feudal, y sus tropas eran poco más que campesinos que no habían tenido tiempo para entrenarse y apenas habían comido lo suficiente para mantenerse en pie. Le ofrecieron rendirse o el exilio; le ofrecieron dejar que la tiranía triunfara, ya que de todas formas no podría impedirlo. Ella lo sabía. Era plenamente consciente de que un ejército como el suyo no podría derrotar a los soldados de su señor. Honor, justicia, virtud; ella sabía que esos valores morirían en aquella batalla dejando sólo vergüenza en su lugar. Sin embargo, luchó. Ella estuvo allí para defender lo que creía justo. Aunque todos esos valores hubieran fracasado, aunque nunca hubiera tenido ninguna posibilidad, aunque ni siquiera los aldeanos que defendía lo comprendieran: ella luchó. Incluso cuando el espíritu maligno cayó sobre su alma y trató de corromperla, fue su voluntad por mantener los valores de su familia lo que la hizo prevalecer sobre éste y mantenerse humana. Era eso lo que le había faltado todos estos años y seguiría siendo una sombra mientras así fuera. Miró al cielo dubitativa. La nieve caía ahora suavemente, la vegetación cedía poco a poco al peso de los copos helados que flotaban en el aire. Era un sonido tranquilo y agradable. En el cielo apenas nublado había miles de estrellas que acompañaban a la luna. Al mirar hacia ésta, una estrella fugaz apareció por un instante solamente, como un pequeño rayo de esperanza en la noche infinita del espacio. Eso era ella. Un rayo de luz que tal vez no pudiera vencer a la oscuridad, pero podía mostrar al mundo que había algo más; que había que intentarlo aunque pareciera imposible porque un mundo justo, un mundo virtuoso, era algo por lo que valía la pena luchar.

Había tomado una decisión: lucharía en esta guerra. Aunque sólo fuera por defender lo que ella una vez había considerado justo. No: nunca había dejado de hacerlo, sólo había intentado olvidarlo sin éxito, pero la vergüenza cada vez que lo hacía le mostraba que seguía creyendo en ellos por más que se lo negara a sí misma. Ella sabía que tomando la decisión de volver sellaba su destino una vez

más y se ponía en pie de nuevo contra un mundo despiadado que jamás sería el que ella esperaba. Freya se levantó y miró su mano derecha: empuñaba de nuevo la espada de su familia.

—Iustitia —dijo llamándola por su nombre. Había sido invocada allí desde su condenación eterna. La había llamado ella.

Aquello era la señal divina que necesitaba. La espada que había perdido hacía tanto tiempo en aquel rincón de su memoria había vuelto ahora para asistirle.

“Arrodíllate”, oyó clamar a la voz de su padre, como aquel día hacía ya tantos años. Como hizo una vez en el pasado, le obedeció y al instante se vio envuelta en el cálido recuerdo del salón donde se convirtió en la última y más joven señora de su feudo.

—Te nombro miembro en todo derecho de la casa Holz knecht —resonó la voz en su mente—. Tiempos aciagos vendrán y tu camino no será siempre claro, pero recuerda este credo y jamás permitas que el mal triunfe. El mundo es ahora un lugar oscuro, hija mía, pero es labor de los nuestros devolver a la gente su esperanza y enfrentarse a esas tinieblas para que la luz vuelva a llenar nuestros corazones. ¡Que la justicia y la virtud gobiernen el mundo!

—¡Que la justicia y la virtud gobiernen el mundo! —repitió ella alzándose.

Las visiones del submundo la guiaban. Había comprendido. Estaba en la misma situación que cuando desafió a su señor: aunque fuera una batalla perdida lo importante no era vencer. Lo importante era inspirar a la gente a repetir su gesta; luchar por lo que creía hasta el final e intentar hacer un mundo mejor por sombrío que se presentara el futuro, por temibles que fueran sus enemigos. Una vez así lo había jurado delante de su padre, en la torre de homenajes del castillo de Morgernstern.

Ella era la única hija y, su padre, adivinando la derrota de su familia a manos de otros nobles cercanos al señor feudal, decidió tratarla como un hijo varón. Logró alargar esa guerra por seis largos años en los que instruyó a su heredera a pasos forzados. Aquello había sido una bendición, pues de no haber sido así Freya no habría podido sobrevivir cuando el castillo de su linaje cayó finalmente.

Había vuelto a nacer; había recuperado su voluntad, por poco que eso fuera.

Sin embargo, aún no podía participar en aquella guerra.

Primero debía mostrarle a Leon cómo era realmente. Debía enseñarle lo que es un ancestro y por qué no se le puede derrotar. Pero para ello, debería hacer un último sacrificio: volver a ese lugar que se había convertido en su infierno y mostrarse al vampiro de ojos verdes en su verdadera forma.

Al levantarse, por contra, pudo ver que no era la única que había tomado esa decisión. En el horizonte podía verse el rastro rojizo de otro de los ancestros, avanzando lentamente en dirección a la ciudad como una niebla de muerte. Si eso llegaba hasta Lyon se desencadenaría una catástrofe. Aún tenía tiempo, pero no debía perder un solo segundo más. Freya saltó por el desfiladero y bajó corriendo. El manto blanco que había perdido días atrás se extendió por su espalda como las alas de una paloma mientras descendía. Se sintió aparecer y desaparecer, salvando grandes distancias con sus largos pasos gracias a sus poderes demoníacos. Esta vez, sin embargo, era diferente: tenía un propósito justo una vez más. Ésa sería su salvación.

Capítulo 43: Demonios en la noche

Tras el incidente con el *daemonio*, Eckhart se sentó en el pequeño escritorio que había junto a la cama y mezcló algunos de los materiales que tenía. Había unas flores verdosas, pero también otros elementos en estado líquido que Gilbert sospechaba no eran demasiado saludables si se ingerían. Encendió al calcinador y se puso manos a la obra. No le pidió ayuda en absoluto y cuando él se la ofreció, para terminar con aquel terco enfriamiento, éste contestó:

—Tráeme romero, berilio y tantos ojos de gato como puedas.

—¿A estas horas me va a tener usted persiguiendo mininos por la calle?

—El ojo de gato es el nombre común de la crisolita, un aluminato de berilio de gran dureza y generalmente color amarillo verdoso. Ahora también se le llama Alexandrita, en honor a un reciente gobernante de Rusia, pero no creo que muchos la conozcan por ese nombre en este lugar.

—Mi imitación de Lerroux palidece con la suya, ¿eh? Menudas batallitas que me cuenta.

—No me importa cómo las consigas, sólo trae cuantas más mejor. Esto es algo que no comprenderás hasta que no lo veas en acción, así que no preguntes más y déjame trabajar.

—A la orden, mi sargento. Vaya un despertar más gruñón que tiene usted.

—También necesito hojas de romero y berilio. Cuanto antes lo traigas todo antes estaremos seguros. No estoy bromeando.

—¡Ya va, ya va! —protestó— ¡Iré veloz como el viento! Crisolita,

berilio, romero Alexandrita; crisolita, berilio romero Alexandrita...

Con una descripción tan pobre parecía un auténtico reto, pero él ya sabía dónde mirar; primero se coló en uno de los almacenes que tenía toda clase de bienes de importación, incluyendo joyas en bruto como las que buscaba. Para lograrlo simplemente aporreó la puerta, haciéndose pasar por el propietario de una de las fundiciones de Lyon. En las últimas semanas había conversado con él en varias ocasiones y, si bien no contaba aún con su plena confianza, era un hombre tan característico y lleno de tics que imitarle sería coser y cantar. Podía haberse hecho pasar por Lerroux, pero hubiera sido un tanto peligroso porque era un papel que no tenía tan ensayado como este otro.

Tras llamar a la puerta y parecer nervioso y contento, aseguró al encargado que uno de sus clientes ricos, que estaba enamorado de la piedra preciosa llamada "ojo de gato, venía al día siguiente y que estaba más que seguro de que si no lograba hacerle un regalo como ése jamás cerraría el trato, que podía hacerles ricos. Al principio el hombre tardó en prestarle tanta atención como la situación merecía, sospechando de semejante encuentro y a esas horas de la noche. Tras jurar y perjurar Gilbert que a primera hora del día siguiente uno de sus sirvientes le pagaría lo que él le pidiera, el pobre hombre se vio convencido, no sin antes poner un precio astronómico por las veinticuatro piedras anaranjadas que Gilbert se llevó. Le llamó socio, le abrazó, le besó en la mejilla y hasta le aseguró la mano de su hija en el futuro. Luego salió de allí, cambió de forma y sonrió para sus adentros. Se iba a liar una buena cuando el dueño se diera cuenta de que el "propietario de la fundición" le había estafado y le fuera a reclamar, pero eso ya no era asunto suyo.

Para obtener el berilio usó el poder del tres de tréboles y unas pocas monedas. Los huérfanos de su "red de espías" golpearon la puerta y los cristales de un viejo alquimista hasta que éste salió en pos de ellos. Cuando esto ocurrió, Gilbert se hizo con todas las muestras que pudo y salió de allí justo antes de que el malhumorado vejete regresara de su persecución.

Finalmente se transformó en una hermosa mujer, algo entrada en años, y se coló por una de las ventanas de la iglesia. Al cabo de

un rato, la pesada puerta de roble se abrió y por ella salió Gilbert, aún en su forma femenina, con más romero del que el maestro podría gastar.

—¡Eres un adalid de la resistencia! Gracias a ti estamos salvados. Ésta es una deuda que mi corazón no olvidará —le sonrió a alguien que estaba aún dentro.

En cuanto la puerta se cerró, sin embargo, el *doppelgänger* volvió a transformarse en un sonriente Gilbert, que puso dirección a la posada, muy contento. No le había tomado tanto. Las calles estaban completamente vacías, así que resultaba muy cómodo caminar de un lado para otro o bailar por la calle con su fajo de romero, que era casi un fardo. Sin embargo, su caótica danza terminó de súbito al escuchar su nombre a su espalda.

—Gilbert —dijo una voz infantil.

Se volvió inmediatamente, para encontrarse con una figura en medio de la calle: una niña, toda vestida de negro y con un sombrero largo de igual color.

—¿Nos conocemos?

—Nunca debiste volver del espejo en el que te encerraste.

Lejos de verse intimidado, Gilbert se llevó una mano a la barbilla, meditabundo.

—Sin duda alguna, pero... oye, ¿quiéndiablose **erestú**?

—Todos —contestó ella—. Labolas.

—¿Quién?

De la espalda de la pequeña habían salido dos enormes y monstruosos brazos negros, que se desplegaron luego en dos gigantescas alas mientras el resto de su cuerpo empezaba a cambiar también.

—Esto... creo que me llaman... por allí —señaló en dirección contraria a ese demonio—. ¡Adiós muy buenas!

Gilbert podía ser temerario, pero cuando oía en su interior una voz que decía “corre”, él lo hacía sin preguntar y tan rápido como sus pies le permitían. Soltó el fardo de romero y se quedó sólo con un buen puñado, que metió en la bolsa llena de “ojos de gato”. Oía pasos tras de él, pero definitivamente no eran los de una niña. Era el sonido de muchas patas que galopaban ligeras por la calle de

tierra. Cada vez más cerca, cada vez más rápido, tenía que hacer algo ya. Pedir auxilio no le serviría de nada. Lo que le perseguía estaba demasiado cerca y podría acabar con él tan rápido como lo haría Veleduch. Miró hacia atrás por un momento y vio que se trataba de cinco perros de presa, no tan grandes como el león de piedra, pero de cabeza enorme y llena de afilados dientes. Una mandíbula así podría triturar la pierna de alguien con un único mordisco. Sin pensárselo dos veces, giró rumbo a las calles estrechas y se perdió deliberadamente en ellas. Para su fortuna, esta zona de la ciudad no había cambiado nada. Subió por unas cajas hasta uno de los muros que cerraba la calle y saltó hasta la copa de un árbol, grueso y bajo. Dos de los perros saltaron el muro por las cajas, como hizo él, golpeando al grueso árbol con su negro hocico. Uno de ellos estuvo a punto de alcanzar a Gilbert, quien para defenderse golpeó al animal con un puntapié. Consiguió hacerlo caer, pero también perdió el zapato en el proceso.

—¡Maldito bicho! —exclamó echando mano de una de las piedras más gruesas que había en su bolsa— ¡Anda y vete a perseguir liebres por ahí!

Tiró la piedra con tanta destreza que alcanzó al demoníaco cánido en la frente. Para su sorpresa, éste se disipó en el aire como si estuviera hecho de niebla. El otro animal siguió intentando encaramarse al árbol, pero antes de que llegara recibió otra pedrada del *doppelgänger*, que lo hizo desaparecer tan rápido como al primero.

—Caray, me imaginaba algo más peligroso —se dijo a sí mismo bajando del árbol para recuperar los ojos de gato. Cuando lo hizo siguió por las calles estrechas hasta llegar de nuevo a la posada. Había sido un viaje provechoso: tenía lo que le habían pedido y ahora era un poco menos escéptico en cuanto a los demonios que les perseguían.

Capítulo 44: Cazadores y vampiros

Cuando Rea y Blanche volvieron, Klaus ya había vuelto en sí. Estaba sentado en la camilla, mirándose las manos.

—Traemos algo de comida —dijo Blanche animada.

El cazador asintió, como deprimido y cogió el humeante cuenco de sopa de las manos de Rea. Olía muy bien.

—Cuando era más joven pensaba que puedo vencer a todo —dijo sosteniendo el cuenco—, luego luché en guerras y pensé que podía vencer a muchos. Ahora sé más; he caminado por Europa. Casi muero de frío y hambre muchas veces. Sí; ahora sé. Yo no puedo vencer a todo ni a muchos, y si no voy con cuidado todo me puede vencer a mí. Maestro me decía que lo importante para ser un buen cazador no es cazar muchos vampiros: es no morir cazando. Nunca le he hecho caso —rio.

—Eres valiente —dijo la monja.

—Soy —replicó éste—, pero eso no me hace vencer a un vampiro como éste. No soy lo bastante bueno. No creo que un humano pueda vencer.

—No estás solo —dijo Blanche.

—Y no son sólo humanos los que luchan —añadió Rea.

—No sé a cuántos más tiene —dijo Klaus— pero son muchos y él es muy fuerte. Aún somos pocos.

—¿No tienes fe en nosotras? —bromeó Blanche.

Klaus dio un par de tragos a la sopa caliente y exhaló el vapor que subía desde su interior. Su propia imagen le recordó a su viejo maestro en uno de los momentos en los que se quedaba meditativo, haciendo anillos de humo hasta que por fin decía en voz alta el

resultado de su reflexión. Ahora le tocaba a él hacerla.

—No, no la tengo —dijo al fin—. No tengo fe en ti o en ella. Tampoco tengo fe en mí. Vivir para cazar otro día es importante. Si no lo conseguimos es el fin de esta ciudad. Esto que digo es rudo, pero morir por nada es peor.

—Pero no podemos dejar que siga matando —dijo Rea—. Tú mismo lo dijiste antes. Yo conocía a alguien que se enfrentó a él. Un vampiro como yo.

—¿Vanya? —dijo Blanche.

Rea le había dicho hacía varios días lo que ocurrió. Cómo perdió el control cuando estaba junto a él. Desde entonces no sabía qué había sido de su compañero.

—Yo... —prosiguió Rea— pierdo el control. No soy fuerte cuando soy yo misma. Sólo cuando...

—No fue culpa tuya —empezó a decir Blanche, pero Rea levantó la mano en señal de pausa.

—No lo sé. No estoy segura de si lo fue o no, pero sé que cuando estoy así puedo enfrentarme a ese vampiro asesino. Si me ayudáis quizás pueda dominarlo y así acabaríamos con él. Incluso para los vampiros no soy algo normal. He podido sentirlo algunas veces. Tengo algo horrible dentro, pero sé que eso puede sernos de ayuda.

—¿Y si no puedes dominarlo?

Esos días se había sentido bien. Lejos de la influencia de los vampiros los hilos de sangre se habían debilitado mucho. Incluso parecía que los primeros días con Vanya fueran sólo un mal recuerdo que ya quedaba atrás para siempre. Rea meditó las palabras de Blanche apenas un segundo y después contestó:

—Entonces corred. Yo estaré bien, de verdad. Sé que hay algo que me protege, aunque estoy segura de que no es algo bueno.

Klaus se terminó la sopa y miró hacia ella, levantado. Era bastante corpulento comparado con aquellas dos chicas.

—Señorita, eres valiente como yo, pero eso no te sirve tampoco. Vivimos todos o no atacamos. Yo pienso que tenemos que ser más; mejor preparados. Podemos practicar para estos días, para aprender a trabajar juntos. Yo he estado en el ejército. Trabajar en equipo es importante para sobrevivir tanto como poder trabajar sin

nadie. Mejor saber lo que puede hacer cada uno. ¿Todos de acuerdo?

—Yo también estoy acostumbrada a trabajar en equipo —contestó Blanche—. Creo que Klaus tiene razón. Rea, ¿te atreverías a entrenar con nosotros? Te lo advierto, seré algo dura —le sonrió de esa forma tan característica que la hacía parecer inofensiva e inocente. Quizás lo fuera de verdad, pero Rea intuía que esa sonrisa no era tan alegre como pretendía.

—Está bien —replicó Rea sin darle más vueltas a ese pensamiento—. Estoy dispuesta a trabajar tan duro como pueda para poder ayudarlos. Yo no sé cazar vampiros, pero espero poder hacer algo también.

—Seguro que sí —le dijo la monja.

—Cuando encontremos al vampiro tiene que estar solo. Si él muere los demás no mueren, pero son diferentes a él. No son tan listos ni tan viejos. A esos sí que me puedo enfrentar. Son los de siempre.

—Está bien —dijo la monja juntando las manos—. ¿Empezamos mañana por la mañana?

Capítulo 45: Contra el caos

Cuando contó a Eckhart lo ocurrido, éste frunció el ceño y asintió en silencio.

—Labolas —repitió el maestro alquimista recordando el extraño sortilegio que según Gilbert aquella bruja había usado contra él—. ¿Estás seguro?

—Tan seguro como que si no salgo de allí acabo peor que con el guardián de piedra.

—Me suena haberlo oído antes, pero no sé lo que significa.

—Pues es más efectivo que el "*Qres khresaa*", se lo garantizo. Por poco no lo cuento. Además sabía dónde he estado todos estos años, cosa que me ha sorprendido bastante porque me acordaría de una personita tan agradable.

—No; no creo que os hayáis visto antes —negó con la cabeza—. Es lo mismo que utilizo yo, pero incluso más preciso. Resulta casi impensable, pero esa bruja que has visto es más hábil que yo en algunos aspectos.

—"Resulta casi impensable", ¿eh? —rio el sirviente— Cualquiera diría que es usted el mejorísimo en todo.

—He sacrificado mucho por aprender a hacer lo que hago. Sí; resulta impensable que esa cría tenga tanto conocimiento y poder.

—Quizás se trate de otro guardián de la piedra.

—Quizás —contestó sin creerlo demasiado—. Lo que importa es que está en nuestro camino y debemos acabar con ella.

—Usted tampoco se anda con juegos, ¿eh? Pues vamos a ello, que no quiero pasarme otras dos semanas en calma chicha haciendo de recadero suyo.

Los dos alquimistas pasaron el resto del día preparándose para su enfrentamiento con lo que les estaba acechando. Eckhart apiló montones de frascos. En cada uno de ellos había metido un fragmento de gema, romero, un poco de agua y algo de alumbre férrico en polvo. También se llevó un saco pequeño con rocas que había marcado con distintos símbolos. A diferencia del alumbre férrico, Gilbert no reconoció ninguno de estos. Cuando terminaron de prepararlo todo, Eckhart le sugirió que durmieran y trabajaran por turnos por si acaso. El primero en descansar fue el alquimista, por supuesto, el cual se durmió poniendo los frascos que habían preparado a su alrededor como una armadura invisible. El sirviente no sabía si funcionarían, pero, para su sorpresa, sirvieron para que su maestro durmiera sin hacer apenas ruido.

—Gilbert Mayer, ¡el cazador de brujas! —susurró.

Sonaba bien. Tal vez se presentara de ese modo algún día.

Capítulo 46: Preparación

Se levantaron de buena mañana para aprovechar el día. Rea llevaba viviendo en la iglesia un tiempo ya, así que no le costó en absoluto, a pesar de no haber dormido demasiado por los nervios. Michel, el párroco, les había dejado el patio interior de la iglesia para que practicasen. No era muy grande, pero ellos no eran tantos. Primero Klaus explicó algunas de sus primeras experiencias en combate. A Rea le resultaba difícil seguir las instrucciones que ese hombre daba con su extraño acento y su tono marcial. Blanche, por el contrario, parecía más inmersa en la lección. Luego aprendieron diferentes posiciones para distintos tipos de enfrentamientos. Para cuando hay que avanzar, para cuando hay que retirarse, para cuando el enemigo les rodease, para justo antes de entrar en combate... todas ellas requerían un trabajo en grupo excelente y tener las ideas bien claras para poder coordinarse mejor. El soldado parecía algo decepcionado con ella, pero si así era no se lo hizo saber en ningún momento.

Hicieron algunos ejercicios de calentamiento que Blanche sugirió y se pusieron manos a la obra. Primero Klaus les habló de la importancia de mantener las distancias para ganar ventaja, luego practicaron de nuevo agarres con Blanche. El cazador parecía desconocer esas técnicas más incluso que Rea, que ya llevaba un tiempo empleándolas. Finalmente, la monja trajo unos palos de madera con los que probaron algunos blocajes y ataques. Primero lo hicieron los dos cazadores, bastante rápido. Luego probó ella y más o menos le cogió el tranquillo después de algunos intentos. La idea era fácil, pero era muy difícil bloquear y contraatacar como le

habían enseñado. El ejercicio de los agarres se le había dado mejor.

—Tienes práctica —elogió el cazador a Blanche—. No luchamos hoy para practicar, pero veo que sabes.

—Gracias. Pensaba que me habría olvidado a estas alturas.

—Tú no seas modesta. Haces las cosas bien y sabes ir en equipo. Me sorprende encontrar a alguien que sepa hacer tan bien.

Luego se giró y miró a Rea.

—Tú también aprendes bien. Tienes la cabeza más joven que yo y no tienes miedo de hacer con nosotros. Buen trabajo, con más práctica serás buena.

—Ha tenido una buena maestra —asintió la monja orgullosa.

—Con práctica, ¿no? Pues sigamos, ¿no estoy cansada aún!

Cuando quisieron darse cuenta, el sol del mediodía pasaba ya sobre sus cabezas. Tanto los cazadores como Rea sabían que mientras más tiempo pasara más caos provocaría Leon, pero tampoco valía la pena hacer un sobreesfuerzo y lamentarlo después. Klaus parecía estar más en forma incluso que ellas a pesar de haber pasado dos semanas recuperándose de lo que fuera que le había ocurrido en el bosque. Era un hombre fuerte. Comieron algo junto a los otros miembros del monasterio y descansaron; Rea y el cazador, al menos, pues Blanche siguió ayudando con algunas de las tareas hasta que el Michel la convenció de que se había ganado un descanso. Uno tras otro, los tres cazadores de vampiros cayeron ante un enemigo no menos poderoso que el vampiro de ojos verdes: el sueño.

Mientras tanto, el párroco visitó el mausoleo y se quedó allí mirando una de las tumbas vacías con cara de preocupación. Ése había sido, tiempo atrás, la guarida de un vampiro. Ahora era el lugar de reposo del turbulento pasado de una joven que había encontrado allí la paz. Pronto ese reposo se vería perturbado y todos aquellos años de tranquilidad quedarían atrás en un instante. Michel se pasó la mano por los pocos pelos canosos que le quedaban y se sentó de rodillas. Allí rezó para que esa persona no volviera a perder la fe. Para que Blanche cumpliera con su labor sin acabar sintiéndose tan despiadada como los monstruos que perseguía. Era una buena mujer; no merecía culparse por algo así.

Para él había sido como la hija que nunca tuvo, pues su esposa había fallecido hacía ya muchos años por un mal que todos sus conocimientos de medicina no pudieron curar. Temblando, cubrió con su mano su arrugado rostro. Siempre que pensaba en ello se le acababan saltando las lágrimas, pero esta vez sentía que algo más ocurría. Casi lo presentía: no viviría mucho tiempo más.

—Cuando me fui contigo siempre pensé que jamás volvería a este lugar, Claire. Pero mi abuelo murió y tú me fuiste arrebatada más tarde. Sé que estás en el lugar que te corresponde. Creo... creo que pronto estaremos juntos de nuevo. Tú y yo. Te echo de menos hoy igual que cada día desde hace más de treinta años. Espero que el Señor se haya apiadado de ti y que permita que nos reunamos de nuevo cuando llegue mi hora. Mientras tanto, cuida de Blanche y no dejes que lleve su carga en solitario. Fuiste la última para ella. Y no hay día en el que no lamente no haberte podido salvar de verdad. Lo sé. Yo... tengo fe en Dios y en vosotras. Tengo fe en que nos volveremos a ver.

Cuando salió del viejo mausoleo se sintió algo mejor y esperó que sus plegarias hubieran sido escuchadas, así como que los nuevos compañeros que ahora tenía Blanche pudieran protegerla tanto como ella les protegería a ellos.

Capítulo 47: La hora de las brujas

Cuando llegó de nuevo su turno para dormir, Gilbert se tumbó en el suelo sin esperar lograrlo, pues su sueño iba y venía de forma muy diferente al de una persona normal. A él no lo protegerían con frascos místicos y hechizos, sino con el devenir intranquilo del alquimista, que había decidido gastar el tiempo que le quedaba de guardia grabando letras en las piedras con sumo cuidado. En algunas de ellas sólo se había molestado en pegar un papel escrito. Gilbert sonrió al ver que su futura victoria parecía depender de las manualidades mágicas del maestro. Con estos pensamientos, y por suerte, cayó rendido antes de escuchar de nuevo las quejas del alquimista. Cuando despertó vio a su tutor finalizando los últimos preparativos. Había llegado el momento.

—Toma un par de estos —dijo éste al verlo despierto—. No se te ocurra utilizarlos sin mi permiso.

—¿Qué hacen?

—“Matar” *daemonios*. Es el único propósito que tienen. Esta noche realizaremos una excursión nocturna. Si podemos eliminar este problema de raíz, no me tomará mucho menos tiempo resolver el asunto del segundo familiar.

—¿Si tanto aprecio le tiene a dormir bien por qué no vuelve a la biblioteca de Veleduch?

—Porque no se puede dormir en ese lugar.

—¿Teechanporroncar? —se carcajeó el sirviente.

—Sencillamente no es posible. Si te duermes, vuelves a aparecer en la entrada. ¿Creías que todo lo que he estado haciendo es leer libros inventados?

—Y lo sigo creyendo en gran parte. ¿Cuántos tuvo que leer para darse cuenta de que no encontraría respuesta?

—Unos cincuenta —contestó el alquimista como si se hubiera de sentir orgulloso con esa cifra—. Hasta que por fin descubrí que aquella biblioteca gigante era un premio de consolación y una trampa al mismo tiempo.

—¿De veras? —se burló de nuevo Gilbert. Siempre fingía ser ignorante, pero más aún cuando sabía algo— Eso suena muy interesante.

—Ya habrá tiempo para hablar cuando salgamos. Quiero encontrar al *daemonio* cuanto antes y no sé si podremos hacerlo. Usa los frascos contra él si aparece. No se le puede herir con objetos físicos normales.

—¿No me matarán a mí estos dichosos frascos? —bromeó.

—Salvo que te tragues el frasco de cristal y te ahogues con él, no. Aunque tal y como los he elaborado te pueden cambiar ligeramente el estado de ánimo si tu mente es débil. La gran mayoría de demonios no soportan algunos estados de la mente y se disipan... por un tiempo al menos. Tú mismo viste su efectividad antes incluso de que los preparase.

—Pues espero que no nos fallen esta noche. Lo que me persiguió ayer no parecía ser cosa de broma, ¡y esto se lo digo yo!

—No lo sé —murmuró el alquimista—. No esperaba encontrarme con algo así, por lo que no sé si funcionará si nos encontramos a nuestro nuevo enemigo. Si tuviéramos más gemas o algo de... —maldijo.

—¡Eh! Un momento, ¡a mí no me incluya! —se quejó el *doppelgänger*— SU enemigo. Yo me llevaba bien con todo el mundo hasta que le conocí a usted. Ahora me persiguen ladrones, perros de piedra y de mantequilla infernal, locos forrados hasta las cejas, demonios y brujas, padres despechados, madres despechadas, maridos despechados y hasta esposas por fortuna **ypararegocijodelavistadeunservidor** sin despechar, sin olvidar algún que otro gendarme y unos cuantos artistas callejeros... huy, no, espera. ¡Esos últimos son mis enemigos exclusivamente!

—¿Ha hecho amigos este tiempo que he estado ocupado? Nos

vendría bien un cazador de demonios ahora mismo... o un exorcista que sepa lo que se hace, tanto da.

—Sólo conocí a un exorcista cuando aún era un espectro —se mofó el *doppelgänger*—. Era un gran corredor.

—Era demasiado esperar de su famosa red de espionaje.

—Y dale con las malas palabras.

Eckhart se puso su chaqueta negra y fijó la vaina de su *Estoc* a uno de los lados del cinturón. Luego se guardó varios de los frascos en diferentes bolsillos que tenía escondidos por toda la ropa.

—¡Pero si tiene más bolsillos que un ladrón! —rio Gilbert— Veo que entiende que estar listo puede ser la diferencia entre la vida y la vida pero con más palos.

—Deberías hacer lo mismo. Si fueras precavido harías aparecer un arma.

—Usted dedíquese a su magia, que yo me dedicaré a la mía.

Una vez preparados, se aventuraron hacia la fría noche. Las calles estaban especialmente vacías hoy; quizás por el aire gélido que bajaba de las montañas, el cual había conquistado finalmente los tejados con una capa blanquecina que era un preludio de lo que sería un invierno demoledor. Deambularon por la ciudad como aquella noche en la que persiguieron a Veleduch. Ésta también prometía ser igual de improductiva, pero el alquimista se había obsesionado con encontrar a lo que había enviado a ese demonio. “Te he visto, alquimista. No olvides que he visto más de lo que nadie ha visto de ti. No olvides que mientras más intentes avanzar más fácil me será encontrarte.”

Eran esas palabras las que infundían temor en él. El hecho de que ella supiera quién era Eckhart Solberg realmente. Mucho más de lo que nadie había sabido. Si alguien se había atrevido a observar ese fragmento de sus memorias debía ser silenciado cuanto antes, para así poder seguir siendo sólo el alquimista hasta cumplir su tarea. Gilbert podía ser todo el mundo, pero él no podía ser nadie ya. Recordó cuando robó a aquel niño hacía ya tanto tiempo y le cambió el alma mientras él mismo moría. Un viejo músico secuestraba a un niño para tocar el violín una última vez antes de morir. Fue una historia extraña, pero acabó “bien”. El

padre del niño había visto a aquel anciano y lo había perseguido hasta dar con él. Sólo encontró a su hijo y a su secuestrador, muerto en el suelo junto a un violín. Su padre se llamaba Joseph Solberg, y era uno de los comerciantes más prósperos de la región, así como un hombre inteligente. Siempre sospechó que aquel día algo había cambiado en su hijo para siempre, pero nunca tuvo el valor para enfrentarse a aquella incómoda verdad, ni el conocimiento necesario para comprenderla.

—¡Eh! —le gritó Gilbert.

El fuerte empujón que su sirviente le había dado lo sacó de su ensoñación. Pudo sentir como algo había pasado entre los dos a toda velocidad. Cuando miró en la dirección del viento vio a una inmensa lechuza, que siguió volando hasta el final de la calle y luego surcó los cielos de nuevo. Desde las alturas, se mantuvo en el aire y miró en la dirección donde se encontraban los dos alquimistas. Los ojos rojos de la criatura brillaban como dos estrellas en la noche.

—Creo —dijo el maestro alquimista levantándose— que esa lechuza es lo que andábamos buscando.

—¿Lechuza? —exclamó Gilbert escudriñando los alrededores en busca de un lugar donde parapetarse— ¡Pero si parece un dragón de lo grande que es!

El demonio alado descendió de nuevo, cambiando de forma durante el vuelo. En vez de un pico tenía una inmensa y monstruosa boca toda hecha dientes afilados, y las alas parecían multiplicarse y desaparecer con cada aleteo. Los ojos rojos de la criatura voladora estaban clavados en Eckhart, quien desenvainó tan rápido como pudo e intentó atravesar a aquella lechuza demoníaca. Se agachó para evitar las garras de la criatura, tratando de clavar su espada en el estómago del monstruo, más la hoja pasó a través de éste como si se tratara de humo; como el humo negro que había visto antes. Tal y como él había supuesto, las espadas no funcionarían esta vez. Algo agarró al alquimista y lo arrastró. La criatura alada dio un chillido triunfal, al que se le unieron los gritos de todas las almas que aquella criatura portaba. El humo negro que la rodeaba a veces adoptaba formas, entre las cuales se podían

distinguir rostros gritando y manos que intentaban agarrarle también. Antes de que la inmensa lechuza alzase el vuelo de nuevo, Eckhart alcanzó uno de los frascos y lo arrojó contra la bestia. Esto sí que funcionó. El cristal estalló y el líquido se volatilizó en el aire, haciendo que la bestia soltase su mortífero agarre y lo dejara rodando por el suelo. La pata de la criatura había desaparecido al tirarle el frasco, pero se había vuelto a regenerar en apenas unos segundos. Eckhart miró a aquel monstruo, horrorizado. Había comprendido por fin que no se estaban enfrentando sólo a un demonio sino a un cúmulo de ellos. Todos los espíritus malignos que giraban alrededor de la lechuza alimentaban a esa inmensa monstruosidad alada, que no podía ser herida ni destruida, ni siquiera por lo que había preparado. Se estaban enfrentando a algo que jamás hubiera creído posible: una pesadilla viviente. Gilbert corrió a su lado y le ayudó a ponerse en pie. Era demasiado tarde, la bruja ya estaba cayendo sobre ellos con sus maléficas e inmensas alas.

Capítulo 48: La cadena maldita

Por más que buscaba, no podía encontrar el lugar indicado, y el gerente le había dicho que jamás había oído hablar de una cosa así. Sin embargo, Leon sabía que los ancestros que le habían guiado hasta allí no mentían. Era en ese lugar donde debía encontrar lo que le haría ganar la guerra y al mismo tiempo liberarse de su maldición. El objeto en cuestión tenía un aspecto sencillo: una piedra roja como la sangre con un brillo titilante en su interior. Los ancestros no podían acercarse a ella ni utilizarla, pues su poder jamás podría ser usado por demonios como ellos. Un objeto así suponía una protección perfecta, un santuario contra los que habían de ser sus enemigos. Hastiado, por fin se dio por vencido y se sentó junto al gerente en la sala de administración.

—Eres mi leal siervo —le dijo a su esclavo—, ¿verdad?

—Siempre lo he sido, mi señor —contestó éste de forma natural.

—Buen perro.

El vampiro clavó sus ojos verdes en los papeles que su siervo redactaba.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Nada importante, señor, tan sólo apuntando todo aquello de lo que dispone ahora que esta fortaleza es suya. Comida, agua...

—Esclavos —interrumpió.

—Esclavos...—repitió el gerente sin molestarse en absoluto.

—Aunque les voy a dar un uso pronto. Necesito mantener a tu jefe ocupado, así que le voy a dar una sorpresa.

—Mi jefe...—dijo absorto por unos instantes como si hubiera recordado algo importante— ¿Qué clase de sorpresa?

—Sé un buen perro y mantén la boca y los oídos cerrados.

—Soy su más leal sirviente.

—Y ni siquiera me fío de ti —replicó pasando la mano por la mesa de madera—. Imagina si estoy hecho un hijoputa desconfiado.

Leon detuvo su mano. Había notado una marca en la madera. Al examinarla, percibió uno de los símbolos que habían usado los suyos en la antigüedad. No era exactamente el mismo, pero había pasado mucho tiempo desde que inventaron ese mecanismo. Si tenía razón, entonces debería haber dos palancas o resortes. Se levantó y empezó a tantear las paredes, con cuidado de no activar nada aún.

—¿Ocurre algo, señor? —dijo el gerente alzando la vista.

—No me gusta el color de este muro. Demasiado gris, ¿no crees?

—¿Perdón?

—Levanta. Ayúdame a buscar.

—¿A buscar qué?

—Algo —contestó irritado—. ¿Es tan difícil obedecer una puta orden sin preguntar?

—Lo siento. Me pongo a ello al momento.

Leon escuchó un tic a su espalda y, sin pensárselo dos veces, se lanzó contra el sorprendido gerente, tirándolo al suelo. Allí le golpeó varias veces en la cara y lo dejó tirado. Luego se dio la vuelta y empezó a escudriñar debajo de la mesa en la que su esclavo había estado escribiendo. Allí estaba el mecanismo y lo habían activado para bloquear los otros. Se dio la vuelta de nuevo para detener el cuchillo que empuñaba el gerente, que tenía toda la cara ensangrentada por los golpes de antes.

—¡Con que mi más leal sirviente! ¿Eh? —gritó— ¡Perro del diablo!

El gerente intentó escapar arrastrándose, pero Leon le pateó con fuerza. Sabiendo que era el final, se dio la vuelta y miró desafiante al vampiro de ojos verdes.

—Es verdad lo que dicen de los vera sangre —dijo con una sonrisa desdentada—, pero nos hemos adelantado. Nunca encontrarás lo que estabas buscando.

—¿Quieres ver como sí? ¡Voy a encontrar el camino a base de estamparte contra el suelo!

En vez de responder inmediatamente, el malherido gerente rio, tosiendo aún más sangre. Tenía los huesos del esternón destrozados.

—El señor de este lugar nos ha preparado para esto. ¡Sabemos resistir a los wurdalak desde hace años! Sabemos morir con dignidad...

—¡Con dignidad! —rio el vampiro de ojos verdes— ¿Estás hecho una pila de carne ensangrentada y aún crees que mueres con dignidad? Mío o de otro dueño: sigues siendo sólo un maldito perro.

—Ya... no importa —balbuceó—. A estas alturas mi jefe sabe que estás aquí y ha mandado otros “perros” para morderte. He cumplido con mi deber. Que el demonio te lleve a ti y a todos los malditos Vera Sa...

—¡Toma, una medalla! —exclamó golpeando con su bota el rostro de aquel leal esbirro, que se quebró contra el suelo—. No pensé que tendría que adelantar planes tan pronto, pero te ha dado por joderme en el momento equivocado, chaval. Estarás contento —se movió nerviosamente de un lado a otro de la habitación, meditando su siguiente movimiento—. ¡Estarás contento!

Golpeó de nuevo el cadáver del vampiro, que estalló en llamas contra la pared.

—Muy bien. Si vienen a por mí tendré que jugar mis otras cartas. ¡Alois! ¡Alois! ¿¡Dónde diablos te has metido?!

El vampiro de ojos verdes salió corriendo en pos de su segundo de a bordo. Siempre andaba cerca, así que lo encontró con facilidad.

—¡Alois! —exclamó Leon— ¡Quiero que todos los nuestros estén alerta y se preparen para rechazar un asalto en la puerta principal! ¡Posición defensiva! Como hemos estado preparando. Usad un poco la cabeza y preparad lo que podáis para adaptaros a este sitio. También quiero que mandes a todos los esclavos a la cámara central. Vamos a tener visita pronto y voy a necesitar fuerzas.

—¿A todos? —dijo sin titubear— ¿Se los va a llevar a todos?

—¡Al infierno me los voy a llevar! ¡Y a todos vosotros también!

Soy un hijo de perra de ochocientos años, y eso me convierte en perro viejo. ¡Corre idiota! ¡Los soldados del dragón carmesí podrían caer sobre nosotros en cualquier momento!

Su leal sirviente —el único con la mente lo bastante rota como para obedecer ciegamente al menos— echó a correr. Leon también, pero mientras que Alois se había dirigido al patio interior para dar la alarma, él lo había hecho a lo alto de la torre. Se desenrolló la gruesa cadena de metal de los brazos y la apretó con ambas manos, clavando en ella sus ojos verdes, que se incendiaron como si fueran dos portales al infierno. Ese color rojo brillante era el verdadero color de la verdadera sangre, que sólo se revelaba cuando estos usaban sus poderes diabólicos. Desgarró la carne de sus fornidos brazos con las uñas y miró al horizonte con todo su odio. Al caer su sangre en los eslabones metálicos, un reborde escarlata empezó a rodear tanto a la cadena como a su portador. No era algo muy vistoso, casi como si exudara sangre y ésta se evaporase al instante. Leon puso todos los músculos en tensión y hacía una mueca de dolor contenido. Finalmente dejó escapar un alarido con todo su odio y furia. No había sido sólo un grito; aquello era la señal para que todos los que había mordido y no fueran lo bastante fuertes mentalmente enloquecieran y se alimentaran todo lo que pudieran, en un ciego frenesí. Así se lo había dicho quien le había convocado: el Señor del Odio.

Se apoyó en una de las almenas, sin aliento. Aquello le había dejado sin fuerzas, pero tenía otros métodos para recuperarlas antes de que los hombres del señor local llegasen. Si no lo hacían tanto daba, al menos estarían ocupados durante un par de días. Con un poco de suerte todo podía salir aún según el plan. Leon bajó de nuevo las escaleras mientras escuchaba a lo lejos los aullidos de los hijos de la noche, cuya sangre hervía con todo el odio del ancestro al que sus almas pertenecían. Era algo pronto, pero con toda seguridad cumpliría su propósito: su efímera danza de muerte había comenzado.

Capítulo 49: Malfas

Incansable ahora que tenía una razón por la que luchar, Freya se movió a toda prisa por la espesura. Había avanzado en línea recta, mucho más rápido que antes, cuando iba sin rumbo fijo y deteniéndose a menudo, pensando si debía regresar para mantenerse cerca de él. A veces lo había hecho, volviendo hacia atrás, pero arrepintiéndose luego y huyendo de nuevo. Ya no. Ahora no tenía ninguna duda de que debía moverse hacia adelante. Quizás ya habían tomado el fuerte, pero primero quería mirar si Leon aún permanecía en su anterior guarida. Era más seguro y más rápido.

El bosque era incluso más espeso que antes. En tan poco tiempo la tierra se había vuelto más oscura, el aire más denso aún, las hojas cubrían el suelo en un manto de muerte y putrefacción. Todo lo que la rodeaba era un mundo distinto al suyo, amenazador y lleno de presencias malignas e intangibles que acechaban a todo aquel que se aventurase en aquella densa pero semidesnuda arboleda. Freya se detuvo; una figura humana se alzaba en el sinuoso camino. Su mano voló hasta su espada y apuntó con ella hacia aquel hombre de negro como si se moviera por voluntad propia, temblando. Un hormigueo indescriptible recorría todo su cuerpo, avisándole de que debía guardarse de aquella forma oscura, incluso temerla. Sí; era una sensación de pánico y terror que provenía desde las profundidades de su instinto humano. Ésa era la diferencia entre ella y un ancestro de verdad: la criatura que tenía delante no tenía ni una pizca de humanidad. El viento hizo que las hojas muertas se arremolinaran alrededor de aquella figura mientras el murmullo de

sus palabras surcaba el aire.

—Sabía que volverías —dijo la voz joven de un varón—. Te he estado esperando.

El sonido de sus palabras era sorprendentemente suave, como si quisiera ocultar su naturaleza tras éstas. Al alzar su sombrero de copa, el desconocido de pelo blanco y ondulado mostró una máscara italiana negra que le cubría el rostro, con la nariz larga como la de un cuervo.

—¿Quién eres tú? —exclamó.

El hombre del rostro de cuervo, ladeó la cabeza hacia los lados, como si fuera un pájaro y luego levantó la mirada en su dirección. Sus ojos eran dos motas negras en la oscuridad, ocultos en la sombra bajo la máscara.

—Tuvimos un fortuito y fugaz encuentro hace apenas unas semanas —continuó, desvaneciéndose y apareciendo de nuevo a sólo unos pasos de ella, que alzó su espada aún más como si fuera un talismán para contrarrestar el miedo que aquel demonio infundía en ella—. Soy Malfas, el de las alas múltiples. Uno de los ancestros que participa en este juego. Y tú también lo eres —cuando hablaba clavaba sus ojos negros en ella: su presa—. Me siento afortunado de poder mantener mi forma en esta noche cruel.

Los dos huecos negros en las cuencas oculares de aquel extraño se encendieron como dos faros rojos. Al ver que Freya retrocedía asustada, Malfas sonrió, mostrando los dientes pequeños y afilados de un falso ancestro en una boca desmesuradamente ancha y terrorífica; salvo que esta criatura no era un falso ancestro, sino uno de los vampiros más antiguos y escalofriantes, los mismos que habían creado a su alrededor la sombría reputación con la que el folclore asociaba a los vampiros modernos. Sin embargo, mientras que esos vampiros eran pocos más que humanos que han vivido largo tiempo, los ancestros eran verdaderos monstruos capaces de alterar el mundo y darle forma. Como el diabólico hombre cuervo había hecho, convirtiendo aquella frondosidad arbolada en un laberinto sombrío y retorcido como su propia mente. Un mundo de engaño y de mentira; de horror y desesperación. El señor del bosque al que Leon había estado haciendo sacrificios se había

revelado por fin. Ya era demasiado tarde para correr.

Sin pensarlo dos veces, Freya trató de clavar su espada en el ancestro. Mientras esto sucedía, él soltó una sonora carcajada que se dividió en los incontables graznidos de los cuervos que salían del interior de su casaca larga y negra. Se cubrió el rostro para evitar que los pájaros le picasen y blandió su espada tratando de espantarlos. Cuando volvió a mirar no había nada ni se oía nada salvo su respiración y sus propias manos, aferrándose a la espada y temblando de miedo.

—Cuando mi castillo llegue hasta aquí —resonó la voz del vampiro clavándose en su mente desde todas direcciones— seré demasiado poderoso y me estará vedado participar en esta guerra personalmente. Es una suerte que nos hayamos encontrado. ¿Crees en el destino, pobre niña desafortunada? ¡Pobre chiquilla errante!

El eco de la voz remitió y el bosque quedó en silencio. Freya podía oír su propia respiración, nerviosa por el miedo. La había llamado “chiquilla errante”. La conocía. Esto debía ser lo que Leon sintió cuando ella apareció en su vida por primera vez, acabando con lo que quedaba de su grupo de bandidos y acercándose a él inexorablemente para condenarle por toda la eternidad. Oyó el sonido de una capa flotando a su espalda. Intentó contrarrestar a su enemigo dándose la vuelta, pero no fue lo bastante rápida para evitarlo. Esbozando una sonrisa dentada, el ancestro agarró con su mano blanca y huesuda el rostro de Freya y la impulsó contra un árbol. Aquel monstruo tenía una fuerza tremenda. Sintió como los huesos de su espalda vibraban con cada golpe hasta que la gruesa corteza del árbol crujió y se hundió por la fuerza del impacto. Antes de que pudiera recobrar el sentido, el ancestro la lanzó en otra dirección como si fuera un trapo mojado.

—Pobre niña desafortunada —repitió él—. ¿Por qué no te escondes en el castillo, allí donde tus sueños rotos gobiernan?

Una imagen del mundo al que ella pertenecía golpeó su mente sin piedad, otorgándole la energía que necesitaba para olvidar el dolor que recorría sus articulaciones y levantarse. Miró a su aterrador adversario, que le hizo una reverencia desde lejos y esperó, inclinado hacia ella. No tocaba el suelo.

Con sus tejidos quebrados aún regenerándose, Freya corrió desesperadamente hacia donde su espada había caído y la recogió mientras cargaba contra el vampiro, que seguía como sin vida en esa desconcertante posición flexionada. Descargó varios golpes contra él, con todas sus fuerzas, pero ninguno de ellos llegó a alcanzarle. No es que su enemigo tuviera una técnica impecable, es que era tan rápido que no le hacía falta: el vampiro podía echarse a un lado, dar un paso hacia atrás o cruzarse por delante de su espada tan rápido que únicamente podía verle cuando ya se había detenido. No era sólo eso; además se movía de forma irreal, como si no estuviera atado por las mismas normas que los seres de ese mundo, dejando un rastro de sí mismo, una imagen remanente de esa extraña forma humanoide. Avanzaba y retrocedía sin mover un solo músculo, haciéndole fallar uno y otro golpe sin esfuerzo alguno. De repente, las uñas del vampiro crecieron y atraparon su espada. Freya la liberó con un movimiento circular y atacó de nuevo, pero su enemigo le contestó de igual manera. Empezó a detener los golpes del ancestro, que cada vez se movía más y más deprisa, impidiendo la posibilidad de un contraataque. Usando ahora sus negras y alargadas uñas como cuchillas, el vampiro empezó a ganar terreno, haciendo pequeños cortes en los brazos y las piernas de ella que hacían volar jirones de tela. Se notaba que ni siquiera estaba luchando en serio. Sólo jugaba con ella porque sabía que sus poderes eran superiores.

El vampiro empezó a aparecer y desaparecer, atacando de diversas direcciones. Únicamente la gran destreza de Freya le permitía aguantar ese ritmo de combate, pero incluso ella estaba empezando a cansarse. Malfas se materializó a su espalda y le hizo un profundo tajo en la pierna que la hizo perder el equilibrio. Gritó de dolor mientras caía, sin dejar de prepararse para el siguiente golpe. El ancestro atacó de nuevo por delante y, a pesar de que ella fue capaz de parar el golpe, no pudo evitar caer hacia atrás. Rodó por el suelo para ponerse a salvo y prepararse de nuevo para enfrentarse a ÉL. Ése era su límite. Estaba luchando al máximo y no había inclinado el combate en un solo momento a su favor. Aquella sensación de miedo la hacía aún más débil contra el ancestro, que

en vez de tratar de acabar con ella hizo una reverencia de nuevo mientras levitaba hacia las sombras, donde se fundió con las tinieblas. De todas partes estallaron unos chasquidos escalofriantes que sonaban con un constante “KH! KH! KH!” Era la risa de aquel demonio.

¿Qué se podía hacer contra un monstruo como ése? ¿Qué era esa sensación de terror que la invadía? Fue al preguntarse eso cuando se dio cuenta. Cuando ella convirtió a Leon, éste tenía miedo porque tenía mucho que perder, porque aún no había sido condenado como ella. Ella había sido despojada hasta de su alma y ya no podían hacerle nada que realmente la hiciera temer. Su propio miedo y el pánico que le causaba enfrentarse a un ancestro superior era lo que le estaba haciendo fracasar una y otra vez en ese enfrentamiento. ¿Qué podía hacerle que no le hubieran hecho ya? Si Malfas no podía alimentarse de su miedo entonces al menos tendría la oportunidad de igualar un poco más las cosas. Cerró los ojos y pronunció los votos que su padre le había hecho aprender de memoria. Poco a poco, la sensación de pavor fue remitiendo.

Cuando los hubo pronunciado todos, el ancestro apareció de nuevo ante ella. Parecía más real que antes.

—Pobre niña desafortunada —dijo girando la cabeza como un cuervo—, tu príncipe de la noche ha llegado con alas negras. Eres el señor de la desesperación, pues tu alma lo trae contigo allá donde vas.

El ancestro hizo volar su negra capa como si fueran alas mientras planeaba hacia Freya con un último y potente golpe que produjo un brutal choque. Sin embargo, aquel ataque fue detenido.

—Al servicio de mi señor cuando éste lo requiera —rezó en voz baja ella mientras aguantaba a duras penas la inmensa fuerza de su oponente. Seguía siendo más débil que él, pero eso no la pararía ahora—. Al servicio del desvalido siempre.

Con un juego de brazo, Freya obligó al vampiro a retirarse y detener dos ataques más. Uno de ellos fue tan potente que cercenó las garras del ancestro y le dejó desprotegido ante el siguiente. O eso creía ella. Malfas detuvo las siguientes estocadas con su capa, que ahora no parecía tela sino de metal sólido. La mano sin garras

del vampiro le golpeó en el rostro, sin lograr derribarla.

—¡Recuerda este credo y jamás permitas que el mal triunfe!
—gritó en respuesta a ese duro golpe.

El vampiro estaba ahora retrocediendo a grandes saltos en su irreal vuelo. Los votos que estaba pronunciando por una parte la hacían a ella más fuerte y por otro debilitaban a su enemigo más y más. El ancestro hizo volar su capa de nuevo, de la que salieron una nube de cuervos. En lugar de retroceder, Freya siguió avanzando y se defendió de varios golpes del vampiro, que apareció por el lateral derecho usando su capa, algo rasgada ahora, como si fuera un arma. Lo era; uno de los golpes que el ancestro falló dejó una señal tan profunda en uno de los árboles que parecía haber sido hecha por una enorme hacha.

—¡Es la labor de los nuestros devolver a la gente su esperanza y enfrentarse a esas tinieblas para que la luz vuelva a llenar nuestros corazones!

Ahora lo notaba. Ella era más rápida que aquel demonio. Esa criatura no tenía poder ninguno si ella misma no se lo otorgaba. Cambió su espada a dos manos e hizo un tajo de abajo a arriba, que dejó al vampiro cuervo inmóvil.

—¡Que la justicia y la virtud gobiernen el mundo! —proclamó.

La figura del vampiro ancestro empezó a desvanecerse mientras cientos de cuervos huían en desbandada por su profunda herida, aleteando en todas direcciones hacia las sombras de los árboles. En el suelo sólo quedaron el sombrero, del que colgaba una blanca melena, el atavío negro y la perturbadora máscara italiana, ahora rota. Había vencido.

Cuando Freya intentó retomar el camino, casi sin aliento, pudo observar que allí se hallaba otra vez la figura de negro de antes, pero mucho más delgada y con una forma más borrosa. Se puso de nuevo en guardia mientras todos los cuervos que habían escapado de aquella carcasa vacía se volvían a juntar en esa entidad oscura, de la cual salieron seis inmensas alas negras. Había luchado contra un disfraz de humano; el verdadero ancestro era eso que tenía delante.

Entonces recordó lo que Leon había dicho. Ese ancestro no

volvería al inframundo aun si era derrotado. Se preparó de nuevo para seguir luchando, pero el demonio cuervo alzó un dedo al aire, como pidiendo que se detuviera. Luego, se llevó los dedos a la boca, bajo la larga nariz curvada como el pico de la máscara córvida y profirió un desgarrador silbido que hizo que lo que quedaba de vida en aquel bosque maléfico huyera de aquel maldito lugar. Luego, realizó de nuevo una reverencia y se desvaneció en el aire. Una lucha tan dura y ni siquiera había conseguido destruirle. Es más: Malfas ni siquiera parecía afectado por la derrota o dañado. Freya pensó que ni siquiera alguien como ella podría jamás comprender lo que pasaba por la mente diabólica de ese ser, pero pronto se dio cuenta de que se equivocaba. El vampiro había silbado para llamar a otra criatura de su bosque maléfico. Algo se le acercaba.

Capítulo 50: La llamada del dragón

El resto de la tarde lo pasaron descansando. Klaus propuso salir de noche para cazar falsos ancestros y acostumbrarse a trabajar en grupo, pero Blanche sugirió que era algo pronto para ir con Rea. La joven vampiro se puso de su lado, pues a pesar de que deseaba aprender, odiaba la idea de tener que cazar a alguien que no fuera Leon y era algo a lo que debería acostumbrarse un poco primero. Así pues, el cazador de vampiros aceptó la decisión con un gruñido y volvió solo al patio, para practicar un poco más por su cuenta. Él era diferente de Blanche en ese sentido; parecía vivir sólo para eso. A pesar de no gustarle su forma de hablar algo tosca, como si diera órdenes todo el tiempo, sentía que ella era más parecida a él que a su amiga. Supo entonces que él también había muerto y vuelto a nacer, sólo que él no lo hizo como vampiro.

Cuando el cazador terminó, se bañó rápidamente y volvió a la enfermería para tomar su dosis diaria de hierbas que le preparaban ellas. Él decía que estaba bien, pero Blanche insistió en que siguiera unos días más por si acaso. Rea les escuchó sentada mientras ojeaba de nuevo uno de los libros sobre enfermedades conocidas de las civilizaciones occidentales.

—Yo no creo que esto es medicina —dijo el cazador tras beberse de un trago hasta la última gota del vaso que Blanche le había dado. Ésta puso cara de ir a reñirle, pero se veía en sus ojos que parecía estar a punto de echar a reír.

—Ah, ¿no? Pues es lo que te ha curado.

—Sabe muy bien. Una buena medicina que sabe bien es raro.

—No todo tiene por qué ser amargo —contestó ella con una

sonrisa.

—Entonces mi maestro es buen médico, pero malo con los sabores. No recuerdo nunca que él me da algo que sepa bien cuando yo estoy enfermo. Hasta en el agua ponía ajo.

—Bueno, el ajo es muy sano —rio la monja.

Rea dejó de leer y no pudo evitar sonreír ante la idea de tomar agua con ajo. Se levantó para poner el libro en su sitio y al instante se sintió desfallecer, como si hubiera sido golpeada por algo. Rea se llevó la mano a la frente. Perdió el equilibrio, pero Blanche la cogió antes de que pudiera caer al suelo.

—Eh —le dijo—, ¿estás bien?

No lo estaba. Podía ver de nuevo los hilos sangrientos en el interior de Blanche. Se veía realmente frágil, casi como si con un toque de Rea en uno de aquellos hilos toda su fuerza vital fuera a desaparecer. No quería que ocurriera algo así. Cerró los ojos y realizó uno de los ejercicios que había practicado con Blanche mientras se concentraba en mantenerse inmóvil. Le había parecido oír el grito de Leon como si estuviera en esa misma sala, pero eso era imposible.

—Estoy bien —musitó—. Algo mareada. He sentido como una punzada así de repente y...

Desde el pasillo se oyó un fuerte estruendo de cristales rotos y varios gritos. Algo terrible estaba ocurriendo.

—Mi espada, ¡rápido! —gritó Klaus.

—Bajo la camilla, envuelta en una manta —dijo Blanche, que también se había puesto en alerta—. Será mejor que vayas primero, pero ten cuidado.

El cazador de vampiros obedeció. Salió al pasillo el primero, con la espada por delante y dando pasos cortos. Mientras tanto, la hermana Blanche cogió la punta de madera con la sangre de Leon y uno de los cuchillos de la cocina. Mejor eso que nada.

—Quédate detrás, Rea.

Se habían oído algunos ruidos fuertes más, pero ahora tanto la luz de la iglesia como el estruendo de antes se habían apagado.

Rea iba la última en la fila. Podía ver con más claridad que los demás, pero quizás era lo mejor. Klaus, el cazador, estaba mejor

preparado que ellas y parecía muy fuerte. Cuando llegaron a la nave central de la iglesia, se encontraron junto al púlpito a un hombre que agarraba a Jean, uno de los acólitos, como si lo abrazase. Al moverse en su dirección, éste les oyó y se giró hacia ellos, dejando caer a su víctima, que sangraba profusamente por el cuello. A diferencia de sus compañeros, Rea había visto esa horrible escena con total nitidez. Era apenas un muchacho.

—Dios mío —dijo Blanche.

Rea sintió una gran rabia en su interior. Quería detener esa locura de una vez por todas. Avanzó hacia el vampiro con intención de partirlo en dos, como había hecho unas semanas atrás, sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, Klaus se puso en guardia y se adelantó a sus dos compañeras, interponiéndose entre el vampiro y ellas. Ambos corrieron el uno contra el otro como si fueran a chocarse, pero en el último momento el cazador dio un paso en diagonal y le cortó la cabeza de un único y potente tajo. No había mentido cuando había dicho que era bueno.

—¿Qué ha pasado con las luces? —preguntó Rea.

—Sh. Creo que hay más —dijo éste colocándose un extraño monóculo de reflejo iridiscente.

Tenía razón. Desde el otro pasillo lateral, otro vampiro echó a correr en dirección a las dos mujeres, aullando. Blanche esquivó sus garras y le clavó el cuchillo en dos puntos distintos, uno de ellos el cuello. Cuando el vampiro intentó agarrarla de nuevo, ella giró sobre él y le perforó el corazón por detrás. Tanto Klaus como Rea estaban impresionados.

—Creía que no eras buena cazando vampiros —exclamó la joven vampiro.

—Dije que no era para mí, no que no fuera buena —contestó la monja dando un suspiro—. Tenía mis razones, pero creo que tendré que cambiar de opinión. Tenías razón, Klaus. Demasiada gente ha muerto ya. Si hubiera actuado antes todo esto...

—Nadie de nosotros sabía lo que iba a pasar —negó el cazador.

Los dos vampiros derrotados empezaron a arder, si es que a aquello se le podía llamar arder, pues no emitían calor y apenas luz.

—Tendríamos que asegurarnos de que los demás están bien.

—Sí. También necesitaremos para defendernos. Yo tengo mi espada; vosotras no.

—En el mausoleo conservo algunas armas de cuando aún me dedicaba a esto —contestó Blanche casi con un susurro—. Esperaba no tener que usarlas nunca más... pero las conservé. Tengo que llegar hasta allí, pero voy a necesitar algo de apoyo. Klaus, ¿podrías seguirme de cerca y cubrir la entrada para que Rea y yo las saquemos? Espero no parecer muy mandona —dijo sin perder esa sonrisa suya, pero luego dirigió una mirada hacia el acólito, que yacía sobre un charco de sangre. Se sentía culpable por ello.

El anciano párroco apareció alarmado acompañado por algunos jóvenes frailes.

—Blanche, ¿qué ocurre? Hemos oído gritos y...

Se detuvo al ver el cadáver en el suelo. Quiso hacer más preguntas, pero otro vampiro emergió por la entrada que llevaba hasta el cementerio y se le intentó abalanzar. No tuvo oportunidad, pues Klaus acabó con él con un rápido avance que atravesó su pecho antes de que pudiera darse cuenta de su error. Algunos de los frailes dejaron escapar un grito de alarma.

—¡Vamos! —gritó desclavando al falso ancestro con un puntapié.

—¡Buscad una sala segura y encerraos allí hasta que todo pase!
—dijo Blanche.

—La sala de estudio que hay en el piso de abajo —aconsejó el anciano—. Es grande y no tiene ventanas. Por las escaleras, seguidme.

Con Blanche y Klaus en cabeza para asegurarse, descendieron hasta los dormitorios y de allí a la sala de estudio. Era una puerta sólida y gruesa con un viejo cerrojo medio oxidado. Por fortuna, se abrió y estaba vacía.

Mientras tanto, Rea iba de puerta en puerta para avisar al resto de personas. Fue lo bastante inteligente como para no alarmarles más de la cuenta y decirles que el párroco pedía que se reunieran con urgencia en la vieja sala de estudio. Se sintió un poco como Vanya, diciendo verdades convenientes para evitarse problemas. Para su pesar, ahora lo comprendía un poco mejor. Al estar el monasterio hecho para sobrevivir a la guerra, todas las camas

estaban en las habitaciones del piso inferior, que estaba libre de vampiros por el momento. Habría unas veinte personas en total, sin contar los niños. Cabrían.

—Quedaos aquí y no salgáis por nada del mundo hasta el amanecer —dijo Blanche—. Intentaremos rescatar a tantos como podamos.

—Temo que es ahora el momento en el que debes partir, hija mía —dijo Michel—. Que sea entonces sin remordimientos. Encontrad el mal que se cierne sobre esta ciudad y salvadnos de él. Buena suerte; buena suerte a todos.

Los cazadores y la mujer vampiro corrieron hacia el cementerio y de allí hasta la puerta del humilde mausoleo. Blanche usó la llave de hierro que había cogido de la pequeña librería de la iglesia, cerca de donde habían matado al primer vampiro. Tanto ella como Rea fueron hacia el interior a toda prisa, donde les esperaban losas de piedra que, por suerte, no se habían movido de su lugar.

Blanche se apresuró a mover una de las que estaba más apartada.

—Está algo atascada —gruñó mientras tiraba de ella.

Rea se unió a ella y empujó desde el lateral. Tampoco se movía.

—Quizás sí que me haya descuidado un poco tras un par de años sin entrenar —se disculpó la monja—. Antes la movía yo sola.

—Aparta un momento —dijo Rea—. Déjame intentar una cosa.

Blanche obedeció y la mujer vampiro cerró los ojos. Concentrándose en aquella sensación embriagadora que notaba cuando perdía el control. Salvo que esta vez la estaba provocando ella de forma consciente. Dio un único y rápido tirón que hizo que la pesada losa se deslizase contra la tumba de piedra, abriéndose de par en par.

—¡Vaya! —exclamó la monja— Te has vuelto muy fuerte de repente.

—Es cogerle el truco —sonrió.

En el interior de aquella losa de piedra había una caja de madera. La sacaron fácilmente entre las dos, puesto que pesaba mucho menos que la pesada tapadera de piedra. Cuando la abrieron, Rea quedó maravillada, aunque Blanche parecía abatida.

—¿Sabes? —suspiró contemplando aquella pila de armas viejas— En el fondo sabía que este día acabaría llegando. Tarde o temprano te tienes que enfrentar a tus demonios.

—Te digo lo mismo que tú a Klaus: no estás sola.

—Claro que no —sonrió—. Gracias, sé valiente.

La joven asintió mientras miraba boquiabierta el arsenal del interior de la tumba. Había varios juegos de cuchillos largos, una bandolera para guardar armas arrojadizas y un número algo más reducido de hachas de mano. Por último, había una espada ancha poco más larga que los cuchillos.

—Coge lo que quieras —le dijo Blanche—. Yo me apaño con lo que sea.

Rea no había empuñado nunca un arma, salvo cuando trató de atacar a Vanya con una espada rota. No le había ido muy bien. Cogió la espada y una daga. Eso le debería bastar.

—¿Te importa que me cambie un poco? No podré moverme bien vestida así.

—Ah, no, no. Descuida —contestó mirando hacia otro lado avergonzada.

Blanche se colocó la bandolera y una especie de cinturón grueso. Llenó ambos con los cuchillos más pequeños y ligeros. Se colocó las hachas arrojadizas a los lados y los cuchillos largos en la parte de atrás de la cintura, en dos vainas que su cinturón-faja tenía especialmente para estos. Por último, vació la caja y cogió la pieza de tela del fondo, la sacudió bien y se la puso. Eran unos pantalones anchos y oscuros que se ataban por la cintura y los tobillos para que se ciñeran bien. La faja de cuero ofrecía una protección algo leve, pero ese equipamiento era más bien algo para mantenerse ligero en un combate.

—Bien, podría haber guardado también los guantes, pero me los apañaré por esta noche.

Blanche se rasgó los laterales de la falda para ganar movilidad.

—Ahora seré un poco más rápida —sonrió—. ¿Vamos?

—¡Blanche! —Se oyó la voz de Klaus desde lo alto de las escaleras— ¡Venid, rápido!

Subieron las escaleras de piedra, ya armadas, y se encontraron al

cazador junto a la puerta, mirando inquieto en todas direcciones. Estaban rodeados por al menos cinco vampiros más. Cuando les vieron salir, todos atacaron algo desincronizados. Klaus blandió su espada haciendo varios cortes circulares para mantener la distancia. Cuatro de los vampiros trataron de rodearle mientras que el quinto saltó hacia Blanche. Su mano se movió tal y como lo había hecho montones de veces en el pasado, arrojando uno de los cuchillos al ojo del vampiro. Antes de que éste pudiera detenerse, Blanche lo desclavó y terminó con él perforándole la sien con su daga larga mientras recuperaba el arma que había lanzado. Era aún mejor que el cazador, incluso tan rápida y precisa como lo era Vanya.

Mientras tanto, Klaus partió el cráneo del vampiro que le venía por la izquierda, golpeando después con el codo en la mandíbula del que tenía en frente. Con un grito, subió su espada hacia el hombro y cargó hacia el oponente que tenía a la izquierda, que no lo vio a tiempo para evitar el golpe del todo y fue atravesado por la punta de la *zweihander* del cazador. El cuarto oponente se le echó encima por detrás e intentó morderle; Klaus se agachó para hacerlo caer. No obstante, no le hizo falta forcejear: el falso ancestro cayó por sí solo, con una de las hachas arrojadizas de Blanche en la cabeza. El cazador lo remató en el suelo, mirando a su alrededor para que no le sorprendieran.

—¿Estás bien? —preguntó la monja acercándose a su espalda.

—No —dijo señalando hacia afuera—. Mira.

Los ojos de Blanche se abrieron horrorizados. Desde la verja del cementerio donde se habían visto por primera vez se veían las calles de Lyon, con gente corriendo a un lado y a otro. En algunas casas se veían sombras amenazadoras y se oían gritos. También se escuchaban los disparos de los gendarmes y los ladridos de los perros, alborotados. No era un ataque a la parroquia; estaba sucediendo por toda la ciudad.

—Dios mío —dijo ella—. Juste...

Avergonzada por no haber podido colaborar en la lucha anterior, Rea se alejó de la verja para encontrarse con otro de los falsos ancestros, que la miraba fijamente. Intentó imitar la posición de Klaus y lanzó un par de tajos al aire para golpear la cabeza de su

enemigo, pero no le salió bien y se vio obligada a retroceder. ¿Cómo iba a vengar a nadie si apenas podía defenderse sola? Los otros dos cazadores hacían que pareciera fácil, pero no lo era en absoluto. Blanche y Klaus se giraron para socorrerla, pero antes de que sucediera, el vampiro se abalanzó sobre ella... y se detuvo en seco cuando una espada ligeramente curvada lo cruzó de lado a lado. La punta brillante le salió limpiamente por el costado, revelando a su portador, que salía desde las sombras.

—Ha pasado algún tiempo, Rea —dijo Vanya, apareciendo con un atuendo principesco de color azul oscuro—. Siento haber tardado tanto.

Capítulo 51: Noche diabólica

La gigantesca lechuza desplegó sus alas mientras descendía sobre ellos. Gilbert y Eckhart se prepararon lo mejor que pudieron para detener la acometida de la criatura con varios de los frascos, pero ambos sabían que eso no iba a funcionar. Cuando la bestia alada estaba a punto de llevárselos por delante, chilló de nuevo y volvió a subir hacia el oscuro cielo. Se alejaba volando a toda prisa.

—Y como vuelvas otra vez te vas a enterar de quién es maese Gilberto Mayor, ¡pedazo de bicho! —gritó el genio del espejo.

Su socio, sin embargo, parecía mucho más turbado que su compañero. Se llevó una mano a la frente y suspiró aliviado.

—No tientes a la suerte. No te puedes ni imaginar lo afortunados que hemos sido —murmuró—. Contra esta criatura no hay defensa posible.

—¡Venga, vamos, ya será menos! ¿Después de enfrentarnos a lo que nos hemos enfrentado un pajarito le asusta?

—¿Ni siquiera lo has notado? Esa cosa eran todos los demonios reunidos de esta ciudad: unidos en una única criatura. Y aun así era estable.

—Yo no diría tanto como estable —replicó el sirviente—. He visto como sus alas hacían cosas raras al volar.

—Eso no tiene nada que ver. A una criatura como ésa sólo se la puede destruir con una auténtica reliquia sagrada, a ser posible de hierro.

—No sabía que era usted creyente.

—No tiene nada que ver con la religión —masculló el hastiado alquimista—. Las reliquias sagradas tienen...

Calló de súbito.

—¿Tienen qué? —apremió Gilbert— No se quede a medias que luego se le olvida... aunque no le diré que no estoy algo harto de sus monser...

—Tenemos problemas —contestó sacando algo de su cinto—. Si puedes materializar un arma será mejor que lo hagas.

—¿Y si no?

—Haz de cebo.

Tres hombres aparecieron caminando en su dirección. Salvo que más que caminar parecían impulsar su cuerpo hacia adelante. Gilbert no entendía lo que pasaba, pero él ya había sentido esa sensación. Hacía unas semanas, cuando se encontró a aquel humano perturbado en la casa donde encontraron la pintura de D.Kriz. Fuera lo que fuera el engendro con el que se había enfrentado entonces, esos tres hombres eran lo mismo.

—Apunta al corazón —ordenó a Gilbert.

El sirviente puso una sonrisa de medio lado y colocó los brazos como si estuviera tensando un arco. Uno de los tres hombres rugió como un animal hambriento. Aceleraron el paso.

—¡Santa Ofelia! —exclamó el *doppelgänger* dando un respingo— ¿Qué locura es ésta?

—Tírales uno de los frascos, a ver si funciona.

—Claro, y usted con su espada se queda mirando, ¿no?

Uno de ellos echó a correr hacia los dos alquimistas, como poseído por una rabia indescriptible. Cometió el error de tratar de atacar a Eckhart, que evitó su embestida con un paso atrás y perforó su corazón con *Estoc*, con el mismo movimiento de torsión que había usado en el duelo en casa del terrateniente. Inmediatamente retrocedió otro paso, colocándose de nuevo en guardia. Los otros dos imitaron a su compañero caído y cargaron contra ambos alquimistas, aullando como bestias, mostrando su boca abierta llena de dientes pequeños y afilados.

Antes de que el tercero pudiera alcanzarle, Gilbert, tras pensarlo un segundo, arrojó el frasco que Eckhart y él habían preparado. Lo único que consiguió fue nublarle la vista por unos instantes, pero eso fue suficiente para que la espada del alquimista terminara el

trabajo.

—Así que no funcionan —observó éste.

—Tal vez si se tragan el cristal entero —rio el *doppelgänger* nerviosamente—. Tenemos la mala costumbre de preparar cosas que no funcionan, ¿eh? Primero Veleduch y ahora esto.

—Sí —repitió Eckhart pensativo—. Ahora “esto”.

El alquimista se acercó al ser, que aún no se había desvanecido y le clavó su espada en el corazón. Éste, aún se quejó hasta que empezó a patallar mientras ardía.

—¡Redemonios! Esto sí que no me lo esperaba.

—No es la primera de estas criaturas que me encuentro. El primero de esos seres estaba donde encontramos al guardián de piedra, en la otra mansión de Lerroux.

—¿Sabe lo que es?

—No tengo ni idea. Parecen como poseídos, pero dudo que los demonios tengan nada que ver con lo que les ocurre, al menos directamente. Pensaba que era un homúnculo, pero visto lo visto no estoy seguro de ello.

Gritos y voces se oyeron en distintos puntos. Lo que fuera que había ocurrido no iba sólo con ellos. De una de las puertas de las casas salió una mujer corriendo que fue alcanzada rápidamente por uno de los seres y se tiró al suelo para evitar ser mordida. De la boca de aquella criatura humanoide chorreaba sangre fresca.

—¡Eso sí que no lo permito! —dijo Gilbert corriendo hacia ella— ¡Eckhart, tenemos que detener esta locura! ¡Pienseenlasdoncellasen**peligro!**

—No seas estúpido. Ni siquiera sabemos cuántos hay. Quizás un descuido nos cueste la vida y eso es...

Pero Gilbert no escuchaba, se había plantado delante entre “su doncella” y aquella bestia con otro de los frascos. Estaba loco. El diabólico ser sonrió al ver que tenía otra presa ante él.

—Si quieres malgastar tu vida —gritó Eckhart arrojando otro de los frascos de cristal a su sirviente— al menos usa algo útil.

El *doppelgänger* escapó de las garras de su rival danzando hacia su derecha y dio un leve salto hacia atrás para agarrar lo que Eckhart le había tirado. Cuando lo cogió en el aire lo tiró sin

demora contra el rostro de aquel ser, que estalló en llamas. La maligna criatura aulló de dolor mientras corría por las calles, tratando de huir de las llamaradas que emergían desde su cabeza y torso. El alquimista sonrió. Si Gilbert no era un buen luchador era porque había decidido no serlo, pues su juego de pies estaba a la altura de un buen duelista.

—Si me permite la expresión es usted un tirador de pena —exhaló Gilbert, cuyo rasguño sangriento en el pecho desapareció en un parpadeo.

El *doppelgänger* se acercó a la joven, que estaba llorando desconsoladamente en el suelo.

—¿Cuál es su nombre, oh cautivadora jovencita de níveo rostro? —preguntó con su tono más heroico.

—Marianne. Soy la hija del orfebre, pero... pero él... —contestó ella intentando calmar sus incontrolables sollozos.

—Señorita Marianne —dijo con voz melosa mientras la ayudaba a ponerse en pie—. Tranquila. Yo la protejo ahora.

—¡Tengo miedo! ¿Qué será de mí ahora?

—Míreme a los ojos. Todo está bien —y dicho esto la besó con dulzura en los labios y la abrazó.

Para sorpresa del asqueado Eckhart, a esta escena no le siguió una bofetada, sino que ella le devolvió el abrazo con fuerza. Luego, bajó la mirada avergonzada, sin poder ocultar que, si bien no era bueno cazando vampiros, su héroe era muy versado en el arte de besar doncellas.

—Entró sin avisar y le mordió... aquí, en el cuello —dijo Marianne temblando—. ¿Qué clase de monstruos son capaces de hacer algo así?

—Oh. Creo, señor Solberg, que no nos enfrentamos a homúnculos.

—Por lo que esa dama ha contado parece que se trata de... vampiros.

—En mi ciudad había rumores de "*vampirs*" que deambulaban por las ciudades por las noches y atacaban a los que salían tarde —dijo Gilbert, y luego le susurró al alquimista—. Aunque yo siempre pensaba que eran historias para que la gente como yo no

saliera a hacer travesuras.

—Mi tío me contó historias sobre vampiros en esta ciudad —sollozó la joven—. Pensaba que era sólo para meterme miedo. Pero ahora... ahora...

—Está visto que no. ¡Vampiros! —exclamó Eckhart casi sin creerlo aún —Puede añadir una criatura más a nuestra lista de enemigos fantásticos.

—Tenemos un imán para las cosas raras —bromeó su sirviente—. Aunque estos últimos días ha funcionado más que nunca. Yo que me quejaba de unas semanas de poca acción, ¡ahora necesito unas vacaciones!

—Será mejor que nos demos prisa y vayamos a un lugar seguro. No tenemos tiempo para sus... aventuras —dijo clavando su mirada en Marianne.

—¡A la catedral! —exclamó ella— ¡El Señor nos protegerá de estos demonios!

—¿El Señor? —rechistó el *doppelgänger*, aún con esa heroica voz grave— ¿Qué hay de mí? Además, no tenía pensado ir a la iglesia. No todavía al menos —susurró después en su tono normal.

—No está muy lejos de aquí. Podríamos esperar allí y defendernos hasta que la situación cambie. Ahora mismo no es una buena idea deambular a campo abierto.

—¿Y si vamos a los barracones de los gendarmes? —preguntó Gilbert— Están casi al lado de la iglesia y seguro que hay más personas allí.

—Es una opción. Creo que los gendarmes se aproximan desde allí.

—Se les oye a lo lejos —dijo la joven—. Disparos... ¡Sí! Creo que se acercan.

—¿Y qué me dice del resto de la gente? —dijo el sirviente— ¿Qué ocurrirá con ellos?

—Si quieres correr por toda la ciudad intentando salvar doncellas no te lo impediré, pero recuerda que nosotros tenemos a un enemigo mucho más terrible que un atajo de muertos que caminan.

—Y corren. ¡Como posesos! —añadió el *doppelgänger*, que no

dejaba de emplear ese tono altanero— Marianne, la acompañaré a usted hasta un lugar seguro y luego intentaremos atajar este mal de raíz, haremos lo que podamos por salvar a toda la gente de la ciudad.

—Eres... —titubeó ella— ¿Sois un príncipe?

—Sólo para sus cautivadores ojos, mi damisela, pero eso es todo cuanto deseo. Ahora, ¡en marcha! —ordenó.

Eckhart suspiró. Le siguió el juego porque al intentar ser un héroe sería él el que se interpusiera entre los vampiros y ellos, lo que evitaba que él fuera sorprendido por alguna de esas criaturas. De todas formas, se concentró para sentir todo lo que le rodeaba. No notaba a nadie centrándose en ellos. Eso era bueno por el momento. Debían aprovechar ese tiempo de tranquilidad al máximo.

Claro que de tiempo de tranquilidad no tenía mucho. Anduvieron a paso ligero por las calles, que estaban completamente a oscuras. El relativo silencio de las noches lionesas había sido cambiado por gritos, golpes, aullidos y disparos. Por el ruido, podían deducir que los gendarmes ya se habían reunido para combatir a la amenaza, pero aún se encontraban demasiado lejos. El alquimista seguía tratando de comprender el origen de todo aquello. Resultaba extraño que se estuviera creando alrededor de esa ciudad un vórtice maligno que interfería con su búsqueda. Quizás esas fuerzas mayores conocían también sus intenciones. Quizás el propio D.Kriz era una de ellas. “Te he visto, alquimista”. Ese demonio jamás le permitiría alcanzar ni el grimorio ni la piedra mientras viviera. Un enemigo poderoso se había revelado. No le había dado mucha importancia a Damien Lerroux, pero sumado a todo lo que estaba empezando a suceder se convertía en otro gran escollo más en su camino hacia el triunfo. Gota a gota se estaba llenando una oscura trama que cubría la ciudad. Y al parecer ahora ni siquiera hacía esfuerzos por ocultarse.

Un pequeño grupo de personas corrió en su dirección. No eran vampiros. Estos estaban huyendo.

—¡Corred, salvaos! —les gritó uno de los hombres.

Eckhart se colocó delante junto a Gilbert dejando a Marianne

detrás. Otro vampiro apareció. O bien era un rezagado o no había tantos como al principio parecía.

—¡Dame mi espada, mi fiel Eckhart! —le mandó el *doppelgänger*.

El alquimista le dio un fuerte empujón al “galante héroe” y se acercó al vampiro caminando, sin ni siquiera mantener una guardia alta. Éste trató de rodearle con un paso veloz, al que Eckhart contestó con una estocada directa que pronto se vio acompañada de varias más. Eran más rápidos y fuertes que él, pero seguían moviéndose como bestias. Además, desde su primer encuentro con una de esas criaturas había aprendido a rematarlas. Ya en el suelo su oponente, el alquimista clavó su bota sobre los dientes del vampiro, sacándoselos.

—O... también puedes hacer eso —dijo Gilbert con el gesto torcido, y después añadió—: Aguafiestas.

Cuando el vampiro estalló en llamas, todo su cuerpo, junto con los dientes que le había arrancado de un puntapié, habían desaparecido. Eso era interesante. Al final de la calle estaba lo que parecía ser su salvación: habían llegado a la catedral, junto a los barracones. Ésta les daba la bienvenida alzándose como una torre oscura, con una capa de plata que la luna ofrecía. Por desgracia, otros cuatro vampiros estaban en su camino.

—Para atrás, ¡para atrás! —susurró Gilbert

Ya era tarde, otros dos vampiros habían salido del interior de una de las casas. Y les habían visto.

Capítulo 52: El regreso del vampiro

Lo primero que sintió al ver a Vanya fue alivio, luego le invadió la rabia y finalmente volvió a ser ella misma.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡Pensaba que te había pasado algo! Pensaba que yo... —empezó a decir Rea.

—Y casi aciertas. Cuando me dejaste inconsciente, DuPont y los esbirros del terrateniente me capturaron y me encerraron. Hoy he logrado escapar aprovechando la confusión.

—¡Rea! ¿Estás bien? —dijo Blanche— ¿Quién es este chico?

—Mi nombre es André Renard —dijo con un acento casi imperceptible—. Un amigo de Rea.

—Su nombre es Vanya y es un vampiro como yo —dijo Rea, lo que provocó que el vampiro la mirase sorprendido.

—Todos los aquí presentes somos familiares con los vampiros —le tranquilizó Blanche—. No tienes nada que temer.

—Está bien, viendo lo que ha pasado esta noche creo que ya no tiene sentido seguir con esta mascarada. Soy un vampiro, como Rea, y al igual que con ella no tenéis nada que temer de mí.

—Va bien saberlo —suspiró la monja—. Últimamente viene una cosa tras otra.

Klaus, que mantenía una distancia prudencial entre Vanya y él, asintió con un gruñido. Aunque dijeran ser vampiros no parecían ser gran cosa comparados con los falsos ancestros o con el vera sangre que se había encontrado. Era difícil de creer, pero el cristal de Julio no mentía.

—Lo sé. Estos días no abundan las buenas noticias. Los vampiros de este lugar sabían que podía ocurrir algo así y a pesar

de ello...

—¿Que lo sabían? —dijo sorprendida Blanche.

—¿¡Y aun así no han hecho nada para detenerlo?! —exclamó Rea.

—Sólo lo sospechaban. No es tan sencillo —la tranquilizó Vanya. Luego se dirigió a los dos cazadores de vampiros—. Estaré encantado de explicarles la situación a ustedes también, ahora más que nunca los humanos y nosotros necesitamos permanecer juntos ante esta crisis. De momento les diré que la ciudad no está desprotegida. La mayoría de los vampiros de la zona tienen órdenes de no participar abiertamente si no es para capturar al líder de este ataque, que es nuestra mayor prioridad. En cuanto el líder caiga, caerá el resto. Sin embargo, queremos salvar el mayor número de vidas posible, por eso tenemos un grupo destinado a proteger a los ciudadanos.

—¿Quién? —dijo Klaus con recelo— ¿Más vampiros?

—No. Hay varios grupos de cazadores humanos en la ciudad, y llegarán más en breve. No sé el número exacto, pero son bastantes. Una de las órdenes más importantes de Europa está en activo en esta ciudad y se le han otorgado plenos poderes a sus miembros.

—La Orden de la Cruz de Espinas —exclamó Blanche sorprendida.

—Sí —asintió el vampiro—. Veo que ya es usted familiar con ella.

—¿Cómo lo has adivinado? —dijo Rea— ¿Ya lo sabías?

—Cuando cazaba vampiros lo hacía por orden suya. Hace un tiempo me pidieron que renovara los votos si me necesitaban, pero no me dieron más detalles... y bueno, parece que aquí estoy otra vez. Son gente muy preparada y discreta, aunque no sé muy bien si podrán serlo aquí. Nunca había visto nada igual.

—Yo tampoco —replicó Klaus—, pero viendo tu habilidad, seguro que hacen bien. Creo que hay más posibilidades de las que antes pensaba... si podemos encontrar al vampiro jefe.

—Podemos encontrarle —afirmó Vanya—. Está en las afueras de un bosque cerca de la ciudad. Yo puedo guiaros hasta cierto punto, pero no conozco la zona. El terrateniente del lugar ha enviado sus

tropas principales allí, pero no sé si serán capaces de cogerle. No sabemos lo que puede tener preparado.

El cazador de vampiros dio un respingo. Recordó lo que le había sucedido en aquel lugar.

—Conozco ese bosque —murmuró—. Está embrujado. Hay un vampiro terrible. Más que el de ojos malditos. Cuando le encontré casi pierdo la vida. Mi maestro me dijo... quiero decir, cuando vivía, que los humanos no pueden matar a esos. Nadie puede.

—¿Dices que hay un vampiro más terrible que Leon? —dijo Vanya— ¿Qué clase de criatura puede ser?

—Un ancestro —contestó sin tapujos.

—No parece posible —dijo Vanya—. Muchos de los nuestros ni siquiera aceptan su existencia. Creo que simplemente fuiste presa de un engaño.

El cazador le miró con desprecio. A diferencia de Rea, ese vampiro no le gustaba un pelo.

—Yo le creo —contestó Blanche preocupada—. Algunos documentos de la Iglesia hablan de ellos. Por lo que he leído, ni siquiera un ejército podría derrotarlos.

—No deseo ofenderla, señorita, pero un mito no es un documento oficial.

—También los hay —dijo ella—. Un único caso de un exorcismo a un ancestro: el "Rey Dragón".

—¿Rey dragón? —dijo Rea.

—Suena terrible, ¿verdad? —contestó Blanche— era un hombre tan malvado que su odio por la humanidad le devolvió a la vida y lo convirtió en un monstruo de aspecto feroz.

—También he oído esa historia, pero es sólo eso —reafirmó Vanya—. Si alguna vez hubo evidencia sólida de la existencia del "Rey Dragón" ya no queda ni una.

—La había —murmuró el cazador de vampiros—. Yo conocí al hombre que dio muerte a un ancestro.

—Este hombre dice que ha conocido a un hombre que acabó con un ancestro y haber sobrevivido a uno personalmente.

—A dos.

Vanya dejó escapar una risa sarcástica.

—Lo siento, Klaus, pero creo que no es posible —negó la monja.

—Julio García, de la España del centro —completó Klaus—. Ése fue mi maestro y la persona de que tú hablas, ¿no?

—Pero eso tendría que haber sido hace casi trescientos años. Es imposible.

—Es —sonrió el cazador—. Mi maestro fue vampiro también. Ése fue el precio que pagó.

Los demás no parecían sorprendidos, pero Blanche, que era familiar con la historia, era la más asombrada de todos.

Ése era el gran secreto del viejo maestro Julio. Condenado por siempre a una existencia dos veces maldita. Envejeciendo sin poder morir a no ser que alguien le quitara la vida. Cansado del mundo y perseguido por los que había salvado, el viejo maestro vagó por el mundo hasta encontrar un sucesor digno para que continuase su misión cuando el vampiro ancestro volviera a salir del infierno. Pero su búsqueda fue inútil. Julio nunca encontró a un sucesor digno, nunca encontró a nadie a quien cargarle aquella terrible maldición, o más bien lo que jamás encontró fue el valor ni, tal vez, la crueldad necesarios para obligar a otro mortal a enfrentarse a lo que él se había enfrentado; a pagar el mismo precio. Finalmente le encontró a él: un soldado moribundo que carecía de la habilidad necesaria y no había sido entrenado para sentir a los vampiros, pero que tenía la actitud que hacía falta. Terco, taciturno e incansable.

—¿Qué ocurrió con él? —preguntó Blanche— Un hombre así nos haría mucha falta ahora mismo.

—Cuando terminó de prepararme acabó con su vida.

—Oh. Es triste —contestó la monja—. Lo siento.

—Hace mucho ya. Tú no lo conocías, ¿no?

—No en persona —contestó ella—. Cuando me preparaba en el monasterio de la orden leí su leyenda e imaginaba poder ser como él algún día... sólo que en el libro ponía que llegó a obispo en vez de... bueno, de ese final tan trágico. Espero que estés equivocado.

—Odio interrumpir —dijo Vanya—, pero mientras más tiempo perdamos más vidas estarán en juego. Si de verdad creéis que hay un ancestro en el bosque lo mejor que podemos hacer es rodearlo. Es un camino más largo, pero opino que no debemos correr riesgos.

—De acuerdo —afirmó el cazador.

—¿Vamos?

—Vamos —asintió Rea.

—Vamos.

—Un momento —dijo Blanche—. Tengo una cosa que nos va a servir para ir casi en línea recta hacia ese vampiro. Klaus, sígueme, ¿quieres?

—¿Estará bien la señorita? —murmuró el cazador de vampiros mirando a Rea.

—Lo estaré. He aprendido a controlarme más que antes. Estaremos a salvo.

Vanya sonrió. Lo que ella le había querido decir es “Estarás a salvo esta vez”. Esperaba que así fuera.

Desde que él había vuelto, la joven sentía como si una parte de ella lo hubiera hecho también, más oscura que la Rea que había convivido pacíficamente en el monasterio.

—¿Cómo te sientes? —dijo el vampiro cuando los dos cazadores se fueron.

—No sabría decirte —contestó Rea—. Estos días he estado muy bien, pero desde que han aparecido los vampiros de nuevo en mi vida... vuelvo a sentir ese impulso. Desde esta noche.

—Es el vínculo de sangre. Algunos vampiros vástagos sienten las emociones de quien los convirtió o tienen visiones del lugar donde éste se encuentra. Esto de hoy, sin embargo, pulveriza cualquier expectativa que hayamos tenido sobre esta habilidad. ¿Tú estarás bien?

—Hm —asintió con la cabeza—. Es extraño, pero no me molesta tanto como antes. Es mucho menos confuso cuando intento concentrarme.

—Eso es todo un alivio. Creemos que Leon ha usado su vínculo de sangre para que todos los vampiros que ha convertido se vuelvan como locos. Incluida tú.

—¿Creemos?

—El terrateniente y yo. He sido un cautivo un tanto especial. Me han tratado muy bien, incluso a veces se me ha permitido conversar con él, acorde con las costumbres orientales que tanto aprecia. Si te

dijera que le he sonsacado algo estaría mintiendo, pues me lo ha dicho todo con cuentagotas. Es muy inteligente.

—Bien por él... pero eso te lo ha tenido que contar hace apenas unas horas.

—Oh, sí. Te he dicho que he escapado hace poco.

—¿Sigue vivo él?

—Antes me enfrentaría a dos como Leon que a él —rio el vampiro—. La razón por la que no me persigue es porque Leon le molesta. Si lográsemos capturarlo con vida tal vez tendríamos un salvoconducto de vuelta.

—De vuelta —exhaló—. No es muy alentador.

—Lo será. Me he enterado de los progresos de Sergei. Por ahora está venciendo todos los encuentros contra las tropas carmesíes. Pensaba que iba a salirle la jugada mucho peor. Tal vez aún estemos a salvo si vamos al norte.

—Tal vez —repitió ella desganada—. Tal vez quedarme aquí es lo que debo hacer. Sin que me use nadie, viviendo de forma discreta y aprendiendo a controlarme aún más.

—La vida de humano ya no es para ti, Rea. Quizás ahora te parezca lo mejor, pero una situación así no puede durar. No es estable.

—¿Cómo lo sabes? Si de verdad soy una primi... genia como dijiste, no debería necesitar sangre, sólo tendría que aprender a controlar la sed y... no la he vuelto a sentir desde... desde ese día.

—Bebiste la sangre de un vampiro. ¿No la vomitaste?

—No. No que yo recuerde al menos.

—Eso está bien. Deberías pensar en ello, pero creo que primero deberíamos capturar a Leon, a ser posible vivo. Luego podrás decidir ir donde quieras.

—¿De verdad? —dijo Rea— ¿No me lo impedirás “por el bien de los tuyos”?

—Las cosas han cambiado. Por mucho que aprecie al actual zar, él no permitiría nunca que te nos unieras así como así. Diré que nos separamos y no pude encontrarte o que Leon acabó contigo. No van a confirmar eso y no conocen tu rostro aún. Tenemos ojos y oídos en muchos lugares, pero no en todas partes. Sin embargo, si

decides eso yo no podré acompañarte. Supongo que podrás vivir con ello —le sonrió.

—Vanya...

—¿Sí?

—Gracias —dijo ella devolviéndole la sonrisa—. En verdad eres un buen amigo.

El vampiro cerró los ojos y sonrió soltando un largo suspiro. Parecía cansado. Había dicho que en su cautiverio le habían tratado bien y realmente tenía el aspecto de que así hubiera sido. Tal vez eran sus ropas.

—Podrás darme las gracias —repuso el vampiro interrumpiendo sus pensamientos— cuando hayamos terminado, antes de que acabe esta noche.

—Espero que sí.

Los dos cazadores de vampiros aparecieron de vuelta por la puerta de la capilla.

—Ya estamos —dijo Blanche, que llevaba una pequeña caja de madera entre las manos—. Olvidé coger esto cuando salimos fuera.

—¿Qué es? —dijo Vanya examinando las partes de aquel instrumento.

—Parece una brújula —dijo Rea

—Es verdad —dijo Klaus—. Para vampiros. Sé usarla un poco, pero no mucho.

—Hace algunas semanas conseguí algo de sangre del vampiro al que buscamos. Es un método que aprendí para perseguir falsos ancestros difíciles de encontrar. Algunos vampiros se esconden cuando están heridos y no hay forma de dar con ellos hasta que se han regenerado por completo.

—¿Y ese método funcionará con Leon? —preguntó Vanya arqueando una ceja.

—Funciona con incluso con personas normales siempre que te enseñen a usarlo —le contestó la monja—. No hay mucha gente que sepa, pero a mí siempre me ha sido fácil. Antes... bueno, le daba mucha importancia a encontrar a mis objetivos. En el caso de que perdamos la dirección esto nos ayudará, estoy segura.

El polaco miró primero a Blanche y luego a Rea, como si

esperara de ésta una mirada cómplice con la cazadora de vampiros. Sin embargo, ella estaba tan sorprendida como él. Ninguno de los dos esperaba que una persona tan agradable como la monja fuera alguien que ha sido entrenada para la muerte.

—Nos movemos rápido y ya —dijo Klaus sacudiendo esos pensamientos de su cabeza—. Hay tiempo de planificar en el camino.

—¡Un momento! —interrumpió Blanche— ¿Qué pasa con el ancestro?

—No sabemos si realmente lo es —contestó Vanya—. Por el momento será mejor evitarlo. Por lo que Rea me ha contado estoy seguro de que es el otro vampiro y no el ancestro el que está detrás de este ataque.

—No sé si es buena idea dejarlo ahí. Sería mejor comprobar si nos enfrentamos de veras a un ser así. Klaus, ¿tú qué opinas?

Tras meditarlo unos instantes, el cazador de vampiros miró primero a Blanche y luego a aquel vampiro recién llegado.

—Es molesto —gruñó—, pero mejor detener al vampiro de ojos malditos cuanto antes. Muertos no podremos. Si vamos hoy tras el ancestro no acabaremos esta noche y seguirá habiendo muertes.

—O vivimos todos o no atacamos —dijo Rea repitiendo las palabras de Klaus.

—Está bien, veo que estoy sola y que tenéis razón —se rindió la monja—. Espero que no le dé por aparecerse cuando menos lo esperemos.

—No puede —dijo el cazador—. Fuera del bosque es débil aún. No tiene forma. Difícil de explicar, pero tendréis que creerme.

El recién formado grupo de cazadores de vampiros salió por la verja del cementerio hacia el bosque. El destino estaba en sus manos, pero no debían fiarse, pues éste era un ave de caprichosos y crueles deseos. Tanto como los diabólicos ancestros, que despertaban ya de un letargo de cientos de años y contemplaban el campo de batalla que había sido preparado para ellos. El mundo cambiaría de manos varias veces hasta detenerse por fin en las de uno de ellos, o continuaría girando hasta el siguiente encuentro. Los pensamientos de cada uno de esos oscuros seres estaban más

allá de la comprensión humana tal vez inteligentes e intrincados, pero primitivos como el mundo del que provenían; el siniestro páramo eterno, el reino interminable de las tinieblas.

Capítulo 53: Fuerzas Defensoras

—¡Corre! —le había gritado Eckhart, pero había sido una orden completamente innecesaria, pues el sirviente ya había tomado a Marianne de la mano y había puesto pies en polvorosa en dirección contraria a los vampiros. El alquimista maldijo su falta de sensatez y echó a correr también en pos de Gilbert y su “princesa”. No confiaba en su vigor y juventud para dejar atrás a criaturas como aquellas, así que en su huida rebuscó en su cinturón otros dos de sus frascos. Contra los vampiros no servían de nada, pero no era matarlos lo que buscaba. Cuando estaban a punto de saltar sobre él, arrojó ambos recipientes al suelo provocando un leve y cegador estallido.

Algo aturdido también, tomó su siguiente decisión rápidamente. Si seguía corriendo no llegaría muy lejos. Podría echar mano de su último recurso para potenciar sus propias habilidades, pero no le daría tiempo a surtir efecto. Atravesó a uno de sus atacantes, el que estaba más cerca, e intentó sin éxito detener a otro, que le saltó encima y le tiró al suelo. Forcejeó con aquella criatura de dientes largos y afilados, perdiendo cada vez más terreno. ¿Era ése el final? No. No podía permitirlo. Un poco más. Un poco más y llegaría a su ansiada meta cuya razón inicial había olvidado prácticamente del todo. Soltó una de sus manos del rostro de su oponente y le golpeó el cráneo con el codo. Se zafó del mortal agarre de su agresor sólo para ver como otros dos se le abalanzaban. Ni siquiera podía maldecir a Gilbert por haberlo dejado ahí tirado. Les lanzó una última mirada de odio antes de que cayeran sobre él.

Una salva de disparos sonó en el aire, derribando a los dos vampiros aún moviéndose. El maestro alquimista no dejó pasar la oportunidad: se incorporó con una voltereta recuperando así su *Estoc* y siguió corriendo en la dirección de antes para encontrarse con un escuadrón de fusileros que llevaban una sobrevesta roja con un escudo blanco en el pecho.

—¡Al viejo no, que no es un monstruo! —oyó gritar a Gilbert.

—¡Por aquí! —gritó uno de ellos— ¡Avanzad!

El desconocido grupo de soldados corrió con sus bayonetas en formación, acabando rápidamente con los primeros perseguidores y agachándose para disparar de nuevo. Primero los herían con las balas y luego terminaban con ellos sin ningún miedo y atacando directo al corazón. Sabían a lo que se estaban enfrentando.

—¿Estáis bien? —dijo el que daba las órdenes— ¿Os han mordido?

—No —jadeó el alquimista—. Pero necesitaríamos que alguien se hiciera cargo de esta dama.

—¡Oye! —protestó Gilbert, que cerró la boca en cuanto recibió la mirada furibunda del alquimista.

—Que siga detrás de nosotros y nos ocuparemos de que esté a salvo.

—¿Quién se supone que sois? —dijo Marianne— ¿Sois revolucionarios o realistas?

—La política no nos interesa, señora. Somos humildes soldados de Cristo y hemos venido para purgar esta ciudad de los males que la acechan. Los que sean justos no tienen nada que temer.

—Tenemos lo justo de justos, pero si habla de rectitud entonces tiene usted aquí al tipo más tieso de toda Europa —bromeó el *doppelgänger* señalando a su maestro, cuyo ceño se había fruncido ahora como nunca antes a pesar de todas las anteriores tretas del genio del espejo—. Gracias por salvarnos. ¿O estamos hablando de una salvación temporal?

—Tenemos órdenes de proteger a todos los ciudadanos de esta amenaza —continuó el que posiblemente fuera el capitán de ese grupo—. Permaneced cerca de las tropas y dejad muy claro que no sois enemigos y que no os han mordido —puso especial énfasis en

esas últimas palabras—. Esto no va a ser una situación de una sola noche, así que tenemos instrucciones de reunir a la gente en lugares públicos ya asegurados. Iglesias, la catedral u otros edificios principales son los sitios donde tenemos planeado que agruparlos a todos para defenderse. Si nos seguís hasta que nos encontremos con otro escuadrón os escoltaremos personalmente hasta allí. Es vuestra mejor opción porque en cuanto dominemos la situación no toleraremos que nadie deambule por las calles. —Luego se dirigió hacia los soldados y les gritó—: ¡Separaos y buscad casa por casa! ¡En grupos de a tres mínimo! ¡Esos ojos bien abiertos!

—Está bien —dijo el alquimista—. Mi socio y yo iremos a avisar a la gente para que sigan vuestras instrucciones.

El soldado negó con la cabeza. Por lo visto a partir de ahora deberían obedecer órdenes.

—Sería mejor que vinierais con nosotros y dejarais que nos ocupásemos —le contestó, pero estaba claro que no era una sugerencia—. Nuestras tropas están peinando la zona en estos momentos y no nos hacemos responsables de lo que pueda ocurrir si vais por vuestra cuenta. Hay muchos vampiros sueltos y es difícil mantener la calma a la hora de...

—Lo sabemos —interrumpió Gilbert—, pero nuestros compañeros son viejos veteranos que conservan armas y ganas de pelear.

—No se permiten enfrentamientos con los vampiros a no ser que sean en defensa propia —replicó tajantemente el soldado.

—¡Más razón aún para avisarles! Sería una locura convertir la ciudad en un fuego cruzado entre ciudadanos, soldados y *vampirs*, ¿no cree? Volveremos en seguida, se lo prometo, y evitaremos un derramamiento de sangre que podría poner a la gente en contra de sus salvadores. ¡Iremos tan rápido que antes de que lleguen a la iglesia ya estaremos de vuelta!

El soldado miró al escuadrón, que registraba casa por casa, y luego de nuevo a los alquimistas, con recelo.

—Además —añadió—, me dejo aquí uno de los mayores tesoros que haya podido encontrar —dijo señalando a Marianne, quien bajó la vista ruborizada.

—Está bien, aún no lo tenemos todo bajo control y supongo que no va de un rato más —dijo finalmente—. Pero no tardéis y, en cuanto, podáis dirigíos al edificio asegurado más cercano. Ésta es una plaga que tenemos que contener a cualquier precio y no dudaremos en usar la fuerza si es necesario.

—No se preocupe —dijo Eckhart—. Apenas notará nuestra ausencia.

—Adiós, ¡oh, amada mía! —sobreactuó el *doppelgänger*— Si no vuelvo... no me busques y sé feliz.

Ella se llevó ambas manos al pecho y suspiró angustiada mientras permanecía detrás del guardia. O bien estaba muy asustada o no debía de ser muy inteligente para caer en las redes del genio del espejo más fácilmente de lo que lo haría una chiquilla.

Los dos alquimistas continuaron calle abajo a paso ligero mientras el líder del escuadrón volvía a fijar la vista en el “frente”.

—¡Uf! —bufó el sirviente— De buena nos hemos librado, ¿eh?

—He estado a punto de morir por tu incompetencia.

—¡Eh! —protestó— Usted dijo “¡Corred!” y no “¡Esperad, desgraciados hijos de un chacal!” o “¡Cogedme de la manita que me da susto!”

—Me hubieras dejado morir por esa... moza y se hubiera perdido todo nuestro progreso sólo para que tú pasaras una última noche con...

—No sea crío, un error lo comete cualquiera —rechistó convirtiéndose en uno de los soldados del atuendo rojo—. Está bien, lo admito. ¡No volverá a ocurrir, señor! ¿Y ahora cuáles son las órdenes? ¡Ahora debemos mirar al frente y no hacia atrás!

Era un intento de distraer la atención del enfado del alquimista, pero tenía razón. No tenían tiempo para discusiones.

—Las órdenes —gruñó el alquimista— son volver hacia la zona donde encontramos a Veleduch. Tengo un mal presentimiento y será mejor asegurarnos de que todo está bien. Luego nos ocuparemos de la criatura que nos ha atacado.

—¿Cómo exactamente?

—Es algo que tendremos que figurarnos. Prueba con tu hechizo fulminador.

—¡Qres! —bromeó el sirviente adoptando la posición de manos descrita en el libro de hechizos. La había aprendido bien a pesar de ser inútil— Nada. Quizás sea mi pronunciación.

El alquimista se volvió taciturno y se concentró en sentir todo lo de su alrededor. Su percepción le había fallado hoy tres veces, apareciendo y desapareciendo sin avisar y lo que era peor: sin que él se diera cuenta. El demonio que lo había atacado en sueños lo había dejado drenado e incapaz de usar sus habilidades como era debido. Que hubiera estado tan cerca de la muerte era la prueba de ello. Sin embargo, todavía le servía para detectar soldados si se concentraba lo suficiente. Incluso Gilbert lo había notado. Si se metían en problemas serios aún podía usar “eso”, aunque a costa de su salud.

—Le noto cansado —le hizo saber éste—. ¿Por las pesadillas o por los palos?

—Ambas. Apenas puedo utilizar mi habilidad para detectar presencias a mi alrededor. Me cansa, me es mucho más difícil que antes.

—Mal vamos. Espero que no le hayan robado sus poderes de mago.

—Es una forma de decirlo. Todo el mundo tiene mis “poderes de mago”, sólo que a diferencia del resto yo sé utilizarlos. Que me recupere es cuestión de tiempo, siempre y cuando logremos detener al mal que nos persigue. Confío en poder evitar otro enfrentamiento directo, aunque si tuviéramos la oportunidad de dañarlo o destruirlo antes tal vez podríamos acabar con él. Otra cosa más, ¿cómo te vas a librar de esa... muchacha?

—¿Eh? —dijo Gilbert haciéndose el tonto— ¿Librarme?

—Sí. Le has causado una gran impresión diría yo. Puede ser una complicación.

—Vaya con el viejo maestro: unas veces es maestro viejo y otras más viejo que maestro —rio.

—Si hay algo que me estás ocultando, dilo ahora.

—Ocultar no. Usted es el que no ve... ¡Y por lo visto ni oye! ¿No se me ha fijado en un pequeño detalle cuando he salvado a mi doncella en peligro?

El alquimista sonrió al darse cuenta. Gilbert no era tan estúpido como a veces parecía ser. Con la oscuridad no había podido ver bien que el rostro de su sirviente había cambiado mientras iban con Marianne. No sólo era que el *doppelgänger* estuviera poniendo su “tono heroico” sino que se había transformado en otra persona.

—¿Y qué ocurre si me reconoce a mí?

—No creo que le interese mucho usted, perdón por la desfachatez. Déjeme hacer, que ya tenemos otro más en nuestra pequeña red de ayudantes.

—¿Se acuerda de todos ellos?

—Oh, eso espero —rio entre dientes—. Un truco de magia extra siempre nos viene bien, ¿eh?

—Más de lo que quisiera —murmuró Eckhart. Tenía algo en mente, pero no se atrevía a darle forma con palabras aún.

La zona del suburbio obrero que llevaba hasta la mansión abandonada de la colina estaba totalmente desolada. Como aquella parte de la ciudad ya había sido purgada, tuvieron una relativa calma; no se encontraron con más vampiros, sólo con algún pequeño grupo de vigilantes o soldados sueltos que patrullaban el área y encendían fogatas en la calle para mejorar la visibilidad. Ninguno de ellos conversaba con el otro o silbaba siquiera. Estaban alerta por si los vampiros volvían a aparecer. A pesar de todo fueron mucho más fáciles de esquivar de lo que en un principio les había parecido. Sólo necesitaban la paciencia necesaria para que se alejasen lo bastante y pasar de sombra en sombra. Los “soldados de Cristo”, aunque disciplinados, eran mejor matando vampiros que patrullando y vigilando las calles. Seguramente porque los monstruos sedientos de sangre que habían aparecido de súbito no era la clase de criaturas que se ocultaba largo tiempo sin saltar hacia su presa de forma impulsiva como perros rabiosos. Si la cosa hubiera salido mal, Gilbert habría adoptado el uniforme de uno de ellos. De todas formas prefirieron no arriesgarse, pues era de vital importancia que lograran llegar hasta el reducido mundo que formaba la biblioteca circular.

Por fin, llegaron a la colina sombría y subieron hasta la roca hueca, que se abría para ellos al pronunciar el nombre de Veleduch.

Cuando se acercaron más, se dieron cuenta de que sus preocupaciones no eran infundadas, pues la gruta que llevaba hasta la biblioteca del guardián de piedra se había derrumbado por completo. No sólo habían volcado las grandes piedras que abrían la entrada subterránea, sino que las habían pulverizado a golpes de manera que el interior parecía haberse cubierto para siempre.

El alquimista murmuró una maldición. Casi pudo sentir la presencia maligna que les acechaba, burlándose de ellos.

—¡Demonio de demonios! —exclamó enfurruñado el *doppelgänger*— Esto sí que nos va a dar faena.

—Deberíamos haber sido más rápidos —se lamentó—. No contaba con que hicieran algo así. Esto alargará nuestra búsqueda aún más.

—Sí, eso parece. ¿Sabe? Me gusta esa forma de pensar. No dice “pues sanseacabó” sin más o “hasta aquí hemos llegado”, sino “pues habrá que hacer otra cosa”. Es usted un buen jugador.

—Guárdate tus ánimos para el que los necesite —le cortó él—. Está aquí. Nos ha estado esperando desde el interior del bosque y ahora espera que le sigamos para tendernos una emboscada.

—Se refiere a... ¿La lechuza? —preguntó Gilbert confuso. Oteó el horizonte en busca de cualquier indicio de la presencia del demonio, pero al no encontrar nada se cansó y empezó a girar sobre sí mismo, convirtiéndose de nuevo en Gilbert.

—Sí —afirmó el alquimista—. No tengo ninguna duda. Pero hay algo más. ¿Recuerdas la presencia que te dije que sentí la primera vez que entré en tu casa?

—En efecto. Su gran excusa.

—La estoy notando ahora mismo, mucho más fuerte que antes.

—Vamos, señor Solberg, no creerá que yo...

—Desde el interior del bosque, estúpido —replicó enfadado—. Un *daemonio* nos espera allí. Diría que nos está invitando a entrar. Nos está diciendo “si queréis continuar, tendréis que venir a mí.”

—¿Sabe? Rechazar una invitación sería poco elegante. Vaya usted, que yo le espero.

—Dijimos que nada de enfrentamientos directos, pero tal vez debamos aceptar por esta vez, aunque sólo sea por vengarnos

—sonrió el alquimista. En su mirada brillaba una mezcla de furia y locura—. Ve al interior de la casa y apila objetos de hierro, oro y plata. A ser posible que tengan algún valor como objetos sagrados.

A pesar de no haberse recobrado aún y de estar afectado por las últimas “derrotas”, el maestro alquimista parecía conocer siempre la manera de seguir adelante, o al menos nunca se rendía. Victorias a medias una y otra vez. Gilbert sonrió para sí.

—Y aquí vamos otra vez con los recados —dijo el *doppelgänger* con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿No podría echarme una mano y así acabaríamos antes?

—Es lo que voy a hacer. Separarnos podría ser un error grave cuando hay tantas cosas acechando en la oscuridad.

Ambos alquimistas entraron de nuevo en la lóbrega y abandonada mansión. Sin embargo, para sorpresa de Gilbert, en lugar de ayudarle a buscar los objetos que necesitaban, Eckhart movió el mobiliario de la sala de estar para dejar un vacío grande en medio de ésta. Concentrado en hacer su trabajo, no pudo ver que el alquimista había quitado también la alfombra, polvorienta y cara, y había dibujado varios círculos en el suelo con algunas formas geométricas inscritas dentro. En su rostro se podía ver toda la rabia de ver sus planes frustrados una y otra vez. Finalmente, el sirviente reparó en ello y se preguntó si el maestro alquimista estaba en condiciones de decidir lo que iban a hacer a continuación.

—No diga más —dijo correteando de aquí para allá—: estar sentado le ayudará a preparar su siguiente movimiento por alguna razón que desconozco mientras yo penco como un esclavo.

—Exacto. Aunque a nuestro amigo Lerroux no le va a gustar en absoluto.

—¡Oh! Entonces le dejo —rio—, sólo para ver qué pasa esta vez.

—Tal vez sea la última. Si mi artimaña no funciona sólo podremos huir, y si no logro llevarla a cabo puede que mi vida se apague aquí mismo.

—¿Por qué hacerlo entonces?

—Porque en el caso de que funcione nos libraremos de dos enemigos a los que no podemos derrotar y porque hay demasiadas cosas ocurriendo en esta condenada ciudad. Debemos empezar a

aligerar molestias antes de que se nos acumulen. La última razón es porque confío en mis propias habilidades. Un poco como tú. No es sensato, pero es necesario.

—¡Por supuesto que lo es! —asintió el *doppelgänger*— ¿Dudo yo acaso cuando salto de ventana en ventana y de lecho en lecho? ¡No! Sólo salto y dejo que los dioses aligeren mi caída... ¡O me acojan en sus dominios en el caso de fallar!

Recuperando el buen ritmo de antes, el sirviente continuó recopilando cuantos objetos de oro, plata y hierro pudo encontrar. Eckhart sabía que su sirviente esperaba otro truco mágico por su parte. Lo tendría. Había más maneras de hacer magia.

Capítulo 54: Oscuridad y muerte

La negra figura del hombre cuervo lanzó una última mirada a Freya antes de desaparecer. Se había ido. Lo notaba porque la opresión que sentía en el pecho había desaparecido por completo. Respiró el aire gélido del bosque, que ya no estaba tan cargado como antes, y se sintió recuperada por completo. No podía haber sido tan sencillo. Había sido un enfrentamiento duro, pero al mismo tiempo demasiado corto para que ninguno de los dos oponentes hubiera extenuado sus fuerzas. Sentía que el cuervo de alas múltiples sólo la estaba probando... o tal vez algo más. Aquella criatura diabólica podía estar tramando cualquier cosa. Mantuvo su guardia preparada mientras esperaba que algo más viniera a por ella. No andaba equivocada. Al oír un fuerte aleteo sobre su cabeza se situó contra un árbol y miró hacia el oscuro cielo.

Echó un vistazo rápido a un lado y a otro, buscando formas en las tinieblas, de vez en cuando viendo un atisbo de lo que ahora estaba por encima de su cabeza. Era como una sombra alada. No podía ver dónde estaba, sólo podía sentir el espectro revoloteando sobre ella, detrás de ella, ante ella.

Fue entonces cuando unas manos alargadas y finas como huesos la agarraron por la espalda. Del árbol que había detrás de ella habían salido dos zarpas hechas de gruesas ramas que la oprimían contra el tronco tratando de aplastarla. Lo estaba logrando. Freya se resistió como pudo, pero el árbol poseído la agarró con más fuerza todavía. Si seguía así reventaría por dentro. Con un grito de dolor, dejó caer su espada, aún tratando de aguantar el poderoso agarre de aquel monstruo de madera. Sus ojos adquirieron un flamígero

brillo rojo mientras lograba sostener la mortal presa de aquella criatura. Con un braceo desesperado, la chiquilla errante se liberó, partiendo el árbol en dos y llorando sangre por el esfuerzo. Usar sus poderes de esa manera la debilitaba demasiado. Ella no era como los demás ancestros; no estaba acostumbrada a esa parte de su naturaleza. La que se escondía en el páramo. Tras el estruendo provocado por la caída del inmenso tronco, se puso de rodillas para recobrar su espada y sus fuerzas. Silencio de nuevo. Ya no se sentía el aleteo de aquella cosa sobre su cabeza, pero era como si el demonio-cuervo hubiera vuelto con más fuerza aún que antes. Se volvió para encontrarse no con aquella carcasa que el vampiro ancestro había ocupado, sino con algo aparentemente mucho menos aterrador: una niña. Vestía totalmente de negro, fundiéndose con la oscuridad, con un sombrero de ala inmensa que le cubría la mitad del rostro. No era un ancestro, pero Freya percibía que se trataba de una criatura tan terrible como éste.

—¿Quién eres tú? —le dijo— ¿Estás de parte del ancestro?

No hubo respuesta, la pequeña avanzó hacia ella lentamente mientras las sombras se arremolinaban a su alrededor como si estuvieran vivas. Había oído historias sobre seres como ése, pero nunca se había encontrado con uno. Cuando era niña, Irina, una sirvienta de pelo canoso que sabía echar las cartas, le contaba historias sobre brujas que se reunían para invocar al mal. Freya sintió como un viento gélido le golpeaba el rostro. Parpadeó tan solo un instante y se vio rodeada por criaturas hechas de oscuridad mientras la niña seguía avanzando hacia ella.

—Nosotros los vera sangre somos tan antiguos como algunos de los ancestros participando en esta guerra —musitó la bruja—. Y no toleraremos que nadie se interponga en nuestro camino.

Vera sangre. Era como Leon. Esa niña era algo como Leon. Sin darle tiempo a pensar más, varios de los demonios se lanzaron contra ella. Algunos tenían forma humana, otros eran aberraciones indescriptibles salidas de la imaginación de aquella criatura; de aquel *upir*. Describió un arco con su espada, cruzando a través de ellos fácilmente. No importaba lo que tuviera delante, ella seguía siendo un ancestro. Tensó sus piernas para tomar impulso y corrió

tanto como pudo en dirección a la bruja que seguía caminando hacia ella, sonriendo. Las garras fantasmales de uno de los demonios le rozaron la mejilla, dejando un fino rastro de sangre que se desvaneció en un instante; nada comparado con el profundo tajo que ella había dejado en él, que se deshizo en el aire tras el profundo corte de su acero. Aún corriendo, se enfrentó con otros tres demonios, que desaparecieron en cuanto Iustitia se aproximó a ellos. No era que su espada los estuviera dañando físicamente, simplemente no soportaban que se les acercara; su sola presencia los hacía desaparecer. Giró sobre sí misma blandiendo su arma una vez más para espantar a los demonios que trataban de rodearla y saltó hacia su objetivo, haciendo caer su acero con toda la fuerza de su cuerpo y el impulso de un grito de guerra.

El quejido de su acero chocando contra algo la hizo relajarse por un momento. Pero su sensación apenas duró un segundo, pues donde su hoja debía haber dañado a aquella bruja, había una inmensa mano demoníaca, con unas uñas blancas que contrastaban con la negra carne, casi pétrea.

—No puedes atravesar una oscuridad tan profunda —dijo la niña, cuya voz infantil se tornó ajada y horrible mientras su rostro se cubría de arrugas súbitamente, mostrando por un momento la verdadera edad de aquella criatura—. No importa ya. Muere.

Los ojos rojos de la bruja se revelaron ante ella con un fulgor rojo tan aterrador como la mirada del señor del bosque. Sin saber cómo, Freya se vio arrastrada por un torrente oscuro en el que miles de criaturas carentes de suficiente fuerza para tomar forma trataban de arrancarle la vida pedazo a pedazo. No se estaba enfrentando sólo a un *upir*, sino a todos los espíritus malignos de esa ciudad.

Atravesó varios árboles por la fuerza del impulso. Estos intentaron agarrarla como había hecho el primero de ellos antes de que la bruja emergiera, consiguiendo sólo romper sus ramas contra ella. Freya se estabilizó en el aire y volvió a pisar el suelo. Sintió un martilleo incesante en su cabeza. Había vuelto a usar sus poderes demasiado. Detuvo a otros dos demonios con su arma, pero un tercero la golpeó con sus garras, desequilibrándola. Se hubiera

mantenido de pie de no ser por otro de ellos, que la embistió con una fuerza colosal. Su espada salió volando de su mano y fue a parar a un barranco que había tras de ella. Estaba perdida.

Capítulo 55: El bosque maldito

Al salir de la iglesia esperaron encontrarse una pesadilla viviente desatada por toda la ciudad. Sin embargo, la imagen que hallaron, aunque caótica, fue muy distinta: soldados vestidos de rojo y blanco peinaban la zona de aquí para allá, eliminando cualquier tipo de amenaza. Aún había vampiros sueltos, pero los soldados se enfrentaban a ellos con gran disciplina y valor.

—Esos no son gendarmes —dijo Blanche.

—Es lo que os he dicho antes —repuso el vampiro—. Deberíamos evitar encontrarnos con ellos. Tienen como misión proteger a los ciudadanos y reunirlos en puntos seguros, que es exactamente en dirección contraria a donde vamos nosotros.

—Yo me ocupo —contestó la monja—. Esperad aquí.

Se dirigió directamente al soldado que tenía un sombrero ancho con una pluma blanca en lo alto. Los cazadores asumieron que sería alguien de mayor rango. Al poco, Blanche regresó.

—Por suerte podremos irnos tranquilos —dijo.

El soldado —o capitán, no sabían lo que era— empezó a chillar órdenes y un grupo de cuatro como él marcharon hasta el interior de la iglesia. Serviría.

El capitán inclinó su sombrero hacia Blanche, se santiguó y siguió con su labor. Todos la miraron sorprendidos.

—Tengo mi pequeña leyenda particular —dijo ella quitándole importancia al asunto—, aunque no tan grande como la del maestro de Klaus. Estoy impresionada por su historia.

—La cuento mejor, más adelante —replicó el cazador—. ¿Ellos no atacan a los vampiros? Ellos, me refiero —señaló a Vanya y a Rea.

Luego, añadió—: Lo siento

A Vanya no pareció importarle, pero Rea no estaba acostumbrada aún a que la llamaran “vampiro”.

—No es nada. Ya me he hecho a la idea —musitó Rea.

—Los nuestros no somos como los falsos ancestros... los vampiros a los que normalmente persigues —le tranquilizó Vanya—. No obstante, yo diría que no les caemos muy bien.

—Mientras esté yo aquí estaremos a salvo...

La compañía de cazadores de vampiros cruzó el puente sobre el Ródano siguiendo a Klaus, que por el momento les guiaba. Blanche y Vanya seguramente sabían el camino también, pero fue él el que tomó la delantera. Tenía ganas de volver a encontrarse con el diablo que hacía dos semanas le había quitado la vida a una joven delante de sus narices. Esta vez no iba solo ni permitiría que el vampiro volviera a escapar.

—Parece que por aquí ya han hecho su trabajo —observó Blanche.

—Siguen por aquí —dijo el cazador—, pero se han ocultado porque han perdido la batalla. Esperarán una oportunidad para salir otra vez.

—Tienes razón —afirmó Vanya—. Por si acaso no os relajéis. Podrían volver si nos ven vulnerables.

Como las luces de la ciudad no funcionaban, el cazador improvisó dos antorchas tan rápidamente que parecía haberlas creado mágicamente. Le entregó una a Vanya, pero tanto éste como Rea la rehusaron, pues veían bien en la oscuridad. Finalmente se quedó él con una y Blanche con la otra, uno delante del grupo y el otro por detrás. Estaban prácticamente en el linde del bosque y si algo ocurría debían de estar preparados.

—Veamos —empezó a decir Vanya—. Si lo que dices es cierto, cazador, rodeando el bosque nos mantendremos al margen de la influencia de ese ancestro. Vosotros sabéis llegar sólo con seguir el rastro, ¿es como digo?

—Así es —contestó sin dudarle Blanche—. Si nos perdemos o

nos separamos no tenemos más que rodear el bosque y avanzar cuando veamos la estructura que nos has dicho. La veremos a simple vista, ¿no?

—Así es. Incluso si avanzamos por la colina que delimita el pueblo del bosque quizás...

El grito horrorizado de Rea lo interrumpió. Cuando miraron en su dirección la vieron siendo arrastrada hacia el bosque a gran velocidad por algo que la sujetaba de los hombros.

—¡Vosotros seguid! —gritó Vanya adentrándose en la arboleda— ¡No os perdáis! ¡Es lo que quiere!

No le obedecieron. Lo habían dejado muy claro: o vivían todos o no luchaban. Los dos cazadores de vampiros lo siguieron por el medio del bosque sin encontrar ni rastro de Vanya ni de Rea. Cuando dejaron de correr miraron a su alrededor desorientados. Klaus había tenido problemas para seguir el ritmo de Blanche, pero se alegró de haberlo conseguido. Los designios del oscuro ser que los había traído hasta allí se habían visto cumplidos hasta ahora, tal vez tenerla a ella al lado le daba más seguridad. Esperaba no tener que enfrentarse de nuevo a los fantasmas de su pasado. No solo, al menos.

—¡Nos ha engañado! —maldijo el cazador— ¡Como la última vez!

—Yo no estaría tan segura —sonrió Blanche—. Aún tenemos esto.

La monja mostró la pequeña brújula, que señalaba hacia la dirección donde el vampiro que buscaban se encontraba.

—No te fíes. Sabe engañar aparatos también. Cuidado.

—Llamemos a Rea mientras avanzamos —dijo—. Está en algún lugar de este bosque, así que si tenemos suerte, ella o su compañero nos oirán.

Pero no sería así. Vanya quizás podría, pero Rea estaba en una parte del bosque muy diferente; la misma parte en la que Klaus había caído hacía ya varias semanas.

Capítulo 56: Magia

Cuando Gilbert hubo reunido un buen saco lleno de lo que su maestro le había pedido, el alquimista aún no había terminado de dibujar formas en el suelo. Era una figura muy compleja llena de símbolos por todos lados que seguían las líneas previamente trazadas o formaban algunas nuevas. Todo aquello era un galimatías inmenso, pero también era algo ordenado en una elegante armonía que el sirviente sólo pudo observar, más no comprender todavía.

—¿Otro de los regalos de sus amigos magos? —le sonrió. Ya nada le sorprendía de aquel viejo zorro.

—De Kriz, nuestro alquimista pintor. Era uno de los libros de su biblioteca.

—¡Como tenga tanto éxito como el que usé yo, vamos aviados!

—Las palabras adecuadas también deben provenir de la persona adecuada —se burló el alquimista—. Ya está listo.

—Vale. ¿¡Yahoraqué?!

—Ahora necesitaré que uses algo de esencia de *Ignis fatuus* y conviertas esta casa en una gran pira ceremonial.

—¿He de hacerlo de alguna forma en especial?

—Si quieres añadir tus propios cánticos, eres libre de hacerlo.

—¿Y usted?

—Tengo que permanecer en medio del círculo con estos objetos hasta que empiece a funcionar. Yo seré el que use la fuerza de las llamas para nuestro propósito.

—¿Y si se me muere usted?

—Si algo ocurriera, tú debes encargarte de sacarme. Recuerda

que tú no puedes arder.

—Corrección —dijo Gilbert—: arder sí puedo, lo que no puedo es morir a causa de ello. ¡O al menos así lo espero!

—Date prisa. Quiero encargarme de este asunto cuanto antes.

—Sí, sí.

Las manos del alquimista golpearon los tablones de madera del suelo a cada lado del círculo más pequeño en el complejo dibujo. Se quitó el guante de su mano izquierda, cerró los ojos y se concentró preparando este nuevo truco. Palideció, reduciendo su respiración tanto como pudo. Si aquella canalización salía mal, lo más probable era que su fuerza vital se consumiera por completo, tal vez como a uno de los vampiros a los que él mismo había dado muerte. El fuego empezó a esparcirse rápidamente por la casa, animado por la corriente de aire que imperaba esa noche en aquella colina. El calor se hizo más latente, pero no aún lo bastante como para quemarles. Gilbert contempló absorto como las llamaradas se esparcían siguiendo el círculo externo del dibujo de Eckhart. El calor en ese momento era lo de menos; pequeños leños en llamas empezaron a caer del piso de arriba. Fragmentos diminutos al principio, pedazos grandes de la casa después. El sirviente miró hacia el techo, que se había prendido como si estuviera impregnado de brea. Además, el humo se había empezado a acumular y costaba respirar cada vez más. El maestro alquimista, sin embargo, seguía inamovible, con los ojos cerrados y las venas de su enrojecida frente hinchadas por un esfuerzo que Gilbert no acababa de comprender. Tal y como describía el libro que había leído, incrementó su respiración progresiva y rápidamente y, ante la atónita mirada de su sirviente, tomó una de las llamas en su mano izquierda. Abriendo los ojos y aguantando la intensidad de estas, puso toda su concentración en no rendirse ante el dolor y cerró el puño con fuerza mientras éste ardía. Gilbert no decía nada, como para no romper el encantamiento; contemplaba la escena mientras el maestro alquimista terminaba ese nuevo hechizo, pues eso era lo que estaba haciendo. Magia. Pero no una magia como la de las historias de magos que sacan cosas de la nada, sino una magia basada en sacrificar algo para obtener algo, ya fuera un alma o dolor o

recuerdos preciados que jamás podría tener de vuelta. Vio entonces al alquimista por lo que era: un hombre que había ido sacrificando poco a poco todo lo que tenía hasta no tener nada. Ni riqueza, ni amistades, ni humanidad o alma, tal vez. Sólo un propósito; una meta que tal vez él mismo no comprendía desde hacía ya muchos años. Como si esperara tocar ese gran final con los dedos tras haber vencido todos los peligros imaginables sólo para morir allí, satisfecho. ¿Era por orgullo quizás? Tampoco. El viejo era orgulloso, pero no tan estúpido como para dejarse llevar por ello hasta tan lejos. El brillo de sus ojos era provocado por otra cosa: anhelo. Como volviendo a la vida, Eckhart alzó su brazo hacia el techo con un movimiento brusco.

—¡Purga! —gritó golpeando su mano en llamas contra el dibujo del suelo.

Éste se iluminó mientras las llamas abandonaban el brazo y seguían el trazado de los dos círculos principales del suelo, rodeando así a ambos alquimistas. Ahora sí que parecía que no había escapatoria.

Eckhart contempló como la llama de su mano pasaba de ésta al círculo por completo. Se había cobrado su precio, sin embargo. Sus quemaduras eran considerables, aunque esperaba poder conservarla con toda su movilidad.

—¿Es que acaso no le duele nada nunca? —exclamó sorprendido su sirviente— Eso tiene una pinta horrible.

El maestro alquimista no contestó. Seguía tan pálido como cuando empezó todo, se puso en pie tambaleándose como si estuviera a punto de desmayarse. El sirviente le agarró por si acaso. Pesaba mucho. Finalmente, el maestro contestó con una única y forzada palabra:

—Vámonos —ordenó a Gilbert casi sin aliento.

Los dos alquimistas corrieron en dirección a la puerta, pero pronto se dieron cuenta de que no llegarían. Del techo seguían cayendo pedazos del edificio, humeantes y encendidos. La estructura entera estaba a punto de colapsarse. El humo era ahora tan denso que sólo podían intuir la dirección en la que estaba la salida. Cuando parecía que las llamas les iban a alcanzar, Gilbert

cogió una de las sillas, que estaba ardiendo y la tiró por lo que parecía una ventana. Acertó. Era un tanto alta, pero con un pequeño salto no le sería problema cruzar hasta el otro lado. No sucedería lo mismo con Eckhart, que se mantenía en pie, pero apenas consciente y sin decir nada. Era como un autómeta.

—Para que luego diga que no le cuido —sonrió el *doppelgänger*.

Agarró al alquimista como pudo y se las arregló para hacer que su maestro pudiera escapar de aquel infierno. Cuando se disponía a cruzar él, una de las tablas ardiendo le golpeó en la espalda. Por suerte, no fue lo bastante como para dejarlo inconsciente ni le hizo perder el sentido tanto como para no saltar por la ventana y rodar por el suelo para apagar las llamas en la parte trasera de su camisa. Se levantó, maltrecho, y se quitó uno de los cristales que se le había clavado en el hombro al rodar. Con un “Ay” desganao, se deshizo de él y arrastró a Eckhart fuera de peligro mientras la mansión se desmoronaba ante ellos.

—Dígame —rio Gilbert tumbándose en la hierba junto a su maestro—, ¿era poner el círculo tan lejos de la puerta parte del ritual o ha sido un fallo técnico por su parte?

Al ver que no contestaba, el sirviente se levantó y observó la expresión del alquimista.

—¡Eh! —le dijo— ¡Eh! No le he salvado hace un momento para que se me muera por nada, ¿me oye? ¡Ya se me está curando ahora mismo!

Era como si estuviera muerto. No. Estaba balbuceando algo. Con los ojos abiertos, sin respirar y únicamente susurrando algo en francés.

—*Archet* —dijo el alquimista con las manos temblorosas, como si buscara algo.

—No —corrigió el *doppelgänger*— Nada de eso. Gilbert. ¡G-I-L-B-E-R-T! ¡Conteste, caray!

Cuando trataba de zarandear al alquimista, un sonido atronador, como si una montaña se estuviera desplomando, le interrumpió. Cuando miró de nuevo hacia la casa vio como las llamas bajaban rápidamente de nivel como si algo las estuviera extinguiendo.

Al mirar de nuevo hacia Eckhart, lo encontró tan pálido como

antes, pero con una sonrisa cansada en los labios.

—Creía que ahí se quedaba —dijo Gilbert.

—Y yo creía que era mejor mago —exhaló—. Ha sido un exceso de confianza que casi me cuesta la vida.

—¿Qué ha hecho exactamente?

—El *daemonio* ha cometido el error de mostrarnos su guarida para que entremos. Yo le he aislado de su fuente de poder y dispersado su influencia maligna. El bosque no le pertenecerá durante un tiempo.

—¿Aislado a la lechuza, dice?

—A la lechuza o a lo que sea que se ocultaba allí. Si tuviéramos a mano el libro adecuado, podríamos encontrar su nombre de poder y detenerlo ahora mismo, pero no vamos a tener esa suerte. Todos los otros espíritus que le seguían se han desvanecido por el momento.

—Eso le habrá enfadado.

—Sí, pero ahora ha perdido su fuerza. Quizás mañana pueda dedicarme a mis tareas de nuevo. Aun sin Veleduch, tenemos posibilidades... siempre y cuando no nos encontremos de nuevo con “eso” esta noche. Es muy posible que eso suceda, pero como bien sabe, debemos correr el riesgo una vez más.

—Pues espero que lo haya debilitado tanto como dice, porque antes nos podía haber dado una buena.

—Para que lo que tratamos de hacer realmente surta efecto debemos coger los objetos y reliquias y enterrarlos en el bosque. Las llamas han sido el canalizador para imbuir los objetos. Debían consumirse en lugar de terminar con mi propia fuerza vital, pero he tardado más de lo que pensaba y ya conoce el resultado. Por lo visto no soy tan buen mago. Ahora la fuerza vital que se consume es la de las llamas.

—¿Las llamas están vivas?

—Todo lo está. Pero hay espíritus más fáciles de despertar y utilizar. Las llamas son...

—¡Altoaltoalto! Esto ya no es alquimia, ¿no?

—No —contestó aún recobrando el aliento—. Aunque es una forma de transmutación, no es nada de lo que puedas ver

normalmente en este mundo. Lo creas o no, en el libro que leí ponía que era una transmutación de principiante-iniciado.

—Me miente, ¿verdad? Lo noté en cuanto vi a aquella joven de pelo castaño nada más salir de mi vieja casa. ¡Una moza tan guapa sólo puede ser una ninfa! ¿Es éste el mundo de los cuentos y la fantasía, señor Solberg?

—Deja ya de decir tonterías y recupera los objetos de dentro del círculo. Tenemos que sellar al demonio antes de esta noche. En cuanto enterremos los objetos en el corazón de ese bosque no podrá perseguirnos... al menos por un tiempo. Mi transmutación no es lo bastante fuerte como para detenerle definitivamente, pero le retrasará. Con un par de días me bastará.

—Pues hala, Gilbert ve a cargar los trastos, ¿no?

—Primero déjame recuperarme —dijo mirando su mano. Había sufrido algunas quemaduras serias, pero apenas sentía dolor en el estado en el que se encontraba—. Esto que hemos hecho hoy es algo que no esperaba usar en todo nuestro viaje.

—¿Por qué lo aprendió entonces?

—Era una de las primeras piezas de información fiables de los libros de Kriz. Y, antes de que me vuelva a preguntar, lo supe porque conecté la información del libro con lo que ya sabía y tenía sentido. Digamos que ahora soy más mago que antes.

—¿Y si no hubiera salido bien?

—Hubiera escapado de las llamas por mi propio pie y sin esfuerzo... y Lerroux estaría igual de enfadado que ahora. Aunque debería tratar mi mano antes de partir. He usado el dolor para aumentar el efecto de esta transmutación, pero eso no quiere decir que no me duela nada.

Cualquiera hubiera dicho. El maestro alquimista parecía extremadamente relajado, incluso adormilado.

Las llamas se habían apagado ya por completo. Gilbert no dijo nada más y sonrió mientras saltaba hacia el saco con todos los objetos. Era algo pesado, pero nada que no pudiera arrastrar con un poco de esfuerzo y algo de ayuda del alquimista. Si la suerte les sonreía, podrían terminar con ello antes de que el demonio los descubriera. Si no, deberían enfrentarse a él una vez más, sólo que

esta vez dentro de su guarida y tal vez sin la suerte que habían tenido antes al escapar.

Capítulo 57: El Tercero

Lo que fuera que la sujetaba la soltó. Rea se giró en todas direcciones, presa del pánico. No se había hecho daño alguno a pesar de haber sido arrastrada hacia el corazón maldito y arbolado de aquel lugar. Las hojas secas habrían amortiguado el rozamiento con el suelo. Ahora no importaba. Tenía que volver atrás con Vanya y los otros antes de que...

«Rea»

El corazón le dio un vuelco. Esa voz, ese escalofriante susurro le producía un hormigueo intranquilo por todo el cuerpo, que le daba más miedo que cualquier otro vampiro o incluso que su asesino. Esa voz que era la suya.

«Rea» «Rea» «¡Rea!» «¡REA!» «¡REA!»

Empuñó la espada sin saber qué haría con ella en el caso de que sus temores se hicieran realidad. El silencio del bosque se rompió de nuevo, pero esta vez no por una voz humana, sino por el sonido de agua. Agua fluyendo por un canal. Rea corrió en dirección contraria al ruido, o al menos así lo creyó, pues tenía demasiado miedo como para pararse a pensar en ese escalofriante lugar. Con la oscuridad no podía ver bien por dónde iba, como si sus sentidos, normalmente superiores a los de cualquier humano normal, se encontrasen ahora funcionando a medias, o más bien como si ella fuera ahora mismo sólo una humana asustada. El sonido de agua fluyendo estaba ahora por todas partes. El suelo se hundió bajo sus pies y se sintió caer. Agua. Se había zambullido en la encarnación de sus pesadillas. No sabía nadar, pero braceó instintivamente, presa del pánico, tratando de salir antes de que lo que allí había la

atrapara. El darse cuenta de que hacía pie no la tranquilizó: siguió intentando abrirse camino entre los juncos y otras plantas de agua, luchando contra su desesperación. Cuando por fin se agarró a una de las ramas y logró salir de la charca, se abrazó a sí misma y se quitó el agua de la cara, mezclada con sus propias lágrimas. Aún temblando, miró de nuevo hacia el canal y se sintió idiota. No era aquello que había visto en sus pesadillas, sino un pequeño riachuelo que iba a morir allí. Se dejó caer en la hierba, aliviada, y soltó su espada corta. La única que le quedaba ahora.

Entonces fue cuando la vio: una inmensa red de telas de araña que cubría toda esa zona del bosque. No sabía si era que sus ojos se habían adaptado finalmente a la oscuridad o si había una luz misteriosa e innatural en el ambiente.

«Rea»

Del sobresalto se puso en pie.

«Rea»

«...» «Ven»

No sabía explicar por qué, pero sintió que debía seguir esa voz. Dejando su arma atrás, avanzó con cuidado y a tientas por aquella parte del bosque llena de telarañas y luces azuladas hasta que llegó a una pequeña cascada, desplegada como una fina cortina de agua que alimentaba otro de los canales para finalmente morir en la charca de antes.

Tras la capa de agua se dibujaba una figura femenina. No era ella. Tenía el pelo largo, tal vez negro como las aguas del templo de su sueño, vestía lo que parecía una túnica larga y ajustada únicamente por la cintura. Su silueta fantasmagórica la atraía y la aterrorizaba al mismo tiempo.

“Rea” —susurró una voz en su mente— “El momento se acerca.”

“Nuestro momento.”

Intentaba contestar, pero le fallaban las fuerzas. Sabía que lo que tenía delante no era una simple alucinación. Era ELLA; la que aparecía en sus sueños.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas en paz?!

“El mundo” —dijo— “Cortemos los hilos del mundo.” “Hilos de tragedia tejidos con sangre, desde mi corazón torcido hasta tu

espíritu noble; desde el amanecer de los tiempos hasta el ocaso del todo." "Tú eres la que debe hacerlo." "Te he mostrado mi mundo; has visto el dolor." "Eso es lo que quedará para ti si no cortas los hilos del mundo." "Yo lo he visto. Lo he visto con mis ojos cortados" "Corta al vampiro" "Tienes que cortar la vida de Vanya ahora." "Mátale."

La sombra trató de atravesar la cortina de agua con su mano, pero la retiró rápidamente antes de poder tocarla. Era como si aquello fuera lo único que protegía a Rea de aquel monstruo con forma humana.

—¡No! —le gritó— ¡No pienso hacerlo! ¡No tienes ningún poder sobre mí!

Esperó que tratara de cruzar de nuevo la cortina de agua, pero no lo hizo. En lugar de eso, la silueta produjo un ronroneo angustiado y escalofriante.

—"Eres mi venganza." "No... no termina"—sollozó, con un dolor infinito que se le contagiaba a ella también— "No. No se termina nunca." "No se termina nunca." "¡¡NO SE TERMINA NUNCA!!"

Un chillido aterrador perforó la noche e hizo temblar la tierra. La joven vampiro retrocedió y se dio la vuelta para salir corriendo, pero ya había tras de ella alguien más para sujetarla antes de que lo hiciera. Rea gritó aterrada.

—Rea —dijo una voz familiar—. Soy yo.

—¿Vanya? —balbuceó, y luego se abrazó a él como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, pero detrás...—musitó mirando de nuevo hacia donde estaba la cascada. No había nada: ni telarañas, ni cascada ni luces. Ni siquiera estaba mojada — No importa —mintió—. Nada. Creo que he sufrido una alucinación.

—En la oscuridad es fácil ver cosas que no están allí —le contestó el vampiro.

Sintió ganas de golpearle y cumplir los deseos de aquella silueta tras la cascada. Había pasado miedo, pero eso no quería decir que fuera una niña histérica. Lo que había visto era casi tan real como

él. Y lo que le había dicho también lo había sido.

—Me has malinterpretado —dijo él—. Lo que quiero decir es que tus sentidos alterados en este lugar pueden servir de canalizador para lo que sea que te ha cogido antes.

Vanya podría ser un agente de lo que quisiera, pero era terrible inventando excusas que él mismo no se creía. Al menos lo había intentado.

—¿Dónde están Blanche y el cazador? —preguntó.

—Los dejé atrás cuando fui en tu busca. Espero que podamos encontrarles.

—¿Has pensado en cómo volver?

—No tengo ni la menor idea —negó con la cabeza—. No podía dejarte. Ha sido un error de cálculo, pero...

—Cállate y no lo estropees —le dijo sellando los labios de él con su dedo índice. Luego le besó en la mejilla—. Gracias por salvarme, aunque “no estuviera en peligro”.

Sí que lo estaba, pero ahora no estaba de humor para discutir sobre ello. Vanya no se ruborizó como ella había esperado, pero parecía pillado por sorpresa. Eso la hizo sonreír. Había sido espontáneo, pero agradable.

—Vayamos en línea recta —dijo con un falso tono de seguridad con el que trataba de recuperar la compostura—. No he corrido tanto, creo que nos las arreglaremos para salir de este lugar. Cuento con que lo que ha dicho el cazador no sea cierto o que el ancestro, si es que existe, no sienta nuestra presencia. No te separes de mí.

Se agarró a la camisa de Vanya y se alejaron de aquel lugar. Sentía que había estado muy cerca de suceder una tragedia, pero estaba contenta de que Vanya hubiera corrido hacia el peligro sin pensar, al contrario que el resto de ocasiones en las que siempre recurría a “lo que parecía más sensato o beneficioso” en lugar de lo que creía correcto. En la oscuridad del bosque, Rea sonrió. Los vampiros y los humanos eran iguales en crueldad, pero también en bondad y otras virtudes. Tal vez su futuro no fuera tan oscuro como sus pesadillas y alucinaciones le trataban de hacer creer.

Capítulo 58: El ancestro y la oscuridad

Freya trató de incorporarse y empezó a recitar los votos como había hecho con su anterior enemigo. Ahora podía ver a las sombras mucho más claramente que antes. Unas tenían un rostro humano deformado en una mueca escalofriante, otras eran como animales cuyos rasgos habían cambiado hasta convertirse en monstruos que parecían salidos de una pesadilla. No; no lo parecían. Ese bosque entero era una pesadilla y ella estaba encerrada dentro, sin ninguna escapatoria. A su espalda se oía la corriente de un afluente del Ródano, crecida por los últimos días de lluvia. Si caía, ésta se la tragaría y su cadáver no aparecería hasta pasados varios días. Aún podía avanzar.

Se enfrentó en un choque frontal contra el demonio de inmensos cuernos que la había derribado antes. Había hecho mal. Notó como su hombro de desencajaba por la fuerza del impacto. Emitió un quejido mientras que con la otra mano empujaba a una de las criaturas de las sombras que trataban de acabar con ella. Fue una victoria efímera, pues otra ocupó rápidamente su lugar, aunque la siguiente bestia no intentó matarla, sino que la agarró por el brazo que aún tenía en su sitio. Ella era más fuerte que uno de ellos, e incluso varios, pero eran demasiados. Toda una horda de sombras vivientes se le echó encima hasta que estuvo totalmente inmovilizada. Estaba a su merced.

A lo lejos, la bruja se volvió aún más vieja mientras gritaba un nombre ininteligible. Ante los ojos de Freya, se transformó en una lechuza negra que voló hacia ella a gran velocidad, como si estuviera dispuesta a atravesarle el pecho. Freya cerró los ojos

intentando escapar sin éxito del agarre de los demonios. ¿Qué podía hacer más? Para su sorpresa, el impacto mortal que esperaba no llegó. En vez de eso, cuando abrió los ojos se encontró cara a cara con aquella bruja diabólica, rejuvenecida de nuevo. Aquella vera sangre.

—No es matarte lo que busco —le susurró—, por el momento. Sólo cuando desees que lo haga.

El demonio que agarraba su brazo dislocado hizo un movimiento brusco y se lo partió. Hubo un tiempo en el que habría soportado horas de tortura sin dejarse vencer por el dolor. Pero ese tiempo quedaba ya muy atrás. Freya gritó un instante, sólo para quedarse sin aliento cuando la bestia de los cuernos la embistió de nuevo en el estómago. Empezó a vomitar sangre, que caía a través de los demonios y se derramaba por el suelo. Algunos de los engendros más pequeños se agazapaban intentando sin éxito beber del suelo. Antes de que se pudiera recuperar, notó cómo otra criatura cortaba la piel de su espalda, haciéndola sangrar aún más. Haciendo acopio de todas sus fuerzas se intentó liberar de nuevo, consiguiendo soltar su brazo aún sano lo suficiente como para tratar de alcanzar el rostro de la bruja. Fue ella la que alcanzó a Freya con una mano que emergió de la punta de su sombrero, que se había convertido en una masa tan oscura y monstruosa como la de los propios demonios.

—No volverás a hacerlo —le dijo la niña algo irritada. Después le retorció el brazo de forma escalofriante. No quería gritar porque sabía que eso le daba fuerzas a su enemigo, pero el dolor era inaguantable. Para ser un vera sangre tenía mucha fuerza. Más incluso que el ancestro del bosque, Leon o ella misma. La mantenía viva para extraerle el máximo sufrimiento posible y así alimentar a sus demonios. La utilizaría para alimentarlos una y otra vez hasta que deseara la muerte. A pesar de estar malherida encontró el valor para hablarle cara a cara:

—¿Qué quiere obtener tu maestro con esta guerra? —balbuceó, luchando contra el dolor que recorría sus brazos y espalda.

—La muerte de todos los demás —dijo con una tímida pero aterradora sonrisa—. Sufrimiento y sangre. Mi maestro no pide

mucho, pero aquello que desea lo conseguirá.

—¿Desea provocar el fin del mundo?

La niña sonrió. Su cabello gris y sus ojos rojos imitaban a los del ancestro al que ésta servía. En otro tiempo esa sonrisa tal vez poseería una inocencia genuina. Ahora había sólo crueldad, sumada a su devoción por causar dolor y desesperación. Aun así no podía sentir lástima por aquella criatura. Era ella la que había elegido ese camino de maldad, era diferente a Leon. Él se conformaba con que le dejaran en paz.

Uno de los demonios jugueteó con su brazo roto para hacerle sufrir más. Le dolía, pero esta vez supo mantenerse impasible. Aquella vera sangre buscaba imitar a su maestro aunque no lo conseguía. El sutil hacer del oscuro señor del bosque requería inteligencia, maldad y paciencia, buscando torturar el alma de la gente y no su cuerpo como aquella bruja estaba haciendo con ella. Reunió el dolor y la furia que ésta le causaba y gritó:

—¡Contesta, maldito monstruo!

—A mi maestro no le importa el resultado de esta guerra —replicó acercándose a unos centímetros de su propio rostro—. Pase lo que pase sólo puede ganar. Ve mucho mejor que tú lo que va a pasar, ancestro blanco de alas rotas —añadió burlándose.

Freya sintió una punzada en el estómago a la que se sumaron varias más. Estaba siendo atravesada sin piedad por esas criaturas. Sin poder hacer nada, sin poder ayudar a Leon, sin su espada de nuevo. Lo había prometido. Había prometido que lucharía por lo que era justo hasta el final. Lo haría sin importar el resultado porque ella nunca había esperado ganar.

—¿Eh? —dijo la bruja mirando hacia atrás.

El bosque entero fue sacudido por el chillido de miles de voces infernales. La joven bruja envejeció de súbito y cayó de rodillas, mostrando sus colmillos en un siseo con el que lanzaba una maldición. Los demonios que la agarraban aún estaban ahí, pero debilitados por lo que fuera que hubiera sucedido. Ése era el único momento que tendría. Si de verdad era sólo una *upir*, debía funcionar.

—Debes soltarme —le ordenó.

Tanto la bruja como sus demonios obedecieron. Reunió cuantas fuerzas le quedaban y se impulsó con las piernas hacia el barranco, llevándose con ella a dos de los demonios. En su caída, vio a la sombría lechuza descender sobre ella a gran velocidad.

—¡No lo hagas! —trató de decirle en mitad de la caída.

Esta vez no la había oído. Por fortuna, caía tan rápido que sólo logró arañarla. Dio varios tumbos por las rocas, tratando de usar a los demonios para amortiguar la caída. Le había salido bien.

Sus captores se desvanecían con un silencioso grito, quedando atrás mientras ella seguía cayendo hasta ir a parar al río, donde su espada reposaba. La corriente la arrastró lejos de aquel lugar maldito, reviviendo la sensación de ahogarse una y otra vez. Si sobrevivía tendría suerte, si no al menos habría escapado de una muerte mucho más larga. A pesar de la sensación de ahogo, de las heridas sufridas y de lo que había pasado, el último pensamiento que pasó por la mente de Freya antes de morir de nuevo fue el de no poder haber ayudado a Leon.

Capítulo 59: El bosque del miedo

—He dicho que estoy bien —repitió el alquimista con un bufido de cansancio e ira—. Vamos a terminar con esto de una vez y luego lo celebraremos intentando desenterrar a Veleduch.

—Lo que le hace falta a usted es beber algo y animarse, no hacer el loco de un mundo a otro. Deme el saco, ande.

—Es posible que mi último sortilegio me haya dejado algo desgastado, pero aún soy más fuerte que tú. ¿Qué te hace pensar que podrías llevarlo?

—Puedo convertirme en una montaña de carne con piernas y brazos y llevar los trastos en una mano y a usted en la otra como a un saco de patatas. No tardaremos tanto como para acabar exhausto... y tengo algo de prisita por salir de este lugar. Es espeluznante, ¿no cree?

—Está bien —cedió el alquimista—. Mejor acabar esta tarea antes de que el demonio nos descubra. Cuando se entere de que sólo se trata de un hechizo menor no le va a gustar.

Eckhart dejó el saco en el suelo y se irguió despacio con un leve gruñido. Mientras tanto, su sirviente se transformó en un hombre enorme que agarró el saco y lo cargó a su espalda como si en él llevara plumas.

—Quién es más fuerte ahora, ¿eh? —se jactó el hombretón con la misma risilla nerviosa del chico que era hacía unos instantes—. Soy como el genio de la lámpara, ¡sólo que yo vengo de un espejo!

Su compañero no contestaba. Parecía como si el haberse estirado lo hubiera dejado inmóvil. Estaba escudriñando el sombrío paisaje en busca de algo. Sus oídos agudizados, sus ojos atentos y esa

habilidad suya de detectar presencias, si es que aún podía usarla, avisándole de que algo venía en su dirección. Gilbert creyó que iba a desenvainar en cualquier momento como había hecho con los vampiros, pero en lugar de eso cambió de dirección y le dijo:

—Si tan poco pesa, entonces acelera el paso. Vamos.

Obedeció. El camino se hizo algo menos perceptible hasta que finalmente desapareció por completo. Eso no les detuvo; continuaron esquivando matojos y ramas secas. A pesar del frío, que era ahora bastante, el maestro alquimista estaba sudando. Su respiración, rápida pero sonora y profunda, era la única cosa que se oía en aquella parte del bosque, ocultando la de su sirviente. Cuando parecía que se iban a perder entre la espesura, la maleza aclaró de súbito, dejando ver un pequeño altiplano cubierto de hojas secas. Los árboles, henchidos de una perversa y antinatural salud, se negaban a entrar en ese claro retorciéndose en dirección contraria y entrelazando sus ramas entre sí. El vacío en el centro del bosque sin embargo no parecía en absoluto menos salvaje que el resto del lugar. Más bien al contrario; era como el centro de un remolino del que emergían todos aquellos árboles ciclópeos. El frío allí era más penetrante, el silencio más profundo; todo parecía muerto y vivo al mismo tiempo. Como el corazón de un cadáver viviente; daba la impresión de que ese mundo ya no era el suyo. Gilbert no tenía lo que fuera que el alquimista tenía, pero aun así, el hecho de que estaban donde no debían era más que palpable. O más bien donde debían: ése era el lugar que estaban buscando.

—Dentro del saco hay una pala —empezó a decir Eckhart.

—La llevo notando ya desde hace un rato —contestó el *doppelgänger*.

—Entonces sabes lo que tienes que hacer. Cava.

—¡"Cava", dice el cavernícola! —rechistó Gilbert— Pues hala, a la faena.

Se escupió las manos, más por aparentar que otra cosa, y empezó a hacer un agujero en el suelo para meter el saco.

Cada palada que el sirviente daba se hendía fácilmente en la blanda tierra, tanto que parecía que únicamente el mar de hojas que la cubría impidiera que los dos alquimistas fueran tragados por

ella. El ahora fuerte *doppelgänger* cavó en silencio escuchando los sonidos de su propio esfuerzo y de la respiración de Eckhart. Parecía más cansado que él, que era el que estaba trabajando. Tal vez incluso un mago como él no podía usar sus poderes de forma ilimitada.

—¿Eh? —exclamó Gilbert— ¿Qué es eso de allí?

Parecía haber tocado un fondo duro, de un material diferente. El suelo era de un color purpúreo con una extraña espuma que daba vueltas en el interior de la roca.

—Es suficiente —ordenó—. Tira el saco dentro y cúbrelo.

Saliendo del hoyo que había cavado, Gilbert tiró la pala a un lado, tomó el saco, lo puso frente a sí y con su tono más apenado, recitó:

—Hemos vivido nuestras aventuras, ¿eh saquete? Ah, triste despedida la nuestra, viejo amigo, cargando yo con tu peso y tú con mis penas hasta el final del viaje. No cabe sino decir... ¡Qué diantre, adentro!

En cuanto el saco tocó el fondo, la tierra empezó a sacudirse... y a gritar.

—¡Corre! —le ordenó el alquimista.

Trataban de encontrar una salida del pequeño claro, pero los árboles se movían para obstruirles el paso. Mientras tanto, el hoyo donde habían depositado el saco se empezó a mover hacia el centro del altiplano, girando y haciendo rotar con él la tierra a su alrededor, como si de un vórtice se tratara. De la tierra salían espumarajos oscuros que lo llenaron todo con un insoportable hedor a sangre.

—¡Esto no pinta bien! —dijo Gilbert haciendo equilibrios de funambulista con la pala— ¡El hoyo se está haciendo grande!

—¿Y qué esperas que haga?

—Fracos, magias... ¡Use lo que sea!

El maestro alquimista agarró la pala que su sirviente sostenía y se la arrebató. Luego la arrojó contra los árboles esperando que estos se cerraran y la dejaran atrapada. La dejaron pasar.

—¡Muy bien, genio! —se burló el *doppelgänger*.

La tierra se empezaba a hundir a su alrededor. Uno de los

árboles cedió y cayó en su dirección. Ambos alquimistas lo esquivaron para ver cómo se hundía en aquella tierra oscura y blanda.

Gilbert aprovechó la ocasión y se coló por el hueco que el árbol había dejado antes de que se cerrase de nuevo. Su maestro no tuvo tanta suerte. Se pegó al muro de árboles para evitar caer al creciente remolino. Tal vez con su daga podía mantenerse agarrado por un tiempo.

—¡Eh! ¡Arriba!

Desde lo alto de uno de los árboles, su sirviente trataba de mantener el equilibrio y alcanzarle uno de los extremos de la pala, que había recuperado. Eckhart se aferró a ésta y apoyó ambos pies en el fuerte tronco justo cuando la tierra empezó a ceder bajo sus pies. Gilbert era ágil y mantenía el equilibrio, pero no era tan fuerte y cayó hacia adelante hasta que pudo sujetarse a las ramas con sus pies. Más abajo, el alquimista seguía amarrado al otro extremo de la pala. Lo que había abajo era una masa oscura y pastosa que giraba violentamente, amenazando con tragarse todo cuanto allí cayera. El maestro no iba a permitir que eso ocurriera; volvió a apoyarse en el árbol y se impulsó hacia arriba. Cuando subió por fin lo hizo con tanta fuerza que pudo alcanzar una de las ramas por encima de Gilbert. Antes de que pudiera balancearse para llegar hasta el tronco del árbol, las ramas de éste iniciaron un potente braceo. El maestro alquimista hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y saltó hacia el exterior de la pared de árboles, que se cerró a su espalda con su sirviente detrás.

Al caer, rodó por el suelo de mullida hierba. Aparte de la pared de árboles que había ante él, el bosque parecía ahora diferente.

—¡Gilbert! —gritó. No hubo respuesta— ¡Gilbert!

Algo contestó, pero no su sirviente. El chillido infernal de la lechuza que le había atacado antes se propagó por toda esa zona del bosque. Él sabía que era demasiado tarde para correr y que enfrentarse a esa criatura sin un mínimo de ayuda era un suicidio. Se ocultó tras unos árboles y se cubrió con la negra capa mientras el ruido del batir de alas del demonio nocturno aumentaba. Cuando pasó por su lado, emitió de nuevo ese chillido aterrador, pero pasó

de largo. Sin la influencia del bosque en su favor, aquella criatura no podía rastrear su presencia, pero no era buena idea quedarse ahí. Se puso en pie y empezó a avanzar una vez más por el denso bosque. Si Gilbert seguía vivo tal vez pudiera encontrar el camino de vuelta. Era lo mejor que podía hacer ahora. Tal vez incluso volver a usar su “arte” ahora que había ofuscado su presencia ante el demonio. Todos esos planes cambiaron de súbito.

—No des ni un paso más —oyó una voz a su espalda.

Capítulo 60: El crisol

—No hagas movimientos bruscos —le dijo Vanya al extraño—
¿Quién eres y qué haces aquí?

La figura de negro se dio la vuelta despacio. Aquel hombre algo entrado en años parecía agotado, aunque mantenía un porte amenazador. Cuando les vio, adoptó un semblante mucho más pacífico, casi aliviado.

—Soy un pobre anciano que vino con su aprendiz a estudiar las plantas de este bosque. Hace un rato me perdí y lo ando buscando.

—¿Y vas con una espada y dos cuchillos en mitad de la noche?

—Algunas plantas sólo florecen de noche. No puedo permitirme escoltas, pero tampoco que me roben lo poco que tengo o que maten a mi aprendiz. Como comprobaréis, si lo hallamos con vida, tiene una gran facilidad para meterse en líos. Tiene buenos ojos para ver mis dos cuchillos, joven, pero a mí no me hace falta verle bien para saber que está equipado también para una pequeña batalla.

—Vanya —dijo Rea—, ¿es un...?

—No. Pero no me fío de él.

—Me temo que no puedo hacer nada por eso —dijo el hombre con una sonrisa inquietante—, pero me veo obligado a acompañarles hasta lograr salir del bosque, ya que no sé dónde estoy. A no ser que sean tan amables de indicarme por dónde se vuelve a Lyon.

—Nosotros no vamos a la ciudad —dijo Vanya—. Pero creo que ambos sabemos más de lo que estamos diciendo.

—Eso es cierto —replicó el extraño—. Ustedes son dos y yo estoy

levemente herido, ¿hacia dónde se dirigen y por qué van armados?

—Somos cazadores de recompensas. Vamos a por un asesino que ha causado ya demasiado revuelo en la ciudad.

—¿Es un vampiro? —inquirió.

—¿Un...?

—El único sitio del que pueden venir ustedes es de la ciudad. Si yo me he tenido que abrir paso para llegar hasta aquí entonces no hay duda de que ustedes también. ¿Es un vampiro lo que buscan?

—Lo es. ¿Es usted un cazador?

—Un alquimista. Estaba intentando aislar el mal que ha echado raíces en este bosque junto con mi aprendiz. Lo hemos conseguido, pero nos hemos separado en el último momento. Nos hemos librado de los demonios, ahora espero poder librarme también de los vampiros.

—Estás de suerte —dijo Rea—: vamos hacia su líder en este mismo instante.

Vanya la miró con desaprobación, pero ya estaba hecho. El alquimista les sonrió.

—Si es así van a necesitar más que espadas para acabar con lo que están buscando, aunque tal vez éstas sirvan... por un instante. Les diría que volvieran a casa, se quedasen allí y no estorbasen, pero esto les supera a ustedes tanto como a mí. Lo que ha enviado a esas criaturas contra nosotros posee un poder inimaginable. He arriesgado mucho para debilitarlo lo suficiente. No.

—¿No?

—Un momento. ¿Cómo sabéis cuál es la fuente de este mal?

—Llevamos casi un mes en pos de ella. Pareces sorprendido.

—Lo estoy —dijo el anciano alquimista—. Hasta hace poco pensaba que todo esto giraba en torno a mí, pero veo que esta trama es mucho más grande de lo que pensaba. Lo mismo que es una desventaja puede ser también una gran ventaja.

—¿Qué quiere decir?

—No importa. Soy Eckhart Solberg, maestro alquimista, y si de verdad están ustedes tratando de detener a ese demonio, entonces somos aliados. No estoy en mi mejor momento, así que necesitaré vuestra ayuda para acabar con esa criatura.

Vanya sonrió.

—Habla usted como si fuéramos nosotros el apoyo y no al revés.

—No importa mucho como hable mientras cumplamos nuestra tarea, ¿no? Vayamos en su busca cuanto antes. No sé lo que tardará en recuperarse.

—¿Qué le ha hecho exactamente? —preguntó Rea.

—Lo he separado por el momento de casi todos los espíritus malignos que ha traído a este bosque. Se mantendrá así por un tiempo. Juntos eran una sola y poderosa criatura, pero separados no son tan peligrosos. Sólo el líder supondría una verdadera amenaza para nosotros y tal vez nos logre superar a todos. Todavía no he decidido si es buena idea ir con vosotros. ¿Estáis seguros de poder acabar con él?

—Sí, si lo encontramos. Pero en este maldito bosque los caminos son engañosos y es fácil perderse.

—Ya no —sonrió Eckhart—. Pero deberéis guiar vosotros, yo tengo que reservar mis fuerzas para cuando las necesitemos.

—Como quieras —dijo el vampiro dudando de “las fuerzas” de ese anciano—. Yo soy Vanya y ella es Rea. Siempre que sepamos dónde está el noreste será fácil encontrar el camino hacia lo que buscamos, pero como ya he dicho, este bosque es extraño y es difícil orientarse.

—En eso sí que os puedo ayudar —Eckhart miró a un lado y a otro varias veces hasta que por fin empezó a avanzar por el tortuoso camino.

—¿Está seguro de que es por aquí? —preguntó Vanya.

—Noreste, dijo, ¿no?

—¡Espere! —dijo Rea— ¿Y qué le pasará a su aprendiz?

—Somos nosotros los que vamos hacia el peligro, no él. Si sigue vivo sabrá qué hacer. Debemos asumir que no todos tenemos por qué salir con vida de esta aventura.

Aquella respuesta no le había gustado nada a Rea. De hecho, parecía bastante molesta; tal vez porque el alquimista estaba tan centrado en su tarea que dejaba atrás a su aprendiz. Le hubiera gustado estar con Klaus y Blanche, que eran más precavidos y más humanos a la hora de decidir. Pensó por un momento que Vanya

podría hacer lo mismo que aquel hombre de negro algún día, pero eso no era cierto. El vampiro escondía su lado más humano tras ese exterior que pretendía que el mundo no le importaba en absoluto. Ahora podía sentirlo, pero también notaba algo más que aún no podía explicar. Supuso que, a su debido tiempo, sería capaz de comprenderlo también.

Los tres caminantes cruzaron el bosque con los ojos y los oídos atentos por si alguna de las pesadillas que aguardaban en la oscuridad decidía tomar forma. Por esta vez no fue así.

Capítulo 61: Sólo dos cazadores

—¿Funciona bien la brújula? —preguntó Klaus— No dudo de ti, pero este sitio no es de fiar. Nada es de fiar aquí. —Se ajustó el ocular como si temiera que sus palabras volvieran a hacer que el vampiro le engañara, igual que la última noche que pasó en el bosque.

Habían pasado mucho tiempo gritando el nombre de Rea, pero ni siquiera el solitario revoloteo de un pájaro asustado les había contestado.

—Todo parece ir bien, por el momento —contestó la monja—. Oye, ¿qué hace eso exactamente? —señaló al extraño monóculo del cazador.

—Puedo ver por donde los vampiros pasan con él. Regalo de mi maestro.

—Vaya, ¿de verdad? ¿Me lo dejarías un momento?

A pesar de confiar en Blanche plenamente a estas alturas, Klaus receló por un momento.

—Tranquilo —sonrió ella—. No hace falta que me lo des si no quieres.

—No. Sí quiero. Toma, pero por favor cuidado.

Como si se tratara de una frágil gema, Blanche colocó el ocular ante su ojo y miró por él.

—Oh —dijo—. Con él se ve mucho mejor en la oscuridad del bosque. Casi parece que sea de día.

—Con esto se ve por donde los vampiros pasan. Sólo una vez ha fallado en toda mi vida.

A decir verdad, dos. No había podido ver el rastro de Rea ni de

su acompañante. El cazador quería pensar que tal vez se habían ido por otro camino, pero no podía evitar pensar que la sombra del señor del bosque les ofuscaba los sentidos para guiarlos hacia él. No debía separarse de Blanche.

—¡Vaya! —exclamó ésta sorprendida— Si sólo te falló una vez espero al menos que no fuera aquí.

Klaus la miró ceñudo y gruñó, lo que la hizo reír de forma incontrolable. Era una risa demasiado agradable como para no calmar sus preocupaciones.

—¿Eh? —replicó— ¿Qué es divertido?

—Es que... pobre, ¡Es que me has puesto una cara! —dijo aún riendo— No te preocupes. Antes entraste solo a este lugar, pero ahora somos dos y tenemos dos cosas para encontrar al vampiro. Será mucho más difícil que nos engañen. Además, cuando encontremos a Rea y al otro muchacho seremos aún más.

—Sí. Prestemos ojo para verlos —asintió.

—Sí, prestemos atención —le corrigió ella—. Creo que ya debemos estar saliendo del bosque, hace un rato que el camino resulta menos tortuoso. Antes parecía que los árboles se nos echaran encima, ¿verdad?

—Verdad. Bosque parecía maldito. Ahora creo que es más pacífico. Pero hay que ir con cuidado. Espero que los demás están bien. Cuando Rea se la han llevado hemos ido detrás, pero luego no había rastro, no había nada. Los vampiros son muy rápidos.

—Sí. “Los muertos viajan deprisa.”

—¿Cómo dices?

—“Los muertos viajan deprisa”. Es una expresión que usaban los cazadores de mi orden.

—La conozco. Mi maestro me la enseñó a mí, hace mucho.

—Es algo trágico. Me hubiera gustado poder ayudar a tu maestro. En la sede que mi orden tenía en Milán había una estatua suya, pero por lo que me has contado también era un pobre hombre.

—Era. Julio no quería que yo fuera como él. Él me entrena para ser bueno yo, para aprender mi camino como cazador, pero no para ser como él. Por eso es un buen hombre. No compartió su

maldición. Por eso me dio esto —dijo señalando al cristal.

—El mundo se ve más bonito, lleno de colores. Las cosas son de un tono más intenso; verde, marrón, rojo...

—¿Rojo has dicho? —dijo alarmado el cazador.

—Sí. ¿Es grave? Toma, mira tú.

Klaus tomó el ocular y vio que Blanche decía la verdad: un rastro rojo serpenteaba por uno de los pasos cubiertos matojos. También había pisadas. Al verlas, el cazador sacó su espada de la vaina.

—¿Ves algo? —preguntó la monja.

—Nada. Es un rastro muy leve. Pero Juste hizo un buen trabajo con mi espada y funda. Corta más y es más fácil para usarla rápido contra el vampiro. Espero que Juste esté bien ahora, es buen hombre.

—Tranquilo, Juste sabe cuidar de sí mismo. Solía pelear cuando era más joven. Sabe moverse bien si le hace falta. ¡Oh! Lo siento, no debería decir esas cosas de Juste sin preguntarle antes.

—Me dijo que en su pasado comete errores. Todos los cometemos. Yo le preguntaré después, pero me contó algo ya. Tiene pinta de ágil. Por como mueve los brazos al hablar.

—Después —se burló ella—. Hablas como si ya hubiéramos terminado.

—Eso me gustaría. Después de éste me retiro. Se lo prometí a Julio.

—¿Pero... no dijiste que había muerto?

—Lo prometí en sueños, pero era igual de enfadado que cuando vivía. Me dijo que este vampiro era demasiado grande para mí, que nadie debería intentar cazarlo.

—Y sin embargo aquí estamos, ¿eh? Dos valientes.

—Me gustaría que tú no estés aquí.

—Tranquilo, no estoy tan oxidada. No seré una molestia.

—No eres. Pero por muy buena que seas, no quiero que nadie te haga daño.

—Eres un encanto —sonrió—. Pero ni lo sueñes; no es bueno ir solo.

Klaus se encogió de hombros.

—Julio dijo que no hablara mucho con nadie. Que no hiciera

amistades o conociera gente. Para no perder nada, no tener nada.

—Eso es horrible.

—Es horrible perderlos. Él se acostumbró. Yo también con la guerra, pero no es lo mismo. Con esto la guerra está en todas partes. Yo he visto que tú eres buena, pero la chica es muy joven. Mejor protegerla a ella, ¿no crees?

La monja no contestó de inmediato, pero sabía lo que Klaus le estaba sugiriendo. Si hiciera eso sería un duro golpe para Rea y traicionaría su confianza, pero por otra parte la idea de dejar que ella se enfrentara al vampiro de ojos verdes era una locura. Era incluso más cruel hacer eso. Y sin embargo lo había pensado.

—Klaus, creo que...

—Mira —la interrumpió—, delante.

El camino que seguían terminaba por fin a lo lejos, pero lo que Klaus había señalado era una fila de árboles derribados por algo de una fuerza tremenda.

—Lo ha hecho él. Es su rastro. El vampiro tiene esa fuerza.

Más adelante, se erguían los muros mohosos de una fortaleza. Era allí donde los cazadores se habrían de enfrentar a su destino. Donde varios puntos volvían a converger una vez más para cambiar el curso de la realidad.

Capítulo 62: La joven ahogada

Había pateado y chillado contra el árbol, maldiciéndole y ordenando que se abriera de nuevo con su tono más imperativo. Nada había funcionado. Eckhart parecía haberse perdido en otro mundo. O más bien era él, Gilbert Mayer, quien había perdido a su maestro y a sí mismo... para bien o para mal. Supuso que éste sería lo bastante sensato como para bordear el muro de árboles que había entre ellos hasta que se encontrasen, así que, tras inspirar el frío y rancio aire de aquel bosque, empezó a seguir la pared de ramas y troncos retorcidos. Por desgracia sus planes se vieron frustrados cuando llegó al final de ésta al dar apenas veinte pasos. Al otro lado no había nada.

—Bien, bosque —dijo—, tú ganas. El juego ha terminado. Dime por dónde se va a casa y me iré con viento fresco.

Si el bosque o alguno de sus habitantes lo habían oído, habían hecho caso omiso de su petición. Solía pasar a menudo, pero eso sólo le hizo enfadar aún más. Mientras caminaba, Gilbert pateaba las hojas enfurruñado, como si de verdad el bosque le hubiera ofendido con su trato de silencio.

—¡Maldita sea! ¡Cuando salga de aquí pienso defecar en la entrada... o dentro si no llego tan lejos!

No hubo respuesta tampoco al principio, pero luego pudo oír el lejano chillido de la lechuza demoníaca seguido de un potente aleteo que se acercaba.

—O aquí mismo.

El sirviente no esperó ni un segundo para echar a correr en dirección contraria y dando grandes saltos. El aleteo seguía

haciéndose más y más fuerte a su espalda. Como veía que no tenía escapatoria alguna, saltó de cabeza contra unos zarzales, zambulléndose en ellos. Su quejido por los pinchazos fue silenciado por el diabólico chillido de la lechuza. Cuando por fin hubo pasado el peligro, se quitó las zarzas de la cara con los dedos.

—Es mi capacidad de actor la que me hace llorar por dentro y no por fuera. ¡Ha! ¡Heridas más graves he sufrido! El destino y yo somos viejos compañeros, que luchamos unas veces y nos damos la mano otras. ¡Au! ¡Aunque si me dala mano-**ahorase pinchadelo lindo!**

Tenía que encontrar el camino para volver a casa. Cerró los ojos y escuchó los sonidos del bosque nocturno; el más notable era un rumor continuo y apagado. Agua. Si había agua podría encontrar tal vez un río y, si eso ocurría, podía seguir hasta el Ródano y volver a la ciudad. O tal vez podía seguir vagando por el bosque en busca del alquimista. Se imaginó a sí mismo dando vueltas como un idiota durante días mientras Eckhart, sin decirle nada ni preocuparse por él, descansaba en la posada derrochando su dinero en vinos caros y comidas extravagantes. No, si conservaba dinero aún era porque era un agarrado, eso se le veía en la cara. A diferencia de Lerroux, el maestro alquimista no parecía querer librarse de ninguna de sus ya pocas pertenencias. Eso le daba una ligera pista sobre lo que alguien como él podía querer.

En lugar de volver por donde había venido, el sirviente siguió el sonido del río atravesando la mata espinosa hasta que llegó a un pronunciado terraplén, por el que primero ascendió y luego se deslizó por el otro lado haciendo equilibrios. Aterrizó con un armonioso salto, girando sobre sí mismo, sólo para notar el agua desde sus pies hasta los tobillos. “¡Ah, porras!”, exclamó. Al menos había encontrado el río. Cogió algo de agua con ambas manos y la olió; no notaba nada. Eso era bueno. Se echó un poco en la cara y se dio unas palmadas. “Bien, de aquí a casa no hay tanto.”

Un extraño gemido le sobresaltó. En ese río había alguien más. Miró a un lado y a otro y empezó a caminar sin hacer ruido. Aquella zona estaba cubierta por toda suerte de plantas acuáticas lo bastante altas como para ocultarle si andaba agachado, aunque por otra parte eso quería decir mojarse el culo. Se puso en cuclillas y

apoyó las manos en el lodo, con cuidado de no hundirse. No sabía mucho de ríos, pero recordaba que el lodo bajo el agua podía ser algo muy peligroso, sobre todo si te hundías y quedabas atrapado en él. Claro que ahogarse con tres palmos de agua sería una de las muertes más ridículas que podía imaginar. Sonrió por un instante sólo para volver a cambiar de expresión en cuanto otro gemido sonó, mucho más cerca. Volvió a echar un vistazo a su alrededor. Estaba demasiado oscuro como para ver lo que le acechaba. Apartó unas hojas húmedas y frías para poder percibir mejor lo que le esperaba más adelante. Al tratar de apartar uno de los troncos, se dio cuenta de que el tacto era distinto. Estaba tocando un brazo. Dejó escapar un grito ahogado mientras lo soltaba, cayendo con un fuerte chapoteo. Lo que Gilbert tenía a su derecha no era alguien que lo acechaba, sino un moribundo. Una mujer.

—Eh, ¿estás bien? —le dijo.

Una pregunta estúpida. Uno de sus brazos estaba en un estado tan horrible que daba escalofríos. Podía ver que tenía todo tipo de cortes por los golpes que había recibido al ser arrastrada por la corriente.

—Esto... vamos a ver. Señorita, está usted de suerte, pues su vida no corre peligro ahora que yo estoy aquí... eso si está usted viva con esas... uh. No estará muerta de verdad, ¿no? Sería la primera doncella a la que no rescatase. Aunque tiene una pinta que...

El sirviente se hincó de rodillas al lado de la chica y la examinó sin atreverse a tocarla. Tenía los ojos cerrados y parecía balbucear algo, pero no estaba consciente. Lo raro es que con esas heridas aún estuviera viva. En contrapunto con éstas, su hermoso rostro resaltaba a la luz de la luna, que parecía haber salido sólo para ella. Era muy guapa; más de lo que Gilbert hubiera visto en toda su vida. Se acercó con cuidado para verla mejor y para comprobar si respiraba. Se dio cuenta de que el extraño zumbido constante que oía lo causaba ella tomando aire a duras penas. El balbuceo de ésta estaba producido por su lucha para seguir viva.

La chica abrió los ojos de repente y agarró la cabeza de Gilbert con una de sus manos. El sirviente la evitó y cayó de espaldas

asustado. Sólo tenía un brazo sano, pero la que antes parecía una víctima moribunda de la corriente, ahora reptaba hacia él rápidamente, con la mirada encendida como dos demoníacas luces. Por primera vez en mucho tiempo, Gilbert estaba totalmente paralizado. Todo lo que podía hacer era mirar a los ojos brillantes y amarillos de aquella criatura, que se acercaban y parecían devorarlo. Fue cuando se adentró ellos que pudo contemplar lo que pocos habían visto: la verdadera forma de un ancestro.

Capítulo 63: La Fortaleza

Los dos cazadores de vampiros se acercaron desde la espesura. Ese puesto de guardia amurallado parecía haber sufrido un verdadero asedio. Algunos de los muros habían sido dañados, había escalas y trozos de tablas de madera aquí y allí. Por último, también había mucha sangre y armas desperdigadas por el suelo. Sin embargo, era mucho más extraño lo que no había en ese reciente campo de batalla: ni un solo cuerpo.

—¿Batalla de vampiros? —susurró Klaus.

—No —contestó Blanche—. Mira. Ese uniforme es de los caballeros de la Cruz de Espinas. No hay vampiros entre sus filas. O al menos no debería haberlos. Se han debido de llevar los cuerpos.

—Han ganado los vampiros.

—Eso no lo sabemos. Todo esto es muy extraño. Mira, las puertas han sido derribadas con uno de los árboles. ¿Cuándo crees que ha empezado esto?

—No sé decir, pero antes del ataque en la ciudad seguro. Muchas armas, algunas iguales, otras distintas. Los dos bandos sufrieron pérdidas. Fue una victoria, pero no decisiva. Eran muchos, pero los grupos no eran tan grandes como una batalla. Escaramuza difícil de ganar, pero no grande.

—Vaya, ¿sabes todo eso con echarle un vistazo rápido desde aquí?

—En guerra hice de soldado, pero a veces también reconocimiento. Ambas cosas son buenas para ser un cazador.

La monja le sonrió y le puso la mano en el hombro.

—Me alegra saber que estoy en buenas manos. Eres un buen

hombre, Klaus, pero hay algo que necesito que me prometas antes de seguir adelante.

El cazador la miró perplejo y asintió.

—C-claro, lo que sea.

—Pase lo que pase hoy y tanto si vencemos como si no, no quiero que dejes que los remordimientos por esta noche te persigan por siempre como le ocurrió a tu maestro.

Esta vez parecía muy seria. Pero por mucho que Blanche le insistiera no podía simplemente decir que sí; tenía que ser honesto.

—Él no tenía elección —contestó—. Mi maestro no lo eligió, pero acabó así.

—Pero yo no quiero que acabes así —dijo ella—. Necesito que me lo prometas. Si yo muero o tú mueres o vivimos los dos... quiero que pase lo que pase podamos continuar con nuestras vidas cuando acabemos con esto. Hazlo lo mejor que puedas y no dejes que esto te persiga nunca más. ¿De acuerdo? No más pesadillas.

No quería mentirle. Ni siquiera había podido librarse aún de las pesadillas de lo que ocurrió hace tantos años. Mientras meditaba la respuesta, unas voces que se acercaban interrumpieron a los dos cazadores de vampiros.

—Tenías razón, éste es sin duda el lugar.

Era la voz de Vanya.

—Son ellos —dijo Klaus en voz baja—. ¿Salimos?

—Aún no. Parece que no van solos.

—Blanche no ha llegado aún —dijo la voz de Rea—. ¿Deberíamos esperar o buscarla?

—Tal vez —contestó el vampiro—. Los dos cazadores son humanos, pero no nos vendrá mal si necesitamos que alguien mantenga a los otros vampiros a raya mientras nos enfrentamos a Leon. Eso también va por usted, maese alquimista. La lucha con Leon es algo que deberíamos hacer Rea y yo.

—Con lo que me han contado ustedes, dudo que ese tal Leon sea el *daemonio* que busco, pero estoy seguro de que se ha entrometido en mi camino al menos en dos ocasiones ya. No estará de más comprobarlo a estas alturas. Me intriga el hecho de que ustedes lleven en este asunto más que yo.

Por fin, Rea, Vanya y un tercer individuo todo de negro aparecieron por uno de los estrechos caminos del bosque.

—En cuanto a detener al vampiro ustedes, estoy de acuerdo, siempre y cuando lo logren —dijo el hombre de negro—. Tal vez deberíamos llamarles la atención primero. Para quitar a unos cuantos del medio y comprobar la habilidad de cada uno.

—¿No confía en nosotros, señor Eckhart? —rio Vanya— ¿O tal vez lo hace demasiado y cree que podremos superar a lo que salga de allí?

—Tenemos una dura batalla frente a nosotros —meditó el maestro alquimista—. Si mi sirviente estuviera aquí, tal vez sería algo más sencillo. Pero no hay forma de encontrar ni a vuestros amigos ni a mi aprendiz. En vez de enfrentarlos directamente sugiero una maniobra de distracción. Tres personas no son suficientes para hacerlo bien, a no ser que nos separemos, lo cual puede ser peligroso. Tal vez pueda preparar algo.

—Y tal vez podamos ayudar —dijo Blanche levantándose para que la vieran.

—¡Blanche! —sonrió Rea— Me alegro de que estés bien.

—Y yo de verte sana y salva —dijo ella.

—Estamos de suerte, parece —celebró el vampiro mirando a Eckhart.

Si el alquimista se había sorprendido con aquel encuentro lo disimulaba muy bien.

—En efecto —dijo éste—, eso parece. Creo que ahora usar un señuelo es mucho más viable.

—Perdone mi atrevimiento, pero creo que deberíamos discutir ese plan un poco mejor —repuso la monja no muy convencida por el plan del alquimista.

—Yo creo que un señuelo es buena idea también —dijo Klaus—. Pero el vampiro no será fácil. Tiene ojos malditos, tiene magia negra. Tenemos que ser todos quien luchan contra él para poder ganar.

—Tú sobreviviste a un encuentro con él —dijo Rea.

—A dos —la corrigió él—, pero en dos veces me dejó marchar las dos. Ahora es distinto. No nos invita para jugar con nosotros.

Ahora vamos nosotros a él. Querrá matarnos. ¿Comprendéis?

Rea y Blanche asintieron. Mientras tanto, el alquimista miraba sombrío hacia la fortaleza, que le resultaba vagamente familiar. Era allí donde un adversario que había permanecido escondido desde que él llegó a esa ciudad mostraría por fin su verdadera forma. Estaba ansioso por encontrarse con semejante ser y descubrir su propósito. Porque alguien que manda sobre muertos y demonios por igual posee un gran poder, cuyo deseo trasciende el de reyes y conquistadores, pero tal vez no el de los alquimistas. El nombre de D.Kriz pasó fugazmente por su mente. El misterioso alquimista pintor que había creado a Veleduch. Tenía las habilidades sin lugar a dudas, pero por ahora no podía descifrar lo que éste pretendía. Tal vez, pero existían demasiadas dudas aún. Alguien inteligente, alguien con genio y habilidad. No; Kriz, el alquimista pintor, debía de ser más que el vampiro al que buscaban. Tal vez una mano oculta tras él, quizás una fuerza que se le oponía, de algún modo. Seguía siendo todo un misterio.

Le hubiera gustado que el alquimista pintor fuera su oponente, pues sería un enemigo a su altura, sin duda. Era casi un encuentro final que él esperaba: como él mismo, D.Kriz le había arrancado al destino un pedazo más de tiempo con el que continuar sus propósitos. Tenía que ser eso. Por eso poseía tanto talento: había tenido cientos de años para perfeccionarlo. Veleduch, la librería, el bosque... todo era un juego macabro. Pero había algo que no acababa de encajar. Kriz había entrado en su historia de forma casual y abrupta, pero demasiado fortuita como para llamarla sólo casualidad y proporcionando pistas en lugar de borrarlas. Salvo que ese juego hubiera sido creado para divertimento suyo, eso no acababa de tener sentido. Si era Kriz o no el artífice de toda esa trama no lo sabía, pero sí estaba convencido de una cosa: al demonio del bosque le gustaba tanto enviar desafíos como recibirlos.

—Voy a entrar por la puerta de delante —dijo el maestro alquimista—. El que crea que debe seguirme que lo haga.

—¿Estás loco? —exclamó Klaus.

—¿A qué viene ese repentino cambio de planes? —preguntó el

vampiro. Sabía que tramaba algo.

—No es un cambio de planes. Creo que aceptará nuestro desafío. Si no es así, entonces un grupo frenará a los vampiros que vengan y el otro irá directo a por él para entretenerle. Si ha sido tan inteligente como para vernos venir todo este tiempo, entonces ya sabe que estamos aquí y cuántos somos.

—¿Y si trata de escapar? —dijo Blanche.

—No lo entiende usted, señorita —contestó el alquimista con su sonrisa de cocodrilo—: no tiene intención de escapar porque en ningún momento se ha sentido amenazado. El demonio del bosque lleva planeando este encuentro con todos nosotros mucho tiempo ya, y por lo tanto este vampiro también. Su amigo ha dicho que no huirá porque esta vez no espera que vayamos a por él, pero la verdadera razón por la que no huirá es porque quiere enfrentarse a nosotros, bien por orden directa o porque le viene en gana. Para quienquiera que esté detrás de todo esto, el que estemos aquí sigue siendo un juego que no puede perder. Un acto.

—Me niego a pensar que hay algo que controla a ese... asesino —dijo Rea, pero sin dejar de pensar en su último encuentro con el vera sangre.

Las palabras del alquimista habían preocupado al grupo, especialmente a Klaus, que sabía la forma en la que el ancestro actuaba. Vanya también estaba algo turbado. El vampiro empezaba a tomarse muy en serio lo que Lerroux le había dicho casi como una broma. Lo que Leon buscaba estaba más allá de los dos grandes clanes y sus viejas rencillas; algo mucho más oscuro y maligno. Tenía todo el sentido del mundo. Tal vez pronto descubrieran el propósito de Leon y, con ello, el de quienquiera que estuviera detrás de él; sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Desde los amenazadores muros no se oía ruido alguno. La puerta derribada de la entrada les mostraba el camino hacia el interior, como las fauces retorcidas de una bestia de piedra y hierro. Esto, la batalla sin muertos a su alrededor, todo aquel escenario maldito construido alrededor del vampiro. Era como si vivieran una

obra de teatro y un espectro invisible les guiara a través de las perturbadoras escenas; un museo del horror que había sido preparado para ellos con un toque refinado y macabro. Eckhart sentía que había gran inteligencia tras aquel irracional pero hábil constructor. Y ahora había puesto otro desafío ante ellos. Tal vez él mismo, con suerte.

Avanzarían por aquella oscura fortaleza y se separarían de nuevo, de eso no le cabía duda alguna. Estaba jugando con ellos para confundirlos, aislarlos y matarlos. Se preguntaba si Gilbert seguiría vivo a estas alturas. Ni siquiera su sirviente era indestructible ante un enemigo así. Más aún: un enemigo que robaba la energía vital era lo que el *doppelgänger* más debía de temer.

Capítulo 64: El sitio de la Mansión Lerroux

Las puertas una de las pequeñas salas de invitados de la mansión de Lerroux se abrieron y un mensajero jadeante entró por ellas. Sus botas estaban llenas de barro. El terrateniente miró primero a los pies de éste y luego a su invitado, un hombre notablemente mayor que sorbía el té con una mano y aguantaba un cigarro largo con la otra.

—¿Sabe? —bromeó Lerroux— He mandado despellejar viva a mucha gente por menos que eso.

—Un error mío, admito —sonrió su invitado dando una profunda calada a su cigarro—. Debería entrenar a algún que otro soldado de Cristo para algo más que para matar vampiros.

—Sí, eso me temo —contestó el terrateniente—, aunque sé de buena tinta que lo hace. Aunque al parecer no considera mi hermosa morada un lugar digno de seguir cierto... protocolo. Ha debido de funcionar mi modesto recibimiento —rio.

—No se quede ahí parado —ordenó el anciano al mensajero—. Informe de la situación.

—Nuestras tropas los han dispersado. Los vampiros de repente volvieron en sí, como si despertaran de un sueño, y se han desperdigado. Tenemos confirmación de que ha sido así en todas partes. Los que quedan han huido de vuelta a sus escondites. La zona del oeste estaba llena de ellos. Tendremos que purgar casa por casa, escondrijo por escondrijo para acabar con todos.

—Eso lo decidiré yo.

—Por supuesto, Maestro De Bragança —dijo el joven emisario.

—No lleva aquí ni una noche y ya está asumiendo el mando

—rio de nuevo Lerroux. Por alguna razón, parecía de un humor excelente.

—Hemos perdido muchos buenos hombres en esta acción militar y ningún vampiro me va a detener ahora, Damien —luego, se dirigió de nuevo al mensajero—. Puedes retirarte por el momento, seguid vigilando las calles e instaurad el toque de queda lo antes posible. Decid que hay una enfermedad que vuelve loca a la gente o lo que os apetezca, pero por lo que más queráis, sed consistentes. Si lo repetís lo bastante se lo creerán.

—A la orden —dijo el mensajero con aire marcial. Luego, se retiró a paso ligero dejando huellas allí por donde pasaba.

—Yo podría hacer que los rumores fueran reales —bromeó de nuevo Lerroux—. Sólo tiene que decirlo.

—No. Ya le he dicho que no permitiré que ningún vampiro arruine este plan. Hemos sacrificado mucho para crear esta ocasión.

—Descuide, no soy yo quien le aguará la fiesta. Mi señor anda demasiado ocupado con sus guerras en el extranjero como para mandar tropas de rescate, pero tal vez envíe a algún agente extra. Suerte que los vampiros se deshacen al morir, no querría que descubriesen lo que ocurrió con el anterior.

—La famosa “condesa”. Era evidente que su alma estaba completamente poseída por Lucifer. No dijo una palabra de lo que nos interesaba.

—Deberían aprender a torturar mejor entonces. Yo ni siquiera la oí gritar, a pesar de tener un oído mucho más agudo que el del resto de humanos. Imagine lo que podría hacer la de verdad.

—¿La de verdad? —exclamó con indignación— ¡¿Y me dice ahora que capturamos a una falsa!?

—No estoy seguro yo mismo. Tal vez.

El anciano De Bragança exhaló toda su furia en una nube de humo de tabaco.

—Deje que le explique —continuó risueño—: mi señor tiene a varias “condesas” a su servicio. Son como... agentes de élite; lo mejor que encontrará en nuestra estirpe, sin duda, pero comparadas con la original no son nada. La de la verdadera condesa es una leyenda aterradora, incluso entre los nuestros.

—No tiene nada de aterrador cuando sabes cómo se mata —murmuró el anciano—. Si son muchas, entonces no es cierto que vuelva a la vida. Creíamos que era una vera sangre o un ancestro.

Aquella idea tan descabellada cogió desprevenido por completo al terrateniente, que dejó escapar serenamente una carcajada.

—Le felicito sin embargo por haber capturado a una condesa, aunque sin quitarme a mí el mérito que me corresponde... que es casi todo. Es un logro que pocas veces se ha conseguido. Sin embargo, he de decir que si esa condesa fuera, en efecto, la auténtica, yo también me habría llevado una decepción. ¿Más té?

—No. Creo que no es consciente de la situación, Damien. Usted sigue con esos falsos modales impecables y yo...

—Oh, no son falsos, mi educación es excelente y me gusta derrochar mi hospitalidad con los aliados.

—Escuche, petimetre —rugió el anciano—; vamos a dejarnos de formalidades, ¿de acuerdo? Ahora esta ciudad nos pertenece y se encuentra usted sitiado en su propia casa. Accedimos a librar esta batalla contra el vera sangre, pero si cree que nuestra organización se toma a broma esta clase de acontecimientos, está usted muy equivocado. Queremos que todo este asunto se resuelva cuanto antes y acabar con esta farsa a la que usted llama "alianza". ¿Cuántos ancestros hay ya en esta ciudad?

—El primero, que traje yo mismo desde París, sigue durmiendo en nuestras catacumbas, otro ha sido visto por mis hombres, pero no es seguro; otro está en el bosque y en cuanto al cuarto... aún no se ha revelado pero sabemos que está aquí.

—¿Cuatro? Las escrituras hablan de al menos seis.

—Y seis serán, no me cabe ninguna duda. Sólo que a su debido tiempo. Cualquier estrategia que se precie en cualquiera de los continentes debe aprender a cultivar la paciencia. Cuando se es inmortal y se tiene todo el tiempo del mundo, esa tarea se vuelve algo más fácil, así que, comprenderá usted mi preocupación en cuanto a permitir que ustedes, los humanos, tomen cartas en el asunto. No intentaré acabar con el ancestro que yo mismo traje mientras duerme, ¿verdad? Sería un tremendo error despertarle antes de tiempo.

—Somos conscientes, pero tendrá vigilancia nuestra día y noche.

—Una oferta que me temo debo rechazar.

—No está en condición de rechazar nada.

—Oh, pero lo estoy. ¿Quiere la ciudad a sus órdenes? La tendrá. ¿Quiere que le ayude a que los ancestros se maten entre ellos? Así será. ¿Quiere que traicione a mi señor y me encierre a mí mismo en mi lujosa jaula? Ya está hecho. Pero si alguno de sus “soldados de Cristo” pone un pie en mi propiedad sin que yo lo ordene, desvelaré nuestro pequeño secreto, desde las cortes de los vampiros hasta las catedrales de Roma. ¿Quiere amenazarme, señor De Bragança? Déjeme que le enseñe un poco de historia pues. Recuerda bien que su sagrada orden viene de una de las ramas de los templarios, ¿verdad? Especializados en combatir vampiros. Ni siquiera eran tan importantes por aquel entonces.

—Ya lo s...

—No lo sabe usted en absoluto —interrumpió Lerroux—. Mi señor es ni más ni menos quien cortó el árbol de raíz y destruyó su jueguito desde sus cimientos con una sola orden. ¿Sabe por qué se les permite vivir en la sombra? Porque son ustedes nuestro control de plagas. Nosotros nos libramos de los salvajes falsos ancestros y ustedes se van a casa con la satisfacción de un trabajo bien hecho. Si nos hemos de dejar de formalidades, creo que debería analizar los detalles antes. Tiene mucho que perder, señor De Bragança. ¿Quiere arriesgarse? Adelante, pero yo le recomendaría tomar lo que le ofrezco. Es una buena oferta y sale ganando más que si decide enemistarse conmigo. Colaboremos, aunque no nos guste, y aprendamos a disfrutar con ello.

—Yo creo que hemos colaborado demasiado ya. Me repugna pensar que nuestra sagrada tarea ha dependido de usted por unos instantes.

—Pero lo ha hecho, ¿no es así? Será mejor que recuerde con quién se las está viendo. Si quería hacer presión a un noble vampiro, debería usted haber practicado bien con antelación. Algunos somos bárbaros, otros políticos y aristócratas de tiempos más oscuros y turbulentos. Muchos tenemos cientos de años a nuestras espaldas, muchos errores y fantasmas que nos persiguen,

pero nos hacen también sabios y peligrosos. Somos huesos más duros de roer que los humanos y, a diferencia de estos, no es sólo nuestro ladrido lo que habéis de temer. Mire a sus templarios ahora: mueven dinero de aquí para allá soñando con volver a ser grandes sin saber que están allanando el terreno a sus superiores. Decidamos pues, ¿de verdad quiere que me quede en mi mansión junto con mis súbditos mientras usted campa a sus anchas?

—Eso mismo le estoy pidiendo.

Damien sonrió y se frotó las manos complacido.

—Y eso mismo haré. Luciano De Bragança, gran maestre de los Caballeros de la Cruz de Espinas, descendiente de una familia del más alto linaje que ahora dirige a huérfanos y criminales contra las fuerzas del mal; usted y sus tropas tienen mi bendición para acabar con todo vampiro que encuentren fuera de mi propiedad, incluyendo a los que trabajan para mí. Sin embargo, me reservo el derecho de hacer lo mismo con cualquier humano que ose poner los pies en esta mansión sin mi permiso. Lo que se encuentra aquí me pertenece. Todo ello. ¿No le parece una oferta razonable?

—No, teniendo en cuenta que uno de los ancestros se encuentra en este lugar.

—Está en el lugar más seguro posible, se lo garantizo. Mi ejército personal se enfrentaría a él si las cosas se torcieran, además de que contaríamos con su apoyo militar de inmediato y... si las cosas salen verdaderamente mal, acabaría perdiendo la vida yo mismo, cosa que al parecer también desea.

—Tiene que haber una trampa —dijo el anciano con recelo—. Siempre la hay con los vuestros.

—Si la hubiera sólo tiene que ser más listo que yo. Vamos, sagrado caballero, Dar el brazo a torcer de vez en cuando es uno de los deberes de la vía diplomática. Y usted no quiere una guerra abierta todavía, ¿verdad? No; no mientras les puedan silenciar o tachar de locos y herejes. Son tiempos modernos, cierto, pero la moda es algo que vuelve y va en Europa; no la subestime. Si lo sabré yo —rio el terrateniente.

Luciano exhaló y apoyó furioso una mano en su barbilla.

—Está bien. Necesitamos purgar toda la ciudad antes de que

esas bestias impías aparezcan. Mientras menos problemas tengamos, mejor. Pero le tendré vigilado, Lerroux. No me fío de usted.

—La prudencia es un don, señor De Bragança, pero sea doblemente prudente y no rompa nuestro acuerdo de hoy. Si lo hace, todo este asunto podría explotarnos en las narices a ambos... con ominosas consecuencias.

—Me vuelvo a la ciudad —dijo levantándose airado—. Ahora que mis hombres tienen la situación controlada es sólo cuestión de tiempo antes de que ese vera sangre caiga en nuestras manos.

Tiró la colilla de su cigarro en la elegante taza de té, dejando un tufo humeante y desagradable emanando de ella. Miró a los ojos a Lerroux y luego se retiró tan rápido como lo había hecho el joven mensajero. Luciano le despreciaba pero, lejos de ofenderse, Lerroux se tomaba la situación como algo divertido. Una colilla humeante mal apagada. Buena metáfora para aquella orden de cazadores de vampiros que se creía más de lo que era.

—Con que sólo cuestión de tiempo, ¿eh? —murmuró el vampiro observando como el humo surgía de la taza— Ya veremos.

Capítulo 65: Entrada sangrienta

El primero en entrar a la fortaleza fue Eckhart. Logró convencer al resto de su habilidad para detectar otras presencias, incluso a Vanya, que había logrado sorprenderle antes. La verdad era que estaba demasiado cansado para usarla en ese momento y que si algo le hubiera atacado todo habría dependido de su destreza y agilidad, que también se habían resentido tras su último hechizo. Se notaba increíblemente viejo, con todos los años que había robado pesando sobre sus cansados hombros. Si Kriz se presentaba ante ellos tras haber derrotado al vampiro, tal vez no tuviera mucho que hacer. Los vampiros eran más fuertes, más rápidos y más numerosos, pero también mucho más estúpidos. Eran poco más que animales humanos, lo que los volvía menos peligrosos tanto que animales como que algunos humanos.

Sus ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad del bosque, así que bajo el cielo ahora estrellado se veía bastante bien el patio interior y todo lo que había en él. Aquí la lucha entre caballeros y los vampiros había sido incluso más dura. Había ballestas, espadas y lanzas tiradas por el suelo, pero tal y como ocurrió en el exterior, ni un solo cuerpo.

—No noto nada —mintió Eckhart.

—Yo tampoco veo nada —dijo Vanya—. ¿Y tú, Rea? ¿Ves bien en la oscuridad?

—Desde mi primer día. No. No veo a nadie. ¿Dónde están los cuerpos?

Se habían separado en ese orden. Klaus y Blanche irían juntos y Vanya, Rea y el alquimista asaltarían la puerta principal... o mejor

dicho, harían de señuelo. Klaus y Blanche debían localizar al vampiro, no enfrentarse a él directamente, pero tanto Eckhart como Vanya sabían que si se encontraban con él la lucha sería inevitable. En medio del patio había una estatua que había sido destrozada a mazazos. Se podía distinguir en la oscuridad que se trataba de un hombre que señalaba al cielo. El grupo de cazadores de vampiros trató de no hacer ruido.

—La luna se oculta —observó Rea.

—Probablemente yo no veo tan bien en la oscuridad como ustedes dos, jóvenes —dijo el alquimista como si supiera lo que ellos eran—. Necesitaré que encienda usted algunas de las antorchas y braseros. Esto también servirá de señal.

Por un momento, ella había pensado que sabía que eran vampiros.

—Y mientras, ¿usted qué hará? —replicó Vanya.

—Si nos hemos de medir con esa clase de demonios no puedo ser una carga. Tengo mis métodos. Tomen; usen unas gotas de este frasco. Cuidado; es una reacción fuerte que causa un fuego de corta duración.

—¿Y yo qué hago? —dijo Rea.

—Procure que no nos cojan desprevenidos mientras preparamos el terreno y no haga ningún ruido. Eso será suficiente.

La joven vampiro asintió, pero no podía evitar pensar que el alquimista no confiaba en sus habilidades. Eso la ponía furiosa.

La primera antorcha del muro se encendió. Vanya la tomó y la usó para encender el resto de braseros. Habría bastante luz. Si los falsos ancestros fueran más antiguos y estuvieran más acostumbrados a la oscuridad, esos focos de luz serían algo más útiles. Por el momento se contentaba con hacer que el alquimista sirviera para algo más que para dar golpes de ciego en el aire con su espada. Mientras tanto, Eckhart, sacó su cuchillo y empezó a trazar algo en el suelo. Vanya lo miró extrañado por un instante, pero volvió a su tarea. Cuando el maestro alquimista hubo terminado, sacó otro de sus frascos de uno de los compartimentos de su cinturón y se quedó mirándolo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Rea en un susurro.

—Eso es algo que acorta la vida en largas dosis —contestó él— y que me servirá para enfrentarme a todas esas criaturas y a que sangre menos si me hieren. No sé cuántos son, así que mejor prevenir, por esta vez.

Y tras decir esto, abrió el pequeño frasco de cristal y bebió todo su contenido. Su respiración se volvió mucho más profunda y tensa, pero Rea notaba una gran diferencia en su compañero. Comparados con los movimientos lentos y cansados de antes, el alquimista parecía ahora irradiar vitalidad. No sólo lo parecía. Podía sentirlo. La vida en el interior de ese hombre se encontraba ahora en estado de ebullición, en un frenesí casi apetitoso. Dejó de lado esos pensamientos para volver a mirar hacia adelante. En la puerta de madera del interior de la fortaleza había alguien.

Antes de que Rea pudiera avisar a sus compañeros, el falso ancestro profirió un aullido animal. Eckhart lanzó un cuchillo que le alcanzó en la garganta, pero no fue suficiente para matarlo. La criatura se agarró el cuello y miró al alquimista con odio mientras decenas de otros aullidos salían desde el interior de la fortaleza. Habían mordido el anzuelo, pero tal vez lo habían hecho demasiados de ellos.

Capítulo 66: Pasadizos en la oscuridad

Al principio habían pensado en escalar el muro trepando por uno de los árboles y luego saltar a las ventanas del fuerte, pero habían tenido la suerte de encontrar una escala de madera en bastante buen estado. Blanche hizo ademán de ir primero, pero Klaus la interrumpió.

—Tú me cubres mejor.

Tenía razón, pero la verdadera razón por la que iba primero era por si algo sucedía en el interior de aquella oscura edificación. Subió sin apenas hacer ruido, salvo el de los crujidos de algunos escalones. La escalera bailaba en el suelo por la madera de baja calidad. Esperaba que aguantase bien. En uno de los pasos, ésta emitió un quejido que le dejó sin respiración. Sólo podía seguir avanzando desde allí. El cazador de vampiros alcanzó por fin la ventana y dio un suspiro de alivio. En el interior de aquella oscura habitación no había nadie. Miró hacia abajo y asintió para que Blanche empezara a subir. Era mucho más ligera que él, pero también más joven. “Cada uno tiene sus talentos. Cierto es que la edad ha de joderte vivo, pero también te otorgará otras habilidades”, habría dicho Julio. La escala volvió a crujir, esta vez más fuerte que antes. Klaus se asomó a la ventana y extendió los brazos instintivamente hacia su compañera. Ella tomó impulso y saltó hacia él, tras lo que la escala se vino abajo, pero por fortuna no antes de que Blanche hubiera agarrado al cazador por los brazos. El antiguo soldado tiró de ella hacia dentro con facilidad. Era muy ligera.

—Creo que tuve una mala idea —le dijo a ella—. Peso mucho.

Ella se llevó una mano a los labios para ocultar una encantadora sonrisa, que se borró al instante cuando se oyó a lo lejos el sonido de vampiros chillando. El otro grupo había logrado atraerlos.

—Tengamos cuidado, ¿vale? —dijo Blanche— Debemos darlo todo en esta lucha, por nuestros amigos.

El cazador asintió mientras metía la mano en el bolsillo interno de su chaqueta para sacar de nuevo el ocular de cristal.

—Toma —contestó él entregándoselo—. Se ve bien en la oscuridad con esto. Tú atacas de más lejos. Te va mejor.

Blanche aceptó una vez más y se colocó el monóculo. Era muy hábil, tanto como él, a su manera. Klaus hubiera querido decirle lo que pensaba de ella, pero ahora no era el momento ni el lugar. Esta vez la monja iba primero, pero el cazador le cubría las espaldas con la *zweihander* lista para atravesar a cualquiera que tratase de hacerle daño. Ambos procuraban no hacer ruido, aunque tampoco ocultaban el sonido de sus pasos, que retumbaban en aquella fortaleza. Si tuvieran compañía lo notarían rápidamente, casi tanto como los vampiros sentirían su presencia.

—Blanche.

—¿Sí?

—Vamos hasta el final, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—No ibas a dejar que ella ayudara tampoco, ¿verdad?

Blanche entendió.

—No. No podría enfrentarme a un vera sangre sabiendo que ella está allí. No está lista.

—Opino igual —murmuró—. Entonces acabemos con esto ahora.

—Sí —asintió.

—Espera —susurró el cazador— El olor ha cambiado. Huele mal.

—Yo no huelo... oh. Lo noto. Es un poco débil, pero al mismo tiempo es horrible. ¿De dónde viene?

—Sangre y podredumbre. Estamos cerca. ¿Sabes seguir rastros con la nariz?

—Bueno... no soy muy buena en eso.

—Déjame delante ahora.

El aire frío de la fortaleza penetró en el cazador, que respiró tan hondo como pudo. Luego, olisqueó el aire un par de veces y se puso en camino, siempre en una posición adecuada para avanzar y golpear o retroceder, en caso de necesitarlo. Aquel olor era el de cadáveres en descomposición, pero tal vez esos cadáveres no se mantendrían quietos si les veían.

A medida que avanzaban, el desagradable olor se empezó a hacer más y más fuerte. Finalmente, tras doblar la esquina, un largo corredor de piedra que terminaba en unas escaleras apareció ante ellos. Iban hacia el piso de abajo. El cazador cerró los ojos un instante y recorrió el camino de vuelta con su mente. Era un edificio bastante simple, al menos en el piso de arriba. Avanzaron hacia los escalones, pero ambos se detuvieron instintivamente ante uno de los portones. Era grueso y grande, todo hecho de madera.

—Klaus —señaló Blanche bajo la puerta—. ¡Es sangre!

—Entonces es aquí donde nos espera el vampiro. ¿Preparada? No hay vuelta atrás a partir de aquí.

—No sabemos cómo estarán Rea y los otros, pero seguramente su peligro es también grave. Cuando acabemos con él la amenaza para ellos será menor. Vamos en equipo, ¿vale? Ninguno de los dos puede con él por sí solo.

El cazador asintió con un gruñido y colocó las manos en la puerta, que cedió de un único y potente empujón.

Capítulo 67: Que la oscuridad se te lleve

Antes de que más vampiros pudieran salir por la puerta, Vanya se adelantó y rebanó la cabeza del que había dado la señal. Su espada pesaba un poco más que antes, pero al mismo tiempo cortaba a través de la carne como si ésta fuera niebla, disimulando su peso ligeramente mayor gracias al hecho de que se adaptaba perfectamente a la técnica del vampiro. Resultaba extraño, pues por la forma en que esa espada se ajustaba a él parecía que Lerroux conocía sus movimientos a la perfección.

—Colocaos cada uno en un extremo de la puerta —ordenó el alquimista.

—Deja a Rea en medio —contestó Vanya— Cubramos los lados.

No sabía la habilidad del alquimista, pero conocía la de Rea y no sería suficiente a menos que usara sus poderes. Sería mejor no forzarla demasiado hasta que realmente lo necesitasen. Armada con uno de los cuchillos largos que le quedaban, la joven vampiro miraba hacia la puerta nerviosa. Había que reconocer que su nuevo aliado parecía saber lo que se hacía también, pues el alquimista se había colocado a uno de los lados sin pararse a discutir, listo para rechazar el inminente ataque. O al menos eso esperaba.

El primer vampiro que salió fue atravesado en el corazón por el estoque de Eckhart, cuya velocidad sorprendió incluso a Vanya. Ahora se movía como ellos. El cuerpo aún deshaciéndose cayó hacia un lado mientras los falsos ancestros del interior del puesto de guardia empujaban hacia adelante tratando de entrar. Esta vez fue Vanya quien los rechazó de un único y potente tajo. Los enemigos que salían aún no estaban al alcance de Rea, pero ésta no mostraba

una pizca de temor en sus ojos. Al igual que en el resto de vampiros, la sed de batalla había despertado en ella ahora, aunque aún no la había sentido lo bastante como para disfrutarla.

El cristal de una de las ventanas laterales estalló a causa de un golpe. Entonces empezaron a salir por ella varios vampiros, que se sumaron a los que aún había en la puerta.

—¡Atrás! —gritó el alquimista tomando una antorcha—
¡Seguidme y cubríos las espaldas!

Algunos vampiros saltaron desde el balcón del piso de arriba. Vanya alcanzó a uno de ellos y retrocedió junto al alquimista, que blandía la antorcha para hacer retroceder a tres de aquellos demonios.

—¡Rea! —dijo Vanya al ver que ella se adelantaba demasiado.

Lamuchacha no le hizo caso y sacó otra de las antorchas de la pared. Uno de los vampiros trató de abalanzarse sobre ella, pero Rea fue más rápida y le golpeó con la antorcha en el rostro, prendiendo el cabello del monstruo. Al verse ardiendo, el falso ancestro empezó a correr en todas direcciones, braceando para abrirse camino. El alquimista lo esquivó fácilmente, pero en vez de acabar con él dejó que siguiera corriendo. Vanya sonrió mientras trataba sin éxito de acabar con varios oponentes. Aquel hombre de pelo canoso era un aliado formidable contra esos enemigos.

Cuando el vampiro ardiente finalmente se consumió, el enemigo les rodeó por completo. Al menos trece más, dos de los cuales habían saltado del segundo piso. Estos mantenían las distancias mucho mejor que antes. Estos eran algo más inteligentes que los otros, que atacaban sin pensar. Tal vez por eso no les habían superado ya. Uno de ellos probó suerte con Rea sólo para recibir un tajo en el costado que lo hizo retroceder de nuevo. No había sido una herida mortal, pero al menos los seguiría manteniendo a raya. Si uno de los lados caía, entonces estaban perdidos. El improvisado grupo de cazadores de vampiros se desplazó a pasos cortos hasta una pared y allí se pusieron de nuevo en guardia.

—¡*Atrom!* ¡*Etreum!* —aulló una voz deshumanizada desde la oscuridad.

De entre los otros vampiros salió un hombre rubio y de estirado,

con la mirada desencajada como si estuviera aterrorizado constantemente.

—Antes la oscuridad nos había bendecido y el maestro luchaba a nuestro lado —prosiguió el hombre espasmódicamente—. *¡Etreum Safla'm!* Ahora somos carne y somos sangre... *¡Aelu kardalv!* Abandonados a nuestra suerte igual que vosotros hasta que la oscuridad nos consuma a todos. Pero aún no —rio— *¡No!* *¡No* todavía!

Desde que aquel vampiro había aparecido, los demás habían ensanchado el círculo aún más, dejando algo más de espacio para los tres cazadores.

—¿A qué estáis esperando entonces? —dijo Vanya— Intentadlo.

—No... ¿No? *¡Dröfda!* —contestó el falso ancestro sorprendido— Ella. *¡Rbyel snia!* ¡Ella os quiere para sí! Nosotros no podemos mataros sin su presencia. *¡Dröfda rbyel snia!* *¡Dröfda rbyel snia!*

“Ella”. Un escalofrío sacudió a Rea, que respondió a éste avanzando su antorcha un poco más.

—Hemos venido a por tu maestro —dijo Eckhart—. Si no nos dejáis pasar no quedará ni uno de vosotros con vida.

—*¡Safla'm!* ¿El... maestro? *¡Liahim Itsenad!* A nosotros no. A nosotros no... Pero a mí sí. Y a ti también te ha visto, alquimista —murmuró el diabólico vampiro con una voz totalmente diferente—. Y desea ver cómo mueres lentamente en sus garras. ¿La oyes, *zirk nasud?* ¿La oyes?! *¡TU ALMA DICE QUE HUYAS!*

Esgrimiendo aquella diabólica sonrisa, el vampiro apuntó hacia el cielo y gritó a pleno pulmón. Luego volvió a mirar hacia el alquimista.

—*¡Liahim Itsenad!* Pero ya es tarde... ya es tarde. Hoy sí. *¡Greblos!* ¡Hoy mueres! *¡HOY MORIMOS TODOS!*

—¿*Greblos?* —pronunció el alquimista como si acabara de descubrir algo.

Al chillido del vampiro se sumó otro más. El demonio alado les había encontrado.

Capítulo 68: Vera sangre

Los dos cazadores abrieron la puerta manchada de sangre. Al parecer ésta ya había cedido antes de que ellos llegaran. Leon no había cerrado la puerta para que les costara entrar, sino para evitar que vieran lo que allí les aguardaba hasta el último momento. En un improvisado trono compuesto por cadáveres y moribundos, los ojos verdes del vampiro refulgían en la distante oscuridad. Las paredes de la tenebrosa sala estaban manchadas con sangre de las personas que allí habían sufrido a manos de Leon. En uno de ellos, junto a él, había hendida una inmensa hacha tan llena de sangre que hasta el mango goteaba sin parar. Era una aterradora mezcla entre un campo batalla tras retirarse los ejércitos y una sala de tortura. Había armas y cadáveres desparramados por el suelo. Algunos, que aún se encontraban moribundos, gemían en la más absoluta desesperación, incapaces de incorporarse ya por debilidad o por miedo. El repugnante hedor de la muerte inundaba la oscura cámara, iluminada únicamente por varias antorchas. Klaus lo sentía: esa horrible sensación de estrechez, como cuando había entrado en aquella casa abandonada, salvo que al ambiente opresivo de ésta se le sumaba el olor de los cadáveres. Se había alimentado de la mayoría de ellos tras derrotarlos, y con ello se había recuperado para enfrentarse a los dos cazadores. Sentado cómodamente sobre los cuerpos ensangrentados, el vampiro de ojos verdes sonreía de forma aterradora mientras de su cuerpo ligeramente hinchado derramaba sangre por los ojos y por la boca, como lo había hecho su hermano Steffen cuando lo halló en el bosque. Les había estado esperando.

—¡Santo cielo...! —dijo Blanche al ver la terrible situación en la que se encontraban las víctimas— Esto... no tiene nombre.

Desde la lejanía, la sonrisa del vampiro de ojos verdes se intensificó.

—¡Oh, sí que lo tiene! Se llama carnicería, encanto, y he disfrutado como un crío haciéndola. ¿Te gusta?

Dominado por la furia que le provocaba la cruel escena, Klaus apuntó al vampiro con su espada y gritó en su cólera:

—¡Demonio! Tus crímenes... ¡No tienen cabida en este mundo!

El vampiro de ojos verdes dedicó una mirada de desdén a Klaus y contestó con indiferencia:

—Lo que no tiene cabida en este mundo, humano, es tu patética especie. Lo único que lamento al acabar con cabrones como vosotros es que algunos tenéis la estúpida esperanza de una vida mejor al morir. Pero te aseguro que no será vuestro caso, porque os voy a mandar a los dos al más profundo de los infiernos...y por piezas.

Leon mantenía una sonrisa desencajada mientras miraba hacia ellos, ebrio por la sangre y la batalla que allí se había librado. Había derrotado él solo a ese pequeño ejército, lo cual seguramente se habría cobrado su precio. Podían derrotarle.

—Mantente sereno, Klaus —le susurraba Blanche—. Fíjate en su expresión... es como si estuviera intoxicado o...

—¡Vaya! —interrumpió bruscamente Leon— ¿Dejas que la mujer te dé órdenes? No estás haciendo tu papel, semental. Eres patético. Sí, das pena, y créeme que lo digo en serio. Me da incluso más asco de lo normal tener que matarte. Al menos espero que luches como un hombre. Créeme, tendrás tiempo más tarde para chillar.

—¡No más palabras! —contestó Klaus— ¡Vamos!

—Eres de los míos, ¿eh, nene? ¡En ese caso no perdamos más tiempo! —rugió el vampiro.

La mano de Leon se abrió y de ella cayó una cadena de acero. Un látigo metálico con un garfio en uno de sus extremos. Ésta también estaba empapada del tono rojo oscuro de la sangre que había bebido. Leon se levantó por fin. La batalla había empezado.

Blanche y Klaus corrieron hacia el vampiro de ojos verdes rápidamente, pero cuidando de mantener ambos la misma velocidad. Cuando el látigo de acero de Leon giró en el aire, los dos cazadores de vampiros se separaron a la derecha y a la izquierda de su oponente respectivamente, esquivando así el fortísimo azote de la cadena, que pulverizó la baldosa de piedra como si de una pesada maza se hubiera tratado. Era un aviso. Cuando los dos estuvieron a sólo unos metros, los sangrantes ojos de Leon se incendiaron en un cegador brillo escarlata.

—¡Duerme! —chilló el vampiro mirando fijamente a Klaus.

El cazador apartó instintivamente la mirada de su enemigo, pero aun así sintió su consciencia desvanecerse y su vista nublándose rápidamente. Blanche saltó hacia su compañero justo a tiempo para detener el ataque que Leon había dirigido contra él, y que posiblemente le hubiera dejado fuera de la lucha. Mientras Blanche rodaba por el suelo, Klaus salió de su letárgico estado. Lo había evitado a tiempo.

El antiguo soldado apenas tuvo tiempo de bloquear la cadena del vampiro con su *zweihander*. Sin embargo, aunque su arma había resistido, la fuerza del golpe había sido tremenda y sintió que sus brazos, que aún sostenían su espada, habían sufrido un duro castigo. Antes de que recobrara el equilibrio, un segundo golpe le enganchó el torcido garfio de la cadena en la pierna. Klaus gritó de dolor, justo antes de volar por los aires debido a un vigoroso movimiento de los metálicos eslabones. La presión que sentía en la pierna era enorme, pero eso no le impidió reaccionar y preparar los brazos antes de ser impulsado hacia el suelo con una fuerza demoledora. Su pierna, al igual que antes su espada, aguantó el golpe y no se rompió.

—Ahora, ¡muere! —aulló Leon mientras le asestaba con su garra el golpe final con su puño cerrado. Pero ese golpe no llegó a su destino; Blanche golpeó el brazo del vampiro de ojos verdes con su cuchillo, de forma que desvió el golpe, provocándole, además, una herida. Antes de que su adversario pudiera responder, Blanche, rugiendo, movió repetidas veces los cuchillos largos de ambas manos con una velocidad asombrosa para un humano. No sin

embargo para un vampiro como él; cada uno de sus cortes sólo había alcanzado el aire. Los ojos antes verdes de su asombroso oponente se volvieron a encender. La velocidad del siguiente golpe que Leon realizó fue cegadora, y aunque Blanche lo vio venir, la fuerza y la rapidez de éste eran demasiado grandes como para detener todo el daño. La antigua cazadora de vampiros sintió como la fuerza del golpe se expandía desde su estómago, doblándola como si fuera de papel. Por un instante, el sabor metálico de su propia sangre le hizo recordar cientos de imágenes pasadas; anteriores cacerías, decenas de vampiros aniquilados. Ninguno como éste; esta vez se enfrentaba ni más ni menos que a un legendario vera sangre, y la diferencia con el resto era arrolladora. Aprovechando la posición de Blanche, el dragón de ojos verdes golpeó con ambas manos la espalda de la antigua cazadora. Con un quejido sordo, Blanche cayó inconsciente al suelo.

—Bien —dijo triunfante—. Uno menos. Ha durado más de lo que me esperaba. No está mal. Estaba un poco jodido, pero habéis luchado contra todo un vera sangre ni más ni menos. Tiene su mérito. ¡Es una lástima que no podáis contarlo!

Estaba jugando con ellos. Desde el principio. Eran mucho más peligrosos sus puños que aquel juguete de metal; aquella herramienta de tortura que había usado contra ellos.

—¡Aún no terminamos! —respondió Klaus clavando su mirada en aquel monstruo, más todavía sin saber qué hacer.

—Tu dueña está fuera de combate. ¿Vas a intentar luchar contra mí a pesar de eso? Tira tu espada. Si te portas bien te dejaré ver cómo me divierto un rato con la zorra, y además te concederé una muerte más rápida que a ella. ¿Qué me dices?

—¡Bastardo...!

Pero a pesar de la furia de sus palabras, Klaus no se lanzó al ataque. Tal y como ocurrió otras veces, con soldados humanos o con el mismísimo espectro de Steffen. Su adversario tenía más fuerza que él, era más rápido, y poseía la experiencia de un inmortal, pero tenía un punto débil: confiaba demasiado en que su arma de largo alcance y su poder sobrehumano le protegerían de cualquier enemigo. Como Julio le había dicho, debía aprovecharse de que su

rival no le tomaba en serio. Alzó la *zweihander* como había hecho tiempo atrás contra los piqueros franceses. No podía fallar. Ya no luchaba por venganza o por su misión: lo hacía por salvar a Blanche.

—¡Se acabó! —gritó el vampiro mientras volvía a azotar el viento con su arma.

Ver el golpe; ver el golpe; verlo venir.

—¡Lo veo! —gritó.

La *zweihander* de Klaus chocó con fuerza contra la cadena del vampiro de ojos verdes, y el enfrentamiento aconteció esta vez en favor del cazador. Klaus aprovechó para golpear con un tajo circular la cintura del sorprendido Leon, el cual se dio cuenta de lo sucedido demasiado tarde y, a pesar de intentar esquivar la gran espada, recibió en las costillas el letal mordisco de su acero. El vampiro profirió un bramido de dolor y de rabia mientras se llevaba una mano a la profunda y sangrante herida. De no haber tenido la lesión en la pierna, Klaus podría haber asestado el golpe definitivo a su adversario, pero su velocidad se encontraba seriamente mermada. Aun así, podía notar cómo había destrozado las costillas de su oponente e incluso dañado sus órganos vitales. No obstante, a pesar de la terrible herida en su costado, Leon embistió de nuevo con furia y agarró el brazo del cazador que recibió entonces una lluvia de golpes que retumbaron por toda la siniestra sala. Finalmente, Leon lo levantó del suelo y lo lanzó contra la pared. Estaba dolorido y posiblemente tenía la nariz y varias costillas rotas, pero había tenido suerte: si hubiera herido a su enemigo en el otro flanco, la mano que le hubiera golpeado habría sido la que empuñaba el látigo de acero, que se había enrollado como un guantelete, y ahora ya estaría muerto. Además, había tenido el buen juicio de no soltar su espada hasta que el golpe con la pared le obligó a hacerlo. Recogió su mandoble y lo empleó a modo de muleta mientras el vampiro de ojos verdes caminaba hacia él amenazadoramente. Podía seguir luchando a duras penas, pero era ya imposible vencer. Su pelea había acabado. Había conseguido herir gravemente al vampiro, pero no lo suficiente como para acabar la lucha y ahora apenas era capaz de tenerse en pie. Julio tenía razón: sólo un milagro podía vencer a un monstruo así.

Capítulo 69: Heridas en el alma

—¡Agáchate! —gritó Vanya mientras se apartaba de aquel demonio alado.

El vampiro que la había convocado dejó escapar una risa asustadiza, huyendo hacia el interior del fuerte con los otros falsos ancestros. Estos parecían aterrados en presencia de aquella criatura. La bestia voladora chilló al no poder descender más y volvió a levantar el vuelo hacia la oscuridad. No podía moverse bien por aquel patio. Al menos si se mantenían cerca de las paredes y otros obstáculos para que no les alcanzara al vuelo, estarían relativamente seguros.

—No le quitéis ojo a los vampiros tampoco —ordenó Vanya—. Maldita sea, ¿Adónde ha ido?

—Atacará desde los cielos por un punto en el que no la veamos venir —replicó el alquimista.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Rea— Cuando ha aparecido he sentido una opresión en el pecho que no me dejaba moverme. Aún la siento ahora. ¿¡Qué es eso?!

—No es el momento para... ¡Ahí! —gritó el vampiro.

La lechuza le pasó por el lado a gran velocidad. Vanya tuvo tiempo para dejarse caer y usar su gruesa espada a modo de escudo. Sintió como unas tremendas garras la arañaban por unos instantes para desaparecer de nuevo en la inmensidad del cielo oscuro y nublado. Vanya también lo notaba. A pesar de su entrenamiento para suprimir el miedo y el pánico, sentía esa misma opresión en su interior. Luchaba con ella de forma automática, pero que estuviera allí para él significaba que para Rea sería aún peor.

No se oía nada salvo susurros que provenían del interior del edificio. Lo peor era que las alas del demonio ahora ni siquiera hacían ruido, ya que ahora bajaba haciendo picados imposibles para un ser de ese tamaño.

—Rea, no te separes mucho de mí —dijo el vampiro—. La próxima vez creo que podré alcanzarla. No es tan inteligente como parece, si baja de nuevo tal vez sea más fácil saber por dónde vendrá después.

—Se prepara de nuevo —contestó Eckhart colocándose en un punto donde era bastante fácil alcanzarle—. No os preocupéis por los vampiros. No nos molestarán más hasta que no acabemos con esa cosa.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Rea.

El alquimista paró un momento para pensar la respuesta mientras miraba de nuevo el cielo.

—Porque la veneran. Y porque le tienen miedo —le contestó el vampiro.

El anciano alquimista estaba haciendo de cebo para cuando el cárabo volviera a bajar. Aquella maniobra arriesgada y casi altruista sorprendió a Vanya, pero no por ello se iba a quedar quieto. Estaba al corriente de ello y estaría preparado cuando el demonio cayera sobre Eckhart.

—Exacto, joven —contestó el alquimista—. Sin embargo, ahora es...

—¡Eckhart! —gritó Vanya.

No tuvo tiempo de terminar la frase, la lechuza lo agarró de los hombros y clavó sus potentes garras en su hombro. Ni Vanya ni Rea pudieron hacer nada por él, el demonio alado que encarnaba la voluntad del señor del bosque alzó el vuelo, llevándose al alquimista con él. Había sido demasiado rápido.

Eckhart pudo sentir el terror que producía estar en las garras de ese ser múltiple y letal; esa criatura forjada por miles de almas en la oscuridad por un enemigo que aún no se había revelado. Todas esas almas rugían con angustia y con odio. Le odiaban. Inspiraban tanto temor que cualquiera que cayera en sus garras estaba perdido, pues su alma quedaría vacía de toda emoción salvo de puro terror, y su

grito se perdería en la oscuridad de la noche sin poder hacer nada. Pero Eckhart no era cualquiera; haciendo acopio de toda su voluntad, clavó su *Estoc* en el estómago de la bestia, que esta vez sí notó el impacto y soltó al alquimista con un chillido de dolor. Cayó. Todo había sucedido tan rápido y sin embargo ahora su caída parecía ralentizarse. Pensaba con total claridad mientras veía su propia muerte acercarse más y más. Esquivó el pararrayos de la torre que lo hubiera matado al instante y se golpeó en el tejado de una de las torres de vigía. Si caía desde ahí estaba muerto y si sobrevivía tampoco podría hacer mucho; aun así, su deseo de vivir le hizo agarrar su cuchillo y clavarlo en las tejas de roca pizarra, que se desprendieron casi de inmediato. Eso no había sido suficiente. El cuchillo se le escapó de las manos y se sintió caer torre abajo. Con un último esfuerzo desesperado y aprovechando el impulso de haber perdido el agarre, se aferró con las uñas en la pared y resbaló por ella lo suficiente como para colarse por una de las ventanas. El alquimista entró atravesando el cristal y se golpeó duramente contra el suelo. Ensangrentado y malherido, sintió desaparecer su conciencia mientras miraba uno de los cuadros del interior de aquella pequeña alcoba. Era el mismo; era el mismo que el que contenía el poema sobre Veleduch, y también contenía la firma del alquimista pintor. También reconoció una cosa más: ésa era la ermita del cuadro.

Capítulo 70: Cazador de la vieja orden

Le costaba respirar, apenas podía mover el torso y estaba cansado, pero el cazador de vampiros se mantenía en pie. Al serle imposible colocarse en una posición defensiva en ese estado, apoyó la punta de su espada en el suelo, listo para un último ataque contra aquel vampiro.

—Cuando te mate —jadeó—. Dije que me retiraba cuando te mate.

—Te voy a retirar yo antes, semental. En otras circunstancias hasta te habría dejado vivir, ¡pero eres un cabronazo duro de pelar y no te rindes nunca!

Aún malherido, el vera sangre era muy rápido. Golpeó al cazador en la nariz con la palma de la mano e inmediatamente se aferró a su herida aún sangrante. El polaco estuvo a punto de caer hacia atrás, pero ante una oportunidad así sólo podía intentar atacar de nuevo. Ejecutó un potente tajo de abajo a arriba que alcanzó en el hombro al vampiro, cortando incluso parte del hueso. Éste respondió pateando el pecho del cazador tan fuerte que salió despedido, soltando su espada. Lo había intentado.

—¡¡Ves?! —aulló el vampiro con dolor— ¿Ves lo que te digo? ¡Eres un hijo de puta de los de la vieja escuela! Pero yo también soy viejo, amigo. Te... te has metido con el viejo Leon. ¡Y el viejo... —jadeó— el viejo Leon no perdona!

El monstruoso vampiro de ojos verdes empezó a cocear una y otra vez al cazador.

—¡Ni un maldito ejército ha conseguido dejarme así! ¡¡Ni un maldito ejército!!

Dolían mucho más sus costillas al moverse que el golpe en sí, pero daba igual. Ya no tenía su espada a mano ni fuerzas apenas para usarla.

Pero, cuando todo parecía perdido, el milagro ocurrió finalmente: Blanche, recobró el sentido. Sólo que esta vez no era la Blanche que conocía, sino la cazadora que había sido en otra vida. Podía verlo en su mirada. Leon sintió su presencia inmediatamente, pero en lugar de girarse hacia ella golpeó de nuevo a Klaus, con más fuerza aún.

—Os cuesta morir, ¿eh, cabrones? —bufó el vampiro de ojos verdes.

—Te detendré aquí aunque me cueste la vida.

—Bah, ¡piérdete!

Ignorando a la antigua cazadora de nuevo, Leon cerró el puño y se movió de nuevo contra Klaus con la intención de acabar con el ahora indefenso soldado. No había protección posible. Klaus cerró los ojos y esperó serenamente su final. Aunque una vez más, el final no llegó, pues Blanche arrojó dos de las hachuelas de su cinturón con tanta destreza que ambas acertaron en el otro hombro del vampiro, desequilibrándole. Leon tomó entonces en serio a su contrincante femenino y finalmente se volvió para enfrentarse a ella. El vera sangre se abalanzó contra la monja haciendo acopio de todas sus energías. En circunstancias normales, ni siquiera una cazadora como ella hubiera sido capaz de derrotar a Leon con todo su poder, pero la herida que la espada de Klaus le había hecho en las costillas le quitaba mucha movilidad, y los profundos cortes en ambos hombros lo hacían más lento; eso equilibraba las cosas. Casi por instinto, Blanche esquivó los golpes del *upir*, aunque sin dejar de retroceder. Era como si se estuviera enfrentando con un tigre herido y furioso. Al ver que sus golpes alcanzaban sólo el aire, Leon, cuyas heridas estaban regenerándose ahora de forma lenta e imperceptible, bramó con fuerza mientras seguía ganando terreno y perdiendo sangre. Tenía un aspecto verdaderamente aterrador. Cuando la cazadora de vampiros estuvo a un metro escaso de la pared, se volvió contra ésta. Sin que Leon pudiera detenerla, Blanche corrió pared arriba y realizó un espectacular salto mientras

arrojaba el resto de cuchillos de su cinto. Cuando tocó el suelo, su adversario había recibido cinco heridas más. Desafortunadamente para ella, su enemigo estaba tan cegado por su propia furia que apenas notaba las últimas heridas que había recibido, a pesar de su gravedad. Agarró su cuello con una violencia animal y la levantó del suelo como si se tratara de una muñeca. El rostro del vera sangre conservaba todos sus rasgos humanos, pero la sangre y la furia que le enloquecía lo hacían parecer un demonio. Ella no se dejó intimidar y reaccionó rápidamente: golpeó a Leon con una impecable técnica de pierna y, al tiempo que se libraba del bestial agarre, realizó un barrido circular en el suelo. No funcionó; la fortaleza del vera sangre era aún mucha, y ni siquiera consiguió moverlo. Entonces, Leon la coceó con tanta fuerza que la envió rodando hacia atrás. El golpe no había sido efectivo; la antigua cazadora había tenido tiempo de cubrirse con los brazos para detener el impacto de la bota de cuero del *upir*. Ahora era más lento. Como si no hubiera recibido más que un empujón, Blanche se incorporó de una voltereta y sacó un último cuchillo largo y grueso de su cinturón, como una espada corta.

Ambos contrincantes, inmersos en la crueldad de la lucha, cargaron el uno contra el otro. Leon fue el primero en golpear, y su enorme brazo pasó rozando el pelo dorado de la cazadora, quien se situó a la espalda del vampiro.

Ahora lo veía. Leon había estado jugando con ellos. La cadena de acero no era más que un juguete para alargar la lucha, pues eran realmente sus propias manos las que podían acabar con el combate de un único golpe, si así se lo hubiera propuesto. A un oponente como ése le iría bien empuñar una maza o un gran hacha como la que había en el centro de la sala para hacer estragos rápidamente entre sus enemigos. Sin embargo, ahora estaba tan herido que la victoria de los cazadores resultaba más que posible. Todo dependía de si Leon podía alcanzar a Blanche antes de que ésta le diera muerte.

La cazadora se dejó caer hacia atrás evitando así un golpe circular del vampiro, que ahora volvía a emplear el brazo derecho con algo más de velocidad. Creyendo a su presa acorralada, Leon

atacó sin pensar en cubrirse, mareado por las heridas recibidas.

Ahora era su momento. Apoyándose en el suelo, la cazadora pisó una de las lancetas que se clavó en la pierna del vampiro deteniendo su avance. Luego golpeó con el pie en el plexo solar del *upir*, y tomó el impulso necesario para dar otro puntapié circular dirigido al cuello. Finalmente, mientras aún se encontraba en el aire extendió su brazo y clavó la espada larga en el pecho del vera sangre, girando de nuevo para alcanzarle con su daga corta el cuello. Leon se intentó defender, pero sólo logró recibir el impacto en pleno rostro.

—¡Vuelve al infierno! —dijo mientras sus pies tocaban de nuevo en el suelo.

No había logrado hacerle un corte importante en el rostro, pero la herida del pecho estaba muy cerca del corazón. Leon estaba ahora cegado por su propia sangre, aullando y maldiciendo en un idioma desconocido mientras golpeaba en todas direcciones con sus garras, alcanzando sólo el vacío. La lucha había acabado para él también.

—Vampiro —dijo Blanche con un tono que Klaus había oído antes—; ha llegado la hora de que pagues por tus pecados.

—¡No, no aún! —bramó Leon mientras trataba de recuperar el control sobre sí mismo— ¡Aún no! —repitió— ¡Moveos, escoria! ¡Levantaos!

Inmediatamente, un gran número de los que parecían moribundos se alzaron penosamente del suelo. Mientras esto sucedía, Blanche se situó al lado de Klaus para cubrir a su maltrecho aliado. Estaban rodeados.

—¿Estás bien? —le dijo ella recuperando el tono amable típico de la Blanche que Klaus conocía.

—No tan bien como desearía, pero aguantaré. Ve a por él —balbuceó casi sin sentido—. Yo me ocupo de vampiros pequeños... cuando recupere mi espada.

Una risotada de Leon les sacó de su conversación. Cuando Blanche y Klaus miraron, encontraron a su oponente parcialmente regenerado, pero aún malherido y con los cuchillos de Blanche todavía perforándole el cuerpo.

—Nada de “vampiros pequeños”, semental. Estos aún son humanos —dijo el jadeante vampiro a lo lejos—. Pero me siguen, aun en contra de su propia voluntad. Es bastante divertido lo que se puede hacer con ellos. Por ejemplo: tú, mátate.

Tras decir estas palabras, uno de los hombres de la multitud corrió chillando de puro pánico hacia la pared y se golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas. Murió en el acto. De nuevo se escuchó la carcajada del vampiro de ojos verdes.

—Podría mandarles que acabaran con vosotros, pero se me ocurre algo mejor. ¡Vamos a ver qué tal lo hacéis ahora, héroes! —dijo volviéndose a la turba de moribundos— ¡Todos los de esta sala son vampiros! ¡Matadlos!

Tras estas palabras, los humanos de la multitud trataron de seguir las indicaciones de Leon y matarse entre ellos, como si su nueva orden les hubiera revitalizado. La sala revivía la batalla de antes de que los cazadores llegaban mientras el vampiro escapaba aprovechando el caos.

—¡Cobarde...! —dijo Klaus.

—¿No podemos hacer nada para detener esto? —contestó Blanche horrorizada— Esta gente está siendo controlada por el vera sangre. ¡No tienen culpa!

—¡Se asegura la retirada desde el principio! Malnacido...

No podrían salvarlos, como no podrían alcanzar a Leon ya. Su batalla era ahora otra. Debían confiar en que Rea y los otros le dieran alcance antes de que pudiera huir.

Capítulo 71: Hilos en la oscuridad infinita

Habían visto al alquimista caer tras el chillido triunfal de la bestia alada. Eran uno menos ahora.

—Fíjate bien en el lado derecho —ordenó el vampiro a la chica—. Creo que vendrá de nuevo por allí. Si la ves avisa, ¿vale?

No era nada fácil para Rea estar allí. Había aprendido a controlar su poder en circunstancias normales, aunque sólo fuera un poco, pero con esa cosa allí no podía concentrarse. Estaba demasiado atemorizada. Apenas podía hablar sin titubear.

—¡E-eh Vanya! —trató de decir.

La había visto a tiempo. Sabía que venía a por ella, pero aun así no podía hacer nada para escapar. Estaba perdida. Vanya preparó su espada, pero al ver la reacción de su compañera desechó la idea de atacar al monstruo y saltó sobre ella para empujarla fuera del alcance de las garras de ese demonio. El golpe de sus músculos contra la pared quedó ahogado por el chillido aterrador del cárabo, que volvió a desaparecer dejando sólo el silencio.

—¿¡Qué diablos te pasa?! —exclamó Vanya.

—¡No lo sé! Tengo miedo, ¿vale? ¡Casi no puedo ni moverme! Es una sensación... ¡No puedo hacerlo, Vanya!

—¡Al menos intenta mirar al cielo para ver si lo ves! Si no puedes hacer eso vamos a morir los dos, ¿¡comprendes?!

Eso la asustó aún más. Se había considerado lo bastante fuerte como para ir en busca del vampiro asesino. Había sido un error. Venir aquí había sido un error. Debería haber dejado que Vanya fuera con Blanche y el otro cazador, así al menos él habría sobrevivido.

—Si no salimos de aquí habrá más víctimas, Rea —dijo el vampiro con su sable en alto—. ¡Reacciona de una vez!

Era cierto. Tenía razón. Sobrevivir era algo que no deseaba tanto como detener aquella locura. La joven vampiro cerró los ojos y trató de concentrarse todo lo que pudo. Vanya la dio por imposible y siguió mirando hacia el cielo. No oiría el aleteo de la criatura, ni la vería a tiempo para golpearla. Tenía que sentirla y para ello necesitaba sus poderes, por terribles que fueran, aunque tuviera que enfrentarse cara a cara con ELLA una vez más. Tenía que hacerlo.

Veía ahora únicamente oscuridad, que se vio mancillada por varios puntos brillantes. Supo que a su lado estaba Vanya; en el interior del fuerte había aún cinco falsos ancestros observando la escena desde la oscuridad, y arriba estaba...

—¡Izquierda! —gritó.

Efectivamente, el demonio alado descendió desde la izquierda del vampiro como si se acabara de formar de la nada, pero el grito de Rea había alertado a Vanya y esta vez estaba preparado para enfrentarlo. Su sable golpeó al demonio desde el costado, abriendo una inmensa brecha negra en él. La bestia ululó y siguió con su vuelo hasta estamparse con la pared, que se derrumbó sobre el demonio con un estruendo ensordecedor. Habían ganado.

El vampiro se acercó lentamente a los escombros, listo para golpear a cualquier cosa que saliera de allí.

—Ten cuidado, aún está vivo estoy segura. Aún tengo esa sensación horrible.

Sus palabras sirvieron para que su compañero se detuviera. Probablemente eso le salvó la vida, pues los escombros estallaron y lo hicieron caer hacia atrás. De entre estos, miles de sombras más negras que aquella noche sin estrellas se arremolinaron en una pequeña figura humana sin rostro.

—¡Stolas! —aulló la criatura con una voz aterradora.

Aquella extraña orden había hecho que su forma cambiara de nuevo. Sus patas eran largas y enormes como las de una cigüeña, pero en proporción con el enorme cuerpo de ese ser. Su forma era la del búho negro de facciones humanas que les había atacado

hasta ahora, pero mucho más grande que antes, tanto que sus monstruosas alas, desplegadas como estaban, alcanzaban varios metros de largo. Los cuernos del búho se movieron hacia atrás, formando una extraña corona mientras los dos agujeros negros que había en los ojos de la criatura adquirieron un brillo rojo, como el de una llamarada infernal. Volvía a ser un búho gigante, pero ahora tenía patas largas con las que moverse. Vanya se metió entre éstas e hizo un corte en una de ellas. El animal pateó el aire intentando alcanzarle, pero el vampiro lo vio venir y esquivó con un giro que acabó en un nuevo corte, que esta vez sí fue lo bastante potente como para cercenarle una pata a la bestia. El chillido del monstruo fue silenciado por la espada de Vanya, que se hundió por la garganta atravesándole la cabeza. La espada se desclavó con la misma facilidad. Era un trabajo magnífico. La hizo cantar, cortando en el aire con su suave silbido antes de volverse a poner en guardia.

Rea dio un suspiro de alivio. En toda esa lucha apenas había hecho nada, pero en parte comprendía que Vanya era alguien mucho más experimentado que ella en esas situaciones. Sin embargo, la sensación de terror que la criatura le producía aún seguía allí, como una voz que le imploraba salir corriendo.

—Creo que ya está —dijo triunfal el vampiro—. No bajas la guardia, Rea, con la muerte de esta criatura puede que los falsos ancestros vuelvan a...

El pico dentado de la criatura agarró a Vanya por el hombro y lo zarandeó en el aire. Sin embargo, el vampiro se soltó antes de que lo pudiera lanzar contra la pared y se posó en el suelo de espaldas aún al monstruo. No tuvo oportunidad de contraatacar. El búho gigante se irguió de nuevo con su pata ya regenerada y golpeó al vampiro en la espalda, haciéndolo caer violentamente. Fue entonces cuando la inmensa bestia empezó a batir sus enormes alas, causando con ello un vendaval que se sentía por todo el patio. El agente imperial estaba demasiado aturdido como para reaccionar a tiempo. Se empezó a poner en pie, tratando de recobrar del todo el sentido. Demasiado tarde, el demonio volvió a encender sus ojos mientras volaba en su dirección. Lo próximo que cogerían las garras de esa extraña criatura sería a él. Vanya saltó hacia atrás y fue

salvado por un pequeño margen, pero su alivio duró poco, pues se dio cuenta de lo que había causado ese margen: Rea.

Agarrada a las plumas de la bestia alada, Rea clavaba sin piedad el cuchillo largo que Blanche le había dado. Estaba aterrorizada, pero se aferraba al único sentimiento lo bastante fuerte como para vencer ese miedo: no permitiría que le hiciera daño a Vanya. El demonio dio varios giros bruscos y se dirigió de nuevo hacia la fortaleza. Era sorprendente lo lejos que estaba de ella. De repente, unos brazos humanos salieron de los laterales del búho y la levantaron contra el pico del animal. Instintivamente, soltó el cuchillo y agarró la cabeza del búho con sus manos para evitar ser devorada. Era muy fuerte y cada vez que su pico dentado se precipitaba hacia ella sentía una descarga en sus brazos, que seguían tratando de empujarla lejos de la muerte. Ahora intentaba acercarse lentamente con un impulso constante que ganaba más y más terreno sobre ella. El pico del animal se cerró y la miró fijamente, con esos ojos encendidos como carbones ardientes. Ni siquiera parecían ojos, eran dos fuegos del infierno desde los que se podía ver el alma del demonio.

—Puedo ver tu interior, vampiro —dijo la bestia con una voz que jamás habría imaginado; era una voz de anciana—. Sé en lo que te vas a convertir.

El pico se torció en una mueca escalofriante que parecía una sonrisa, listo para hundirse en la tierna carne de la joven.

—¡Sea lo que sea en lo que me estoy convirtiendo, no deberías enfadarlo! —bramó ella.

Fue entonces cuando lo vio: el hilo por el que estaba formado ese demonio, los hilos de sangre que unían todos los destinos de aquella criatura en uno solo: el de su muerte. El destino de todas las cosas que se hallaban en ese templo maldito de muerte eterna; el destino de todo cuanto ha habido y habrá. Allí estaba. Rea apartó su mano del rostro del animal y con un rugido de esfuerzo golpeó con ella en el costado de éste. Notó como si le hubiera atravesado hasta el alma, pero eso no sería suficiente. La mujer vampiro agarró lo que fuera que había golpeado y tiró de ello. El demonio volvió a chillar y descendió, chocando con las ramas de los árboles, que

detenían su caída violentamente.

—*¡R-RRogehplebsalob!! ¡¡Saaflamsalots!!* —aulló la criatura como si con cada palabra se le escaparan las fuerzas—
¡¡Hthoratsaogassavserega!!

Finalmente, éste se desintegró por completo, pero Rea no estaba sola en su caída: agarrada a ella había una anciana de ojos rojos, bastante menuda, con una gélida expresión de rabia y sorpresa que mostraba unos colmillos largos y afilados. Un vampiro. Rea se soltó y cayó al suelo de hierba, por el que fue dando tumbos hasta chocar con una pared de piedra. Notaba como la sangre le brotaba de la cabeza. Todo ese torbellino de sensaciones que la habían hecho tan fuerte se había ido, dejando paso al dolor. Sin embargo, la sensación de miedo también había desaparecido, lo que quería decir que el demonio tampoco estaba ya. Al intentar moverse, sintió una punzada en un lugar que no supo localizar, pero que la persuadió para no intentarlo más de momento. Le dolía al respirar, así que intentó hacerlo con cuidado hasta que su propia risa se lo impidió. ¿Estaba riendo porque había vencido a ese demonio o simplemente por haberse enfrentado a él? No estaba segura, pero se sentía bien. El dolor producido por la caída desapareció, y con él toda herida anterior.

Capítulo 72: Ojos de sangre

Unos pasos ligeros se aproximaban a ella desde el interior del fuerte, pero Rea sabía de quién se trataba.

—¡Rea! —exclamó Vanya al encontrarla tumbada en el suelo.

—No te preocupes, estoy bien.

—Por una parte podrías haberte matado, por la otra es posible

que me hayas salvado la vida.

—¿Es así como los vampiros dicen gracias? —contestó poniéndose en pie— Al menos me he librado de esa sensación tan desagradable, era como si no pudiera ni moverme por el... pánico. O lo que fuera que me estuviera pasando.

—No lo sé muy bien, pero yo también lo sentía. Seguramente porque tampoco en toda mi vida había visto a una criatura igual. ¿Dónde está? ¿Lo has matado?

—Creo que sí, pero cuando el demonio desapareció en su lugar había una... anciana de ojos rojos. Entonces me solté y caí, pero no sé si ella también lo hizo, aunque creo que no tenía alas.

—No me gusta eso que me has dicho sobre los ojos rojos —dijo el vampiro—. Ven, larguémonos de aquí antes de que a esa cosa le dé por volver, si es que sigue con vida. Tenemos que ayudar a los otros.

Cuando pasaron de nuevo por el patio interior no había ni una presencia, ni un susurro de los que antes se oían.

—Me he ocupado de algunos de los que han salido en tu ausencia, quedan unos cinco con vida. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí. Sólo que... ¿Y el otro hombre? El alquimista.

—Tú has visto tan bien como yo desde la altura de la que ha caído. No puede haber sobrevivido.

—Ya —dijo ella algo apenada. No porque le tuviera algún apego en especial, sino porque no merecía morir así—. ¿Estás seguro de que era humano? Cuando tomó esa pócima parecía muy diferente de cuando lo encontramos.

—Estoy totalmente seguro de ello, pero es cierto que era un hombre muy hábil. Nos hubiera sido útil. Hay algunas drogas que producen efectos similares en humanos, si era alquimista probablemente las conocía. Será mejor que permanezcamos callados al andar por los pasadizos. Tenemos que oír todo lo que se mueva.

—No quiero separarme, ¿vale?

—No será necesario, ya que no es un lugar tan grande.

No era necesario, pero tal vez hubiera sido lo mejor para encontrar a Leon. Por un lado, no le hubiera gustado dejar a Rea

sola con ese vampiro, por otro aquella joven acababa de hacer huir a lo que podía ser un auténtico vera sangre, tal vez incluso un ancestro. Si todo hubiera salido bien, Rea habría podido convertirse en la mayor arma del clan y tal vez incluso podrían haber seguido en contacto en su mayor parte. Tal vez; pero jamás podrían saberlo ya. El quejido de un hombre les sobresaltó. Había alguien más.

—Quédate detrás, Rea, tú no vas armada.

—No, no me hace falta —dijo ella convencida. En verdad luchar contra aquel demonio la había cambiado.

—Aun así hazlo, vamos.

No era el momento de intentar andar con sigilo, ahora debían perseguir a su presa. El vampiro corrió por los oscuros pasillos y la joven le siguió. No veían a nadie, pero por los jadeos doloridos notaban que estaba cerca. Por fin, en las escaleras que descendían al piso inferior se encontraron con su destino. Estaban finalmente frente al vampiro de ojos verdes, sólo que ya no eran verdes. El brillo flamígero que Vanya pudo apreciar en su primer enfrentamiento era ahora permanente.

Leon Nycephorus Phyrík, el vampiro al que le habían mandado matar, era también un vera sangre.

Era casi como estar frente a un mito. Las numerosas heridas del vampiro de ojos encendidos mostraban que la lucha con Klaus y Blanche había sido feroz, casi letal. Más el hecho de que estuviera aquí sólo podía significar que les había superado. Antes de que Vanya pudiera hacer nada por detenerla, Rea saltó sin temor alguno contra aquel mito viviente, haciéndole caer por las escaleras.

Por suerte no había mucha distancia de allí hasta el piso de abajo, con lo que la caída fue leve para ambos. Con las pocas fuerzas que le quedaban, el *upir* se quitó a Rea de encima con el pie y se levantó, pero antes de que pudiera hacerlo del todo ya la tenía otra vez encima. Bloqueó un manotazo descendente de ella para después perder el equilibrio a causa de un fuerte empujón que Rea le había dado. El vera sangre fue a parar sobre algunas de las cajas viejas de aquel sótano, haciéndolas trizas con el peso de su cuerpo. Al bajar del todo por los estrechos escalones, Vanya se percató: no había sido un empujón, sino un zarpazo del que Leon se había

zafado y que lo habría partido en dos como al falso ancestro de hacía unas semanas. Rea se volvía más fuerte por momentos, pero se movía como un falso ancestro. Pronto se podría volver peligrosa si no lograba controlarse.

—¡Desgraciado! —gritó ella llena de rabia.

Él no se puso en pie. No parecía tener fuerzas para hacer nada más.

—Joder —bufó el vampiro—, debe de ser el día en el que todos se ponen en fila para tocarme las narices. Decidme, ¿cuando os mate quedará alguien más?!

Y dicho esto se lanzó contra Vanya, pero el vera sangre era tan lento ahora que resultaba patético. Con un trazo de abajo a arriba con su espada, le marcó el pecho y luego golpeó su rostro con el pomo de ésta. El vera sangre cayó vencido.

—Se ha acabado, Leon Nycephorus Phyrik —dijo Vanya. El vampiro respondió con un suspiro de agotamiento.

—Dime... —empezó a decir él—, dime una cosa. ¿Cómo diablos habéis llegado hasta aquí? Se supone que el bosque tendría que haber estado protegido.

—Porque hemos acabado con todo lo que te protegía —espetó Rea—. ¡Como ahora acabaremos contigo!

Leon miró hacia ella sin atreverse a decir nada. Era obvio que no esperaba una respuesta semejante.

—¡Espera! —la detuvo Vanya— Le necesitamos vivo.

—¿Vivo? —titubeó Rea— ¡¿Vivo!? ¡No me puedes decir que le dejemos vivo después de lo que hemos pasado!

—¡Es nuestra única oportunidad de sobrevivir a esto!

Leon, que se debatía entre la consciencia y la inconsciencia, dejó escapar una leve risa, ahogada con un gorjeo sangrante.

—Te...lo dije —empezó a decir—. Es...es así como juegan todos. Yo... te lo advertí, nena. Conmigo... aún tenías una oportunid...

Antes de que pudiera seguir hablando, Vanya le pisoteó la cabeza y le hizo finalmente perder el conocimiento.

Rea le miraba con expectación. Estaba llorando.

—No puedes... ¡No puedes hacer eso, Vanya! ¡Lo que le ha hecho a tanta gente... lo que me ha hecho a mí! No podemos

dejarle vivir sin más.

—Nadie ha dicho que sea sin más —dijo el vampiro— Lo que le espera es peor que la muerte. Mucho peor.

—¿Cómo puede serlo? Más te vale pensarlo bien porque si no me convence tendrás que matarme.

—Vamos, a estas alturas...

—¡Sabes que hablo en serio!

Trató de tranquilizarla con sus siguientes palabras: con la verdad.

—Está bien. Será enviado a un lugar llamado La Torre. Es un sitio donde te torturan cada día hasta que ruegas que te maten, entonces lo hacen aún más hasta que tu mente queda destruida. Después te matan. Hay gente que aguanta días, otros años... pero todos terminan igual. La primera vez que Leon y yo nos encontramos le di a elegir entre matarlo yo personalmente o ir a La Torre. Puesto que nos deja elegir, yo creo que esa opción es la más apropiada para él. ¿Y tú?

La joven tragó saliva. Intentaba ser racional, pero por otro lado quería ver alargarse la agonía de ese monstruo, o al menos acabar con él. Era tal vez algo horrible acabar con una vida, pero si era la de Leon podría vivir con ello.

—Quiero... sí: me gustaría presenciar cómo sufre.

—Se te permitirá hacerlo si lo deseas —contestó el vampiro—, pero créeme: no quieres. Yo no he estado nunca, pero las personas que la han visitado, aunque sea para llevar a un prisionero, no han salido de allí sonrientes. Ayúdame a atarlo bien y llevémoslo afuera. Allí nos ocuparemos de transportarlo.

—Espera... no. ¡Es que no puedo dejarlo ir!

—Si lo matamos ahora moriremos los dos. ¿Es eso lo que querrían tus amigos si estuvieran aquí? Creo que conoces la respuesta, Rea. No te dejes llevar por tu propio odio, puedes ser un vampiro y comportarte como una humana.

Rea bajó la cabeza, sin decir nada.

—No estarás sola mientras yo esté aquí —prosiguió Vanya—. Eres interesante y no puedo dejar que te maten así como así.

—¿Porque soy un vampiro inusual?

—Porque eres una chica inusual.

—No te creo —dijo, pero ni siquiera la oscuridad de aquel sótano podía ocultar el rubor de sus mejillas.

—Somos amigos no, ¿recuerdas? Prometí que podrías confiar en mí.

—Ya... supongo —asintió ella—. Tienes razón.

—¿De acuerdo entonces? ¿Confías en mí?

—Confío en ti —reafirmó ella—. Venga, salgamos de aquí cuanto antes y librémonos de... de todo esto.

Había funcionado. Casi se sentía en el aire como toda la tensión había desaparecido de golpe. Vanya sonrió levemente. En ese aspecto no había mentido: esperaba poder estar junto a ella al menos hasta que aprendiera lo bastante de los suyos como para ir por libre. Sólo esperaba haber elegido bien.

Capítulo 73: Refuerzos

Pisadas, murmullos y un el sonido de algo arrastrándose pusieron a las tropas en alerta. Algo se aproximaba desde el interior del fuerte sitiado.

—¡Quienquiera que seáis no deis ni un paso más! —dijo un hombre armado con una ballesta.

A la ballesta que les apuntaba desde fuera del patio interior se le sumaron varias más. Allí había un gran número de soldados con ropajes de color rojo y cascos de metal. Rea podía sentirlo, pero no le hacía falta esa nueva habilidad para saber que estaba ante humanos.

—¡Traemos un prisionero! —gritó Vanya para que todos lo oyeran— Es el vampiro que ha armado tanto revuelo. ¡Más vale que tengáis grilletes que aguanten a un vera sangre!

Y dicho esto avanzó un saco ensangrentado para que los guardias lo vieran bien. Dentro estaba el una vez orgulloso *upir*, ahora a merced de sus cazadores. Con la cabeza fuera únicamente y con los ojos vendados para que no pudiera intentar nada.

—¡Dejadlo ahí y dos de los nuestros lo irán a recoger! —contestó el hombre.

—Y luego qué, ¿nos acribilláis? —Se burló el vampiro, que a pesar de todo no daba motivos para cometer ninguna estupidez—. Nosotros somos quien lo hemos capturado y hemos sufrido mucho también. Con nosotros también venían tres humanos. Por desgracia parece que ninguno de ellos ha sobrevivido.

—Yo no estaría tan seguro —dijo una voz femenina a su espalda.

Era Blanche, que se aproximaba lentamente desde el pasillo,

haciendo de muleta al otro cazador, que al parecer también había sobrevivido.

—¡Blanche! —gritó Rea emocionada— ¡Pensaba que no lo habíais conseguido!

—Somos más duros de lo que parece.

—Eso tú —bromeó el cazador de vampiros, que se había llevado la peor parte en la lucha—. Yo llevo tantos golpes que me he ablandado. Parezco la fruta demasiado madura.

—¿Quién está ahí fuera? —preguntó la monja— ¿Han llegado más cazadores?

—Quédate atrás —contestó Rea—, nos están apuntando.

—¡Escuchad! —gritó de nuevo el ballestero— Uno de nosotros se va a acercar, ¿de acuerdo? No cometáis ninguna estupidez.

Un hombre encorvado se acercó con pasos cortos y lentos. Varios de los soldados se ofrecieron a ir con él, pero los rechazó con un manotazo. Apoyándose en un elegante bastón de madera y metal, siguió caminando hacia el séquito de héroes. Llevaba una capucha que le ocultaba el rostro y una túnica roja. Con esas pintas parecía un hechicero diabólico, pero Vanya sabía que se trataba de todo lo contrario. Cuando llegó ante ellos hizo una señal para que los otros ballesteros bajaran las armas y estos lo hicieron.

—Mis más sinceras disculpas por este recibimiento. Encima de que llegamos tarde tratamos así a los héroes que se han ocupado de capturar al vera sangre. ¡Y con vida además! Benditos seáis, aunque vuestra naturaleza maldita os lo haya de impedir.

—Esa voz... —dijo Blanche, que estaba ya casi junto a ellos— ¿Luciano?

—En efecto —Luciano puso cara de haber reconocido a Blanche también—. He venido personalmente esta vez, Esther.

—¿Esther? —preguntó Rea extrañada.

—Veo que recibiste mi carta —prosiguió el anciano—, y hasta te abriste camino hasta aquí a pesar de no darte detalle alguno sobre la misión. Una vez más estoy impresionado y apenado de que nos dejaras hace unos años. Pero veo que lo que nunca abandonaste fue el camino del bien. Sigues protegiendo al mundo de los horrores del más allá.

—No podía permitir que mis amigos fueran solos —contestó la monja—. Nos hemos enfrentado a una criatura de gran poder. Un vera sangre.

—Eh, Blanche —interrumpió Klaus—, ¿quién es?

—Su nombre es Luciano De Bragança, uno de los máximos dirigentes de la orden a la que servía. Haced lo que dice, es de fiar. Sé que parece extraño, pero este asunto está ahora en sus manos y me temo que no podemos ni debemos hacer nada.

—¿Y qué pasa con Leon? —dijo Rea— ¿Se lo vamos a entregar sin más?

—No, señorita —sonrió el anciano—. Les escoltaré personalmente hasta un punto donde puedan librarse de esa carga. Mientras tanto mis hombres purgarán esta fortaleza de maldad y montarán aquí una base de operaciones. También atenderemos a los heridos, que veo que los hay de gravedad. ¿Están todos de acuerdo?

El cuerpo de Klaus se tensó al ver que el vera sangre aún estaba vivo.

—¿¡Por qué sigue con vida?! —exclamó.

—Hay más como él, necesitamos saber lo que planean para salvar el máximo número de vidas. Ésa es nuestra prioridad; lo de esta noche podría repetirse. Habéis hecho bien en no acabar con esta alimaña.

El cazador de vampiros gruñó. Por mucho que detestara tener que dejar al vampiro de ojos malditos con vida, no podía dejar que ocurriera de nuevo algo como hoy. Aun así sentía el impulso de gastar que lo que le quedaba de fuerzas en acabar con aquella bestia de una vez por todas. Como la propia sed de sangre de los vampiros.

—Asumiré que nos lleva a la mansión Lerroux —dijo Vanya cambiando de tema.

—Por desgracia, mi pacto con los suyos así me ata. Les escoltaremos a ustedes dos y al prisionero hasta allí, donde recibirán instrucciones del señor local y podrán hacer lo que les plazca —“Lo que les plazca” sonó como si les hubiera dicho que por él se podían ir al infierno—. En cuanto a los cazadores

humanos, su lugar no es éste por el momento. Hemos adaptado la capilla y algunos otros lugares para que sea un hospital. Tenemos centenares de heridos, por no decir miles. Por ahora deberíamos sujetar al vampiro de forma adecuada. Si se regenera podría ser peligroso. ¿Están todos de acuerdo con esto último?

El grupo de vampiros y cazadores asintió, con lo que Luciano mandó venir a tres de sus soldados, que portaban unas pesadas cadenas. Sin sacar a Leon del saco, lo rodearon con ellas completamente.

—Si el vera sangre estuviera regenerado completamente —añadió— podría romperlas, pero no lo está. El tiempo apremia y será mejor que nos separemos. Primero escoltaré a los dos vampiros y a su presa a un lugar seguro. Luego, tan pronto como disponga de tiempo, os visitaré a vosotros dos, los valientes cazadores humanos. Tenemos muchas cosas de qué hablar.

Blanche no parecía particularmente alegre por volver a ver a aquel hombre, pero les había dicho que era de fiar y eso bastaba para que Klaus y Rea aceptaran seguirle por el momento. La joven miró a Blanche, preocupada, y luego siguió a Vanya hasta el interior de un carruaje de madera y metal.

—¡Espera! —dijo la monja corriendo hacia ella.

El abrazo de ésta pilló a Rea desprevenida.

—Vayas donde vayas no dejes de ser quien eres y seguirás siendo humana. Cuídate mucho y ven a vernos en cuanto puedas. ¿Prometido?

—Prometido —titubeó ella. Era muy parecido a lo que Josué el santero le había dicho en “sueños”.

—Y usted cuide de ella, por favor —dijo Blanche dirigiéndose a Vanya.

—Mientras pueda evitarlo no dejaré que le pase nada malo —asintió éste.

En otro de los carruajes, más robusto incluso que el anterior, se subieron Luciano, Leon y otros varios guardias. Rea rezó por que no recuperase la conciencia y pudiera escapar mientras subía al suyo...

—¡Los ojos del vampiro son malditos! —recordó Klaus antes de que el carruaje partiera— ¡No dejéis que los utilice!

—Saben lo que se hacen, Klaus —le explicó la monja—. Te lo aseguro.

El anciano asintió agradablemente y cerró la puerta de metal. Luego partieron hacia el fin de aquel episodio de horror. Hacia la libertad.

Capítulo 74: La Reina Carmesí

El general enemigo iba en cabeza. Solo. Era una mujer muy hermosa, vestida de rojo y con un extravagante peinado típico de los países del este, pero lo que más llamaba la atención de ese inusual enemigo era que no llevaba ningún arma visible, aunque quizás la llevase oculta en su esplendoroso atuendo del color de la sangre. El zar la observaba desde una distancia segura. Sus tropas estaban dispuestas, sus generales reunidos y todas las miradas de lo que quedaba del consejo puestas en la batalla que se iba a librar hoy. Un pensamiento terrible acuchilló la moral de Sergei. No, era imposible; esa mujer era sólo una leyenda. Debía de ser otra de las tretas del Rey Carmesí para amedrentar a sus enemigos. La mujer pronto estuvo al alcance de las armas de fuego del imperio, que tiraban casi a treinta metros más de distancia que las del enemigo. Los disparos silbaron a su alrededor mientras ella seguía avanzando impasible, como si no los viera. De pronto, uno de los tiros acertó a derribar la aguja dorada que sostenía la estructura del elaborado peinado de la mujer, con lo que éste se desmoronó dejando libre la melena pelirroja de la general enemiga. Con el viento que se había levantado, sus cabellos parecían sangre brotando en el agua. La cabeza de ésta fue impulsada ligeramente hacia atrás por el golpe, pero inmediatamente volvió a mirar al frente y siguió caminando; no la habían alcanzado. Fuera o no fuera ese ser legendario, Sergei admiraba su integridad y su valor tanto como lamentaba que un guerrero tan valiente malgastase su vida de una forma tan estúpida. Cornelius era un loco si pensaba que se iban a retirar por una historia de cuento de hadas.

—No la matéis con armas de fuego —ordenó el zar—. Se merece una muerte más noble. ¡Infantería! ¡El que me traiga la cabeza de esa general será el héroe de esta batalla! El primer batallón de infantería avanzó animado, armados con un muro de escudos largos, lancetas y espadas cortas. La mujer entonces se detuvo y se quedó observando. Parecía una diosa de la antigüedad dispuesta a favorecer a un bando u a otro según le apeteciera. El viento se alzó por aquella planicie rodeada de colinas, haciendo ondear los pendones de ambos ejércitos. En mitad del campo de batalla, la mujer esperaba. El sonido acompasado de los pasos de la infantería aliada retumbó amenazadoramente mientras se acercaba más y más. Ahora estaban a tan sólo unos metros de la general enemiga mientras que el ejército carmesí aún no se había movido ni un ápice. Los soldados se apresuraron a formar un círculo alrededor de ella, pero sin atreverse aún a cerrar la trampa.

—Pronto lo sabremos —dijo Sergei.

—¿Cómo? —dijo Anatoly sorprendido.

—Esa mujer —respondió el nuevo zar—. No me gusta.

—Muy bien, entonces para mí. ¿Os he dicho alguna vez que me encantan las pelirrojas?

Sergei lanzó una mirada de reprobación contra el que una vez fue el tesorero del clan, quien le sonrió despreocupado. Era un hombre temerario y valiente, pero también había servido como militar y había sido lo bastante listo como para respaldar al bando vencedor en el consejo. El ahora comandante de los ejércitos, Anatoly Petrov, había sido su aliado durante más tiempo, si no contaba a Vanya. Vanya... ese estúpido.

—Si la leyenda es cierta —continuó Sergei ignorando el comentario de su compatriota—, es posible que tengamos ante nosotros al aliado más poderoso del Rey Carmesí.

—Conozco la leyenda, viejo camarada, puede que me gusten las mujeres bonitas, pero no soy tan estúpido. De todas formas, incluso si esa...moza resulta ser la legendaria condesa, no es más que un solo vampiro contra un ejército de vampiros veteranos; vampiros veteranos del clan tormenta nada menos. Me gustará ver lo que esa hija de una hiena es capaz de hacer contra todos nuestros hombres.

Además, si lo es, que no digo que lo sea, tiene que tener más o menos nuestra edad, ¿eh, Majestad? Ni siquiera es tan antigua como los vera sangre.

Pero Sergei no estaba tan relajado como su compañero. El hecho de que el Rey Carmesí mostrase a la condesa quería decir que su hermano Vanya estaba en lo cierto. Él era un zar más débil que Borislav II y Cornelius usaría esa debilidad para aplastar al clan. Aceptaba su desafío de luchar con todo lo que tenía en una gran batalla. Apartó con furia esos pensamientos mientras clavaba su odio en la mujer carmesí que esperaba en la lejanía. De nada serviría centrarse en otra cosa que no fuera la batalla de hoy.

En primera línea, el círculo se cerraba lentamente alrededor de la supuesta "condesa" mientras ella, con un magnífico traje rojo apropiado más para un baile en palacio que para una batalla, esperaba.

Cuando el círculo estaba a menos de dos metros de ella, uno de los soldados, acuciado por la idea de convertirse en el héroe de su clan, dejó caer la lanceta, desenvainó la espada y cargó contra la mujer al grito de "¡Por la patria!".

La mujer se volvió de repente, como despertando de un sueño, y detuvo el ataque de su contrincante atrapando la espada de éste entre dos de sus dedos mientras su furiosa mirada atravesaba a su sorprendido oponente. Los que presenciaron la escena estaban estupefactos, como si el tiempo se hubiera detenido en el mismo instante en el que la condesa tocaba la hoja de acero con sus manos. Aquello había sido sin duda uno de los hechos más asombrosos de la historia de los suyos, digno de ser cantado desde las más altas cortes a los más bajos locales. Pero la condesa aún tenía muchas más maravillas que mostrar. Con un potente y elegante giro de su brazo, la mujer rebanó la cabeza de su atacante mientras los soldados que la rodeaban intentaban comprender lo que había pasado. Antes de que pudieran hacerlo, golpeó de nuevo al cadáver de su desafortunado enemigo con tanta fuerza que lo lanzó contra los soldados de su retaguardia, con lo que su formación se rompió al instante. Sin detenerse a ver como la línea de soldados se reconstruía, la condesa embistió ahora contra la otra que tenía en

frente, destruyéndola de un manotazo. Las manos de la legendaria criatura eran como afiladas guadañas y su fuerza era tal que barría literalmente todo lo que estaba a su alcance. Con un rápido movimiento se hacía con espadas y lanzas enemigas que dejaba atravesadas en sus oponentes para seguir descargando su furia sobre ellos. Esa mujer era la reina de los demonios. Los soldados morían y estaban sorprendidos por la fuerza de su enemigo, pero eran hombres preparados y sabían luchar, incluso contra un monstruo como ése. Los supervivientes se levantaban mientras su disciplina y entrenamiento retomaban el control de sus mentes. Pronto consiguieron herirla hasta que finalmente las lancetas se clavaron en ella y la rodearon. Finalmente, todo lo que Sergei y Anatoly veían era una pila de soldados que cubrían por completo a la general carmesí.

Por la mente de aquel monstruo pasaban imágenes de cuando fue sometida una vez, por los nobles traidores que la capturaron. No podían detenerla, así que le clavaron lanzas y espadas hasta que quedó totalmente inmovilizada contra el suelo, casi desangrada. Pero eso fue en el pasado antes de que fuera quien era ahora.

—¿Habéis visto eso? —clamó Anatoly con voz triunfante— He de reconocer que me ha sorprendido, pero ni siquiera ella es invencible. Esto le enseñará a Cornelius a guardar a sus buenos...

Entonces, sucedió. Propulsados por una fuerza sobrenatural, los soldados que rodeaban a la condesa saltaron por los aires envueltos en llamas. Los supervivientes que podían huían despavoridos mientras el resto entregaba lo que quedaba de sus fuerzas a la condesa. Todo su cuerpo estaba bañado con la sangre de sus enemigos. En su elegante vestido había varios agujeros provocados tanto por lanzas y espadas como por las quemaduras de la explosión, pero no había ni una sola herida en la diabólica criatura que acababa de derrotar a un batallón de vampiros veteranos sola. Bajo el vestido había una coraza ligera llena de cortes y rasguños. Una vez más, mientras recuperaba su posición erguida y llena de indiferencia, la condesa esperó. Aguardaba otro ataque por parte de Sergei.

—Hija de...—balbuceó Anatoly— ¡Hija de puta! ¿Has...

habéis...? ¿Habéis visto lo que esa cosa le ha hecho a los nuestros?!

—¿Vas a dejar de lloriquear ya? —respondió secamente Sergei— Sí, lo he visto y lo he entendido. Mira.

El ejército del Rey Carmesí se estaba preparando para el asalto. Tras el primer ataque de la condesa, los hijos del clan tormenta habían perdido gran parte de sus ganas de luchar, y no tendrían la moral suficiente para resistir la embestida, al menos no cuando lo que encabezaba a las tropas enemigas era una criatura como ésa. La batalla que Cornelius tenía pensada era un violento choque frontal y sin estrategia ninguna. Era un desafío: Sergei siempre se había jactado de la fuerza de la disciplina y el entrenamiento sobre una posición adecuada; la fuerza de la voluntad de los individuos contra la de los peleles sin alma de la facción carmesí. Cornelius y su estrategia habían equilibrado las cosas, pero ahora el Rey Carmesí les atacaba en su propio terreno y con sus propias armas. Era muy arriesgado por su parte; no obstante, si su victoria se producía en estas condiciones, ésta sería la última batalla del imperio como tal. Vanya hubiera podido detenerlos, tal vez; él siempre había sido mejor estratega que él y, aunque no era tan bueno valorando la capacidad de sus soldados, era uno de los pocos capaces de ver los oscuros designios del Rey Carmesí y volver sus maniobras en su contra. Entonces Sergei lo vio claro: Borislav como zar no valía nada. Lo que Cornelius temía de éste era que él mantenía unidos a un héroe de batalla como él y al consejo; al zar, al pueblo, al ejército y los nobles, a Vanya y a él. Juntos eran un enemigo tan poderoso como el mismo Cornelius; por separado, tanto él como el resto eran débiles y morirían.

—¿Qué podemos hacer? —masculló Sergei disfrazando su desesperación de furia.

—Restaurar la moral de nuestro ejército —contestó Anatoly con fervor—. Vos, yo, y los soldados de élite. Si conseguimos parar a esa mujer aún podemos convertir el golpe de Cornelius en su perdición. Os he seguido siempre, hasta cuando me enteré de que os alzasteis contra Borislav. No pienso fallaros ahora, no lo hagáis tampoco vos.

—Tienes razón —dijo Sergei recuperando fuerzas— No es el

momento de dejar que la moral de nuestros soldados decida la batalla. Debemos vencer. Que nuestra caballería se mantenga detrás, cuando los dos ejércitos choquen, cargaremos por los flancos y les obligaremos a defenderse por todos lados salvo por detrás. Si ven la opción de retirarse lo harán, y entonces les destrozaremos. Pero tú te quedas para dirigir el ataque.

—¿Yo? —preguntó Anatoly sorprendido— ¿Y por qué diablos tengo que ser yo el que se mantenga aquí?

—Porque no confío en nadie más para dirigir al clan cuando yo no esté —respondió Sergei mientras sus mejores hombres se preparaban—. Que la fortuna te favorezca, y que veas el fin de Cornelius si yo no puedo, zar.

—¿Zar...? ¿Qué demonios...?

—Ya me has oído. Vamos.

El hasta hace un instante comandante de los ejércitos Petrov, cerró los puños y aceptó lo que podrían ser las últimas órdenes del zar. Luego, gritó:

—¡Disparad contra los que huyan! ¡Los que se retiran son traidores al clan y deben ser ejecutados! ¡Avanzad con todo! ¡Sacad la artillería pesada ahora!

El equipo de élite de Sergei, encabezados por él mismo, empezó a avanzar hacia la dama sangrienta que simplemente esperaba, matando uno a uno a los supervivientes del primer asalto.

—Vanya —dijo Sergei mientras avanzaba—, te separé del lado de Borislav porque si tú hubieras estado allí estarías muerto y te necesitaba a mi lado, porque podrías haber sido un gran general del imperio. Si hubieras aceptado mi oferta, ahora estarías aquí, aniquilando a estos invasores con tu audacia. Por eso Cornelius te envió lejos y yo caí en la trampa. Tú, de entre todos los del clan, te has ganado mi respeto y has demostrado ser un buen líder. Esperaba que algún día te enfrentases a mí sin miedo a perder y no comprendí que en esa lucha no podía ganar sino Cornelius. Tú lo sabías.

El equipo de élite aceleró el paso mientras se acercaba más y más a la condesa. Sergei siguió hablando.

—Pero mis intenciones eran unificar mediante la guerra los dos

clanes y darte la posición que merecías, más alta que el consejo y sólo comparable al zar... hubieras sido el comandante de los ejércitos que nuestra patria merece, pero ya es tarde. No puedo deshacer lo que he hecho, ¡No puedo retroceder! Sólo me queda un camino: hacia adelante. ¡Ahora, perros, mostrad al ejército carmesí lo que puede hacer el orgullo del imperio! ¡Obedeced a vuestro juramento de sangre y aniquilad a nuestros enemigos!

Todos gritaron al unísono mientras avanzaban contra la Reina Carmesí, que esperaba.

Mientras tanto, una parte del ejército de Cornelius, apareció detrás de la colina. La trampa del Rey Carmesí había funcionado, y no habría tiempo de detenerla.

Pero el ejército imperial del clan tormenta aún no había sido vencido. Mientras ambos bandos se enfrentaban en feroz combate, una pequeña horda de máquinas de asedio surcaba los cielos sobre el campamento de Cornelius. Sergei había tenido el buen juicio de desenterrar los secretos del zar Borislav primero, manteniéndolos escondidos para todos los suyos. Su sistema era simple: todo el mundo sabía la pieza que debía crear, pero apenas cuatro personas en todo el clan conocían el resultado final. Gracias a esto había podido propinar a su enemigo un golpe que jamás podría haber predicho. Las máquinas de asedio voladoras soltaban bombas de fuego sobre el campamento enemigo, inutilizando sus cañones de reserva, diezmando sus provisiones y sembrando el caos entre todos los que allí había. Ellos tampoco esperaban eso, pero reaccionaron rápido. Tras perder el campamento principal frente a las llamas, una fila de cañones y balistas disparó varias salvas contra las máquinas. Usaban como munición bolas de cañón, metales ardiendo y pernos encendidos. Eran poco precisos, pero las máquinas voladoras eran también lentas y torpes. Cada vez que uno de esos pernos alcanzaba a una, ésta se desplomaba y se acababa estrellando contra los restos del campamento.

Lo que sucedía en el campo de batalla era aún más cruento: los soldados chocaban y aguantaban unos contra otros mientras la despiadada ráfaga de los artilleros caía sobre ellos. Las pesadas armaduras del clan carmesí volaban por los aires al retumbar de los cañones y armamento superior del clan tormenta, pero aprendieron rápido a poner al enemigo entre ellos y los rápidos cañonazos de la superior ingeniería del zar. Tras una retirada fingida se posicionaron de nuevo, esta vez cubiertos contra el fuego enemigo. En el centro, las tropas de élite se batían desesperadas contra la poderosa condesa, que aullaba órdenes en medio del combate. No sólo estaba en primera línea, también estaba dirigiendo toda la infantería ella sola. Era impresionante. Todo un ejercicio de improvisación por parte de ella y de Cornelius, quien sin duda estaba al mando del resto de tropas. Ambos movían sus piezas simultáneamente para derribar al ejército del zar. El gigante norteño empezaba a tambalearse tras una feroz lucha, pero aún podían ganar la batalla si lograban romper las líneas enemigas y masacrar a las tropas auxiliares.

De repente, se alzaron rumores de la muerte en batalla del zar y algunas tropas empezaron a retirarse desoyendo las amenazas de Anatoly y de los demás generales que quedaban con vida. Sergei salió entonces de entre el mar de soldados, cubierto de sangre, pero sin ninguna herida de gravedad. Sin perder ni un segundo, se hizo con un caballo blanco y empezó a tocar la corneta imperial para que las tropas vieran que estaba vivo. Al principio pareció inútil, pero pronto, tanto los soldados que se estaban retirando como los que seguían en el frente, vieron redoblados sus esfuerzos. El zar era visible para sus aliados, pero también para sus enemigos, así que la guardia real de Cornelius trató de rodearle por los flancos. El comandante de los ejércitos Anatoly lo vio y al ver que no podría mandar tropas a tiempo hizo lo que debía hacer: concentró todo el fuego de artillería que pudo en uno de los grupos de caballeros mientras Sergei trataba de escapar atravesando las filas enemigas. Lo logró él, pero no su caballo. El zar se hizo fuerte en una de las colinas con un grupo reducido de soldados, que luchaba ya únicamente por salvar sus vidas. El resto de la batalla dejó de

importar para el bando del norte. El ejército imperial se centró en intentar rescatar a su líder antes de que fuera demasiado tarde, y con ello se perdió toda esperanza de vencer. La lucha se tornó más y más desesperada para Sergei mientras en el resto del campo de batalla sus tropas quedaban descuidadas a merced del enemigo. Por eso, pronto se vieron claramente superados y el zar se vio más atrapado incluso que antes. Finalmente, y ante los horrorizados ojos de los generales, las fuerzas que protegían a Sergei sucumbieron.

Algunos de los altos mandos imperiales se lanzaron al asalto en una furia agresiva pero inefectiva contra el reino carmesí, que acababa de proclamarse vencedor de la batalla. Sólo consiguieron malgastar sus vidas.

A la luz del crepúsculo, los soldados del clan derrotado se retiraban mientras eran masacrados por las tropas carmesíes. No quedaba ya nada del vestido rojo de la condesa. Ahora vestía la coraza ligera de cuero endurecido y el uniforme de batalla masculino que había llevado bajo sus ropas. La mujer, imperturbable, se abrió paso desde las líneas enemigas hasta las aliadas, para finalmente arrodillarse ante una engalanada carroza blanca adornada con oro y plata. De ella, salió una mano encerrada en un guante carmesí con joyas azules.

—Ah, una batalla magnífica, condesa. No ha sido una tarea sencilla, pero hoy hemos asestado un duro golpe a nuestros enemigos. Confío en que después de esta victoria vendrán muchas más.

La condesa alzó la vista y respondió con un tono frío y distante:

—Algunos de los líderes enemigos han podido retirarse, mi rey, pero el resto de batallas que nos esperan ya han sido ganadas en el día de hoy, y serán una farsa comparadas con ésta. Sergei el Cruel ha muerto, muchos de sus generales han sido abatidos y, en su retirada, han dejado algunas de sus armas de tecnología superior. El viejo imperio tiene los días contados.

La anciana risa del Rey Carmesí brotó del interior de la carroza.

—No esperaba menos de la única persona capaz de enfrentarse conmigo al ajedrez. Os habéis ganado el más grande honor, condesa Bathory, pero aún tengo algo más que hacer si quiero afianzar mi posición.

—¿Quién debe temblar ante la furia de vuestro poder, gran señor?

—Viajaréis hasta Lyon, en Francia. Allí hay ciertos... vampiros rebeldes que amenazan la estabilidad no sólo de mi reino, sino de toda nuestra sociedad. Temo que se le vaya de las manos al señor que gobierna ese pequeño feudo. Le perdoné la vida hace años y ahora lamento haberlo hecho, aunque no deseo su ejecución todavía. Quiero que encontréis a los rebeldes y los destruyáis. Poned orden a la situación. Investigad sus pasos, pero hacedlo como ciudadana libre del imperio carmesí. Hasta que el asunto se resuelva, podéis vivir en esa ciudad siempre que respetéis las leyes de mi nuevo reino. Después podréis viajar allá donde queráis. He dejado los detalles en esta carta. Tomadla directamente de mi mano, pues os habéis ganado ese privilegio.

—No digáis más, noble rey —dijo cogiéndola entre sus manos. Incluso para ella, eso era lo más cerca que había estado jamás de Su Majestad—. Aquellos que se oponen a vuestra voluntad serán consumidos, y yo finalmente encontraré aquello que nos beneficiará a ambos.

—Mentiría si dijera que no es cierto, condesa —dijo el rey ahora con un tono más apenado—, pero es cierto también que lamentaré vuestra ausencia. Ahora preparaos y partid sin demora, pues sé que ni siquiera la celebración de la victoria que el Rey Carmesí ofrece podría apaciguar un alma como la vuestra.

Tras estas palabras del monarca, la condesa se levantó y partió hacia Lyon. La última misión antes de poder dedicar su vida a lo que ella quisiera.

—Mi alma... —susurró amargamente la condesa mientras se alejaba de la carroza. Un poco más y la libertad le pertenecería... y quizás la mucho más deseada paz, aunque eso fuera el sueño imposible de la más poderosa de los inmortales.

Capítulo 75: El precio de la amistad

El carruaje les llevó por el camino que bordeaba el bosque, sobre las colinas. Bañado por el sol del amanecer, la oscuridad que había invadido ese maligno lugar parecía retirarse ante la derrota de su oscuro señor. Era alentador. Rea se recostó sobre el hombro de Vanya y se durmió con esa última imagen en su mente, que prometía una paz y tranquilidad que estaban por llegar. No estuvo así lo suficiente como para soñar de nuevo, pero cuando volvió a abrir los ojos se sintió descansada una vez más. Estaba mucho más libre de preocupaciones ahora que Leon había sido capturado al fin. Se apartó del hombro del vampiro, pues había terminado allí sin quererlo.

—Buenos días —dijo éste.

—Perdona, no sé ni cómo me he dormido.

—Parecías muy cansada, así que no te dije nada. Te lo has ganado.

Rea le miró algo turbada. Hacía demasiado poco que habían terminado su tarea y los sucesos que la habían llevado hasta allí estaban aún muy cerca como para relajarse.

—Entonces... —preguntó Rea— ¿Se ha acabado todo?

—¿Todo?

—Ya sabes. Leon, lo de esta noche... todo.

—Por ahora sí.

—¿Por ahora? —replicó indignada la joven.

—Sí. Por ahora. Nuestro futuro es algo incierto ahora mismo.

—No se supone que vamos a... bueno, cada uno por su lado. No es que quiera que te vayas, ya sabes.

—Rea —empezó a decir el vampiro algo abatido—, si de mí dependiera ya estaríamos los dos tan lejos de aquí como fuera posible.

—No pasa nada —le sonrió—. Dijimos que podríamos confiar el uno en el otro, ¿verdad?

Vanya asintió. Parecía que estaba a punto de decirle algo, pero antes de que pudiera encontrar las palabras adecuadas, el carruaje empezó a aminorar.

—Nos detenemos —dijo Rea.

—Así es. Hemos llegado a nuestro destino. Pase lo que pase ahora... cuídate.

—Claro. Tú también. Me gustaría que nos volviéramos a encontrar algún día si todo va bien.

—Créeme, si todo va bien será mejor que no me veas más.

Rea lo miró, confusa. En el momento en el que habían capturado a aquel engendro se le veía animado, incluso orgulloso de ella. Ahora parecía que no le quedaran fuerzas. Cuando la puerta se abrió, ella sabía ya que lo que tenían planeado no era lo que iba a ocurrir, pero en el fondo de su corazón todavía albergaba una última chispa de esperanza.

El vampiro bajó primero y se hizo a un lado. Allí pudo ver una extraña comitiva de bienvenida, cuyo buque insignia era un caballero de pelo canoso y aspecto juvenil. Supo al instante que era más que un vampiro. Lo sentía.

—Bienvenido sea, señor Vorobiov —dijo éste—. Si está aquí es que trae lo que le pido, supongo.

—Así es. Leon está en el carruaje de ahí atrás.

—Leon. El famoso vampiro de ojos verdes. Está bien. Y... ¿lo otro?

—Lo otro... también. ¿Cerramos el trato?

—Cerramos el trato.

—¿Vanya? —dijo al sentir sus brazos apresados por dos de los cazadores de vampiros que les habían acompañado en el viaje— Qué... ¡Suéltame! ¡Vanya!

—Lo siento, Rea. No tenía elección.

La expresión apenada de Rea dio paso al dolor de sentirse

traicionada.

—Tú... ¡Dijiste que podía confiar en ti! —chilló entre lágrimas—
¡Lo dijiste!

—Y no la ha defraudado —dijo Lerroux—. Está usted ahora en buenas manos, señorita, pero va a necesitar cierta reeducación.

La joven se zafó con un rápido movimiento e intentó huir hacia adelante. Lerroux permaneció inmóvil mientras la observaba. Era demasiado tarde ya. Miró a un lado y a otro tratando de huir, pero desistió en su empeño. Los mismos soldados de los que se había escapado la golpearon en la cabeza y la volvieron a agarrar con más fuerza aún. Le hacían daño.

—Por favor, ¡por favor! ¿Qué modales son estos con la señorita? —dijo una placentera voz frente a ella— ¡Lacayos sin decoro, dedíquense a su trabajo y nada más! Suelten a esta dama inmediatamente antes de que corra la sangre. Porque habéis de saber que si provocáis a esta joven no habrá nada que yo pueda hacer para protegeros... o más bien que quiera —sonrió.

Los soldados, cuyo uniforme era el mismo que el de los ballesteros que habían visto antes, obedecieron.

—Señorita Rea —dijo aquel hombre alto vestido con un traje rosado de tela blanquecina—, llevo mucho tiempo esperando a alguien de su calibre. Es una suerte que su amigo haya decidido entregarla a usted por propia voluntad, de lo contrario nos hubiera costado encontrarla por nuestra cuenta.

Mentía. Sabía que podría haberla encontrado si hubiera querido. Sabía que ya lo había hecho... pero le seguía doliendo que, de todos los esbirros que podría haber enviado, había escogido a Vanya.

—Sólo le pediré que venga con nosotros, por el momento. Nada más. Le aseguro que su tratamiento en mi casa será de lo más excepcional, pero me temo que no tenemos tiempo que perder. Es cierto que tenemos los medios para reducirla, pero el resultado sería menos agradable para ambos.

Dejó de oponer resistencia y se relajó, aceptando su destino.

—Eso está mejor. No se preocupe, cuidaremos de usted y de su valioso y extraño destino.

No contestó nada. Lanzó una última mirada a Vanya, más con

lástima que con rabia, y se dejó llevar por aquellos lacayos al interior de la exuberante mansión sin decir nada más.

—Bien, señor Vorobiov, ¿sabe lo que va a ocurrir ahora?

Sí. Pero al menos lo había intentado.

—Ya no me necesita, ¿verdad?

—Vamos, hombre, ¿cree que sería capaz de cometer semejante acto? Sí, le necesito, pero no aquí en mi hogar, sino allí —dijo señalando a la ciudad—: En mis dominios. O mejor dicho en lo que hasta hace un momento habían sido mis dominios.

—Un momento —dijo uno de los humanos—. El maestro De Bragança ha dado órdenes de acabar con cualquier vampiro que sea visto en la ciudad a partir de mañana. Cualquier vampiro —remarcó.

—En efecto, así ha sido: a partir de mañana. Eso le da tiempo para esconderse, ¿no? Adelante, señor Vorobiov. Si sobrevive lo suficiente le encargará su siguiente misión. Ya es usted uno de los nuestros, ahora conviértase en alguien tan imprescindible como sus habilidades le permitan. Y recuerde que ahora los cazadores de vampiros saben quién es usted. Considere el papeleo hecho. Es algo que carece de importancia, pues no hay nada que proteja a vampiros ni humanos de estos... inquisidores.

La respuesta de Vanya no se hizo esperar: saltó sobre uno de los caballos del carruaje y cortó las cinchas que lo ataban a éste. Luego salió huyendo al galope, hacia cualquier lugar donde pudiera ocultarse y seguir con vida.

—Tiene ímpetu, ¿no es así? —dijo Lerroux dirigiéndose a los cazadores de vampiros— ¿Algo de vino antes de partir? Es de lo mejor que probarán jamás.

Epílogo

1: El carcelero danzante.

Casi todas sus heridas habían sanado ya, incluso los huesos rotos, pero no tenía fuerzas para salir de esa celda. Quienquiera que las hubiera causado sabía lo que se hacía. Le habían interrogado durante días con métodos largos y dolorosos. Las preguntas eran siempre las mismas: “¿A quién sirves?” “¿Cuánto falta para que empiece la batalla?” “¿Por qué habéis venido a esta ciudad?” Sus respuestas fueron una sarta de insultos que dejaron de ser inteligibles a medida que el dolor aumentaba. Aun así no le habían hecho hablar. Tampoco le habían cortado un dedo, una oreja o su miembro viril. Eso era alentador, pues quería decir que no querían hacerle más daño del necesario. Tenían una idea de cuál era su propósito.

Podía haber llamado a la cadena metálica que sellaba su pacto con el diablo, pero no quería que sus captores la descubrieran, pues eso habría revelado el nombre del ancestro al que servía. Todo a su tiempo.

No abrió los ojos, pues los tenía tapados. Simplemente olfateó el aire. Alguien se acercaba. Leon aguzó entonces el oído y percibió el abrupto final de una conversación, que acabó con uno de los dos partícipes golpeando el suelo. La puerta de su celda se abrió, y con ella también lo hicieron sus ojos, que brillaban tras la venda con un resplandor encendido que mostraba su debilidad. Al menos no lo habían cegado como esperaba que hicieran, aunque posiblemente se habría regenerado con el tiempo. De repente, la venda de sus ojos se aflojó y pudo ver a quién tenía delante: un hombre de

estatura media, vestido como el resto de sus celadores, que bailoteaba y tarareaba una extraña melodía.

—Me dijeron que fuiste un hombre bastante malo —dijo éste, burlándose—. Pero bueno, ¡nadie es perfecto! Yo también he hecho alguna que otra trastada cuando era joven, ¡si yo te contara!

—Cuéntame —dijo Leon amenazante—. Acércate y susúrramelo al oído.

Se estaba acercando de verdad. Con un buen cabezazo podría matarlo, pero era la primera vez que hablaba con alguien en varios días y ese hombre no parecía un guardia normal. ¿Qué clase de loco se acercaría sin más a un vera sangre, por muy atado que estuviera?

—Voy a liberarte —le susurró, y luego estalló en carcajadas mientras volvía a bailar, tirando un objeto pequeño de una mano a otra. Era un trozo de metal.

—Eso no es una llave —dijo.

—¿No lo es?, pues yo diría que ha abierto tus candados como si lo fuera.

Leon movió los brazos sorprendido y vio como las ataduras de sus brazos caían. Era rápido y hábil.

—¿Quién te envía?

—¡No! —negó el guardia carcajeándose— No te puedo revelar eso cuando tienes a tu salvador... o salvadora a la vuelta de la esquina. ¡Sígueme hacia tu salvación... o salvaciona! Aunque me temo que sólo podré ser tu humilde guía; un guía que corre que se las pela si la cosa se pone fea.

Y con una sonrisa, su libertador se dirigió hacia la salida.

—¡Eh! —se quejó el vera sangre— ¡Que aún tengo los pies sujetos!

—Lo sé, la llave está en el suelo. Si te estiras un poquito la cogerás sin problema.

—¿Qué dem...? —rugió con una voz más ronca de lo normal— ¡¿Por qué diablos no me la das tú!?

El soldado dejó escapar una carcajada histérica, dando saltitos hacia la puerta.

—Tengo alguna cosilla que hacer mientras tanto. Sin rencor, ¿vale? ¡Me voy corriendo!

—¡Más te vale correr! —dijo el vera sangre tratando de sentarse en el suelo para alcanzar la llave. Estaba hambriento y débil, pero podía partirle el cuello a ese imbécil con una sola mano, de eso estaba seguro.

—¡Ah! —canturreó el guardia con la mitad del cuerpo ya fuera de la sala de tortura— ¡No olvides dirigirte hacia la salida tan rápido como puedas o morirás de una forma horrible! ¡Consejo de amigo!

Tardó poco en conseguir la llave, pero cuando lo hubo hecho tuvo problemas para volver a apoyarse en el suelo para abrir así el cerrojo de aquellos grilletes. No había podido romperlos en todos estos días ni siquiera empleando el dolor que le infligían para hacer más fuerza aún. Tampoco hubiera podido liberarse rompiéndose los huesos, de lo contrario lo habría intentado. A pesar de todo, no les había dicho nada salvo maldiciones que ni siquiera él mismo sabía que conocía. Sus cadenas se aflojaron y cayeron. Ya estaba libre.

En cuanto tuvo ambos pies ya sin ataduras, notó una sensación extraña en su brazo; al mirarse vio de nuevo la cadena enrollada en él, como si siempre hubiera estado allí. Había ocurrido de nuevo.

—Pensaba que te habías olvidado de mí —dijo con resignación.

El gancho de la cadena era ahora una cabeza de dragón, abierta con los colmillos hacia afuera como si fuera un garfio. Los ojos de éste le observaban con una ferocidad perturbadora que sólo el que ha visto el rostro de un ancestro podía comprender. También era más corta. Un lúgubre recordatorio de que su amo estaba más cerca que antes... y de que a él se le acababa el tiempo.

Cuando salió al pasillo, se encontró con dos guardias listos para atacarle. Estaba débil, pero no tenía heridas. Se las arreglaría para matar a aquellos dos sin problemas. Uno miró al otro para que fuera a dar la alarma mientras él trataba de contener al vera sangre. Sin embargo, cuando se volvió, el otro guardia sacó de la nada una porra, que mostró un instante a Leon para después abrirle la cabeza a su compañero. A pesar de lo cómico de la escena, le había dado lo bastante fuerte como para que perdiera el sentido. Luego, el guardia, que tenía un rostro diferente al que le había rescatado, rio

históricamente mientras se acercaba a la salida dando pasos de danzarín.

—¿Qué ha ocurrido con lo de salir corriendo? —le dijo.

—¡Lo olvidé! Mi maestro temporal... o maestra... ¡O maestra! Me dijo que debo quedarme aquí para armar algo de jaleo mientras tú te escapas sano y salvo.

—¿Enfrentarte tú solo a toda una mazmorra? Yo podría si estuviera en condiciones, pero tú...

—¡Bah! —se quejó— ¡Nada que yo no pueda conseguir con un par de sustos!

Leon puso cara de resignación y le siguió, preparado para acabar con quienquiera que se interpusiese en su camino. Al llegar a un pasillo lleno de estantes con armaduras, el guardia bailarín los contó con el dedo, haciendo gestos cada vez más exagerados. Cuando llegó al tercero, agarró la alabarda de la armadura y dejó caer todo su peso sobre ella como si fuera un paso de baile. Ésta se dobló, provocando el movimiento de una serie de mecanismos tras la pared. Al retirarse el muro, el guardia dio un salto asustado hacia atrás y luego, de súbito, adoptó una posición mucho más marcial mientras le hacía una reverencia a Leon para que entrase. El vera sangre lo miró a la cara por última vez antes de adentrarse en el túnel. Tenía una sonrisa desencajada que le recordaba a Alois cuando tenía que arrastrar a alguien hasta el bosque. Ahora captaba su olor de forma diferente. Era como si se hubiera transformado, pero siendo aún "él". Tal vez sería mejor no acabar con ese ser, por el momento.

Dejando de lado esos pensamientos turbios, prosiguió por la hendidura recta y larga, por la que continuó andando durante largo tiempo en total oscuridad. Un pasillo negro por delante, un pasillo negro atrás y roca toscamente pulida a los lados. Siguiendo otro largo rato, el vera sangre pudo ver por fin un punto luminoso, el cual, a juzgar por el tamaño, tardaría un poco más en llegar. Y así alcanzó por fin a la salida del túnel, en una mañana clara y nublada que fue suficiente como para cegarle ante la presencia angelical que tenía delante. No hacía falta verla para saber de quién se trataba.

—Me alegro de que hayas vuelto, Freya —dijo el vampiro, aún

cubriéndose los ojos con el brazo.

En otro punto de la palaciega mansión, el terrateniente posaba sonriente con una dama tendida en cada brazo. Ambas estaban desnudas salvo por una tela translúcida de color rosado. Por último, las dos mujeres compartían un detalle: sangre descendiendo desde su cuello hasta sus senos y de allí hasta el suelo. El pintor que retrataba la escena era ni más ni menos que DuPont, sólo que más pálido de lo que solía ser cuando era humano.

—Le permito hablar, DuPont, si pierde la concentración mientras termina el retrato quedará mal y tendré que matarle por segunda vez —sonrió Lerroux, aunque tanto él como su siervo sabían que era bien capaz de cumplir esa amenaza.

—Está bien, *messieu* —contestó éste—. ¿Por qué ha dejado escapar al vera sangre?

La sonrisa del terrateniente se acentuó aún más, aún sin cambiar aquella incómoda postura.

—Siempre hago lo que me piden. Nunca hago más, nunca hago menos. ¿Podría un terrateniente normal capturar a un vera sangre? Es remotamente posible y aceptable. ¿Podría mantenerle en cautiverio sin conocer su secreto? No; claro que no. No con tres ancestros de su lado. Esta jugada de hoy me asegura una promoción y una reprimenda por parte de Su Majestad, que me mantendrá aquí al menos por unos años más, pero preparará la hoja con mi ejecución. Nuestro monarca absoluto disfruta jugando al ajedrez, gane o pierda... pero no soporta quedar en tablas. Un empate. En mi caso lo considero un equilibrio perfecto; una armonía única que hace que dos grandes enemigos sobrevivan eternamente sin poderse hacer daño el uno al otro a no ser por mutuo acuerdo. ¿Cuál es el destino más cruel, DuPont? ¿Morir a manos de su enemigo o quedar solo por toda la eternidad en un tablero vacío?

—Nunca aprendí a jugar al ajedrez, *messieu*. Aunque con la eternidad por delante creo que sería un crimen no aprenderlo.

—En efecto. Es un juego interesante, el ajedrez. Aunque algo

simplista cuando se lo compara con su creación original, la chaturanga.

—Siempre dos pasos por delante de todos.

—Y dos por detrás también, siempre que pueda. El equilibrio es lo que hace que mi juego sea elegante e imparable. ¿Le he dicho alguna vez que jugué contra el mismísimo rey en persona?

—He oído que es invencible. ¿Le derrotó?

—No. Perdí rápidamente al principio —sonrió—. Pero lo hice sin quedar como un novato. Llevé la partida hasta un punto en el que podríamos haber quedado en tablas si yo hubiera querido.

—¿Y se dejó ganar?

—Sí. Cometí a propósito un error. Él lo notó y eso lo hizo enfurecer. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque él estaba obsesionado con vencerme para no quedar en tablas. Porque no soporta el estancamiento absoluto. Se estaba esforzando por derrotarme y no quedar en esa situación tan angustiada... y yo le había dejado ganar sin más. ¿Puede imaginarse ofensa semejante? ¡Más aún con lo que estaba en juego!

—¿Una apuesta? —rio DuPont, fijando su mirada en la paleta de colores— ¿De qué se trataba?

—Fue tras la revolución. Si le ganaba conservaría mi puesto en París, con mi antigua mansión y todos mis privilegios.

—¿Y si perdía?

—Sería ejecutado por mi error cuando todo se descontroló. ¿Comprende ahora por qué se enfadó tanto cuando le dejé ganar?

Sí —sonrió DuPont volviendo a hacer trazos suaves y certeros sobre el lienzo.

—Me ordenó encerrar, enfurecido. Luego me perdonó la vida y me dejó a cargo de esta ciudad. Una solamente. Comprendió que dejarme derrotar en lugar de buscar quedar en tablas era entregarle mi vida como señal de respeto y obediencia, pero seguía enfadado y yo había cometido un error. Ya ve, me condenó aquí a gobernar y sufrir el aburrimiento de una vida aislada en un lugar de mala muerte. Todo lleno de campesinos convertidos en obreros. Él los detesta a ambos y consideró eso un castigo. Sin embargo, esa

jugada suya me permitió ganar la partida al final, pues siempre que puede prescindir de mis servicios lo hace. Perdí la partida rompiendo las tablas, y con ello le derroté. ¿Puede creerlo? Una victoria, una derrota y unas tablas realizadas en la misma partida: armonía.

—Parece usted un maestro del ajedrez, *messieu*. Sería un honor poder aprender de usted.

—Y lo harás, porque tú también eres especial, DuPont. No tanto como Rea, lo admito, pero sí más que el resto de vampiros. ¿Cómo va tu pulso?

—Algo más firme, gracias. La coordinación dejó de ser un problema desde que me disparó. Tenía usted razón: el verse morir de verdad le pone a uno las cosas en su sitio.

—A veces sí, a veces no —dijo quitándole importancia—. Rea sigue sin probar bocado.

—Sólo han pasado unos días. Nuestro servicio es amable, ignorante de su condición actual... y humano. Eso debería bastar para que no les mate por accidente, aunque si sigue sin alimentarse tal vez ocurra. Es un ser espeluznante cuando libera sus impulsos. Sentí verdadero pánico tras tantos años de tenerlo todo bajo control. Fue... interesante.

—Perder el sentido común y acabar con todos de forma cruel e injusta, ¿no es acaso el desagradecido sueño de todo adolescente? Si Vorobiov sobrevive hasta que esté lista, me encantará ser el artífice de su reencuentro.

—Ah, ¡*les enamorées!* —rio DuPont, quien continuó pintando con trazos algo más seguros que antes.

2: Carmille, el jinete en la noche.

A la luz de una hoguera, se sentó la condesa para que reposara

su caballo. Ella, vestida esta vez para cabalgar, decidió detenerse para leer los detalles de la misión antes de tiempo.

Honorable Condesa.

Desde César a Adriano, el último gran emperador; desde Charles Martel hasta el magnífico Napoleón Bonaparte, cuyo asesinato supuso una pérdida tan necesaria como dolorosa para la sociedad, no ha habido súbdito más capaz, leal y...

No necesitaba leer eso. Estaba harta de halagos; ya no le interesaba esa clase de vida. Tal vez lo leería algún día. Por ahora le interesaba sólo la misión, así que dejó de lado todos los elogios por un par de centenares de años de servicio y avanzó hasta encontrar los detalles de ésta:

Lyon se vio afectada hace semanas por una serie de altercados causados por un vampiro proscrito. Nada que no tenga remedio, por el momento, pero puede escalar a más. El líder vampiro no debe ser subestimado: su nombre es Leon Nycephorus Phyrík y es un vera sangre.

Erzsebet se relamió los labios ante la idea de enfrentarse a un vera sangre. Tal vez era algo que necesitaba desde hacía tiempo.

El terrateniente local ha hecho un trabajo aceptable a la hora de intentar capturarlo. Si lo ha logrado seréis vos quien elegirá su premio, si no es así, su vida está en vuestras manos. Ha contratado a una orden de humanos para exterminar a cuantos falsos ancestros aparezcan. Un movimiento acertado, pero temo que se haya excedido y sospecho que puedan intentar algo si las circunstancias les favoreciesen. Si es así, no intentéis nada hasta estar segura de sus intenciones y de que os conviene que sean destruidos. Estad alerta y sed discreta. No provoquéis el caos

entre los ciudadanos, si es posible.

Sospechaba de esa situación. Cornelius era cauto, pero lo estaba siendo demasiado aquí, como si en cualquier momento tuviera que elegir ponerse de parte de alguno de aquellos bandos contra un poderoso enemigo. Era intrigante y excitante. Lo que en un principio le había parecido un aburrido retiro de un par de décadas, se empezaba a convertir en una opción mucho más atractiva.

Temo que haya más en juego aquí de lo que nos han hecho saber. Desde hace unas semanas perdimos contacto con uno de nuestros agentes. Era una de las condesas, como vos.

Ofenderla tras la despedida no era un gesto nada acertado por parte de Cornelius, aunque fuera por compararla con una de las mejores espías del reino. Sin embargo, no le importó. Hacía muchos años que no habían perdido a una condesa en una misión. Era cierto que había pasado algún tiempo sin recibir informes de algunos agentes, pero ella misma sabía que eso eran gajes del oficio; volver a dar señales de vida tras semanas o incluso meses de desaparición era natural cuando debían ocultarse del enemigo. Aún con todo, si el monarca decía que la agente había muerto, era muy probable que así fuera. Aquello prometía. La carta proseguía con detalles sobre el señor de ese territorio:

Ello me hace suponer que la orden de cazadores de vampiros cuenta con más medios de los que pensamos, o tal vez sea todo un ardid del señor del lugar; guardad las distancias con él. El Barón Damien Lerroux es un condecorado terrateniente venido a menos tras su fracaso al redirigir la revolución. Logró ascender a esa posición de importancia hace años, pero sus progresos siempre rozan lo aceptable. Su mayor mérito es tal vez que se ha mantenido muchos años a mi servicio, pero eso no es sino otra razón

para desconfiar de sus intenciones, pues tiene una capacidad e inteligencia que trata de ocultarme, lo sé. Es posible que esté intentando algo por su cuenta; no os fieis de él. Recordad que no se le debe subestimar: es sabio y, como comprobaréis, algo temerario en ocasiones. Si descubrierais que efectivamente trama algo contra mi persona, seréis vos la encargada de juzgarlo personalmente. Vuestro nombre para esta misión e identidad para la siguiente década será el de...

Cuando leyó el nombre por primera vez no pudo sino dar un respingo. Carmille, decía. Carmille Rouge. Era un nombre algo irónico, por eso lo detestaba. También era, aunque algo ambigua, la señal que Alexander había predicho... a su manera. Ello quería decir que debía cumplir su promesa para con él. Lo que parecía un inicial retiro personal se estaba volviendo más y más interesante por momentos. No se aburriría tanto como pensaba.

Carmille Rouge. Recordadlo bien. La información adicional está en el documento al terminar esta carta. Podéis memorizarlo o cambiar los detalles como convenga. Los documentos que no se adjunten en este sobre os serán entregados por el Barón Lerroux en persona. Encontrarse con él será lo primero que deberéis hacer nada más llegar a Lyon. Investigad, descubrid y proteged nuestros secretos, pero hacedlo siempre de forma discreta, no como una espía, sino como la ciudadana que ahora sois. Vigilad bien; el vera sangre por sí solo ya es un peligro muy grande. Debéis neutralizarlo cuanto antes y desmantelar sus planes, sean cuales sean. Leon Nycephorus Phyrík es altamente dañino para mi persona. Proteged esta sociedad que habéis ayudado a construir.

Mientras leía el resto de la carta, jugueteó con el anillo que guardaba en un compartimento de su cinturón. Había llegado la hora.

—Espero que estéis vivo, Alexander.

—Y yo espero que vos comprendáis ahora el motivo de mi

preocupación, Carmille —dijo el joven casi al instante, ávido por hablar con ella.

—Pequeño diablillo, ¿sabíais lo de mi nombre?

—No cuando hablamos por última vez, pero sí, desde hace algunos días. Esa vestimenta de cazador os favorece.

—Habéis recuperado vuestro buen humor —dijo sin disimular su disgusto—. Enviaré otra carta a Cornelius para que os drene de nuevo. Seréis mi guía en mi última misión, Alexander. Si veis algo interesante hacédmelo saber.

—De inmediato, condesa —asintió él.

—Una cosa más. ¿Cuánto puedes ver?

—Veo... a ti, y a todo lo que te rodea. Una noche oscura y hermosa, llena de estrellas, pero algunos detalles son algo vagos, como en un sueño.

—Podréis serme útil e investigar conmigo pues —dijo Carmille—. Apuesto a que es vuestro entretenimiento favorito desde hace años.

—Y acertaríais, mi señora.

—Apenas pienso detenerme hasta llegar a Lyon, donde llevaré a cabo mi misión. Portaos bien y sed un buen compañero de viaje. ¿De acuerdo?

—No sé aún de qué misión se trata, pero sé que será importante. Así pues no puedo sino aceptar vuestras condiciones y agradeceros nuevamente vuestra...

—Basta de agradecimientos —le cortó la condesa—. Ah, y a partir de ahora dejemos las formalidades. ¿Comprendes?

—No nací en un palacio, Erzsebet —sonrió el chiquillo—. Es más natural para mí hablarte así... y me alegro de hacerlo, pues te considero una buena amiga.

Ese comentario la hizo sonreír. Aquel vera sangre de aspecto y voz encantadores, aquel niño que le hablaba a veces con una pureza y sinceridad dignas de alguien de su aspecto, era en realidad un demonio encadenado que podría derrocar un reino entero si algún día llegase a recuperarse.

—Tal vez te deje hablar un rato más luego, pequeño. Ahora tengo un poco de prisa.

—No te olvides de este niño maldito que ha perdido la noción del tiempo. Adiós.

Guardó el anillo de su dedo a una pequeña bolsa negra y repasó los datos de la misión. Con renovada vitalidad y ganas de encontrarse con aquel desafío en Lyon, Carmille miró a su caballo y volvió a emprender la marcha. Tenía bastante dinero como para no tener que preocuparse durante algún tiempo, así que de nuevo se dio un capricho y decidió forzar al animal a que le llevase tan rápido como pudiera hasta el pueblo más cercano. Su hermoso caballo negro, amaestrado durante años por los mejores mozos del clan y por ella misma de vez en cuando, acabaría reventando antes de llegar a Lyon. No sintió pena por él; era para lo que estaba predestinado. Carmille acarició la crin oscura del magnífico animal y lo besó tras la oreja. Éste se inclinó con dignidad. Listo para la marcha. Había comprendido las intenciones de su ama, pues el vínculo entre ella y su montura era grande. El hermoso corcel sabía que iba a morir y lo aceptaba con orgullo, como un guerrero que se alza valientemente en una batalla perdida. En cuanto su dueña montó en él, el animal salió disparado, galopando por el bosque como un diablo enfurecido. La mujer vampiro notaba la respiración del animal, su concentración; su pecho ardiendo por el cansancio y por la furia de un espíritu desafiante que escogía acabar su vida envuelto en gloria y nobleza. Acarició de nuevo sus crines en señal de aprobación. Era un gran caballo con una buena muerte. Una que habría podido desear para ella misma.

3: El castillo sobre el bosque.

Blanche y Juste entraron en la pequeña sala donde Klaus se había recuperado del encuentro con el ancestro. Ahora no tenía mejor aspecto, pero sí mucho mejor humor. Tenía vendajes en la

cabeza, moratones en la mejilla derecha, la nariz atrincherada en tablillas para ponerla de nuevo en su sitio y tantas vendas sobre su torso desnudo que sólo sus hombros estaban al descubierto.

—Hola, Blanche. Compadre, me alegro de verte también —sonrió el cazador al ver que Juste había venido con ella.

—¡Jesús! ¡Tienes vendas por todos lados!

—¡Juste! —susurró Blanche dándole un codazo.

—El otro queda peor aún que yo, ¡aunque no era vampiro rico, lo siento!

El posadero zíngaro se acercó sonriente. Estuvo a punto de darle una palmada a Klaus en el hombro, pero al verlo así se lo pensó dos veces. A pesar de su estado, el humor del cazador de vampiros era sorprendentemente bueno.

Habían pasado sólo unos días desde el incidente con el vampiro de ojos verdes. El polaco parecía tener ahora la vitalidad de alguien mucho más joven y un buen humor que no había tenido en años. Sonreía a menudo y, a pesar de contestar siempre con las mismas frases cortas, parecía mucho más jovial. Realmente se había retirado.

—Perdona que no haya venido antes —dijo Juste—. Ahora con el toque de queda y vigilancia por todas partes no se puede ir a ningún lado. ¡Pero al menos no se repite nada como lo de hace un par de noches!

—¿Cómo te salvas tú?

—¡Te dije que si me encontraba un vampiro lo dejaba seco de un manotazo! —rio el gigante mostrando su puño cerrado— Pero luego me vi rodeado por otros tres vampiros más, y justo cuando pensaba que de allí no salía... ¡Apareció ni más ni menos que el tipo al que ganaste un pulso en la taberna con algunos de sus amigos! Todos empuñaban armas o al menos palos, me dieron uno y acabamos con dos de esos monstruos. Arañaban y tenían mucha fuerza, pero estábamos bien armados y nos movimos juntos. Uno de los amigos de Marcel, un hombre con una cicatriz así desde la ceja hasta la mejilla —dijo trazando una línea sobre su rostro con el dedo— y con una voz ajada como si llevara toda su vida dando gritos, se puso a chillar órdenes y acabamos todos formando un

círculo como si fuéramos romanos. Y allí, con palos, navajas y antorchas, aguantamos varias horas hasta que vinieron los cazadores de vampiros. Tuvimos suerte, aunque no todo el mundo la tuvo. Todos recordaremos esa noche. ¡Pero también recordaremos a los héroes que nos salvaron!

—Me hubiera gustado salvar antes —murmuró Klaus

—Y a mí —le apoyó la monja.

—El caso es que se ve que no han terminado. Cada día salen nuevos vampiros a la luz. La gente no se queja porque tiene miedo todavía, pero... la ciudad está paralizada y eso no es tampoco nada bueno. ¿No creéis? Mi jefe no está muy irritado de momento, pero a este paso nos quedaremos sin faena y sin dinero... y eso puede traer muchos problemas en esta ciudad.

—Puedo hablar con Luciano —contestó la monja—. Nunca se ha dado una ocupación tan grande como ésta que yo sepa, pero tampoco ha ocurrido nunca nada parecido al ataque de esta ciudad. Normalmente intentamos permanecer en el anonimato. Todo esto sigue siendo muy extraño.

—Rea —dijo el cazador—, la chica. ¿Se fue?

—Sí. Luciano me dijo que se marchó al norte con... su amigo el vampiro, aquí corrían peligro al parecer. Lamento que no pudiera venir a despedirse.

—No le creo.

—Ha sido un gran maestro para mí —dijo Blanche—. Yo le confiaría mi vida.

—Y te yo confío mi vida a ti. Pero no a él. Lo siento si bruto.

Aquel comentario hizo reír a la cazadora de vampiros.

—No, no. Está bien. Comprendo lo que quieres decir.

— ¿Tú no vas a ayudarles? —preguntó Klaus.

—No. No me dedico a eso ahora. No hubiera detenido al vera sangre si no hubiera sido por proteger a Rea y por lo que planeaba... es más complicado de lo que parece.

—Me estoy perdiendo un poco en esta conversación —dijo Juste— pero, ¿qué planeaba?

—Luciano dijo que intentaba convertir a tantos como pudiera y luego tomar la ciudad por la fuerza. Cuando eres mordido por un

vera sangre te conviertes en un falso ance... en un vampiro más violento y salvaje. También dijo que estaban buscando al vampiro ancestro que atacó a Klaus, pero que de momento no había ni rastro. Es como si se hubiera desvanecido. Tal vez por eso no se hayan ido aún, si el ancestro atacara la ciudad... bueno.

—¿Crees que ha ido persiguiendo a Rea? —meditó el cazador.

—No lo sé. Espero que no.

—Yo también lo espero. Es peligroso. ¿Te acuerdas de mi monóculo? Llévalo tú estos días. Yo no puedo moverme mucho y ahora los otros cazadores no dejan moverse ni a mí ni a la gente, pero a ti te dejarían. Tómallo.

—Te lo devolveré, ¿eh?

—Estoy retirado, pero es un recuerdo del maestro. Cuídalo para devolverlo de una pieza.

—Claro, pertenece a un buen amigo —aclaró mirando a su alrededor con él puesto.

—¿Para qué sirve eso?

—Puedes ver vampiros y rastros, se ven colores diferentes por cristal.

—¿De verdad? Me vendría bien uno de esos, desde lo de la otra noche me da por cerrarlo todo a cal y canto a partir de ciertas horas. ¡Hasta en las ventanas he reforzado los cerrojos!

—No creo que se repita, pero no está de más prevenir —dijo Blanche—. ¡Vaya! Es curioso. Veo un color distinto en el libro que me trajiste.

—¿Qué color?

—Amarillo.

—Eso es muy grave si pasa en alguien.

—Ah, ¿sí?, ¿qué significa?

—Amarillo es el color de una persona... cuando tiene poca vitalidad. Cuando el vampiro la ha mordido o está muriendo enferma.

—Pero esto es un libro.

—Lo sé —sonrió—. Debe de ser que el dueño pasa mucho tiempo junto al libro y se le ha pegado un poco la vitalidad. Eso pasa a veces con objetos muy queridos, nada para alarmarse.

—Lo dices como si eso pasara todos los días —le sonrió la monja.

—Yo creo que pasa —dijo Juste, devolviéndole la sonrisa—. Tengo bastantes cosas que uso cada día. Algunas son casi parte de mí. Lo entiendo.

—Sí. Pasa mucho. Con mi vieja ropa seguro que también.

—¿Qué color debería tener un ancestro? —preguntó Blanche.

—Vampiros normales tienen colores oscuro apagado, vampiros listos rojo apagado y ancestros tienen rojo brillante y negro. Poco frecuente, pero no se va fácilmente.

—Eh, Blanche —dijo Juste colocándose ante la puerta— ¿Cómo me ves? ¿Soy un vampiro?

La monja se volvió hacia él, divertida.

—A ver... ¡Oh, Dios mío! Klaus...

—¡Pero mira que eres mala! —rio el zíngaro— No me vas a hacer picar.

Sin embargo, Blanche pasó de largo y quedó atónita mirando hacia una colosal aureola roja que devoraba el horizonte. Se avecinaba algo. No sabía lo que era, pero allí estaba: visible únicamente por el monóculo de Klaus. Aquello no era simplemente el rastro de un vampiro. Era más inmenso, más imponente y amenazador, todo uniforme. A lo lejos, desde el Este, parecía una inmensa estructura, como una ciudadela hecha de tejidos y sangre, se erigía el monumento infernal, acercándose más día tras día.

Fuera lo que fuera lo que esa mácula en la realidad causaría una vez llegara a Lyon, sería algo que causaría males inconcebibles. De eso estaba segura.

4: Bautismo de odio.

No podía ver donde estaba. Apenas estaba consciente o

recordaba cómo había llegado allí. Recordaba, sin embargo, la pintura con la firma del alquimista pintor, antes de desvanecerse todo en la negrura. Si hubiera muerto allí, hubiera sido una cruel broma del destino. Gilbert había desaparecido; él estaba solo.

“¿No sabes dónde estás? ¡Greblos!” Resonó una voz en las sombras. “Estás conmigo. ¡Siola! La *oscurirucso* se ha desvanecido, pero volverá pronto a por ti. ¡*Dröfda rbyel snia!* ¡*Itsenad!* Cuando ella llegase tú ya te habrías ido, pero no ocurrirá así. ¡*Liahim itsenad!* Sólo la osc-k-curidad podrá llevarte; ni yo, ni tuss heeridas, ni nadie. Por eso ahora te maldigo y extiendo tu v-vida... con una promesa de muerte. ¡*Etreum!* El gran maestro podría matarte, sí, pero no lo desea. Me lo dice; me susurra que alargue tu existencia para que puedas ver lo que te espera. Ella. Ella te espera. A ti, y a mí, y a todos. A todo.”

El alquimista trató de moverse, pero estaba más muerto que vivo. Lo que había tomado para enfrentarse a los vampiros le había sido muy útil para no desangrarse cuando cayó por el tejado, más ahora se encontraba con la mente nublada. Supuso que no habían pasado más de doce horas desde que se desmayó, pues aún sufría aquellos efectos. Sus órganos internos habían aguantado demasiado ya. Moriría con toda seguridad.

“¿Sabes lo que me dijo el gran maestro cuando me encontró? ¡*Safla'm!* Me dijo que tenía talento. Me dijo que era un dios entre los hombres y que ningún hombre, mortal o inmortal, podría detenerme, sólo cuando la oscuridad lo desee. ¡*Liahim itsenad safla'm!* Luego vino el dolor, y el miedo, y la angustia. Yo te enseñaré esto ahora, pero no morirás hasta que la oscuridad vuelva. Pronto. ¡*Etree-um-mim!* ¡*Etreum!*”

Hizo un esfuerzo porque el cuchillo oculto bajo su manga se abriera. Perforó la tira que ataba su mano. Notaba como la sangre fluía por la nariz y las orejas, tan mareado que apenas era consciente de sus actos. Sólo sentía rabia por haber llegado de nuevo a esa situación. Una rabia que usó para concentrarse y que le permitió cortarla poco a poco con un movimiento corto y repetitivo. Quiso continuar, pero la aterradora risa desquiciada del vampiro le hizo detenerse.

“¡Te enseñaré el dolor! ¡*A’yerf!* ¡Y la loc-c-cura! Porque algún día yo me uniré a la oscuridad y seré uno con ella también! ¡*Sokkh’ard!* ¡A mí no me llevará! ¡A mí me querrá! ¡*Ortse zzná!* ¡El maestro así me lo ha dicho!”

Canturreaba mientras hacía algo en lo que parecía un armario de metal. El maestro alquimista no tenía ni idea de dónde estaba y la impenetrable penumbra de aquella sala no ayudaba mucho tampoco. Como su captor no se había dado cuenta, alcanzó la tira que ataba su torso. Al serrarla, notó como si ésta hubiera estado sujetando las heridas, pues éstas se abrieron de nuevo y empezaron a empapar su camisa de forma alarmante. Con un último esfuerzo, retiró también la correa de su cuello. Aparte de su brazo, el resto del cuerpo apenas le respondía. Estaba perdiendo el tiempo. Eso no hizo más que empeorar su estado mental. Sentía una extraña paz, pero al mismo tiempo odio; un odio tan puro que le obligaba a aferrarse a su existencia a fuerza de maldecir a ese mundo podrido que le había traicionado ya tantas veces. Sin embargo, ni siquiera eso sería suficiente esta vez. En lugar de seguir quitando todas y cada una de las tiras que lo sujetaban, miró en el interior de su chaqueta, que había sido desabrochada, y rezó por que estuviera allí lo que buscaba. Estaba, pero en las condiciones en las que se encontraba algo así le costaría la vida. Una vez más era jugarse el todo por el todo. Vertió el contenido de este último frasco entre sus labios y notó como su cuerpo se quebraba por la tensión y el esfuerzo. Aun así se las arregló para dejarlo todo en su sitio y colocarse como si aún siguiera sujeto. El alquimista empezó a temblar.

“Vamos a comenzar”, exclamó el sonriente vampiro acercándose más y más.

»¡*Aelu kharddalvo!* El señor del odio despierta a los muertos, el de las muchas caras observa.

»¡*Itsenad!* ¡*Liahim!* El señor del miedo baila en su bosque ¡*Safla’m!* ¡*E tcon!* El del engaño en su lecho descansa. ¡*Ydsa-sa-sa-dán!*

Aquel cántico maligno era como un ritual de preparación para su propia muerte. Cuando se volvió de nuevo, el maestro alquimista

siguió intentando liberarse de sus ataduras, pero estaba demasiado débil. No podría liberarse, y menos reducir a nadie tal y como estaba.

“El señor de la muerte hila y prepara”, prosiguió. “El señor de los reyes reposa y trama.”

Ahora podía verlo. Sus ojos brillando en la oscuridad, su expresión sedienta de sangre y el tosco cuchillo listo para hendirse en la carne del alquimista. Era un vampiro; un ser tan monstruoso como todos los demás que había visto. Sin embargo, éste conservaba algo de lucidez. El alquimista sentía que sólo le podía salvar un último pacto: arriesgar su alma de nuevo por intentar conseguir un imposible. Esta vez no le bastaba una victoria a medias: necesitaba lograr su cometido. El cuchillo de su torturador le empezó a hacer un corte en el brazo izquierdo, entrando en su carne con un cuidado extremo, como si temiera romper la armonía de ese momento. Mientras tanto, el alquimista callaba.

“Sé que estás despierto” canturreó de nuevo “¡DESPIERTO!”

La hoja de metal se clavó con fuerza y súbitamente en el brazo de Eckhart. Éste aprovechó el impulso que le otorgaba el dolor para liberarse y agarrar al vampiro. No se lo pensó un instante. Antes de que éste tratara de liberarse, el alquimista mordió al vampiro en el cuello con cuantas fuerzas pudo encontrar y empezó a beber su sangre.

Su sorprendido captor intentó escaparse, pero los efectos del brebaje que Eckhart había bebido lo hacían mucho más fuerte además de matarlo lentamente. Qué importaba morir lentamente cuando se ganaba algo como aquello: una maldición que corría por la sangre de esos demonios como ahora correría por la suya. Las convulsiones y gritos de terror del vampiro se hicieron más fuertes. Ahora incluso lloraba por el miedo, pero no era miedo al alquimista que le estaba robando la vida, sino a la figura tras él que le sonreía desde la oscuridad: el cuervo de ojos encendidos que una vez lo había atormentado hasta hacer que Alois Bellard se convirtiera en el atemorizado esclavo que hoy era. ÉL, el de las muchas alas, lo había engañado también.

Pero eso no le importaba al alquimista. Él tomaría esa vida

maldita y entonces tanto la piedra como el libro serían suyas, pues nadie podría detener a Eckhart Solberg, renacido para caminar en la noche eterna. De pronto lo vio todo claro: resurgiría.

5: La hechicera.

Por fin, tras una larga semana de cabalgar sin descanso, había llegado a su destino. Carmille, que era como se llamaba ahora, rodeó la ciudad a lomos de su caballo. Lyon era ahora una fortaleza prisión, cuyas calles estaban cubiertas por grupos pequeños de soldados haciendo una guardia que parecía no terminar. En su intento por controlar aquella gran urbe, algunas de las avenidas y caminos habían sido vallados, aprovechando los edificios para completar ese muro, que era tan inefectivo como innecesario: la gente de los pueblos y asentamientos que rodeaban la ciudad habían desaparecido. Seguramente, cualquiera que intentase dejar la ciudad debería enfrentarse en soledad al frío mortal que lo envolvía todo; un frío de naturaleza misteriosa que había desolado campos y aldeas. Pero eso no era lo único que había devorado la vida de los pueblos. Montañas de cadáveres apilados y a medio incinerar daban a entender que la peste había vuelto a esa región con una fuerza insospechada, repentina y virulenta.

Le hubiera gustado detenerse a investigar más, pero sabía que encontraría más pistas sobre el paradero de la gente en esa capital de la locura. Se imaginaba a la ciudad gobernada ahora por miedo, superstición y una fuerza militar bastante considerable. Probablemente estaba en lo cierto. Resultaba fascinante la facilidad con la que los impulsos básicos humanos tomaban el control sobre una sociedad que pretendía estar por encima de estos. Carmille no sabía aún nada de lo que ocurría en el interior de la ciudad, pero no le hacía falta ver el futuro para saber lo que se encontraría cuando

lograra infiltrarse. Represión, miedo a lo que ocurriría si aquella institución tiránica se quedaba, sumado al terror aún mayor que suponía imaginar lo que podía pasar si los soldados se marchaban. Ella había cambiado mucho durante todos aquellos años, había aprendido de sus errores y se había comprometido a no repetirlos; sin embargo, la humanidad seguía igual: mancillada por su propia existencia cíclica y sisifea, por más que la quisieran maquillar con nuevas vestimentas y aparatos modernos. La humanidad, como la guerra, permanecía inmutable en el más primitivo de sus sentidos.

Se acercó a una de las entradas de la ciudad y dejó que uno de los vigías la viera. Éste también se aproximó, para cerrarle el paso.

—La peste ha entrado en la ciudad y no se permite entrar y salir a nadie. Vuelva por donde ha venido, señorita. Esta ciudad está ya perdida.

—Tal vez haya venido aquí a morir —contestó con indiferencia.

—Aun así —titubeó el guardia ante semejante respuesta— está prohibido.

—¿Quién lo ha prohibido?

—Tenemos órdenes de contener esta plaga aquí. Se nos ha ordenado usar la fuerza si fuera necesario, señorita. Por favor de la vuelta. No es una petición.

Vestida de amazona, polvorienta y sobre un caballo fatigado no intimidaba a nadie. Tampoco parecían comprender su naturaleza. La condesa dio media vuelta sin mediar palabra. Discreción. Volvería al anochecer, por ahora le interesaba reunirse con el terrateniente. No sabía si el Rey Carmesí era consciente del lugar al que la había enviado, pero sí lo era, había sido un último gran regalo por su parte.

Todas las piezas estaban ya en su sitio. Mientras una alineación fatal se aproximaba, los ancestros se estiraban y volvían a la vida. Algunos escapando de un letargo de más allá de la muerte, otros reencarnándose en seres inferiores o tomando forma desde el corazón de las tinieblas. Unos, en su infinita maldad y sabiduría, ya estaban allí cuando empezó; otros llegaron más adelante. Tras el

juego de los seis esa ciudad perecería y el mundo cambiaría para siempre. El campo de batalla estaba dispuesto, los jugadores listos. Sólo quedaba esperar a que la sombría sonrisa de la luna creciente revelase el destino del mundo... y al alquimista que trataría de impedirlo.

Personajes

André DuPont: Sirviente desde niño, DuPont mostró una curiosidad y una capacidad para descubrir cosas dignas de admiración. Lerroux vio ese potencial y lo convirtió en el dirigente de sus agentes en Lyon. Aunque él se hace llamar a sí mismo “administrador”, DuPont es el que se ocupa de que las órdenes del terrateniente sean cumplidas al pie de la letra y sin errores. A pesar de todos sus logros, sin embargo, DuPont es humano y no ha sido entrenado para el combate. Con la promesa de la vida eterna aún brillando en sus ojos algo envejecidos, André DuPont sigue sirviendo lealmente a Lerroux para poder ser algún día uno de los hijos del dragón carmesí.

Alois Bellard: Apenas nada se sabe de quién es esta pobre alma atormentada o de cómo acabó así. Este *dhampir* de dientes afilados fue una vez un prometedor capitán del ejército francés. Aun siéndole arrebatado su futuro militar, al ser convertido por el *upir* Leon no le pareció tan mal destino al principio y mostró un gran interés en aprender todo lo que el viejo vampiro tenía que mostrarle. Sin embargo, Alois se volvió ambicioso y decidió perseguir su propio destino, con tan mala fortuna que acabó enfrentándose a Leon para poder huir. Éste le derrotó, lo ató de pies y manos y lo dejó en medio del bosque para que el demonio Malfas le inculcara obediencia. Funcionó: Alois se volvió completamente leal al ancestro y a sus sirvientes, así como a Leon, pero su mente quedó totalmente destruida. No quedaba nada

apenas del joven capitán Bellard, sólo un despojo andante; un sirviente del señor oscuro que repetía sin cesar las mismas palabras ininteligibles, como espasmos, vestigios del obsesivo y complejo pensamiento de su maestro, el cuervo de alas múltiples.

Alexander: Vera sangre con las habilidades de un wurdalak. A diferencia de Leon, sus habilidades físicas son algo más parecidas a las de un vampiro normal, pero su poder para mesmerizar es tal que ha de estar constantemente en un estado de debilidad para no escapar de sus ataduras. El Rey Carmesí Cornelius bebe su sangre constantemente para mantener sus capacidades superiores y drenarle fuerzas, pero la razón por la que mantiene con vida a Alexander es por venganza contra uno de sus antiguos enemigos. Aunque rara vez lo mencionen, Freya y Leon conocen bien a Alexander; tanto como sólo un gran amigo (o enemigo) podría hacerlo. En su debilidad, este *upir* con aspecto infantil y hermoso ha desarrollado sus habilidades mentales hasta tal punto que puede sobrepasar los hechizos de Erzsebet y comunicarse así con ella. Entre ellos hay algo parecido a una amistad secreta, que podría desvanecerse si las palabras equivocadas fueran dichas.

Blanche Joïe: Amable y risueña, esta monja siempre encuentra formas de ayudar a los demás. Lo cierto es que en el fondo de su corazón intenta olvidar su pasado como cazador de vampiros, sin estar muy segura de haber hecho lo correcto al retirarse años atrás.

Su verdadero nombre es Esther. Tras sufrir una pérdida en su juventud, Blanche se unió a una orden de cazadores de vampiros y juró perseguirlos hasta el final. Sin embargo, en una de sus últimas cacerías algo ocurrió que le hizo decidir retirarse para siempre. El último vampiro con el que acabó fue el de la hija de Michel, quedando tan arrepentida por ello que decidió formar parte de la parroquia para expiar sus pecados y ayudar al anciano párroco.

Borislav II el Cauto: Zar del imperio del clan tormenta que precedió a Borislav el Fuerte, que pereció en combate en una lucha interna por el control del imperio. A diferencia de su antecesor, Borislav confía en poder establecer una paz duradera con el rey Cornelius para así evitar una guerra abierta que no beneficiaría a nadie. El problema en su forma de actuar reside en que suele guardarse mejor de los enemigos en el exterior que del interior.

Cornelius Lafargue/Le Roy Rouge/El Rey Carmesí: Monarca del reino del dragón carmesí durante casi ochocientos años, este inteligente y excéntrico vampiro sueña con la unificación de todos los clanes bajo su mando. Su indiscutible habilidad para mantenerse en el poder y sus poderosos aliados hacen de él un gran adversario cuyos impredecibles golpes pueden derribar fácilmente al rival más poderoso. Su peculiar atracción por el mundo de la hechicería y el misticismo le llevó a recopilar cientos de libros sobre el tema, pero no fue hasta que Erzsebet Bathory se unió a ellos que sus ansias por tener la magia de su lado se vieron cumplidas. Entre ellos hay una extraña admiración y amistad, escondida tras el deber para con el reino.

Damien Lerroux: Terrateniente de Lyon cuya aparente debilidad por las pasiones terrenales no parece frenar su capacidad para adelantarse a casi todos los extraños eventos que acontecen en su ciudad. Aunque sin tomar un bando aparente, la figura de Lerroux está sin duda inmersa en la oscura trama que poco a poco va tomando forma en sus dominios.

Diable: Diabólico genio del espejo que contenía el alma del alquimista Gilbert Mayer. Una transmutación errónea que lentamente ganó más y más fuerza hasta, por fin convertirse en un espectro completo que era capaz de transformarse en cualquier persona, aunque siempre limitado al espejo en el que Gilbert

perdió su alma.

D.Kriz: Apodado “El alquimista pintor” por Eckhart y Gilbert. Un genio de múltiples y extraordinarias habilidades que nunca aparece directamente en esta trama. A pesar de ello, parece dejar múltiples pistas que a menudo juegan en favor de los buscadores de la piedra filosofal. Amigo o enemigo, Kriz es alguien a tener en cuenta.

Erzsebet Bathory: Condesa sangrienta, reina carmesí, doncella de hierro... esta noble hechicera húngara se ha ganado un gran número de aterradores apodos. Ella es considerada por muchos el súbdito perfecto, pues sus habilidades en todos y cada uno de los campos a los que se ha dedicado han superado con creces a las de los demás miembros del clan del dragón carmesí. De hecho, es la única cuyo valor y habilidad suponen un verdadero desafío para el rey Cornelius. La verdad es que es la única que le sirve porque comprende sus deseos y no por miedo, ansia de poder o ciego fanatismo. Por eso es tan respetada por Su Majestad. La condesa también tiene una extraña amistad con el vera sangre Alexander, cuyos secretos resultan tentadores para ella, más por ser él mismo un misterio que por lo que realmente sea capaz de conocer con sus demoníacos poderes.

Eckhart Solberg: Alquimista humano cuyo pasado es tan borroso como su futuro. Conoce hechos que aún están por llegar, aunque carece de la precisión de los vampiros superiores. Él mismo no comprende ya la razón por la que empezó a buscar la piedra filosofal y los logros de Flamel, pero aun así sigue moviéndose hacia ese propósito sacrificando cada vez más y más.

Gilbert L. Mayer: Genio alquimista nacido en Múnich,

Alemania. A parte de eso, todo lo que se sabe de este ser, incluso su nombre, es falso.

Josué Benabarre: Canalizador de almas que trabaja como santero para tapar su verdadero oficio. Desde niño tuvo que enfrentarse a los horrores que su habilidad conllevaba, y eso dejó su propio espíritu traumatizado hasta que aprendió su más importante habilidad. Para canalizar correctamente, Josué vacía completamente su mente de emociones y adquiere una perspectiva exterior a sí mismo. Cuando esto sucede, está en comunión con quienquiera que esté canalizando. Como todos los otros canalizadores, el misterioso santero es un hombre que se ha visto forzado a adquirir esa sabiduría a marchas forzadas.

Klaus Nolte: Ex soldado que luchó en las guerras napoleónicas, convertido en cazador de vampiros por el maestro Julio García. En una de sus expediciones contra Napoleón, él y su grupo quedaron aislados en un monasterio donde un vampiro acabó con todos y cada uno de sus compañeros. Franz, Vladmir, Radu, Ludwig... ninguno de ellos salió con vida de la cripta subterránea. Nadie salvo él. Pero su pesadilla no hizo más que empezar, pues al volver se encontró de nuevo con los horrores de la maldición del *strigoi*. Kasia Czarnecki, su primer amor y amiga de la infancia, fue asesinada por su propio hermano, Steffen Nolte, que había sido convertido por el ancestro. Tras la derrota a manos de Steffen, le dejaron aún con vida para que se desangrase lentamente, el soldado polaco fue salvado por Julio, quien se convirtió en su maestro. Klaus no lo sabe, pero Steffen murió hace años a manos del hombre que lo salvó.

Jacques Lambert: Bandido de poca monta que deambula las calles de Lyon. Cuando sus ojos no están nublados por el alcohol, es un hombre sagaz y extremadamente peligroso si se le subestima.

De su pasado se sabe poco, sólo que Lerroux le arrebató algo hace mucho tiempo y que su odio no ha menguado un ápice desde entonces.

Julio García: Legendario cazador de vampiros y exorcista. Ya de joven tuvo un encuentro con lo sobrenatural en unas cuevas del norte de España. Allí se enfrentó por primera vez a personas poseídas por *daemonios* y aprendió a combatirlas. Por eso y por su gran habilidad como cazador, fue enviado junto con un grupo de élite para acabar con el vampiro de un príncipe valaco que amenazaba con derruir Roma hasta los cimientos. De todos los que fueron enviados contra el ancestro sólo él volvió, pero no lo hizo sin una terrible maldición sobre él y la promesa de que el vampiro volvería algún día. Excomulgado y perseguido por la misma Iglesia que había luchado por proteger, Julio huyó al norte de Europa en busca de un discípulo al que pasar sus conocimientos... y su carga.

Juste: Dicharachero y repleto de vida, Juste es un hombre que no lo ha tenido fácil en la vida. Hijo de unos mercaderes zingaros, un día su caravana fue asaltada por una banda de maleantes que soltaron a sus caballos, quemaron su campamento y dispersaron a su gente. Siendo apenas un muchacho y sin nadie a quien acudir, Juste se vio solo. Robar para sobrevivir no le resultaba sencillo y, como era fuerte, decidió aprovechar su robustez para ganarse la vida. En peleas por comida al principio, por dinero después, el gigante moreno empezó a labrarse una temible reputación, pues se movía sorprendentemente deprisa para su tamaño. Pronto se le ofreció un trabajo mejor como guardaespaldas y luego uno aún mejor, como matón a sueldo. Blanche se interpuso entre él y su primer contrato. Él dudaba aún de si hacerlo o no y consideró su encuentro con Blanche como una señal divina. Tras pasar un tiempo junto a ella viendo lo que hacía, Juste quedó tan impresionado que decidió reconducirse y dedicarse a devolver a otros como él al buen camino, con un poco de ayuda de Blanche y

de la parroquia de Michel.

La dama oscuridad: Eternamente joven, nunca una mujer. Este vera sangre es el vástago de Malfas, el de las muchas alas. Sus orígenes son desconocidos, pero una vez convertida buscó a su maestro una y otra vez aprendiendo artes oscuras hasta que lo encontró. Éste la consideró valiosa y la aceptó como sirviente en el juego de los seis. A pesar de ser sólo un *upir* como Leon, sus conocimientos sobre magia y su capacidad para rejuvenecer la convierten en un enemigo peligroso, pues con su sola presencia atrae a todos los espíritus malignos de la ciudad y los obliga a manifestarse en forma de demonios infernales. Stolas, Labolas, Belfegor incluso el mismo Malfas: todos ellos la obedecen mientras ella sirva al oscuro propósito del príncipe de las múltiples alas negras. La dama oscuridad sacrifica su juventud eterna para obtener el favor de los demonios que la sirven. También puede convertirse en una lechuza grisácea de ojos rojos, un poder otorgado por ÉL, el de las muchas alas; su maestro.

Leon Nycephorus Phyrik: El vampiro de ojos verdes. Su mirada maléfica es capaz de doblegar la voluntad de casi cualquiera. Su pasado es turbio, pero tiene que ver con la guerra. Leon es capaz de enfrentarse él solo a un ejército de vampiros y salir victorioso, sin embargo, su naturaleza de *upir* le traiciona y tiende a subestimar a su enemigo. Es natural, teniendo en cuenta lo fácil que suele resultar para un vera sangre acabar con un humano o un vampiro normal. Antes de ser vampiro, Leon dirigía un grupo de bandidos. Estos fueron atacados por el ancestro conocido como Seraph después de librar una dura batalla contra un barón húngaro que acabó en una victoria pírrica. Seraph lo convirtió y le obligó a servirle, pero al cabo de un tiempo se liberó y logró derrotar al ancestro con ayuda de los otros *upires*. Su segunda muerte tuvo que ver con la ascensión del Rey Carmesí al poder, en cuyo palacio subterráneo se halla algo de valor incalculable para Leon.

Luciano De Bragança: Anciano pero firme, el maestro De Bragança es uno de los máximos dirigentes de la Orden de la Cruz de Espinas. Juró restaurar el poder de la vieja orden y vengarse de los diabólicos vampiros. Sin embargo, los años pasaron y fue derrotado. Contentándose con las migajas que los vampiros le dejaban, Luciano se encargó de mantener a flote la Orden a fuerza de cazar falsos ancestros.

Michel: Hombre amable y descuidado que dirige la parroquia de María de la Redención Perpetua, una antigua construcción desde antes de la guerra revolucionaria. Michel es consciente de la situación de Blanche e intenta servir de guía en lo que puede. Desde pequeño, aprendió a ocuparse de los enfermos bajo la dura pero benevolente tutela de su abuelo. Agradable por naturaleza, el joven monaguillo pronto fue ascendiendo posiciones, con su abuelo como párroco. Sin embargo, la vida religiosa no era para él y decidió casarse con una hermosa joven. Su abuelo no estaba de acuerdo, pero no se opuso abiertamente. Años después, una tragedia aconteció en la familia de Michel y éste acabó sustituyendo finalmente a su difunto abuelo cuando el vampiro que una vez fue su esposa asesinó al nuevo párroco una noche. La joven Blanche fue quien terminó con el falso ancestro, liberó su alma y consoló al descorazonado Michel, que desde entonces contrajo una deuda con la parroquia y con ella que pagaría cada uno de los días de su vida.

Rea: Joven que fue convertida por el vera sangre Leon Nycephorus. Siguiendo las enseñanzas del agente imperial Vanya Vorobiov, Rea espera conseguir dominar sus habilidades para así no matar a nadie. Secretamente, también espera perder el control para acabar con el vampiro que le arrebató todo cuanto una vez tenía. Sus habilidades están muy por encima de las de un vampiro normal o incluso un vera sangre. Vanya cree que es porque es una

dhampir, pero el destino de Rea oculta un secreto mucho más siniestro y terrible, pues una figura sombría parece tejer hilos de tragedia y muerte a su alrededor.

Sergei Vorobiov: Comandante de los ejércitos imperiales y héroe de guerra de reconocido valor entre los suyos. Es del parecer que la disciplina y el valor todo lo pueden. Considera el servicio a la patria algo que va más allá de cualquier rango y obligación. Su amistad con Vanya se reduce a la utilidad que su vástago de sangre pueda tener con su patria.

Vanya Vorobiov: Ingeniero, científico y agente del imperio del clan tormenta que es enviado a Lyon por decreto del emperador Borislav II a fin de sellar un tratado de paz con Cornelius. Desconfiado por naturaleza y partiendo siempre de la lógica y la razón, Vanya espera imponerse a sus enemigos siendo más inteligente que ellos. Sin embargo, ignora que a veces los sentimientos pueden tener tanto valor o poder como la inteligencia.

El señor del miedo/Malfas, el de las alas múltiples: Criatura diabólica que habita en el Bosque del Oeste. Se alimenta del terror, la ira y la desesperación de sus víctimas y disfruta quebrando las mentes de éstas. Su discípulo es una extraña y joven bruja que camina por los sueños de la gente. Su símbolo es el de un cuervo.

El señor de la muerte: El desconocido señor de la muerte es un *daemonio* superior que habita más allá del reino humano y del de los ancestros.

El señor del odio: Señor del vampiro de ojos verdes y artífice de la invasión de falsos ancestros. Con sus poderes, mueve los

engranajes de poderosos mecanismos de destrucción. Su símbolo es el de un dragón carmesí.

El señor del engaño: Nada se conoce aún de este temible ancestro salvo especulaciones. Según Jacques Lambert, cuando está despierto causa enfermedades y malas cosechas. La última vez que despertó fue durante la revolución francesa.

El señor de las muchas caras: Nada se puede saber de un ancestro cuyo verdadero rostro ya no existe.

El señor de la desesperación: la joven Freya Holzknecht dirigió una revuelta contra su señor y fracasó. Muriendo por sus ideales esperaba encontrar la paz, pero antes de ejecutarla, el señor feudal le mostró el verdadero rostro del pueblo al que había intentado salvar, haciéndole saber que se sacrificaba por nada y que sus ideales estaban vacíos en ese mundo. El ancestro de la desesperación no la disfruta, pero la provoca y la lleva consigo como una maldición eterna. Seraph, la del pelo blanco, preside un lugar de honor en su castillo, donde continúa por siempre atada a su naturaleza maldita tanto por el demonio al que se unió como por sus ideales imposibles. Su símbolo es el de un búho blanco.

Términos

Ancestro/Antiguo: Los más diabólicos y temibles de todos los vampiros. Estas criaturas legendarias tienen poder sobre la naturaleza y dominan a voluntad todo cuanto les rodea. Se les atribuye habilidades como propagar enfermedades, provocar que la tierra muera, cambiar de forma, causar tempestades terribles o incluso convertir el día en noche a voluntad. Según las leyendas, la mayoría de ancestros pierde gran parte de su poder durante el día, cuando duermen, y es de noche cuando están activos y provocando grandes calamidades por puro placer. El más famoso de los ancestros es el Rey Dragón; la encarnación del príncipe Vlad Draculea. Este ancestro libró una guerra contra toda Europa que causó innumerables pérdidas hasta que finalmente fue detenido por un solo hombre: el exorcista Julio García, de Salamanca. Sin embargo, la historia se olvida rápido, y muchos historiadores definen hoy a Draculea como el más poderoso de los vera sangre.

El origen de los ancestros es algo que muy pocos conocen. Todos y cada uno de ellos nacen a partir de un alma atormentada cuyo anhelo o deseo por vivir era tan grande que atrajo a un *daemonio* mayor. Éste, consume su alma humana y se funde con ella, recuperando el control del cuerpo muerto y reviviéndolo. Un ancestro, por lo tanto, no es ya un demonio ni un humano: es una mezcla de ambos en los que muchas veces la voluntad de uno se impone sobre la otra. En la mayoría de los casos es el ancestro el que vence en esta lucha de voluntades, pero hay algunos en los que no es así.

Caminante Primigenio: Vampiro que no tiene ninguna de las debilidades normales de su especie y todas sus ventajas, aunque conserva su sed. En los mitos los llaman *dhampir*, por ser medio vampiros, pero eso no es cierto. La sed de sangre de estos seres es comparable a la de los falsos ancestros, y aunque su fuerza es en ocasiones se asemeja a la de los vera sangre, suelen durar poco, pues su situación se normaliza bien como falsos ancestros o como vampiros normales. Aunque hay excepciones, su mayor problema reside en que los que son capaces de mantenerse como *dhampirs* tienen tendencia a desarrollar enfermedades mentales que acaban destruyéndolos desde dentro. Esto último no se ha demostrado, pues los casos de *dhampirs* puros son muy escasos. Un último dato sobre los *dhampir* es que, al igual que los falsos ancestros, suelen tener un despertar prematuro con la mayoría de sus habilidades y capacidad de razonamiento intactas.

Condesa: Agente especial del clan del dragón carmesí, formado tras el juramento a la corona de la condesa Erzsebet Bathory. Un grupo exclusivamente formado por mujeres de un talento excepcional, tanto para misiones diplomáticas como de sabotaje, asesinato o espionaje y contraespionaje. Sin embargo, sólo la condesa original posee habilidades para la guerra y la hechicería. Aun siendo lo mejor del Reino Carmesí, las condesas no se pueden comparar con la Erzsebet original, pues es la única de los *dhampir* que conserva todo su poder gracias a su voluntad inquebrantable.

Caballeros Sangrientos: Fundada más por necesidad que por honor, estos guardias de élite están formados por los mejores y más grandes guerreros de toda Europa. Su tarea inicial era la de proteger a la oligarquía y al zar, pero su rotundo éxito los convirtió pronto en una de las órdenes de batalla más temidas entre los vampiros. En sus filas sólo se aceptan vampiros que hayan mostrado su valía en combate, bien por las armas o bien enfrentándose a uno

de los miembros de la orden. Sin embargo, sólo se otorga una oportunidad a aquellos que desean unirse a esta orden de este modo, pues un duelo con un caballero sangriento sólo puede acabar en muerte. Miembros destacables de los caballeros sangrientos son Sergei Vorobiov, Dimitri Petrovich y el zar Borislav primero, el Fuerte.

Canalizadores/Receptores/Videntes: Personas con la capacidad de transmitir pensamientos, y mensajes más allá de su propia mente. Estos pueden venir de otras personas o espíritus de otros mundos. Los rasgos faciales y la voz de los canalizadores suelen adaptarse momentáneamente a la forma de la persona a la que están representando. Muchos de ellos son entrenados desde niños, pues son presa fácil de visiones y pensamientos terribles que les inducen a la locura.

Entre los distintos reinos hay una red bastante importante de receptores que muchas veces son utilizados para tener conversaciones inmediatas con gente que se halla a mucha distancia. Sin embargo, para que esto sea posible se necesitan años de práctica y como mínimo un día de preparación para poder unirse con la mente del otro canalizador. No muchos de estos llegan a ser vampiros, pues su salud mental suele ser muy frágil hasta que logran dominar su arte.

Castillo daemónico: El alma cristalizada de un ancestro. Ésta contiene recuerdos, pensamientos y sentimientos de la vida del humano al que pertenecen y del momento en el que el alma de éste fue absorbida por el ancestro. Un castillo daemónico es el lugar en el que los ancestros pueden regresar sin morir siempre que son destruidos físicamente, siendo capaces de renacer una y otra vez siempre que sus poderes se lo permitan. La única forma de detener a un ancestro es sellar sus poderes en el interior de dicho castillo, atrapándolo para siempre en su infierno personal, pues todo lo que allí hay se halla corrompido por la maldad de los *daemonios*. A pesar

de llamarse castillo no tiene por qué tener forma de uno, ya que es más bien un mundo abstracto creado a partir de memorias importantes.

Daemonios: Espíritus incorpóreos. Muchos de ellos son más poderosos que los humanos, pero eso no quiere decir que sean más inteligentes o que tengan el mismo abanico de emociones. Los *daemonios* tampoco están atados por la muerte o por el tiempo, pues cuando son incorpóreos viven fuera de él, lo que explica que en numerosas ocasiones los ancestros puedan ver el futuro y modificarlo paso a paso, cambiando el destino de todo cuanto les apetece.

A pesar de su mala fama, no todos los *daemonios* son malvados. Son considerados *daemonios* toda clase de duendes, hadas y criaturas mágicas, que en la mayoría de los casos sólo pueden ser vistas por seres afines a ellos. Es por eso que mientras más atemorizada está una víctima, más fácil es para un *daemonio* maligno manifestarse y más poder tiene.

El submundo/El páramo: Gigantesca subdimensión en la que habitan los espíritus malignos atrapados allí. En ella son torturadas miles de almas que caen en ese lugar, presa de sus propias emociones y sentidos muchas veces ofuscados por los *daemonios*. Muchos místicos han escrito sobre el páramo, aunque cada uno ve lo que más teme ver o revive una y otra vez etapas de gran angustia y dolor. No sin razón, muchos de los que ven el páramo acaban enloquecidos por las horribles visiones que se manifiestan en esa planicie eterna que se convierte en cárcel de todos los que van a ella sin estar preparados.

Falso Ancestro: Ser que posee habilidades sobrehumanas. La mayoría de ellos tarda meses o incluso años en desarrollarlas por completo, pero suelen ser superiores a los vampiros normales, más

parecidos a los humanos. Sin embargo, su mentalidad es tan básica como la de los *daemonios*, y lo único que suelen hacer es poner todo su ingenio al servicio de sus deseos, alimentándose a placer y aterrorizando a cuantos se encuentran, muchas veces matando o convirtiendo a sus víctimas. Debido a que se dejan llevar por sus pasiones fácilmente, es muy inusual ver falsos ancestros trabajar en grupo, y muchas veces dejan atrás a sus víctimas convertidas. Cabe añadir que, aunque no trabajen en grupo, en ocasiones pueden agruparse en un determinado lugar, especialmente si se trataba de su hogar antes de que los transformaran.

Familiar: *Daemonio* artificial formado a partir de la fuerza vital y la voluntad de un mago. Necesitan energía constante, por lo que sin alguien que los mantenga suelen volverse entidades vampíricas que roban la energía de sus víctimas. Suelen ser muy simples, con la conciencia muy limitada, y se remiten a tareas muy específicas, que cumplen sin pensar, pues es para lo que fueron creados.

Guerras de clanes: Antes de formar grandes reinos, los vampiros formaron clanes que consistían en un vera sangre que dirigía y varios vástagos de sangre que obedecían al líder. Estos clanes se enfrentaron entre ellos o lucharon contra los humanos para sobrevivir y subyugar al resto. Muchos se disolvieron cuando el vera sangre que los dirigía fue destruido, otros resistieron cuando un vampiro normal tomó su lugar, pero todos tenían una norma bien clara: no se permitían falsos ancestros. Los clanes se agruparon en feudos y de los feudos nacieron reinos e imperios con prestigiosas órdenes de guerreros.

Imperio del clan tormenta: Empezando como una monarquía autoritaria a las órdenes del vampiro Nikolai Alexandrov el Breve, el clan tormenta se mostró como un despiadado enemigo que no daba respiro a los que se oponían a su puño de hierro. El liderazgo

del primer zar fue la clave para que este gran imperio se alzara mucho más rápido que los de sus alrededores. Conquistando tierras, purgando falsos ancestros e incluso cazando a algunos *upir*, la terrible reputación que el imperio se forjó fue suficiente como para que nadie se atreviera a convertirse en su enemigo.

Sin embargo, esto cambió cuando Nikolai decidió mejorar el interior del imperio en lugar de continuar su expansión. Como él no era ningún vera sangre, pronto empezó a perder el apoyo de los suyos hasta que finalmente fue depuesto por los oligarcas del clan. Estos llevaron al imperio a una época de crisis que terminó cuando Borislav I ascendió al poder. A diferencia de Nikolai, el nuevo zar decidió unir a su pueblo mediante constantes guerras con el enemigo y purgas entre los oligarcas. No obstante, muchos sobrevivieron y lograron derrotarle en una larga y cruenta guerra civil que casi acabó con todo lo que el primer zar había logrado.

Fue entonces cuando Borislav II, el Cauto, se hizo con el poder. Mostrando una capacidad de negociación excepcional, este antiguo general forjó una alianza con los oligarcas, creando el consejo en el que él era la máxima autoridad junto con el comandante de los ejércitos y el virrey. Al mismo tiempo, estableció unas leyes de regulación comparables a las del reino del dragón carmesí, lo que provocó gran estabilidad en el imperio de los vampiros. Uniendo las mejores leyes e ideas de los dos zares anteriores, Borislav es uno de los dirigentes más respetados por sus súbditos, aunque es cierto que en ocasiones el consejo decide en contra de sus deseos.

La piedra filosofal: Creada posiblemente por el alquimista Nicolas Flamel tras recibir un libro sagrado de manos de un ángel. Este objeto extraordinario posee la capacidad de obrar milagros y transformar el alma a voluntad. El que la posea y comprenda lo que ésta es capaz de hacer, adquirirá la inmortalidad y un poder como jamás se ha visto antes en este mundo, superior al de todos los *daemonios* mayores juntos. Aunque lo que se sabe de ella es pura especulación, la piedra filosofal es rojiza y áurea, siempre brillando con una energía interminable.

Orden del Dragón: Formada por un poderoso vera sangre de uno de los clanes húngaros. Tanto por humanos como por vampiros, esta prestigiosa orden de caballería valora la pureza de espíritu y la voluntad de sus miembros. El famoso Vlad Draculea formó parte de ésta con la intención de defender su patria del poderoso imperio turco. Sus numerosas victorias le otorgaron el sobrenombre de “el dragón encarnado”, un título que llevaría después como vampiro ancestro; un demonio que se hizo a sí mismo con sus propias manos. Otros miembros destacables de la Orden del Dragón son el hechicero Gellert Nadasdy y la condesa Erzsebet Bathory.

Orden de la Cruz de Espinas: Una de las mayores y más importantes órdenes de cazadores de lo sobrenatural. Fundada por un grupo de jóvenes alquimistas cargados de buenas intenciones, la Orden de la Cruz de Espinas se ha alejado mucho de sus propósitos originales. Sus miembros se han enfrentado al horror de un ancestro y lo han vivido en todo su potencial y han sufrido la persecución de la Iglesia católica. Ésta hizo un pacto con el vampiro Cornelius para eliminar y perseguir toda orden que se dedicara a cazar vampiros normales. En sus horas más oscuras, la Orden de la Cruz de Espinas sólo puede nutrirse de “donaciones” para su material y niños huérfanos para sus soldados de Cristo. Sus miembros son preparados a conciencia para enfrentarse a sus temores y matar criaturas sobrenaturales.

Algún día, la Cruz de Espinas espera librar por fin su ansiada guerra contra el mal en la que Jesucristo volverá y se unirá a ellos para purgar el mundo de pecado. No obstante, los vampiros normales suelen ignorar a los cazadores, pues rara vez destacan y, si lo hacen, están mucho mejor organizados que un grupo de fanáticos con cruces y armas. De hecho, muchas veces incluso son ellos mismos los que los contratan para acabar con las plagas de falsos ancestros, un mal tanto para vampiros como para cazadores.

- - -

Porfiria: Como alternativa a la teoría de los vera sangre, se conoce que hubo una variante de la enfermedad llamada porfiria. Ésta producía en las personas síntomas muy parecidos a los de los falsos ancestros hasta que por fin morían. Según las explicaciones de los sabios del clan tormenta, los huéspedes originales de esta enfermedad serían los vera sangre y el resto, sus vástagos, los vampiros normales y falsos ancestros según su resistencia a este mal. Los casos más importantes de porfiria se dieron en Serbia, Hungría y Bohemia, lugares donde el vampirismo pareció extenderse con mayor rapidez.

Rebelión de los vera sangre: Más que un evento puntual, la rebelión de los vera sangre fue un acto sucesivo que ocurrió lentamente. En algunos casos los vera sangre huyeron de sus captores, en otros se enfrentaron a ellos para evitar así ser perseguidos. Muy pocos datos se conservan de esta etapa, ya que los vera sangre están acostumbrados a no dejar nunca rastro allí por donde han pasado.

Recién nacido/muerto viviente: Algunos de los falsos ancestros más débiles, imbuidos con el poder maligno de su señor, convierten a todo el que muerden, siempre que esté muerto. En su estado semiconsciente, son lo más parecido a muertos andantes, pues, sin un ancestro que les ordene, buscan sólo alimentarse. Si uno de ellos se alimenta lo bastante, es posible que se convierta en un falso ancestro.

Reino del dragón carmesí: Uno de los reinos más antiguos que empezó como una sociedad bajo el mando del rey Cornelius y muchos otros vampiros importantes. Al principio fue un clan que alcanzó la prosperidad rápidamente, pero con el paso de los años la

corrupción entre la aristocracia creció y estos se vieron rodeados de enemigos y al borde del colapso. Para evitar problemas, Cornelius Lafargue se convirtió en el primer dictador del dragón carmesí y mostró tal capacidad de liderazgo que en cuestión de unos años todos sus enemigos fueron expulsados o aniquilados, incluyendo a las órdenes de cazadores de vampiros.

Sin embargo, la vieja aristocracia se sentía vulnerable debido a los nuevos poderes de este dictador, así que entre ellos planearon un golpe de estado que acabó con su propia destrucción. Allí, en la sala del consejo, Cornelius se reveló como un vera sangre y mostró al mundo su verdadero aspecto. Desde entonces se ha convertido en uno de los más poderosos monarcas de entre los vampiros y ha hecho que el Reino del Dragón Carmesí sea la segunda fuerza más grande de toda Europa.

Vampiro: Vampiros como tales son todos aquellos que logran sobrevivir a la etapa inicial tras la conversión y recuperan su conciencia totalmente. Los falsos ancestros no están en esa categoría porque, aunque la mayoría de ellos conserva e incluso mejora su capacidad motriz, su conciencia se halla reducida a un estado animal y salvaje. Los tres tipos principales de vampiros son los *upir*, los *dhampir* y los *vampir*, sin contar a los ancestros, pues para la gran mayoría son más una leyenda que una realidad.

Vástago de sangre: Cuando un humano es convertido, se le considera un vástago de sangre con su maestro.

Vera sangre/Upir: Vampiros que portan la sangre de los ancestros, seres demoníacos que provienen de un mundo inferior. Muchos de estos vampiros poseen habilidades únicas y son extremadamente hábiles tanto a la hora de evitar el combate como a la de combatir. Sin embargo, al tener un estado más avanzado de vampirismo que el resto, sienten mayor sed de sangre y suelen

volverse más y más violentos a medida que no se alimentan. Todos ellos nacieron a partir de un ancestro, que les dio su sangre para convertirlos en sus esclavos. Con el tiempo, lograron emanciparse de sus demoníacos señores y fundar sociedades por su cuenta o vivir en soledad. En algunas leyendas también se les conoce como los *upir*: mucho más violentos y crueles que cualquier vampiro normal.

Vínculo de sangre: Extraña capacidad que adquieren algunos vástagos de sangre para sentir la influencia del vampiro que les convirtió. Ese vínculo puede fortalecerse para rastrear a otros vampiros, pero es un método peligroso ya que cuando esto ocurre, el vástago de sangre se convierte en prácticamente una extensión del vampiro original.

Wurdalak/Vampiro cantor: Vampiro de habilidades mesmerizantes. Normalmente éstas suelen hallarse en la voz, pero muchos pueden hipnotizar también con la mirada o con sus pensamientos. Una habilidad presente únicamente en vera sangre y falsos ancestros.